This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

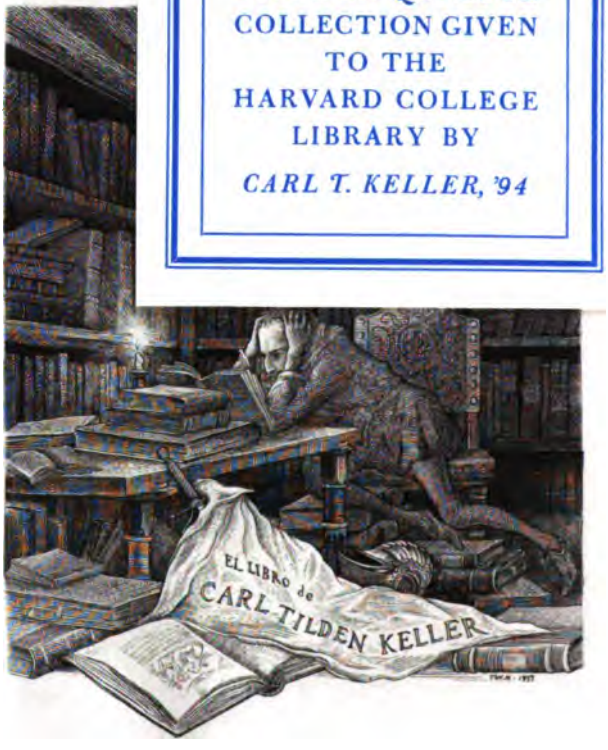
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

HN 4R9S M

KF25149

FROM
THE DON QUIXOTE
COLLECTION GIVEN
TO THE
HARVARD COLLEGE
LIBRARY BY
CARL T. KELLER, '94



VIDA, Y HECHOS,
DEL INGENIOSO CAVALLERO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

COMPUESTA

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICCION,

CORREGIDA, E ILUSTRADA CON QUARENTA Y QUATRO LAMINAS muy apropiadas à la materia, y añadida aora nuevamente la Vida de su Autor MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, escrita por Don Gregorio Mayàns y Siscàr, Bibliothecario del Rey N. S.

TOMO SEGUNDO.

DEDICADO AL MISMO DON QUIXOTE.

CON LICENCIA. EN MADRID: En la Imprenta de JUAN DE S. MARTIN; y à su costa. Se hallarà en su Libreria, Calle de la Montera. Año de 1750.

KF25149

1

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
AUG 2 1955

ORLANDO FURIOSO, A DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

SI no eres Par, tampoco le has tenido,
Que Par pudieras ser entre mil Pares;
Ni puede haverle donde tù te hallares,
Invicto vencedor, jamàs vencido.
Orlando soi, Quijote, que perdido,
Por Angelica vi remotos Mares,
Ofreciendo à la Fama en sus altares,
Aquel valor que respetò el olvido.
No puedo ser tu igual, que este decoro
Se debe à tus proezas, i a tu fama,
Puesto que como Yo perdiste el sesso.
Mas, serlo has mio, si al sobervio Moro,
I cita fiero domas, que hoi nos llama,
Iguales en Amor con mal sucesso.

EL CAVALLERO DEL FEBO, A DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

A Vuestra espada no igualò la mia
Febo Español, curioso Cortesano,
Ni a la altà gloria de valor mi mano,
Que Rayo fue do nace, i muere el dia.
Imperios desprecièl, i la Monarquìa,
Que me ofreciò el Oriente rojo en vano,
Dejè por vèr el rostro soberano
De Claridiana, Aurora hermosa mia.
Amèla por milagro unico, i raro,
I ausente en su desgracia, el propio Infierno
Temiò mi brazo, que domò su rabìa.
Mas Vos Godo Quijote, ilustre, i claro,
Por Dulcinèa sois al Mundo eterno,
I ella por Vos famosa, honesta, i sabia.

DE SOLISDAN, A DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

MAguer, Señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca sereis de alguno reprochado,
Por hombre de obras viles, i soezes;
Seràn vuessas fazañas los Joezes,
Pues ruertos desfaciendo aveis andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por Follones Cautivos, i rahezes;
I si la vuessa linda Dulcinea,
Desaguissado contra Vos comete,
Ni a vuessas cuitas muestra buen talante;
En tal desman vuesto conorte sea;
Que Sancho Panza fue mal alcaguete;
Necio el, dura ella, i Vos no amante.

Dialogo entre BABIECA, i ROCINANTE.

SONETO.

Babieca..... Còmo estais Rocinante tan delgado?
Rocinante..... Porque nunca se come, i se trabaja.
Babieca..... Pues què es de la cebada, i de la paja?
Rocin..... No me deja mi Amo ni un bocado.
Babieca..... Anda, Señor, que estais mui mal criado,
Pues vuestra lengua de Asno al Amo ultraja?
Rocin..... Asno sè es de la cuna a la mortaja;
Quereislo vèr? mirad lo enamorado.
Babieca..... Es necedad amar? *Rocin*. No es gran prudencia.
Babieca..... Metafisico estais. *Rocin*. Es que no como.
Babieca..... Quejaos del Escudero. *Rocin*. No es bastante;
Còmo me he de quejar en mi dolencia,
Si el Amo, i Escudero, o Mayordomo,
Son tan Rocines, como Rocinante.

UN

UN HEREDERO
DEL ACADEMICO
DE LA ARGAMASILLA,

A QUIEN SE ENCARGÒ LA TRADUCION de los Verſos citados al fin del Tomo Primero (reſervando para rymbre de ſu Familia la caja de plomo en que eſtaban) los ofrece al Letor, con la ſiguiente

OCTAVA.

Todas quantas la caja ateſoraba
Rancias, Lyricas, varias Poesìas,
Adivinando al Gotico, que daba
Dobles en cada Letra algaravìas;
Uniendo, en vez de lo que les faltaba,
Oſcas palabras, necedades mias,
Ofrezco al Letor pio, no al tirano,
Reducidas à Idioma Caſtellano.

EL MOSCARDON ACADEMICO CELEBRE de la Argamaſilla, al BORRICO de SANCHO PANZA.

DECIMAS.

BURRO, que eres en primor,
Por lo ſofrido, y valiente,
El ASNO mas eminente
Del ESCUDERO mejor:
Conſuelo halle tu dolor
En tu AMO deſconſolado;
Pues à los dos han dexado
Tanto FOLLON atrevido,
Si à uno canſado, i molido,
A otro molido, i canſado.

GRave, merecìa pena,
Por callar tu nombre, i gloria,
El gran Autor de la HISTORIA
CIDE HAMETE BERENGENA;
Pues aunque en lo RUCIO ordena
Diſtinguirte, no baſtò,
Quando mas no ſeñalò
El nombre; del que diſcurro,
Fue el mas eminente BURRO,
Que al mayor ASNO ſirviò.

Del Donoſo Poeta entreverado, à SANCHO PANZA, i ROCINANTE.

A SANCHO PANZA.

SOI Sancho Panza, Eſcudè-
Del Manchego Don Quijòt;
Puſe pies en polvorò-
Por vivir à lo diſcrè:-
Que el Tacito Villadiè-
Toda ſu razon de Eſtà-
Cifrò en una retirà-
(Segun ſiente Celeſtì-)
Libro en mi opinion Divi-
Si encubriera mas lo Humà.

A ROCINANTE.

SOI Rocinante el famò,
Biznietò del gran Babiè,
Por pecados de Flaquè-
Fuì à poder de un Don Quijò:
Parejas corrì à lo flò:-
Mas por uña de Cavà-
No ſe me eſcapò cebà,
Que eſto ſaquè à Lazarì,
Quando para hurtar el vì
Al Ciego le dì la pà.

EL

EL PLAÑIDOR
EX-PRESIDENTE
DE LA ACADEMIA
DE LA ARGAMASILLA,
EN LA MUERTE DEL HERCULES de la Mancha.

CANCION.

AQUEL Manchego Alcides,
Que ANDANTES exerciò CAVALLERIAS
Amparador de huerfanas Doncellas;
Aquel, que en varias lides
Malgastò noches tantas, como dias;
I tantas ganò glorias, como bellas
Refulgentes estrellas
Adornan el hermoso Firmamento,
Yà al cruel, yà al violento
Golpe de parca fiera,
Convertido se mira en calavera.
Mortal, repara atento
De quan poco sirvieron las hazañas;
Rendir LEONES, rebanar GIGANTES;
Mira en el Monumento
Aquel, que en AVENTURAS tan estrañas
Fue nata, espuma, y flor de los ANDANTES;
I observa, que el que antes
Audàz mirafte, para nobles fines,
Desbaratar FOLLONES, MALANDRINES,
A rigores del hado,
Por fin, en lo que todos ha parado.

EL PORFIADO

ERUDITISSIMO SOCIO

DE LA ARGAMASILLESCA ACADEMIA,

previene à SANCHO lo que debe practicar en la grave pèrdida de ſu Señor.

ENDECHAS.

SANCHO, pues duro golpe
De hado follon previno
Perdieſſes en tu Amo
De aquel Reino in ſpe todo el dominio.
Plañe, i llora à maromas,
Pues es poco hilo à hilo,
Para tamaña cuita,
Golpe deſcomunal, i alto conflicto.
Meſa las toſcas barbas,
I muſtio, i amarrido,
Haz con cien bofetadas
Afrenta del pimiento à tus carrillos.
Magulla à cabezadas
Eſſe del ſeſſo hoſpicio,
Eſſe de tus refranes
Inagotable, ſingular archivo.
Date en las poſſas tanto
Cruel azote implo,
Como era neceſſario,
Para deſencantar aquel prodigio.
Egecutalo luego,
Pues aſsi avràs cumplido,
Por fin de tus andanzas,
Con tu lealtad, tu amor, y tonticiſmo.

EL

EL..... SECRETARIO DE LA ACADEMIA dà el parabien à TERESA PANZA en la converſion de ſu marido.

SONETO.

YA ſe acabò, TERESA, la locura,
Que arraſtrò à PANZA, tu querido eſpoſo:
Yà gozarás el fruto cariñoſo
Del Matrimonio, que bendijo el Cura.
El parabien te doi, pues te aſſegura,
Faltando DON QUIJOTE, tu repoſo,
Que SANCHO ſolamente querrà anſioſo
En tu govierno el guſto, i la ventura.
Si buelves à parir, como hiciſte antes,
Tus hijos, para huir tales empleos,
Digàn con devocion todos los dias:
Libranos el Señor de Amos Andantes,
No nos deje caer en devaneos,
I no permita, Amen, Cavallerìas.

LICENCIA DEL CONSEJO.

TIENE Licencia de los Señores del Real, y Supremo Conſejo de Caſtilla Juan de San Martin, Mercader de Libros en eſta Corte, para que por una vez pueda imprimir, y vender los dos Tomos de la *Hiſtoria de Don Quijote de la Mancha*, compueſta por *Miguèl de Cervantes Saavedra*, como mas largamente conſta de ſu Original, deſpachado por Don Julian del Cerro en 11. de Junio de 1749.

APRO-

POR Comisión del señor Doctor Gutierrez de Cetina, Vicario General de esta Villa de Madrid, Corte de su Magestad, he visto este Libro de la Segunda Parte del ingenioso Cavallero *Don Quixote de la Mancha*, por Miguèl de Cervantes Saavedra, y no hallo en èl cosa indigna de un Christiano zeloso, ni que disuene de la decencia debida à un buen exemplo, ni virtudes Morales; antes mucha erudicion, y aprovechamiento, assi en la continencia de su bien seguido assumpto, para extirpar los vanos, y mentirosos Libros de Cavallerias, cuyo contagio avia cundido mas de lo que fuera justo, como en la lisura del Lenguage Castellano, no adulterado con enfadosa, y estudiada afectacion, (vicio con razon aborrecido de hombres cuerdos) y en la correccion de vicios, que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprehension Christiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad, que pretende curar, en lo dulce, y sabroso de sus medicinas, gustosamente avrà bebido (quando menos lo imagine) sin empacho, ni asco alguno, lo provechoso de la detestacion de su vicio, con que se hallarà (que es lo mas dificil de conseguirse) gustoso, y reprehendido. Ha avido muchos, que por no aver sabido templar, ni mezclar à proposito lo util con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra, pues no pudiendo imitar à Diogenes en lo Philosopho, y Docto, atrevida (por no decir licenciosa, y, desalumbradamente) le pretenden imitar en lo Cinico, entregandose à maldicientes, inventando casos, que no passaron, para hacer capàz al vicio que tocan, de su aspera reprehension; y por ventura descubren caminos para seguirle, hasta entonces ignorados: con que vienen à quedar, si no reprehensores, à lo menos Maestros de èl: hacense odiosos à los bien entendidos; con el Pueblo pierden el credito (si alguno tuvieron) para admitir sus escritos; y los vicios, que arrojada, è imprudentemente quisieron corregir, quedan en muy peor estado, que antes; que no todas las postemas à un mismo tiempo estàn dispuestas para admitir las recetas, ò cauterios; antes algunos mucho mejor reciben las blandas, y suaves medicinas, con cuya aplicacion el atentado, y docto Medico consigue el fin de resolverlas: termino, que muchas veces es mejor, que no el que se alcanza con el rigòr del hierro. Bien diferente han sentido de los Escritos de *Miguèl de Cervantes*, assi nuestra Nacion, como las Estrañas; pues como à milagro desean vèr al Autor de Libros, que con general aplauso, assi por su decoro, y decencia, como por

la

la suavidad, y blandura de sus discursos, han recibido España, Francia, Italia, Alemania, y Flandes. Certifico con verdad, que en 25. de Febrero de este año de 615, aviendo ido el Ilustrissimo Señor Don Bernardo de Sandoval y Roxas, Cardenal, Arzobispo de Toledo, mi Señor, à pagar la visita, que à su Illma. hizo el Embaxador de Francia, que vino à tratar cosas tocantes à los casamientos de sus Principes, y los de España; muchos Cavalleros Franceses, de los que vinieron acompañando à el Embaxador, tan corteses, como entendidos, y amigos de buenas Letras, se llegaron à mì, y à otros Capellanes del Cardenal mi Señor, deseosos de saber, què Libros de ingenio andaban mas validos; y tocando acaso en este, que Yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de *Miguèl de Cervantes*, quando se comenzaron à hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que assi en Francia, como en los Reynos sus confinantes, se tenian sus Obras, LA GALATEA, que alguno de ellos tiene casi en la memoria, LA PRIMERA PARTE de esta, y las NOVELAS. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecì à llevarlos à que viessen el Autor de ellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntaronme muy por menor su edad, su profession, calidad, y cantidad. Hallème obligado à decir, que era Viejo, Soldado, Hidalgo, y Pobre. A que uno respondiò estas formales palabras: Pues à tal hombre no le tiene España muy rico, y sustentado del Erario publico? Acudiò otro de aquellos Cavalleros, con este pensamiento, y con mucha agudeza, y dixo: Si necessidad le ha de obligar à escrivir, plega à Dios, que nunca tenga abundancia para que con sus Obras, siendo èl pobre, haga rico à todo el Mundo. Bien creo, que èsta (para Censura un poco larga,) alguno dirà, que toca los limites de lisongero elogio: mas la verdad de lo que cortamente digo, deshace en el Critico la sospecha, y en mì el cuidado; ademàs, que el dia de oy no se lisongea à quien no tiene con que cebar el pico del Adulador, que aunque afectuosa, y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid à 27. de Febrero de 1615.

El Lic. Màrquez Torres.

FEE

FEE DE ERRATAS.

EN el Tom. 1. pag. 6. col. 1. lin. 40. rudicundo, lee rubicundo. Pag. 14. col. 2. lin. 27. con lo qual, lee con la qual. Pag. 29. col. 1. lin. 18. Virnes, lee Virùes. Pag. 53. col. 1. lin. 26. qurdarè, lee quedare. Pag. 104. col. 1. lin. 33. Covallero, lee Cavallero. Pag. 249. col. 2. lin. 7. amoncabada, lee amancebada.

He visto los dos Tomos de la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, compuesta por *Miguèl de Cervantes Saavedra*, nuevamente reimpressos, y advertidas estas erratas en el Tomo Primero, corresponden a los antiguos, que sirven de Originales. Madrid 24. de Julio de 1750.

Lic. D. Manuel Licardo de Ribera,
Corrector General por su Magestad.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real, y Supremo Consejo de Castilla estos dos Tomos de la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, compuesta por *Miguèl de Cervantes Saavedra*, que con Licencia de dichos Señores ha sido nuevamente impressa, à seis mrs. cada pliego, como mas por menor consta de su Original, à que me remito.

PRO-

PROLOGO AL LECTOR.

VALAME Dios, y con quanta gana debes de estàr esperando aora, Lector ilustre (ò qualquier Plebeyo) este Prologo, creyendo hallar en èl venganzas, riñas, y vituperios del Autor del SEGUNDO DON QUIXOTE; digo de aquel, que dicen, que se engendrò en Tordesillas, y naciò en Tarragona; pues en verdad, que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la colera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tù, que lo diera del Asno, del mentecato, y del atrevido; pero no me passa por el pensamiento; castigùele su pecado, con su pan se lo coma, y allà se lo aya. Lo que no he podido dexar de sentir, es, que me note de Viejo, y de Manco, como si huviera sido en mi *mano* aver detenido el tiempo, que no passasse por mì, ò si mi Manquedad huviera nacido en alguna Taberna; sino en la mas alta ocasion, que vieron los siglos passados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas à lo menos en la estimacion de los que saben donde se cobraron, que el Soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mì de manera, que si aora me propusiesen, y facilitàran un imposible, quisiera antes averme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano aora de mis heridas, sin averme hallado en ella. Las que el Soldado muestra en el rostro, y en los pechos, estrellas son, que guian à los demàs al Cielo de la honra, y ande desear la justa alabanza. Y hase de advertir, que no se escrive con las canas, sino con el entendimiento, el qual suele mejorarse con los años. He sentido tambien,

que

que me llame embidioso, y que, como à ignorante me describa, què cosa sea la Embidia, que en realidad de verdad, de dos que ay, Yo no conozco sino à la santa, à la noble, y bien intencionada; y siendo esto, assi, como lo es, no tengo Yo de perseguir à ningun Sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser Familiar del Santo Oficio; y si èl lo dixo por quien parece que lo dixo, engañòse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las Obras, y la ocupacion continua, y virtuosa. Pero en efecto le agradezco à este señor Autor el decir, que mis NOVELAS son mas SATYRICAS, que EXEMPLARES; pero que son buenas, y no lo pudieran ser sino tuvieran de todo. Pareceme, que me dices, que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los terminos de mi modestia, sabiendo, que no se ha de añadir afliccion al afligido, y que la que debe de tener este *Señor*, sin duda es *Grande*, pues no ossa parecer à campo abierto, y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su Patria, como si huviera hecho alguna traycion de lesa Magestad. Si por ventura llegares à conocerle, dile de mi parte, que no me tengo por agraviado, que bien sè lo que son tentaciones del demonio; y que una de las mayores es ponerle à un hombre en el entendimiento, que puede componer, è imprimir un Libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros, quanta fama; y para confirmacion de esto quiero, que con tu buen donayre, y gracia le cuentes este Cuento.

Avia en Sevilla un Loco, que diò en el mas gracioso disparate, y tema, que diò Loco en el mundo; y fue, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algun perro en la calle, ò en qualquiera otra parte, con el un pie le cogia el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte, que soplandole le ponia redondo, como una pelota; y en teniendolo de esta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo à los circunstantes (que siempre eran muchos:) Pensarán vuestras mer-

mercedes aora; que es poco trabajo hinchar un perro: pensarà vueſtra merced aora, que es poco trabajo hacer un Libro. Y ſi eſte Cuento no le quadrare, diraſle, Lector Amigo, eſte, que tambien es de Loco, y de perro.

Avia en Cordova otro loco, que tenia por coſtumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de loſa de marmol, ò un canto no muy liviano; y en topando algun perro deſcuidado, ſe le ponia junto, y à plomo dexaba caer ſobre èl el peſo; amohinabaſe el perro, y dando ladridos, y ahullidos, no paraba en tres calles. Sucediò, pues, que entre los perros en que deſcargò la carga, fue uno un perro de un Bonetero, à quien queria mucho ſu dueño; baxò el canto, diòle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, violo, y ſintiòlo ſu Amo, aſiò de una vara de medir, y ſaliò al Loco, y no le dexò hueſſo ſano; y à cada palo que le daba decia: Perro, ladron, à mi podenco? no viſte, cruel, que era podenco mi perro? Y repitiendole el nombre de podenco muchas veces, embiò al Loco hecho un alheña. Eſcarmentò el Loco, y retiròſe, y en mas de un mes no ſaliò à la Plaza; al cabo de el qual tiempo bolviò con ſu invencion, y con mas carga. Llegabaſe donde eſtaba el perro, y mirandole muy bien de hito en hito, y ſin querer, ni atreverſe à deſcargar la piedra, decia: Eſte es podenco, guarda. En efecto, todos quantos perros topaba, aunque fueſſen halanos, ò gozquez, decia, que eran podencos; y aſsi no ſoltò mas el canto: quizà de eſta ſuerte le podrà acontecer à eſte Hiſtoriador, que no ſe atreverà à ſoltar mas la preſa de ſu ingenio en Libros, que en ſiendo malos ſon mas duros, que las peñas. Dile tambien, que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con ſu Libro, no ſe me dà un ardite, que acomodandome al Entremès famoſo de la Perendenga, le reſpondo, que me viva el Veinte y Quatro mi ſeñor, y Chriſto con todos. Viva el gran Conde de Lemos, (cuya chriſtiandad, y liberalidad bien conocida, contra todos los golpes de mi cor-

corta fortuna ; me tiene en pie) y vivame la suma caridad de el Ilustrisimo de Toledo Don Bernardo de Sandovàl y Roxas , y siquiera no aya Imprentas en el mundo , y siquiera se impriman contra mi mas Libros , que tienen letras las COPLAS DE MINGO REBULGO. Estos dos Principes , sin que los solicite adulacion mia , ni otro genero de aplauso , por sola su bondad , han tomado à su cargo el hacerme merced , y favorecerme , en lo que me tengo por mas dichoso , y mas rico , que si la Fortuna por camino ordinario me huviera puesto en su cumbre. La hermosura puedela tener el pobre , pero no el vicioso : la pobreza puede anublar à la nobleza , pero no obscurecerla de el todo ; pero , como la virtud dè alguna luz de sì , aunque sea por los inconvenientes , y resquicios de la estrechura , viene à ser estimada de los altos , y nobles espiritus , y por consiguiente favorecida ; y no le digas mas , ni Yo quiero decirte mas à tì , sino advertirte , que consideres , que esta SEGUNDA PARTE DE DON QUIXOTE , que te ofrezco , es cortada del mismo Artifice , y del mismo paño , que la PRIMERA ; y que en ella te doy à Don Quixote dilatado , y finalmente muerto , y sepultado , porque ninguno se atreva à levantarle nuevos testimonios , pues bastan los pasados , y basta tambien , que un hombre honrado aya dado noticias de estas discretas locuras , sin que torne de nuevo à entrarse en ellas , que la abundancia de las cosas , aunque sean buenas , hace que no se estimen ; y la carestìa (aùn de las malas) se estima en algo. Olvidabaseme el decirte , que esperes el *PERSILES* , que yà estoy acabando , y la Segunda Parte de la *GALATEA*. VALE.

VIDA,

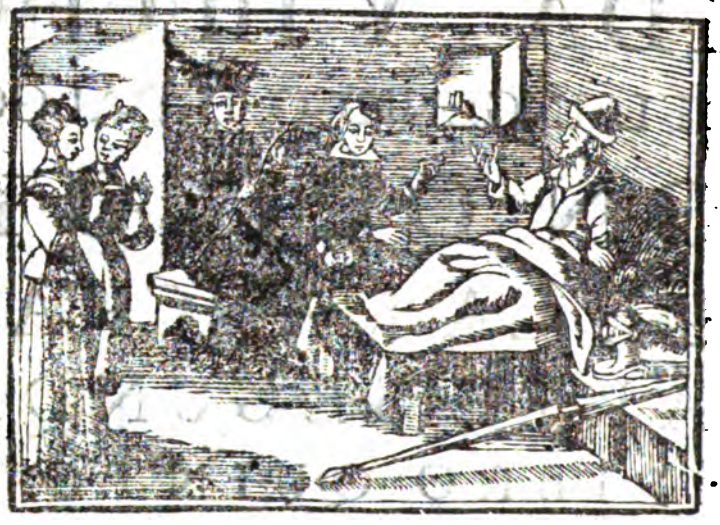
VIDA, Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.
PARTE SEGUNDA.
LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LO QUE EL CURA, Y EL BARBERO passaron con Don Quixote cerca de su enfermedad.

CUENTA Cide Hamete Benengeli en la segunda Parte de esta Historia, y tercera salida de Don Quixote, que el Cura, y el Barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle, y traerle à la memoria las cosas passadas; pero no por esto dexaron de visitar à su sobrina, y à su ama, encargandolas tuviessen cuenta con regalarle, dandole à comer cosas confortativas, y apropiadas para el corazon, y el cerebro, de donde procedia (segun buen discurso) toda su mala ventura: las quales dixeron, que assi lo hacian, y lo harian con la voluntad, y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor, por momentos, iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo qual recibieron los dos gran contento, por pare-

cerles, que avian acertado en averle traìdo encantado en el carro de los bueyes (como se contò en la Primera Parte de esta tan grande, como puntual Historia, en su ultimo Capitulo) y assi determinaron de visitarle, y hacer experiencia de su mejoria, aunque tenian casi por imposible, que la tuviesse; y acordaron de no tocarle en ningun punto de la Andante Cavalleria, por no ponerle à peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban.



Visitaronle en fin, y hallaronle sentado en la cama, vestido de gualmilla de vayeta verde, y con un bonete colorado Toledano; y estaba tan seco, y amojamado, que no parecia sino hecho de carne momia. Fueron de èl muy bien recibidos: preguntaronle por su salud, y èl diò cuenta de sì, y de ella con mucho juicio, y con muy elegantes palabras: y en el discurso de su platica vinieron à tratar en esto que llaman razon de Estado, y modos de Govierno, enmendando este abuso, y condenando aquel, reformando una costumbre, y desterrando otra, haciendose cada uno de los tres un nuevo Legislador, un Licurgo moderno, ò un Solòn flamante; y de tal manera renovaron la Republica, que no pareciò sino que la avian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y hablò Don Quixote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los examinadores creyeron indubitablemente, que estaba del todo bueno, y en su entero juicio. Hallaronse presentes à la platica la sobrina, y ama, y no se hartaban de dar gracias à Dios de ver à su señor con tan buen entendimiento: Pero el Cura, mudando el proposito primero, que era de no tocarle en cosa de Cavallerias, quiso hacer de todo

en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falta, ò verdadera; y assi de lance en lance vino à contar algunas nuevas, que avian venido de la Corte; y entre otras dixo: Que se tenia por cierto, que el Turco baxaba con una poderosa Armada, y que no se sabia su designio, ni adonde avia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca al arma, estaba puesta en ella toda la Christiandad, y su Magestad avia hecho proveer las Costas de Napoles, y Sicilia, y la Isla de Malta. A esto respondiò Don Quixote: Su Magestad ha hecho como prudentissimo guerrero en proveer sus Estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejarale yo, que usara de una prevencion, de la qual su Magestad la hora de agora debe de estar muy ageno de pensar en ella. Apenas oyò esto el Cura, quando dixo entre sì: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quixote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura, hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero (que ya avia dado en el mismo pensamiento que el Cura) preguntò à Don Quixote: Qual era la advertencia de la prevencion, que decia era bien se hiciesse, quizà podria ser tal, que se pusiesse en la lista de los muchos advertimientos impertinentes, que se suelen dar à los Principes? El mio, señor Rapador (dixo Don Quixote) no será impertinente, sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicò el Barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia, que todos los mas arbitrios que se dàn à su Magestad, ò son imposibles, ò disparatados, ò en gran daño del Rey, ò del Reyno. Pues el mio, respondiò Don Quixote, ni es imposible, ni disparatado, sino el mas facil, el mas justo, y el mas mañero, y breve, que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle vuestra merced, señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria, dixo Don Quixote, que le diesse yo aqui aora, y amanecielle mañana en los oidos de los señores Consejeros, y se llevasse otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mi, dixo el Barbero, doy la palabra, para aqui, y para delante de Dios, de no decir lo que vuestra merced dixere à Rey, ni à Roque, ni a hombre terrenal: juramento que aprendì del romance del Cura, que en el Prefacio avisò al Rey, del ladron que le avia robado las cien doblas, y la su mula andariega. No sè de Historias, dixo Don Quixote; pero sè, que es bueno este juramento, en fee de que sè, que es hombre de bien el señor Barbero. Quando no lo fuera, dixo el Cura, yo le abono, y salgo por el, que en este caso no hablarà mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado, y sentenciado. Y à vuestra merced quien le fia, señor Cura? dixo Don Quixote. Mi profession, respondiò el Cura, que es de guardar secreto. Quando es de tal, dixo à esta sazon

Don Quixote : ay mas fino mandar su Mageſtad por publico pregon, que ſe junten en la Corte para un dia ſeñalado todos los Cavalleros Andantes, que vagan por Eſpaña, que aunque no vinieſſen ſino media docena, tal podria venir entre ellos, que ſolo baſtaſſe à deſtruir toda la poteſtad del Turco. Eſtenme vueſtras mercedes atentos, y vayan conmigo. Por ventura es coſa nueva deshacer un ſolo Cavallero Andante un Exercito de doſcientos mil hombres, como ſi todos juntos tuvieran una ſola garganta, ò fueran hechos de alfeñique? Si no, diganme, quantas Hiſtorias eſtàn llenas de eſtas maravillas? Avia, en hora mala para mì, que no quiero decir para otro, de vivir oy el famoſo Don Belianis, ò alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula, que ſi alguno de eſtos oy viviera, y con el Turco ſe afrontara, à fee, que no le arrendàra la ganancia; pero Dios mirarà por ſu Pueblo, y deparará alguno, que ſi no tan bravo como los paſſados Andantes Cavalleros, à lo menos no les ſerà inferior en el animo; y Dios me entiende, y no digo mas. Ay, dixo à eſte punto la ſobrina, que me maten ſi no quiere mi ſeñor bolver à ſer Cavallero Andante. A lo que dixo Don Quixote: Cavallero Andante he de morir, y baxe, ò ſuba el Turco quando èl quiſiere, y quan poderoſamente pudiere, que otra vez digo, que Dios me entiende. A eſta ſazon dixo el Barbero: Suplico à vueſtras mercedes, que ſe me dè licencia para contar un cuento breve, que ſucediò en Sevilla, que por venir aqui como de molde, me dà gana de contarle. Diò la licencia Don Quixote, y el Cura, y los demàs le preſtaron atencion, y èl comenzò de eſta manera:

En la Caſa de los Locos de Sevilla eſtaba un hombre, à quien ſus parientes avian puesto alli por falto de juicio: era graduado en Canones por Oſſuna; pero aunque lo fuera por Salamanca (ſegun opinion de muchos) no dexara de ſer loco. Eſte tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, ſe diò à entender, que eſtaba cuerdo, y en ſu entero juicio; y con eſta imaginacion eſcriviò al Arzobiſpo, ſuplicandole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandaſſe ſacar de aquella miſeria en que vivia, pues por la miſericordia de Dios avia yà cobrado el juicio perdido; pero que ſus parientes, por gozar de la parte de ſu hacienda, le tenian alli, y à peſar de la verdad, querian que fueſſe loco haſta la muerte. El Arzobiſpo, perſuadido de muchos billetes concertados, y diſcretos, mandò a un Capellàn ſuyo ſe informaſſe del Retor de la Caſa, ſi era verdad lo que aquel Licenciado le eſcrivia, y que aſsimismo hablaſſe con el loco, y que ſi le pareciſſe que tenia juicio, le ſacaſſe, y puſieſſe en libertad. Hizolo aſsi el Capellan; y el Retor le dixo, que aquel hombre aùn ſe eſtaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como perſona de grande entendimiento, al cabo diſ-

paraba con tantas necedades, que en muchas, y en grandes igualaban à sus primeras discreciones, como se podia hacer la experiencia hablandole. Quiso hacerla el Capellàn, y poniendole con el loco, hablò con èl una hora, y mas, y en todo aquel tiempo jamàs el loco dixo razon torcida, ni disparatada; antes hablò tan asentadamente, que el Capellàn fue forzado à creer, que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dixo, fue, que el Retor le tenia ojeriza, por no perder los regalos, que sus parientes le hacian, porque dixesse, que aùn estaba loco, y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario, que en su desgracia tenia, era su mucha hacienda, pues por gozar de ella sus enemigos, ponian dolo, y dudaban de la mereed, que Nuestro Señor le havia hecho, en bolverle de bestia en hombre. Finalmente, èl hablò de manera, que hizo sospechoso al Retor, codiciosos, y desalmados à sus parientes, y à èl tan discreto, que el Capellàn se determinò à llevarsele consigo à que el Arzobispo le viesse, y tocasse con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fee, el buen Capellàn pidiò al Retor, mandasse dàr los vestidos con que alli avia entrado el Licenciado. Bolviò à decir el Retor, que mirasse lo que hacia, porque sin duda alguna el Licenciado aùn se estaba loco. No sirvieron de nada para con el Capellàn las prevenciones, y advertimientos del Retor, para que dexasse de llevarle. Obedeciò el Retor viendo ser orden del Arzobispo: pusieron al Licenciado sus vestidos, que eran nuevos, y decentes; y como èl se viò vestido de cuerdo, y desnudo de loco, suplicò al Capellàn, que por caridad le diesse licencia para ir à despedirse de sus compañeros los locos: el Capellàn dixo, que èl le queria acompañar, y ver los locos que en la Casa avia: subieron en efecto, y con ellos algunos, que se hallaron presentes; y llegandò el Licenciado à una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sossegado, y quieto, le dixo: Hermano mio, mire si me manda algo, que me voy à mi casa, que yà Dios ha sido servido, por su infinita Bondad, y Misericordia, sin yo merecerlo, de bolverme mi juicio; yà estoy sano, y cuerdo, que acerca del Poder de Dios ninguna cosa es imposible; tenga grande esperanza, y confianza en èl, que pues à mì me ha buelto à mi primer estado, tambien le bolverà à èl, si en èl confia: yo tendrè cuidado de embiarle algunos regalos que coma, y comalos en todo caso, que le hago saber, que imagino, como quien ha passado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estomagos vacios, y los celebros llenos de ayre: esfuercese, esfuercese, que el descaecimiento en los infortunios, apoca la salud, y acarrèa la muerte. Todas estas razones del Licenciado escuchò otro loco, que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso; y levantandose de una estera vieja

donde estaba echado, y desnudó en cueros, preguntò à grandes voces, quien era el que se iba sano, y cuerdo? El Licenciado respondiò: Yo soy, hermano, el que me voy, que yà no tengo necesidad de estàr mas aqui, por lo que doy infinitas gracias à los Cielos, que tan grande merced me han hechò. Mirad lo que decìs, Licenciado, no os engañe el diablo, (replicò el loco) sossegad el pie, y estaos queditó en vuestra càsa, y ahorrareis la buelta. Yo sè que estoy bueno, (replicò el Licenciado) y no avrà para què tornar à andar estaciones. Vos bueno? (dixo el loco) aora bien, ello dirà, andad con Dios; pero yo os voto à Jupiter, cuya Magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado, que oy comete Sevilla en sacaros de esta Casa, y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria de èl por todos los siglos de los siglos. Amen. No sabes tù, Licenciadillo menguado, que lo podrè hacer, pues como digo, soy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores, con que puedo, y suelo amenazar, y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar à este ignorante Pueblo, y es, con no llover en èl, ni en todo su distrito, y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia, y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. Tù libre? Tù sano? Tù cuerdo? Y yo loco? Y yo enfermo? Y yo atado? Assi pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces, y à las razones del loco estuvieron los circunstantes muy atentos; pero nuestro Licenciado, bolviendose à nuestro Capellàn, y asiendole de las manos, le dixo: No tenga vuestra merced pena, señor mio, ni haga caso del loco, que esto ha dicho, que si èl es Jupiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre, y el Dios de las aguas, lloverè todas las veces que se me antojare, y fuere menester, porque està en mi mano. A lo que respondiò el Capellàn: Con todo esso, señor Neptuno, no serà bien enojar al señor Jupiter, vuestra merced se quede en casa, que otro dia, quando aya mas comodidad, y mas espacio bolverèmos por vuestra merced. Riòse el Retor, y los presentes, por cuya risa se medio corriò el Capellàn: desnudaron al Licenciado, quedòse en casa, y acabòse el cuento. Pues este es el cuento, señor Barbero, (dixo Don Quixote) que por venir aqui como de molde, no podia dexar de contarle? Ha señor Rapista, señor Rapista, y quan ciego es aquel, que no vè por tela de cedazo; y es posible que vuestra merced no sabe, que las comparaciones que se hacen de ingenio à ingenio, de valor à valor, de hermosura à hermosura, y de linage à linage, son siempre odiosas, y mal recibidas? Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el Dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto, no lo siendo; solo me fatigo por dar à entender al mundo en el error en que està, en no reno-

var en sì el felicìsimo tiempo, donde campeaba la orden de la andante Cavalleria; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien, como el que gozaron las edades, donde los Andantes Cavalleros tomaron à su cargo, y echaron sobre sus espaldas la defensa de los Reynos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huerfanos, y pupilos, el castigo de los sobervios, y el premio de los humildes. Los mas de los Cavalleros que aora se usan, antes les cruxen los damascos, los brocados, y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: Yà no ay Cavallero que duerma en los campos, sujeto al rigor del Cielo, armado de todas armas, desde los pies à la cabeza: yà no ay quien sin sacar los pies de los estrivos, arrimado à su lanza, solo procure descabezar (como dicen) el sueño, como lo hacian los Cavalleros Andantes: yà no ay ninguno, que saliendo de este bosque, entre en aquella montaña, y de alli pise una esteril, y desierta playa del mar, las mas veces proceloso, y alterado, y hallando en ella, y en su orilla un pequeño Baxèl sin remos, vela, mastil, ni jarcia alguna, con intrèpido corazon se arroje en èl, entregandose à las implacables olas del mar profundo, que yà le suben al Cielo, y yà le baxan al abismo, y èl, puesto el pecho à la incontrastable borrasca, quando menos se cata, se halla tres mil, y mas leguas distante del lugar donde se embarcò, y saltando en tierra remota, y no conocida, le suceden cosas dignas de estàr escritas, no en pergamino, sino en bronces. Mas aora yà triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentìa, y la theorica de la practica de las armas, que solo vinieron, y resplandecieron en las edades del oro, y en los Andantes Cavalleros. Si no, digaume, quien mas honesto, y mas valiente, que el famoso Amadìs de Gaula? Quien mas discreto, que Palmerin de Inglaterra? Quien mas acomodado, y manual, que Tirante el Blanco? Quien mas galàn, que Lisuarte de Grecia? Quien mas acuchillado, ni acuchillador, que Don Belianìs? Quien mas intrèpido, que Perion de Gaula? O quien mas acometedor de peligros, que Felix Marte de Hircania? O quien mas sincero, que Esplandian? Quien mas arrojado, que Don Geriongilio dè Tracia? Quien mas bravo, que Rodamonte? Quien mas prudente, que el Rey Sobrino? Quien mas atrevido, que Reynaldos? Quien mas invencible, que Roldàn? Y quien mas gallardo, y mas cortès, que Rugero? de quien descienden oy los Duques de Ferrara (segun Turpin en su Cosmografia.) Todos estos Cavalleros, y otros muchos, que pudiera decir, señor Cura, fueron Cavalleros Andantes, luz, y gloria de la Cavalleria. De estos, ò tales como estos, quisiera yo, que fueran los de mi arbitrio, que à serlo, su Magestad se hallàra bien servido, y ahorràra de mucho gasto, y el Tur-

co se quedàra pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el Capellàn de ella; y si Jupiter, como ha dicho el Barbero, no lloviere, aqui estoy yo, que lloverè quando se me antojare. Digo esto, porque sepa el señor Vacìa, que le entiendo. En verdad, señor Don Quixote, dixo el Barbero, que no lo dixe por tanto, y assi me ayude Dios como fue buena mi intencion, y que no debe vuestra merced sentirse. Si puedo sentirme, ò no, respondiò Don Quixote, yo me lo sè. A esto dixo el Cura: Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta aora, y no quisiera quedar con un escrupulo, que me roe, y escarba la conciencia, nacido de lo que aqui el señor Don Quixote ha dicho. Para otras cosas mas, respondiò Don Quixote, tiene licencia el señor Cura, y assi puede decir su escrupulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con esse beneplacito, respondiò el Cura, digo, que mi escrupulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera, à que toda la caterba de Cavalleros Andantes, que vuestra merced, señor Don Quixote, ha referido, ayan sido real, y verdaderamente personas de carne, y hueso en el mundo; antes imagino, que todo es ficcion, fabula, mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ò por mejor decir medio dormidos. Esse es otro error, respondiò Don Quixote, en que han caido muchos, que no creen, que aya avido tales Cavalleros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes, y ocasiones, he procurado sacar à luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intento, y otras sì, sustentandola sobre los ombros de la verdad, la qual verdad es tan cierta, que estoy por decir, que con mis proprios ojos vì à Amadìs de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda, y rigorosa, corto de razones, tardo en ayrarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado à Amadìs, pudiera, à mi parecer, pintar, y describir todos quantos Cavalleros Andantes andan en las Historias de el Orbe, que por la aprehension que tengo de que fueron como sus Historias cuentan, y por las hazañas que hicieron, y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena Philosophìa sus facciones, sus colores, y estaturas. Què tan grande le parece à vuestra merced, mi señor Don Quixote, preguntò el Barbero, debia de ser el Gigante Morgante? En esso de Gigantes, respondiò Don Quixote, ay diferentes opiniones si los ha avido, ò no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un atomo en la verdad, nos muestra, que los huvo, contandonos la Historia de aquel Filisteazo de Goliat, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la Isla de Sicilia se han hallado canillas, y espaldas tan gran-

grandes, que su grandeza manifiesta, que fueron Gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres, que la Geometrìa saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabrè decir con certidumbre, què tamaño tuviesse Morgante, aunque imagino que no debiò de ser muy alto; y mueveme à ser de este parecer, hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormìa debaxo de techado, y pues hallaba casa donde cupiesse, claro està que no era desmesurada su grandeza. Assi es, dixo el Cura, el qual gustando de oìrle decir tan grandes disparates, le preguntò, què sentìa acerca de los rostros de Reynaldos de Montalvàn, y de Don Roldàn, y de los demàs Doce Pares de Francia, pues todos aviàn sido Cavalleros Andantes? De Reynaldos, respondiò Don Quixote, me atrevo à decir, que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bayladores, y algo saltados, puntoso, y colerico en demasia, amigo de ladrones, y de gente perdida. De Roldàn, ò Rotolando, ò Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer, y me afirmo, que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro, y barbizaheño, belloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido, y bien criado. Si no fue Roldàn mas gentil hombre, que vuestra merced ha dicho, replicò el Cura, no fuè maravilla que la señora Angelica la bella le desdeñasse, y dexasse por la gala, brio, y donayre, que debia tener el Morillo Barbiponiente, à quien ella se entregò; y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldàn. Essa Angelica, respondiò Don Quixote, señor Cura, fue una doncella distraìda, andariega, y algo antojadiza, y tan lleno dexò el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura; despreciò mil señores, mil valientes, mil discretos, y contentòse con un pagecillo barbilucio, sin otra hacienda, ni nombre, que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardò à su amigo el gran Cantòr de su belleza, el famoso Arioste, por no atreverse, ò por no querer cantar lo que à esta señora la sucediò despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas; la dexò, donde dixo:

Y como del Catay recibiò el Lettro,
Quizà otro cantarà con mejor plectro.

Y sin duda, que esto fue como profecìa, que los Poetas tambien se llaman Vates, que quiere decir Adivinos. Vese esta verdad clara, porque despues acà un famoso Poeta Andaluz lloròo, y cantò sus lagrimas; y otro famoso, y unico Poeta Castellano cantò su hermosura,

Digame, señor Don Quixote, dixo à esta sazon el Barbero, no ha avido algun Poeta, que aya hecho alguna satyra à essa señora Angelica, entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondiò Don Quixote, que si Sacripante, ò Roldàn fueran Poetas, que yà la huvieran jabonado à la doncella; porque es propio, y natural de los Poetas desdeñados, y no admitidos de sus damas fingidas, ò no fingidas, en efecto de aquellas à quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con satyras, y libelos; (venganza por cierto indigna de pechos generosos) pero hasta agora no ha llegado à mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angelica, que traxo rebuelto el mundo. Milagro, dixo el Cura; y en esto oyeron, que el ama, y la sobrina, que yà avian dexado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAP. II. *De la notable pendencia, que Sancho Panza tuvo con la sobrina, y ama de Don Quixote, con otros sucessos graciosos.*

CUentá la historia, que las voces que oyeron Don Quixote, el Cura, y el Barbero, eran de la sobrina, y ama, que las daban, diciendo à Sancho Panza (que pugnaba por entrar à ver à Don Quixote; y ellas le defendian la puerta:) Què quiere este mostrenco en esta casa? Idos à la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae, y sonsaca à mi señor, y le lleva por essos andurriales. A lo que Sancho respondiò: Ama de Satanàs, el sonsacado, el distraìdo, y el llevado por essos andurriales soy yo, que no tu amo; èl me llevò por essos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio; èl me sacò de mi casa con engañifas, prometiendome una Insula, que hasta aòra la espero. Malas Insulas te ahoguen, respondiò la sobrina, Sancho maldito; y què son Insulas? es alguna cosa de comer, golosazo, comilòn, que tu eres? No es de comer, replicò Sancho, sino de governar, y regir mejor, que quatro Ciudades, y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo esso, dixo el ama, no entrareis acà, saco de maldades, y costàl de malicias; id à governar vuestra casa, y à labrar vuestros pegujares, y dexaos de pretender Insulas, ni insulos. Grande gusto recibian el Cura, y el Barbero de oìr el coloquio de los tres; pero Don Quixote, temeroso que Sancho se descosiesse, y desbuchasse algun montòn de malicios necedades, y tocasse en puntos, que no le estarian bien à su credito, le llamò, y hizo à las dos, que callassen, y le dexassen entrar. Entrò Sancho; y el Cura, y el Barbero se despidieron de Don Quixote, de cuya salud desesperaron, viendo quan puesto estaba en sus variados pensamientos, y quan embebido en la simplicidad de sus mal Andantes Cavallerias; y assi dixo el Cura al Barbero: Vos vereis, compadre,

dre, como quando menos lo penſemos, nueſtro Hidalgo ſale otra vez à bolar la ribera. No pongo yo duda en eſſo, reſpondiò el Barbero; pero no me maravillo tanto de la loçura del Cavallero, como de la ſimplicidad del eſcudero, que tan creìdo tiene aquello de la Inſula, que creo, que no ſe lo ſacarán del calco quantos deſengaños pueden imaginarſe. Dios los remedie, dixo el Cura, y eſtemos à la mira, verèmos en lo que pàra eſta maquina de diſparates de tal Cavallero, y de tal eſcudero, que parece que los forjaron à los dos en una miſma turqueſa, y que las locuras del ſeñor, ſin las necedades del criado, no valian un ardite. Aſsi es, dixo el Barbero, y holgàra mucho ſaber què tratarán aora los dos. Yo aſſeguro, reſpondiò el Cura, que la ſobrina, ò el ama nos lo cuentan deſpues, que no ſon de condicion, que dexaran de eſcucharlo. En tanto Don Quixote ſe encerrò con Sancho en ſu apoſento, y eſtando ſolos le dixo: Mucho me peſa, Sancho, que ayas dicho, y digas, que yo fuy el que te ſaquè de tus caſillas, ſabiendo, que yo no me quedè en mis caſas; juntos ſalimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos; una miſma fortuna, y una miſma ſuerte ha corrido por los dos. Si à tì te mantearon una vez, à mì me han molido ciento, y eſſo es lo que te llevo de ventaja. Eſſo eſtaba pueſto en razon, reſpondiò Sancho, ſegun vueſtra merced dice: mas anexas ſon à los Cavalleros Andantes las deſgracias, que à ſus eſcuderos. Engañaſte, Sancho, dixo Don Quixote, ſegun aquello *quando caput dolet, &c.* No entiendo otra lengua, que la mia, reſpondiò Sancho. Quiero decir, dixo Don Quixote, que quando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y aſsi, ſiendo yo tu amo, y ſeñor, ſoy tu cabeza, y tù mi parte, pues eres mi criado; y por eſta razon, el mal que à mì me toca, ò tocare, à tì te ha de doler, y à mì el tuyo. Aſsi avia de ſer, dixo Sancho; pero quando à mì me manteaban, como à miembro, ſe eſtaba mi cabeza detràs de las bardas, mirandome bolar por los ayres, ſin ſentir dolor alguno; y pues los miembros eſtàn obligados à dolerſe del mal de la cabeza, avia de eſtàr obligada ella à dolerſe de ellos. Querràs tù decir aora, Sancho, reſpondiò Don Quixote, que no me dolia yo quando à tì te manteaban? Y ſi lo dices, no lo digas, ni lo pienſes, pues mas dolor ſentia yo entonces en mi eſpiritu, que tù en tu cuerpo; pero dexèmos eſto à parte por aora, que tiempo avrà donde lo ponderèmos, y pongàmos en ſu punto. Y dime, Sancho amigo, què es lo que dicen de mì por eſſe Lugar? En què opinion me tiene el vulgo? En què los Hidalgos? Y en què los Cavalleros? Què dicen de mi valentìa? Què de mis hazañas? Y què de mi corteſia? Què ſe platica de el aſſumpto que he tomado, de reſucitar, y bolver al mundo la yà olvidada Orden Cavallereſca? Finalmente quiero, Sancho, me digas

gas lo que acerca de esto ha llegado à tus oìdos ; y esto me has de decir, sin añadir al bien , ni quitar al mal cosa alguna , que de los vassallos leales es decir la verdad à sus señores , en su sèr , y figura propria, sin que la adulacion la acreciente , ò otro vano respeto la disminuya. Y quiero que sepas , Sancho , que si à los oìdos de los Principes llegasse la verdad desnuda , sin los vestidos de la lisonja , otros siglos correrian , otras edades serìan tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo , que de las que aora se usan es la dorada. Sirvate este advertimiento , Sancho , para que discreta , y bien intencionadamente pongas en mis oìdos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Esso harè yo de muy buena gana , señor mio , respondiò Sancho , con condicion, que vuestra merced no se ha de enojar de lo que dixere , pues quiere , que lo diga en cueros , sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron à mi noticia. En ninguna manera me enojarè , respondiò Don Quixote ; bien puedes, Sancho , hablar libremente , y sin rodèo alguno. Pues lo primero que digo , dixo , es , que el vulgo tiene à vuestra merced por grandissimo loco , y à mì por no menos mentecato. Los Hidàlgos dicen, que no conteniendose vuestra merced en los limites de la Hidalguìa , se ha puesto Don , y se ha arremetido à Cavallero con quatro cepas , y dos yugadas de tierra , y con un trapo atràs , y otro adelante. Dicen los Cavalleros, que no querrian , que los Hidalgos se opusiessen à ellos , especialmente aquellos Hidàlgos escuderiles , que dàn humo à los zapatos , y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Esso , dixo Don Quixote , no tiene que vèr conmigo ; pues ando siempre bien vestido , y jamàs remendado ; roto bien podra ser , y roto , mas de las armas , que del tiempo. En lo que toca , prosiguiò Sancho , à la valentìa , cortesìa , hazañas , y assumpto de vuestra merced , ay diferentes opiniones ; unos dicen, loco , pero gracioso ; otros valiente, pero desgraciado ; otros cortès, pero impertinente ; y por aqui van discurriendo en tantas cosas , que ni à vuestra merced , ni à mì nos dexan hueso sano. Mira , Sancho, dixo Don Quixote , donde quiera que està la virtud, en eminente grado es perseguida. Pocos , ò ninguno de los famosos varones , que passaron , dexò de ser calumniado de la malicia. Julio Cesar , animosissimo , prudentissimo , y valentissimo Capitan , fue notado de ambicioso , y algun tanto no limpio , ni en sus vestidos , ni en sus costumbres. Alexandro, à quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno , dicen de èl , que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hercules , el de los muchos trabajos , se cuenta , que fue lascivo , y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadìs de Gaula , se murmura , que fue mas que demasiadamente lixoso : y de su her-

mario, que fue lloròn. Assi que, ò Sancho! entre tantas calumnias de buenos, bien pueden passar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ay està el toque, cuerpo de mi padre, replicò Sancho. Pues ay mas, preguntò Don Quixote? Aùn la cola falta por desollar, dixo Sancho, lo de hasta aqui son tortas, y pan pintado: mas si vuestra merced quiere saber todo lo que ay acerca de las calumnias que le ponen, yo le traerè aqui luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una migaja: que anoche llegò el hijo de Bartholomè Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho Bachillèr, y yendole yo à dàr la bien venida, me dixo, que andaba yà en libros la Historia de vuestra merced, con nombre de Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha; y dice, que me mientan à mi en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y à la señora Dulcinèa del Toboso, con otras cosas que passamos nosotros à solas, que me hice cruces de espantado, como las pudo saber el Historiador, que las escriviò. Yo te asseguro, Sancho, dixo Don Quixote, que debe de ser algun sabio encantador el Autor de nuestra Historia, que à los tales no se les encubre nada de lo que quieren escrivir. Y como, dixo Sancho, si era sabio, y encantador, pues (segun dice el Bachillèr Sanson Carrasco, que assi se llama el que dicho tengo) que el Autor de la Historia se llama Cide Hamete Berengena. Esse nombre es de Moro, respondiò Don Quixote. Assi serà, respondiò Sancho, porque por la mayor parte he oìdo decir, que los Moros son amigos de berengenas. Tu debes, Sancho, dixo Don Quixote, errarte en el sobrenombre de esse Cide, que en Arabigo quiere decir señor. Bien podria ser, replicò Sancho; mas si V.md. gusta que yo le haga venir aqui, irè por èl en bolandas. Haràsme mucho placer, amigo, dixo Don Quixote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comerè bocado, que bien me sepa, hasta ser informado de todo. Pues yo voy por èl, respondiò Sancho; y dexando à su señor, se fue à buscar al Bachillèr, con el qual bolviò de alli à poco espacio, y entre los tres passaron un graciosissimo coloquio.

CAP. III. *Del ridiculo razonamiento, que passò entre Don Quixote, Sancho Panza, y el Bachillèr Sanson Carrasco.*

PEnsativo ademàs quedò Don Quixote, esperando al Bachillèr Carrasco, de quien esperaba oìr las nuevas de sì mismo, puestas en el libro como avia dicho Sancho, y no podia persuadirse à que tal Historia huviesse, pues aùn no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que avia muerto, y yà querìan que diuviessen en estampa sus altas Cavallerias; con todo esso imaginò, que algun sabio, ò yà amigo, ò ene-

migo, por arte de encantamento, las avrà dado à la estampa: si amigo, para engrandecerlas, y levantarlas sobre las mas señaladas de Cavallero Andante: si enemigo, para aniquilarlas, y ponerlas debaxo de las mas viles, que de algun vil escudero se huviessen escrito, puesto (decia entre sì) que nunca hazañas de escuderos se escrivieron; y quando fuesse verdad, que la tal Historia huviesse, siendo de Cavallero Andante, por fuerza avia de ser grandiloquia, alta, insigne, magnifica, y verdadera. Con esto se consolò algun tanto; pero desconsolòle pensar, que su Autor era Moro, segun aquel nombre de Cide, y de los Moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios, y quimeristas. Temiase no huviesse tratado sus amores con alguna indecencia, que redundasse en menoscabo, y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinèa del Toboso; deseaba que huviesse declarado su fidelidad, y el decoro que siempre la avia guardado, menospreciando Reynas, Emperatrices, y Doncellas de todas calidades, teniendo à raya los impetus de los naturales movimientos: y assi, embuelto, y rebuelto en estas, y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho, y Carrasco, à quien Don Quixote recibiò con mucha cortesia. Era el Bachiller, aunque se llamaba Sansòn, hombre muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarròn, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y quatro años, carirredondo, de nariz chata, y de boca grande; señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donayres, y de burlas, como lo mostrò en viendo à Don Quixote, poniendose delante de èl de rodillas, diciendole: Deme vuestra grandeza las manos, señor Don Quixote de la Mancha, que por el habito de San Pedro, que visto, aunque no tengo otras Ordenes, que las quatro primeras, que es vuestra merced uno de los mas famosos Cavalleros Andantes, que ha avido, ni avrà en toda la redondèz de la tierra. Bien aya Cide Hamete Benengeli, que la Historia de vuestras grandezas dexò escrita; y rebien aya el curioso, que tuvo cuidado de hacerlas traducir de Arabigo en nuestro vulgar Castellano, para universal entretenimiento de las gentes. Hizole levantar Don Quixote, y dixo: De essa manera, verdad es, que ay Historia mia, y que fue Moro, y sabio el que la compuso. Es tan verdad, señor, dixo Sansòn, que tengo para mì, que el dia de oy estàn impressos mas de doce mil libros de la tal Historia; si no digalo Portugal, Barcelona, y Valencia, donde se han impresso, y aùn ay fama, que se està imprimiendo en Amberes, y à mì se me trasluce, que no ha de aver Nacion, ni lengua donde no se traduzca. Una de las cosas, dixo à esta sazon Don Quixote, que mas debe de dàr contento à un hombre virtuoso, y eminente, es verse vivendo andar con buen nombre

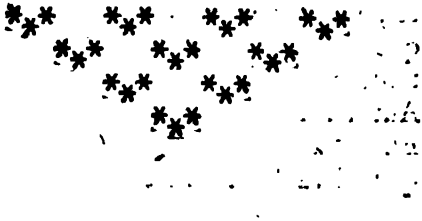
por las lenguas de las gentes, impresso, y en estampa. Dixe con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara. Si por buena fama, y si por buen nombre và, dixo el Bachillèr, solo vuestra merced lleva la palma à todos los Cavalleros Andantes; porque el Moro en su lengua, y el Christiano en la suya, tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardìa de vuestra merced, el animo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, assi en las desgracias, como en las heridas; la honestidad, y continencia en los amores tan platonicos de vuestra merced, y de mi señora Doña Dulcinèa del Toboso. Nunca (dixo à este punto Sancho Panza) he oìdo llamar con Doña à mi señora Dulcinèa, sino solamente la señora Dulcinèa del Toboso, y yà en esto anda errada la Historia. No es objecion de importancia essa, respondiò Carrasco. No por cierto, respondiò Don Quixote; pero digame vuestra merced, señor Bachillèr, què hazañas mias son las que mas se pondèran en essa Historia? En esso, respondiò el Bachillèr, ay diferentes opiniones, como ay diferentes gustos; unos se atienden à la aventura de los Molinos de Viento, que à vuestra merced le parecieron Briarcos, y Gigantes; otros à la de los Bataneș; este a la descripcion de los dos Exercitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto, que llevaban à enterrar à Segovia; uno dice, que à todas se aventaja la de la libertad de los Galeotes; otro, que ninguna iguala à la de los dos Gigantes Benitos, con la pendencia del valeroso Vizcaìno. Digame, señor Bachillèr, dixo à esta sazon Sancho, entra ay la aventura de los Yangueses, quando à nuestro buen Rocinante se le antojò pedir cotufas en el golfo? No se le quedò nada, respondiò Sanson, al sabio en el tintero, todo lo dice, y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondiò Sancho; en el ayre sì, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no ay historia humana en el mundo, que no tenga sus altibaxos, especialmente las que tratan de Cavallerias, las quales nunca pueden estàr llenas de prosperos sucessos. Con todo esso, respondiò el Bachillèr, dicen algunos, que han leìdo la historia, que se holgàran se les huviera olvidado à los Autores de ella algunos de los infinitos palos, que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quixote. Ai entra la verdad de la historia, dixo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dixo Don Quixote, pues las acciones, que ni mudan, ni alteran la verdad de la historia, no ay para que escrivirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fee, que no fue tan piadoso Eneas, como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises, como le des-

crive Homero. Asi es, replicò Sanson; pero uno es escrivir como Poeta, y otro como Historiador. El Poeta puede contar, ò cantar las cosas, no como fueron, sino como debian ser; y el Historiador las hà de escrivir, no como debian ser, sino como fueron, sin añadir, ni quitar à la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades esse señor Moro, dixo Sancho, à buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los mios, porque nunca à su merced le tomaron la medida de sus espaldas, que no me la tomassen à mi de todo el cuerpo; pero no ay de que maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socatròn sois, Sancho, respondiò Don Quixote, à fee que no os falta memoria quando vos quereis tenerla. Quando yo quisiesse olvidarme de los garrotazos que me han dado, dixo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aùn se estàn frescos en las costillas. Callad, Sancho, dixo Don Quixote, y no interrumpais al señor Bachillèr, à quien suplico passe adelante en decirme lo que se dice de mì en la referida historia. Y de mì, dixo Sancho, que tambien dicen, que soy uno de los principales personages de ella. Personage, que no personages, Sancho amigo, dixo Sanson. Otro reprochador de voquibles tenemos, dixo Sancho; pues andense à esso, y no acabarèmos en toda la vida. Mala me la dè Dios, Sancho, respondiò el Bachillèr, si no sois vos la segunda persona de la historia; y que ay tal, que precia mas oìros hablar à vos, que al mas pintado de toda ella; puesto que tambien ay quien diga, que anduvistes demasiadamente de crediilo en creer, que podia ser verdad el governo de aquella Insula, ofrecida por el señor Don Quixote, que està presente. Aùn ay Sol en las bardas, dixo Don Quixote, y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dàn los años, estarà mas idoneo, y mas habil para ser Governador, que no estarà aora. Por Dios, señor, dixo Sancho, la Insula que yo no governasse con los años que tengo, no la governarè con los años de Matusalèn; el daño està en que la dicha Insula se entretiene no sè donde, y no en faltarme à mì el caletre para governarla. Encomendadlo à Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo se harà bien, y quizà mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el arbol sin la voluntad de Dios. Asi es verdad, dixo Sanson, que si Dios quiere no le faltarán à Sancho mil Insulas que governar, quanto mas una. Governadores he visto por aì, dixo Sancho, que à mi parecer no llegan à la suela de mi zapato, y con todo esso los llamàn Señoria, y se sirven con plata. Essos no son Governadores de Insulas, replicò Sanson, sino de otros Goviernos mas manuales, que los que goviernan Insulas, que por lo menos han de saber Gramatica. Con la Grama bien me avendria yo, dixo Sancho; pero con

con la tica, ni me tiro, ni me pago, porque no la entiendo; pero dexando esto del govierno en las manos de Dios, que me eche à las partes donde mas de mi se sirva, digo, señor Bachiller Sansòn Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, y alegria, que el Autor de la Historia aya hablado de mi de manera, que no enfadan las cosas, que de mi se cuentan, que à fee de buen escudero, que si de mi huviera dicho cosas, que no fueran muy de Christiano viejo, como soy, que nos avian de oir los sordos. Esso no fuera hacer milagros, respondiò Sansòn. Milagros, ò no milagros, dixo Sancho, cada uno mire como habla, ò como escrive de las personas, y no ponga à troche moche lo primero que le viene al magin. Una de las tachas, que ponen à la tal Historia, dixo el Bachiller, es, que su Autor puso en ella una Novela, intitulada: *El Curioso Impertinente*, no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la Historia de su merced el señor Don Quixote. Yo apostarè, replicò Sancho, que ha mezclado el hi de perros berzas con capachos. Aora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sabio el Autor de mi Historia, sino algun ignorante hablador, que à tiento, y sin algun discurso se puso à escrivirla, salga lo que saliere, como hacia Orbaneja el Pintòr de Ubeda, al qual preguntandole, què pintaba? Respondiò: Lo que saliere: tal vez pintaba un Gallo de tal suerte, y tan mal parecido, que era menester, que con letras Goticas escriviesse junto à el: *Este es Gallo*; y assi debe de ser de mi Historia, que tendrà necessidad de commento para entenderla. Esso no, respondiò Sansòn, porque es tan clara, que no ay cosa que dificultar en ella; los niños la manosean; los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada, tan leida, y tan sabida de todo genero de gentes, que apenas han visto algun rocin flaco, quando dicen: Alli và Rocinante; y los que mas se han dado à su letura son los pages. No ay antecamara de Señor, donde no se halle un Don Quixote, unos le toman, si otros le dexan, estos le embisten, y aquellos le piden. Finalmente, la tal Historia es del mas gustoso, y menos perjudicial entretenimiento, que hasta aora se aya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que Catholico. A escrivir de otra suerte, dixo Don Quixote, no fuera escrivir verdades, sino mentiras; y los Historiadores, que de mentiras se valen, avian de ser quemados como los que hacen moneda falsa: y no se yo què le movio al Autor à valerse de Novelas, y cuentos agenos, aviendo tanto que escrivir en los mios; sin duda se debiò de atener al refran de paja, y de heno, &c. Pues en verdad, que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lagrimas, mis buenos deseos,

ſeos, y mis acometimientos, pudiera hacer un volumen mayor, ò tan grande, que el que pueden hacer todas las obras del Toſtado. En efecto, lo que yo alcanzo, ſeñor Bachiller, es, que para componer Hiſtorias, y Libros, de qualquier ſuerte que ſean, es menester un gran juicio, y un maduro entendimiento; decir gracias, y eſcrivir donayres, es de grandes ingenios. La mas diſcreta figura de la Comedia es la del bobo, porque no lo ha de ſer el que quiere dar à entender, que es ſimple. La Hiſtoria es como coſa ſagrada, porque ha de ſer verdadera; y donde eſtà la verdad, eſtà Dios en quanto à verdad; pero no obſtante eſto, ay algunos, que aſsi componen, y arrojan libros de si como ſi fueſſen buñuelos. No ay libro tan malo, dixo el Bachiller, que no tenga algo bueno. No ay duda en eſſo, replicò Don Quixote; pero muchas veces acontece, que los que tenian meritamente grangeada, y alcanzada gran fama por ſus Eſcritos, en dandolos à la eſtampa la perdieron de el todo, ò la menoſcabaron en algo. La cauſa de eſſo es, dixo Sanſon, que como las obras impreſſas ſe miran de eſpacio, facilmente ſe ven ſus faltas; y tanto mas ſe eſcudriñan, quanto es mayor la fama del que las compuſo. Los hombres famoſos por ſus ingenios, los grandes Poetas, los iluſtres Hiſtoriadores, ſiempre, ò las mas veces ſon embidioſos de aquellos, que tienen por guſto, y por particular entretenimiento juzgar los Eſcritos agenos, ſin aver dado algunos propios à la luz del mundo. Eſſo no es de maravillar, dixo Don Quixote, porque muchos Theologos ay, que no ſon buenos para el Pulpito, y ſon bonìſsimos para conocer las faltas, ò ſobras de los que predican. Todo eſſo es aſsi, ſeñor Don Quixote, dixo Carraſco; pero quiſiera, que los tales cenſuradores fueran mas miſericordioſos, y menos eſcrupuloſos, ſin atenerſe à los atomos del Sol clariſsimo de la obra de que murmuran, que ſi *aliquando bonus dormitat Homerus*, conſideren lo mucho que eſtuvo deſpierto por dàr la luz de ſu obra con la menos ſombra que pudieſſe; y quizà podria ſer, que lo que à ellos les parece mal, fueſſen lunares, que à las veces acrecientan la hermoſura de el roſtro que los tiene; y aſsi digo, que es grandiſsimo el rieſgo à que ſe pone el que imprime un libro, ſiendo de toda impoſsibilidad imposſible componerle tal, que ſatisfaga, y contente à todos los que le leyeren. El que de mì trata, dixo Don Quixote, à pocos avrà contentado. Antes es al revès, que como de *ſtultorum infinitus eſt numerus*, infinitos ſon los que han guſtado de la tal Hiſtoria, y algunos han puesto falta, y dolo en la memoria del Autor, pues ſe le olvida de contar quien fue el ladron, que hurtò el rucio à Sancho, que alli no ſe declara; y ſolo ſe infiere de lo eſcrito, que ſe le hurtaron: y de alli à poco le vemos à cavallo ſobre el miſmo jumento, ſin aver

parecido. Tambien dicen, que se le olvidò poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos, que hallò en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y ay muchos que desean saber, que hizo de ellos, ò en que los gastò, que es uno de los puntos substanciales, que faltan en la Obra. Sancho respondiò: Yo, señor Sansòn, no estoy àora para ponerme en cuentas, ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estomago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrà en la espina de Santa Lucìa: en casa lo tengo, mi oìslo me aguarda, en acabando de comer darè la buelta, y satisfarè à vuestra merced, y à todo el mundo de lo que preguntar quisieren, assi de la perdida de el jumento, como del gasto de los cien escudos; y sin esperar respuesta, ni decir otra palabra, se fuè à su casa. Don Quixote pidiò, y rogò al Bachiller se quedasse à hacer penitencia con el. Tuvo à bien el Bachiller el combite, quedòse, añadiòse al ordinario un par de pichones; tratòse en la mesa de Cavallerias, siguiòle el humor Carrasco, acabòse el banquete, durmieron la siesta, bolviò Sancho, y renovòse la platica passada.



CAP. IV. *Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sansòn Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucessos dignos de saberse, y de contarse.*

BOlviò Sancho à casa de Don Quixote, y bolviendo al passado razonamiento, respondiò à lo que el señor Sansòn dixo, que se deseaba saber, quien, ò como, ò quando se me hurtò el jumento? Respondiendo, digo; que la noche misma, que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra-Morena, despues de la aventura sin ventura de los Galeotes, y la del difunto, que llevaban à Segovia, mi señor, y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor, arrimado à su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos, y cansados de las passadas refriegas, nos pusimos à dormir, como si fuera sobre quatro colchones de pluma; especialmente yo dormì con tan pesado sueño, que quien quiera que fue, tuvo lugar de llegar, y suspenderme sobre quatro estacas, que puso à los quatro lados de la albarda; de manera, que me dexò à cavallo sobre ellas, y me sacò debaxo de mi al rucio, sin que yo lo sintiesse. Esso es cosa facil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le sucediò à Sacripante, quando estando en el cerco de Albraca, con esta misma invencion le sacò el cavallo de entre las piernas aquel famoso ladron, llamado Brunelo. Amaneciò, prosi-

guñò Sancho, y apenas me huve estremecido, quando saltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran caida, y mirè por el jumento, y no le vì: acudieronme las lagrimas à los ojos, y hice una Lamentacion, que sino la puso el Autor de nuestra Historia, puede hacer cuenta, que no puso cosa buena. Al cabo de no sè quantos dias, viniendo con la señora Princesa Micomicona, conocì mi asno, y que venìa sobre èl en habito de Gitano aquel Ginès de Passamonte, aquel embustero, y grandissimo malcador, que quitamos mi señor, y yo, de la cadena. No està en esso el yerro, replicò Sansòn, sino en que antes de aver parecido el jumento, dice el Autor, que iba à cavallo Sancho en el mismo rucio. A esso, dixo Sancho, no sè què responder, sino que el Historiador se engañò, ò yà serìa descuido del Impressor. Assi es sin duda, dixo Sansòn; pero què se hicieron los cien escudos? Deshicieronse? Respondiò Sancho: Yo los gastè en pro de mi persona, y de la de mi muger, y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos, y carreras, que he andado sirviendo à mi señor D. Quixote, que si al cabo de tanto tiempo bolviera sin blanca, y sin el jumento à mi casa, negra ventura me esperaba; y si ay mas que saber de mì, aqui estoy, que responderè, al mismo Rey en persona, y nadie tiene para què meterse en si traxe, ò no traxe, si gastè, ò no gastè, que si los palos que me dieron en estos viages se huvieran de pagar à dinero, aunque no se tassaran mas que à quatro maravedis cada uno, con otros cien escudos, no avia para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga à juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y, aùn peor muchas veces. Yo tendrè cuidado, dixo Carrasco, de acusar al Autor de la Historia, que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto, que el buen Sancho ha dicho, que serà realzarla un buen coto mas de lo que ella se està. Ay otra cosa que enmendar en essa leyenda, señor Bachiller? preguntò Don Quixote: Sì debe de aver, respondiò èl; pero ninguna debe de ser de la importancia de las yà referidas. Y por ventura, dixo Don Quixote, promete el Autor Segunda Parte? Sì promete, respondiò Sansòn; pero dice, que no ha hallado, ni sabe quien la tiene, y assi estamos en duda si saldrà, ò no; y assi por esto, como porque algunos dicen, nunca Segundas Partes fueron buenas; y otros, de las cosas de Don Quixote bastan las escritas, se duda, que no ha de aver Segunda Parte; aunque algunos, que son mas Joviales, que Saturninos, dicen: Vengan mas Quixotadas, embista Don Quixote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con esto nos contentamos. Y à què se atiene el Autor? A què, respondiò Sansòn: En hallando, que halle la Historia, que èl yà buscando con extraordi-

pa-

barbas diligencias, la dará luego à la estampa; llevado mas del interès, que de darla se le siguè, que de otra alabanza alguna. A lo que dixo Sancho: Al dinero, y al interès mira el Autor? Maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como Sastre en vísperas de Pasqua, y las obras que se hacen apriessa, nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda esse señor Moro, è lo que es, à mirar lo que hace, que yo, y mi señor le darèmos tanto ripio à la mano, en materias de aventuras, y de sucessos diferentes, que pueda componer, no solo Segunda Parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aqui en las pajas; pues tenganos el pie al herrar, y verà del que cosqueamos. Lo que yo sè decir, es, que si mi señor tomasse mi consejo, yà aviamos de estàr en essas campañas deshaciendo agravios, y enderezando tuertos, como es uso, y costumbre de los buenos Andantes Cavalleros. No avia bien acabado de decir estas razones Sancho, quando llegaron à sus oìdos relinchos de Rocinante, los quales relinchos tomò Don Quixote por felicissimo aguero, y determinò de hacer de alli à tres, ò quatro dias otra salida; y declarando su intento al Bachiller, le pidiò consejo, por què parte comenzaria su jornada? El qual le respondiò, que era su parecer, que fuesse al Reyno de Aragon, y à la Ciudad de Zaragoza, adonde de alli à pocos dias se avian de hacer unas solemnissimas Justas por la fiesta de San Jorge, en las quales podria ganar fama sobre todos los Cavalleros Aragoneses, què seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabòle ser honradissima, y valentissima su determinacion; y advirtiòle, que anduviesse mas atentado en acometer los peligros, à causa, que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le avian menester para que los amparasse, y socorriesse en sus desventuras. De esso es lo que yo reniego, señor Sansòn, dixo à este punto Sancho, que assi acomete mi señor a cien hombres armados, como un muchacho golosso à media docena de vadèas. Cuerpo de el mundo, señor Bachillèr, si, que tiempos ay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago, y cierra España; y mas, que yo he oìdo decir, y creo, que à mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los estremos de cobarde, y de temerario està el medio de la valentìa; y si esto es assi, no quiero que huya sin tener para què, ni que acometa quando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo, aviso à mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion, que èl se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estàr obligado à otra cosa, que à mirar por su persona, en lo que tocare à su limpieza, y à su regalo, que en esto yo le baylarè el agua delante; pero pensar, que tengo de poner mano à la espada, aunque sea contra villanos malan-

drines de hacha, y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, señor Sanson, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor, y mas leal escudero, que jamàs sirviò à Cavallero Andante; y si mi señor Don Quixote, obligado de mis muchos, y buenos servicios, quisiere darme alguna Insula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por aì, recibirè mucha merced en ello; y quando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en noto de otro, sino de Dios, y mas que tan bien, y aùn quizà mejor me sabrà el pan desgovernado, que siendo Governador; y sè yo por ventura, si en essos Goviernos me tiene aparejado el diablo alguna zancadilla, donde tropiece, y cayga, y me deshaga las muelas? Sancho nacì, y Sancho pienso morir; pero si con todo esto, de buenas à buenas, sin mucha solicitud, y sin mucho riesgo, me deparasse el Cielo alguna Insula, ò otra cosa semejante, no soy tan necio, que la desechasse, que tambien se dice: Quando te dieren la baquilla, corre con la soguilla; y quando viene el bien, metelo en tu casa. Vos, hermano Sancho, dixo Carrasco, aveis hablado como un Cathedratico; pero con todo esso confiad en Dios, y en el señor Don Quixote, que os ha de dàr un Reyno, no que una Insula. Tanto es lo de mas, como lo de menos, respondiò Sancho; aunque sè decir al señor Carrasco, que no echàra mi señor el Reyno que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso à mi mismo, y me hallo con salud para regir Reynos, y governar Insulas; y esto yà otras veces lo he dicho à mi señor. Mirad, Sancho, dixo Sansòn, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser, que viendoos Governador, no conociessedes à la madre que os pariò. Esso allà se ha de entender, respondiò Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de enjundia de Christianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos à mi condicion, que sabrà usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dixo Don Quixote, y ello dirà quando el Govierno venga, que ya me parece que le traygo entre los ojos. Dicho esto, rogò al Bachillèr, que si era Poeta, le hiciesse merced de componerle unos versos, que tratassen de la despedida que pensaba hacer de la señora Dulcinea del Toboso; y que advirtiesse, que en el principio de cada verso avia de poner una letra de su nombre; de manera, que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyesse *Dulcinèa del Toboso*. El Bachillèr respondiò, que puesto que èl no era de los famosos Poetas, que avia en España, que decian, que no eran sino tres y medio, que no dexaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, à causa, que las letras, que contenian el nombre eran diez y siete; y que si hacia quatro Castellanas de à quatro ver-

versos, sobraba una letra; y si de à cinco, à quien llaman decimas, ò redondillas, faltaban tres letras; pero con todo esso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiesse; de manera, que en las quatro Castellanas se incluyesse el nombre de Dulcinèa del Toboso. Ha de ser assi en todo caso, dixo Don Quixote, que si alli no và el nombre patente, y de manifiesto, no ay muger que crea, que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto, y en que la partida seria de alli à ocho dias: encargò Don Quixote al Bachiller la tuviesse secreta, especialmente al Cura, y al Maesse Nicolàs, y à su sobrina, y al ama, porque no estorvassen su honrada, y valerosa determinacion. Todo lo prometiò Carrasco. Con esto se despidiò, encargando à Don Quixote, que de *todos* sus buenos, ò malos sucessos le avisasse, aviendo comodidad; y assi se despidieron, y Sancho fue à poner en orden lo necessario para su jornada.

CAP. V. *De la discreta, y graciosa platica, que passò entre Sancho Panza, y su muger Teresa Panza, y otros sucessos dignos de felice recordacion.*

LLegando à escrivir el Traductor de esta Historia este quinto Capitulo, dice: que le tiene por apocrifo, porque en èl habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por possible, que èl las supiesse; pero que no quiso dexar de traducirlo, por cumplir con lo que à su oficio debia; y assi prosiguiò diciendo:

Llegò Sancho à su casa tan regocijado, y alegre, que su muger conociò su alegria à tiro de ballesta; tanto, que la obligò à preguntarle; Què traeis, Sancho amigo, que tan alegre venis? A lo que èl respondiò: Muger mia, si Dios quisiera, bien me holgàra yo de no estàr tan contento como maestro. No os entiendo, marido, replicò ella, y no sè què quereis decir en esso, de que os holgàrades, si Dios quisiera, de no estàr contento, que aunque muger tonta, no sè yo quien recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, respondiò Sancho, yo estoy alegre, porque tengo determinado de bolver à servir à mi amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera salir à buscar las aventuras, y yo buelvo à salir con èl, porque lo quiere assi mi necessidad; junto con la esperanza que me alegra de pensar si podrè hallar otros cien escudos, como los yà gastados, puesto que me entristece el averme de apartar de ti, y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer à pie enjuto, y en mi casa, sin traerme por veticuetos, y encrucijadas, pues lo podia hacer à poca costa, y con no mas de quererlo, claro està, que mi alegria fuera mas firme, y valedera, pues la que tengo yà mezclada con la tristeza de dexarte; assi, que dixe bien, que holgara, si Dios quisiera, de no

estàr tan contento. Mirad, Sancho, replicò Teresa, despues que os hicisteis miembro de Cavallero Andante, hablais de tan rodeada manera, que no ay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, muger, respondiò Sancho, que èl es el entendedor de todas las cosas, y quedese esto aqui; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera, que estè para armas tomar, dobladle los piensos, requerid la albarda, y las demas jarcias, porque no vamos à bodas, sino à rodear el mundo, y à tener dares, y tomares con Gigantes, con Endriagos, y con Vestiglos, y à oir silvos, rugidos, bramidos, y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuvieramos que entender con Yangueses, y con Moros encantados. Bien creo yo, marido, replicò Teresa, que los Escuderos Andantes no comen el pan de valde, y assi quedarè rogando à nuestro Señor os saque presto de tan mala ventura. Yo os digo, muger, respondiò Sancho, que si no pensasse antes de mucho tiempo verme Governador de una Insula, aqui me caeria muerto. Esso no, marido mio, dixo Teresa, viva la gallina, aunque sea con su pepita; vivid vos, y llevese el diablo quantos goviernos ay en el mundo; sin govierno salistes del vientre de vuestra madre, sin govierno aveis vivido hasta aora, y sin govierno os ireis, ò os llevaràn à la sepultura quando Dios fuere servido. Como essos ay en el mundo, que viven sin govierno, y no por esso dexan de vivir, y de ser contados en el numero de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta à los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os vieredes con algun govierno, no os olvideis de mi, y de vuestros hijos; advertid, que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya à la escuela, si es que su tio el Abad le ha de dexar hecho de la Iglesia. Mirad tambien, que Mari-Sancha, vuestra hija, no se morirà si la casamos, que me và dando barruntos, que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con govierno. Y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada, que bien abarraganada. A buena fee, respondiò Sancho, que si Dios me llega à tener algo de govierno, que la tengo de casar, muger mia, à Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla Señoria. Esso no, Sancho, respondiò Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado; que si de los zuecos la sacais à chapines, y de saya parda de catorceno à verdugado, y saboyanas de seda, y de una Marica, y de un tu à una Doña tal, y Señoria, no se ha de hallar la muchacha, y à cada passo ha de caer en mil faltas descubriendo la hilaza de su tela basta, y grossera. Calla boba, dixo Sancho, que todo serà usarlo dos, ò tres años, que despues le vendrà el señorio, y la gravedad como de molde; y

quando no, què importa? Sea-se ella señoria, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado, respondiò Teresa, no os querais alzar à mayores, y advertid el refràn, que dice: Al hijo de tu vecino limpiale las narices, y metele en tu casa. Por cierto que seria gentil cosa casar à nuestra Maria con un Condazo, ò con un Cavallerote, que quando se le antojasse la pusiesse como nueva, llamandola de villana, hija del estripa terrones, y de la pela ruecas: no, no, mis dias, marido; para esso por cierto he criado yo à mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dexadlo à mi cargo, que ai esta Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo, y sano, y que le conocemos, y se, que no mira de mal ojo à la muchacha, y con este, que es nuestro igual, estarà bien casada, y le tendremos siempre à nuestros ojos, y seremos todos unos, padres, y hijos, nietos, y yernos; andarà la paz, y la bendicion de Dios entre todos nosotros: y no casarmela vos aora en essas Cortes, y en essos Palacios grandes, adonde ni a ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acà, bestia, y muger de Barrabàs, replicò Sancho, por que quieres tù aora, sin que, ni para què, estorvarme, que no case à mi hija con quien me dè nietos, que se llamen Señoria? Mira, Teresa, siempre he oido decir à mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura quando le viene, que no se debe quexar si se le passa. Y no serà bien; què aora que està llamando à nuestra puerta, se la cerremos; dexèmonos llevar de este viento favorable, que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abaxo dice Sancho, dixo el Traductor de esta Historia, que tenia por apocrifo este Capitulo) No te parece animalia, prosiguiò Sancho, que serà bien dar con mi cuerpo en algun govierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, y casasse a Maria-Sancha con quien yo quisiere, y veràs como te llaman a ti Doña Teresa Panza, y te sientas en la Iglesia sobre alcatifa, almohadas, y arambeles, à pesar, y despecho de las hidalgas de el Pueblo? No sino estaos siempre en un ser, sin crecer, ni menguar, como figura de paramento; y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser Condesa, aunque tu mas me digas. Veis, quanto decis, marido? respondiò Teresa: pues con todo esso temo, que este Condado de mi hija ha de ser su perdicion, vos haced lo que quisieredes, aora la bagais Duquesa, ò Princesa; pero sepa decir, que no serà ello con mi voluntad, ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puede aver entonos sin fundamentos. Teresa me pusieron en el Bautismo, nombre mondo, y escuero, sin añadiduras, ni cortapilas, ni arriquives de dones, ni donas. Casajo se llamò mi padre; y à mi, por ser vuestra muger, me llaman Teresa Panza, que à buena razon me avian de llamar.

Te-

Tereſa Caſcajo ; pero allà vàn leyes do quieren Reyes , y con eſte nombre me contento , ſin que me le pongan un Don encima , que peſe tanto que no le pueda llevar; y no quiero dàr que decir à los que me vieren andar veſtida à lo Condeſil , ò à lo de Governadora , que luego diràn : Mirad què entonada và la pazpuerca ; ayer no ſe hartaba de eſtirar de un copo de eſtopa , y iba à Miſſa cubierta la cabeza con la falda de la ſaya , en lugar de manto , y yà oy và con verdugado , con broches , y con entono , como ſi no la conocieſſemos. Si Dios me guarda mis ſiete , ò mis cinco ſentidos , ò los que tengo, no pienſo dàr ocaſion de verme en tal aprieto : Vos , hermano , idos à ſer govierno , ò inſulo , y entonaos à vueſtro guſto ; que mi hija , ni yo, por el ſiglo de mi padre , que no nos hemos de mudar un paſſo de nueſtra Aldèa : La muger honrada, la pierna quebrada , y en caſa ; y la doncella honeſta , el hacer algo es ſu fieſta. Idos con vueſtro Don Quixote à vueſtras venturas , y dexadnos à noſotras con nueſtras malas venturas , que Dios nos las mejorarà , como ſeamos buenas , y yo no sè por cierto quièn le puſo à èl Don , que no tuvieron ſus padres , ni ſus abuelos. Aora digo, replicò Sancho , que tienes algun familiar en eſſe cuerpo. Valgate Dios la muger , y què de coſas ha enſartado unas en otras , ſin tener pies , ni cabeza ! Què tiene que vèr el càſcajo , los broches, los refranes , y el tono , con lo que yo digo ? Vèn acà , mentecata , è ignorante (que aſsi te puedo llamar, pues no entiendes mis razones , y vàs huyendo de la dicha) ſi yo dixera, que mi hija ſe arrojàra de una torre abaxo , ò que ſe fuera por eſſos mundos , como ſe quiſo ir la Infanta Doña Urraca , tenias razon de no venir con mi guſto ; pero ſi en dos paletas , y en menos de un abrir , y cerrar de ojos te la chanto un Don , y una Señoria acueſtas, y te la ſaco de los raſtrojos , y te la pongo en toldo , y en peana , y en un eſtrado de mas almohadas de velludo , que tuvieron Moros en ſu linage las almohadas de Marruecos , por què no has de conſentir , y querer lo que yo quiero ? Sabeis por què , marido ? reſpondiò Tereſa , por el refràn que dice: Quien te cubre , te deſcubre. Por el pobre todos paſſan los ojos como de corrida , y en el rico los detienen ; y ſi el tal rico fue un tiempo pobre , allì es el murmurar , el maldecir , y el peor perſeverar de los maldicientes , que los ay por eſſas calles à montones , como enjambre de abejas. Mira , Tereſa, reſpondiò Sancho , y eſcucha lo que aora quiero decirte , quizà no lo avràs oìdo en todos los dias de tu vida ; y yo aora no hablo de mio , que todo lo que pienſo decir ſon ſentencias del Padre Predicador , que la Quareſma paſſada predicò en eſte Pueblo ; el qual, ſi mal no me acuerdo , dixo , que todas las coſas preſentes , que los ojos eſtàn mirando , ſe preſentan, eſtàn , y aſsiſten en nueſtra memo-

ria mucho mejor, y con mas vehemencia, que las cosas passadas. (Todas estas razones, que aqui và diciendo Sancho, son las segundas, por quien dice el Traductor, que tiene por apocrifo este Capitulo, que exceden à la capacidad de Sancho, el qual prosiguiò diciendo.) De donde nace, que quando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece, que por fuerza nos mueve, y combida à que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna baxeza en que vimos à la tal persona, la qual ignominia, aora sea de pobreza, ù de linage, como yà passò, no es, y solo es lo que vemos presente. Y si este, à quien la fortuna sacò del borrador de su baxeza, que por estas mismas razones la dexò el padre à la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal, y cortès con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos, que por su antiguedad son nobles, tèn por cierto, Teresa, que no avrà quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, si no fueren los embidiosos, de quien ninguna prospera fortuna està segura. Yo no os entiendo, marido, replicò Teresa, haced lo que quisieredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras harengas, y rethoricas; y si estais rebuelto en hacer lo que decis. Resuelto has de decir, muger, dixo Sancho, y no rebuelto. No os pongais à disputar, marido, conmigo, respondiò Teresa, yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos; y digo, que si estais porfiando en tener Govierno, que llevels con vos à vuestro hijo Sancho, para que desde aora le enseñeis à tener govierno, que bien es, que los hijos hereden, y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo Govierno, dixo Sancho, embiarè por èl por la posta, y te embiarè dineros, que no me faltaràn, pues nunca falta quien se los preste à los Governadores, quando no los tienen; y vistele de modo, que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Embiad vos dineros, dixo Teresa, que yo os le vestirè como un palmito. En efecto, quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija? El dia que yo la viesse Condesa, respondiò Teresa, esse harè cuenta que la entierro; pero otra vez os digo, que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres, de estàr obedientes à sus maridos, aunque sean unos porros: Y en esto comenzò à llorar tan de veras, como si yà viera muerta, y enterrada à Sanchica. Sancho la consolò, diciendola: Que yà que la huviesse de hacer Condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiesse. Con esto se acabò su platica, y Sancho bolviò à vèr à Don Quixote, para dàr orden de su partida.

*** *** ***
*** ***

CAP.

CAP. VI. *De lo que paſsò à Don Quixote con ſu ſobrina, y con ſu ama; y es uno de los mas importantes Capitulos de toda la Hiſtoria.*

EN tanto que Sancho Panza, y ſu muger Tereſa Caſcajo paſsaron la impertinente referida platica, no eſtaban ociosas la ſobrina, y el ama de Don Quixote, que por mil ſeñales iban coligiendo, que ſu tio, y ſeñor queria deſgarrarſe la vez tercera, y bolver al exercicio de ſu (para ellas) mal Andante Cavalleria. Procuraban por todas las vias poſsibles apartarlo de tan mal penſamiento; pero todo era predicar en deſierto, y majar en hierro frio. Con todo eſto, entre otras muchas razones, que con èl paſsaron, le dixo el ama: En verdad, ſeñor mio, que ſi V.md. no afirma el pie llano, y ſe eſta quedo en ſu caſa, y ſe dexa de andar por los montes, y por los valles, como anima en pena, buſcando eſſas, que dicen que ſe llaman aventuras, à quien yo llamo deſdichas, que me tengo de quexar en voz, y en grita à Dios, y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que reſpondiò D. Quixote: Ama, lo que Dios reſponderà à tus quexas, yo no lo sè, ni lo que ha de reſponder ſu Mageſtad tampoco; y ſolo sè, que ſi yo fuera Rey, me eſcuſara de reſponder à tanta infinidad de Memoriales impertinentes, como cada dia le dàn, que uno de los mayores trabajos, que los Reyes tienen, entre otros muchos, es el eſtàr obligado à eſcuchar à todos, y à reſponder à todos; y aſsi, no querria yo, que coſas mias le dieſſen peſadumbre. A lo que dixo el ama: Diganos, ſeñor, en la Corte de ſu Mageſtad no ay Cavalleros? Sì, reſpondiò Don Quixote, y muchos, y es razon que los aya, para adorno de la grandeza de los Principes, y para obſtentacion de la Mageſtad Real. Pues no ſeria V.md. replicò ella, uno de los que à pie quedo ſirvieſſen à ſu Rey, y ſeñor, eſtandoſe en la Corte? Mira, amiga, reſpondiò Don Quixote, no todos los Cavalleros pueden ſer Corteſanos, ni todos los Corteſanos pueden, ni deben ſer Cavalleros Andantes, de todos ha de aver en el mundo; y aunque todos ſeamos Cavalleros, và mucha diferencia de los unos à los otros; porque los Corteſanos, ſin ſalir de ſus apoſentos, ni de los umbrales de la Corte, ſe paſsean por todo el mundo, mirando un Mapa, ſin coſtarles blanca, ni padecer calor, ni frio, hambre, ni ſed; pero noſotros los Cavalleros Andantes verdaderos, al Sol, al frio, al ayre, à las inclemencias del Cielo, de noche, y de dia, à pie, y à cavallo, medimos toda la tierra con nueſtros miſmos pies; y no ſolamente conocemos los enemigos pintados, ſino en ſu miſmo ser; y en todo trance, y en toda ocaſion los acometèmos, ſin mirar en niñerias, ni en las leyes de los deſafios; ſi lleva, ò no lleva mas corta la lanza, ò la eſpada; ſi trae ſobre ſi reliquias, ò algun engaño encubierto;

ſi

ſe ha de partir, y hacer tajadas el Sol, ò no, con otras ceremonias de eſte jaèz, que ſe uſan en los deſafios particulares de perſona à perſona, que tù no ſabes, y yo sì. Y has de ſaber mas, que el buen Cavallero Andante, aunque vea diez Gigantes, que con las cabezas, no ſolo tocan, ſino paſſan las nubes, y que à cada uno le ſirven de piernas dos grandiſsimas torres, y que los brazos ſemejan arboles de grueſſos, y poderoſos Navios, y cada ojo como una gran rueda de Molino, y mas ardiendo, que un horno de vidrio, no le han de eſpantar en manera alguna; antes con gentil continente, y con intrepido corazon los ha de acometer, y embeſtir; y ſi fuere poſsible, vencerlos, y deſvaratarlos en un pequeño inſtante, aunque vinieſſen armados de unas conchas de un cierto peſcado, que dicen, que ſon mas duras que ſi fueſſen de diamantes; y en lugar de eſpadas, traxeſſen cuchillos tajantes de Damaſquino azero, ò porras ferradas con puntas aſsimiſmo de azero, como yo las he viſto mas de doce veces. Todo eſto he dicho, ama mia, porque veas la diferencia que ay de unos Cavalleros à otros; y ſeria razon, que no huvieſſe Principe, que no eſtimaſſe en mas eſta ſegunda, ò por mejor decir, primera eſpecie de Cavalleros Andantes, que ſegun leemos en ſus Hiſtorias, tal ha avido entre ellos, que ha ſido la ſalud, no ſolo de un Reyno, ſino de muchos. Hà ſeñor mio, dixo à eſta ſazon la ſobrina, advierta V.md. que todo eſto que dice de los Cavalleros Andantes, es fabula, y mentira, y ſus Hiſtorias, yà que no las quemaſſen, merecian, que à cada una ſe le echaſſe un ſambenito, ò alguna ſeñal, en que fueſſe conocida por infame, y por gaſtadora de las buenas coſtumbres. Por el Dios que me ſuſtenta, dixo Don Quixote, que ſi no fueras mi ſobrina derechamente, como hija de mi miſma hermana, que avia de hacer un tal caſtigo en tì, por la blasfemia que has dicho, que ſonàra por todo el mundo. Como què, es poſsible que una rapaza, que apenas ſabe menear doce palillos de randas, ſe atreva à poner lengua, y à cenſurar las Hiſtorias de los Cavalleros Andantes? Què dixera el ſeñor Amadis ſi tal oyera? Pero à buen ſeguro, que èl te perdonara, porque fue el mas cortès, y humilde Cavallero de ſu tiempo, y el mas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera aver oìdo, que no te fuera bien de ello, que no todos ſon corteſes, ni bien mirados; algunos ay follones, y deſcomedidos. Ni todos los que ſe llaman Cavalleros lo ſon de todo en todo, que unos ſon de oro, otros de alquimia, y todos parecen Cavalleros; pero no todos pueden eſtàr al toque de la piedra de la verdad. Hombres baxos ay, que rebientan por parecer Cavalleros; y Cavalleros altos ay, que parece que apoſta mueren por parecer hombres baxos: aquellos ſe levantan, ò con la ambicion, ò con la virtud; eſtos ſe abaxan, ò con la floxe-

floxedad, ò con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de Cavalleros, tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. Valgame Dios! dixo la sobrina, que sepa vuestra merced tanto, señor tio, que si fuesse menester en una necessidad, podria subir en un pulpito, è irse à predicar por essas calles; y que con todo esso dè en una ceguera tan grande, y en una sandez tan conocida, que se dè à entender, que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agoviado, y sobre todo, que es Cavallero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los Hidalgos, no lo son los pobres! Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondiò Don Quixote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linages, que te admiràran; pero por no mezclar lo Divino con lo humano, no lo digo. Mirad, amigas, à quatro suertes de linages (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que ay en el mundo, que son estos: Unos, que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo, y dilatando hasta llegar à una suma grandeza. Otros, que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan, y mantienen en el ser que comenzaron. Otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta, como pyramide, aviendo disminuido, y aniquilado su principio, hasta parar en no nada, como lo es la punta de la pyramide, que respecto de su vasa, ò asiento, no es nada. Otros ay (y estos son los mas) que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio; y assi tendràn el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde, y subieron à la grandeza, que aora conservan, te sirva de exemplo la Casa Othomana, que de un humilde, y baxo Pastor, que la diò principio, està en la cumbre que la vemos. Del segundo linage, que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, seran exemplo muchos Principes, que por herencia lo son, y se conservan en ella, sin aumentar, ni disminuirla, conteniendose en los limites de sus Estados pacificamente. De los que comenzaron grandes, y acabaron en punta, ay millares de exemplos; porque todos los Faraones, y Tolomeos de Egypto, los Cesares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos Principes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos, y Barbaros, todos estos Linages, y Señorios han acabado en punta, y en no nada, assi ellos, como los que les dieron principio, pues no serà possible hallar aora ninguno de sus descendientes; y si le hallassemos, seria en baxo, y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el numero de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni

ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que inferais, bobas mias, que es grande la confusion que ay entre los linages; y que solos aquellos parecen grandes, y ilustres, que lo muestran en la virtud, en la riqueza, y liberalidad de sus dueños. Dixe virtudes, riquezas, y liberalidades, porque el grande, que fuere vicioso, sera vicioso grande; y el rico no liberal, sera un avaro mendigo: que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al Cavallero pobre no le queda otro camino para mostrar que es Cavallero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortès, comedido, y oficioso, no sobervio, no arrogante, no murmurador; y sobre todo, caritativo, que con dos maravedis, que con animo alegre dè al pobre, se mostrarà tan liberal como el que à campana herida dà limosna, y no avrà quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca dexe de juzgarle, y tenerle por de buena casta; y el no serlo seria milagro, y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dexar de ser alabados. Dos caminos ay, hijas, por donde pueden ir los hombres à llegar à ser ricos, y honrados; el uno es de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas, que letras, y nacì, segun me inclino à las armas, debaxo de la influencia del Planeta Marte; assi, que casi me es forzoso seguir por su camino, y por èl tengo de ir, à pesar de todo el mundo, y serà en valde cansaros en persuadirme à que no quiera yo lo que los Cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea; pues con saber, como sè, los innumerables trabajos, que son anexos à la Andante Cavalleria, sè tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sè, que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho, y espacioso; y sè, que sus fines, y paraderos son diferentes; porque el del vicio dilatado, y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto, y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendra fin; y sè, como dice el gran Poeta Castellano nuestro, que:

Por estas asperezas se camina
De la immortalidad al alto assiento;
Do nunca arriba quien de alli declina.

Ay desdichada de mì! dixo la sobrina, que tambien mi señor es Poeta, todo lo sabe, todo lo alcanza; yo apostarè, que si quisiera ser Albanil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, sobrina, respondiò Don Quixote, que si estos pensamientos Cavallerescos no me llevassen tras sì todos los sentidos, que no avria co-

cosa què yo no hiciesse, ni curiosidad que no saliesse de mis manos, especialmente jaulas, y palillos de dientes. A este tiempo llamaron à la puerta, y preguntando quien llamaba? Respondiò Sancho Panza, que èl era; y apenas le huvo conocido el ama, quando corriò à esconderse por no verle; tanto le aborrecia. Abriòle la sobrina, saliò à recibirle con los brazos abiertos su señor Don Quixote, y encerraronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que nò le hace ventaja el passado.

CAP. VII. *De lo que pasiò à Don Quixote con su escudero, con otros sucessos famosissimos.*

APenas viò el ama, que Sancho Panza se encerraba con su señor, quando diò en la cuenta de sus tratos, y imaginando, que de aquella consulta avia de salir la resolucion de su tercera salida, tomò su manto, toda llena de congoja, y pesadumbre, y se fue à buscar al Bachiller Sansòn Carrasco, pareciendole, que por ser bien hablado, y amigo fresco de su señor, le podria persuadir à que dexasse tan desvariado proposito. Hallòle passeandose por el patio de su casa, y viendole, se dexò caer ante sus pies, trasudando, y congojosa. Quando la viò Sansòn Carrasco con muestras tan doloridas, y sobresaltadas, la dixo: Què es esto, señora ama? Què la ha acontecido, que parece, que se la quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sansòn mio, sino que mi ama se sale, salese sin duda. Y por donde se sale, señora? preguntò Sansòn. Haselè roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondiò ella, sino por la puerta de su locura; quiero decir, señor Bachiller de mi anima, que quiere salir otra vez, que con esta serà la tercera, à buscar por esse mundo lo que èl llama venturas, que yo no puedo entender como les dà este nombre. La vez primera nos le bolvieron arravessado sobre un jumento, molido à palos. La segunda vino en un carro de bueyes, metido, y encerrado en una jaula, adonde èl se daba à entender, que estaba encantado, y venìa tal el triste, que no le conociera la madre que le pariò, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los ultimos caramanchones del celebro, que para averle de bolver algun tanto en si, gastè mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios, y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dexaran mentir. Esso creo yo muy bien, respondiò el Bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas, y tan bien criadas, que nò diràn una cosa por otra, si reventassen. En efecto, señora ama, no ay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme, que quiere hacer el señor Don Quixote? No señor, respondiò ella. Pues no tenga pena, respondiò el Bachiller, sino vayase en hora buena à su casa, y tengame adereçado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de Santa

Pe

Polonia, si es que la sabe, que yo iré luego allà, y verà maravillas. Cuitada de mì, replicò el ama, la Oracion de Santa Polonia dice vuestra merced que rece? esso fuera si mi amo lo huviera de las muelas; pero no lo hà sino de los cascos. Yo sè lo que digo, señora ama, vayase, y no se ponga à disputar conmigo, pues sabe que soy Bachillèr por Salamanca, que no ay mas que bachillear, respondiò Carrasco. Y con esto se fue el ama, y el Bachillèr fuè luego à buscar al Cura para comunicar con èl lo que se dirà à su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quixote, y Sancho, passaron las razones, que con mucha puntualidad, y verdadera relacion cuenta la Historia. Dixò Sancho à su amo y Señor, yà yo tengo relucida a mi muger à que me dexe ir con vuestra merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sancho, dixo Don Quixote, que no relucida. Una, ù dos veces, respondiò Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado à vuestra merced, que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos; y que quando no los entienda, diga: Sancho, ò diablo, no te entiendo; y si yo no me declarare, entonces podrà enmendarme, que yo soy tan facil. No te entiendo, Sancho, dixo luego Don Quixote, pues no sè què quiere decir soy tàn facil. Tan facil quiere decir, respondiò Sancho, soy tan assi. Menos te entiendo aora, repliçò Don Quixote. Pues si no me puede entender, respondiò Sancho, no sè como lo diga, no sè mas, y Dios sea conmigo. Yà, yà caygo; respondiò Don Quixote, en ello. Tù quieres decir, que eres tan docil, blando, y mañero, que tomaràs lo que yo te dixere, y passaràs por lo que te enseñare. Apostarè yo, dixo Sancho, que desde el emprincipio me calò, y me entendiò, sino que quiso turbarme por oirme decir otras docientas patochadas. Podrà ser, replicò Don Quixote; y en efecto, què dice Teresa? Teresa dice, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con vuestra merced, y que hablen cartas, y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues mas vale un toma, que dos te darè; y yo digo, que el consejo de la muger es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondiò Don Quixote. Decid, Sancho amigo, passad adelante, que hablais oy de perlas. Es el caso, replicò Sancho, que como vuestra merced mejor sabe, todos estamos sujetos à la muerte, y que oy somos, y mañana no, y que tan presto se và el cordero, como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle: porque la muerte es sorda, y quando llega à llamar à las puertas de nuestra vida, siempre và de priessa, y no la harán detener, ni ruegos, ni fuerzas, ni Cetros, ni Mitras, segun es publica voz, y fama, y segun nos lo dicen por essos Pulpitos. Todo esso es verdad, dixo

Don Quixote; pero no sè donde vàs à parar. Voy à parar, dixo Sancho, en que vuestra merced me señale salario conocido de lo que me ha de dàr cada mes el tiempo que le sirviere; y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero yo estàr à mercedes, que llegan tarde, mal, ò nunca: con lo mio me ayude Dios. En fin, quiero saber que gano poco, ò mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo, no se pierde nada. Verdad sea, que si sucediesse (lo qual, ni lo creo, ni lo espero) que vuestra merced me diesse la Insula, que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querrè, que se aprecie lo que montare la renta de la tal Insula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondiò Don Quixote, à las veces tan buena suele ser una gata, como una rata. Ya enciendo, dixo Sancho; yo apostarè, que avia de decir rata, y no gata; pero no importa nada, pues vuestra merced lo ha entendido. Y tan entendido, respondiò Don Quixote, que he penetrado lo ultimo de tus pensamientos, y sè al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario, si huviera hallado en algunas de las Historias de los Cavalleros Andantes exemplo, que me descubriesse, y mostrasse por algun pequeño resquicio, què es lo que solian ganar cada mes, ò cada año; pero yo he leìdo todas, ò las mas de sus Historias, y no me acuerdo aver leido, que ningun Cavallero Andante aya señalado conocido salario à su escudero; solo sè, que todos servian à merced, y que quando menos se lo pensaban, si à sus señores les avia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una Insula, ò con otra cosa equivalente, y por lo menos quedaban con Titulo, y Señoria. Si con estas esperanzas, y aditamentos, vos, Sancho, gustais de bolver à servirme, sea en buen hora, que pensar, que yo he de sacar de sus terminos, y quicios la antigua usanza de la Cavalleria Andante, es pensar en lo escusado. Assi que, Sancho mio, bolveos à vuestra casa, y declarad à vuestra Teresa mi intencion; y si ella *gustare*, y vos gustaredes de estàr à merced conmigo, *benè quidem*; y si no, tan amigos como de antes, que si al palomar no le falta cebo, no le faltaràn palomas. Y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza, que ruin possession, y buena quexa, que mala paga. Hablo de esta manera, Sancho, por daros à entender, que tambièn sè yo arrojar refranes còmo llovidos; y finalmente, quiero decir, y os digo, que si no quereis venir à merced conmigo, y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos, y os haga un Santo, que à mì no me faltaran escuderos mas obedientes, mas solicitos, y no tan empachados, ni tan habladores como vos. Quando Sancho oyò la firme reso-

lu-

lucion de su amo, se le nublò el Cielo, y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creìdo, que su señor no se iria sin èl por todos los haberes del mùndo; y assi, estando suspenso, y pensativo, entrò Sanson Carrasco, y la sobrina, deseosos de oìr con què razones *persuadia* à su señor, que no tornasse à buscar las aventuras. Llegò Sanson, socarron famoso, y abrazandole como la vez primera, con voz levantada le dixo: O flor de la Andante Cavalleria! O luz resplandeciente de las armas! O honor, y espejo de la Nacion Española! Plegue à Dios todo Poderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona, ò personas que pusieren impedimento, y estorvaren tu tercera salida, que no la hallen en el labyrinto de sus deseos, ni jamàs se les cumpla lo que mal desearen. Y bolviendose al ama, la dixo: Bien puede la señora ama no rezar mas la oracion à Santa Polonia, que yo sè que es determinacion precisa de las Esferas, que el señor Don Quixote buelva à executar sus altos, y nuevos pensamientos; y yo encargaria mi conciencia si no intimasse, y persuadiesse à este Cavallero, que no tenga mas tiempo encogida, y detenida la fuerza de su valeroso brazo, y la bondad de su animo valentissimo; porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huerfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas, y el arrimo de las casadas, y otras cosas de este jaez, que tocan, atañen, dependen, y son anexas à la Orden de la Cavalleria Andante. Ea, señor Don Quixote mio, hermoso, y bravo, àntes oy, que mañana se ponga vuestra merced, y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en execucion, aqui estoy yo para suplirla con mi persona, y hacienda; y si fuere necessidad servir à tu magnificencia de escudero, lo tendrè à felicissima ventura. A esta sazon dixo Don Quixote, bolviendose à Sancho: No te dixe yo, Sancho, que me avian de sobrar escuderos? Mira quien se ofrece à serlo sino el inaudito Bachillèr Sanson Carrasco, perpetuo Trastulo, y regocijador de los patios de las Escuelas Salamanticenses, sano de persona, agil de sus miembros, callado, sufridor, assi del calor, como de el frio, assi de la hambre, como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un Cavallero Andante; pero no permita el Cielo, que por seguir mi gusto desvarate, y quiebre la columna de las letras, y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas, y liberales Artes. Quedese el nuevo Sanson en su patria, y honrandola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con qualquier escudero estarè contento, yà que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondiò Sancho enternecido, y llenos de lagrimas los ojos, y prosiguiò: No se dirà por mì, señor mio, el pan comido, y la compañia deshecha;

si, que nó vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que yà sabe todo el mundo, y especialmente mi Pueblo, quien fueron los Panzas, de quien yo desciendo; y mas que tengo conocido, y calado, por muchas buenas obras, y por mas buenas palabras, el deseo que vuestra merced tiene de hacerme merced: y si me he puesto en cuentas de tanto mas quanto acerca de mi salario, ha sido por complacer à mi muger, la qual quando toma la mano à persuadir una cosa, no ay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta à que se haga lo que quiere; pero en efecto, el hombre ha de ser hombre, y la muger muger; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese à quien pesare: y assi no ay mas que hacer, sino que V.md. ordene su Testamento con su Cobdicilo, en modo que no se pueda rebolcar; y pongamonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice, que su conciencia le lita, que persuada à vuestra merced à salir vez tercera por esse mundo, y yo de nuevo me ofrezco à servir à V.md. fiel, y legalmente, tan bien, y mejor, que quantos escuderos han servido à Cavalleros Andantes en los passados, y presentes tiempos. Admirado quedò el Bachillèr de oìr el tèrmino, y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que avia leìdo la primera Historia de su señor, nunca creyò, que era tan gracioso como alli le pintan; pero oyendole decir aora Testamento, y Cobdicilo, que no se pueda rebolcar, en lugar de Testamento, y Cobdicilo, que no se pueda revocar, creyò todo lo que de èl avia leìdo, y confirmòlo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dixo entre *si*, que tales dos locos, como amo, y mozo, no se avrian visto en el mundo. Finalmente Don Quixote, y Sancho se abrazaron, y quedaron amigos; y con parecer, y beneplacito del gran Carrasco, (que por entonces era su oraculo) se ordenò, que de alli à tres dias fuesse su partida, en los quales avria lugar de aderezar lo necessario para el viage, y de buscar una celada de encaxe, que en todas maneras dixo Don Quixote que la avia de llevar. Ofreciòsela Sanson, porque sabìa no se la negarìa un amigo suyo, que la tenia, puesto que estaba mas obscura por el orin, y el moho, que clara, y limpia por el terso azero. Las maldiciones que las dos, ama, y sobrina, echaron al Bachillèr, no tuvieron cuento, mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas, que se usaban, lamentaban la partida, como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle à que otra vez saliesse, fue hacer lo que adelante cuenta la Historia, todo por consejo del Cura, y Barbero, con quien èl antes lo avia comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias Don Quixote, y Sancho

se acomodaron de lo que les pareciò convenirles; y aviendo aplacado Sancho à su muger, y Don Quixote à su sobrina, y à su ama, al anochecer, sin que nadie los viesse, sino el Bachillèr, que quiso acompañarles media legua del Lugar, se pusieron en camino de el Toboso, Don Quixote sobre su *buen* Rocinante, y Sancho sobre *su* antiguo rucio, proveìdas las alforjas de cosas tocantes à la bocoica, y la bolsa de dineros, que le diò Don Quixote para lo que se ofreciesse. Abrazòle Sanson, y suplicòle le avisasse de su buena, ò mala suerte, para alegrarse con aquella, ò entristecerse con esta, como las leyes de su amistad pedian; prometiòselo Don Quixote; dio Sanson la buelta à su Lugar, y los dos tomaron la de la gran Ciudad del Toboso.

CAP. VIII. *Donde se cuenta lo que le sucediò à Don Quixote yendo à vèr à su señora Dulcinea del Toboso.*

BEndito sea el Poderoso Alà, dice Hamete Benengeli al comienzo de este octavo Capitulo; bendito sea Alà, repite tres veces; y dice, que da estas bendiciones, por vèr que tiene yà en campaña à Don Quixote, y à Sancho, y que los lectores de su agradable Historia pueden hacer cuenta, que desde este punto comienzan las hazañas, y donayres de Don Quixote, y su Escudero: persuadeles, que se les olviden las pasadas Cavallerias de el ingenioso Hidalgo, y pongan los ojos en las que estàn por venir, que desde aora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montièl; y, no es mucho lo que pide para tanto como èl promete; y assi prosigue diciendo:

Solos quedaron Don Quixote, y Sancho, y apenas se huvo apartado Sanson, quando comenzò à relinchar Rocinante, y à suspirar el rucio, que de èntrambos, Cavallero, y Escudero, fue tenido à buena señal, y por felicissimo agüero, aunque, si se ha de contar la verdad, mas fueron los suspiros, y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocìn; de donde coligiò Sancho, que su ventura avia de sobrepùjar, y ponerse encima de la de su señor, fundandose, no sè si en Astrologìa judiciaria, que èl se sabìa, puesto que la Historia no lo declara; solo le oyeron decir, que quando tropezaba, ò caìa, se holgàra no aver salido de casa, porque del tropezar, ò caer no se sacaba otra cosa, sino el zapato roto, ò las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Dixole Don Quixote: Sancho amigo, la noche se nos và entrando à mas andar, y con mas obscuridad de la que aviamos menester, para alcanzar con el dia à vèr al Toboso, adonde tengo determinado de ir, antes que en otra aventura me ponga: alli tomarè la bendicion, y buena licencia de la sin par Dul-

tinea; con la qual licencia, pienso, y tengo por cierto de acabar, y dàr felice cima à toda peligrosa aventura; porque ninguna cosa de esta vida hace mas valientes à los Cavalleros Andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo assi lo creo, respondiò Sancho; pero tengo por dificultoso, que vuestra merced pueda ablandarla, ni verse con ella, en parte à lo menos, que pueda recibir su bendicion, si yà no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vì lá vez primera quando la llevè la carta, donde iban las nuevas de las sandeces, y locuras, que vuestra merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra-Morena. Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dixo Don Quixote, adonde, ò por donde viste aquella jamàs bastantemente alabada gentileza, y hermosura? No debian de ser sino galerìas, ò corredores, ò lonjas, ò como las llaman, de ricos, y Reales Palacios. Todo pudo ser, respondiò Sancho; pero à mì bardas me parecieron, sino que soy falto de memoria. Con todo esso vamos allà, Sancho, replicò Don Quixote, que como yo la vea, esso se me dà que sea por bardas, que por ventanas, ò por resquicios, ò verjas de jardines, que qualquiera rayo que del sol de su belleza llegue à mis ojos, alumbrarà mi entendimiento, y fortalecerà mi corazon de modo, que quede unico, y sin igual en su discrecion, y en la valentìa. Pues en verdad, señor, respondiò Sancho, que quando yo vì esse sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro, que pudiesse echar de sì rayos algunos; y debiò de ser, que como su merced estaba ahechando aquel trigo, que dixe, el mucho polvo que sacaba, se le puso como nube ante el rostro, y se le escureciò. Què todavia dàs, Sancho, dixo Don Quixote, en decir, en pensar, en creer, y en porfiar, que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo esse un menester, y exercicio, que và desviado de todo lo que hacen, y deben hacer las personas principales, que estàn constituìdas, y guardadas para otros exercicios, y entretenimientos, que muestran à tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan à tì, Sancho, aquellos versos de nuestro Poeta, donde nos pinta las labores que hacian allà en sus moradas de crystal aquellas quatro Ninfas, que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron à labar en el prado verde aquellas ricas telas, que alli el ingenioso Poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo, y perlas, con trenzas texidas. Y de esta manera debiò de ser el de mi señora quando tù la viste, sino que la embidia, que algun mal encantador debe de tener à mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca, y buelve en diferentes figuras, que ellas tienen; y assi temo, que en aquella Historia, que dicen que anda impressa de mis hazañas, si por ventura ha sido su Autor algun sabio mi enemigo, avrà puesto unas co-

sas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiendose à contar otras acciones, fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera Historia. O embidia, raiz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sè qué de deleyte consigo; pero el de la embidia no trae sino disgustos, rencores, y rabias. Esso es lo que yo digo tambien, respondiò Sancho, y pienso que en essa leyenda, ò historia, que nos dixo el Bachiller Carrasco, que de nosotros avia visto, debe de andar mi honra à coche acà cinchado, y como dicen, al estricote aqui, y alli, barriendo las calles. Pues à fee de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes, que pueda ser embidiado; bien es verdad, que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos assomos de bellaco; pero todo lo cubre, y tapa la gran capa de la limpieza mia, siempre natural, y nunca artificiosa; y quando otra cosa no tuviesse, sino el creer, como siempre creo, firme, y verdaderamente en Dios, y en todo aquello, que tiene, y cree la Santa Madre Iglesia Catholica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los Judios, debian los Historiadores tener misericordia de mì, y tratarme bien en sus Escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nacì, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por este mundo de mano en mano, no se me dà un higo, que digan de mì todo lo que quisieren. Esso me parece, Sancho, dixo Don Quixote, à lo que sucediò à un famoso Poeta de estos tiempos, el qual aviendo hecho una maliciosa satyra contra todas las damas Cortesanas, no puso, ni nombrò en ella à una dama, que se podia dudar si lo era, ò no; la qual viendo que no estaba en la lista de las damas, se quexò al Poeta, diciendole, que què avia visto en ella para no ponerla en el numero de las otras? y que alargasse la satyra, y la pusiesse en el ensanche, si no, que mirasse para lo que avia nacido. Hizolo assi el Poeta, y pusola qual no digan dueñas, y ella quedò satisfecha, por verse con fama, aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel Pastor, que puso fuego, y abrasò el Templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedasse vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandò, que nadie nombrasse, ni hiciesse por palabra, ò por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiesse el fin de su deseo, todavia se supo, que se llamaba Erostrato. Tambien alude à esto lo que sucediò al grande Emperador Carlos Quinto con un Cavallero en Roma. Quiso vèr el Emperador aquel famoso Templo de la Rotunda, que en la antiguedad se llamò el Templo de todos los Dioses, y aora con mejor vocacion se llama de todos los Santos, y es el Edificio que mas entero ha

piernas, con que aumentan la devocion, y engrandecen su Christiana fama? Los Cuerpos de los Santos, ò sus Reliquias, llevan los Reyes sobre sus ombros, besan los pedazos de sus huessos, adornan, y enriquecen con ellos sus Oratorios, y sus mas preciosos Altares. Què quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dixo Don Quixote. Quiero decir, dixo Sancho, que nos dèmos à ser Santos, y alcanzarèmos mas brevemente la buena fama, que pretendèmos. Advierta, señor, que ayer, ò antes de ayer, que segun ha poco se puede decir de esta manera, canonizaron, ò beatificaron dos Fraylecitos Descalzos, cuyas cadenas de hierro, con que ceñian, y atormentaban sus cuerpos, se tiene aora à gran ventura el besarlas, y tocarlas, y estàn en mas veneracion, que està, segun dixe, la espada de Roldan en la Armeria del Rey nuestro señor (que Dios guarde.) Assi, que señor mio, mas vale ser humilde Fraylecito, de qualquier Orden que sea, que valiente, y Andante Cavallero: mas alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas, que dos mil lanzadas, ora las dèn à Gigantes, ora à Vestiglos, ò Endriagos. Todo esso es assi, respondiò Don Quixote; però no todos podèmos ser Frayles, y muchos son los caminos por donde lleva Dios à los suyos al Cielo: Religion es la Cavalleria, Cavalleros santos ay en la Gloria. Si, respondiò Sancho; però yo he oìdo decir, que ay mas Frayles en el Cielo, que Cavalleros Andantes. Esso es, respondiò Don Quixote, porque es mayor el numero de los Religiosos, que el de los Cavalleros. Muchos son los Andantes, dixo Sancho. Muchos, respondiò Don Quixote; pero pocos los que merecen nombre de Cavalleros. En estas, y otras semejantes platicas se les passò aquella noche, y el dia siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuesse, de que no poco le pesò à Don Quixote. En fin, otro dia al anochecer descubrieron la gran Ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espiritus à Don Quixote, y se le entristecieron à Sancho, porque no sabìa la casa de Dulcinea, ni en su vida la avia visto, como ni tampoco la avia visto su señor; de modo, que el uno por verla, y el otro por no averla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho, què avia de hacer quando su dueño le embiasse al Toboso. Finalmente, ordenò Don Quixote entrar en la Ciudad entrada la noche; y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas, que cerca del Toboso estaban, y llegando el determinado punto, entraron en la Ciudad donde les sucediò cosas, que à cosas llegan.

***

CAP.

CAP. IX. *Donde se cuenta lo que en èl se verà.*

MEdia noche era por filo, poco mas, ò menos, quando Don Quixote, y Sancho dexaron el monte, y entraron en el Toboso. Estaba el Pueblo en un sossegado silencio, porque todos sus vecinos dormian, y reposaban à pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entre clara, puesto que quisiera Sancho, que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandèz. No se oìa en todo el Lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de Don Quixote, y turbaban el corazon de Sancho: de quando en quando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, y mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche. Todo lo qual tuvo el enamorado Cavallero à mal aguero; pero con todo esto dixo à Sancho: Sancho, hijo, guia al Palacio de Dulcinèa, quizà podrà ser, que la hallemos despierta. A què Palacio tengo de guiar, cuerpo del Sol, respondiò Sancho, que en el que yo vì à su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debia de estàr retirada entonces, respondiò Don Quixote, en algun pequeño apartamiento de su Alcazar, solazandose à solas con sus doncellas, como es uso, y costumbre de las altas Señoras, y Princesas. Señor, dixo Sancho, yà que vuestra merced quiere, à pesar mio, que sea Alcazar la casa de mi señora Dulcinèa, es hora esta, por ventura, de hallar la puerta abierta? Y serà bien, que dèmos aldabazos para que nos oygan, y nos abran, metiendo en alboroto, y rumòr toda la gente? Vamos por dicha à llamar à la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y entran à qualquiera hora, por tarde que sea? Hallemos primero una por una el Alcazar, replicò Don Quixote, que entonces yo te dirè, Sancho, lo que serà bien que hagamos; y advierte, Sancho, que, ò yo veo poco, ò que aquel bulto grande, y sombra, que desde aqui se descubre, la debe de hacer el Palacio de Dulcinèa. Pues guie vuestra merced, respondiò Sancho, quizà serà assi, aunque yo le verè con los ojos, y lo tocarè con las manos, y assi lo creerè yo, como creer, que es aora de dia. Guiò Don Quixote, y aviendo andado como doscientos passos, diò con el bulto que hacia la sombra, y viò una gran torre, y luego conociò, que el tal Edificio no era Alcazar, sino la Iglesi principal del Pueblo, y dixo: Con la Iglesia hemos dado, Sancho. Yà lo veo, respondiò Sancho, y plegue à Dios, que no dèmos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los Cementerios à tales horas; y mas aviendo yo dicho à V.md. si mal no me acuerdo, que la casa de esta señora ha de estàr en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dixo Don Quixote, adonde has tù

ha-

hallado, que los Alcazares, y Palacios Reales estèn edificados en callejuelas sin salida? Señor, respondiò Sancho, en cada tierra su uso, quizà se usa aqui en el Toboso edificar en callejuelas los Palacios, y Edificios grandes; y assi suplico a V.md. me dexe buscar por estas calles, ò callejuelas, que se me ofrecen, podrìa ser, que en algun rincòn topasse con esse Alcazar, que le vea yo comido de perros, que assi nos trae corridos, y assendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dixo Don Quixote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportarè, respondiò Sancho; pero con què paciencia podrè llevar, que quiera vuestra merced, que de sola una vez, que vì la casa de nuestra ama, la aya de saber siempre, y hallarla à media noche, no hallandola vuestra merced, que la debe de aver visto millares de veces? Tù me haràs desesperar, Sancho, dixo Don Quixote: vèn acà, herege, no te he dicho mil veces, que en todos los dias de mi vida no he visto à la sin par Dulcinèa, ni jamàs atravesè los umbràles de su Palacio, y que solo estoy enamorado de oìdas, y de la gran fama que tiene de hermosa, y discreta? Aora lo oygo, respondiò Sancho, y digo, que pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco. Esso no puede ser, replicò Don Quixote, que por lo menos yà me has dicho tù, que la viste ahechando trigo, quando me traxiste la respuesta de la carta, que la embiè contigo. No se arenga à esso, señor, respondiò Sancho; porque le hago saber, que tambien fue de oìdas la vista, y la respuesta que le traxe; porque assi se yo quien es la señora Dulcinea, como dàr un puño en el Cielo. Sancho, Sancho, respondiò Don Quixote, tiempos ay de burlar, y tiempos donde caen, y parecen mal las burlas. No porque yo diga, que ni he visto, ni hablado à la señora de mi alma, has tù de decir tambien, que ni la has hablado, ni visto, siendo tan al revès como sabes. Estando los dos en estas platicas, vieron que venìa à passar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo, juzgaron, que debia de ser Labrador, que avria madrugado antes del dia a ir à su labranza; y assi fue la verdad. Venìa el Labrador cantando aquel Romance, que dicen: *Mala la buvisteis, Francesses, en essa de Roncesvalles.* Que me maten, Sancho, dixo Don Quixote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. No oyes lo que viene cantando esse villano? Sì oygo, respondiò Sancho; pero què hace à nuestro proposito la caza de Roncesvalles? Assi pudiera cantar el Romance de Calainos, que todo fuera uno, para sucedernos bien, ò mal en nuestro negocio. Llegò en esto el Labrador, à quien Don Quixote preguntò: Sabreisme decir, buen amigo, que buena ventura os dè Dios, donde son por

aqui

aqui los Palacios de la sin par Princesa Doña Dulcinèa del Toboso? Señor, respondiò el mozo, yo soy forastero, y ha pocos dias que estoy en este Pueblo sirviendo à un Labrador rico en la labranza del campo: en essa casa frontera viven el Cura, y el Sacristàn del Lugar, entrambos, ò qualquiera de ellos sabrà dàr à vuestra merced razon de essa señora Princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mì tengo, que en todo èl no vive Princesa alguna, muchas señoras sì principales, que cada una en su casa puede ser Princesa. Pues entre essas, dixo Don Quixote, debe de estàr, amigo, esta por quien te pregunto. Podria ser, respondiò el mozo, y à Dios, que yà viene el Alva; y dando à sus mulas, no atendiò à mas preguntas. Sancho, que viò suspenso à su señor, y assàz mal contento, le dixo: Señor, yà se viene à mas andar el dìa, y no serà acertado dexar, que nos halle el Sol en la calle; mejor serà que nos salgamos fuera de la Ciudad, y que V.md. se emboscque en alguna floresta aqui cercana, y yo bolverè de dia, y no dexarè ostugo en todo este Lugar, donde no busque la casa, Alcazar, ò Palacio de mi señora, y assàz serìa de desdichado si no le hallasse, y hallandole, hablarè con su merced, y le dirè donde, y como queda vuestra merced esperando, que le dè orden, y traza para verla, sin menoscabo de su honra, y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerradas en el circulo de breves palabras: el consejo que aora me has dado le apetezco, y recibo de bonissima gana: vèn, hijo, y vamos à buscar donde me emboscque, que tù bolverás, como dices, à buscar, à vèr, y hablar à mi señora, de cuya discrecion, y cortesìa espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacarle à su amo del Pueblo, porque no averiguasse la mentira de la respuesta, que de parte de Dulcinea le avia llevado à Sierra-Morena, y assi dio prissa à la salida, que fue luego; y à dos millas del Lugar hallaron una floresta, ò bosque, donde Don Quixote se emboscò, en tanto que Sancho bolvia à la Ciudad à hablar à Dulcinea; en cuya embaxada le sucedieron cosas, que piden nueva atencion, y nuevo credito.

CAP. X. *Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinea; y dex otros sucessos tan ridiculos, como verdaderos.*

LLegando el Autor de esta grande Historia à contar lo que en este capitulo cuenta, dice, que quisiera passarle en silencio, temeroso de que no avia de ser creìdo; porque las locuras de D. Quixote llegaron aqui al termino, y raya de las mayores, que pueden imaginarse, y aun passaron dos tiros de ballesta mas allà de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo, y recelo, las escriviò de la misma mane-

ra, què èl las hizo, sin añadir, ni quitar à la historia un atomo de la verdad, sin darsele nada por las objeciones que podian ponerle de mentiroso; y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el azeyte sobre el agua; y assi prosiguiendo su historia, dice, que assi como Don Quixote se emboscò en la floresta, encinar, ò selva junto al gran Toboso, mandò à Sancho bolver à la Ciudad, y que no bolviesse à su presencia sin ayer primero hablado de su parte à su señora, pidiendola fuesse servida de dexarse ver de su cautivo Cavallero, y se dignasse de echarle su bendicion, para que pudiesse esperar por ella felicissimos sucessos de todos sus acontecimientos, y dificultosas empressas. Encargòse Sancho de hacerlo assi como se lo mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le traxo la vez primera. Anda, hijo, replicò Don Quixote, y no te turbes quando te vieres ante la luz del sol de hermosura, que vàs à buscar. Dichoso tù sobre todos los escuderos del mundo; ten memoria, y no te passe de ella como te recibe, si muda los colores al tiempo que la estuvieres dando mi embaxada; si se desassossiega, y turba oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si està en pie, mirala si se pone aora sobre el uno, aora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos, ò tres veces; si la muda de blanda en aspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no estè desordenado. Finalmente, hijo, mira todas sus acciones, y movimientos; porque si tù me los relatares como ellos fueren, sacarè yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon, acerca de lo que al fecho de mis amores toca; que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes, las acciones, y movimientos exteriores que muestran quando de sus amores se tratan, son certissimos correos, que traen las nuevas de lo que allà en lo interior del alma passa. Vè, amigo, y quiete otra mejor ventura que la mia, y buelvate otro mejor sucesso de el que yò quedo temiendo, y esperando en esta amarga soledad en que me dexas. Yo irè, y bolverè presto, dixo Sancho, y ensanche vuestra merced, señor mio, esse corazoncillo, que le debe de tener aora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir, que buen corazon quebranta mala aventura, y que donde no ay tocinos, no ay estacas; y tambien se dice, donde no piensa, salta la liebre: digolo, porque si esta noche no hallamos los Palacios, ò Alcazares de mi señora, aora que es de dia los pienso hallar quando menos los piense; y hallados, dexeme à mi con ella. Por cierto, Sancho, dixo Don Quixote, què siempre traes tus refranes tan a pelo de lo que tratamos, quanto me dè Dios mejor ventura en lo que deseo. Esso di-

cho, bolviò Sancho las espaldas, y vareò su rucio, y Don Quixote se quedò à caballo, descansando sobre los estrivos, y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes, y confusas imaginaciones, donde le dexarèmos, y tendrèmos con Sancho Panza, que no menos confuso, y pensativo se apartò de su señor, que el quedaba; y tanto, que apenas huvo salido del bosque, quando bolviendo la cabeza, y viendo que D. Quixote no parecia, se apeò del jumento, y sentandose al pie de un arbol, comenzò à hablar consigo mismo, y à decirse: Sepamos agora, Sancho hermano, adonde và vuestra merced? Và à buscar algun jumento, que se le aya perdido? No por cierto. Pues què và à buscar? Voy à buscar, como quien no dice nada, à una Princesa, y en ella al sol de la hermosura, y a todo el Cielo junto. Y adonde pensais hallar esso que decis, Sancho? Adonde? en la gran Ciudad del Toboso. Y bien; y de parte de quien la vais à buscar? De parte del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que desface los tuertos, y dà de comer al que hà sed, y de beber al que hà hambre. Todo esso està muy bien. Y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice, que han de ser unos Reales Palacios, ò unos soberbios Alcazares. Y avrà visto algun dia, por ventura? Ni yo, ni mi amo la avemos visto jamàs. Y pareceos, que fuera acertado, y bien hecho, que si los del Toboso supiessen, que estais vos aqui con intencion de ir à sonsacarles sus Princesas, y à desasossegarles sus damas, viniessen, y os moliessen las costillas à palos, y no os dexassen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon, quando no considerassen que soy mandado, y que *mensagero sois, amigo; no merecèis culpa vos.* No os fieis en esso, Sancho, porque la gente Manchega es tan colerica, como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os hueven, que os mando mala ventura. Osse puto, allà daràs rayo; no sino andeme yo buscando tres pies al gato, por el gusto ageno: y mas, que assi serà buscar a Dulcinea por el Toboso, como à Marica por Rabena, ò al Bachiller en Salamanca. El diablo, el diablo me hà metido à mi en esto, que otro no. Este soliloquio passò consigo Sancho, y lo que sacò de èl fue, que bolviò à decirse: Aora bien, todas las cosas tienen remedio, sino la muerte, debaxo de cuyo yugo hemos de passar todos mal que nos pese al acabar la vida. Este mi amo, por mil señales le veo, que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que el, pues le sigo, y le sirvo, si es verdadero el refran, que dice: *Dime con quien andas, decirte hè quien eres.* Y el otro: *De no con quien naces, sino con quien pazes.* Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura, que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como se pareciò quando

do dixo, que los Molinos de viento eran Gigantes, y las mulas de los Religiosos Dromedarios, y las manadas de carneros Exercitos de enemigos, y otras muchas cosas à este tono, no serà muy dificil hacerle creer, que una Labradora, la primera que me topare por aqui, es la señora Dulcinea; y quando èl no lo crea, jurarè yo; y si èl jurare, tornarè yo à jurar; y si porfiare, porfiarè yo mas, y de manera, que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere, quizà con esta porfia acabarè con èl, que no me embie otra vez à semejantes mensagerìas, viendo quan mal recado le traygo de ellas, ò quizà pensarà, como yo imagino, que algun mal encantador de estos que èl dice que le quieren mal, le avrà mudado la figura por hacerle mal, y daño. Con esto que pensò Sancho Panza quedò sossegado su espiritu, y tuvo por bien acabado su negocio; y deteniendose alli hasta la tarde, por dar lugar à que Don Quixote pensasse, que le avia tenido para ir, y bolver del Toboso, sucediòle todo tan bien, que quando se levantò para subir en el rucio, viò, que del Toboso azia donde èl estaba venian tres Labradoras sobre tres pollinos, ò pollinas, que el Autor no lo declara, aunque mas se puede creer, que eran borricas, por ser ordinaria cavalleria de las Aldeanas; pero como no và mucho en esto, no ay para que detenernos en averiguarlo. En resolucion, assi como Sancho viò à las Labradoras, à passo tirado bolviò à buscar à su señor Don Quixote, y hallòle suspirando, y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le viò, le dixo: Què ay, Sancho amigo? Podrè señalar este dia con piedra blanca, ò con negra? Mejor serà, respondiò Sancho, que vuestra merced le señale con almagre, como rotulos de Cathedras, porque le echen bien de vèr los que le vieren. De esse modo, replicò Don Quixote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondiò Sancho, que no tiene mas que hacer vuestra merced, sino picar à Rocinante, y salir à lo raso à vèr la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene à ver à vuestra merced. Santo Dios! Què es lo que dices, Sancho amigo? dixo Don Quixote: Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrias alegrar mis verdaderas tristezas. Què sacarìa yo de engañar à vuestra merced, respondiò Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verà venir à la Princesa nuestra ama, vestida, y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas, y ella, todas son una asqua de oro; todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubìes, todas telas de brocado de mas de diez altos. Los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del Sol, que dudan jugando con el viento; y sobre todo, viene à cavallo sobre tres Cananeas remendadas, que no ay mas que vèr. Hacaneas querràs decir, Sancho. Po-

Poca diferencia ay, respondiò Sancho, de Cananèas à Hacanèas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras, que se pueden desear, especialmente la Princesa Dulcinèa, mi señora, que pasma los sentidos. Vamos Sancho, hijo, respondiò Don Quixote; y en albricias de estas no esperadas, como buenas nuevas, te mando el mejor despojo, que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mias, que tu sabes que quedan para parir en el prado Concejil de nuestro Pueblo. A las crias me atengo, respondiò Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura, no està muy cierto. Yà en esto salieron de la selva, y descubrieron cerca à las tres Aldeanas. Tendiò Don Quixote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no viò sino à las tres Labradoras, turbòse todo, y preguntò à Sancho, si las avia dexado fuera de la Ciudad. Como fuera de la Ciudad, respondiò, por ventura tiène vuestra merced los ojos en el colodrillo, que no vè que son estas las que aquì vienen, resplandecientes como el mismo Sol à medio dia? Yo no veo, Sancho, dixo Don Quixote, sino es à tres Labradoras sobre tres borricos. Aora me libre Dios del diablo, respondiò Sancho; y es posible, que tres Hacanèas, ò como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan à vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuesse verdad. Pues yo te digo, Sancho, amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdad que son borricos, ò borricas, como yo soy Don Quixote, y tù Sancho Panza; à lo menos à mì tales me parecen. Calle, señor, dixo Sancho, no diga la tal palabra, sino despavile essos ojos, y venga a hacer reverencia à la señora de sus pensamientos, que yà llega cerca; y diciendo esto, se adelantò à recibir à las tres Aldeanas, y apeandose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres Labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dixo: Reyna, Princesa, y Duquesa de la hermosura, vuestra altivèz, y grandeza sea servida de recibir en su gracia, y buen talante al cautivo Cavallero vuestro, que alli està hecho piedra marmol, todo turbado, y sin pulsos de verse ante vuestra magnifica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y èl es el assendereado Cavallero Don Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el Cavallero de la Triste Figura. A esta sazon ya se avia puesto Don Quixote de hinojos junto à Sancho, y miraba con ojos desencajados, y vista turbada à la que Sancho llamaba Reyna, y señora; y como no descubria en ella sino una moza Aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cariredonda, y chata, estaba suspenso, y admirado, sin ossar desplegar sus labios. Las Labradoras esta-

estaban assimismo atonitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dexaban passar adelante à su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada, y mohina, dixo: Apartense en hora mal del camino, y dexenmos passar, que vamos deprissa. A lo que respondiò Sancho: O Princesa, y señora universal del Toboso! còmo vuestro magnifico corazon no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia à la columna, y sustento de la Andante Cavalleria? Oyendo lo qual otra de las dos, dixo: Mas jo, que te estrego, burra de mi suegro; mirad con què se vienen los señoritos aora à hacer burla de las Aldeanas, como si aqui no supiessemos echar pullas como ellos; vayan su camino, y dexenmos hacer el nuesso, y serles ha sano. Levantate, Sancho, dixo à este punto Don Quixote, que ya veo què la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento à esta anima mezquina, que tengo en las carnes. Y tù (ò estremo del valor, que puede desearse, termino de la humana gentileza, unico remedio de este afligido corazon que te adora, ya que el maligno encantador me perfigue, y ha puesto nubes, y cataratas en mis ojos, y para solo ellos, y no para otros ha mudado, y transformado tu sin igual hermosura, y rostro en el de una Labradora pobre; si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestigio, para hacerlo aborrecible à tus ojos) no dexes de mirarme blanda, y amorosamente, echando de ver en esta sumission, y arrodillamiento, que a tu contrahecha hermosura hago la humildad con que mi alma te adora. Toma que, mi aguelo, respondiò la Aldeana; amiguita soy yo de oir resquebrazos: Apartense, y dexenmos ir, y agradecerselo hemos. Apartòse Sancho, y dexòla ir, contentissimo de aver salido bien de su enredo. Apenas se viò libre la Aldeana, que avia hecho la figura de Dulcinèa, quando picando à su hacanèa con un aguijòn, que en un palo traìa, diò à correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijòn, que la fatigaba mas de lo ordinario, comenzò à dàr corcobos, de manera, que diò con la señora Dulcinèa en tierra; lo qual visto por Don Quixote, acudiò à levantarla; y Sancho à componer, y cinchar la albarda, que tambien vino à la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quixote levantar à su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantandose del suelo, le quitò de aquel trabajo; porque haciendose algun tanto atràs, tomò una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, diò con su cuerpo, mas ligero que un halcòn, sobre la albarda, y quedò ahorcajadas, como si fuera hombre; y entonces dixo Sancho: Vive Roque, que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotàn, y

que

que puede enseñar à subir à la gineta al mas diestro Cordovès, ò Mexicano: El arzòn trasero de la silla passò de un salto; y sin espuelas hace correr la hacanèa, como una cabra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento: y assi era la verdad, porque en viendose à cavallo Dulcinea, todas picaron tras ella, y dispararon à correr, sin bolver la cabeza atràs por espacio de mas de media legua. Siguiòlas Don Quixote con la vista, y quando viò que no parecian, bolviendose à Sancho, le dixo: Sancho, què te parece quan mal quisto soy de encantadores, y mira hasta donde se estiende su malicia, y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento, que pudiera darme vèr en su sèr à mi señora Dulcinèa? En efecto, yo nacì para exemplo de desdichados, y para ser blanco, y terrero donde tomen la mira, y asseten las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traydores de aver buelto, y transformado à mi Dulcinèa, sino que la transformaron, y bolvieron en una figura tan baxa, y tan fea, como la de aquella Aldeana; y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ambares, y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que quando llegué à subir à Dulcinèa sobre su hacanèa (segun tù dices) que à mì me pareciò borrica, me diò un olor de ajos crudos, que me encalabrinò, y atoñgo el alma. O canalla (gritò à esta sazon Sancho) ò encantadores aziagos, y mal intencionados, y quien os viera à todos ensartados por las agallas, como sardinas en lechel Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis. Bastaros debiera, vellacos, aver mudado las perlas de los ojos de mi señora Dulcinèa en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purissimo en cerdas de cola de buey mermejo; y finalmente, todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocàrades en el olor, que por èl siquiera sacàramos lo que estaba encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca vì yo su fealdad, sino su hermosura, à la qual subìa de punto, y quilates un lunar que tenìa sobre el lado derecho, à manera de vigote, con siete, ò ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de mas de un palmo. A esse lunar, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre si los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinèa en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sè decir à vuestra merced, respondiò Sancho, que le parecian allì como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicò Don Quixote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinèa, que no fuesse perfecta, y bien acabada; y assi, si tuviera cien lunares como el que

dices, en ella no fueran lunares, sino lunas, y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que me pareciò à mi albarda, que tù aderezaste, era silla rasa, ò sillòn? No era, respondiò Sancho, sino silla à la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un Reyno, segun es de rica. Y que no viesse yo todo esso, Sancho? dixo Don Quixote; aora torno à decir, y dirè mil veces, que soy el mas desdichado de todos los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, despues de otras muchas razones, que entre los dos passaron, bolvieron à subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar à tiempo, que pudiessen hallarse en unas solemnes fiestas, que en aquella insigne Ciudad cada año suelen hacerse; pero antes que alla llegassen, les sucedieron cosas, que por muchas, grandes, y nuevas, merecen ser escritas, y leìdas, como se verà adelante.

CAP. XI. *De la estraña aventura, que le sucediò al valeroso D. Quixote con el carro, ò carreta de las Cortes de la Muerte.*

PEnsativo ademas iba Don Quixote por su camino adelante, considerando la mala burla que le avian hecho los encantadores, bolviendole à su señora Dulcinèa en la mala figura de Aldeana; y no imaginaba què remedio tendria para bolverla à su sèr primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sì, que sin sentirlo soltò las riendas à Rocinante, el qual sintiendo la libertad que se le daba, à cada passo se detenia à pacer la verde yerva, de que aquellos campos abun-

abundaban. De su embelesamiento le bolviò Sancho Panza, diciendole: Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se buelven bestias. Vuestra merced se reporte, y buelva en sì, y coja las riendas à Rocinante, y ayive, y dispierte, y muestre aquella gallardìa, que conviene que tengan los Cavalleros Andantes. Què diablos es esto? Què descaecimiento es este? Estamos aqui, ò en Francia? Mas que se lleve Satanas à quantas Dulcineas ay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo Cavallero Andante, que todos los encantos, y transformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondiò Don Quixote con voz no muy desmayada: calla, digo, y no mendigas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia, y desventura yo solo tengo la culpa; de la embidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Assi lo digo yo, respondiò Sancho; quien la vido, y la vè aora, qual es el corazon que no llora? Esso puedes tù decir bien, Sancho, replicò Don Quixote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se estendiò à turbarte la vista, ni à encubrirte su belleza; contra mì solo, y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno. Mas con todo esso he caìdo, amigo Sancho, en una cosa, y es, que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dixiste, que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo, que de dama; y à lo que yo creo, los de Dulcinea deben de ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos, que les sirven de cejas. Y essas perlas quitalas de los ojos, y passalas à los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondiò Sancho, porque tambien me turbò à mì su hermosura, como à vuestra merced su fealdad; pero encomendemoslo todo à Dios, que èl es sabidor de todas las cosas, que han de suceder en este valle de lagrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa, que estè sin mezcla de maldad, embuste, y bellaqueria. De una cosa me pesa, señor mio, mas que de otras, que es pensar, què medio se ha de tener quando vuestra merced venza à algun Gigante, ò otro Cavallero, y le mande, que se vaya à presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea? adonde la ha de hallar este pobre Gigante, ò este pobre, y mìsero Cavallero vencido? Parecerme, que los veo andar por el Toboso, hechos unos bausanes, buscando à mi señora Dulcinea; y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán mas que à mi padre. Quizà, Sancho, respondiò Don Quixote, no se estenderà el encantamento à quitar el conocimiento de Dulcinea à los vencidos, y presentados Gigantes, y Cavalleros; y en uno,

uno, ù dos de los primeros que yo venza, y le embie, harèmos la experiencia si la vèn, ò no, mandandoles, que buelvan à darme relacion de lo que acerca de esto les huviere sucedido. Digo, señor, replicò Sancho, que me ha parecido bien lo que vuestra merced ha dicho, y que con esse artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos; y si es, que ella à solo vuestra merced se encubre, la desgracia mas serà de vuestra merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud, y contento, nosotros por acà nos avendrèmos, y lo passarèmos lo mejor que pudieremos, buscando nuestras aventuras, y dexando al tiempo que haga de las suyas, qué el es el mejor Medico de estas, y de otras mayores enfermedades. Responder queria Don Quixote à Sancho Panza, pero estorvòselo una carreta, que saliò al través del camino, cargada de los mas diversos, y estraños personages, y figuras, que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas, y servia de carretero, era un feo demonio. Venìa la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo, ni zarzo. La primera figura que se ofreciò à los ojos de Don Quixote fue la de la misma muerte, con rostro humano; junto à ella venìa un Angel con unas grandes, y pintadas alas. Al un lado estaba un Emperador con una Corona, al parecer, de oro en la cabeza. A los pies de la muerte estaba el Dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, y caxax, y saetas. Venìa tambien un Cavallero, armado de punta en blanco, excepto que no traìa morrion, ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores; con estas venìan otras personas de diferentes trages, y rostros; todo lo qual visto de improviso, en alguna manera alborotò à Don Quixote, y puso miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegrò Don Quixote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva, y peligrosa aventura; y con este pensamiento, y con animo dispuesto de acometer qualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta, y amenazadora, dixo: Carretero, cochero, ò diablo, ò lo que eres; no tardes en decirme quien eres, à do vàs, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la Barca de Aqueron, que carreta de las que se usan. A lo qual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondiò: Señor, nosotros somos recitantes de la Compañia de Angulo el malo; hemos hecho en un Lugar, que està detràs de aquella loma, esta mañana, que es la Octava del Corpus, el Auto de las Cortes de la Muerte, y hemosle de hacer esta tarde en aquel Lugar, que desde aqui se aparece; y por estar tan cerca, y escusar el trabajo de desnudarnos, y bolvernos à vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo và de Muerte, el otro de Angel. Aquella muger, que es la de el Autor, và de Reyna, el otro de Sol-

Soldado, aquel de Emperador, y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del Auto, porque hago en esta Compañia los primeros papeles. Si otra cosa vuestra merced desea saber de nosotros, preguntemelo, que yo le sabrè responder con toda puntualidad, que como soy demonio, todo se me alcanza. Por la fee de Cavallero Andante, respondiò Don Quixote, que assi como vì este carro, imaginè, que alguna grande aventura se me ofrecìa; y aora digo, que es menester tocar las apariencias con la mano para dàr lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo harè con buen animo, y buen talante, porque desde muchacho fuì aficionado à la caratula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farandula. Estando en estas platicas, quiso la suerte, que llegasse uno de la Compañia, que venìa vestido de mogiganga, con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traìa tres vegigas de baca hinchadas, el qual moxarracho llegandose à Don Quixote, comenzò à esgrimir el palo, y à sacudir el suelo con las vegigas, y à dàr grandes saltos sonando los cascabeles; cuya mala vision assi alborotò à Rocinante, que sin ser poderoso à detenerle Don Quixote, comando el freno entre los dientes, diò à correr por el campo con mas ligereza, que jamàs prometieron los huessos de su anatomia. Sancho, que considerò el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltò del rucio, y à toda priessa fue a valerle; pero quando à el llegò ya estaba en tierra, y junto à èl Rocinante, que con su amo vino à el suelo: ordinario fin, y paradero de las lozanìas de Rocinante, y de sus atrevimientos; mas apenas huvo dexado su cavallerìa Sancho, por acudir à Don Quixote, quando el demonio bayladòr de las vegigas saltò sobre el rucio, y sacudiendole con ellas, el miedo, y ruido, mas que el dolor de los golpes, le hizo bolar por la campaña àzia el Lugar donde iban à hacer la fiesta. Mirava Sancho la carrera de su rucio, y la caìda de su amo, y no sabìa à qual de las dos necessidades acudiria primero; pero en efecto, como buen escudero, y como buen criado, pudo mas con èl el amor de su dueño, que el cariño de su jumento, puesto, que cada vez que veìa levantar las vegigas en el ayre, y caer sobre las ancas de su rucio, eran para èl tragos, y sustos de muerte; y antes quisiera, que aquellos golpes se los dieran à èl en las niñas de los ojos, que en el mas minimo pelo de la cola de su asno. Con esta perplexa tribulacion llegò donde estaba Don Quixote, harto mas maltratado de lo que èl quisiera; y ayudandole à subir sobre Rocinante, le dixo: Señor, el diablo se ha llevado al rucio. Què diablo? preguntò Don Quixote. El de las vegigas, respondiò Sancho. Pues yo le cobrarè, replicò Don Quixote, si

bien se encerrasse con èl en los mas hondos, y obscuros calabozos del Infierno. Sigueme, Sancho, que la carreta và de espacio, y con las mulas de ella satisfarè la pèrdida del rucio. No ay para què hacer essa diligencia, señor, respondiò Sancho, vuestra merced temple su colera, que, segun me parece, yà el diablo ha dexado el rucio, y buelve à la querendia; y assi era la verdad, porque auiendo caìdo el diablo con el rucio, por imitar à Don Quixote, y à Rocinante, el diablo se fue à pie al Pueblo, y el jumento se bolviò à su amo. Con todo esso, dixo Don Quixote, serà bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo Emperador. Quitesele à vuestra merced esso de la imaginacion, replicò Sancho, y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida. Recitante he visto yo estàr preso por dos muertes, y salir libre, y sin costas. Sepa vuestra merced, que como son gentes alegres, y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan, y estiman, y mas siendo de aquellos de las Compañias Reales, y de titulo, que todos, ò los mas, en sus trages, y compostura parecen unos Principes. Pues con todo, respondiò Don Quixote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el genero humano; y diciendo esto, bolviò à la carreta, que yà estaba bien cerca del Pueblo, y iba dando voces, diciendo: Deteneos, esperad, turba alegre, y regocijada, que os quiero dàr à entender como se han de tratar los jumentos, y alimañas, que sirven de cavalleria à los escuderos de los Cavalleros Andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quixote, que los oyeron, y entendieron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltò la muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el diablo carretero, y el Angel, sin quedarse la Reyna, ni el Dios Cupido, y todos se targaron de piedras, y se pusieron en ala, esperando recibir à Don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote que los viò puestos en tan gallardo esquadron, los brazos levantados, con ademàn de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas à Rocinante, y pusose à pensar, de què modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegò Sancho, y viendole en talle de acometer al bien formado esquadron, le dixo: Assaz de locura seria intentar tal empressa. Considere vuestra merced, señor mio, que para sopa de arroyo, y tente bonete, no ay arma defensiva en el mundo, sino es embutirse, y encerrarse en una campana de bronce; y tambien se ha de considerar, que es mas temeridad, que valentia, acometer un hombre solo à un exercito donde està la muerte, y pelean en persona Emperadores, y à quien ayudan los buen-

buenos, y los malos Angeles; y si esta consideracion no le mueve à estarse quedo, mueva le saber de cierto, que entre todos los que alli estàn, aunque parecen Reyes, Principes, y Emperadores, no ay ningun Cavallero Andante. Aora sì, dixo Don Quixote, has dado, Sancho, en el punto que puede, y debe mudarme de mi yà determinado intento. Yo no puedo, ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado Cavallero. A tì, Sancho, toca, si quieres tomar la vènganza del agravio que à tu rucio se le ha hecho, que yo desde aqui te ayudarè con voces, y advertimientos saludables. No ay para què, señor, respondiò Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos Christianos tomarla de los agravios; quanto mas, que yo acabarè con mi asno, que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la qual es de vivir pacificamente los dias que los Cielos me dieren de vida. Pues essa es tu determinacion, replicò Don Quixote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho Christiano, y Sancho sincero, dexemos estas fantasmas, y bolvamos à buscar mejòres, y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas, y muy milagrosas. Bolviò las riendas luego, Sancho fue à tomar su rucio; la muerte, con todo su esquadron volante, bolvieron à su carreta, y prosiguieron su viage. Y este felice fin tuvo la tenebrosa aventura de la carreta de la muerte; gracias sean dadas al saludable consejo, que Sancho Panza diò à su amo, al qual el dia siguiente le sucediò otra con un enamorado, y Andante Cavallero, de no menos suspension que la passada.

CAP

CAP. XII. *De la estraña aventura, que le sucedió al valeroso D. Quixote con el bravo Cavallero de los Espejos.*

LA noche, que siguiò al dia del reencuentro de la muerte, la passaron Don Quixote, y su escudero debaxo de unos altos, y sombrosos arboles, aviendo, à persuasion de Sancho, comido Don Quixote de lo que venìa en el repuesto del rucio, y entre la cena dixo Sancho à su señor: Señor, què tonto huviera andado yo, si huviera escogido en albricias los despojos de la primera aventura, que vuestra merced acabàra, antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto, mas vale paxaro en mano, que buytre volando. Todavia, respondiò Don Quixote, si tù, Sancho, me dexàras acometer, como querìa, te huvieran cabido en despojos por lo menos la Corona de oro de la Emperatriz, y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitàra al redopelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los Cetros, y Coronas de los Emperadores farsantes, respondiò Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropèl, ò hoja de lata. Afsi es verdad, replicò Don Quixote, porque no fuera acertado, que los atavìos de la Comedia fueran finos, sino fingidos, y aparentes, como lo es la misma Comedia; con la qual quiero, Sancho, que estès bien, teniendola en tu gracia, y por el mismo consiguiente à los que las representan, y à los que las componen; porque todos son instrumentos de hacer un gran bien à la Republica, poniendonos un espejo à cada passo delante, donde se vèn al vivo las accio-

acciones de la vida humana ; y ninguna comparacion ay que mas al vivo nos represente lo que somos , y lo que avemos de ser , como la Comedia , y los Comediantes. Si no , dime , no has visto tù representar alguna Comedia, adonde se introducen Reyes , Emperadores , y Pontifices , Cavalleros, Damas , y otros diversos personages? Uno hace el rufian , otro el embustero ; este el Mercader , aquel el Soldado ; otro el simple discreto , otro el enamorado simple : y acabada la Comedia , y desnudandose de los vestidos de ella , quedan todos los recitantes iguales? Si he visto , respondiò Sancho. Pues lo mismo , dixo Don Quixote, acontece en la Comedia , y trato de este mundo , donde unos hacen los Emperadores , otros los Pontifices; y finalmente , todas quantas figuras se pueden introducir en una Comedia : pero en llegando al fin , que es quando se acaba la vida , à todos les quita la muerte las ropas , que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. Brava comparacion , dixo Sancho, aunque no tan nueva , que yo no la aya oìdo muchas , y diversas veces , como aquella del juego del agedrez , que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio , y en acabandose el juego todas se mezclan , juntan , y barajan , y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia , Sancho , dixo Don Quixote , te vas haciendo menos simple , y mas discreto.

Si , que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuestra merced, respondiò Sancho , que las tierras que de suyo son estèriles , y secas, estercolandolas , y cultivandolas, vienen à dar buenos frutos ; quiero decir , que la conversacion de vuestra merced ha sido estiercol, que sobre la estèril tierra de mi seco ingenio ha caìdo ; la cultivacion , el tiempo que ha que le sirvo , y comunico , y con esto espero de dar frutos de mì , que sean de beudicion , tales , que no desdigan , ni deslicen de los senderos de la buena crianza ; que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rièse Don Quixote de las afectadas razones de Sancho , y pareciòle ser verdad lo que decia de su enmienda , porque de quando en quando hablaba de manera que le admiraba , puesto que todas , ò las mas veces , que Sancho queria hablar de oposicion, y à lo cortesano , acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia ; y en lo que èl se mostraba mas elegante , y memorioso , era en traer refranes , viniessen , ò no viniessen à pelo de lo que trataba , como se avrà visto; y se avrà notado en el discurso de esta Historia. En estas , y en otras platicas se les passò gran parte de la noche , y à Sancho le vino en voluntad de dexar caer las compuertas de los ojos ; como èl decia quando queria dormir , y desaliñando el rucio , le diò passo abundoso , y libre. No quitò la silla

sillà à Rocinante, por ser expresso mandamiento de su señor, que en el tiempo que anduviessen en campaña, ò no durmiessen debaxo de techado, no desaliñasse à Rocinante, antigua usanza establecida, y guardada de los Andantes Cavalleros, quitarle el freno, y colgarle del arzòn de la silla; pero quitar la silla al cavallo, guarda: y assi lo hizo Sancho, y le diò la misma libertad que al rucio, cuya amistad de èl, y de Rocinante fue tan unica, y tan trabada, que ay fama, por tradicion de padres à hijos, que el Autor de esta verdadera historia hizo particulares capitulos de ella; mas que por guardar la decencia, y decoro, que a tan heroyca historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida de este su presupuesto, y escrive, que assi como las dos bestias se juntaban, acudian à rascarse el uno al otro, y que despues de cansados, y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio (que le sobraba de la otra parte mas de media vara) y mirando los dos atentamente al suelo, se solian estàr de aquella manera tres dias, à lo menos todo el tiempo que les dexaban, ò no les compelìa la hambre à buscar sustento. Digo, que dicen, que dexò el Autor escrito, que los avia comparado en la amistad à la que tuvieron Niso, y Eurialo, y Pilades, y Oreste; y si esto es assi, se podia echar de vèr (para universal admiracion) quan firme debiò de ser la amistad de estos dos pacifi-

cos animales, y para confusion de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos a los otros. Por esto se dixo: *No ay amigo para amigo, las cañas se buelven lanzas.* Y el otro que cantò: *De amigo amigo la chinche, &c.* Y no le parezca à alguno, que anduvo el Autor algo fuera de camino en aver comparado la amistad de estos animales à la de los hombres, que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres, y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigueñas el cristèl; de los perros el vomito, y el agradecimiento; de las grullas la vigilancia; de las hormigas la providencia; de los elefantes la honestidad, y la lealtad del cavallo. Finalmente, Sancho se quedò dormido al pie de un alcornoque, y Don Quixote dormitando al de una encina. Pero poco espacio de tiempo avia passado quando le despertò un ruido, que sintio à sus espaldas, y, levantandose con sobresalto, se puso à mirar, y à escuchar de donde el ruido procedia, y vio, que eran dos hombres à cavallo, y que el uno, dexandose derribar de la silla, dixo al otro: Apeate, amigo, y quita los frenos à los cavallos, que à mi parecer este sitio abunda de yervas para ellos, y del silencio, y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto, y el tenderse en el suelo, todo fue à un mismo tiempo, y al arrojarse, hicieron ruido las armas de que venìa armado

mas

manifiesta señal por donde conociò Don Quixote, que debia de ser Cavallero Andante; y llegandose à Sancho, que dormia, le trabò del braço, y con no pequeño trabajo lo bolviò de su acuerdo, y con voz baxa le dixo: Hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dè buena, respondiò Sancho, y adonde està, señor mio, su merced de essa señora aventura? Adonde, Sancho, replicò Don Quixote? Buelve los ojos, y mira, y veràs allì tendido un Andante Cavallero, que à lo que à mì se me trasluce, no debe de estar demasiadamente alegre, porque yo le vì arrojar del cavallo, y tenderse en el suelo, con algunas muestras de despecho, y al caer le crugieron las armas. Quesen què halla vuestra merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondiò Don Quixote, que esta sea aventura del todo, sino principio de ella, que por aqui comienzan las aventuras; pero escucha, que à lo que parece, templando esta un laud, ò vihuela, y segun esspare, y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. A buena fee, que es assi, respondiò Sancho, y que debe de ser Cavallero enamorado. No ay ninguno de los Andantes que no lo sea, dixo Don Quixote, y escuchemosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, quel de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar queria Sancho à su amo; pero la voz del Cavallero del bosque, que no era muy mala, ni muy buena, lo detuvò; y estando los dos atonitos, oyèronle que cantò, que fue este

SONETO.

Alma, señora, mia, no me mates,
Conforme à vuestra voluntad errado;
Que serà dolorosamente estimado,
Que por juzgarme en punto de desdichado,
Si lastimais, mi cuidado mis fatigas,
Fuera, y sospecha yà por acabado;
Si quereis, que mi cuita cuente en disfusado
Mudo, harà que esse mismo amor lo diga.
A prueba de sospechas estoy hecho,
Y à las leyes de amor el alma ajusto,
De blando cera, y de diamante duro.
Blando, quando es, ò fuerte ofrezco el pecho
Envallado, impoimid la que os dè gusto,
Que de guardarlo enteramente juro.

Con

Con un ay, arrancado al parecer de lo intimo de su corazon, diò fin à su canto el Cavallero del bosque, y de allì à un poco, con voz doliente, y lastimada, dixò: O, la mas hermosa, y la mas ingrata muger del Orbe, como què, serà possible, sereniſsima Casildea de Vandalia, que has de consentir, que se consuma, y acabe en continuas peregrinaciones, y en asperos, y duros trabajos este tu cautivo Cavallero? No basta yà, que he hecho, que te confiessen por la mas hermosa del mundo todos los Cavalleros de Navarra, todos los Leoneses, todos los Tartessios, todos los Castellanos, y finalmente todos los Cavalleros de la Mancha? Esso no, dixo à esta sazon Don Quixote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confessado, ni podia, ni debia confessar una cosa tan perjudicial à la belleza de mi señòra: y este tal Cavallero, yà vès tù, Sancho, que desvarìa; pero escuchemos, quizà se declararà mas. Sì harà, replicò Sancho, que termino lleva de quexarse un mes arreo. Pero no fue assi, porque aviendo entreoìdo el Cavallero de el bosque, que hablaban cerca de èl, sin passar adelante en su lamentacion, se puso en pie, y dixo con voz sonòra, y comedida: Quien và allà? Què gente? Es por ventura de la del numero de los contentos, ù de la del de los afligidos? De los afligidos, respondiò Don Quixote. Pues llegueſe à mì, respondiò el del bosque, y hara cuenta, que se llega a la misma tristeza, y à la afliccion misma. Don Quixote, que se viò responder tan tierna, y comedidamente, se llegò à èl, y Sancho, ni mas, ni menos. El Cavallero lamentador asiò à Don Quixote del brazo, diciendo: Sentaos aqui, señor Cavallero, que para entender que lo sois, y de los que professan la Andante Cavalleria, bastame el averos hallado en este lugar, donde la soledad, y el sereno os hacen compañia, naturales lechos, y proprias estancias de los Cavalleros Andantes. A lo que respondiò Don Quixote: Cavallero soy, y de la profession que dècis; y aunque en mi alma tienen su proprio asiento las tristezas, las desgracias, y las desventuras, no por esso se ha ahuyentado de ella la compassion que tengo de las agenas desdichas: de lo que contaisme poco hà, colegì, que las vuestras son enamoradas; quiero decir, del amor que teneis à aquella hermosa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombrasteis. Yà quando esto passaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz, y compañia, como si al romper del dia no se huvieran de romper las cabezas. Por ventura, señor Cavallero, preguntò el del bosque à Don Quixote, sois enamorado? Por desventura lo soy, respondiò Don Quixote, aunque los daños, que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deben tener por gracias, que por desdichas. Assi es la verdad, replicò el del bosque, si no nos turbasse la razon, y el entendimien-

miento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fui desdeñado de mi señora, respondiò Don Quixote. Mas por cierto, dixo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. Es nuestro escudero este? preguntò el del bosque. Si es, respondiò Don Quixote. Nunca he visto yo escudero, replicò el del bosque, que se atreva à hablar donde habla su señor; à lo menos aì està esse mio, que es tan grande como su padre, y no se probarà que aya desplegado el labio donde yo hablo. Pues à fee, dixo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aùn quedese aqui, que es peor menearlo. El escudero del bosque asiò por el brazo à Sancho, diciendole: Vamonos los dos donde podamos hablar, escuderilmente todo quanto quisieremos, y dexemos à estos señores; amos nuestros, que se den de las hastas, contandose las historias de sus amores, que à buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de aver acabado. Sea en buen hora, dixo Sancho, y yo le dirè à vuestra merced quien soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los quales passò un tan gracioso coloquio, como fue grave el que passò entre sus señores.

***

CAP. XIII. *Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque, con el discreto, nuevo, y suave coloquio que passò entre los dos escuderos.*

DIvididos estaban Cavalleros, y escuderos; estos contandose sus vidas; y aquellos sus amores: pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y assi dice, que apartandose un poco de ellos, el del bosque dixo à Sancho: Trabajosa vida es la que passamos, y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de Cavalleros Andantes; en verdad que comemos el pan con el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echò Dios à nuestros primeros Padres. Tambien se puede decir, añadiò Sancho, que lo comemos en el yelo de nuestros cuerpos; porque quien mas calor, y mas frio, que los miserables escuderos de la andante Cavalleria? Y aun menos mal si comieramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez ay, que se nos passa un dia, ù dos sin desayunarnos sino es del viento que sopla. Todo esso se puede llevar, y conllevar, dixo el del bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el Cavallero Andante, à quien un escudero sirve, por lo menos à pocos lances se verà premiado con un hermoso Govierno de qual que Insula, ò Condado de buen parecer. Yo, replicò Sancho,

cho,

cho, yà he dicho à mi amo, que me contento con el Govierno de alguna Insula, y èl es tan noble, y tan liberal, que me la ha prometido muchas, y diversas veces. Yo, dixo el del bosque, con un Canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y yà me le tiene mandado mi amo. Y què tal, debe de ser, dixo Sancho, su amo de vuestra merced Cavallero à lo Eclesiastico, y podrà hacer essas mercedes à sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo, quando le querian aconsejar personas discretas, aunque à mi parecer mal intencionadas, que procurasse ser Arzobispo; pero èl no quiso sino ser Emperador; y yo estaba entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener Beneficios por ella; porque le hago saber à vuestra merced, que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad, que lo yerra vuestra merced, dixo el del bosque, à causa de que los Goviernos Insulanos no son todos de buena data, algunos ay torcidos, algunos pobres, algunos melancolicos; y finalmente, el mas erguido, y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos, y de incomodidades, que pone sobre sus ombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria, que los que profesamos esta maldita servidumbre, nos retirassemos à nuestras casas, y alli nos entretuviessemos en exercicios mas suaves, como si dixessemos, cazando, ò pescando. Que què escudero ay tan pobre en el mundo, à quien le falte un rocin, y un par de galgos, y una caña de pescar, con que entretenerse en su Aldea? A mi no me falta nada de esso, respondiò Sancho; verdad es, que no tengo rocin, pero tengo un asno, que vale dos veces mas que el caballo de mi amo. Mala Pascua me dè Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por èl, aunque me diesse quatro fanegas de cebada encima. A burla, tendrà vuestra merced el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento. Pues galgos no me avian de falcar, avyendolos sobrados en mi Pueblo; y mas, que entonces es la caza mas gustosa quando se hace à costa agena. Real, y verdaderamente, respondiò el del bosque, señor escudero, que tengo determinado de dexar estas borracherias de estos Cavalleros, y retirarme à mi Aldea, y criar mis hijos, que tengo tres, como tres Orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, à quien crio para Condesa, si Dios fuere servido, aunque à pesar de su madre. Y què edad tiene essa señora, que se cria para Condesa? preguntò el del bosque. Quince años, dos mas, ò menos, respondiò Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son essas, respondiò el del bosque, no solo para

ser

ser Condesa, sino para ser Ninfa del verde bosque. O hi de puta, puta, y què rejo debe de tener la bellaca! A lo que respondiò Sancho, algo mohino: Ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo serà ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere; y hablese mas comedidamente, que para averse criado vuestra merced entre Cavalleros Andantes, que son la misma cortesia, no me parecen muy concertadas essas palabras. O què mal se le entiende à vuestra merced, replicò el del bosque, de achaque de alabanza, señor escudero! Como, y no sabe, que quando algun Cavallero dà una buena lanzada al toro en la plaza, ò quando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo, ò hi de puta, puto, y què bien que lo ha hecho; y aquello que parece vituperio en aquel termino, es alabanza notable: y renegad vos, señor, de los hijos, ò hijas, que no hacen obras que merezcan se les dèn à sus padres loores semejantes. Sì reniego, respondiò Sancho, y de este modo, y por essa misma razon podia echar V.md. à mis hijos, y à mi muger toda una puteria encina, porque todo quanto hacen, y dicen son èstremos dignos de semejantes alabanzas; y para bolverlos à vèr, ruego yo à Dios me saque de pecado mortal, que lo mismo serà si me saca de este peligroso oficio de escudero, en el qual he incurrido segunda vez, cebado, y engañado de una bolsa con cien escudos, que me hallè un dia en el corazon de Sierra-Morena, y el diablo me pone ante los ojos, aqui, alli, acà no, sino acullà, un talego lleno de doblones, que me parece, que à cada passo le toco con la mano, y me abrazo con èl, y lo llevo à mi casa, y hecho censos, fundo rentas, y vivo como un Principe; y el rato que en esto piensso, se me hacen faciles, y llevaderos quantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sè que tiene mas de loco, que de Cavallero. Por esso, respondiò el del bosque, dicen, que *la codicia rompe el saco*; y si va à tratar de ellos, no ay otro mayor en el mundo, que mi amo, porque es de aquellos que dicen: *Cuidados agenos matan al asno*; pues porque cobre otro Cavallero el juicio que ha perdido, se hace èl loco, y anda buscando lo que no sè si despues de hallado le ha de salir à los hocicos. Y es enamorado por dicha? Sì, dixo el del bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda, y la mas assada señora, que en todo el Orbe pudo hallarse; pero no solo cojea del pie de la crudeza, que otros mayores embustes la gruñen en las entrañas, y ello dirà antes de muchas horas. No ay camino tan llano, replicò Sancho, que no tenga algun tropezòn, ò barranco; en otras casas cuecen habas, y en la mia à calderadas: màs acompañados, y paniaguados debe de tener la locura, que la discrecion. Mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de

alivio en ellos, con V.md. podrè consolarme, pues sirve à otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondiò el del bosque, y mas bellaco que tonto, y que valiente. Esso no es el mio, respondiò Sancho; digo que no tiene nada de bellaco, antes tiene un alma como un cantaro; no sabe hacer mal à nadie, sino bien à todos, ni tiene malicia alguna, un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia, y por esta sencillez le quiero como à las telas de mi corazon, y no me amaño à dexarle, por mas disparates que haga. Con todo esso, hermano, y señor, dixo el del bosque, si el ciego guia al ciego, ambos vàn à peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compàs de pies, y bolvernos à nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Escupìa Sancho à menudo, al parecer un cierto genero de saliva pegajòsa, y algo seca; lo qual visto, y notado por el caritativo bosqueril escudero, dixo: Pareceme, que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traygo un despegador pendiente del arzòn de mi cavallo, que es tal como bueno; y levantandose, bolviò desde alli à un poco con una gran bota de vino, y una empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar, tan grande, que Sancho al tocarla entendiò ser de algun cabròn, no que de cabrito; lo qual visto por Sancho, dixo: Y esto trae vuestra merced consigo, señor? Pues què se pensaba, respondiò el otro, soy yo por ventura algun escudero de agua, y lana? Mejor repuesto traygo yo en las ancas de mi cavallo, que lleva consigo quando và de camino un General. Comiò Sancho, sin hacerse de rogar, y tragaba à escuras bocados de nudos de suelta, y dixo: Vuestra merced sì que es escudero fiel, y legal, moliente, y corriente, magnifico, y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aqui por arte de encantamento, parecelo à lo menos; y no como yo, mezquino, y malaventurado, que solo traygo en mis alforjas un poco de queso, tan duro que pueden descalabrar con ello un Gigante, à quien hacen compañia quatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas, y nuezes; mercedes à la estrechez de mi dueño, y à la opinion que tiene, y orden que guarda, de que los Cavalleros Andantes no se han de mantener, y sustentar sino con frutas secas, y con las yervas del campo. Por mi fee, hermano, replicò el del bosque, que yo no tengo hecho el estomago à tagarninas, ni à piruetanos, ni à raizes de los montes, allà se lo ayan con sus opiniones, y leyes Cavallerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren, fiambreras trago, y esta bota colgando del arzon de la silla, por si, ò por no, y tan devota mia, y quierola tanto que pocos ratos se passan sin que dè mil besos, y mil abrazos; y

ciendo èsto, se la puso en las manos à Sancho, el qual empinandola, puesta à la boca, estuvo mirando las Estrellas un quarto de hora; y en acabándo de beber dexò caer la cabeza à un lado, y dando un gran suspiro, dixo: O hi de puta bellaco, y como es catholico. Veis ai, dixo el del bosque en oyendo el hi de puta de Sancho: còmo aveis alabado este vino llamandole hi de puta? Digo, respondiò Sancho, que confiesso que conozco, que no es deshonra llamar hijo de puta à nadie, quando cae debaxo del entendimiento de alabarle. Pero digame, señor, por el siglo de lo que mas quiere, este vino es de Ciudad Real? Bravo mojòn, respondiò el del bosque; en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mi con esso, dixo Sancho, no tomeis menos, sino que se me fuera à mi por alto dar alcance à su conocimiento. No serà bueno, señor escudero, que tenga yo instinto tan grande, y tan natural en esto de conocer vinos, que en dandome à oler qualquierà, acierto la patria, el linage, el sabor, la dura, y las bueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas; pero no ay de que maravillarse, si tuve en mi linage, por parte de mi padre, los dos mas excelentes mojoneros, que en luengos años conociò la Mancha; para prueba de lo qual les sucediò lo que aora dirè: Dieronles à los dos à probar el vino de una cuba, pidiendoles su parecer del citado, calidad, bondad, ò malicia del vino: el uno lo probò con la punta de la lengua; el otro no hizo mas de llegarlo à las narizes. El primero dixo, que aquel vino sabìa à hierro. El segundo dixo, que mas sabìa à cordovàn. El dueño dixo, que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por donde huviesse tomado sabor de hierro, ni de cordovàn. Con todo esso los dos famosos mojoneros se afirmaron en lo que avian dicho. Anduvo el tiempo, vendiòse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordovàn; porque vea Vmd. si quien viene de esta ralèa podrà dar su parecer en semejantes causas. Por esso digo, dixo el del bosque, que nos dexemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas, no busquèmos tortas, y bolvamonos à nuestras chozas, que alli nos hallarà Dios, si èl quiere: hasta que mi amo llegue à Zaragoza le servirè, que despues todos nos entenderèmos. Finalmente, tanto hablaron, y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necessidad el sueño de atarles las lenguas, y templarles la sed, que quitarsela fuera imposible; y assi, asidos entrambos de la yà casi vacìa bota, con los bocados à medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dexarèmos por aora, por contar lo que al Cavallero del bosque passò con el de la Triste Figura.

CAP. XIV. *Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque.*

ENtre muchas razones que passaron D. Quixote, y el Cavallero de la selva, dice la historia, que el del Bosque dixo à D. Quixote: Finalmente, señor Cavallero, quiero que sepais, que mi destino, ò por mejor decir, mi eleccion, me traxo à enamorado de la sin par Casildèa de Vandalia; llamola sin par, porque no le tiene, assi en la grandeza del cuerpo, como en el estremo del estado, y de la hermosura. Esta tal Çasildèa, pues, que voy contando pagò mis buenos pensamientos, y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su Madrina à Hercules, en muchos, y diversos peligros, prometiendome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero assi se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento: no sè yo qual ha de ser el ultimo que dè principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandò que fuesse à desafiar à aquella famosa Giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente, y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar, es la mas movible, y boltaria muger del mundo. Llegue, vila, y vencila, y hicela estàr queda, y à raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos Nortes. Vez tambien huvo, que me mandò fuesse à tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando: empressa mas para encomendarse à ganapanes, que à Cavalleros. Otra vez me mandò, que me precipitasse, y sumiesse en la sima de Cabra, (peligro inaudito, y temeroso) y que la traxesse particular relacion de lo que en aquella obscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento à la Giralda, passè los toros de Guisando, despeñème en la sima, y saquè à luz lo escondido de su abismo; y mis esperanzas muertas, que muertas, y sus mandamientos, y desdenes vivos que vivos. En resolucion, ultimamente me ha mandado, que discurra por todas las Provincias de España, y haga confessar à todos los Andantes Cavalleros, que por ellas vagàren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas oy viven, y que yo soy el mas valiente, y el mas bien enamorado Cavallero del Orbe, en cuya demanda he andadò yà la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos Cavalleros, que se han atrevido à contradecirme. Pero de lo que yo mas me precio, y ufano, es de aver vencido en singular batalla à aquel tan famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, y hechole confessar, que es mas hermosa mi Casildèa, que su Dulcinèa: y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los Cavalleros del mundo, porque es tal Don Quixote que digo los ha vencido à todos; y aviendole yo vencido à èl, su gloria, su fama y su honra se ha transferido, passado à mi persona: y tanto ve

vencedor, es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado; assi, que yà corren por mi cuenta, y son mias las innumerables hazañas del yà referido Don Quixote. Admirado quedò Don Quixote de oìr al Cavallero del bosque; y estuvo mil veces por decirle que mentìa, y yà tuvo el mentìs en el pico de la lengua; pero reportòse lo mejor que pudo, por hacerle confessar por su propria boca su mentira; y assi sossegadamente le dixo: De que V.md. señor Cavallero, aya vencido à los mas Cavalleros Andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que aya vencido à Don Quixote de la Mancha, pongolo en duda; podria ser que fuesse otro, que le pareciesse, aunque ay pocos que le parezcan. Còmo no? (replicò el del bosque) por el Cielo que nos cubre, que peleè con Don Quixote, y le vencì, y rendì, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado, y avellanado de miembros, entrecano, la narìz aguileña, y algo corba, de vigotes grandes, negros, y caìdos. Campèa debaxo del nombre del Cavallero de la Triste Figura, y trae por escudero à un labrador llamado Sancho Panza; oprime el lomo, y rige el freno de un famoso cavallo llamado Rocinante; y finalmente, tiene por señora de su voluntad à una tal Dulcinèa del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia, que por llamarse Casilda, y ser del Andalucìa, yo la llamo Casildèa de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aqui està mi espada, que la harà dàr credito à la misma incredulidad. Sossegaos, señor Cavallero, dixo D. Quixote, y escuchad lo que decir os quiero. Aveis de saber, que esse D. Quixote que decìs, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podrè decir, que le tengo en lugar de mi misma persona; y que por las señas que de èl me aveis dado, tan puntuales, y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que aveis vencido; por otra parte veo con los ojos, y toco con las manos, no ser posible ser el mismo, si yà no fuesse, que como èl tiene muchos enemigos encantadores (especialmente uno, que de ordinario le persigue) no aya alguno de ellos tomado su figura para dexarse vencer, por defraudarle de la fama, que sus altas Cavallerìas le tienen grangeada, y adquirida por todo lo descubierto de la tierra; y para confirmacion de esto quiero tambien que sepais, que los tales encantadores sus contrarios, no ha mas de dos dias que transformaron la figura, y persona de la hermosa Dulcinèa del Toboso, en una Aldeana soez, y baxa, y de esta manera avràn transformado à Don Quixote: y si todo esto no basta para enteraros en la verdad que digo, aqui està el mismo D. Quixote, que la sustentarà con sus armas à pie, ò à cavallo, ù de qualquier suerte que os agradare: y diciendo esto, se levantò en

en pie, y se empuñò la espada, esperando què resolucion tomaria el Cavallero del bosque, el qual con voz assimismo sossegada respondiò, y dixo: Al buen pagadór no le duelen prendas; el que una vez, señor Don Quixote, pudo venceros transformado, bien podrà tener esperanza de rendiros en vuestro proprio sèr: mas porque no es bien que los Cavalleros hagan sus fechos de armas à obscuras, como los salteadores, y rufianes, esperèmos el dia, para que el Sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar à la voluntad del vencedor, para que haga de èl todo lo que quisiere, con tal, que sea decente à Cavallero lo que se le ordenare. Soy mas que contento de essa condicion, y conveniencia, respondiò Don Quixote; y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando, y en la misma forma que estaban quando les assaltò el sueño. Despertaronlos, y mandaronlos, que tuviessen à punto los cavallos, porque en saliendo el Sol avian de hacer los dos una sangrienta, singular, y desigual batalla; à cuyas nuevas quedò Sancho atonito, y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentìas que avia oido decir del suyo al escudero del bosque; pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos à buscar su ganado, que yà todos tres cavallos, y el rucio se avian olido, y estaban todos juntos. En el camino dixo el del bosque à Sancho: Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucìa, quando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: digolo, porque esté advertido, que mientras nuestros dueños riñen, nosotros tambien hemos de pelear, y hacernos hastillas. Essa costumbre, señor escudero, respondiò Sancho, alla puede correr, y passar con los rufianes, y peleantes que dice; pero con los escuderos de los Cavalleros Andantes, ni por pienso: à lo menos yo no he oìdo decir à mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la Andante Cavallerìa; quanto mas, que yo quiero que sea verdad, y ordenanza expressa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta à los tales pacìficos escuderos, que yo asseguro que no passe de dos libras de cera; y mas quiero pagar las tales libras, que sè que me costaràn menos, que las hilas que podrè gastar en curarme la cabeza, que yà me la cuento por partida, y dividida en dos partes; ademàs, que me imposibilita el reñir el no tener espadà, pues en mi vida me la puse. Para esso sè yo un buen remedio, dixo el del bosque; yo traygo aquì dos talegas de lienzo de un mismo tamaño, tomareis vos la una, y yo la otra, y reñirèmos à talegazos con armas iguales. De essa manera sea

en

en buen hora, respondiò Sancho, porque antes servirà la tal pelèa de desposvorearnos, que de herirnos. No ha de ser assi, replicò el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el ayre, media docena de guijarros, lindos, y pelados, que pesen tanto los unos como los otros; y de esta manera nos podrèmos atalegar, sin hacernos mal, ni daño. Mirad, cuerpo de mi padre, respondiò Sancho, què martas cebollinas, ò què copos de algodòn cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos, y hechos alheña los huessos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear, peleen nuestros amos, y allà se lo ayan, y bebamos, y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andèmos buscando apetitos para que se acaben antes de llegar à su sazon, y termino, y que se caygan de maduras. Con todo, replicò el del bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Esso no, respondiò Sancho, no serè yo tan descortès, ni tan desagradecido, que con quien he comido, y bebido trabe question alguna, por minima que sea; quanto mas, que estando sin colera, y sin enojo, quien diablos se ha de amañar à reñir à secas? Para esso, dixo el del bosque, yo darè un suficiente remedio, y es, que antes que comencèmos la pelèa, yo me llegarè bonitamente à vuestra merced, y le darè tres, ò quatro bofetadas, que dè con èl à mis pies, con las quales le harè despertar la colera, aunque estè con mas sueño que un liròn. Contra esse corte sè yo otro, respondiò Sancho, que no le và en zaga: cogerè yo un garrote, y antes que vuestra merced llegue à despertarme la colera, harè yo dormir à garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el qual se sabe, que no soy yo hombre que me dexo manosear el rostro de nadie, y cada uno mire por el vitore; aunque lo mas acertado serìa dexar dormir su colera à cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana, que buelve trasquilado, y Dios bendixo la paz, y maldixo las riñas; porque si un gato acosado, encerrado, y apretado, se buelve en Leon, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podrè bolverme; y assi desdè aora intimo à vuestra merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal, y daño, que de nuestra pendencia resultare. Està bien, replicò el del bosque, amanecerà Dios, y mediarèmos en esto. Yà comenzaban à gorgear en los arboles mil suertes de pintados paxarillos, y en sus diversos, y alegres cantos, parecia que daban la norabuena, y saludaban à la fresca Aurora, que yà por las puertas, y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un numero infinito de liquidas perlas, en cuyo suave licòr bañandose las yervas, parecia assimismo que

ellas brotaban, y llovìan blanda, y menuda aljofar; los ſauces deſtilaban manà ſabroſo, reìanſe las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrabanſe las ſelvas, y enriquecianſe los prados con ſu venida. Mas apenas diò lugar la claridad del dia para vèr, y diferenciar las coſas, quando la primera que ſe ofreciò à los ojos de Sancho Panza, fue la nariz del eſcudero del boſque, que era tan grande, que caſi le hacia ſombra à todo el cuerpo. Cuentaſe en efecto, que era de demaſiada grandeza, corba en la mitad, y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de berengena; baxabale dos dedos mas abaxo de la boca, cuya grandeza, color, berrugas, y encorbamiento aſsi le afeaban el roſtro, que en viendole Sancho comenzò a herir de pie, y de mano, como niño con alferecìa, y propuſo en ſu corazon de dexarſe dàr docientas bofetadas, antes que deſpertar la colera para reñir con aquel veſtiglo. Don Quixote mirò à ſu contendedor, y hallòle yà pueſta, y calada la celada, de modo que no le pudo vèr el roſtro; pero notò que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traìa una ſobreveſta, ò caſaca de una tela, al parecer; de oro finiſsimo, ſembradas por ella muchas lunas pequeñas de reſplandecientes eſpejos, que le hacian en grandiſsima manera galàn, y viſtoſo. Volabanle ſobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas, y blancas; la lanza que tenia arrimada à un arbol era grandiſsima, y grueſſa, y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo mirò, y todo lo notò Don Quixote, y juzgò de lo viſto, y mirado, que el yà dicho Cavallero debia de ſer de grandes fuerzas; pero no por eſſo temiò, como Sancho Panza, antes con gentil denuedo dixo al Cavallero de los eſpejos: Si la mucha gana de pelear, ſeñor Cavallero, no os gaſta la cortesìa, por ella os pido, que alceis la viſera un poco, porque yo vea, ſi la gallardìa de vueſtro roſtro correſponde à la de vueſtra diſpoſicion. O vencido, ò vencedor que ſalgais de eſta empreſſa, ſeñor Cavallero, reſpondiò el de los eſpejos, os quedarà tiempo, y eſpacio demaſiado para verme; y ſi aora no ſatisfago à vueſtro deſeo, es por parecerme que hago notable agravio à la hermoſa Caſildèa de Vandalia en dilatar el tiempo, que tardare en alzarme la viſera, ſin haceros confeſſar lo que yà ſabeis que pretendo. Pues en tanto que ſubimos à cavallo, dixo Don Quixote, bien podeis decirme ſi ſoy yo aquel Don Quixote, que dixiſteis aver vencido? A eſſo vos reſpondo, dixo el de los eſpejos, que pareceis, como ſe parece un huevo à otro, al miſmo Cavallero que yo vencì; pero ſegun vos decis, que le perſiguen encantadores, no oſſarè afirmar ſi ſois el contenido, ò no. Eſſo me baſta à mì, reſpondiò Don Quixote, para que crea vueſtro engaño: empero para ſacaros de èl de

todo

todo punto, vengan nuestros cavallos, que en menos tiempo que el que tardaredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora, y mi brazo me valen, verè yo vuestro rostro, y vos vereis, que no soy el vencido Don Quixote que pensais. Con esto, acortando razones, subieron à cavallo, y Don Quixote bolviò las riendas à Rocinante, para tomar lo que convenia del campo, y bolver à encontrar à su contrario, y lo mismo hizo el de los espejos; pero no se avia apartado Don Quixote veinte passos, quando se oyò llamar del de los espejos; y partiendo los dos el camino, el de los espejos le dixo: Advertid, señor Cavallero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar à discrecion del vencedor. Ya la sè, respondiò Don Quixote, con tal, que lo que se le impusiere, y mandare al vencido, han de ser cosas que no salgan de los limites de la Cavalleria. Assi se entiende, respondiò el de los espejos. Ofrecieronsele en esto à la vista de Don Quixote las estrañas narizes del escudero, y no se admirò menos de verlas, que Sancho, tanto, que le juzgò por algun monstruo, ò por hombre nuevo, y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que viò partir à su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo, que con solo un passagonzalo con aquellas narizes en las suyas, seria acabada la pendencia suya, que dando del golpe, ò del miedo tendido en el suelo, y fuese trás su amo asido à una accion de Rocinante; y quando le pareciò que yà era tiempo que bolviesse, le dixo: Suplico à vuestra merced, señor mio, que antes que buelva à encontrarse, me ayude à subir sobre aquel alcornoque, de donde podrè ver mas à mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuestra merced ha de hacer con este Cavallero. Antes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que si quieres encaramar, y subir en andamio, por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondiò Sancho, las desaforadas narizes de aquel escudero me tienen atonito, y lleno de espanto, y no me atrevo à estar junto à èl: Ellas son tales, dixo Don Quixote, que à no ser yo quien soy, tambien me assombraran; y assi ven, ayudarteheà subir donde dices. En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiesse en el alcornoque, tomò el de los espejos del campo lo que le pareciò necessario, y creyendo que lo mismo avia hecho Don Quixote, sin esperar son de trompeta, ni otra señal que le avisasse, bolviò las riendas à su cavallo, (que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rocinante) y à todo su correr (que era un mediano trote) iba à encontrar à su enemigo; pero viendole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paròse en la mitad

tad de la carrera, de lo que el cavallo quedò agradecidiſsimo, à cauſa de que ya no podia moverſe. Don Quixote, que le pareciò que yà ſu enemigo venìa volando, arrimò reciamente las eſpuelas à las trashijadas hijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la Hiſtoria, que ſola eſta vez ſe conociò aver corrido algo, porque todas las demàs ſiempre fueron trotes declarados; y con eſta no viſta furia llegò donde el de los eſpejos eſtaba hincando à ſu cavallo las eſpuelas haſta los botones, ſin que le pudieſſe mover un ſolo dedo del lugar donde avia hecho eſtanco de ſu carrera. En eſta borraſca, y coyuntura hallò Don Quixote à ſu contrario, embarazado con ſu cavallo, y ocupado con ſu lanza, que nunca, ò no acertò, ò no tuvo lugar de ponerla en riſtre. Don Quixote, que no miraba en eſtos inconvenientes, à ſalva mano, y ſin peligro alguno, encontrò al de los eſpejos con tanta fuerza, que mal de ſu grado le hizo venir al ſuelo por las ancas del cavallo, dando tal caìda, que ſin mover pie, ni mano, diò ſeñales de que eſtaba muerto. Apenas le viò caìdo Sancho, quando ſe deslizò del alcornoque, y à toda prieſſa vino donde ſu ſeñor eſtaba, el qual apeandoſe de Rocinante, fue ſobre el de los eſpejos, y quitandole las lazadas del yelmo para ver ſi era muerto, y para que le dieſſe el ayre, ſi acaſo eſtaba vivo, viò (quien podrà decir lo que viò ſin cauſar admiracion, maravilla, y eſpanto à los que lo oyeren!) Viò, dice la Hiſtoria, el roſtro meſmo, la meſma figura, el meſmo aſpecto, la meſma fiſonomìa, la meſma efigie, la perſpectiva meſma del Bachillèr Sanſon Carraſco; y aſsi como la viò, en altas voces dixo: Acude, Sancho, y mira lo que has de vèr, y no lo has de creer, aguija, hijo, y advierte lo que puede la Magia, lo que pueden los hechiceros, y los encantadores. Llegò Sancho, y como viò el roſtro del Bachillèr Carraſco, comenzò à hacerſe mil cruces, y ſantiguarſe otras tantas. En todo eſto no daba muestras de eſtàr vivo el derribado Cavallero, y Sancho dixo à Don Quixote: Soy de parecer, ſeñor mio, que por sì, ò por no, V.md. hinque, y meta la eſpada por la boca à eſte que parece el Bachillèr Sanſon Carraſco, quizà matarà en èl alguno de ſus enemigos los encantadores. No dices mal, dixo Don Quixote, porque de los enemigos los menos, y ſacando la eſpada para poner en efecto el aviſo, y conſejo de Sancho, llegò el eſcudero del de los eſpejos, ya ſin las narices, que tan feo le avian hecho, y à grandes voces dixo: Mire vueſtra merced lo que hace, ſeñor Don Quixote, que eſſe que tiene à los pies, es el Bachillèr Sanſon Carraſco ſu amigo, y yo ſoy ſu eſcudero; y viendole Sancho ſin aquella fealdad primera, le dixo: Y las narices? A lo que èl reſpondiò: Aquì las tengo en la faldiquera, y echando mano à la

la derecha, sacò unas narizes de pasta, y barniz, de mascara, de la manifatura que quedan delineadas; y mirandole mas, y mas Sancho, con voz admirativa, y grande, dixo: Santa Maria, y valeme! este no es Tomè Cecial, mi vecino, y mi compadre? Y como si lo soy, respondiò el yà desnarigado escudero: Tomè Cecial soy, compadre, y amigo Sancho Panza, y luego os dirè los arcaduces, embustes, y enredos por donde soy aqui venido; y en tanto pedid, y suplicad al señor vuestro amo, que no toque, maltrate, hiera, ni mate al Cavallero de los espejos, que à sus pies tiene, porquè sin duda alguna es el atrevido, y mal aconsejado Bachillèr Sanson Carrasco, nuestro compatriota. En esto bolviò en sì el de los espejos, lo qual visto por Don Quixote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo: Muerto sois, Cavallero, si no confessais, que la sin par Dulcinèa del Toboso se aventaja en belleza à vuestra Casildea de Vandalia; y demàs de esto aveis de prometer (si de esta contienda, y caìda quedaredes con vida) de ir à la Ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad la viniere; y si os dexare en la vuestra, assimismo aveis de bolver à buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirà de guia, que os trayga donde yo estuviere, y à decirme lo que con ella huvieredes passado: condiciones, que conforme à las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los terminos de la Andante Cavalleria. Confiesso, dixo el caìdo Cavallero, que vale mas el zapato descosido, y sucio de la señora Dulcinèa del Toboso, que las barbas mal peynadas, aunque limpias, de Casildea de Vandalia; y prometo de ir, y bolver de su presencia à la vuestra, y daros entera, y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien aveis de confessar, y creer, añadiò Don Quixote, que aquel Cavallero que vencisteis, no fue, ni pudo ser Don Quixote de la Mancha, si no otro, que se le parecia, como yo confiesso, y creo, que vos, aunque pareceis el Bachillèr Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aqui me le han puesto mis enemigos, para que detenga, y temple el impetu de mi colera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confiesso, juego, y siento como vos lo creeis, juzgais, y sentis, respondiò el derrengado Cavallero. Dexadme levantar os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caìda, que assaz mal trecho me tiene. Ayudòle à levantar Don Quixote, y Tomè Cecial su escudero, del qual no apartaba los ojos Sancho, preguntandole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomè Cecial que decia; mas la aprehension que en Sancho avia hecho lo que su amo dixo, de que los encantadores avian mudado

do

do la figura del Cavallero de los espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dexaba dar credito à la verdad, que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo, y mozo; y el de los espejos, y su escudero, mohinos, y mal andantes, se apartaron de D. Quixote, y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde vizmarle, y entablarle las costillas. Don Quixote, y Sancho bolvieron à proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la Historia, por dar cuenta de quien era el Cavallero de los espejos, y su narigante escudero.

CAP. XV. *Donde se cuenta, y dà noticia de quien era el Cavallero de los espejos, y su escudero.*

EN estremo contento, ufano, y vanaglorioso iba Don Quixote, por aver alcanzado victoria de tan valiente Cavallero, como èl se imaginaba, que era el de los espejos, de cuya Cavallerèsca palabra esperaba saber, si el encantamento de su señora passaba adelante, pues era forzoso, que el tal vencido Cavallero bolviesse, so pena de no serlo, à darle razon de lo que con ella le huviesse sucedido; pero uno pensaba D. Quixote, y otro el de los espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde vizmarse, como se ha dicho. Dice pues, la Historia, que quando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejò à Don Quixote, que bolviesse à proseguir sus dexadas Cavallerias, fue por aver entrado primero en buteo con el Cura, y el Barbero, sobre què medio se podria tomar para reducir à Don Quixote à que se estuviesse en su casa quieto, y sossegado, sin que le alborotassen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió por voto comun de todos, y parecer particular de Sanson Carrasco, que dexassen salir à Don Quixote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliesse al camino como Cavallero Andante, y travasse batalla con èl, pues no faltaria sobre que, y le vencieste, teniendolo por cosa facil, y que fuesse pacto, y concierto, que el vencido quedasse à merced del vencedor; y assi vencido Don Quixote, le avia de mandar el Bachiller Cavallero se bolviesse à su Pueblo, y casa, y no saliesse de ella en dos años, ò hasta tanto que por èl le fuesse mandado otra cosa; lo qual era claro, que Don Quixote vencido, cumpliria indubitablemente, por no contravenir, y faltar à las leyes de la Cavalleria; y podria ser, que en el tiempo de su reclusion se le olvidassen sus vanidades, ò se diesse lugar de buscar à su locura algun conveniente remedio. Aceptòlo Carrasco, y ofreciòsele por escudero Tomè Cecial, compadre, y vecino de Sancho Panza, hombre alegre, y de lucios cascos. Armòse Sanson, como queda referido, y Tomè Cecial acomodòse sobre sus naturales narices las falsas, y de mascara ya dichas,

chas, porque no fuesse conocido de su compadre quando se viessen; y assi siguieron el mismo viage que llevaba Don Quixote, y llegaron casi à hallarse en la aventura del cărro de la muerte: y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde le sucediò todo lo que el *prudente* ha leìdo; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quixote, que se diò à entender, que el Bachillèr no era el Bachillèr, el señor Bachillèr quedàra imposibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no aver hallado nidos, donde pensò hallar paxaros. Tomè Cecial, que viò quan mal avia logrado sus deseos, y el mal paradero que avia tenido su camino, dixo al Bachillèr: Por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido; con facilidad se piensa, y se acomete una empressa, pero con dificultad las mas veces se sale de ella: Don Quixote loco, nosotros cuerdos, èl se và sano, y riendo, vuestra merced queda molido, y triste. Sepamos aora qual es mas loco, el que lo es por no poder menos, ò el que lo es por su voluntad? A lo que respondiò Sanson: La diferencia que ay entre essos dos locos es, que el que lo es por fuerza, lo serà siempre; y el que lo es de grado, lo dexarà de ser quando quisiere. Pues assi es, dixo Tomè Cecial, yo fui por mi voluntad loco, quando quise hacerme escudero de vuestra merced, y por la misma quiero dexar de serlo, y bolverme à mi casa. Esso os cumple, respondiò Sanson; porque pensar que yo tengo de bolver à la mia hasta aver molido à palos à Don Quixote, es pensar en lo escusado, y no me llevarà à buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me dexa hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos, hasta que llègaron à un Pueblo, donde fue ventura hallar à un Algebrista, con quien se curò el Sanson desgraciado. Tomè Cecial se bolviò, y le dexò, y èl quedò imaginando su venganza; y la Historia buelve à hablar de èl à su tiempo, por no dexar de regocijarse aora con Don Quixote.

CAP. XVI. *De lo que sucediò à Don Quixote con un discreto Cavallero de la Mancha.*

CON la alegria, contento, y ufanidad que se ha dicho seguìa Don Quixote su jornada, imaginandose por la passada victoria, ser el Cavallero Andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas, y à felice fin conducidas quantas aventuras pudiessen sucederle de alli adelante: tenia en pòco los encantos, y à los encantadores. No se acordaba de los innumerables palos, que en el discurso de sus Cavallerias le avian dado, ni de la pedrada, que le derribò la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de

los galeotes, ni del atrevimiento, y lluvia de estacas de los Yangueses. Finalmente, decia entre sì, que si el hallara arte, modo, ò manera como desencantar à su señora Dulcinèa, no embidiaria à la mayor ventura, que alcanzò, ò pudo alcanzar el mas venturoso Cavallero Andante de los passados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, quando Sancho le dixo: No es bueno, señor, que aùn todavia traygo entre los ojos las desaforadas narices, y mayores de marca de mi compadre Tomè Cecial? Y crees tù, Sancho, por ventura, que el Cavallero de los espejos era el Bachillèr Carrasco, y su escudero Tomè Cecial tu compadre? No sè què me diga à esso, respondiò Sancho; solo sè, que las señas que me diò de mi casa, muger, y hijos, no me las podria dar otro, que èl mismo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomè Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi Pueblo, y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estèmos à razon, Sancho, replicò Don Quixote: Vèn acà, en què consideracion puede caber, que el Bachillèr Sanson Carrasco viniesse como Cavallero Andante, armado de armas ofensivas, y defensivas, à pelear conmigo? He sido yo su enemigo por ventura? Hese dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? Soy yo su ribal? O hace èl profession de las armas, para tener embidia à la fama, que yo por ellas he ganado? Pues què dirèmos, señor, respondiò Sancho, à esto de parecerse tanto aquel Cavallero, sea el que se fuere, al Bachillèr Carrasco, y su escudero à Tomè Cecial, mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuestra merced ha dicho, no avia en el mundo otros dos a quien se parecieran? Todo es artificio, y traza, respondiò Don Quixote, de los malignos Magos, que me persiguen; los quales anteviendo, que yo avia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el Cavallero vencido mostrasse el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiesse entre los filos de mi espada, y el rigor de mi brazo, y templasse la justa ira de mi corazon, y de esta manera quedasse con vida el que con embelecos, y falsìas procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo qual, yà sabes, ò Sancho, por experiencia, que no te dexarà mentir, ni engañar, quan facil sea à los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo, y de lo feo hermoso, pues no hà dos dias, que viste por tus mismos ojos la hermosura, y gallardìa de la sin par Dulcinèa en toda su entereza, y natural conformidad, y yo la vì en la fealdad, y baxeza de una zafia labradora, con cataratas en los ojos, y con mal olor en la boca; y mas, que el perverso encantador, que se atreviò à hacer una transformacion tan mala, no es mucho que aya hecho la de Sanson Carrasco, y la de tu compadre, por

quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en qualquiera figura que aya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondiò Sancho; y como èl sabìa, que la transformacion de Dulcinèa avia sido traza, y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo, pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra, que descubriesse su embuste. En estas razones estaban, quando los alcanzò un hombre, que detràs de ellos por el mismo camino venìa sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gavàn de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera de el mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo, y de la gineta asimismo de morado, y verde: Traìa un alfange Morisco, pendiente de un ancho tahalì de verde, y oro, y los borceguìes eran de la labor del tahalì; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas, y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido, parecian mejor que si fueran de oro puro. Quando llegò a ellos el caminante, los saludò cortesmente, y picando à la yegua, se passaba de largo; pero Don Quixote le dixo: Señor gallàn, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priessa, merced recibiria en que nos fuessemos juntos. En verdad, respondiò el de la yegua, que no me passara tan de largo, si no fuera por temor, que con la compañia de mi yegua no se alborotara esse cavallo. Bien puede, señor, respondiò à esta sazon Sancho, bien puede tener las riendas à su yegua, porque nuestro cavallo es el mas honesto, y bien mirado del mundo; jamàs en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandò à hacerla, la lastamos mi señor, y yo con las setenas. Digo otra vez, que puede V.md. detenerse, si quisiere, que aunque se la dèn entre dos platos, à buen seguro, que el cavallo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante, admirandose de la postura, y rostro de Don Quixote, el qual iba sin zelada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzòn delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde à Don Quixote, mucho mas mirabà Don Quixote al de lo verde, pareciendole hombre de chapa. La edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre, y grave: Finalmente, en el trage, y postura daba à entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgò de Don Quixote de la Mancha el de lo verde, fue, que semejante manera, ni parecer de hombre no le avia visto jamàs. Admirò la longura de su cavallo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza, y amarillez de su rostro, sus armas, su ademàn, y compostura, figura, y retrato no visto por luengos tiempos atràs en aquella tierra.

No

Notò bien Don Quixote la atencion con que el caminante le miraba, y leyòle en la ſuſpenſion ſu deſeo; y como era tan cortès, y tan amigo de dàr guſto à todos, antes que le preguntaſſe nada, le ſaliò al camino, diciendole: Eſta figura, que V.md. en mì ha viſto, por ſer tan nueva, y tan fuera de las que comunmente ſe uſan, no me maravillaria yo de que le huvieſſe maravillado; pero dexarà vueſtra merced de eſtarlo, quando le diga, como le digo, que ſoy Cavallero de eſtos, que dicen las gentes, que à ſus aventuras vàn. Salì de mi patria, empeñè mi hacienda, dexè mi regalo, y entreguème en los brazos de la fortuna, que me llevaſſe donde mas fueſſe ſervida: Quiſe reſucitar la muerta andante Cavalleria, y hà muchos dias, que tropezando aqui, cayendo alli, deſpeñandome acà, y levantandome acullà, he cumplido gran parte de mi deſeo, ſocorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo caſadas, huerfanos, y pupilos, proprio, y natural oficio de Cavalleros Andantes; y aſsi, por mis valeroſas, muchas, y Chriſtianas hazañas, he merecido andar yà en eſtampa en caſi todas las mas Naciones del mundo: treinta mil volumenes ſe han impreſſo de mi Hiſtoria, y lleva camino de imprimirſe treinta mil veces millares, ſi el Cielo no lo remedia. Finalmente, por decirlo todo en breves palabras, ò en una ſola, digo, que ſoy Don Quixote de la Mancha, por otro nombre llamado el Cavallero de la Triſte Figura; y puesto que las proprias alabanzas envilecen, eſme forzoſo decir yo tal vez las mias: y eſto ſe entiende quando no ſe halla preſente quien las diga. Aſsi que ſeñor Gentil-Hombre, ni eſte cavallo, eſta lanza, ni eſcudo, ni eſcudero, ni todas juntas eſtas armas, ni la amarillez de mi roſtro, ni mi atenuada flaqueza os podrà admirar de aqui adelante, aviendo yà ſabido quien ſoy, y la profeſsion que hago. Callò en diciendo eſto Don Quixote; y el de lo verde, ſegun ſe tardaba en reſponderle, parecia que no acertaba à hacerlo; pero de alli à buen eſpacio le dixo: Acertaſtes, ſeñor Cavallero, à conocer, por mi ſuſpenſion, mi deſeo; pero no, no aveis acertado à quitarme la maravilla, que en mì cauſa el averos viſto; que pueſto, que como vos, ſeñor, decis, que el ſaber yà quien ſois me lo podria quitar, no ha ſido aſsi; antes, aora que lo sè, quedo mas ſuſpenſo, y maravillado. Còmo, y es poſsible, que ay oy Cavalleros Andantes en el mundo? Y que ay Hiſtorias impreſſas de verdaderas Cavallerias? Nò me puedo perſuadir, que aya oy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre caſadas, ni ſocorra huerfanos; y no lo creyera, ſi en vueſtra merced no lo huviera viſto con mis ojos. Bendito ſea el Cielo, que con eſſa Hiſtoria, que vueſtra merced dice que eſtà impreſſa de ſus altas, y verdaderas Cavallerias, ſe avràn puesto en olvido las innumerables de los fin-

fingidos Cavalleros Andantes, de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio, y descredito de las buenas Historias. Ay mucho que decir, respondiò D. Quixote, en razon de si son fingidas, ò no las Historias de los Andantes Cavalleros. Pues ay quien dude, respondiò el de lo verde, que no son falsas las tales Historias? Yo lo dudo, respondiò Don Quixote, y quedese esto aqui, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar à entender à V.md. que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto, que no son verdaderas. De esta ultima razon de Don Quixote tomò barruntos el caminante, de que Don Quixote debia de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmasse; pero antes que se divirtiessen en otros razonamientos, Don Quixote le rogò le dixesse quien era, pues èl le avia dado parte de su condicion, y de su vida. A lo que respondiò el del verde gavàn: Yo, señor Cavallero de la Triste Figura, soy un Hidalgo, natural de un Lugar donde iremos à comer oy, si Dios fuere servido; soy mas que medianamente rico, y es mi nombre D. Diego de Miranda; passo la vida con mi muger, y con mis hijos, y con mis amigos; mis exercicios son el de la caça, y pesca; pero no mantengo, ni halcòn, ni galgos, sino algun perdigòn manso, ò algun huròn atrevido; tengo hasta seis docenas de libros, quales de romance, y quales de latin, de Historia algunos, y de devocion otros; los de Cavallerias aùn no han entrado por los umbrales de mis puertas; ojeo mas los que son profanos, que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleyten con el lenguage, y admiren, y suspendan con la invencion, puesto que de estos ay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos, y amigos, y muchas veces los combido; son mis combites limpios, y asseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mi se murmure; no escudriño las vidas agenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oygo Missa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazon à la hypocresia, y vanagloria: enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado; procuro poner en paz los que sè que estan desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentissimo estuvo Sancho à la relacion de la vida, y entretenimientos de el Hidalgo; y pareciendole buena, y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se arrojò de el rucio, y con gran priessa le fue à asir de el estrivo derecho, y con devoto corazon, y casi lagrimas le besò los pies una, y muchas veces; visto lo qual por el Hidalgo, le preguntò: Què haceis, hermano? Què besos son estos? Dexenme besar, respondiò

Sancho, porque me parece vuestra merced el primer Santo à la gineta, que he visto en todos los dias de mi vida. No soy Santo, respondiò el Hidalgo, sino gran pecador; vos sì, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Bolviò Sancho à cobrar la albarda, aviendo sacado à plaza la risa de la profunda melancolìa de su amo, y causado nueva admiracion à Don Diego. Preguntòle Don Quixote, què quantos hijos tenia? Y dixole, que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos Philosophos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos, y buenos hijos. Yo, señor Don Quixote, respondiò el Hidalgo, tengo un hijo, que à no tenerle, quizà me juzgara por mas dichoso de lo que soy; y no porque èl sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera; serà de edad de diez y ocho años, los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas Latina, y Griega; y quando quise que passasse à estudiar otras Ciencias, hallèle tan embebido en la de la Poesìa (si es que se puede llamar Ciencia) que no es posible hacerle arrostrar la de las Leyes (que yo quisiera que estudiara) ni la que es Reyna de todas, la Theologìa. Quisiera yo, que fuera corona de su linage, pues vivimos en el siglo donde nuestros Reyes premian altamente las virtuosas, y buenas letras: porque letras sin virtud, son perlas en el muladar. Todo el dia se le passa en averiguar, si dixo bien, ò mal Homero en tal verso de la Iliada: si Marcial anduvo deshonesto, ò no en tal Epigrama: si se han de entender de una manera, ò otra tales, y tales versos de Virgilio. En fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos Poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal, y Tibulo, que de los modernos Romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño, que muestra tener à la Poesìa de romance, le tiene aora desvanecidos los pensamientos el hacer una glossa à quatro versos, que le han embiado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo qual respondiò Don Quixote: Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y assi se han de querer, ò buenos, ò malos que sean, como se quieren las almas, que nos dàn vida: à los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los passos de la virtud, de la buena crianza, y de las buenas, y christianas costumbres, para que quando grandes sean baculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles, que estudien esta, ò aquella Ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no serà daño so; y quando no se ha de estudiar para *pane lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante, que le diò el Cielo padres que se lo dexassen seria yo de parecer, que le dexen se

guir aquella Ciencia à que mas le vieren inclinado; y aunque la de la Poesìa es menos util, que deleytable, no es de aquellas, que suelen deshonrar à quien las posee. La Poesìa, señor Hidalgo, à mi parecer es como una doncella tierna, y de poca edad, y en todo extremo hermosa, à quien tienen cuidado de enriquecer, pulir, y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras Ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traìda por las calles, ni publicada por las esquinas de las Plazas, ni por los rincones de los Palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar, la bolverà en oro purìsimo de inestimable precio; hala de tener, el que la tuviere, à raya, no dexandola correr en torpes satyras, ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en alguna manera, si yà no fuere en poemas heroycas, en lamentables tragedias, ò en Comedias alegres, y artificiosas: no se ha de dexar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapàz de conocer, ni estimar los tesoros, que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aqui vulgo solamente à la gente plebeya, y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea Señor, ò Principe, puede, y debe entrar en numero de vulgo; y assi, el que con los requisitos, que he dicho, tratare, y tuviere à la Poesìa, serà famoso, y estimado su nombre en todas las Naciones Politicas del mundo. Y à lo que decìs, señor, que vuestro hijo no estima en mucho la Poesìa de romance, doyme à entender, que no anda muy acertado en ello; y la razon es esta: El grande Homero no escriviò en Latin, porque era Griego, ni Virgilio no escriviò en Griego, porque era Latino. En resolucion, todos los Poetas antiguos escrivieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron à buscar las estrangeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo esto assi, razon serìa se estendiesse esta costumbre por todas las Naciones, y que no se desestimasse el Poeta Alemàn porque escrive en su lengua, ni el Castellano, ni aùn el Vizcaìno, que escrive en la suya. Pero vuestro hijo (à lo que yo, señor, imagino) no debe de estar mal con la Poesìa de romance, sino con los Poetas, que son meros romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, despierten, y ayuden à su natural impulso, y aùn en esto puede aver yerro; porque, segun es opinion verdadera, el Poeta nace Poeta: quieren decir, que de el vientre de su madre el Poeta natural sale Poeta; y con aquella inclinacion, que le diò el Cielo, sin mas estudio, ni artificio, compone cosas, que hace verdadero al que dixo: *Est Deus in nobis, &c.* Tambien digo, que el natural Poeta, que se ayudare de el arte, serà mucho mejor, y se aventajarà al Poeta, que solo por saber el

arte quiere ſerlo; la razon es, porque el arte no ſe aventaja à la naturaleza, ſino perficionalà; aſsi, que mezcladas la naturaleza, y el arte, y el arte con la naturaleza, ſacarán un perfectiſsimo Poeta. Sea, pues, la concluſion de mi platica, ſeñor Hidalgo, que vueſtra merced dexe caminar à ſu hijo por donde ſu eſtrella le llama, que ſiendo èl tan buen eſtudiante, como debe de ſer, y aviendo yà ſubido felizmente el primer eſcalòn de las ſciencias, que es el de las lenguas; con ellas por sì miſmo ſubirà à la cumbre de las letras humanas, las quales tan bien parecen en un Cavallero de capa, y eſpada, y aſsi le adornan, honran, y engrandecen, como las Mitras à los Obiſpos, ò como las Garnachas à los Peritos Juriſconſultos. Riña vueſtra merced à ſu hijo, ſi hiciere ſatyras, que perjudiquen las honras agenas, y caſtiguele, y rompaſelas; pero ſi hiciere Sermones, al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente èl lo hizo, alabele; porque licito es al Poeta eſcrivir contra la embidia, y decir en ſus verſos mal de los embidioſos, y aſsi de los otros vicios, con que no ſeñale perſona alguna; pero ay Poetas, que à trueco de decir una malicia, ſe pondrán à peligro que los deſtierren à las Islas de Ponto. Si el Poeta fuere caſto en ſus coſtumbres, lo ſerà tambien en ſus verſos: la pluma es lengua del alma; quales fueren los conceptos, que en ella ſe engendraren, tales ſerán los eſcritos: y quando los Reyes, y Principes vèn la milagroſa ciencia de la Poesìa en ſugetos prudentes, virtuoſos, y graves, los honran, los eſtiman, y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del arbol, à quien no ofende el rayo, como en ſeñal que no han de ſer ofendidos de nadie los que con tales coronas vèn honradas, y adornadas ſus ſienes. Admirado quedò el del verde gavàn del razonamiento de Don Quixote; y tanto, que fue perdiendo de la opinion que con èl tenìa de ſer mentecato. Pero à la mitad de eſta platica, Sancho, por no ſer muy de ſu guſto, ſe avia deſviado del camino à pedir un poco de leche à unos Paſtores, que alli junto eſtaban ordeñando unas ovejas; y en eſto yà bolvia à renovar la platica el Hidalgo, ſatisfecho en eſtremo de la diſcrecion, y buen diſcurſo de Don Quixote, quando alzando Don Quixote la cabeza, viò, que por el camino por donde ellos iban, venìa un carro lleno de Vanderas Reales; y creyendo que debia de ſer alguna nueva aventura, à grandes voces llamò à Sancho, que vinieſſe à darle la celada; el qual Sancho oyendoſe llamar, dexò à los Paſtores, y à toda prieſſa picò al rucio, y llegò donde ſu amo eſtaba, à quien ſucediò una eſpantoſa, y deſatinada aventura.

CAP.

CAP. XVII. *Donde se declara el ultimo punto, y estremo adonde llegò, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote, con la felicemente acabada aventura de los Leones.*

CUenta la Historia, que quando Don Quixote daba voces à Sancho, que le traxesse el yelmo, estaba èl comprando unos requesones, que los Pastores le vendian; y acosado de la mucha priessa de su amo, no supo què hacer de ellos, ni en què traerlos, y por no perderlos, que yà los tenia pagados, acordò de echarlos en la celada de su señor; y con este buen recado bolviò à vèr lo que le queria; el qual en llegando le dixo: Dàme, amigo, essa celada, que, ò yo sè poco de aventuras, ò lo que alli descubro es alguna, qué me ha de necessitar, y me necesita à tomar mis armas. El del verde gavàn que esto oyò tendiò la vista por todas partes, y no descubriò otra cosa, que un carro que àzia ellos venia con dos, ò tres Vanderas pequeñas, que le dieron à entender, que el tal carro debia de traer moneda de su Magestad, y assi se lo dixo à Don Quixote; pero èl no le diò credito, siempre creyendo, y pensando, que todo lo que le sucediesse avian de ser aventuras, y mas aventuras; y assi respondiò al Hidalgo: Hombre apercibido, medio combatido; no se pierde nada en que yo me aperciba, que sè por experiencia que tengo enemigos visibles, è invisibles, y no sè quando, ni adonde, ni en què tiempo, ni en què figuras me han de acometer; y bolviendose à Sancho, le pidiò la celada, el qual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forzoso darsela como estaba. Tomòla Don Quixote, y

sin que echasse de ver lo que dentro venìa, con toda priessa se la encajò en la cabeza: y como los requesones se apretaron, y esprimieron, comenzò à correr el suero por todo el rostro, y barbas de Don Quixote, de lo que recibiò tal susto, que dixo à Sancho: Què serà esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ò se me derriten los sessos, ò que sudo de los pies à la cabeza, y si es que sudo, en verdad que no es de miedo; sin duda creo, que es terrible la aventura que aora quiere sucederme. Dame, si tienes, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Callò Sancho, y diòle un paño, y diò con èl gracias à Dios de que su señor no huviesse caìdo en el caso. Limpiòse Don Quixote, y quitòse la celada, por ver què cosa era la que à su parecer le enfriaba la cabeza; y viendo aquellas gachas blandas dentro de la celada, las llegò à las narices, y en oliendolas, dixo: Por vida de mi señora Dulcinèa del Toboso, que son requesones los que aqui me has puesto, traydor, vergante, y mal mirado escudero. A lo que con gran flema, y dissimulacion respondiò Sancho: Si son requesones, dèmelos vuestra merced, que yo me los comerè; pero comalos el diablo, que debiò de ser el que aì los puso. Yo avia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuestra merced? hallado le aveis el atrevido. A la fee, señor, à lo que Dios me dà à entender, tambien debo de tener encantadores, que me persiguen, como à hechura, y miembro de vuestra merced, y avràn puesto aì essa immundicia para mover à colera su paciencia, y hacer que me muela, como suele, las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que avrà considerado, que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga, y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estomago, que en la celada. Todo puede ser, dixo Don Quixote, y todo lo miraba el Hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente quando despues de averse limpiado Don Quixote cabeza, rostro, barbas, y celada, se la encajò, y afirmandose bien en los estrivos, requiriendo la èspada, y asiendo la lanza, dixo: Aora venga lo que viniere, que aqui estoy con animo de tomarme con el mismo Satanàs en persona. Llegò en esto el carro de las Vanderas, en el qual no venìa otra gente, que el Carretero en las mulas, y un hombre sentado en la delantera. Puso se Don Quixote delante, y dixo: Adonde vais, hermanos? què carro es este? què llevais en èl? y què Vanderas son aquestas? A lo que respondiò el Carretero: El carro es mio; lo que và en èl son dos bravos leones enjaulados, que el General de Oràn embia a la Corte, presentados à su Magestad: las Vanderas son del Rey nuestro Señor, en señal que aqui và cosa suya. Y son grandes los leones? preguntò Don Quixote. Tan gran-

grandes, respondio el hombre que iba à la puerta del carro, que no han passado mayores, ni tan grandes de Africa à España jamàs, y yo soy el Leonero, y he passado otros, pero como estos ninguno: son hembra, y macho, el macho và en esta jaula primera, y la hembra en la de atràs; y aora vàn hambrientos, porque no han comido oy, y assi vuestra merced se desvìe, que es menester llegar presto donde los dèmos de comer. A lo que dixo Don Quixote, sonriendose un poco, leoncitos à mì? à mì leoncitos, y à tales horas? pues por Dios que han de vèr essos señores, que acà los embian, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el Leonero, abrid essas jaulas, y echadme essas bestias fuera, que en mitad de esta campaña les darè à conocer quien es Don Quixote de la Mancha, à despecho, y pesar de los encantadores que à mi los embian. Ta, ta, dixo à esta sazon entre sì èl Hidalgo, dado ha señal de quien es nuestro buen Cavallero, los requesones sin duda le han ablandado los cascos, y madurado los sessos. Llegòse en esto à èl Sancho, y dixole: Señor, por quien Dios es, que vuestra merced haga de manera, que mi señor Don Quixote no se tome con estos leones, que si se toma, aqui nos han de hacer pedazos à todos. Pues tan loco es vuestro amo, respondiò el Hidalgo, que temeis, y creeis, que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondiò Sancho, sino atrevido. Yo harè que nõ lo sea, replicò el Hidalgo; y llegandose à Don Quixote, que estaba dando priessa al Leonero que abriesse las jaulas, dixo: Señor Cavallero, los Cavalleros Andantes han de acometer las aventuras, que prometen esperanza de salir bien de ellas, y no aquellas, que en todo la quitan; porque la valentìa que se entra en la jurisdiccion de la temeridad, mas tiene de locura, que de fortaleza; quanto mas, que estos leones no vienen contra vuestra merced, ni lo sueñan; vàn presentados a su Magestad, y no serà bien detenerlos, ni impedirlos su viage. Vayase vuestra merced, señor Hidalgo, respondiò Don Quixote, à entender con su perdigòn manso, y con su uròn atrevido, y dexe à cada uno hacer su oficio; este es el mio, y yo sè si vienen à mì, ò no estos señores leones; y bolviendose al Leonero, le dixo: Voto à tal, don bellaco, que si no abrìs luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El Carretero, que viò la determinacion de aquella armada fantasma, le dixo: Señor mio, V.md. sea servido por caridad dexarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas, antes que se desembaynen los leones, porque si me las matan, quedarè rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro, y estas mulas. O hombre de poca fee, respondiò Don Quixote, apeate, y desuncе, y haz lo que quisieres, que

presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar esta diligencia. Apeòse el Carretero, y desuncìò à gran priessa, y el Leonero dixo à grandes voces: Seanme testigos quantos aqui estàn, como contra mi voluntad, y forzado abro las jaulas, y suelto los leones; y de que protesto à este señor, que todo el mal, y daño que estas bestias hicieren, corra, y vaya por su cuenta, con mas mis salarios, y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy, que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadiò el Hidalgo, que no hiciesse locura semejante, que era tentar à Dios acometer tal disparate. A lo que respondiò Don Quixote, que èl sabìa lo que hacia. Respondiòle el Hidalgo, que lo mirasse bien, que èl entendia que se engañaba. Aora, señor, replicò Don Quixote, si V.md. no quiere ser oyente de esta, que, à su parecer, ha de ser tragedia, pique la tordilla, y pongase en salvo. Oìdo lo qual por Sancho, con lagrimas en los ojos le suplicò desistiesse de tal empressa, en cuya comparacion avian sido tortas, y pan pintado la de los Molinos de Viento, y la tenebrosa de los Batanes; y finalmente, todas las hazañas que avia cometido en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decia Sancho, que aqui no ay encanto, ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas, y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero; y saco por ella, que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo à lo menos, respondiò Don Quixote, le harà parecer mayor que la mitad del mundo. Retirate, Sancho, y dexame; y si aqui muriere, yà sabes nuestro antiguo concierto, acudirás à Dulcinèa, y no te digo mas. A estas añadiò otras razones, con que quitò las esperanzas de que no avia de dexar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del verde gavàn oponersele, pero viòse desigual en las armas, y no le pareciò cordura tomarse con un loco, que yà se lo avia parecido de todo punto Don Quixote; el qual bolviendo à dàr priessa al Leonero, y à reiterar las amenazas, diò ocasion al Hidalgo à que picasse la yegua, y Sancho al rucio, y el Carretero à sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiessen, antes que los leones se desembanastassen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creìa que llegaba en las garras de los leones, maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento bolver à servirle; pero no por llorar, y lamentarse dexaba de aporrear al rucio para que se alexasse del carro. Viendo, pues, el Leonero, que yà los que iban huyendo estaban bien desviados, tornò à requerir, y a intimar a Don Quixote lo que yà le avia requerido, è intimado; el qual respondiò, que lo oìa, y que no se curasse de

mas intimaciones, y requerimientos, que todo serìa de pòco fruto, y que se diesse priessa. En el espacio que tardò el Leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quixote, si serìa bien hacer la batalla antes à pie, que à cavallo; y en fin, se determinò de hacerla à pie, temiendo, que Rocinante se espantaria con la vista de los leones; por esto saltò del cavallo, arrojò la lanza, embrazò el escudo, y desembaynando la espada, passo ante passo, con maravilloso denuedo, y corazon valiente, se fue à poner delante del carro, encomendandose à Dios de todo corazon, y luego à su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando à este passo el Autor de esta verdadera Historia, exclama, y dice: O fuerte, y sobre todo encarecimiento, animoso Don Quixote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes de el mundo, segundo, y nuevo Don Manuel de Leon, que fue gloria, y honra de los Españoles Cavalleros! Con què palabras contarè esta tan espantosa hazaña? ò con què razones la harè creible à los siglos venideros? ò què alabanzas avrà, que no te convengan, y quadren, aunque sean hyperboles sobre todos los hyperboles? Tù à pie, tù solo, tù intrepido, tù magnanimo, con sola una espada, y no de las del Perrillo cortadoras, con un escudo, nò de muy luciente, y limpio azero, estàs aguardando, y atendiendo los dos mas fieros leones, que jamàs criàron las Africanas selvas? Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso Manchego, que yo los dexò aqui en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos. Aqui cessò la referida exclamacion del Autor, y passò adelante, anudando el hilo de la Historia, diciendo:

Que visto el Leonero yà puesto en postura à D. Quixote, y que no podia dexar de soltar al leon macho, so pena de caer en desgracia del indignado, y atrevido Cavallero, abriò de par en par la primera jaula, adonde estaba, como se ha dicho, el leon, el qual pareciò de grandeza extraordinaria, y de espantable, y fea catadura. Lo primero que hizo fue rebolverse en la jaula, donde venìa echado, y tender la garra, y desperezarse todo; abriò luego la boca, y bostezò muy de espacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacò fuera, se despolvoreò los ojos, y se lavò el rostro: hecho esto, sacò la cabeza fuera de la jaula, y mirò à todas partes con los ojos hechos brasas: vista, y ademan, para poner espanto à la misma temeridad. Solo Don Quixote lo miraba atentamente, deseando, que saltasse yà del carro, y viniesse con èl à las manos, entre las quales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aqui llegò el estremo de su jamàs vista locura; pero el generoso leon, mas comedido, que arrogante, no haciendo caso de niñe-

mierias, ni de bravatas, despues de aver mirado à una, y otra parte, como se ha dicho, bolviò los espaldas, y enseñò sus traseras partes a Don Quixote, y con gran flema, y remanso se bolviò à echar en la jaula. Viendo lo qual Don Quixote, mandò al Leonero, que le diesse de palos, y le irritasse para echarle fuera. Esso no harè yo, respondiò el Leonero, porque si yo le instigo, el primero à quien harà pedazos serà à mi mismo. Vuestra merced, señor Cavallero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en genero de valentia, y no quiera tentar segunda aventura. El leon tiene abierta la puerta, en su mano està el salir, ò no salir; pero pues no ha salido hasta aora, no saldrà en todo el dia. La grandeza del corazon de vuestra merced yà està bien declarada; ningun bravo peleante (segun à mi se me alcanza) està obligado à mas, que à desafiar à su enemigo, y esperarle en la campaña; y si el contrario no acude, en èl se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Assi es verdad, respondiò Don Quixote; cierra, amigo, essa jaula, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aqui me has visto hacer. Conviene à saber, como tù abriste al leon, yo le esperè, èl no salió, bolvile à esperar, bolviò à no salir, y bolviòse à acostar. No debo mas, y encantos à fuera, y Dios ayude à la razon, à la verdad, y à la verdadera Cavalleria; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas à los huidos, y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña. Hizolo assi el Leonero, y Don Quixote, poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se avia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzò à llamar à los que no dexaban de huir, ni de bolver la cabeza à cada passo, todos en tropa, y antecogidos del Hidalgo; pero alcanzando Sancho à ver la señal del blanco paño, dixo: Que me maten si mi señor no ha vencido à las fieras bestias, pues nos llama. Detuvieronse todos, y conocieron, que el que hacia las señas era Don Quixote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco à poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quixote, que los llamaba. Finalmente, bolvieron al carro, y en llegando, dixo Don Quixote al Carretero: Bolved, hermano, à uncir vuestras mulas, y proseguid vuestro viage; y tù, Sancho, dale dos escudos de oro para èl, y para el Leonero, en recompensa de lo que por mi se han detenido. Essos darè yo de muy buena gana, respondiò Sancho; pero què se han hecho los leones, son muertos, ò vivos? Entonces el Leonero, menudamente, y por sus pausas, contò el fin de la contienda, exagerando, como èl mejor pudo, y supo, el valor de Don Quixote, de cuya vista, el leon acobardado, no quiso, ni osò salir de la jaula, puesto que avia tenido un buen espacio abierta la puer-

puerta de ella, y que por aver èl dicho à aquel Cavallero, que era tentar à Dios, y irritar al leon para que por fuerza falieſſe, como èl queria, que ſe irritaſſe, mal de ſu grado, y contra toda ſu voluntad avia permitido, que la puerta ſe cerraſſe. Què te parece, Sancho, dixo D. Quixote, ay encantos que valgan contra la verdadera valentia? Bien podràn los encantadores quitarme la aventura; pero el eſfuerzo, y el animo ſerà impoſsible. Diò los eſcudos Sancho, unciò el Carretero, besò las manos el Leonero a D. Quixote por la merced recibida, y prometiòle de contar aquella valeroſa hazaña al miſmo Rey, quando en la Corte ſe vieſſe. Pues ſi acaſo ſu Mageſtad, dixo D. Quixote, preguntare quien la hizo, direiſle, que el Cavallero de los Leones, que de aqui adelante quiero, que en eſte ſe trueque, cambie, buelva, y mude el que haſta aqui he tenido del Cavallero de la Triſte Figura, y en eſto ſigo la antigua uſanza de los Andantes Cavalleros, que ſe mudaban los nombres quando querian, ò quando les venìa à cuento. Siguiò ſu camino el carro, y Don Quixote, Sancho, y el del verde gavàn proſiguieron el ſuyo. En todo eſte tiempo no avia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento à mirar, y à notar los hechos, y palabras de Don Quixote, pareciendole, que era un cuerdo loco, y un loco, que tiraba à cuerdo. No avia aùn llegado à ſu noticia la Primera Parte de ſu Hiſtoria, que ſi la huviera leìdo, ceſsàra la admiracion en que le poniàn ſus hechos, y ſus palabras, pues yà ſupiera el genero de ſu locura; pero como no la ſabìa, yà le tenia por cuerdo, y yà por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante, y bien dicho; y lo que hacia, diſparatado, temerario, y tonto, y decia entre sì Què mas locura puede ſer, que ponerſe la zelada llena de requeſones, y darſe à entender, que le ablandaban los caſcos los encantadores? Y què mayor temeridad, y diſparate, que querer pelear por fuerza con leones? De eſtas imaginaciones, y de eſte ſoliloquio le ſacò Don Quixote, diciendole: Quien duda, ſeñor Don Diego de Miranda, que vueſtra merced no me tenga en ſu opinion por un hombre diſparatado, y loco? y no ſerìa mucho que aſsi fueſſe, porque mis obras no pueden dàr teſtimonio de otra coſa; pues con todo eſto quiero, que vueſtra merced advierta, que no ſoy tan loco, ni tan menguado, como debo de averle parecido: Bien parece un gallardo Cavallero à los ojos de ſu Rey, en la mitad de una gran Plaza, dar una lanzada con felice ſuceſſo à un bravo Toro: Bien parece un Cavallero armado de reſplandecientes armas, paſſear la tela en alegres Juſtas delante de las Damas; y bien parecen todos aquellos Cavalleros, que en exercicios Militares (ò que lo parezcan) entretienen, y alegran, y (ſi ſe puede decir) honran las Cortes de ſus Principes; pero ſobre todos eſtos, pa-

rece

rece mejor un Cavallero Andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas, y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intencion de darles dichosa, y bien afortunada cima, solo por alcanzar glorioſa fama, y duradera. Mejor parece, digo, un Cavallero Andante socorriendo à una viuda en algun despoblado, que un Cortesano Cavallero requebrando à una doncella en las Ciudades. Todos los Cavalleros tienen sus particulares exercicios; sirva à las Damas el Cortesano; autorice la Corte de su Rey con libreas; sustente los Cavalleros pobres con el esplendido plato de su mesa: concierte Justas, mantenga Tornèos, y muestrese grande, liberal, y magnifico, y buen Christiano sobre todo, y de esta manera cumplirà con sus precisas obligaciones. Pero el Andante Cavallero busque los rincones del mundo, entrese en los mas intrincados laberyntos, acometa à cada passo lo imposible, resista en los paramos despoblados los ardientes rayos del Sol en la mitad del Verano, y en el Invierno la dura inclemencia de los vientos, y de los yelos; no le assombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos: que buscar estos, acometer aquellos, y vencerles à todos, son sus principales, y verdaderos exercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del numero de la Andante Cavalleria, no puedo dexar de acometer todo aquello que à mi pareciere que cae debaxo de la jurisdiccion de mis exercicios; y assi el acometer à los leones que aora acometì, derechamente me tocaba, puesto que conocì ser temeridad exorbitante; porque bien sè lo que es valentìa, que es una virtud, que esta puesta entre dos estremos viciosos, como son la cobardìa, y la temeridad; pero menos mal serà, que el que es valiente, toque, y suba al punto de temerario, que no que baxe, y toque en el punto de cobarde; que assi como es mas facil venir el prodigo à ser liberal, que el avaro, assi es mas facil dàr el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir à la verdadera valentìa; y en esto de acometer aventuras, creame vuestra merced, señor Don Diego, que antes se ha de perder por carta de mas, que de menos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: el tal Cavallero es temerario, y attrevido, que no: el tal Cavallero es tìmido, y cobarde. Digo, señor Don Quixote, respondiò Don Diego, que todo lo que vuestra merced ha dicho, y hecho, và nivelado con el fiel de la misma razon; y que entiendo, que si las Ordenanzas, y Leyes de la Cavalleria Andante se perdiessen, se hallarian en el pecho de vuestra merced, como en su mismo deposito, y archivo; y demonos priessa, que se hace tarde, y lleguèmos à mi Aldèa, y casa, donde descansarà vuestra merced del passado trabajo, que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espiritu,

que

que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento à gran favor, y merced, señor Don Diego, respondiò Don Quixote; y picando mas de lo que hasta entonces, serian como las dos de la tarde quando llegaron à la Aldèa, y à la casa de Don Diego, à quien Don Quixote llamaba el Cavallero del verde gavàn.

LIBRO SEXTO

DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XVIII.

DE LO QUE SUCEDIO A DON QUIXOTE EN EL CASTILLO, ò casa del Cavallero del verde gavàn, con otras cosas extravagantes.

HAllò Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha, como de Aldèa; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas à la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada, y transformada Dulcinea; y suspirando, y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dixo: O dulces prendas, por mi mal halladas, dulces, y alegres quando Dios quiere! O Tobosescas tinajas, que me aveis traido à la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyole decir esto el Estudiante Poeta, hijo de Don Diego, el qual con su madre avia salido à recibirle, y madre, y hijo quedaron suspensos de ver la estraña figura de Don Quixote; el qual apeandose de Rocinante, fue con mucha cortesia à pedirle las manos para besarselas; y Don Diego dixo: Recibida, señora, con vuestro solicito agrado al señor Don Quixote de la Mancha, que es el que teneis delante, Andante Cavallero, y el mas valiente, y el mas discreto que tiene el mundo. La señora, que Doña Christina se llamaba, le recibiò con muestras de mucho amor, y de mucha cortesia, y Don Quixote se les ofreciò con estilo de discretas, y comedidas razones: casi los mismos cumplimientos passò con el Estudiante, que en oyendole hablar Don Quixote, le tuvo por discreto, y agudo. Aqui pinta el Autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego,

pintandonos en ellas lo que contiene una casa de un Cavallero labrador, y rico; pero al Traductor de esta Historia le pareciò passar estas, y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venìan bien con el proposito principal de la Historia, en la qual mas tiene su fuerza la verdad, que en las frias digressiones. Entraron à Don Quixote en una sala, desarmòle Sancho, quedò en valones, y en jubòn de camuza, todo vsfunto con la mugre de las armas; el cuello era valona à lo estudiantil, sin almidòn, y sin randas: los borceguies eran datilados, y encerados los zapatos. Quitòse su buena espada, que pendia de un tahalì de lobos marinos, que es opinion que muchos años fue enfermo de los riñones: cubriòse un herreruelo de buen paño pardo; pero antes de todo, con cinco calderos, ò seis de agua (que en la cantidad de los calderos ay alguna diferencia) se lavò la cabeza, y el rostro, y todavia se quedò el agua de color de suero à merced à la golosina de Sancho, y à la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron à su amo. Con los referidos atavios, y con gentil donayre, y gallardia salìo Don Quixote à otra sala, donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle, en tanto que las mesas se ponìan, que por la venida de tan noble huesped queria la señora Doña Christina mostrar, que sabìa, y podia regalar à los que à su casa llegassen. En tanto que Don Quixote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo (que assi se llamaba el hijo de Don Diego) de decir à su padre: Quien dirèmos, señor, que es este Cavallero, que vuestra merced nos ha traìdo à casa? que el nombre, la figura, y el decir que es Cavallero Andante, à mì, y à mi madre nos tiene suspensos. No sè lo que te diga, hijo, respondiò Don Diego; solo te sabrè decir, que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran, y deshacen sus hechos; hablale tù, y toma el pulso à lo que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discrecion, ò tonteria lo que mas puesto en razon estuviere; aunque para decir verdad, antes le tengo por loco, que por cuerdo. Con esto se fue Don Lorenzo à entretener à Don Quixote, como queda dicho; y entre otras platicas que los dos passaron, dixo Don Quixote à Don Lorenzo: El señor Don Diego de Miranda, padre de vuestra merced, me ha dado noticia de la rara habilidad, y sutil ingenio que V. md. tiene; y sobre todo, que es V. md. un gran Poeta. Poeta bien podrà ser, respondiò Don Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento. Verdad es, que yo soy algun tanto aficionado à la Poesia, y à leer los buenos Poetas, pero no de manera, que se me pueda dar el nombre de grande, que mi padre dice. No me parece mal esta humildad, respondiò Don Quixote, porque no ay Poeta que no sea arro-

arrogante, y pienſe de sì, que es el mayor Poeta de el mundo. No ay regla ſin excepcion, reſpondiò Don Lorenzo, y alguno avrà, que lo ſea, y no lo pienſe. Pocos, reſpondiò Don Quixote; pero digame vueſtra merced, què verſos ſon los que aora trae eſtre manos, que me ha dicho el ſeñor ſu padre, que le traen algo inquieto, y penſativo? Y ſi es alguna gloſſa, à mì ſe me entiende algo de achaque de gloſſas, y holgaria ſaberlos; y ſi es que ſon de juſta literaria, procure vueſtra merced llevar el ſegundo premio, que el primero ſiempre ſe lleva el favor, ò la gran calidad de la perſona; el ſegundo ſe lleva la mera juſticia; y el tercero viene à ſer ſegundo; y el primero à eſta cuenta ſerà el tercero, al modo de las licencias, que ſe dàn en las Univerſidades; pero con todo eſto, gran perſonage es el hombre de primero. Haſta aora, dixo entre sì Don Lorenzo, no os podrè yo juzgar por loco; vamos adelante, y dixole: Pareceme, que vueſtra merced ha curſado las Eſcuelas; què ciencias ha leìdo? La de la Cavalleria Andante, reſpondiò Don Quixote, que es tan buena como la de la Poeſia, y aùn dos deditos más. No sè què ciencia ſea eſſa, replicò Don Lorenzo, que haſta aora no ha llegado à mi noticia. Es una ciencia, replicò Don Quixote, que encierra en sì todas; ò las mas ciencias del mundo, à cauſa, que el que la profeſſa ha de ſer juriſperito, y ſaber las leyes de la juſticia diſtributiva, y comutativa, para dar à cada uno lo que es ſuyo, y lo que le conviene. Ha de ſer Theologo, para ſaber dar razon de la Chriſtiana Ley que profeſſa, clara, y diſtintamente, adonde quiera que le fuere pedido. Ha de ſer Medico, y principalmente Erbolario, para conocer en mitad de los deſpoblados, y deſiertos las yervas que tienen virtud de ſanar las heridas: que no ha de andar el Cavallero Andante à cada trinquete buſcando quien ſe las cure. Ha de ſer Aſtrologo, para conocer por las Eſtrellas quantas horas ſon paſſadas de la noche, en què parte, y en què clima del mundo ſe halla. Ha de ſaber las Mathematicas, porque à cada paſſo ſe le ofrecerà tener neceſsidad de ellas; y dexando aparte, que ha de eſtar adornado de todas las Virtudes Theologales, y Cardinales, deciendiendo à otras menudencias, digo, que ha de ſaber nadar, como dicen que nadaba el Pexe Nicolas, ò Nicolao. Ha de ſaber herrar un cavallo, aderezar la ſilla, y el freno; y bolviendo à lo de arriba, ha de guardar la Fè à Dios, y à ſu dama; ha de ſer caſto en los penſamientos, honeſto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, ſufrido en los trabajos, caritativo con los meneſterosos; y finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueſte la vida el defenderla. De todas eſtas grandes, y minimas partes ſe compone un buen Cavallero Andante, porque ſea vueſtra merced, ſeñor Don

Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el Cavallero que la estudia, y la professa; y si se puede igualar à las mas estiradas, que en los Gimnasios, y Escuelas se enseñan. Si esso es assi (replicò Don Lorenzo) yo digo, que se aventaja essa ciencia a todas. Como si es assi? Respondiò Don Quixote. Lo que yo quiero decir, dixo Don Lorenzo, es, que dudo, que aya avido, ni que los aya aora, Cavalleros Andantes, y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que buelvo à decir aora, respondiò Don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo esta de parecer de que no ha avido Cavalleros Andantes; y por parecerme à mi, que si el Cielo milagrosamente no les dà à entender la verdad de que los huvo, y de que los ay, qualquier trabajo que se tome ha de ser en vano (como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia) no quiero detenerme agora en sacar à V. md del error, que con los muchos tiene: lo que pienso hacer es, el rogar al Cielo le saque de el, y le de à entender quan provechosos, y quan necessarios fueron al mundo los Cavalleros Andantes en los passados siglos, y quan utiles fueran en el presente, si se usàran; pero triunfan aora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula, y el regalo. Escapadosenos ha nuestro huesped, dixo à esta sazon entre si Don Lorenzo; pero con todo esso el es loco bizarro, y yo seria mentecato floxo, si assi no lo creyesse. Aqui dieron fin à su platica, porque los llamaron à comer. Preguntò Don Diego à su hijo, que avia sacado en limpio del ingenio del huesped? A lo que el respondiò: No lo sacaràn del borrador de su locura quantos Medicos, y buenos Escrivanos tiene el mundo; el es un entreverado loco, lleno de lucidos intervalos. Fueronse à comer, y la comida fue tal como Don Diego avia dicho en el camino, que la solia dar à sus combidados, limpia, abundante, y sabrosa; pero de lo que mas se contentò Don Quixote, fue del maravilloso silencio que en toda la casa avia, que semejaba un Monasterio de Cartujos. Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias à Dios, y agua à las manos, Don Quixote pidiò ahincadamente à Don Lorenzo, dixesse los versos de la justa literaria. A lo que el respondiò, que por no parecer de aquellos Poetas, que quando les ruegan digan sus versos, los niegan, y quando no se los piden los vomitan; yo dirè mi glossa, de la qual no espero premio alguno, que solo por exercitar el ingenio la he hecho. Un amigo, y discreto, respondiò Don Quixote, era de parecer, que no se avia de cansar nadie en glossar versos; y la razon, decia el, era, que jamàs la glossa podia llegar al texto, y que muchas, ò las mas veces iba la glossa fuera de la intencion, y proposito de lo que pedia lo que se glossaba; y mas, que las leyes de la glossa eran demasiadamente estrechas, qu

no sufrian interrogantes, ni dixo, ni dirè, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras, y estrechezas con que vàn atados los que glossan, como V. md. debe de saber. Verdaderamente, señor Don Quixote, dixo Don Lorenzo, que deseo coger à vuestra merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondiò Don Quixote, lo que vuestra merced dice, ni quiere decir en esso del deslizarme. Yo me darè à entender, respondiò Don Lorenzo, y por aora estè vuestra merced atento à los versos glossados, y à la glossa, que dicen de esta manera:

Si mi fue tornasse à es,
Sin esperar mas serà;
O viniesse el tiempo yà,
De lo que serà despues.

GLOSSA.

AL fin, como todo passa,
se passò el bien, que me diò
fortuna un tiempo no escasa,
y nunca me le bolviò,
ni abundante, ni por tassa.
Siglos hà yà que me vès,
fortuna, puesto à tus pies,
buelveme à ser venturoso,
que serà mi ser dichoso
Si mi fue tornasse à es.

No quiero otro gusto, ò gloria,
otra palma, ò vencimiento,
otro triunfo, otra victoria,
sino bolver al contento,
que es pesar en mi memoria.
Si tù me buelves allà,
fortuna, templado està
todo el rigor de mi fuego,
y mas si este bien es luego,
Sin esperar mas serà.

Cosas impossibles pido,
pues bolver el tiempo à ser,
despues que una vez ha sido,
no ay en la tierra poder,
que à tanto se aya estendido.
Corre el tiempo, buela, y và
ligero, y no bolverà;
y erraria el que pidiesse,
ò que el tiempo yà se fuese,
O viniesse el tiempo yà.

Vivo una perplexa vida,
yà esperando, yà temiendo,
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo
buscar al dolor salida.
A mi me fuera interes
acabar, mas no lo es,
pues con discurso mejor
me dà la vida el temor
De lo que serà despues.

En acabando de decir su glossa Don Lorenzo, se levantò en pie Don Quixote, y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de Don Lorenzo, dixo: Viven los Cielos, donde mas altos estàn, mancebo generoso, que sois el mejor Poeta de el Orbe, y que mereceis estar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo un Poeta, que Dios perdone, sino por

por las Academias de Atenas, si oy viviera, y por las que oy viven de Paris, Bolonia, y Salamanca: plegue al Cielo, que los Juezes, que os quitaren el premio primero, Febo los assaetee, y las Musas jamàs atravieſſen los umbrales de ſus caſas. Decidme, ſeñor, ſi ſois ſervido, algunos verſos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulſo à vueſtro admirable ingenio. No es bueno, que dicen, que ſe huelgo Don Lorenzo de verſe alabar de Don Quixote, aunque le tenia por loco! O fuerza de la adulacion, à quanto te eſtiendes, y quan dilatados limites ſon los de tu jurisdiccion agradable! Eſta verdad acreditò Don Lorenzo, pues concediò con la demanda, y deſeo de Don Quixote, diciendole eſte Soneto à la Fabula, ò Hiſtoria de Pyramo, y Tisbe:

SONETO.

EL muro rompe la doncella hermoſa,
Que de Pyramo abriò el gallardo pecho,
Parte el amor de Chipre, y và derecho
A vèr la quiebra eſtrecha, y prodigioſa.
Habla el ſilencio allì, porque no oſſa
La voz entrar por tan eſtrecho eſtrecho,
Las almas sì, que amor ſuele de hecho
Facilitar la mas dificil coſa.
Saliò el deſeo de compàs, y el paſſo
De la imprudente virgen ſolicita,
Por ſu guſto, ſu muerte: ved què hiſtoria,
Que à entrambos en un punto (ò eſtraño caſo!)
Los mata, los encubre, y reſucita,
Una eſpada, un ſepulcro, una memoria.

Bendito ſea Dios, dixo Don Quixote, aviendo oido el Soneto à Don Lorenzo, que entre los infinitos Poetas conſumados que ay, he viſto un conſumado Poeta, como lo es vueſtra merced, ſeñor mio, que aſsi me lo da à entender el artificio de eſte Soneto. Quatro dias eſtuvo Don Quixote regaladiſsimo en la caſa de Don Diego, al cabo de los quales le pidiò licencia para irſe, dicendole, que le agradecia la merced, y buen tratamiento, que en ſu caſa avia recibido; pero que por no parecer bien, que los Cavalleros Andantes ſe dèn muchas horas al ozio, y al regalo, ſe querìa ir à cumplir con ſu oficio, buſcando las aventuras, de quien tenìa noticia, que aquella tierra abundaba, donde eſperaba entretener el tiempo, haſta que llegaſſe el dia de las Juſtas de Zaragoza, que era el de ſu de-

fecha derrota; y que primero avia de entrar en la Cueba de Montesinos, de quien tantas, y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban; sabiendo, è inquiriendo assimismo el nacimiento, y verdaderos manantriales de las siete lagunas, llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego, y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dixeron, que tomasse de su casa, y de su hacienda todo lo que en grado le viniesse, que le servirian con la voluntad posible, que à ello les obligaba el valor de su persona, y la honrosa profession suya. Llegòse en fin el dia de su partida, tan alegre para Don Quixote, como triste, y aziago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusaba de bolver à la hambre, que se usa en las florestas, y despoblados, y à la estrecheza de su mal proveidas alforxas: con todo esto las llenò, y colmò de lo mas necessario que le pareciò: y al despedirse, dixo Don Quixote à Don Lorenzo: No sè si he dicho à vuestra merced otra vez, y si lo he dicho, lo buelvo à decir, que quando vuestra merced quisiere ahorrar caminos, y trabajos para llegar à la inaccesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa, sino dexar à una parte la senda de la Poesia algo estrecha, y tomar la estrechissima de la Andante Cavalleria, bastante para hacerle Emperador en daca las pajas. Con estas razones acabò Don Quixote de cerrar el processo de su locura, y mas con las que añadiò, diciendo: Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor Don Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sugetos, y supeditar, y acocear los sobervios; virtudes anexas à la profession que yo professo; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querran consentir sus loables exercicios, solo me contento con advertirle à vuestra merced, que siendo Poeta, podrà ser famoso, si se guia mas por el parecer ageno, que por el proprio, porque no ay padre, ni madre à quien sus hijos le parezcan feos; y en los que lo son del entendimiento, corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre, è hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, ya discretas, y ya disparatadas, y del tema, y teson que llevaba de acudir de todo en todo à la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin, y blanco de sus deseos. Reiteraronse los ofrecimientos, y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del Castillo, Don Quixote, y Sancho, sobre Rocinante, y el rucio, se partieron.

CAP. XIX. *Donde se cuenta la aventura del Pastor enamorado, con otros, en verdad, graciosos sucessos.*

POCO trecho se avia alongado Don Quixote del Lugar de D. Diego, quando encontrò con dos como Clerigos, ò como Estudian-

tes, y con dos Labradores, que sobre quatro bestias asnales venian cavalleros; el uno de los Estudiantes traia, como en portamento, en un lienzo de bocací verde, embuelto, al parecer, un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellate; el otro no traia otra cosa, que dos espadas negras de esgrima nuevas, y con sus zapatillas. Los Labradores traian otras cosas, que daban indicio, y señal, que venian de alguna Villa grande, donde las avian comprado, y las llevaban à su Aldea; y assi Estudiantes, como Labradores cayeron en la misma admiracion en que caian todos aquellos, que la vez primera veian à Don Quixote, y morian por saber, què hombre fuesse aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludòles Don Quixote, y despues de saber el camino que llevaban, que era el mismo que èl hacia, les ofreciò su compañia, y les pidiò detuviessen el passo, porque caminaban mas sus pollinas, que su cavallo; y para obligarlos, en breves razones les dixo quien era, su oficio, y profession, que era de Cavallero Andante, que iba à buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dixoles, que se llamaba de nombre proprio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo el Cavallero de los Leones. Todo esto para los Labradores era hablarles en Griego, ò en gerigonza; pero no para los Estudiantes, que luego entendieron la flaqueza de el celebro de Don Quixote; pero con todo esso le miraban con admiracion, y con respeto; y uno de ellos le dixo: Si vuestra merced, señor Cavallero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuestra merced se venga con nosotros, verà una de las mejores bodas, y mas ricas, que hasta el dia de oy se avràn celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas à la redonda. Preguntòle Don Quixote, si eran de algun Principe, que assi las ponderaba? No son, respondiò el Estudiante, sino de un Labrador, y una Labradora, èl el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa, que han visto los hombres: El aparato con que se han de hacer es extraordinario, y nuevo, porque se han de celebrar en un prado, que està junto al Pueblo de la novia, à quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa; y el desposado se llama Camacho el rico; ella de edad de diez y ocho años, y èl de veinte y dos, ambos para en uno; aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linages de todo el mundo, quieren decir, que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero yà no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hasele antojado de enramar, y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte, que el Sol se ha de vèr en trabajo, si quiere entrar à visitar las verdes yervas, de que està cubierto

el ſuelo. Tiene aſsimiſmo maheridas danzas, aſsi de eſpadas, como de caſcabèl menudo, que ay en ſu Pueblo quien los repique, y ſacuda por eſtremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las coſas referidas, ni otras muchas que he dexado de referir, han de hacer mas memorables eſtas bodas, ſino las que imagino que hará en ellas el deſpechado Baſilio. Es eſte Baſilio un Zagal, vecino del miſmo Lugar de Quiteria, el qual tenia ſu caſa pared en medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomò ocaſion el amor de renovar al mundo los yà olvidados amores de Pyramo, y Tisbe; porque Baſilio ſe enamorò de Quiteria deſde ſus tiernos, y primeros años, y ella fue correſpondiendo à ſu deſeo con mil honeſtos favores, tanto, que ſe contaban por entretenimiento en el Pueblo los amores de los dos niños Baſilio, y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordò el padre de Quiteria de eſtorvar à Baſilio la ordinaria entrada que en ſu caſa tenia; y por quitarſe de andar receloſo, y lleno de ſoſpechas, ordenò de caſar à ſu hija con el rico Camacho, no pareciendole ſer bien caſarla con Baſilio, que no tenia tantos bienes de fortuna, como de naturaleza; pues ſi và à decir verdades, ſin embidia, èl es el mas agil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador eſtremado, y gran jugador de pelota; corre como un gamo, ſalta mas que una cabra, y virla à los bolos como por encantamento; canta como una calandria, y toca una guitarra, que la hace hablar; y ſobre todo, juega una eſpada como el mas pintado. Por eſſa ſola gracia, dixo à eſta ſazon Don Quixote, merecia eſſe mancebo, no ſolo caſarſe con la hermoſa Quiteria, ſino con la miſma Reyna Ginebra, ſi fuera oy viva, à peſar de Lanzarote, y de todos aquellos que eſtorvarlo quiſieran. A mi muger con eſſo, dixo Sancho Panza, (que haſta entonces avia ido callando, y eſcuchando) la qual no quiere ſino que cada uno caſe con ſu igual, ateniendoſe al refran que dicen: *Cada oveja con ſu pareja.* Lo que quiſiera yo es, que eſſe buen Baſilio (que yà me le voy aficionando) ſe casàra con eſta ſeñora Quiteria, que buen ſiglo ayan, y buen poſo (iba à decir al revès) los que eſtorvan que ſe caſen los que bien ſe quieren. Si todos los que bien ſe quieren ſe huvieſſen de caſar, dixo Don Quixote, quitariaſe la eleccion, y juriſdiccion à los padres de caſar ſus hijos con quien, y quando deben: y ſi à la voluntad de las hijas quedaſſe eſcoger los maridos, tal avria que eſcogieſſe al criado de ſu padre, y tal al que viò paſſar por la calle, à ſu parecer bizarro, y entonado, aunque fueſſe un desbaratado eſpadachin, que el amor, y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan neceſſarios para eſcoger eſtado; y el del matrimonio eſtà muy à peligro

gro de errarse, y es menester gran tiento, y particular favor de el Cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viage largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañia segura, y apacible con quien acompañarse. Pues por què no harà lo mismo el que ha de caminar toda la vida, hasta el paradero de la muerte? Y mas si la compañia le ha de acompañar en la cama, en la mesa, y en todas partes, como es la de la muger con su marido? La de la propria muger no es mercaderia, que una vez comprada, se buelve, ò se trueca, ò cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: Es un lazo, que si una vez le echais al cuello, se buelve en el nudo gordiano, que sino le corta la guadaña de la muerte, no puede desatarse. Muchas mas cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorvàra el deseo que tengo de saber, si le queda mas que decir al señor Licenciado, acerca de la Historia de Basilio. A lo que respondiò el Estudiante, Bachillèr, ò Licenciado, como le llamò Don Quixote, que de todo no me queda mas que decir, sino que desde el punto que Basilio supo, que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca mas le han visto reir, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo, y triste, hablando entre sì mismo; con que da ciertas, y claras señales de que se le ha buelto el juicio: come poco, y duerme poco; y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto: mira de quando en quando al Cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el ayre le mueve la ropa. En fin, èl dà tales muestras de tener apasionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos, que el dàr el sì mañana la hermosa Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo harà mejor, dixo Sancho, que Dios que da la llaga, dà la medicina; nadie sabe lo que està por venir; de aqui à mañana muchas horas ay, y en una, y aùn en un momento se cae la casa, y yo he visto llover, y hacer Sol, todo à un mismo punto; tal se acuesta sano por la noche, y no se puede mover à otro dia. Y digame, por ventura avrà quien se alabe, que tiene echado un clavo à la rodaja de la fortuna? No por cierto; y entre el sì, y el no de la muger, no me atreviera yo à poner una punta de un alfiler, pòrque no cabrìa: denme à mì, que Quiteria quiera de buen corazon, y de buena voluntad à Basilio, que yo le daré à èl un buen saco de buena ventura, que el amor (segun yo he oìdo decir) mira con unos anteojos, que hacen parecer oro al cobre, à la pobreza riqueza, y à las lagañas perlas. Adonde vàs à parar, Sancho? que seas maldito, dixo Don Quixote, que quando comienzas à ensartar refranes, y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas,

que

que te lleve? Dime, animal, què sabes tù de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? O, pues si no me entienden, respondiò Sancho, no es maravilla, que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sè que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuestra merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos. Friscal has de decir, dixo Don Quixote, que no friscal, prevaricador del buen lenguage, que Dios te confunda. No se apunte vuestra merced conmigo, respondiò Sancho, pues sabe, que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado, ò quito alguna letra à mis vocablos. Sì, que, valgame Dios! no ay para què obligar al Sayagues à que hable como el Toledano; y Toledanos puede aver, que no las corten en el ayre en esto del hablar polido. Assi es, dixo el Licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las Tenerias, y en Zocodober, como los que se passean casi todo el dia por el Claustro de la Iglesia Mayor, y todos son Toledanos. El lenguage puro, el proprio, el elegante, y claro, està en los discretos Cortesanos, aunque ayan nacido en Majalahonda; dixe discretos, porque ay muchos que no lo son, y la discrecion es la Gramatica del buen lenguage, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado Canones en Salamanca, y picome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas, y significantes. Si no os picardes mas de saber mas menear las negras que llevais, que la lengua, dixo el otro Estudiante, vos llevatades el primero en licencias, como llevasteis cola. Mirad, Bachiller, respondiò el Licenciado, vos estais en la mas errada opinion de el mundo, acerca de la destreza de la espada, teniendola por vana. Para mì no es opinion, sino verdad assentada, replicò Corchuelo; y si quereis que os lo muestre con la experiencia, espada traeis, comodidad ay, yo pulsos, y fuerzas tengo, que acompañadas de mi animo, que no es poco, os harán confessar, que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compàs de pies, de vuestros circulos, y vuestros angulos, y ciencias, que yo espero de haceros ver estrellas à medio dia con mi destreza moderna, y zafia; en quien espero, despues de Dios, que està por nacer hombre que me haga bolver las espaldas, y que no le ay en el mundo, à quien yo no le haga perder tierra. En esso de bolver, ò no las espaldas, no me meto, replicò el diestro, aunque podia ser, que en la parte donde la vez primera clavassedes el pie, alli os abriessen la sepultura; quiero decir, què alli quedassedes muerto por la despreciada destreza. Aora se verà, respondiò Corchuelo; y apeandose con gran presteza de su jumento, tirò con furia de una de las espadas que llevaba el Licenciado en el su-

yo. No ha de ser assi, dixo à este instante Don Quixote, que yo quiero ser el Maestro de esta esgrima, y el Juez de esta muchas veces no averiguada question; y apeandose de Rocinante, y asiendo de su lanza, se puso en la mitad del camino, à tiempo que yà el Licenciado, con gentil donayre de cuerpo, y compàs de pies, se iba contra Corchuelo, que contra èl se vino lanzando (como decir se suele) fuego por los ojos. Los otros dos Labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de aspetatores en la mortal tragedia: las cuchilladas, estocadas, altibaxos, rebeses, y mandobles, que tiraba Corchuelo, eran sin numero, mas espesas que higado, y mas menudas que granizo: arremetia como un leon irritado; pero saliale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada de el Licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar, como si fuera reliquia, aunque no con tanta devocion como las Reliquias deben, y suelen besarle. Finalmente, el Licenciado le contò à estocadas todos los botones de una media sotanilla que traìa vestida, haciendole tiras los faldamentos, como colas de pulpo; derribòle el sombrero dos veces, y cansòle de manera, que de despecho, colera, y rabia asiò la espada por la empuñadura, y arrojòla por el ayre, con tanta fuerza, que uno de los Labradores assistentes, que era Escrivano, que fue por ella, diò despues por Testimonio, que la alongò de sì casi tres quartos de legua; el qual Testimonio sirve, y ha servido para que se conozca, y vea con toda verdad, como la fuerza es vencida del arte. Sentòse cansado Corchuelo; y llegandose à èl Sancho, le dixo: Mia fee, señor Bachillèr, si V.md. toma mi consejo, de aqui adelante no ha de desafiar à nadie a esgrimir, sino à luchar, ò à tirar la barra, pues tiene edad, y fuerzas para ello, que de estos à quien llaman diestros, he oìdo decir, que meten una panta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondiò Corchuelo, de aver caìdo de mi burra, y de que me aya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lexos estaba; y levantandose, abrazò al Licenciado, y quedaron mas amigos que de antes, y no queriendo esperar al Escrivano, que avia ido por la espada, por parecerle que tardaria mucho; y assi determinaron seguir, por llegar temprano à la Aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fue contando el Licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demonstrativas, y con tantas figuras, y demonstraciones Mathematicas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anochecido; pero antes que llegassen les pareciò à todos, que estaba delante del Pueblo un Cielo, lleno de innumerables, y resplandecientes estrellas. Oyeron assimismo confusos, y suaves sonidos de diversos

sos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos, y sonajas; y quando llegaron cerca, vieron que los arboles de una enramada, que à mano avian puesto à la entrada del Pueblo, estaban todos llenos de luminarias, à quien no ofendia el viento, que entonces no soplaba, sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las hojas de los arboles. Los musicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas quadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos baylando, otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegria, y saltando el contento: otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiessen ver otro dia las representaciones, y danzas que se havian de hacer en aquel Lugar, dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el Lugar Don Quixote, aunque se lo pidieron, assi el Labrador, como el Bachiller; pero èl diò por disculpa, bastantissima a su parecer, ser costumbre de los Cavalleros Andantes dormir por los campos, y floresta, antes que en los poblados, aunque fuesse debaxo de dorados techos; y con esto se desviò un poco de el camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniendosele à la memoria el buen alojamiento que avia tenido en el Castillo, ò Casa de Don Diego.

CAP. XX. *Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el sucesso de Basilio el pobre.*

APenas la blanca Aurora avia dado lugar à que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las liquidas perlas de sus cabellos de oro enjugasse, quando Don Quixote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie, y llamò à su escudero Sancho, que aùn todavia roncaba; lo qual visto por Don Quixote, antes que le despertasse, le dixo: O tù bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener embidia, ni ser embidiado, duermes con sossegado espiritu! ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos: duerme, digo otra vez, y lo dirè otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia, tù, y tu pequeña, y angustiada familia, ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los limites de tus deseos no se estienden à mas, que à pensar en tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso, y carga, que puso la naturaleza, y la costumbre à los señores. Duerme el criado, y està velando el se-

señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar, y hacer mercedes. La congoja de vèr que el Cielo se hace de bronce, sin acudir à la tierra con el conveniente rocìo, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad, y hambre al que le sirviò en la fertilidad, y abundancia. A todo èsto no respondiò Sancho, porque dormìa, ni despertara tan presto, si Don Quixote, con el cuento de la danza, no le hiciera bolver en sì. Despertò, en fin, soñoliento, y perezoso, y bolviendo el rostro à todas partes, dixo: De la parte de esta enramada, si no me engaño, sale un tufo, y olor, harto mas de torreznos assados, que de juncos, y romillos: bodas, que por tales olores comienzan, para mi santiguada, que deben de ser abundantes, y generosas. Acaba, glotòn, dixo Don Quixote, vèn, irèmos à vèr estos despososios, por vèr lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondiò Sancho; no fuera èl pobre, y casarase con Quiteria; no ay mas sino no tener un quarto, y querer casarse por las nubes? A la fee, señor, yo soy de parecer; que el pobre debe contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostarè un brazo, que puede Camacho embolver en reales à Basilio; y si esto es assi, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas, y las joyas, que le debe de aver dado, y le puede dàr Camacho, por escoger el tirar de la barra, y el jugar de la negra de Basilio; sobre un buen tiro de barra, ò sobre una gentil treta de espada, no dàn un quartillo de viño en la Taberna; habilidades, y gracias, que no son vendibles, mas que las tenga el Conde Dirlos; pero quando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen: sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio; y el mejor cimiento, y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dixo à esta sazon Don Quixote, que concluyas con tu hàrenga, que tengo para mì, que si te dexasse seguir en las que à cada passo comienzas, no te quedaria tiempo para comer, ni para dormir, que todo le gastarias en hablar. Si vuestra merced tuviera buena memoria, replicò Sancho, debieraseacordar de los capitulos de nuestro concierto, antes que esta ultima vez saliessemos de casa; uno de ellos fue, que me avia de dexar hablar todo aquello que quisiesse, con que no fuesse contra el proximo, ni contra la autoridad de vuestra merced; y hasta aora me parece, que no he contravenido contra el tal capitulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondiò Don Quixote, de el tal capitulo; y puesto que sea assi, quiero que calles, y vengas, que yà los instrumentos, que à noche oimos, buelven à alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el fresco de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le man-

mandaba ; y poniendo la silla à Rocinante , y la albarda al rucio , subieron los dos , y passo ante passo se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreciò à la vista de Sancho , fue espetado en un assador de un olmo entero , un entero novillo , y en el fuego donde se avia de assar ardìa un mediano monte de leña; y seis hollas , que al rededor de la hoguera estaban , no se avian hecho en la comun turquesa de las demàs hollas , porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabìa un rastro de carne ; assi embebian , y encerraban en sì carneros enteros , sin echarse de vèr , como si fueran palominos ; las liebres yà sin pellejos , y las gallinas sin pluma , que estaban colgadas por los arboles , para sepultarlas en las hollas , no tenian numero ; los pajaros , y caza de diversos generos eran infinitos , colgados de los arboles para que el ayre los enfriasse. Contò Sancho mas de sesenta zaques de mas de à dos arrobas cada uno , y todos llenos (segun despues pareciò) de generosos vinos; assi avia rimeros de pan blanquissimo , como los suele aver de montones de trigo en las heras ; los quesos , puestos como ladrillos enrejados , formaban una muralla ; y y dos calderas de azeyte , mayores que las de un tinte , servian de freir cosas de massa, que con dos valientes palas las sacaban fritas, y las zabullian en otra caldera de preparada miel , que alli junto estaba. Los Cocineros, y Cocineras passaban de cincuenta , todos limpios , todos diligentes , y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos , y pequeños lechones , que cosidos por encima, servian de darle sabor , y enternecerle ; las especias de diversas suertes no parecia averlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente , el aparato de la boda era rustico , pero tan abundante , que podia sustentar à un Exercito. Todo lo miraba Sancho Panza , y todo lo contemplaba , y de todo se aficionaba : primero le cautivaron , y rindieron el deseo las hollas , de quien èl tomàra de bonissima gana un mediano puchero : luego le aficionaron la voluntad los zaques , y ultimamente las frutas de sartèn , si es que se podian llamar sartenes las tan horrendas calderas ; y assi , sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa , se llegò à uno de los solicitos Cocineros , y con corteses, y hambrientas razones le rogò le dexasse mojar un mendrugo de pan en una de aquellas hollas. A lo que el Cocinero respondiò : Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre , (merced al rico Camacho) apeaos, y mirad si ay por aì un cucharòn, espumad una gallina, ù dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno , respondiò Sancho. Esperad , dixo el Cocinero , pecador de mì , y què melindroso , y para poco debeis de ser ; y diciendo esto assiò de un caldero , y encajandole

dole en una de las medias tinajas, sacò en èl tres gallinas, y dos gansos; y dixo à Sancho: Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en què echarla, respondiò Sancho. Pues llevaos, dixo el Cocinero, la cuchara, y todo, que la riqueza, y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto, pues, que esto passaba à Sancho, estaba Don Quixote mirando, como por una parte de la enramada entraban hasta doce Labradores sobre doce hermosissimas yeguas, con ricos, y vistosos jaeces de campo, y con muchos cascabeles en los pretales, y todos vestidos de regocijo, y fiestas, los quales en concertado tropèl corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado, con regocijada algazara, y grita, diciendo: Vivan Camacho, y Quiteria, èl tan rico, como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre sì: Bien parece que estos no han visto à mi Dulcinèa del Toboso, que si la huvieran visto, ellos se fueran à la mano en las alabanzas de esta su Quiteria. De alli à poco comenzaron à entrar por diversas partes de la enramada muchas, y diferentes danzas, entre las quales venìa una de espadas de hasta veinte y quatro Zagales de gallardo parecer, y brio, todos vestidos de delgado, y blanquissimo lienzo, con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntò uno de los de las yeguas, si se avia herido alguno de los danzantes. Por aora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos; y luego comenzò à enredarse con los demas compañeros, con tantas bueltas, y con tanta destreza, que aunque Don Quixote estaba hecho à vèr semejantes danzas, ninguna le avia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareciò bien otra, que entrò de doncellas hermosissimas, tan mozas, que al parecer ninguna baxaba de catorce, ni llegaba à diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos, parte trenzados, y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del Sol podian tener competencia, sobre los quales traìan guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto, y madreselva compuestas: guiabalas un venerable viejo, y una anciana matrona, pero mas ligeros, y sueltos que sus años prometian. Haciales el son una Gayta Zamorana; y ellas llevando en los rostros, y en los ojos à la misma honestidad, y en los pies à la ligereza, se mostraban las mejores bayladoras del mundo. Tras esto entrò otra danza de artificio, y de las que llaman habladas: era de ocho Ninfas, repartidas en dos hileras; de la una hilera era guia el Dios Cupido, y de la otra el Interès; aquel adornado de alas, arco, aljaba, y saetas; este vestido de ricas, y diversas colores de oro, y seda. Las Ninfas, que al Amor se-

guian,

guian; traìan à las eſpaldas en pergamino blanco, y letras grandes eſcritos ſus nombres. Poesìa era el titulo de la primera; el de la ſegunda, Diſcrecion; el de la tercera, Buen linage; el de la quarta, Valentìa. Del modo meſmo venìan ſeñaladas las que al Interès ſeguian: decia Liberalidad el titulo de la primera; Dadiva el de la ſegunda; Teſoro el de la tercera; y el de la quarta, Poſſeſsion pacifica. Delante de todos venìa un Caſtillo de madera, à quien tiraban quatro ſalvages, todos veſtidos de yedra, y de cañamo, teñido de verde, tan al natural, que por poco eſpantàran à Sancho. En la frontera de el Caſtillo, y en todas quatro partes de ſus quadros traìa eſcrito: *Caſtillo del buen recato.* Hacianles el ſon quatro dieſtros tañedores de tamboril, y flauta. Comenzaba la danza Cupido; y aviendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos, y flechaba el arco contra una doncella, que ſe ponìa entre las almenas del Caſtillo, à la qual de eſta ſuerte dixo:

Yo ſoy el Dios poderoſo
En el ayre, y en la tierra,
Y en el ancho mar undoſo,
Y en quanto el abiſmo encierra
En ſu ſenatro eſpanteſo.

Nunca conocì què es miedo,
Todo quanto quiero puedo,
Aunque quiera lo impoſsible,
Y en todo lo que es poſsible
Mando, quito, pongo, y vedo.

Acabò la copla, diſparò una flecha por lo alto del Caſtillo, y retiròſe à ſu puesto. Saliò luego el Interès, y hizo otras dos mudanzas: y caltaron los tamborinos, y èl dixo:

Soy quien puede mas que Amor,
Y es Amor el que me guia;
Soy de la eſtirpe mejor,
Que el Cielo en la tierra cria,
Mas conocida, y mayor.

Soy el Interès, en quien
Pocos ſuelen obrar bien;
Y obrar ſin mi es gran milagro,
Y qual ſoy te me confagro
Por ſiempre jamàs, Amen.

Retiròſe el Interès, y hizoſe adelante la Poesìa, la qual deſpues de aver hecho ſus mudanzas, como los demàs, puestos los ojos en la doncella del Caſtillo, dixo:

En dulciſsimos concetos
La dulciſsima Poesìa,
Altos, graves, y diſcretos,
Señora, el alma te embia
Embuelta entre mil Sonetos.

Si acaſo no te importuna
Mi porfia, tu fortuna,
De otras muchas embidiada,
Serà por mì levantada
Sobre el cerco de la Luna.

Desvióse la Poesìa, y de la parte del Interès saliò la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanzas, dixo:

Llaman liberalidad
Al dàr, que el estremo huye
De la prodigalidad,
Y del contrario, que arguye
Tibia, y floxa voluntad;
Mas yo por te engrandecer,
De oy mas prodigo he de ser,
Que aunque es vicio, es vicio honrado
Y de pecho enamorado,
Que en el dàr se echa de vèr.

De este modo salieron, y se retiraron todas las figuras de las dos esquadras, y cada uno hizo sus mudanzas, y dixo sus versos, algunos elegantes, y algunos ridiculos; y solo tomò de memoria Don Quixote (que la tenia grande) los yà referidos, y luego se mezclaròn todos, haciendo, y deshaciendo lazos con gentil donayre, y desemboltura; y quando passaba el Amor por delante del Castillo, disparaba por alto sus flechas; pero el Interès quebraba en èl alcancìas doradas. Finalmente, despues de aver baylado un buen espacio, el Interès sacò un bolsòn, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros; y arrojandole al Castillo, con el golpe se desencajaron las tablas, y se cayeron, dexando à la doncella descubierta, y sin defensa alguna. Llegò el Interès con las figuras de su valia, y echandola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla, y cautivarla; lo qual visto por el Amor, y sus valedores, hicieron ademàn de quitarsela; y todas las demonstraciones que hacian, eran al son de los tamborinos, baylando, y danzando concertadamente. Pusieronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza bolvieron à armar, y à encajar las tablas del Castillo; y la doncella se encerrò en èl como de nuevo, y con esto se acabò la danza, con gran contento de los que la miraban. Preguntò Don Quixote à una de las Ninfas, que quien la avia compuesto, y ordenado? Respondiole, que un Beneficiado de aquel Pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostarè, dixo Don Quixote, que debe de ser mas amigo de Camacho que de Basilio el tal Bachillèr, ò Beneficiado, y que debe de tener mas de satyrico, que de Visperas: bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba, dixo: El Rey es mi gallo, à Camacho me atengo. En fin, dixo Don Quixote: bien se parece, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dicen: Viva quien vence. No sè de los que soy, respondiò Sancho, pero bien sè, que nunca de ollas de Basilio sacarè yo tan elegante espuma como es esta, que he sacado de las de Camacho; y enseñòle el caldero lleno de ganssos, y de gallinas, y asiendo de una, comenzò à co-

comer con mucho donayre, y gana, y dixo: A la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales quanto tienes, y tanto tienes quanto vales. Dos linages solos ay en el mundo, como decia una aguela mia, que son el tener, y no tener, aunque ella al de tener se atenia, y el dia de oy mi señor Don Quixote, antes se toma el pulso al haber, que al saber: un asno cubierto de oro, parece mejor que un cavallo enalbardado. Assi, que buelvo à decir, que à Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos, gallinas, liebres, y conejos; y de las de Basilio serán, si viene à mano, y aunque no venga sino al pie, agua chirle. Has acabado tu harenga, Sancho? dixo D. Quixote. Acabela acabado, respondiò Sancho, porque veo, que V.md. recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra avia cortada para tres dias. Plegue à Dios, Sancho, replicò Don Quixote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al passo que llevamos, respondiò Sancho, antes que V.md. se muera estarè yo mascando barro, y entonces podrá ser, que estè tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ò por lo menos hasta el dia del Juicio. Aunque esso assi suceda, ò Sancho! respondiò Don Quixote, nunca llegará tu silencio à do ha llegado lo que has hablado, hablas, y tienes de hablar en tu vida; y mas, que esta muy puesto en razon natural, que primero llegue el dia de mi muerte, que el de la tuya; y assi jamàs pienso verte mudo, ni aùn quando estès bebiendo, ò durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fee, señor, respondiò Sancho, que no ay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la qual tan bien come cordero, como carnero; y à nuestro Cura he oìdo decir, que con igual pie pisaba las altas torres de los Reyes, como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora mas de poder, que de melindres: no es nada asquerosa, de todo come, y à todo hace, y de toda suerte de gentes, edades, y prehemineneias hinche sus alforjas: no es segador que duerme las siestas, que à todas horas siega, y corta, assi la seca, como la verde yerva, y no parece que masca, sino que engulle, y traga quanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, dà à entender, que esta hydropica, y sedienta de beber solas las vidas de quantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria. No mas, Sancho, dixo à este punto D. Quixote, tente en buenas, y no te dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte, por tus rusticos terminos, es lo que pudiera decir un buen Predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural, y discrecion, pudieras tomar un pulpito en la mano, y irte por esse mundo, predicaras lindezas. Bien predica quien bien vive, respondiò Sancho, y yo no sè otras Theologias. Ni las has menester, dixo

Don

Don Quixote; pero yo no acabo de entender, ni alcanzar, còmo siendo el principio de la sabiduria el temor de Dios, tù, que temes mas à un lagarto, que à el, sabes tanto? Juzgue vuestra merced, señor, de sus Cavallerias, respondiò Sancho, y no se meta en juzgar de los temores, ò valentias agenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino, y dexeme vuestra merced despavilar esta espuma, que lo demas todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida; y diciendo esto, comenzò de nuevo à dar assalto à su caldero, con tan buenos alientos, que despertò los de Don Quixote; y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

CAP. XXI. *Donde se prosiguen las Bodas de Camacho, con otros gustosos sucessos.*

QUando estaban Don Quixote, y Sancho en las razones referidas en el Capitulo antecedente, se oyeron grandes voces, y gran ruido, y dabanlas, y causabanle los de las yeguas, que con larga carrera, y grita iban à recibir à los Novios, que rodeados de mil generos de instrumentos, y de invenciones, venian acompañados del Cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los Lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho viò à la novia, dixo: A buena fee, que no viene vestida de Labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez, que segun divisо, que las patenas, que avia de traer, son ricos corales; y la palmilla verde de Cuenca, es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco; voto à mi, que es de raso; pues tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache: no medre yo, sino son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una quaxada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. O hi de puta, y que cabellos, que sino son postizos, no los he visto mas luengos, ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio, y en el talle, y no la compareis à una palma, que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dixes, que trae pendientes de los cabellos, y de la garganta: juro en mi anima, que ella es una chupada moza, y que puede passar por los Bancos de Flandes. Riòse Don Quixote de las rusticas alabanzas de Sancho Panza; pareciòle, que fuera de su señora Dulcinea de el Toboso, no avia visto muger mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche, que siempre passan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas: ibanse acercando à un theatro, que à un lado de el prado estaba, adornado de alfombras, y ramos, adonde se avian de hacer los desposorios, y de donde avian de mirar las danzas, y las invenciones. Y à

la

la sazon que llegaban al puesto, oyeron à sus espaldas grandes voces, y una que decia: Esperaos un poco, gente tan inconsiderada, como presurosa; à cuyas voces, y palabras todos bolvieron la cabeza, y vieron, que las daba un hombre, vestido al parecer de un sayo negro, gironado de carmesì à llamas: venìa coronado (como se viò luego) con una corona de funesto cyprès; en las manos traìa un bastòn grande: en llegando mas cerca fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en què avian de parar sus voces, y sus palabras, temiendo algun mal sucesso de su venida, en sazon semejante. Llegò, en-fin, cansado, y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastòn en el suelo, el qual tenia al cabo una punta de azero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremenda, y ronca, estas razones dixo: Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme à la Santa Ley que professamos, que viviendo yo, tù no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo, y mi diligencia mejorassen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro, que à tu honra convenia; pero tù, echando à las espaldas todas las obligaciones que debes à mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio à otro, cuyas riquezas le sirven, no solo de buena fortuna, sino de bonissima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los Cielos) yo por mis manos desharè el impossible, ò el inconveniente que puede estorvarsele, quitandome à mì de por medio. Viva, viva el rico Camacho, con la ingrata Quiteria, largos, y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortò las alas de su dicha, y le puso en la sepultura; y diciendo esto, asiò del bastòn, que tenia hincado en el suelo, y quedandose la mitad de èl en la tierra, mostrò, que servia de bayna à un mediano estoque, que en èl se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado, y determinado proposito se arrojò sobre èl, y en un punto mostrò la punta sangrienta à las espaldas, con la mitad de la azerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre, y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspassado. Acudieron luego sus amigos à favorecerle, condolidos de su miseria, y lastimosa desgracia; y dexando Don Quixote a Rocinante, acudiò à favorecerle, y le tomò en sus brazos, y hallò, que aùn no avia espirado: quisieronle sacar el estoque; pero el Cura, que estaba presente, fue de parecer, que no se le sacassen antes de confessarle, porque el sacarsele, y el espirar seria todo à un tiempo. Pero bolviendo un poco en sì Basilio, con voz doliente, y desmayada, dixo: Si quisiesses, cruel

Quiteria, darme en este ultimo, y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancè el bien de ser tuyo. El Cura oyendo lo qual, le dixo, que atendiesse à la salud del alma, antes que à los gustos del cuerpo, y que pidiesse muy de veras à Dios perdon de sus pecados, y de su desesperada determinacion. A lo qual replicò Basilio, que en ninguna manera se confessaria, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad, y le daria aliento para confessarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en altas voces dixo, que Basilio pedia una cosa muy justa, y puesta en razon, y ademas muy hacedera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo à la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera de el lado de su padre. Aqui no ha de aver mas de un sì, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el talamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oìa Camacho, y todo le tenia suspenso, y confuso, sin saber què hacer, ni què decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiendole, que consintiesse, que Quiteria le diesse la mano de esposa, porque su alma no se perdiesse, partiendo desesperado de esta vida, que le movieron, y aun forzaron à decir, que si Quiteria querìa darsela, que èl se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos à Quiteria, y unos con ruegos, otros con lagrimas, y otros con eficaces razones la persuadian, que diesse la mano al pobre Basilio; y ella, mas dura que un marmol, y mas sesga que una estatua, mostraba, que ni sabìa, ni podia, ni querìa responder palabra; ni la respondiera, si el Cura no la dixera, que se determinasse presto en lo que avia de hacer, porque tenia Basilio yà el alma en los dientes, y no daba lugar à esperar inresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada, al parecer triste, y pesarosa, llegò donde Basilio estaba, yà los ojos bueltos, el aliento corto, y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como Gentil, y no como Christiano. Llegò, en fin, Quiteria, y puesta de rodillas le pidiò la mano por señas, y no por palabras. Desencajò los ojos Basilio, y mirandola atentamente, la dixo: O Quiteria! que has venido à ser de mi piadosa à tiempo, quando tu piedad ha de servir de cuchillo, que me acabe de quitar la vida, pues yà no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor, que tan aprieta me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte. Lo que te suplico es (ò fatal estrella mia!) que la mano que me pides, y quieres dar

me, no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo, sino que confiesses, y digas, que sin hacer fuerza à tu voluntad me la entregas, y me la dàs como à tu legìtimo esposo, pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentes pensaban, que cada desmayo se avia de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta, y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: Ninguna fuerza fuera bastante à torcer mi voluntad; y assi con la mas libre que tengo te doy la mano de legitima esposa, y recibo la tuya, si es que me la dàs de tu libre albedrio, sin que la turbe, ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Si doy, respondiò Basilio, no turbado, ni confuso, sino con el claro entendimiento, que el Cielo quiso darme; y assi me doy, y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondiò Quiteria, aora vivas largos años, aora te lleven de mis brazos à la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dixo a este punto Sancho Panza, mucho habla; hagasle, que se dexe de requiebros, y que atienda à su alma, que à mi parecer, mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Estando, pues, asidos de las manos Basilio, y Quiteria, el Cura tierno, y llorosso los echò la bendicion, y pidiò al Cielo diesse buen puesto al alma del nuevo desposado; el qual, assi como recibiò la bendicion, con presta ligereza se levantò en pie, y con no vista desemboltura se sacò el estoque, à quien servia de vayna su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos de ellos, mas simples, que curiosos, en altas voces comenzaron à decir: Milagro, milagro. Pero Basilio replicò: No milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado, y atonito acudiò con ambas manos à tentar la herida, y hallò, que la cuchilla avia passado, no por la carne, y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenia preparada la sangre (segun despues se supo) de modo, que no se helasse. Finalmente, el Cura, y Camacho, con todos los mas circunstantes, se tuvieron por burlados, y escarnecidos. La esposa no diò muestras de pesarle de la burla; antes oyendo decir, que aquel casamiento, por aver sido engañoso, no avia de ser valedero, dixo, que ella le confirmaba de nuevo; de lo qual coligieron todos, que de consentimiento, y sabiduria de los dos se avia trazado aquel caso; de lo que quedò Camacho, y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza à las manos, y desembaynando muchas espadas, arremetieron à Basilio, en cuyo favor en un instante se desembayna-

ron casi otras tantas, y tomando la delantera à cavallo Don Quixote, con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dàr lugar de todos. Sancho, à quien jamas pluguieron, ni solòzaron semejantes fechorìas, se acogiò à las tinajas, donde avia sacado su agradable espuma, pareciendole aquel lugar como sagrado, que avia de ser tenido en respeto. Don Quixote à grandes voces decia: Tenèos, señores, tenèos, que no es razon tomeis venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid, que el amor, y la guerra son una misma cosa; y assi como en la guerra es cosa licita, y acostumbrada usar de ardides, y estratagemas para vencer al enemigo, assi en las contiendas, y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes, y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo, y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa, y favorable disposicion de los Cielos; Camacho es rico, y podrà comprar su gusto quando, donde, y como quisiere: Basilio no tiene mas de esta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea, que à los dos que Dios junta, no podrà separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de passar por la punta de esta lanza; y en esto la blandeò tan fuerte, y tan diestramente, que puso pavòr en todos los que no le conocian: y tan intensamente se fixò en la imaginacion de Camacho el desdèn de Quiteria, que se le borrò de la memoria en un instante, y assi tuvièron lugar con èl las persuasiones del Cura, que era varon prudente, y bien intencionado, con las quales quedò Camacho, y los de su parcialidad pacificos, y sossegados: en señal de lo qual bolvieron las espadas à sus lugares, culpando mas à la facilidad de Quiteria, que à la industria de Basilio; haciendo discurso Camacho, que si Quiteria querìa bien à Basilio, doncella, tan bien le quisiera casada, y que debia dàr gracias al Cielo, mas por aversela quitado, què por aversela dado. Consolado, pues, y pacifico Camacho, y los de su compañia, todos los de la de Basilio se sossegaron; y el rico Camacho, por mostrar que no sentìa la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas passassen adelante, como si realmente se desposàra; pero no quisieron assistir à ellas Basilio, ni su esposa, ni sequaces, y assi se fueron à la Aldèa de Basilio, que tambien los pobres virtuosos, y discretos tienen quien los siga, honre, y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjee, y acompañe. Llevaronse consigo a Don Quixote, estimandole por hombre de valor, y de pelo en pecho. A solo Sancho se le obscureciò el alma, por verse imposibilitado de aguardar la explendida comida, y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y assi assendereado, y triste siguiò à su señor,

ñor, que con la quadrilla de Basilio iba; y assi se dexò atras las hollas de Egypto, aunque las llevaba en el alma, cuya casi consumida, y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria, y la abundancia del bien que perdia: y assi acongojado, y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio, siguiò las huellas de Rocinante.

CAP. XXII. *Donde se cuenta la grande aventura de la Cueba de Montesinos, que està en el corazon de la Mancha, à quien diò felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.*

GRandes fueron, y muchos los regalos, que los despossados hicieron à Don Quixote, obligados de las muestras que avia dado, defendiendo su causa; y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniendole por un Cid en las armas, y por un Ciceròn en la elocuencia. El buen Sancho se refocilò tres dias, à costa de los novios, de los quales se supo, que no fue traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando de ella el mismo sucesso que se avia visto; bien es verdad que confessò, que avia dado parte de su pensamiento à algunos de sus amigos, para que al tiempo necessario favoreciessen su intencion, y abonassen su engaño. No se pueden, ni deben llamar engaños, dixo D. Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia; advirtiendo, que el mayor contrario que el amor tiene, es la hambre, y la continua necessidad,

porque el amor todo es alegria, regocijo, y contento; y mas quando el amante està en posseſsion de la coſa amada, contra quien ſon enemigos opueſtos, y declarados la neceſsidad, y la pobreza; y que todo eſto decia con intencion de que ſe dexaſſe el ſeñor Baſilio de exercitar las habilidades que ſabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendieſſe à grangear hacienda por medios licitos, è induſtrioſos, que nunca faltan à los prudentes, y aplicados; el pobre honrado (ſi es que puede ſer honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermoſa, que quando ſe la quitan, le quitan la honra, y ſe la matan. La muger hermoſa, y honrada, cuyo marido es pobre, merece ſer coronada con laureles, y palmas de vencimiento, y triunfo. La hermoſura por sì ſola atrae las voluntades de quantos la miran, y conocen, y como à ſeñuelo guſtoſo ſe le abaten las Aguilas Reales, y los pajaros altaneros; pero ſi à la tal hermoſura ſe le junta la neceſsidad, y eſtrecheza, tambien la embiſten los cuervos, los miſanos, y las otras aves de rapiña: y la que eſta à tantos encuentros firme, bien merece llamarſe corona de ſu marido. Mirad, diſcreto Baſilio, añadiò Don Quixote, opinion fue de no sè què Sabio, que no avia en todo el mundo ſino una ſola muger buena; y daba por conſejo, que cada uno penſaſſe, y creyeſſe, que aquella ſola buena era la ſuya, y aſsi viviria contento. Yo no ſoy caſado, ni haſta aora me ha venido en penſamiento ſerlo, y con todo eſto me atreviera à dar conſejo al que me lo pidieſſe, del modo que avia de buſcar la muger con quien ſe quiſieſſe caſar. Lo primero le aconſejaria, que miraſſe mas à la fama, que à la hacienda; porque la buena muger no alcanza la buena fama ſolamente con ſer buena, ſino con parecerlo. (que mucho mas dañan à las honras de las mugeres las deſembolturas, y libertades publicas, que las maldades ſecretas) Si traes buena muger à tu caſa, facil coſa ſeria conſervarla, y aun mejorarla en aquella bondad; pero ſi la traes mala, en trabajo te pondrà el enmendarla, que no es muy hacedero paſſar de un extremo à otro; yo no digo que ſea impoſsible, pero tengolo por dificultoſo. Oìa todo eſto Sancho, y dixo entre sì: Eſte mi amo, quando yo hablo coſas de meollo, y de ſubſtancia, ſuele decir, que podria yo tomar un pulpito en las manos, y irme por eſſe mundo adelante predicando lindezas; y yo digo de èl, que quando comienza à enhilar ſentencias, y à dar conſejos, no ſolo puede tomar pulpito en las manos, ſino dos en cada dedo, y andarſe por eſſas plazas à que quieres boca: valgate el diablo por Cavallero Andante, que tantas coſas ſabes: yo penſaba en mi anima, que ſolo podia ſaber aquello que tocaba à ſus Cavallerias; pero no ay coſa donde no pique, y dexe de meter ſu cucharada. Murmuraba eſto algo Sancho, y entreoyòle ſu ſeñor, y

pre-

preguntòle: Què murmuras, Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, reſpondiò Sancho; ſolo eſtaba diciendo entre mì, que quiſiera aver oìdo lo que V.md. aqui ha dicho, antes que me casàra, que quizà dixera yo aora: El buey ſuelto bien ſe lame. Tan mala es tu Tereſa, Sancho? dixo Don Quixote. No es muy mala, reſpondiò Sancho, pero no es muy buena: à lo menos no es tan buena como yo quiſiera. Mal haces, Sancho, dixo Don Quixote, en decir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, reſpondiò Sancho, que tambien ella dice mal de mì quando ſe le antoja, eſpecialmente quando eſtà zeloſa, que entonces ſufrala el miſmo Satanàs. Finalmente, tres dias eſtuvieron con los novios, donde fueron regalados, y ſervidos como cuerpo de Rey. Pidiò Don Quixote al dieſtro Licenciado le dieſſe una guia, que le encaminaſſe à la Cueba de Monteſinos, porque tenia grandiſsimo deſeo de entrar en ella, y vèr à ojos viſtas, ſi eran verdaderas las maravillas, que de ella ſe decian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dixo, que le darìa à un primo ſuyo, famoſo eſtudiante, y muy aficionado à leer libros de Cavallerias, el qual con mucha voluntad le pondria à la boca de la miſma Cueba, y le enſeñaria las Lagunas de Ruidera, famoſas aſsimiſmo en toda la Mancha, y aun en toda Eſpaña; y dixole, que llevaria con èl guſtoſo entretenimiento, à cauſa que era mozo que ſabìa hacer libros para imprimir, y para dirigirlos à Principes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete, ò arpillera. Enſillò Sancho à Rocinante, aderezò al rucio, y proveyò ſus alforjas, à las quales acompañaron las del primo, aſsimiſmo bien proveìdas; y encomendandoſe à Dios, y deſpidiendoſe de todos, ſe puſieron en camino, tomando la derrota de la famoſa Cueba de Monteſinos. En el camino preguntò Don Quixote al primo, de què genero, y calidad eran ſus exercicios, ſu profeſsion, y eſtudios? A lo que èl reſpondiò, que ſu profeſsion era ſer Humaniſta; ſus exercicios, y eſtudios, componer libros para dàr à la eſtampa, todos de gran provecho, y no menos entretenimiento para la Republica, que el uno ſe intitula el de las Libreas, donde pinta ſetecientas y tres libreas, con ſus colores, motes, y cifras, de donde podian ſacar, y tomar las que quiſieſſen en tiempo de fieſtas, y regocijos los Cavalleros Corteſanos, ſin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo, por ſacarlas conformes à ſus deſeos, è intenciones; porque doy al zeloſo, al deſdeñado, al olvidado, y al auſente las que les convienen, que les vendràn mas juſtas, que pecadoras. Otro libro tengo tambien, à quien he de llamar Metamorfoſeos, ò Ovidio Eſpañol, de invencion nueva, y rara; porque

en èl, imitando à Ovidio à lo burlesco, pinto quien fue la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Magdalena, quien el Caño de Vecinguerra de Cordova, quienes los Toros de Guisando, la Sierra-Morena, las Fuentes de Leganitos, y Lavapies en Madrid, no olvidandome de la del Piojo, de la del Caño Dorado, y de la Priora; y esto con sus alegorias, metaforas, y translaciones, de modo, que alegran, suspenden, y enseñan à un mismo punto. Otro librò tengo, que le llamo Suplemento à Virgilio Polidoro, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion, y estudio, à causa de que las cosas, que se dexò de decir Polidoro de gran substancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidòsele à Virgilio de declararnos quien fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomò las unciones para curarse del morbo galico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco Autores; porque vea vuestra merced si he trabajado bien, y si ha de ser util el tal libro à todo el mundo. Sancho, que avia estado muy atento à la narracion del primo, le dixo: Digame, señor, assi Dios le dè buena man derecha en la impresion de sus libros, sabriame decir, que si sabrà, pues todo lo sabe, quien fue el primero que se rascò en la cabeza, que yo para mi tengo que debiò de ser nuestro Padre Adan? Si seria, respondiò el primo, porque Adan no ay duda que tuvo cabeza, y cabellos; y siendo esto assi, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Assi lo creo yo, respondiò Sancho; pero digame aora, quien fue el primer bolteador del mundo? En verdad, hermano, respondiò el primo, que no me sabrè determinar por aora, hasta que lo estudie; yo lo estudiarè en bolviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfarè quando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicò Sancho, no tome trabajo en esto, que aora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa, que el primer bolteador del mundo fue Lucifer, quando le echaron, ò arrojaron del Cielo, que vino bolteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dixo el primo; y dixo Don Quixote: Esta pregunta, y respuesta no es tuya, Sancho, à alguno la has oido decir. Calle, señor, replicò Sancho, que a buena fee que si me doy à preguntar, y a retponder, que no acabe de aqui à mañana. Si, que para preguntar necedades, y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dixo Don Quixote, que ay algunos que se cansan en saber, y averiguar cosas, que despues de sabidas, y averiguadas no importan un ardite al entendimiento, ni à la memoria. En estas, y otras guttosas praticas se les passò aquel dia, y a la noche se alvergaron en una peque-

ña Aldèa, adonde el primo dixo à Don Quixote, que desde allí à la Cueba de Montesinos no avia mas de dos leguas; y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse, y descolgarse en su profundidad. Don Quixote dixo, que aunque llegasse al abismo avia de vèr donde paraba; y assi, compraron casi cien brazas de soga, y otro dia à las dos de la tarde llegaron à la Cueba, cuya boca es espaciosa, y ancha, pero llena de cambroneras, y cabrahigos, de zarzas, y malezas, tan espesas, y intrincadas, que de todo en todo la ciegan, y encubren. En viendola, se apearon el primo, Sancho, y Don Quixote, al qual los dos le ataron luego fortissimamente con las sogas; y en tanto que le fajaban, y le ceñian, le dixo Sancho: Mire vuestra merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga donde parezca frasco, que le ponen à enfriar en algun pozo, si que a vuestra merced no le toca, ni atañe ser el escudriñador de esta, que debe de ser peor que mazmorra. Ata, y calla, respondiò Don Quixote, que tal empressa como aquesta, Sancho amigo, para mì estaba guardada. Y entonces dixo la guia: Suplico a vuestra merced, señor Don Quixote, que mire bien, y especule con cien ojos lo que ay allà dentro, quizà avrà cosas, que las ponga yo en el libro de mis transformaciones. En manos esta el pandero, que le sabrà bien tañer, respondiò Sancho Panza. Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quixote (que no fue sobre el arnès, sino sobre el jubòn de armar) dixo Don Quixote: Inadvertidos hemos andado en no avernos proveìdo de algun esquilòn pequeño, que fuera atado junto a mì en esta misma soga, con cuyo sonido se entendiera, que todavia baxaba, y estaba vivo; pero pues yà no es posible, à la mano de Dios, que me guie, y luego se hincò de rodillas, y hizo una oracion en voz baxa al Cielo; pidiendo à Dios le ayudasse, y le diesse buen sucesso en aquella, al parecer, peligrosa, y nueva aventura; y en voz alta dixo luego: O señora de mis acciones, y movimientos, y clarissima fin pàr Dulcinèa del Toboso! si es posible que lleguen à tus oìdos las plegarias, y rogaciones de este tu venturoso amante, por tu inaudìta belleza te ruego las escuches, que no son otras, que rogarte no me niegues tu favor, y amparo aora que tanto le he menester: Yo voy a despeñarme, à empozarme, y à hundirme en el abismo, que aqui se me representa, solo porque conozca el mundo, que si tù me favoreces, no avrà imposible à quien yo no acometa, y acabe; y en diciendo esto, se acercò à la sima, viò no ser posible descolgarse, ni hacer lugar à la entrada, si no era a fuerza de brazos, ò à cuchilladas; y assi, poniendo mano à la espada, comenzò à derribar, y à cortar de aquellas malezas, que à la boca de la Cueba estaban; por cuyo ruìdo, y estruendo salieron por ella

ella una infinidad de grandisimos cuervos, y grajos, tan espesos, y con tanta priessa, que dieron con Don Quixote en el suelo; y si èl fuera tan agorero, como Catholico Christiano, lo huviera à mala señal, y escusàra de encerrarse en lugar semejante. Finalmente, se levantò, y viendo que no salian mas cuervos, ni otras aves nocturnas, como fueron murcielagos, que assimismo entre los cuervos salieron, dandole soga el primo, y Sancho, se dexò calar al fondo de la caberna espantosa; y al entrar, echandole Sancho su bendicion, y haciendo sobre èl mil cruces, dixo: Dios te guie, y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata, y espuma de los Cavalleros Andantes. Allà vàs, valentòn del mundo, corazon de azero, y brazos de bronce. Dios te guie, otra vez digo, y te buelva libre, sano, y sin cautela à la luz de esta vida, que dexas, por enterrarte en esta obscuridad, que buscas. Casi las mismas plegarias, y deprecaciones hizo el primo. Iba Don Quixote dando voces, que le diessen soga, y mas soga, y ellos se la daban poco à poco; y quando las voces, que acanaladas por la Cueba salian, dexaron de oirse, yà ellos tenian descolgadas las cien brazas de soga, y fueron de parecer de bolver à subir à Don Quixote, pues no le podian dàr mas cuerda: con todo esso se detuvieron como media hora, al cabo del qual espacio bolvieron à recoger la soga con mucha facilidad, y sin peso alguno: señal que les hizo imaginar, que Don Quixote se quedaba dentro; y creyendolo assi Sancho, lloraba amargamente, y tiraba con mucha priessa por desengañarse; pero llegando, à su parecer, à poco mas de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en estremo se alegraron. Finalmente à las diez vieron distintamente à Don Quixote, à quièn diò voces Sancho, diciendole: Sea vuestra merced muy bien buelto, señor mio, que yà pensabamos, que se quedaba allà para casta; pero no respondia palabra Don Quixote, y sacandole del todo, vieron que traìa cerrados los ojos, con muestras de estàr dormido. Tendieronle en el suelo, y desliaronle, y con todo esto no despertaba; pero tanto le bolvieron, y rebolvieron, sacudieron, y menearon, que al cabo de un buen espacio bolviò en sì, desperezandose, bien como si de algun grave, y profundo sueño despertàra; y mirando à una, y otra parte, como espantado, dixo: Dios os lo perdone, amigos, que me aveis quitado de la mas sabrosa, y agradable vida, y vista, que ningun humano ha visto, ni passado. En efecto, aora acabo de conocer, que todos los contentos de esta vida passan como sombra, y sueño, ò se marchitan como la flor del campo. O desdichado Montesinos! O mal ferido Durandarte! O sin ventura Belerma! O lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha, hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos. Es-

cu-

cuchaban el primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las decia, como si con dolor inmenso las sacàra de las entrañas. Suplicaronle les diesse à entender lo que decia, y les dixesse lo que en aquel infierno avia visto. Infierno le llamais? dixo Don Quixote; pues no le llameis assi, porque no lo merece, como luego vereis. Pidiò que le diessen algo de comer, que traìa grandissima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerva, acudieron à la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor, y compaña, merendaron, y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dixo Don Quixote de la Mancha, no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CAP. XXIII. *De las admirables cosas que el estremado Don Quixote contò que avia visto en la profunda Cueva de Montesinos, cuya imposibilidad, y grandeza hace que se tenga esta aventura por apocrifa.*

LAS quatro de la tarde serìan, quando el Sol, entre nubes cubierto, con luz escasa, y templados rayos, diò lugar à Don Quixote, para que sin calor, y pesadumbre contasse à sus dos clarissimos oyentes lo que en la Cueva de Montesinos avìa visto; y comenzò en el modo siguiente:

A obra de doce, ò catorce estados de la profundidad de esta mazmorra, à la derecha mano, se hace una concabidad, y espacio, capàz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas: entrale una pequeña luz por unos resquicios, ò agugeros, que lexos le responden, abierros en la superficie de la tierra. Esta concabidad, y espacio vì yo à tiempo, quando yà iba cansado, y mohino de verme pendiente, y colgado de la soga, caminar por aquella obscura region abaxo, sin llevar cierto, ni determinado camino; y assi determinè entrarme en ella, y descansar un poco: dì voces, pidiendoos, que no descolgassedes mas soga, hasta que yo os lo dixesse; pero no debistteis de oìrme: fuì recogiendo la soga, que embiabades, y haciendo de ella una rosca, ò rimero, me sentè sobre èl pensativo ademàs, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentasse; y estando en este pensamiento, y confusion, de repente, y sin procurarlo, me salteò un sueño profundissimo, y quando menos lo pensaba, sin saber como, ni como no, despertè de èl, y me hallè en la mitad del mas bello, ameno, y deleytoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despavilè los ojos, limpièmelos, y vì que no dormìa, sino que realmente estaba despierto: con todo esto me tentè la cabeza, y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que alli estaba, ò alguna fantasma vana, y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados, que en-

entre mi hacia, me certificaron, que yo era alli entonces el que soy aqui aora. Ofrecióseme luego a la vista un Real, y sumptuoso Palacio, ò Alcazar, cuyos muros, y paredes parecian de transparante, y claro crystal fabricados; del qual, abriendose dos grandes puertas, vi, que por ellas salia, y àzia mi se venia un venerable anciano, vestido con un capùz de vayeta morada, que por el suelo le arrastraba: ceñiale los hombros, y los pechos una Beca de Colegial, de raso verde: cubriale la cabeza una gorra Milanesa negra, y la barba canissima le passaba de la cintura: no traia arma ninguna, sino un Rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los diezes asimismo como huevos medianos de abestrùz; y el continente, el passo, la gravedad, y la anchissima presencia, cada cosa de por si, y todas juntas, me suspendieron, y admiraron. Llegòse à mi, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme: Luengos tiempos hà, valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que dès noticia al mundo de lo que encierra, y cubre la profunda Cueba por donde has entrado, llamada la Cueba de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon, y de tu animo estupendo. Vèn conmigo, señor clarissimo, que te quiero mostrar las maravillas, que este transparente Alcazar solapa, de quien yo soy Alcayde, y Guarda Mayor perpetuo, porque soy el mismo Montesinos, de quien la Cueba toma nombre. Apenas me dixò que era Montesinos, quando le preguntè, si fue verdad lo que en el mundo de acà arriba se contaba, que èl avia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevadole à la señora Belerma, como èl se lo mandò al punto de su muerte? Respondiòme, que en todo decian verdad, sino en la daga, porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido, mas agudo que una lesna. Debia de ser, dixo à este punto Sancho, el tal puñal de Ramòn de Hozes el Sevillano. No sè, prosiguiò Don Quixote; pero no seria de esse puñalero, porque Ramòn de Hozes fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteciò esta desgracia, hà muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad, y contexto de la Historia. Assi es, respondiò el primo, prosiga V.md. señor Don Quixote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondiò Don Quixote; y assi digo, que el venerable Montesinos me metiò en el chrystalino Palacio, donde en una Sala baxa, frescquissima sobre modo, y toda de alabastro, estaba un sepulcro de marmol con gran maestria fabricado, sobre el qual vi à un Cavallero tendido de largo à largo, no de bronce, ni de marmol, ni de jaspe he-

hecho, como los suele aver en otros sepulcros, sino de pura carne, y de puros huessos: tenia la mano derecha (que à mi parecer es algo peluda, y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon; y antes que preguntasse nada à Montesinos, viendome suspenso, mirando al del sepulcro, me dixo: Este es mi amigo Durandarte, flor, y espejo de los Cavalleros enamorados, y valientes de su tiempo; tienele aqui encantado, como me tiene à mi, y à otros muchos, y muchas, Merlin, aquel Frances encantador, que dicen que fue hijo del diablo: y lo que yo creo es, que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El còmo, ò para què nos encantò, nadie lo sabe, y ello dirà, andando los tiempos, que no estàn muy lexos, segun imagino: lo que à mi me admira es, que se tan cierto, como aora es de dia, que Durandarte acabò los de su vida en mis brazos; y que despues de muerto le saquè el corazon con mis proprias manos, y en verdad que debia de pesar dos libras; porque segun los naturales, el que tiene mayor corazon, es dotado de mayor valentia del que le tiene pequeño: pues siendo esto assi, y que realmente muriò este Cavallero, còmo aora se quexa, y suspira de quando en quando, como si estuviesse vivo? Esto dicho, el misero Durandarte, dando una gran voz, dixo: O mi primo Montesinos! lo postrero que os rogaba, que quando yo fuere muerto, y mi anima arrancada, que lleveis mi corazon adonde Belerma estaba, sacandomele del pecho, yà con puñal, yà con daga. Oyendo lo qual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado Cavallero, y con lagrimas en los ojos, le dixo: Yà, señor Durandarte, carissimo primo mio, yà hice lo que me mandastes en el aziago dia de nuestra pèrdida; yo os saquè el corazon lo mejor que pude, sin que os dexasse una minima parte en el pecho; yo le limpiè con un pañizuelo de puntas, yo partì con èl de carrera para Francia, aviendoos primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lagrimas, que fueron bastantes à lavarme las manos, y limpiarme con ellas la sangre que tenian de averos andado en las entrañas; y por mas señas, primo de mi alma, en el primer Lugar que topè, saliendo de Roncesvalles, echè un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliesse mal, y fuesse, si no fresco, à lo menos amojamado à la presencia de la señora Belerma, la qual, con vos, conmigo, con Guadiana vuestro escudero, con la dueña Ruidera, sus siete hijas, y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos, y amigos, nos tiene aqui encantados el sabio Merlin hà muchos años; y aunque passan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente faltan Ruidera, sus hijas, y sobrinas, las quales llorando (por compassion que debiò de tener

Mer-

Merlin de ellas) las convirtiò en otras tantas lagunas, que aora en el mundo de los vivos, y en la Provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera; las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los Cavalleros de una Orden Santissima, que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañendo assimismo vuestra desgracia, fue convertido en un Rio, llamado de su mismo nombre, el qual, quando llegò à la superficie de la tierra, y viò el Sol del otro Cielo, fue tanto el pesar que sintiò de ver que os dexaba, que se sumergiò en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dexar de acudir à su natural corriente, de quando en quando sale, y se muestra donde el Sol, y las gentes le vean: vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las quales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo, y grande en Portugal; pero con todo esto, por donde quiera que và muestra su tristeza, y melancolìa, y no se precia de criar en sus aguas Peces regalados, y de estima, sino burdos, y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado; y esto que aora os digo, ò primo mio! os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis, imagino, que no me dais credito, ò no me oìs, de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dàr aora, las quales, yà que no sirvan de alivio à vuestro dolor, no os le aumentaràn en ninguna manera: Sabed, que teneis aqui en vuestra presencia, y abrid los ojos, y vereislo, aquel gran Cavallero, de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel Don Quixote de la Mancha digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los passados siglos, ha resucitado en los presentes la yà olvidada Andante Cavalleria, por cuyo medio, y favor podria ser, que nosotros fuessemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres estàn guardadas. Y quando assi no sea, respondiò el lastimado Durandarte, con voz desmayada, y baxa, quando assi no sea, ò primo! digo, paciencia, y barajar; y bolviendose de lado, tornò à su acostumbrado silencio, sin hablar mas palabra. Oyeronse en esto grandes alharidos, y llantos, acompañados de profundos gemidos, y angustiados sollozos; bolvì la cabeza, y vì por las paredes de crystàl, que por otra Sala passaba una procesion de dos hileras de hermosissimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo Turquesco; al cabo, y fin de las hileras venìa una señora, que en la gravedad lo pareciò, assimismo vestida de negro, con tocas blancas, tan tendidas, y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces, que el mayor de alguna de las otras. Era cecijunta, y la narìz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios, los dientes, que tal vez los descubrìa, mostraban ser ralos, y

no

no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traìa en las manos un lienzo delgado, y entre èl, à lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venìa seco, y amojamado. Dixome Montesinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte, y de Belerma, que alli con sus dos señores estaban encantados; y que la ultima, que traìa el corazon entre el lienzo, y en las manos, era la señora de Belerma, la qual con sus doncellas, quatro dias en la semana hacian aquella procesion, y cantaban, ò por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo, y sobre el lastimado corazon de su primo; y que si me avia parecido algo fea, ò no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches, y peores dias, que en aquel encantamento passaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras, y en su color quebradiza; y no toma ocasion su amarillèz, y sus ojeras de estàr con el mal mensil, ordinario en las mugeres, porque hà muchos meses, y aùn años, que no le tiene, ni assoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazon por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva, y trae à la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donayre, y brio la gran Dulcinea de el Tobosо, tan celebrada en todos estos contornos, y aùn en todo el mundo. Cepos quedos, dixe yo entonces, señor Don Montesinos, cuente vuestra merced su historia como debe, que yà sabe que toda comparacion es odiosa, y assi no ay para què comparar à nadie con nadie; la sin par Dulcinèa del Tobosо es quien es; y la señora Doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quedese aqui. A lo que èl me respondiò: Señor Don Quixote, perdoneme vuestra merced, que yo confiesso, que anduve mal, y no dixe bien en decir, que apenas igualara la señora Dulcinèa à la señora Belerma, pues me bastaba à mi aver entendido, por no sè què barruntos, que vuestra merced es su Cavallero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sinò con el mismo Cielo. Con esta satisfaccion que me diò el gran Montesinos, se quietò mi corazon del sobresalto que recibì en oìr, que à mi señora la comparaban con Belerma. Y aùn me maravillo yo, dixo Sancho, de como vuestra merced no se subiò sobre el vejote, y le moliò à coces todos los huessos, y le pelò las barbas, sin dexarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondiò Don Quixote, no me estaba à mi bien hacer esso, porque estamos todos obligados à tener respetò à los ancianos, aunque no sean Cavalleros, y principalmente à los que lo son, y estàn encantados: yo sè bien, que no nos quedamos à deber nada en otras muchas demandas, y respuestas, que entre los dos passamos. A esta

sazon dixo el primo: Yo no sè, señor Don Quixote, como vuestra merced en tan poco espacio de tiempo como hà que està allà baxo, aya visto tantas cosas, y hablado, y respondido tanto. Quanto hà que baxè? preguntò Don Quixote. Poco mas de una hora, respondiò Sancho. Esso no puede ser, replicò Don Quixote, porque allà me anocheciò, y amaneciò, y tornò à anochecer, y à amanecer tres veces, de modo, que à mi cuenta, tres dias he estado en aquellas partes remotas, y escondidas, à la vista vuestra. Verdad debe de decir mi señor, dixo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizà lo que à nosotros nos parece un hora, debe de parecer allà tres dias con sus noches. Assi serà, respondiò Don Quixote. Y ha comido vuestra merced en todo este tiempo, señor mio? preguntò el primo. No me he desayunado de bocado, respondiò Don Quixote, ni aùn he tenido hambre, ni por pensamiento. Y los encantados comen? dixo el primo. No comen, respondiò Don Quixote, ni tienen escrementos mayores, aunque es opinion, que les crecen las uñas, las barbas, y los cabellos. Y duermen, por ventura, los encantados, señor? preguntò Sancho. No por cierto, respondiò Don Quixote, à lo menos en estos tres dias, que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aqui encaxa bien el refràn, dixo Sancho, de *dime con quien andas, decirte he quien eres*: Andase vuestra merced con encantados, ayunos, y vigilantes: mirad si es mucho, que ni coma, ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdoneme vuestra merced, señor mio, si le digo, que de todo quanto aqui hà dicho, lleveme Dios, que iba à decir el diablo, si le creo cosa alguna. Còmo no, dixo el primo, pues avia de mentir el señor Don Quixote? que aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer, è imaginar tanto millon de mentiras. Yo no creo, que mi señor miente, respondiò Sancho. Si no, què crees? le preguntò Don Quixote. Creo, respondiò Sancho, que aquel Merlin, ò aquellos encantadores, que encantaron à toda la chusma, que vuestra merced dice que ha visto, y comunicado allà abaxo, le encaxaron en el magin, ò à la memoria toda essa maquina, que nos ha contado, y todo aquello, que por contar le queda. Todo esso pudiera ser Sancho, replicò Don Quixote; pero no es assi, porque lo que he contado lo vì por mis propios ojos, y lo toquè con mis mismas manos; pero què diràs quando te diga yo aora, como entre otras infinitas cosas, y maravillas, que me mostrò Montesinos, las quales, despacio, y à sus tiempos te las irè contando en el discurso de nuestro viage, por no ser todas de este lugar: Me mostrò tres Labradoras, que por aquellos amenissimos campos iban saltando, y brincando como cabras; y apenas las huve visto, quando conocì ser

la una la fin par Dulcinèa del Toboſo, y las otras dos aquellas miſmas Labradoras, que venìan con ella, y que hablamos à la ſalida del Toboſo. Preguntè à Monteſinos ſi las conocia; reſpondiòme, que no, pero que èl imaginaba, que debian de ſer algunas ſeñoras principales encantadas, que pocos dias avia, que en aquellos prados avian parecido, y que no me maravillaſſe de eſto, porque alli eſtaban otras muchas ſeñoras de los paſſados, y preſentes ſiglos, encantadas en diferentes, y eſtrañas figuras, entre las quales conocia èl à la Reyna Ginebra, y ſu dueña Quintañona, eſcanciando el vino à Lanzarote, quando de Bretaña vino. Quando Sancho Panza oyò decir eſto à ſu amo, pensò perder el juicio, ò morirſe de riſa, que como èl ſabia la verdad del fingido encanto de Dulcinèa, de quien èl avia ſido el encantador, y el levantador de tal teſtimonio, acabò de conocer indubitablemente, que ſu ſeñor eſtaba fuera de juicio, y loco de todo punto; y aſsi le dixo: En mala coyuntura, en peor ſazon, y en aziago dia baxò vueſtra merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto ſe encontrò con el ſeñor Monteſinos, que tal nos le ha buelto. Bien ſe eſtaba vueſtra merced acá arriba con ſu entero juicio, tal, qual Dios ſe le avia dado, hablando ſentencias, y dando conſejos à cada paſſo, y no aora contando los mayores diſparates, que pueden imaginarſe. Como te conozco, Sancho, reſpondiò Don Quixote, no hago caſo de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vueſtra merced, replicò Sancho, ſiquiera me hiera, ſiquiera me mate por las que le he dicho, ò por las que le pienſo decir, ſi en las ſuyas no ſe corrige, y enmienda. Pero digame vueſtra merced aora que eſtamos en paz: Còmo, ò en què conociò à la ſeñora nueſtra ama? y ſi la hablò, què dixo, y què le reſpondiò? Conocila, reſpondiò Don Quixote, en que trae los miſmos veſtidos que traìa quando tù me la moſtraſte: hablèla, pero no me reſpondiò palabra, antes me bolviò las eſpaldas, y ſe fue huyendo con tanta prieſſa, que no la alcanzàra una jara. Quiſe ſeguirla, y lo hiciera, ſi no me aconſejàra Monteſinos, que no me canſaſſe en ello, porque ſerìa en valde, y mas porque ſe llegaba la hora donde me convenia bolver à ſalir de la ſima. Dixome aſsimiſmo, que andando el tiempo ſe me daria aviſo como avian de ſer deſencantados èl, Belerma, y Durandarte, con todos los que alli eſtaban; pero lo que mas pena me diò de las que allì vì, y notè, fue, que eſtandome diciendo Monteſinos eſtas razones, ſe llegò à mì por un lado, ſin que yo la vieſſe venir, una de las dos compañeras de la ſin ventura Dulcinèa, y llenos los ojos de lagrimas, con turbada, y baxa voz me dixo: Mi ſeñora Dulcinèa del Toboſo beſa à vueſtra merced las manos, y ſuplica à vueſtra merced ſe la haga, de hacerla ſaber como eſtà, y que por eſ-

tàr en una gran neceſsidad, aſsimiſmo ſuplica à vueſtra merced, quan encarecidamente puede, ſea ſervido de preſtarla ſobre eſte faldellin, que aqui traygo de cotonìa nuevo, media docena de reales, ò los que vueſtra merced tuviere, que ella dà ſu palabra de bolverſelos con mucha brevedad. Suſpendiòme, y admiròme el tal recado; y bolviendome al ſeñor Monteſinos, le preguntè: Es poſsible, ſeñor Monteſinos, que los encantados principales padecen neceſsidad? A lo que èl me reſpondiò: Creame vueſtra merced, ſeñor Don Quixote de la Mancha, que eſta que llaman neceſsidad, adonde quiera ſe uſa, y por todo ſe eſtiende, y à todos alcanza, y aùn haſta los encantados no perdonà; y pues la ſeñora Dulcinèa del Toboſo èmbia à pedir eſſos ſeis reales, y la prenda es buena, ſegun parece, no ay ſino darſelos, que ſin duda debe de eſtar pueſta en algun grande aprieto. Prenda no la tomarè yo (le reſpondì) ni menos la darè lo que pide, porque no tengo ſino ſolos quatro reales, los quales la dì, que fueron los que tù, Sancho, me diſte el otro dia para dàr limoſna à los pobres, que topaſſe por los caminos; y la dixe: Decid, amiga mia, à vueſſa ſeñora, que à mì me peſa en el alma de ſus trabajos, y que quiſiera ſer un Fucar para remediarlos; y que la hago ſaber, que yo no puedo, ni debo tener ſalud careciendo de ſu agradable viſta, y diſcreta converſacion; y que la ſuplico, quan encarecidamente puedo, ſea ſervida ſu merced de dexarſe vèr, y tratar de eſte ſu cautivo ſervidor, y aſſendereado Cavallero. Direìsla tambien, que quando menos ſe lo pienſe oìrà decir, como yo he hecho un juramento, y voto, à modo de aquel que hizo el Marquès de Mantua, de vengar à ſu ſobrino Baldovinos, quando le hallò para eſpirar en mitad de la montaña, que fue de no comer pan à manteles, con las otras zaradanjas, que alli añadiò, haſta vengarle; y aſsi le harè yo de no ſoſſegar, y de andar las ſiete partidas del mundo, con mas puntualidad, que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal, haſta deſencantarla. Todo eſſo, y mas debe vueſtra merced à mi ſeñora, me reſpondiò la doncella; y tomando los quatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que ſe levantò dos varas de medir en el ayre. O Santo Dios (dixo à eſte tiempo, dando una gran voz Saucho) es poſsible, que tal aya en el mundo, y que tengan en èl tanta fuerza los encantadores, y encantamentos, que ayan trocado el buen juicio de mi ſeñor en una tan diſparatada locura! O ſeñor, ſeñor, por quien Dios es, que vueſtra merced mire por ſi, y buelva por ſu honra, y no dè credito à eſſas vaciedades, que le tienen menguado, y deſcabalado el ſentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas de eſſa manera, dixo Don Quixote, y como no eſtàs experimentado en las coſas

del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allà abaxo he visto, que te harán creer las que aqui he contado, cuya verdad, ni admite rèplica, ni disputa.

CAP. XXIV. *Donde se cuentan mil zarándajas, tan impertinentes, como necessarias al verdadero entendimiento de esta grande Historia.*

DICE el que traduxo esta grande Historia del original, de la que escriviò su primer Autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capitulo de la aventura de la Cueba de Montesinos, en el margen de èl estaban escritas, de mano del mismo Hamete, estas mismas razones.

No me puedo dàr à entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le passasse puntualmente todo lo que en el antecedente capitulo queda escrito; la razon es, que todas las aventuras hasta aqui sucedidas han sido contingibles, y verisimiles; pero esta de esta Cueba no la hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los terminos razonables: pues pensar yo que Don Quixote mintiesse, siendo el mas verdadero Hidalgo, y el mas noble Cavallero de sus tiempos, no es posible, que no dixera èl una mentira si le atravesàran. Por otra parte considero, que èl la contò, y la dixo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran maquina de disparates; y si esta aventura parece apocrifa, yo no tengo la culpa; y assi, sin afirmarla por falsa, ò verdadera, la escrivo. Tù, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin, y muerte dicen que se retratò de ella, y dixo, que èl la avia inventado, por parecerle que convenia, y quadraba bien con las aventuras que avia leìdo en sus historias; y luego prosigue diciendo:

Espantòse el primo, assi de el atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su amo, y juzgò, que del contento que tenia de aver visto à su señora Dulcinèa del Toboso (aunque encantada) le nacìa aquella condicion blanda, que entonces mostraba; porque si assi no fuera, palabras, y razones le dixo Sancho, que merecian molerle à palos, porque realmente le pareciò que avia andado atrevidillo con su señor, à quien le dixo: Yo, señor Don Quixote de la Mancha, doy por bien empleadissima la jornada, que con vuestra merced he hecho, porque en ella he grangeado quatro cosas: la primera, aver conocido à V.md. que lo tengo à gran felicidad: la segunda, aver sabido lo que se encierra en esta Cue-

La ba

ba de Monteſinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las Lagunas de Ruydera, que me ſerviràn para el Ovidio Eſpañol, que traygo entre manos. La tercera, entender la antiguedad de los naypes, que por lo menos yà ſe uſaban en tiempo del Emperador Carlo Magno, ſegun puede colegirſe de las palabras, que vueſtra merced dice que dixo Durandarte quando al cabo de aquel grande eſpacio, que eſtuvo hablando con èl Monteſinos, èl deſpertò diciendo: Paciencia, y barajar; y eſta razon, y modo de hablar no la pudo aprender encantado, ſino quando no lo eſtaba en Francia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno: y eſta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es el Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las Antiguedades; y creo que en el ſuyo no ſe acordò de poner la de los naypes, como la pondrè yo aora, que ſerà de mucha importancia, y mas alegando Autor tan grave, y tan verdadero, como es el ſeñor Durandarte. La quarta es, aver ſabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, haſta aora ignorado de las gentes. Vueſtra merced tiene razon, dixo Don Quixote; pero querrìa yo ſaber, yà que Dios le haga merced de que ſe le dè licencia para imprimir eſſos ſus libros (que lo dudo) à quien pienſa dirigirlos? Señores, y Grandes ay en Eſpaña, à quien puedan dirigirſe, dixo el primo. No muchos, reſpondiò Don Quixote, y no porque nò lò merezcan, ſino que no quieren admitirlos, por no obligarſe à la ſatisfaccion, que parece ſe debe al trabajo, y cortesìa de ſus Autores. Un Principe conozco yo, que puede ſuplir la falta de los demàs, con tantas ventajas, que ſi me atreviera à decirlas, quizà deſperràra la embidia en mas de quatro generoſos pechos; pero quedeſe eſto aqui para otro tiempo mas comodo, y vamos à buſcar donde recogernos eſta noche. No lexos de aqui, reſpondiò el primo, eſtà una Ermita, donde hace ſu habitacion un Ermitaño, que dicen ha ſido Soldado, y eſtà en opinion de ſer un buen Chriſtiano, y muy diſcreto, y caritativo. Ademàs, junto con la Ermita tiene una pequeña caſa, que èl ha labrado à ſu coſta; pero con todo, aunque chica, es capàz de recibir hueſpedes. Tiene por ventura gallinas el tal Ermitaño? preguntò Sancho. Pocos Ermitaños eſtàn ſin ellas, reſpondiò Don Quixote, porque no ſon los que aora ſe uſan como aquellos de los deſiertos de Egypto, que ſe veſtìan de hojas de palma, y comìan raìces de la tierra; y no ſe entienda, que por decir bien de aquellos, no lo digo de aqueſtos, ſino que quiero decir, que al rigor, y eſtrecheza de entonces no llegan las penitencias de los de aora; pero no por eſto dexan de ſer todos buenos, à lo menos yo por buenos los juzgo: y quando todo corra turbio, menos mal hace el hypocrita, que ſe finge buen

bueno, que el publico pecador. Estando en esto, vieron que azia donde ellos estaban venìa un hombre à pie, caminando apriessa, y dando varazos à un macho, que venìa cargado de lanzas, y de alabardas: quando llegò à ellos los saludò, y passò de largo. Don Quixote le dixo: Buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia, que esse macho há menester. No me puedo detener, señor, respondiò el hombre, porque las armas que veis que aqui llevo, han de servir mañana, y assi me es forzoso el no detenerme, y à Dios; pero si quisieredes saber para què las llevo, en la Venta que està mas arriba de la Ermita pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mismo camino, allì me hallareis, donde os contaré maravillas, y a Dios otra vez; y de tal manera aguijò el macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntarle, que maravillas eran las que pensaba decirle; y como èl era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenò, que al momento se partiessen, y fuessen à passar la noche en la Venta, sin tocar en la Ermita, donde quisiera el primo que se quedaran. Hizose assi, subieron à cavallo, y siguieron todos tres el derecho camino de la Venta, à la qual llegaron un poco antes de anochecer: mas al passar por delante de la Ermita dixo el primo à Don Quixote, que llegassen à ella à beber un trago. Apenas oyò esto Sancho Panza, quando encaminò el rucio à la Ermita; y lo mismo hicieron Don Quixote, y el primo. Pero la mala suerte de Sancho parece que ordenò, que el Ermitaño no estuviesse en casa, que assi se lo dixo un Sota Ermitaño, que en la Ermita hallaron. Pidieronle de lo caro, respondiò, que su señor no lo tenia; pero que si querìan agua barata, que se la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondiò Sancho, pozos ay en el camino, donde la huviera satisfecho. Ha, bodas de Camacho, y abundancia de la casa de Don Diego, y quantas veces os tengo de echar menos! Con esto dexaron la Ermita, y picaron àzia la Venta, y à poco trecho toparon un mancebito, que delante de ellos iba caminando, no con mucha priessa, y assi le alcanzaron; llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto, ò embolorio, al parecer de sus vestidos, que à lo que se descubria debian de ser los calzones, ò greguescos, herreruelo, y alguna camisa, porque traia puesta una ropilla de terciopelo, con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos quadrados, à uso de Corte; la edad llegaria à diez y ocho, ò diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer agil de su persona; iba cantando seguidillas para entretener el trabajo de el camino: quando llegaron à èl acababa de cantar una, que el primo tomò de memoria, que dicen que decia:

A la guerra me lleva mi neceſsidad,
Si tuviera dineros no fuera en verdad.

El primero que le hablò fue Don Quixote, dicièndole: Muy à la ligera camina vueſtra merced, ſeñor galan; y adonde bueno, ſepamos, ſi es que guſta decirlo? A ſo que el mozo reſpondiò: El caminar tan à la ligera lo cauſa el calor, y la pobreza: y el adonde voy, es à la guerra. Còmo la pobreza? preguntò Don Quixote, que por el calor bien puede ſer. Señor, replicò el mancebo, yo llevo en eſte emboltorio unos greguescos de terciopelo, compañeros de eſta ropilla; ſi los gaſto en el camino, no me podrè honrar con ellos en la Ciudad, y no tengo con què comprar otros; y aſsi por eſto, como por orearme, voy de eſta manera, haſta alcanzar unas Compañias de Infanteria, que no eſtàn doce leguas de aqui, donde ſentarè mi plaza, y no faltaràn vagages en que caminar de alli adelante haſta el embarcadero, que dicen ha de ſer en Cartagena; y mas quiero tener por amo, y por ſeñor al Rey, y ſervirle en la guerra, que no à un pelòn en la Corte: y lleva vueſtra merced alguna ventaja, por ventura? preguntò el primo. Si yo huviera ſervido à algun Grande de Eſpaña, ò algun principal perſonage, reſpondiò el mozo, à buen ſeguro que yo la llevàra, que eſſo tiene el ſervir à los buenos, que del tinelo ſuelen ſalir à ſer Alferezes, ò Capitanes, ò con algun buen entretenimiento; pero yo deſventurado, ſervì ſiempre à catarriberas, y à gente advenediza, de racion, y quitacion, tan miſera, y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello, ſe conſumia la mitad de ella; y ſeria tenido à milagro, que un Page aventurero alcanzaſſe ſiquiera alguna razonable ventura. Y digame por ſu vida, amigo, preguntò Don Quixote, es poſsible, que en los años que ſirviò no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, reſpondiò el Page; pero aſsi como el que ſe ſale de alguna Religion, antes de profeſſar, le quitan el Habito, y le buelven ſus veſtidos, aſsi me bolvian à mì los mios mis amos, que acabados los negocios à que venìan à la Corte, ſe bolvian à ſus caſas, y recogian las libreas, que por ſola oſtentacion avian dado. Notable eſpilorcheria, como dice el Italiano, dixo Don Quixote; pero con todo eſſo tenga à felice ventura el aver ſalido de la Corte con tan buena intencion como lleva; porque no ay otra coſa en la tierra mas honrada, ni de mas provecho, que ſervir à Dios primeramente, y luego à ſu Rey, y Señor natural, eſpecialmente en el exercicio de las Armas, por las quales ſe alcanzan, ſi no mas riquezas, à lo menos mas honra, que por las Letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado

mas

mas Mayorazgos las Letras, que las Armas, todavia llevan un no sè què los de las Armas à los de las Letras, con un si sè què de esplendòr, que se halla en ellos, que los aventaja à todos: Y esto que aora le quiero decir, llevelo en la memoria, que le serà de mucho provecho, y alivio en sus trabajos; y es, que aparte la imaginacion de los sucessos adversos, que le podràn venir, que el peor de todos es la muerte; y como esta sea buena, èl mejor de todos es el morir. Preguntaronle à Julio Cesar, aquel valeroso Emperador Romano, qual era la mejor muerte? Respondiò, que la impensada, la de repente, y no prevista; y aunque respondiò como Gentil, y ageno del conocimiento del verdadero Dios, con todo esso dixo bien, para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto caso, que os maten en la primera faccion, y refriega, ò yà de un tiro de Artilleria, ò bolado de una mina, què importa, todo es morir, y acabòse la obra; y segun Terencio, mas bien parece el Soldado muerto en la Batalla, que vivo, y salvo en la huida: y tanto alcanza de fama el buen Soldado, quanto tiene de obediencia à sus Capitanes, y à los que mandarle pueden; y advertid, hijo, que al Soldado mejor le està el oler à polvora, que à algalia; y que si la vejèz os coge en este honroso exercicio, aunque sea lleno de heridas, y estropeado, ò coxo, à lo menos no os podrà coger sin honra; y tal, que no os la podrà menoscabar la pobreza, quanto mas, que yà se và dando orden como se entretengan, y remedien los Soldados viejos, y estropeados; porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran, y dàn libertad à sus Negros, quando yà son viejos, y no pueden servir; y echandolos de casa con titulo de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte: y por aora no os quiero decir mas, sino que subais à las ancas de este mi cavallo, hasta la Venta, y alli cenarèis conmigo, y por la mañana seguirèis el camino, que os le dè Dios tan bueno, como vuestros deseos merecen. El Page no aceptò el còmbite de las ancas, aunque sì el de cenar conèl en la Venta; y à esta sazon dicen, que dixo Sancho entre sì: Valate Dios por señor, y es possible, que hombre que sabe decir tales, tantas, y tan buenas cosas, como aqui ha dicho, diga, que ha visto los disparates imposibles, que cuenta de la Cueba de Montesinos? Aora bien, ello dirà; y en esto llegaron à la Venta à tiempo que anochecia, y no sin gusto de Sancho, por vèr que su señor la juzgò por verdadera Venta, y no por Castillo, como solìa. No huvieron bien entrado, quando Don Quixote preguntò al Ventero por el hombre de las lanzas, y alabardas, el qual le respondiò, que en la cavalleriza estaba acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el sobrino, y Sancho; dando à Ro-

cinante el mejor pesebre, y el mejor lugar de la cavalleriza.

CAP. XXV. *Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del Titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.*

NO se le cocìa el pan à Don Quixote (como suele decirse) hasta oìr, y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas: fuele à buscar donde el Ventero le avia dicho que estaba, y hallòle, y dixole, que en todo caso le dixesse luego lo que le avia de decir despues à cerca de lo que le avia preguntado en el camino. El hombre le respondiò: mas de espacio, y no en pie se ha de tomar el cuento de las maravillas; dexeme vuestra merced, señor bueno, acabar de dar recado à mi bestia, que yo le dirè cosas que le admiren. No quede por esso, respondiò Don Quixote, que yo os ayudarè à todo; y assi lo hizo, ahechandole la cebada, y limpiando el pesebre: humildad que obligò al hombre à contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentandose en un poyo, y Don Quixote junto à èl, teniendo por senado, y auditorio al Primo, al Page, à Sancho Panza, y al Ventero, comenzò à decir de esta manera: Sabràn vuessas mercedes, que en un Lugar, que està quatro leguas y media de esta Venta, sucediò, que à un Regidor de èl, por industria, y engaño de una muchacha, criada suya (esto es largo de contar) le faltò un asno; y aunque el tal Regidor hizo las diligencias possibles por hallarle, no fue possible. Quince dias serìan passados, segun es publica voz, y fama, que el asno faltaba, quando estando en la Plaza el Regidor perdidoso, otro Regidor del mismo Pueblo le dixo: Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondiò el otro; pero sepamos donde ha parecido? En el monte, respondiò el hallador, le vì esta mañana, sin albarda, y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compassion mirarle: quisele antecoger delante de mì, y traerosle; pero està yà tan montaràz, y tan uraño, que quando llegue à èl, se fue huyendo, y se entrò en lo mas escondido del monte: si quereis que bolvamos los dos à buscarle, dexadme poner esta borrica en mi casa, que luego buelvo. Mucho placer me hareis, dixo el del jumento, è yo procurarè pagaroslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que estàn enterados en la verdad de este caso. En resolucion, los dos Regidores, à pie, y mano à mano se fueron al monte; y llegando al lugar, y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareciò por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo, pues, que no parecia, dixo el Regidor, que le avia visto, al otro: Mirad,

rad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la qual, sin duda alguna, podrèmos descubrir este animal, aunque estè metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es, que sè yo rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. Algun tanto decìs, compadre, dixo el otro, por Dios que no dè la ventaja à nadie, ni aun à los mismos asnos. Aora lo verèmos, respondiò el Regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos, y andèmos todo, y de trecho en trecho rebuznareis vos, y rebuznarè yo, y no podrà ser menos, sino que el asno nos oyga, y nos responda, si es que està en el monte. A lo que respondiò el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es excelente, y digna de vuestro gran ingenio; y dividiendose los dos, segun el acuerdo, sucediò, que casi à un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno, engañado del rebuzno del otro, acudieron à buscarse, pensando que yà el jumento avia parecido; y en viendose, dixo el perdidoso: Es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznò? No fue sino yo, respondiò el otro. Aora digo, dixo el dueño, que de vos à un asno, compadre, no ay alguna diferencia, en quanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto, ni oido cosa mas propia. Essas alabanzas, y encarecimiento, respondiò el de la traza, mejor os atañen, y tocan à vos, que à mì, compadre, que por el Dios que me criò que podeis dàr dos rebuznos de ventaja al mayor, y mas perìto rebuznador del mundo, porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz, à su tiempo, y compàs, los dexos muchos, y apresurados; y en resolucion, yo me doy por vencido, y os rindo la palma, y doy la vandera de esta rara habilidad. Aora digo, respondiò el dueño, que me tendrè, y estimarè en mas de aqui adelante, y pensarè que sè alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensàra que rebuznaba bien, nunca entendì que llegaba al estremo que decìs. Tambien dirè yo aora, respondiò el segundo, que ay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos, que no saben aprovecharse de ellas. Las nuestras, respondiò el dueño, sino es en casos semejantes como el que traemos entre manos; no nos pueden servir en otros, y aun en este plegue à Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron à dividir, y à bolver à sus rebuznos, y à cada passo se engañaban, y bolvian à juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznassen dos veces, una tràs otra; con esto, doblando à cada passo los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiesse, ni aun por señas: mas como avia de responder el pobre, y mal logrado, si le hallaron en lo mas es-

escondido del bosque comido de lobos; y en viendole, dixo su dueño: Yà me maravillaba yo de que èl no respondia, pues à no estàr muerto, èl rebuznàra si nos oyera, ò no fuera asno; pero à trueco de averos oìdo rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano està, compadre, respondiò el otro, pues si bien canta el Abad, no le và en zaga el Monacillo. Con estò, desconsolados, y roncos se bolvieron à su Aldèa, adonde contaron à sus amigos, vecinos, y conocidos quanto les avia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar. Todo lo qual se supo, y se estendiò por los Lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar, y derramar rencillas, y discordias por do quiera, levantando caramillos en el viento, y grandes quimeras de no nada, ordenò, è hizo, que las gentes de los otros Pueblos en viendo à alguno de nuestra Aldèa, rebuznasse, como dandoles en rostro con el rebuzno de nuestros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dàr en manos, y en bocas de todos los demonios del Infierno; y fue cundiendo el rebuzno de uno en otro Pueblo de manera, que son conocidos los naturales del Pueblo del rebuzno, como son conocidos, y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado à tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada, y formado esquadron han salido contra los burladores los burlados à darse la batalla, sin poderlo remediar Rey, ni Roque, ni temor, ni verguenza; yo creo que mañana, ò essotro dia han de salir en campaña los de mi Pueblo, que son los del rebuzno, contra otro Lugar, que esta dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercibidos llevo compradas estas lanzas, y alabardas que aveis visto. Y estas son las maravillas que dixe que os avia de contar, y si no os lo han parecido no sè otras; y con esto diò fin à su platica el buen hombre: y en esto entrò por la puerta de la Venta un hombre todo vestido de camuza, medias, greguescos, y jubòn, y con voz levantada dixo: Señor huesped, ay posada? que viene aqui el mono adivino, y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dixo el Ventero, que aqui està el señor Maesse Pedro, buena noche se nos apareja: olvidabaseme de decir, como el tal Maesse Pedro traìa cubierto el ojo izquierdo, y casi medio carrillo con un parche de tafetàn verde, señal que todo aquel lado debia de estàr enfermo; y el Ventero prosiguiò diciendo: Sea bien venido vuestra merced, señor Maesse Pedro; adonde està el mono, y el retablo, que no los veo? Yà llegan cerca, respondiò el todo camuza, sino que yo me he adelantado à saber si ay posada. Al mismo Duque de Alva se la quitàra

para

para darsela al señor Maesse Pedro, respondiò el Ventero; llegue el mono, y el retablo, que gente ay esta noche en la Venta que pagarà el verle, y las habilidades del mono. Sea en buen hora, respondiò el del parche, que yo moderarè el precio, y con sola la costa me darè por bien pagado; y yo buelvo à hacer que camine la carreta donde viene el mono, y el retablo, y luego se bolviò à salir de la Venta. Preguntò luego Don Quixote al Ventero, què Maesse Pedro era aquel, y què retablo, y què mono traìa? A lo que respondiò el Ventero: Este es un famoso Titerero, que ha muchos dias que anda por essa Mancha de Aragon enseñando el retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso Don Gayferos, que es una de las mejores, y mas bien representadas historias, que de muchos años à esta parte en este Reyno se han visto. Trae asimismo consigo un mono, de la mas rara habilidad que se viò entre monos, ni se imaginò entre hombres; porque si le preguntan algo està atento à lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegandose al oìdo, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y Maesse Pedro la declara luego, y de las cosas passadas dice mucho mas que de las que estàn por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra, de modo, que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo; dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por el, despues de averle hablado al oìdo; y assi se cree, que el tal Maesse Pedro està riquissimo, y es hombre galante, (como dicen en Italia) y bon compañon, y dàse la mejor vida del mundo; habla mas que seis, y bebe mas que doce, todo à costa de su lengua, de su mono, y de su retablo. En esto bolviò Maesse Pedro, y en una carreta venìa el retablo, y el mono, grande, y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas le viò Don Quixote, quando le preguntò: Digame V.md. señor adivino, què Pexe pillamo? què ha de ser de nosotros? y vea aqui mis dos reales; y mandò à Sancho, que se los diesse à Maesse Pedro, el qual respondiò por el mono, y dixo: Señor, este animal no responde, ni dà noticia de las cosas que estàn por venir, de las passadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto à rus, dixo Sancho, que no dè yo un ardite porque me digan lo que por mì ha passado; porque quien lo puede saber mejor que yo mismo? y pagar yo porque me digan lo que sè, seria una gran necedad: pero pues sabe las cosas presentes, he aqui mis dos reales, y digame el señor monissimo, què hace ora Teresa Panza mi muger, y en què se entretiene? No quiso tomar Maesse Pedro el dinero, diciendo: No quiero recibir adelantados los premios, sin que ayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo,

en un brinco se le puso el mono en èl, y llegando la boca al oìdo, daba diente con diente muy apriessa; y aviendo hecho este ademàn por espacio de un Credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandissima priessa se fue el Maesse Pedro à poner de rodillas ante Don Quixote, y abrazandole las piernas, dixo: Estas piernas abrazo, bien assi como si abrazàra las dos columnas de Hercules. O resucitador insigne de la yà puesta en olvido Andante Cavalleria! No jamàs, como se debe, alabado Cavallero Don Quixote de la Mancha, animo de los desmayados, arrimo de los que vàn à caer, brazo de los caìdos, baculo, y consuelo de todos los desdichados. Quedò pasmado Don Quixote, absorto Sancho, suspenso el Primo, atonito el Page, abobado el del rebuzno, confuso el Ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del Titerero, el qual prosiguiò diciendo: Y tù, ò buen Sancho Panza, el mejor Escudero, y de el mejor Cavallero de el mundo, alegrate, que tu buena muger Teresa està buena, y esta es la hora en que ella està rastrillando una libra de lino, y por mas señas, tiene à su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen por què de vino, con que se entretiene en su trabajo. Esso creo yo muy bien, respondiò Sancho, porque es ella una bienaventurada, y à no ser zelosa, no la trocara yo por la Giganta Andandona, que segun mi señor, fue una muger muy cabal, y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dexan mal passar, aunque sea à costa de sus herederos. Aora digo, dixo à esta sazon Don Quixote, que el que lee mucho, y anda mucho, vè mucho, y sabe mucho. Digo esto, porque què persuasion fuera bastante para persuadirme, que ay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto aora por mis propios ojos, porque yo soy el mismo Don Quixote de la Mancha, que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algun tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al Cielo, que me dotò de un animo blando, y compassivo, inclinado siempre à hacer bien à todos, y mal à ninguno. Si yo tuviera dineros, dixo el Page, preguntàra al señor mono, què me ha de suceder en la peregrinacion que llevo? A lo que respondiò Maesse Pedro (que yà se avia levantado de los pies de Don Quixote) yà he dicho, que esta bestezuela no responde à lo por venir, que si respondiera, no importàra no aver dineros, que por servicio del señor Don Quixote, que està presente, dexara yo todos los intereses del mundo; y aora porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo, y dàr placer à quantos estan en la Venta, sin paga alguna. Oyendo lo qual el Ventero, alegre sobre manera, señalò el lugar donde se podia poner el retablo,

blo, que en un punto fue hecho. Don Quixote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser à proposito que un mono adivinasse, ni las de por venir, ni las passadas cosas; y assi, en tanto que Maesse Pedro acomodaba el retablo, se retirò Don Quixote con Sancho à un rincòn de la cavalleriza, donde, sin ser oìdos de nadie, le dixo: Mira, Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad de este mono, y hallo por mi cuenta, que sin duda este Maesse Pedro su amo debe de tener hecho pacto tacito, ò expresso con el demonio. Si el patio es expresso, y del demonio (dixo Sancho) sin duda debe de ser muy sucio patio; pero de què provecho le es al tal Maesse Pedro tener essos patios? No me entiendes, Sancho: no quiero decir sino que debe de tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda essa habilidad en el mono, con que gane de comer, y despues que estè rico le darà su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y haceme creer esto el ver, que el mono no responde sino à las cosas passadas, ò presentes: y la sabiduria del diablo no se puede estender à mas, que las por venir no las sabe sino es por conjeturas, y no todas veces, que à solo Dios està reservado conocer los tiempos, y los momentos, y para èl no ay passado, ni por venir, que todo es presente; y siendo esto assi, como lo es, claro està que este mono habla con el estilo del diablo: y estoy maravillado como no le han acusado al Santo Oficio, y examinadole, y sacadole de quajo, en virtud de quien adivina; porque cierto està que este mono no es Astrólogo, ni su amo, ni èl alzar, ni saben alzar estas figuras, que llaman judiciarias, que tanto aora se usan en España, que no ay mugercilla, Page, ni Zapatero de viejo, que no presuma de no alzar una figura, como si fuera una Sota de naypes, del suelo, echando à perder con sus mentiras, è ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sè yo, que preguntò à uno de estos figureros, que si una perrilla de falda pequeña, que tenia, se tomaria, y pariria, y quantos, y de què color serian los perros que pariesse? A lo que el señor Judiciario (despues de aver alzado la figura) respondiò, que la perrica se tomaria, y pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado, y el otro de mezcla, con tal condicion, que la tal perra se cubriesse entre las once, y doce del dia, ù de la noche, y que fuesse en Lunes, ò en Sabado; y lo que sucediò fue, que de alli à dos dias se muriò la perra de ahita, y el señor levantador quedò acreditado en el Lugar por acertadissimo Judiciario, como lo quedan todos, ò los mas levantadores. Con todo esso querria, dixo Sancho, que V.md. dixesse à Maesse Pedro, preguntasse à su mono, si es verdad lo que à vuestra merced le passò en la Cueba de Montesinos, que

yo para mì tengo, con perdon de vueſtra merced, que todo fue embeleco, y mentira, ò por lo ménos coſas ſoñadas. Todo podria ſer, reſpondiò Don Quixote; pero yo harè lo que me aconſejas, pueſto que me ha de quedar un no sè què de eſcrupulo. Eſtando en eſto llegò Maeſſe Pedro à buſcar à Don Quixote, y decirle, que yà eſtaba en orden el retablo, que ſu merced vinieſſe à verle, porque lo merecia. Don Quixote le comunicò ſu penſamiento, y le rogò preguntaſſe luego à ſu mono le dixeſſe, ſi cierras coſas, que avian paſſado en la Cueba de Monteſinos, avian ſido ſoñadas, ò verdaderas, porque à èl le parecia, que tenian de todo. A lo que Maeſſe Pedro, ſin reſponder palabra, bolviò à traer el mono; y pueſto delante de Don Quixote, y de Sancho, dixo: Mirad, ſeñor mono, que eſte Cavallero quiere ſaber, ſi ciertas coſas que le paſſaron en una Cueba, llamada de Monteſinos, ſi fueron falſas, ò verdaderas; y haciendole la acoſtumbrada ſeñal, el mono ſe le ſubiò en el hombro izquierdo, y hablandole, al parecer, en el oìdo, dixole luego Maeſſe Pedro: El mono dice, que parte de las coſas, que vueſtra merced viò, ò paſsò en la dicha Cueba, ſon falſas, y parte verìſimiles; y que eſto es lo que ſabe, y no otra coſa, en quanto à eſta pregunta: y que ſi vueſtra merced quiſiere ſaber mas, que el Viernes venidero reſponderà à todo lo que ſe le preguntare, que por aora ſe le ha acabado la virtud, que no le vendrà haſta el Viernes, como dicho tiene. No lo decia yo, dixo Sancho, que no ſe me podia aſſentar, que todo lo que vueſtra merced, ſeñor mio, ha dicho de los acontecimientos de la Cueba era verdad, ni aùn la mitad? Los ſucceſſos lo diràn, Sancho, reſpondiò Don Quixote, que el tiempo, deſcubridor de todas las coſas, no ſe dexa ninguna, que no la ſaque à la luz del Sol, aunque eſtè eſcondida en los ſenos de la tierra; y por aora baſte eſto, y vamonos à vèr el retablo del buen Maeſſe Pedro, que para mì tengo, que debe de tener alguna novedad. Còmo alguna, reſpondiò Maeſſe Pedro, ſeſenta mil encierra en sì eſte mi retablo: Digole à V.md. mi ſeñor Don Quixote, que es una de las coſas mas de vèr, que oy tiene el mundo, y *operibus credite, & non verbis*, y manos à la labor, que ſe hace tarde, y tenemos mucho que hacer, que decir, y que moſtrar. Obedecieronle Don Quixote, y Sancho, y vinieron donde yà eſtaba el retablo pueſto, y deſcubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian viſtoſo, y reſplandeciente. En llegando, ſe metiò Maeſſe Pedro dentro de èl, que era el que avia de manejar las figuras del artificio; y fuera ſe puſo un muchacho, criado del Maeſſe Pedro, para ſervir de Interprete, y declarador de los myſterios de el retablo: tenia una vatilla en la mano con que ſeñalaba las figuras que ſalian. Pueſtos, pues, todos

dos quantos avia en la Venta en sus asientos, y algunos en pie, frontero del retablo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el Page, y el Primo en los mejores lugares, el truxamàn comenzò à decir lo que oirà, y verà el que leyere, ò viere el Capitulo siguiente.

CAP. XXVI. *Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.*

CAllaron todos, Tyrios, y Troyanos; quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, quando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales, y trompetas, y dispararse mucha artilleria; cuyo rumor passò en tiempo breve, y luego alzò la voz el muchacho, y dixo: Esta verdadera Historia, que aquì à vuestras mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las Chronicas Francesas, y de los Romances Españoles, que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por essas calles: Trata de la libertad que dió el señor Don Gayferos à su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de Moros, en la Ciudad de Sansueña, (que assi se llamaba entonces la que oy se llama Zaragoza) y vean vuestras mercedes allì, como està jugando à las tablas Don Gayferos, segun aquello que se canta: Jugando està à las tablas Don Gayferos, que yà de Melisendra està olvidado; y aquel personage que allì assoma con Corona en la cabeza, y Cetro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el qual mohino de ver el ocio, y descuido de su yerno, le sale à tenir; y advierran con la

vehemencia, y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el Cetro media docena de coscorrones; y aùn ay Autores que dicen, que se los diò, y muy bien dados: y despues de averle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dixo: Harto os he dicho, miradlo. Miren vuestras mercedes tambien como el Emperador buelve las espaldas, y dexa despechado à Don Gayferos, el qual yà vèn como arroja impaciente de la colera lexos de sì el tablero, y las tablas, y pide apriessa las armas, y à Don Roldàn su primo pide prestada su espada Durindana, y como D. Roldàn no se la quiere prestar, ofreciendole su compañia en la dificil empressa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes dice, que èl solo es bastante para sacar à su esposa, si bien estuviesse metida en el mas hondo centro de la tierra; y con esto se entra à armar, para ponerse luego en camino. Buelvan vuestras mercedes los ojos à aquella Torre, que alli parece, que se presupone, que es una de las Torres del Alcazar de Zaragoza, que aora llaman la Aljafria; y aquella dama, que en aquel balcòn parece vestida à lo Moro, es la sin par Melisendra, que desde alli muchas veces se ponia à mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris, y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso, que aora sucede, quizà no visto jamàs: No vèn aquel Moro, que callandico, y pasito à passo, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la dà un beso en mitad de los labios, y la priessa que ella se da à escupir, y à limpiarselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa de el maleficio. Miren tambien como aquel grave Moro, que està en aquellos corredores, es el Rey Marsilio de Sansueña, el qual por aver visto la insolencia del Moro, puesto que era un pariente, y gran Privado suyo, le mandò luego prender, y que le dèn docientos azotes, llevandole por las calles acostumbradas de la Ciudad, con chilladores delante, è embaramiento detràs; y vereis aqui donde salen à executar la sentencia, aùn bien apenas no aviendo sido puesta en execucion la culpa, porque entre Moros no ay traslado à la parte, ni aprueba, y estèse, como entre nosotros. Niño, niño, dixo con voz alta à esta sazon Don Quixote, seguid vuestra historia linea recta, y no os metais en las curbas, ò transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas, y repruebas. Tambien dixo Maese Pedro desde adentro: Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que sera lo mas acertado: sigue, sigue tu canto llano, y no

te

te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sutiles. Yo lo haré assi, respondiò el muchacho, y prosiguiò diciendo: Esta figura, que aqui parece à cavallo, cubierta con una capa Gascona, es la misma de Don Gayferos, à quien su esposa ya vengada del atrevimiento del enamorado Moro, con mejor, y mas sossegado semblante se ha puesto a los miradores de la Torre, y habla con su esposo, creyendo, que es algun passagero, con quien passò todas aquellas razones, y coloquios de aquel Romance, que dice: *Caballero, si à Francia ides, por Gayferos preguntad.* Las quales no digo yo aora, porque de la prolixidad se suele engendrar el fastidio; basta ver como Don Gayferos se descubre, y que por los ademanes alegres, que Melisendra hace, se nos dà à entender, que ella le ha conocido; y mas aora, que vemos se descuelga del balcòn para ponerse en las ancas de el cavallo de su buen esposo; mas ay sin ventura, que se la ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros de el balcòn, y està pendiente en el ayre, sin poder llegar al suelo; pero veis como el piadoso Cielo socorre en las mayores necessidades, pues llega Don Gayferos, y sin mirar si se rasgarà, ò no el rico faldellin, asse de ella, y mal de su grado la hace baxar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su cavallo, abarcajadas como hombre, y la manda, que se tenga fuertemente, y le echè los brazos por las espaldas, de modo, que los cruce en el pecho, porque no se cayga, à causa, que no estaba la señora Melisendra acostumbrada à semejantes cavallerias. Veis tambien, como los relinchos de el cavallo dan señales, que và contento con la valiente, y hermosa carga, que lleva en su señor, y en su señora. Veis como buelven las espaldas, y salen de la Ciudad, y alegres, y regocijados toman de Paris la via: Id en paz, ò par sin par de verdaderos amantes, llegueis à salvamento à vuestra deseada Patria, sin que la fortuna ponga estorvo en vuestro felice viage: Los ojos de vuestros amigos, y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de vida. Aqui alzò otra vez la voz Maese Pedro, y dixo: Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondiò nada el Interprete, antes prosiguiò diciendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viessen la baxada, y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia à el Rey Marsilio, el qual mandò luego tocar al arma; y miren con què priessa, que ya la Ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las Torres de las Mezquitas suenan. Esso no, dixo Don Quixote, en esto de las campanas anda muy improprio Maese Pedro, porque entre Moros no se usan campanas, sino atavales, y un gene-

ro de dulzaynas, que parecen nuestras chirimias; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda, que es un gran disparate. Lo qual oido por Maese Pedro, cesò el tocar, y dixo: No mire vuestra merced en niñerias, señor Don Quixote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. Nó se representan por aì, casi de ordinario, mil Comedias llenas de mil impropiedades, y disparates, y con todo esso corren felicissimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion, y todos? Prosigue, muchacho, y dexa decir, que como yo llene mi talego, siquiera representen mas impropiedades, que tiene atomos el Sol. Assi es la verdad, replicò Don Quixote; y el muchacho dixo: Miren quanta, y quan lucida Cavalleria sale de la Ciudad en seguimiento de los dos Catholicos amantes; quantas trompetas que suenan; quantas dulzaynas que tocan; y quantos atabales, y atambores, que retumban; temome, que los han de alcanzar, y los han de bolver atados à la cola de su mismo cavallo, que seria un horrendo espectaculo. Viendo, y oyendo, pues, tanta Morisma, y tanto estruendo Don Quixote, pareciòle ser bien dar ayuda à los que huian; y levantandose en pie, en voz alta dixo: No consentirè yo, que en mis dias, y en mi presencia se le haga supercheria à tan famoso Cavallero, y à tan atrevido enamorado, como es Don Gayferos: deteneos, maldecida canalla, no le sigais, ni persigais, sino conmigo sois en la batalla, y diciendo, y haciendo, desembayno la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada, y nunca vista furia comenzò à llover cuchilladas sobre la titerera Morisma, derribando à unos, y descabezando a otros, estropeando à este, destrozando à aquel; y entre otros muchos, tirò un altibaxo, tal, que si Maese Pedro no se abaxa, se encoge, y agazapa, le cercenàra la cabeza, con mas facilidad, que si fuera hecha de massa de mazapan. Daba voces Maese Pedro, diciendo: Detengase vuestra merced, señor Don Quixote, y aduierta, que estos que derriba, destrosa, y mata, no son verdaderos Moros, sino unas figurillas de pasta; mire, pecador de mì, que me destruye, y echa à perder toda mi hacienda. Mas no por esto dexaba de menudear D. Quixote cuchilladas, mandobles, tajos, y reveses, como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos diò con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos, y desmenuzadas todas sus jarcias, y figuras; el Rey Marsilio mal herido, y el Emperador Carlo Magno partida la Corona, y la cabeza en dos partes. Alborotòse el senado de los oyentes; huyòse el mono por los tejados de la Venta, temiò el Primo, acobardòse el Page, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavòr grandissimo, porque como èl jurò, despues de passada la borrasca, jamas avia visto à su señor con tan desatinada cole-

ra

ta. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sossegòse un poco Don Quixote, y dixo: Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos, que no creen, ni quieren creer de quanto provecho sean en el mundo los Cavalleros Andantes: miren, si no me hallára yo aqui presente, què fuera de el buen Don Gayferos, y de la hermosa Melisendra; à buen seguro, que esta fuera yà la hora, que los huvièran alcanzado estos canes, y les huvieran hecho algun desaguisado. En resolucion, viva la Andante Cavalleria sobre quantas cosas oy viven en la tierra. Viva en hora buena, dixo à esta sazon con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el Rey Don Rodrigo: Ayer fuì Señor de Espaùa, y oy no tengo una Almena, que pueda decir, que es mia. No hà media hora, ni aùn un mediano momento, que me vì señor de Reyes, y de Emperadores, llenas mis cavallerizas, y mis cofres, y sacos de infinitos cavallos, y de innumerables galas, y agora me veo desolado, y abatido, pobre, y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que à fee, que primero que le buelva à mi poder, me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada de este señor Cavallero, de quien se dice, que ampara pupilos, y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas; y en mì solo ha venido à faltar su intencion generosa, que sean benditos, y alabados los Cielos, allà donde tienen mas levantados sus asientos. En fin, el Cavallero de la Triste Figura avia de ser aquel, que avia de desfigurar las mias.

Enternecióse Sancho Panza con las razones del Maese Pedro, y dixole: No llores, Maese Pedro, ni te lamentes, que me quebras el corazon; porque te hago saber, que es mi señor Don Quixote tan Catholico, y escrupuloso Christiano, que si èl cae en la quenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá, y te lo querrá pagar, y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagasse el señor Don Quixote alguna parte de las hechuras, que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced asseguraria su conciencia; porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Assi es, dixo Don Quixote, pero hasta aora yo no sè, que tenga nada vuestro, Maese Pedro. Còmo no? respondiò Maese Pedro; y estas reliquias, que estàn por este duro, y estèril suelo, quien las esparciò, y aniquilò sino la fuerza invencible de esse poderoso brazo? Y cuyos eran sus cuerpos, sino mios? Y con quien me sustentaba yo sino con ellos? Aora acabo de creer, dixo à este punto Don Quixote, lo que otras muchas veces he creìdo, que estos encantadores, que me perfiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan, y truecan en las que ellos quieren. Real, y ver-

daderamente os digo, señores, que me oìs, que à mì me pareciò todo lo que aqui ha passado, que passaba al pie de la letra; que Melisendra era Melisendra; Don Gayferos, Don Gayferos; Marsilio, Marsilio; y Carlo Magno, Carlo Magno; por esso me alterò la colera, y por cumplir con mi profesion de Cavallero Andante, quise dàr ayuda, y favor à los que huìan; y con este buen proposito hice lo que aveis visto; si me ha salido al revès, no es culpa mia, sino de los malos, que me persiguen: y con todo esto, de este mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: Vea Maesse Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco à pagarselo luego en buena, y corriente moneda Castellana. Inclinòsele Maesse Pedro, diciendole: No esperaba yo menos de la inaudita Christiandad de el valeroso Don Quixote de la Mancha, verdadero socorredor, y amparo de todos los necesitados, y menesterosos vagamundos; y aqui el señor Ventero, y el gran Sancho serán medianeros, y apreciadores entre vuestra merced, y mì, de lo que valen, ò podian valer las yà deshechas figuras. El Ventero, y Sancho dixeron, que asi lo harian, y luego Maesse Pedro alzò del suelo, con la cabeza menos, al Rey Marsilio de Zaragoza, y dixo: Yà se vè quan imposible es bolver a este Rey à su ser primero; y assi me parece, salvo mejor juicio, que se me dè por su muerte, fin, y acabamiento, quatro reales y medio. Adelante, dixo Don Quixote. Pues por esta abertura de arriba abaxo, prosiguiò Maesse Pedro, tomando en las manos al partido Emperador Carlo Magno, no serìa mucho, que pidiesse yo cinco reales, y un quartillo. No es poco, dixo Sancho. Ni mucho, replicò el Ventero, mediese la partida, y señalense cinco reales. Defenle todos cinco y quartillo, dixo Don Quixote, que no està en un quartillo mas à menos la monta de esta notable desgracia, y acabe presto, Maesse Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dixo Maesse Pedro, que està sin narices, y un ojo menos, que es la de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales, y doce maravedis. Aùn al serìa el diablo, dixo D. Quixote, si yà no estuviesse Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia; porque el cavallo en que iban, à mi me pareciò, que antes bolaba, que corria; y assi no ay para què venderme à mì el gato por liebre, presentandome aqui à Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene à mano, aora holgandose en Francia con su esposo à pierna tendida: ayude Dios con lo suyo à cada uno, señor Maesse Pedro, y caminemos todos con pie llano, y con intencion sana, y prosiga. Maesse Pedro, que vìo, que Don Quixote izquierdaba, y que bolvia a su primer tema, no quiso que se le escapasse, y

assi

assi le dixo : Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian, y assi con sesenta maravedis, que me dèn por ella, quedarè contento, y bien pagado. De esta manera fue poniendo precio à otras muchas destrozadas figuras, que despues los moderaron los dos Juezes arbitros, con satisfaccion de las partes, que llegaron à quarenta reales, y tres quartillos; y ademàs de esto, que luego los desembolsò Sancho, pidiò Maesse Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Daselos, Sancho, dixo Don Quixote, no para tomar el mono, sino la mona; y docientos diera yo aora en albricias à quien me dixera con certidumbre, que la señora Doña Melisendra, y el señor D. Gayferos estaban ya en Francia, y entre los suyos. Ninguno nos lo podrà decir mejor, que mi mono, dixo Maesse Pedro; pero no avrà diablo que aora le tome, aunque imagino, que el cariño, y la hambre le han de forzar à que me busque esta noche, y amanecerà Dios, y verèmonos. En resolucion, la borrasca de el retablo se acabò, y todos cenaron en paz, y buena compañia, à costa de Don Quixote, que era liberal en todo estremo. Antes que amaneciesse se fue el que llevaba las lanzas, y las alabardas, y ya despues de amanecido se vinieron à despedir de Don Quixote el Primo, y el Page; el uno para bolverse à su tierra; y el otro à proseguir su camino, para ayuda del qual le diò Don Quixote una docena de reales. Maesse Pedro nò quiso bolver à entrar en mas dimes, ni diretes con Don Quixote, à quien èl conocia muy bien; y assi madrugò antes que el Sol, y cogiendo las reliquias de su retablo, y à su mono, se fue tambien à buscar sus aventuras. El Ventero, que no conocia à Don Quixote, tan admirado le tenian sus locuras, como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagò muy bien, por orden de su señor; y despidiendose de èl casi à las ocho del dia, dexaron la Venta, y se pusieron en camino, donde los dexarèmos ir, que assi conviene, para dàr lugar à contar otras cosas pertenecientes à la declaracion de esta famosa Historia.

CAP. XXVII. *Donde se dà cuenta quienes eran Maesse Pedro, y su mono, con el mal sucesso, que Don Quixote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabò como èl quisiera, y como lo tenia pensado.*

ENtra Cide Hamete, Coronista de esta grande Historia, con estas palabras en este Capitulo: Juro, como Catholico Christiano; à lo que su Traductor dice, que el jurar Cide Hamete como Catholico Christiano, siendo èl Moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que assi como el Catholico Christiano, quando jura, jura, ò debe jurar verdad, y deciria en lo que dixere: assi èl la decia, como si jurara como Christiano Catholico, en

lo que queria escrivir de Don Quixote, especialmente en decir quien era Maestre Pedro, y quien el mono adivino, que traia admirados todos aquellos Pueblos con sus adivinanzas. Dice, pues, que bien se acordará el que huviere leido la Primera Parte de esta Historia de aquel Ginès de Passamonte, à quien entre otros galeotes diò libertad Don Quixote en Sierra-Morena: beneficio, que despues le fue mal agradecido, y peor pagado de aquella gente maligna, y mal acostumbrada. Este Ginès de Passamonte, à quien Don Quixote llamaba Ginesillo de Parapilla, fue el que hurtò à Sancho Panza el rucio, que por no averse puesto el còmo, ni el quando en la Primera Parte, por culpa de los Impressores, ha dado en què entender à muchos, que atribuian à poca memoria del Autor la falta de la Imprenta; pero en resolucion, Ginès le hurtò estando sobre èl durmiendo Sancho Panza, usando de la traza, y modo que usò Brunelo, quando estando Sacripante sobre Albraca, le sacò el cavallo de entre las piernas, y despues le cobrò Sancho, como se ha contado. Este Ginès, pues, temeroso de no ser hallado de la Justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerias, y delitos, que fueron tantos, y tales, que èl mismo compuso un gran volumen contandolos, determinò passarse al Reyno de Aragon, y cubrirse el ojo izquierdo, acomodandose al oficio de Titerero, que esto, y el jugar de manos lo sabia hacer por estremo. Sucediò, pues, que de unos Christianos yà libres, que venian de Berberia, comprò aquel mono, à quien enseñò, que en haciendole cierta señal, se le subiesse en el hombro, y le murmurasse, ò lo pareciesse al oìdo. Hecho esto, antes que entrasse en el Lugar donde entraba con su retablo, y el mono, se informaba del Lugar mas cercano, ù de quien èl mejor podia, què cosas particulares huviessen sucedido en el tal Lugar, y à què personas; y llevandolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el qual unas veces era de una Historia, y otras de otra; pero todas alegres, regocijadas, y conocidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono, diciendo al Pueblo, que adivinaba todo lo passado, y lo presente, pero que en lo de por venir no se daba maña: por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato, segun tomaba el pulso à los preguntantes; y como tal vez llegaba a las casas de quien èl sabia los sucessos de los que en ellas moraban, aunque no le preguntassen nada, por no pagarle, èl hacia la señal al mono, y luego decia, que le avia dicho tal, y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido: con esto cobraba credito infalible, y andabanse todos tras èl; otras veces, como era tan discreto, respondia de manera, que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apu-

ra-

raba, ni apretaba à que dixeſſe como adivinaba ſu mono, à todos hacia monas, y llenaba ſus eſquetos. Aſsi como entrò en la Venta conociò à Don Quixote, y à Sencho, por cuyo conocimiento le fue facil poner en admiracion à Don Quixote, y à Sancho Panza, y à todos los que en ella eſtaban; pero huvierale de coſtar caro, ſi Don Quixote baxàra un poco mas la mano, quando corrò la cabeza al Rey Marſilio, y deſtruyò toda ſu Cavalleria, como queda dicho en el antecedente Capitulo. Eſto es lo que ay que decir de Maeſſe Pedro, y ſu mono. Y bolviendo à Don Quixote de la Mancha, digo, que deſpues de aver ſalido de la Ventra, determinò de vèr primero las riberas del Rio Ebro, y todos aquellos contornos, antes de entrar en la Ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba deſde alli à las Juſtas. Con eſta intencion ſiguiò ſu camino, por el qual anduvo dos dias ſin acontecerle coſa digna de ponerſe en eſcritura, haſta que al tercero, al ſubir de una loma, oyò un gran rumor de atambores, de trompetas, y arcabuces: al principio penſò, que algun Tercio de Soldados paſſaba por aquella parte; y por verlos, picò a Rocinante, y ſubiò la loma arriba, y quando eſtuvo en la cumbre, viò al pie de ella, à ſu parecer, mas de doſcientos hombres, armados de diferentes ſuertes de armas, como ſi dixeſſemos, lanzones, balleſtas, partefanas, alabardas, y picas, y algunos arcabuces, y muchas rodelas. Baxò del recueſto, y acercòſe al Eſquadròn, tanto, que diſtintamente viò las Vanderas; juzgò de las colores, y notò las empreſſas, que en ellas traìan, eſpecialmente una, que en un Eſtandarte, ò Giròn de raſo blanco venìa, en el qual eſtaba pintado muy al vivo un aſno como un pequeño ſardeſco, la cabeza levantada, la boca abierta, y la lengua de fuera, en acto, y poſtura, como ſi eſtuviera rebuznando; al rededor de èl eſtaban eſcritos de letras grandes eſtos dos verſos:

No rebuznaron en valde
El uno, y el otro Alcalde.

Por eſta inſignia ſacò Don Quixote, que aquella gente debia de ſer del Pueblo del rebuzno, y aſsi ſe lo dixo à Sancho, declarandole lo que en el Eſtandarte venìa eſcrito. Dixole tambien, que el que les avia dado noticia de aquel caſo, ſe avia errado en decir, que dos Regidores avian ſido los que rebuznaron; pero que ſegun los verſos del Eſtandarte, no avian ſido ſino Alcaldes. A lo que reſpondiò Sancho Panza: Señor, en eſſo no ay que reparar, que bien puede ſer, que los Regidores, que entonces rebuznaron, vinieſſen con el tiempo à ſer Alcaldes de ſu Pueblo, y aſsi ſe pueden llamar con entrambos titulos: quanto mas, que no hace al caſo à la verdad de la Hiſtoria, ſer los rebuznadores Alcaldes, ò Regidores, como ellos una por una ayan rebuznado; por-

que tan à pique està de rebuznar un Alcalde, como un Regidor. Finalmente, conocieron, y supieron, como el Pueblo corrido salia à pelear con otro, que le corria mas de lo justo, y de lo que se debia à la buena vecindad. Fuese llegando à ellos Don Quixote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del Esquadròn le recogieron en medio, creyendo, que era alguno de los de su parcialidad. Don Quixote, alzando la visera con gentil brio, y continente, llegò hasta el Estandarte del asno, y alli se le pusieron al rededor todos los mas principales del Exercito, por verle, admirados con la admiracion acostumbrada, en que caian todos aquellos, que la vez primera le mirabàn. Don Quixote que los viò tan atentos à mirarle, sin que ninguno le hablasse, ni le preguntasse nada, quiso aprovecharse de aquel silencio; y rompiendo el suyo, alzò la voz, y dixo:

Buenos señores, quan encarecidamente puedo, os suplico, que no interrumpais un razonamiento, que quiero haceros, hasta que veais, que os disgusta, y enfada; que si esto sucede, con la mas minima señal que me hagais, pondrè un sello en mi boca, y echarè una mordaza à mi lengua. Todos le dixeron, que dixesse lo que quisiesse, que de buena gana le escucharian. Don Quixote, con esta licencia, prosiguiò diciendo: Yo, señores mios, soy Cavallero Andante, cuyo exercicio es de las armas, y cuya profesion la de favorecer à los necesitados de favor, y acudir à los menesterosos. Dias hà, que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve à tomar las armas à cada passo para vengaros de vuestros enemigos; y aviendo discurrido una, y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar à un Pueblo entero, si no es retandole de traydor por junto, porque no sabe en particular quien cometiò la traycion, porque le reta. Exemplo de esto tenemos en Don Diego Ordoñez de Lara, que retò à todo el Pueblo Zamorano, porque ignoraba, que solo Vellido Dolfos avia cometido la traycion de matar à su Rey, y assi retò à todos, y à todos tocaba la venganza, y la respuesta: aunque bien es verdad, que el señor Don Diego anduvo algo demasiado, y aùn passò muy adelante de los limites del reto, porque no tenia para què retar à los muertos, à las aguas, ni à los panes, ni à los que estaban por nacer, ni a las otras menudencias, que alli se declaran; pero vaya, pues quando la colera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija. Siendo, pues, esto assi, que uno solo no puede afrentar a Reyno, Provincia, Ciudad, Republica, ni Pueblo entero, que-

queda en limpio, que no ay para què salir à la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque bueno seria que se matassen à cada passo los del Pueblo de la Reloxa con quien se lo llama; ni los Cazoleros, Berengeneros, Ballenatos, Jaboneros, ni los de otros nombres, y apellidos, que andan por aì en bocas de los muchachos, y de gente de poco mas à menos: bueno seria por cierto, que todos estos insignes Pueblos se corriessen, vengassen, y anduviessen de continuo hechas las espadas sacabuches à qualquier pendencia, por pequeña que fuesse. No, no, ni Dios lo permita, ò quiera; los varones prudentes, las Republicas bien concertadas, por quatro cosas han de tomar las armas, desembaynar las espadas, y poner à riesgo sus personas, vidas, y haciendas: la primera, por defender la Fè Catholica: la segunda, por defender su vida, que es de ley Natural, y Divina: la tercera, en defensa de su honra, de su familia, y hacienda: la quarta, en servicio de su Rey en la Guerra justa; y si le quisiessemos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su Patria. A essas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras, que sean justas, y razonables, y que obliguen à tomar las armas; pero tomarlas por niñerias, y por cosas, que antes son de risa, y passatiempo, que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo, razonable discurso; quanto mas, que el tomar venganza injusta (que justa no puede aver alguna que lo sea) và derechamente contra la Santa Ley que professamos, en la qual se nos manda, que hagamos bien à nuestros enemigos, y que amemos à los que nos aborrecen: mandamiento, que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos, que tienen menos de Dios, que del mundo, y mas de carne, que de espiritu; porque Jesu-Christo, Dios, y Hombre verdadero, que nunca mintiò, ni pudo, ni puede mentir, siendo Legislador nuestro, dixo, que su yugo era suave, y su carga liviana; y assi no nos avia de mandar cosa, que fuesse imposible el cumplirla. Assi que, mis señores, vuestras mercedes estàn obligados por leyes Divinas, y humanas à sossegarse. El diablo me lleve, dixo à esta sazon Sancho entre sì, si este mi amo no es Theologo, y si no lo es, que lo parece como un huevo à otro. Tomò un poco de aliento Don Quixote, y viendo que todavia le prestaban silencio, quiso passar adelante en su platica, como passàra, si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el qual viendo que su amo se detenia, tomò la mano por èl, diciendo: Mi señor Don Quixote de la Mancha, que un tiempo se llamò el Cavallero de la Triste Figura, y aora se llama el Cavallero de los Leones, es un Hidalgo muy atentado, que sabe Latin, y Ro-

man-

mance como un Bachillèr, y en todo quanto trata, y aconseja procede como muy buen Soldado, y tiene todas las leyes, y ordenanzas, de lo que llaman el duelo; en la uña; y assi no ay mas que hacer, sino dexarse llevar por lo que èl dixere, y sobre mì si lo errare: quanto mas que ello se està dicho, que es necedad correrse por solo oir un rebuzno, que yo me acuerdo quando muchacho, que rebuznaba cada, y quando que se me antojaba, sin que nadie me fuesse à la mano, y con tanta gracia, y propriedad, que en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del Pueblo, y no por esso dexaba de ser hijo de mis padres, que eran honradissimos; y aunque por esta habilidad era embidiado de mas de quatro de los estirados de mi Pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen, y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida: y luego puesta la mano en las narices, comenzò à rebuznar tan recia mente, que todos los cercanos Valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto à èl, creyendo que hacia burla de ellos, alzò un varapalo, que en la mano tenia, y diole tal golpe con èl, que sin ser poderoso à otra cosa, diò con Sancho Panza en el suelo. Don Quixote, que viò tan mal parado à Sancho, arremetiò al que le avia dado con la lanza sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle; antes viendo que llovìa sobre èl un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas vallestas, y no menos cantidad de arcabuces, bolviò las riendas à Rocinante, y à todo lo que su galope pudo se saliò de entre ellos, encomendandose de todo corazon à Dios, que de aquel peligro le librasse, temiendo à cada passo no le entrasse alguna bala por las espaldas, y le saliesse al pecho, y à cada punto recogia el aliento, por ver si le faltaba. Pero los del esquadron se contentaron con verle huir, sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento apenas buelto en sì, y le dexaron ir trás su amo, no porque èl tuviesse sentido para regirle; pero el rucio siguiò las huellas de Rocinante, sin el qual no se hallaba un punto. Alongado, pues, Don Quixote buen trecho, bolviò la cabeza, y viò, que Sancho venìa, y atendiòle, viendo que ninguno le seguia. Los del esquadròn se estuvieron alli hasta la noche, y por no aver salido à la batalla sus contrarios, se bolvieron à su Pueblo regocijados, y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los Griegos, levantaran en aquel Lugar, y sitio un troseo.

CAP. XXVIII. *De cosas, que dice Benengeli que las sabrà quien las leyere, si las lee con mucha atencion.*

QUando el valiente huye, la supercheria està descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Està verdad se verificò en Don Quixote, el qual dando lugar a la furia del Pueblo, y a las malas intenciones de aquel indignado esquadròn, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho, ni del peligro en que le dexaba, se apartò tanto, quanto le pareciò que bastaba para estar seguro. Seguiale Sancho atravessado en su jumento, como queda referido. Llegò en fin yà buelto en su acuerdo, y al llegar se dexò caer del rucio à los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido, y todo apaleado. Apeòse Don Quixote para curarle las feridas; pero como le hallasse sano de los pies à la cabeza, con assaz colera le dixo: Tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho, y donde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? A musica de rebuznos què contrapunto se avia de llevar sino de varapalos? Y dad gracias à Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum Crucis* con un alfange. No estoy para responder, respondiò Sancho; porque me parece que hablo por las espaldas: subamonos, y apartèmonos de aqui, que yo pondrè silencio en mis rebuznos; pero no en dexar de decir, que los Cavalleros Andantes huyen, y dexan à sus buenos escuderos molidos como alheña, ò como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondiò Don Quixote; porque has de saber, Sancho, que la valentia que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad: las hazañas del temerario, mas se atribuyen à la buena fortuna, que à su animo; y assi yo confiesso, que me he retirado, pero no huido: y en esto he imitado à muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y de esto estan las historias llenas, las quales, por no serte à ti de provecho, ni à mì de gusto, no te las refiero aora. En esto yà estaba à cavallo Sancho, ayudado de Don Quixote, el qual assimismo subiò en Rocinante, y poco à poco se fueron à emboscar en una alameda, que hasta un quarto de legua de alli se parecia. De quando en quando daba Sancho unos ayes profundissimos, y unos gemidos dolorosos; y preguntandole Don Quixote la causa de tan amargo sentimiento, respondiò, que desde la punta del espinazo, hasta la nuca del cerebro le dolia, de manera, que le sacaba de sentido. La causa de esse dolor debe de ser sin duda, dixo Don Quixote, que como era el palo con que te dieron largo, y tendido, te cogiò todas las espaldas, donde entran todas essas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera.

Por

Por Dios, dixo Sancho, que vuestra merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos terminos. Cuerpo de mì, tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme, que me duele todo aquello que alcanzò el palo, si me dolieran los tobillos, aùn pudiera ser que se anduviera adivinando el por què me dolìan, pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fee, señor nuestro amo, el real ageno de pelo cuelga, y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañia, que con vuestra merced tengo; porque si esta vez me ha dexado apalear, otra, y otras ciento bolveremos à los manteamientos de mantas, y otras muchacherìas, que si aora me han salido à las espaldas, despues me saldràn à los ojos. Harto mejor harìa yo, sino que soy un barbaro, y no harè nada que bueno sea, en toda mi vida: harto mejor harìa yo, buelvo à decir, en bolverme à mi casa, y à mi muger, y à mis hijos, y sustentarla, y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tràs de vuestra merced por caminos sin camino, y por sendas, y carreras, que no las tienen, bebiendo mal, y comiendo peor: pues tomadme el dormir, contad hermano escudero siete pies de tierra, y si quisieredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano està escudillar, y tendeos à todo vuestro buen talante, que quemado vea yo, y hecho polvos al primero que diò puntada en la Andante Caballeria, ò à lo menos al primero que quiso ser escudero de tales zoncos, como debieron ser todos los Caballeros Andantes passados; de los presentes no digo nada, que por ser vuestra merced uno de ellos los tengo respeto, y porque sè que sabe V.md. un punto mas que el diablo en quanto habla, y en quanto piensa. Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dixo Don Quixote, que aora que vais hablando, sin que nadie os vaya à la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento, y à la boca, que à trueco de que à vos no os duela nada, tendre yo por gusto el enfado que me dàn vuestras impertinencias; y si tanto deseais bolveros à vuestra casa con vuestra muger, y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros tenèis mios, mirad quanto ha que esta tercera vez salimos de nuestro Pueblo, y mirad lo que podeis, y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Quando yo servia, respondiò Sancho, à Tomè Carrasco, el padre del Bachiller Sanson Carrasco, que V.md. bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, à mas de la comida: con V.md. no sè lo que puedo ganar, puesto que sè que tiene mas trabajo el escudero del Cavallero Andante, que el que sirve à un Labrador, que en resolucion los que servimos à Labradores, por mucho que trabajèmos de dia, por mal

que

que suceda, à la noche cenamos holla, y dormimos en cama, en la qual no he dormido despues que ha que sirvo à vuestra merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de Don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saquè de las hollas de Camacho, y lo que comì, bebì, y dormì en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al Cielo abierto, sujeto à lo que dicen inclemencias del Cielo, sustentandome con rajas de queso, y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, yà de arroyos, yà de fuentes, de las que encontramos por essos andurriales donde andamos. Confiesso, dixo Don Quixote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad; quanto parece que os debo dar mas de lo que os daba Tomè Carrasco? A mi parecer, dixo Sancho, con dos reales mas que V.md. añadiesse cada mes, me tendria por bien pagado: esto es quanto al salario de mi trabajo; pero en quanto à satisfacerme à la palabra, y promessa que V.md. me tiene hecha de darme el govierno de una Insula, seria justo que se me añadiessen otros seis reales, que por todos serian treinta. Està muy bien, replicò Don Quixote, y conforme al salario que vos aveis señalado, veinte y cinco dias ha que salimos de nuestro Pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. O cuerpo de mì, dixo Sancho, que yà V.md. muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promessa de la Insula, se ha de contar desde el dia que V.md. me la prometiò, hasta la presente hora en que estamos. Pues què tanto hà, Sancho, que os la prometì? dixo Don Quixote: Si yo mal no me acuerdo, respondiò Sancho, debe de aver mas de veinte años, tres dias mas à menos. Diòle Don Quixote una gran palmada en la frente, y comenzò à reir muy de gana, y dixo: Pues no anduve yo en Sierra-Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, y dices, Sancho, que ha veinte años que te prometì la Insula? Aora digo que quieres què se consuma en tu salario el dinero que tienes mio; y si esto es assi, y tu gustas de ello, desde aquì te lo doy, y buen provecho te haga, que à trueque de verme sin tan mal escudero, holgaràme de quedarme pobre, y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la Andante Cavalleria, donde has visto tu, ò leìdo, que ningun escudero de Cavallero Andante se aya puesto con su señor en quanto mas tanto me aveis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, entrate, malandrin, follòn, y vestiglo, que todo lo pareces; entrate, digo, por el *maremagnum* de sus historias, y si hallares, que algun escudero aya dicho, ni pensado lo que aqui has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas quatro mamonas selladas en mi rostro. Buelve las riendas, ò

el cabestro al rucio, y buelvete à tu casa, porque un solo passo desde aqui no has de passar mas adelante conmigo. O pan mal conocido! ò promessas mal colocadas! ò hombre, que tienes mas de bestia, que de persona! Aora quando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que à pesar de tu muger te llamaran señoria, te despides? Aora te vàs, quando yo veia con intencion firme, y valedera de hacerte señor de la mejor Insula del mundo? En fin, como tu has dicho otras veces, no es la miel, &c. asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar quando se te acabe el curso de la vida, que para mi tengo, que antes llegarà ella à su ultimo termino, que tu caygas, y dès en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho à Don Quixote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decia, y compungiòse de manera, que le vinieron las lagrimas à los ojos; y con voz dolorida, y enferma le dixo: Señor mio, yo confiesso, que para ser del todo asno, no me falta mas de la cola; si V.md. quiere ponermela, yo la darè por bien puesta, y le servirè como jumento todos los dias, que me quedan de vida. V.md. me perdone, y se duela de mi mocedad; y advierta, que sè poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad, que de malicia; mas quien yerra, y se enmienda, à Dios se encomienda. Maravillàrame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancillo en tu coloquio. Aora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aqui adelante tan amigo de tu interès, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes, y animes à esperar el cumplimiento de mis promessas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondiò, que sì harìa, aunque sacasse fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Quixote se acomodò al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales arboles, y otros sus semejantes siempre tienen pies, y no manos. Sancho passò la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quixote la passò en sus continuas memorias; pero con todo esso dieron los ojos al sueño, y al salir del Alva siguieron su camino, buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucediò lo que se contarà en el Capitulo venidero.

CAP. XXIX. *De la famosa aventura del barco encantado.*

POR sus passos contados, y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda llegaron Don Quixote, y Sancho al rio Ebro, y el verle fue de gran gusto à Don Quixote, porque contemplò, y mirò en èl la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus liquidos crystales, cuya alegre vista renovò en su memoria mil amorosos pensamientos; especialmente fue, y vino en lo que avia visto en la Cueva de Mon-

fontesinos, que puesto que el mo-
o de Maese Pedro le avia dicho,
ue parte de aquellas cosas era
erdad, y parte mentira; èl se ate-
ia mas à las verdaderas, que à las
entirosas: bien al revès de San-
ho, que todas las tenia por la mis-
a mentira. Yendo, pues, de esta
anera, se le ofreciò à la vista un
equeño barco sin remos, ni otras
ircias algunas, que estaba atado en
l orilla de un rio à un tronco de un
rbol, que en la ribera estaba. Mirò
l. Quixote à todas partes, y no viò
ersona alguna, y luego sin mas, ni
as se apeò de Rocinante, y man-
ò à Sancho, que lo mismo hiciesse
el rucio, y que à entrambas bestias
s atasse muy bien juntas al tron-
o de un alamo, ò sauce, que alli
staba. Preguntòle Sancho la causa
le aquel subito apeamiento, y de
aquel ligamiento. Respondiò Don
Quixote: Has de saber, Sancho, que
ste barco, que aqui està derecha-
ente, y sin poder ser otra cosa en
ontrario, me està llamando, y com-
idando à que entre en èl, y vaya
n èl à dàr socorro à algun Cava-
ero, ò à otra necesitada, y prin-
ipal persona, que debe de estàr
uesta en alguna grande cuita, por-
ue este es estilo de los libros de las
istorias Cavallerescas, y de los en-
antadores, que en ellas se entre-
eten, y platican quando algun Ca-
allero està puesto en algun tra-
ajo, que no puede ser librado de
l sino por la mano de otro Caya-
lero, puesto que estèn distantes el
no del otro dos, ò tres mil leguas,
y aun mas, ò le arrebatan en una
nube, ò le deparan un barco don-
de se entre, y en menos de un
abrir, y cerrar de ojos le llevan,
ò por los ayres, ò por la mar,
donde quieren, y adonde es me-
nester su ayuda: assi que, ò San-
cho, este barco està puesto aqui
para el mismo efecto, y esto es tan
verdad como aora es de dia; y
antes que este se passe, ata juntos
al rucio, y à Rocinante, y à la ma-
no de Dios que nos guie, que no
dexarè de embarçarme, si me lo
pidiessen Frayles Descalços. Pues
assi es, respondiò Sancho, y vues-
tra merced quiere dar à cada passo
en estos, que no sè si los llama
disparates, no ay sino obedecer,
y baxar la cabeza, atendiendo al
refran: *Haz lo que te amo te mande, y sientate con èl à la mesa*;
pero con todo esto, por lo que to-
ca al descargo de mi conciencia,
quiero advertir à V.md. que à mì
me parece, que este tal barco no
es de los encantados, sino de al-
gunos pescadores de este rio, por-
que en èl se pescan las mejores sa-
bogas del mundo. Esto decia mien-
tras ataba las bestias Sancho, de-
xandolas à la proteccion, y am-
paro de los encantadores, con
harto dolor de su anima. Don
Quixote le dixo, que no suviesse
pena del desamparo de aquellos
animales, que el que los llevaria à ellos por tan longinquos ca-
minos, y regiones, tendria cuen-
ta de sustentarlos. No entiendo es-
to de longinquos, dixo Sancho, ni
he oìdo tal vocablo en todos los
dias de mi vida. Longinquos, res-
pon-

pondiò Don Quixote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estàs tu obligado à saber latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran. Yà estàn atados, replicò Sancho, què hemos de hacer aora? Què? respondiò Don Quixote, santiguarnos, y levar ferro; quiero decir, embarcarnos, y cortar la amarra con què este barco està atado: y dando un salto en èl, siguiendole Sancho, cortò el cordèl, y el barco se fue apartando poco à poco de la ribera; y quando Sancho se viò obra de dos varas dentro del rio, comenzò à temblar, temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le diò mas pena que el oir roznar al rucio, y el vèr que Rocinante pugnaba por desatarse; y dixole à su señor: El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad, para arrojarse tràs nosotros. O carisimos amigos! quedaos en paz, y la locura què nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos buelva à vuestra presencia; y en esto comenzò à llorar tan amargamente, que Don Quixote, mohino, y colerico, le dixò: De què temes, cobarde criatura? De què lloras, corazon de mantequillas? Quien te persigue, ò quien te acosa; animo de ratòn casero? O què te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha vas caminando à pie, y descalzo por las montañas Rifeas? sino sentado en una tabla, como un Archiduque, por el sesgo curso de este agradable rio, de donde en breve espacio saldrèmos al mar dilatado; pero yà avemos de aver salido, y caminado por lo menos setecientas, ò ochocientas leguas: y si yo tuviera aqui un astrolabio con que tomar la altura del Polo, yo te dixera las que hemos caminado, aunque, ò yo sè poco, ò yà hemos passado, ò passarèmos presto por la linea Equinocial, que divide, y corta los dos contrapuestos Polos en igual distancia. Y quando llegàemos à essa leña, que vuestra merced dice, pregumtò Sancho, quanto avrèmos caminado? Mucho, repitiò Don Quixote, porque de trescientos y sesenta grados, que contiene el globo del agua, y de la tierra, segun el computo de Ptolomèo, que fue el mayor Cosmografo que se sabe, la mitad avrèmos caminado, llegando à la linea que he dicho. Por Dios, dixo Sancho, que V.md. me trae por testigo de lo que dice à una gentil persona, puto, y gafo, con la añadidura de meon, ò meo, ò no se como. Riòse Don Quixote de la interpretacion que Sancho avia dado al nombre, y al computo, y cuenta del Cosmografo Ptolomeo, y dixole: Sabràs, Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cadiz para ir à las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han passado la linea Equinocial, que te he dicho, es que à todos los que van en el Navio se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el

Ba-

Barèl le hallarán, si le pesan à oro: y assi puedes, Sancho, passear una mano por un muslo, y si toparen cosa viva, saldrèmos de esta duda; y si no, passado avemos. Yo no creo nada de esso, respondiò Sancho; pero con todo harè lo que vuestra merced me manda, aunque no sè para què ay necessidad de hacer estas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos, que no nos avemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos descubierto de donde estan las alamedas mas de varas, porque alli estàn Rocinante, y el rucio en el propriò lugar do los dexamos; y tomada la mira, como yo la tomo aora, voto à tal, que no nos movemos, ni andamos al passo de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tù no sabes què cosa sean Coluros, Lineas, Paralelos, Zodiacos, Cliticas, Polos, Solsticios, Equinoccios, Planetas, Signos, Puntos, y Medidas, de que se compone la Esfera Celeste, y Terrestre, que si todas estas cosas supieras, ò parte de ellas, vieras claramente, què de Paralelos hemos cortado, què de Signos visto, y què de imagenes hemos dexado atras, y vamos dexando aora. Y tornote à decir, que te tientes, y pesques, que yo para mì tengo, que estas mas limpio, que un pliego de papel liso, y blanco. Tentòse Sancho, y llegando con la mano bonitamente, y con tiento azia la corba izquierda, alzò la cabeza, y mirò à su amo, y dixo: O la experiencia es falsa, ò no hemos llegado adonde vuestra merced dice, ni con muchas leguas. Pues què, preguntò Don Quixote, has topado algo? Y aùn algos, respondiò Sancho, y sacudiendose los dedos, se lavò toda la mano en el rio, por el qual sossegadamente le deslizaba el Barco por mitad de la corriente, sin que le moviesse alguna diligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces, y suave. En esto descubrieron unas grandes haceñas, que en la mitad del rio estaban; y apenas las huvo visto Don Quixote, quando con voz alta dixo à Sancho: Ves alli, ò amigo, se descubre la Ciudad, Castillo, ò Fortaleza donde debe de estàr algun Cavallero oprimido, ò alguna Reyna, Infanta, ò Princesa malparada, para cuyo socorro soy aqui traìdo. Què diablos de Ciudad, Fortaleza, ò Castillo dice vuestra merced, señor, dixo Sancho? No echa de vèr, que aquellas son haceñas, que estàn en el rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dixo Don Quixote, que aunque parecen haceñas, no lo son, y yà te he dicho, que todas las cosas trastruecan, y mudan de su sèr natural los encantos; no quiero decir, que las mudan de uno en otro sèr realmente, sino que lo parece, como lo mostrò la experiencia en la transformacion de Dulcinea, unico refugio de mis esperanzas. En esto el Barco, entrado en la mitad de la corriente del rio, comenzò à caminar, no tan lentamente

como hasta allí. Los Molineros de las haceñas, que vieron venir aquel Barco por el Rio, y que se iba al embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos de ellos con varas largas à detenerle; y como salian enharinados, y cubiertos los rostros, y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista, dabanvoces grandes, diciendo: Demonios de hombres, donde vais? venis desesperados? què quereis ahogaros, y haceros pedazos en estas ruedas? No te dixe yo, Sancho, dixo à esta sazon Don Quixote, que avíamos llegado donde he de mostrar à do llega el valor de mi brazo? mira què de malandrines, y follones me salen al encuentro; mira quantos vestiglos se le oponen, mira quantas feas cataduras nos hacen cocos; pues aora lo veréis, bellacos; y puesto en pie en el Barco, con grandes voces comenzò à amenazar à los Molineros, diciendoles: Canalla malvada, y peor aconsejada, dexad en su libertad, y libre albedrio à la persona, que en essa vuestra fortaleza, ò prision teneis oprimida, alta, ò baxa, de qualquiera suerte, ò calidad que sea, que yo soy Don Quixote de la Mancha, llamado el Cavallero de los Leones por otro nombre, à quien està reservada por orden de los altos Cielos el dar fin felice à esta Aventura; y diciendo esto, sacò mano à su espada, y comenzò à esgrimirla en el ayre contra los Molineros, los quales oyendo, y no entendiendo aquellas razones, se pusieron con sus varas à detener el Barco, que yà iba entrando en el raudal, y canal de las ruedas. Pusose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al Cielo le librasse de tan manifiesto peligro, por la industria, y presteza de los Molineros, que oponiendose con sus palos al Barco, le detuvieron, pero no de manera, que dexassen de trastornar el Barco, y dar con Don Quixote, y con Sancho al través en el agua; pero yinole bien à Don Quixote, que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevò al fondo dos veces; y si no fuera por los Molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso à entrambos, alli avia sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, mas mojados, que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas, y los ojos clavados al Cielo, pidiò à Dios, con una larga, y devota plegaria, le librasse de alli adelante de los atrevidos deseos, y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los Pescadores dueños del Barco, à quien avian hecho pedazos las ruedas de las haceñas, y viendole roto, acometieron à desnudar à Sancho, y à pedir à Don Quixote se lo pagasse, el qual con gran sosiego, como si no huviera passado nada por èl, dixo à los Molineros, y Pescadores, que èl pagaria el Barco de bonissima gana, con condicion, que le diessen libre, y sin cautela à la persona, ò personas, que en aquel su Castillo estaban oprimidas. Què personas, ò

ò què Castillo dice, respondiò uno de los Molineros, hombre sin juicio? quiereſe llevar por ventura los que vienen à molet trigo à estas haceñas? Basta, dixo entre sì Don Quixote, aqui serà predicar en desierto, querer reducir à esta canalla à que por ruegos haga virtud alguna. Y en esta aventura se deben de aver encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorva lo que el otro intenta; el uno me deparò el Barco, y el otro diò conmigo al través. Dios lo remedie, que todo este mundo es maquinas, y trazas, contrarias unas de otras. Yo no puedo mas; y alzando la voz, prosiguiò diciendo, y mirando à las haceñas: Amigos, qualesquiera que seais, que en essa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita; para otro Cavallero debe de estàr guardada, y reservada esta aventura. En diciendo esto, se concertò con los Pescadores, y pagò por el Barco cinquenta reales, que los diò Sancho de muy mala gana, diciendo: A dos barcadas como estas, darèmos con todo el caudal al fondo. Los Pescadores, y Molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender à do se encaminaban las razones, y preguntas, que Don Quixote les decia; y teniendolos por locos, los dexaron, y se recogieron à sus haceñas, y los Pescadores à sus ranchos. Bolvieron à sus bestias, y à ser bestias Don Quixote, y Sancho. Y este fin tuvo la aventura del encantado Barco.

CAP. XXX. *De lo que le avino à Don Quixote con una bella cazadora.*

ASsaz melancolicos, y de mal talante llegaron à sus animales Cavallero, y Escudero, especialmente Sancho, à quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciendole, que todo lo que de èl se quitaba, era quitarselo à èl de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron à cavallo, y se apartaron del famoso Rio, Don Quixote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estaba bien lexos de tenerle; porque aunque era tonto, bien se le alcanzaba, que las acciones de su amo, todas, ò las mas eran disparates, y buscaba ocasion, de que sin entrar en cuentas, ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrasse, y se fuesse à su casa; pero la fortuna ordenò las cosas muy al reves de lo que el temia. Sucedió, pues, que otro dia al ponerse del Sol, y al salir de una selva, tendió Don Quixote la vista por un verde prado, y en lo ultimo de èl vió gente, y llegandose cerca, conociò, que eran cazadores de alcanerìa. Llegòse mas, y entre ellos vió una gallarda Señora sobre un palafren, ò

hacanèa blanquisima, adornada de guarniciones verdes, y con un fillòn de plata. Venìa la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra, y ricamente, que la misma bizarrìa venìa transformada en ella: En la mano izquierda traìa un azòr, señal, que diò à entender à Don Quixote, ser aquella alguna gran señora, que debìa serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y assi dixo à Sancho: Corre, hijo Sancho, y di a aquella señora del palafren, y del azòr, que yo el Cavallero de los Leones beso las manos à su gran fermosura, y que si su grandeza me dà licencia, se las irè a besar, y à servirla en quanto mis fuerças pudieren, y su Alteza me mandare; y mira, Sancho, como hablas, y ten cuenta de no encaxar algun refran de los tuyos en tu embaxada. Hallado os le aveis el encaxador, respondiò Sancho; à mì con esso, sì, que no es esta la vez primera que he llevado embaxadas à altas, y crecidas señoras en esta vida. Si no fue la que llevaste a la señora Dulcinea, replicò Don Quixote, yo no se que ayas llevado otra, à lo menos en mi poder. Assi es verdad, respondiò Sancho, y pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que à mì no ay que decirme, ni advertirme de nada; que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dixo Don Quixote, ve en buen hora, y Dios te guie. Partiò Sancho de carrera, sacando de su passo al rucio, y llegò donde la bella cazadora estaba; y apeandose, puesto ante ella de hinojos, la dixo: Hermosa señora, aquel Cavallero, que alli se parece, llamado el Cavallero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, à quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal Cavallero de los Leones (que no ha mucho que se llamaba el de la Triste Figura) embia por mì à decir à vuestra grandeza, sea servida de darle licencia, para que con su proposito, beneplacito, y consentimiento, èl venga à poner en obra su deseo, que no es otro, segun èl dice, y yo pienso, que de servir à vuestra encumbrada altanerìa, y fermosura, que en darsela vuestra señoria, harà cosa, que redunde en su pro, y èl recibirà señaladissima merced, y contento. Por cierto, buen escudero, respondiò la señora, vos aveis dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias, que las tales embaxadas piden: levantaos de el suelo, que escudero de tan gran Cavallero, como es el de la Triste Figura (de quien yà tenemos acà mucha noticia) no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid à vuestro señor, que ve ga mucho en hora buena à servirse de mi, y del Duque mi marido, en una casa de placer, que aqui tenemos. Levantòse Sancho admirado, assi de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza, y cortesìa; y mas de lo que le avia dicho, que tenia noticia de

su señor el Cavallero de la Triste Figura; y que si no le avia llamado el de los Leones, debia de ser por averse le puesto tan nuevamente. Preguntòle la Duquesa (cuyo titulo aùn no se sabe) decidme, hermano escudero, este vuestro señor no es uno de quien anda impressa una Historia, que se llama del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que tiene por señora de su alma à una tal Dulcinèa del Toboso? El mismo es, señora, respondiò Sancho, y aquel escudero suyo, que anda, ù debe de andar en la tal Historia, à quien llaman Sancho Panza, soy yo, sino es que me trocaron en la cuna: quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo esso me huelgo yo mucho, dixo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid à vuestro señor, que èl sea bien llegado, y el bien venido à mis Estados; y que ninguna cosa me pudiera venir, que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta, con grandissimo gusto bolviò à su amo, à quien contò todo lo que la gran señora le avia dicho, levantando con sus rusticos terminos à los Cielos su mucha fermosura, su gran donayre, y cortesia. Don Quixote se gallardeò en la silla, pusose bien en los estrivos, acomodòse la visera, arremetiò à Rocinante, y con gentil denuedo fue à besar las manos à la Duquesa, la qual haciendo llamar al Duque su marido, le contò, en tanto que Don Quixote llegaba, toda la embaxada suya; y los dos, por aver leìdo la Primera Parte de esta Historia, y aver entendido por ella el disparatado humor de Don Quixote, con grandissimo gusto, y con deseo de conocerle, le atendian con presupuesto de seguirle el humor, y conceder con èl en quanto les dixesse, tratandole como à Cavallero Andante los dias que con ellos se detuviesse, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de Cavallerias, que ellos avian leìdo, y aùn les eran muy aficionados. En esto llegò Don Quixote alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudiò Sancho à tenerle el estrivo; pero fue tan desgraciado, que al apearse de el rucio, se le asiò un pie en una soga de la albarda, de tal modo, que no fue posible desenredarle, antes quedò colgado de èl, con la boca, y los pechos en el suelo. Don Quixote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviessen el estrivo, pensando que yà Sancho avia llegado à tenerse le, descargò de golpe el cuerpo, y llevòse tras sì la silla de Rocinante, que debia de estàr mal cinchado, y la silla, y èl vinieron al suelo, no sin verguenza suya, y de muchas maldiciones, que entre dientes echò al desdichado de Sancho, que aùn todavia tenia el pie en la corma. El Duque mandò à sus Cazadores, que acudiessen al Cavallero, y al escudero, los quales levantaron à Don Quixote maltratado de la caìda, y renqueando, y como pudo, fue à hin-

hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintiò en ninguna manera, antes apeandose de su cavallo, fue à abrazar à Don Quixote, diciendole: A mì me pesa, señor Cavallero de la Triste Figura, que la primera que vuestra merced ha hecho en mi tierra, aya sido tan mala como se ha visto: pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucessos. El que yo he tenido en veros, valeroso Principe, respondiò Don Quixote, es imposible ser malo, aunque mi caìda no parara hasta el profundo de los abismos, pues de alli me levantara, y me sacara la gloria de averos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata, y cincha una silla para que estè firme: pero como quiera que yo me halle caìdo, ò levantado, à pie, ò à cavallo, siempre estarè al servicio vuestro, y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal Princesa de la cortesìa. Passito, mi señor Don Quixote de la Mancha, dixo el Duque, que adonde està mi señora Doña Dulcinea del Toboso, no es razon que se alaben otras fermosuras. Ya estaba à esta sazon libre Sancho Panza del lazo, y hallandose alli cerca, antes que su amo respondiesse, dixo: No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso; pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir, que esto que llaman naturaleza, es como un alcaller, que hace vasos de barro; y el que hace un vaso hermoso, tambien puede hacer dos, y tres, ò ciento; digolo, porque mi señora la Duquesa à fee que no và en zaga à mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Bolviòse Don Quixote à la Duquesa, y dixo: Vuestra grandeza imagine, que no tuvo Cavallero Andante en el mundo escudero mas hablador, ni mas gracioso del que yo tengo, y èl me sacarà verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mì. A lo que respondiò la Duquesa: De que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal, que es discreto: que las gracias, y los donayres, señor Don Quixote, como vuestra merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso, y donayroso, desde aqui le confirmo por discreto. Y hablador, añadiò Don Quixote. Tanto que mejor, dixo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Cavallero de la Triste Figura. De los Leones ha de decir vuestra Alteza, dixo Sancho, que yà no ay Triste Figura; el seguro sea el de los Leones. Prosiguiò el Duque: Digo, que venga el señor Cavallero de los Leones à un Castillo mio, que està aqui cerca, donde se le harà el acogimiento, que à tan alta persona se debe justamente, y el que yo, y la Duquesa solemos hacer à todos los Ca-

Cavalleros Andantes, que à èl llegan. Yà en esto Sancho avia aderezado, y cinchado bien la silla à Rocinante; y subiendo en èl Don Quixote, y el Duque en un hermoso cavallo, pusieron à la Duquesa en medio, y encaminaron al Castillo. Mandò la Duquesa à Sancho, que fuesse junto à ella, porque gustaba infinito de oìr sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretexiòse entre los tres, y hizo quarto en la conversacion, con gran gusto de la Duquesa, y del Duque, que tuvieron à gran ventura acoger en su Castillo tal Cavallero Andante, y tal escudero andado.

CAP. XXXI. *Que trata de muchas, y grandes cosas.*

SUma era la alegria que llevaba consigo Sancho, viendose, à su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba, que avia de hallar en su Castillo lo que en la casa de Don Diego, y en la de Basilio, siempre aficionado à la buena vida, y assi tomaba la ocasion por la melena, en esto del regalarse cada, y quando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la Historia, que antes que à la casa de placer, ò Castillo llegassen, se adelantò el Duque, y diò orden à todos sus criados del modo que avian de tratar à Don Quixote, el qual como llegò con la Duquesa à las puertas del Castillo, al instante salieron de èl dos Lacayos, ò Palafreneros, vestidos hasta los pies de unas ropas que llamaban de levantar, de finissimo raso carmesì, y cogiendo à Don Quixote en brazos, sin ser oìdo, ni visto, le dixeron: Vaya la vuestra grandeza à apear à mi señora la Duquesa. Don Quixote lo hizo, y huvo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto, venciò la porfia de la Duquesa, y no quiso decender, ò baxar del palafrèn sino en los brazos del Duque, diciendo, que no se hallaba digna de dar à tan gran Cavallero tan inutil carga. En fin, salìò el Duque à apearla, y al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros à D. Quixote un gran mantòn de finissima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados, y criadas de aquellos señores, diciendo à grandes voces: Bien sea venido la flor, y la nata de los Cavalleros Andantes, y todos, ò los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quixote, y sobre los Duques; de todo lo qual se admiraba Don Quixote, y aquel fue el primer dia, que dò todo en todo conociò, y creyò ser Cavallero Andante, verdadero, y no fantastico, viendose tratar del mismo modo, que èl avia leìdo se trataban los tales Cavalleros en los siglos passados. Sancho, desamparando al rucio, se cosiò con la Duquesa, y se entrò en el Castillo, y remordiendole la conciencia de que dexaba al jumento solo, se llegò à una reverenda dueña,

que, con otras, à recibir à la Duquesa avia salido, y con voz baxa la dixo: Señora Gonzalez, ò como es su gracia de vuestra merced. Doña Rodriguez de Grijalva me llamo, respondiò la dueña; què es lo que mandais, hermano? A lo que respondiò Sancho: Querria, que vuestra merced me la hiciesse de salir à la puerta del Castillo, donde hallarà un asno rucio mio, vuestra merced sea servida de mandarle poner, ò ponerle en la cavalleriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallarà à estàr solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondiò la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho en hora mala para vos, y para quien acà os traxo, y tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas de esta casa no estamos acostumbradas à semejantes haciendas. Pues en verdad, respondiò Sancho, que he oìdo decir à mi señor, que es zahori de las historias, contando aquella de Lanzarote, quando de Bretaña vino, que damas curaban de èl, y dueñas del su rocino, y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocin del señor Lanzarote. Hermano, si fois juglar, replicò la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan, y se os paguen, que de mì no podreis llevar sino una higa. Aùn bien, respondiò Sancho, que serà bien madura, pues no perderà vuestra merced la quinola de sus años por punto menor. Hijo de puta, dixo la dueña, toda yà encendida en colera, si soy vieja, ò no, à Dios darè la cuenta, que no à vos, bellaco, harto de ajos; y esto dixo en voz tan alta, que la oyò la Duquesa: y bolviendo, y viendo à la dueña tan alborotada, y tan encarnizados los ojos, la preguntò con quien las avia? Aqui las he, respondiò la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente, que vaya à poner en la cavalleriza à un asno suyo, que està à la puerta del Castillo, trayendome por exemplo, que assi lo hicieron no sè donde, que unas damas curaron à un tal Lanzarote, y unas dueñas à su rocino, y sobre todo, por buen termino, me ha llamado vieja. Esso tuviera yo por afrenta, respondiò la Duquesa; mas que quantas pudieran decirme; y hablando con Sancho, le dixo: Advertid, Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad, y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondiò Sancho, si lo dixe por tanto; solo lo dixe, porque es tan grande el cariño que tengo à mi jumento, que me pareciò que no podia encomendarle à persona mas caritativa, que à la señora Doña Rodriguez. Don Quixote, que todo lo oìa, le dixo: Platicas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondiò Sancho, cada uno ha de hablar de su menester, donde quiera que estuviere: Aqui se me acordò del rucio, y aqui hablè de èl; y si en la cavalleriza se me acordàra,

dira, alli hablara. A lo que dixo el Duque: Sancho està muy en lo cierto, y no ày que culparle en nada: al rucio se le darà recado à pedir de boca; y descuide Sancho, que se le tratarà como à su misma persona. Con estos razonamientos, gustosos à todos, sino à Don Quixote, llegaron à lo alto, y entraron à Don Quixote en una sala adornada de telas riquissimas de oro, y de brocado; seis doncellas le desarmaron, y sirvieron de pages, todas industriadas, y advertidas del Duque, y de la Duquesa de lo que avian de hacer, y de como avian de tratar à Don Quixote, para que imaginasse, y viesse que le trataban como à Cavallero Andante. Quedò Don Quixote, despues de desarmado, en sus estrechos greguescos, y en sujubòn de camuza, seco, alto, tendido, con las quixadas, que por de dentro se besaba la una con la otra: figura, que à no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fue una de las precisas ordenes que sus señores les avian dado) rebentaran riendo. Pidieronle, que se dexasse desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintiò, diciendo, que la honestidad parecia tan bien en los Cavalleros Andantes, como la valentia. Con todo dixo, que diessen la camisa à Sancho; y encerrandose con èl en una quadra, donde estaba un rico lecho, se desnudò, y vistiò la camisa: y viendose solo con Sancho, le dixo: Dime, truan moderno, y majadero antiguo, parecete bien deshonrar, y afrentar una dueña tan venerada, y tan digna de respeto como aquella? Tiempos eran aquellos para acordarte del rucio? O señores son estos para dexar mal passar à las bestias, tratando tan elegantemente à sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza, de manera, que caygan en la cuenta de que eres de villana, y grossera tela texido. Mira, pecador de ti, que en tanto mas es tenido el señor, quanto tiene mas honrados, y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores, que llevan los Principes à los demàs hombres, es, que se sirven de criados tan buenos como ellos. No advirtes, angustiado de ti, y mal aventurado de mi, que si vèn que tù eres un grossero villano, ò un mentecato gracioso, pensaràn que yo soy algun echacuervos, ò algun Cavallero de mohatra? No, no, Sancho amigo, huye, huye de estos inconvenientes, que quien tropieza de hablador, y en gracioso, al primer puntapiè cae, y dà en truan desgraciado. Enfrena la lengua, considera, y rumia las palabras antes que te salgan de la boca; y advierte, que hemos llegado à parte, donde, con el favor de Dios, y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio, y quinto en fama, y en hacienda. Sancho le prometiò con muchas veras de coserse la boca, ò moderarse la lengua antes de hablar palabra, que no fuesse muy à propòsito, y bien con-

sider-

siderada, como èl se lo mandaba; y que descuidasse acerca de lo tal, que nunca por èl se descubriria quien ellos eran. Vistiòse Don Quixote, pusose su tahalì con su espada, echòse el mantòn de escarlata acuestas, pusose una montera de raso verde, que las Doncellas le dieron; y con este adorno saliò à la gran sala, adonde hallò à las Doncellas puestas en ala, tantas à una parte, como à otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la qual le dieron con muchas reverencias, y ceremonias: luego llegaron doce Pages con el Maestre-Sala para llevarle à comer, que yà los señores le aguardaban. Cogieronle en medio, y lleno de pompa, y magestad le llevaron à otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos quatro servicios: la Duquesa, y el Duque salieron à la puerta de la sala à recibirle, y con ellos un grave Eclesiastico, de estos que goviernan las Casas de los Principes; de estos, que como no nacen Principes, no aciertan à enseñar como lo han de ser los que lo son; de estos, que quieren que la grandeza de los Grandes se mida con la estrecheza de sus animos; de estos, que queriendo mostrar à los que ellos goviernan à ser limitados, les hacen ser miserables. De estos tales digo, que debia de ser el grave Religioso, que con los Duques saliò à recibir à Don Quixote: Hicieronse mil corteses comedimientos; y finalmente, cogiendo à Don Quixote en medio, se fueron à sentar à la mesa. Combidò el Duque à Don Quixote con la cabecera de la mesa; y aunque èl lo rehusò, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la huvo de tomar. El Eclesiastico se sentò frontero, y el Duque, y la Duquesa à los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado, y atonito de ver la honra, que à su señor aquellos Principes le hacian; y viendo las muchas ceremonias, y ruegos que passaron entre el Duque, y Don Quixote para hacerle sentar à la cabecera de la mesa, dixo: Si sus mercedes me dàn licencia, les contarè un cuento, que passò en mi Pueblo acerca de esto de los asientos. Apenas huvo dicho esto Sancho, quando Don Quixote temblò, creyendo sin duda, que avia de decir alguna necedad. Mirole Sancho, y entendiòle, y dixo: No tema vuestra merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa, que no venga muy à pelo, que no se me han olvidado los consejos, que poco hà vuestra merced me diò sobre el hablar mucho, ò poco, ò bien, ò mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondiò Don Quixote, di lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dixo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quixote, que està presente, no me dexarà mentir. Por mì, replicò Don Quixote, miente tù, Sancho, quanto quisieres, que yo no te irè à la mano; pero mira lo que vas à decir. Tan mirado, y remirado lo tengo, que à buen salvo

està

està el que repica, como se verà por la obra. Bien serà, dixo D. Quixote, que vuestras grandezas manden echar de aqui à este tonto, que dirà mil patochadas. Por vida del Duque, dixo la Duquesa, que no se ha de apartar de mi Sancho un punto, quierole yo mucho, porque sè que es muy discreto. Discretos dias, dixo Sancho, viva vuestra santidad, por el buen credito que de mi tiene, aunque en mi no lo aya; y el cuento que quiero decir es este. Combidò un Hidalgo de mi Pueblo, muy rico, y principal, porque venìa de los Alamos de Medina del Campo, que casò con Doña Mencìa de Quiñones, que fue hija de D. Alonso Marañòn, Cavallero del Avito de Santiago, que se ahogò en la Herradura, por quien huvo aquella pendencia años hà en nuestro Lugar, que à lo que entiendo, mi señor D. Quixote se hallò en ella, de donde saliò herido Thomasillo el travieso, el hijo de Balvastro el Herrero. No es verdad esto, señor nuestro amo? Digalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta aora, dixo el Eclesiastico, mas os tengo por hablador, que por mentiroso; pero de aqui adelante no sè por lo que os tendrè. Tù das tantos testigos, Sancho, dixo D. Quixote, y tantas señas, que no puedo dexar de decir, que debes de decir verdad: passa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dixo la Duquesa, por hacerme à mi placer; antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuessen, serìan para mi los mejores que huviesse llevado en mi vida. Digo, pues, señores mios, prosiguiò Sancho, que este tal Hidalgo, que yo conozco como à mis mismas manos (porque no ay de mi casa à la suya un tiro de ballesta) combidò un Labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dixo à esta sazon el Religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararè, si Dios fuere servido, respondiò Sancho; y assi digo, que llegando el tal Labrador à casa del dicho Hidalgo combidador, que buen poso aya su anima, que yà es muerto; y por mas señas dicen, que hizo una muerte de un Angel, que yo no me hallè presente, que havia ido por aquel tiempo à segar à Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que bolvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al Hidalgo (si no quereis hacer mas exequias) acabeis vuestro cuento. Es, pues, el caso, replicò Sancho, que estando los dos para assentarse à la mesa, que parece que aora los veo mas que nunca. Gran gusto recibian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen Religioso de la dilacion, y pausas con que Sancho contaba su cuento, y D. Quixote se estaba consumiendo en colera, y en sabia. Digo assi, dixo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para assentarse à la mesa, el Labrador por-

porfiaba con el Hidalgo, que tomaſſe la cabecera de la meſa; y el Hidalgo porfiaba tambien, que el Labrador la tomaſſe, porque en ſu caſa ſe avia de hacer lo que el mandaſſe; pero el Labrador, que preſumia de cortès, y bien criado, jamàs quiſo, haſta que el Hidalgo, mohino, poniendole ambas manos ſobre los hombros, le hizo ſentar por fuerza, diciendole: Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me ſiente, ſerà vueſtra cabecera; y eſte es el cuento, y en verdad, que creo, que no ha ſido aqui traìdo fuera de propoſito. Puſoſe Don Quixote de mil colores, que ſobre lo moreno le jaſpeaban, y ſe le parecian; los ſeñores diſsimulaban la riſa, porque Don Quixote no acabaſſe de correrſe, aviendo entendido la malicia de Sancho: y por mudar de platica, y hacer que Sancho no proſiguieſſe con otros tantos diſparates, preguntò la Duqueſa à Don Quixote, que què nuevas tenia de la ſeñora Dulcinea; y que ſi la avia embiado aquellos dias algunos preſentes de Gigantes, ò malandrines, pues no podia dexar de aver vencido muchos? A lo que Don Quixote reſpondiò: Señora mìa, mis deſgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendràn fin. Gigantes he vencido, y follones, y malandrines la he embiado; pero adonde la avian de hallar, ſi eſtà encantada, y buelta en la mas fea Labradora, que imaginar ſe puede? No sè, dixo Sancho Panza, à mi me parece la mas hermoſa criatura del mundo; à lo menos en la ligereza, ò en el brincar, bien sè yo, que no darà ella la ventaja à un bolteador: à buena fee, ſeñora Duqueſa, aſsi falta deſde el ſuelo ſobre una borrica, còmo ſi fuera un gato. Aveisla viſto vos encantada, Sancho? preguntò el Duque. Y como ſi la he viſto, reſpondiò Sancho; pues quien diablos, ſino yo, fui el primero que cayò en el achaque del encantorio? tan encantada eſtà como mi padre. El Eccleſiaſtico, que oyò decir de Gigantes, de follones, y de encantados, cayò en la cuenta de que aquel debia de ſer Don Quixote de la Mancha, cuya Hiſtoria leìa el Duque de ordinario, y èl ſe lo avia reprehendido muchas veces, diciendole, que era diſparate leer tales diſparates; y enterandoſe ſer verdad lo que ſoſpechaba, con mucha colera, hablando con el Duque, le dixo: Vueſtra Excelencia, ſeñor mio, tiene que dar cuenta à nueſtro Señor de lo que hace eſte buen hombre. Eſte Don Quixote, ò eſte Don tonto, ò como ſe llama, imagino yo, que no debe de ſer tan mentecato como vueſtra Excelencia quiere que ſea, dandole ocaſiones à la mano para que lleve adelante ſus ſandeceas, y variedades. Y bolviendo la platica à Don Quixote, le dixo: Y à vos, alma de cantaro, quien os ha encaxado en el celebro, que ſois Cavallero Andante, y que venceis Gigantes, y prendeis malandrines? Andad en hora buena, y en tal ſe os diga, bolveos à vueſtra caſa, y criad vueſtros hijos, ſi los teneis, y curad de vueſtra hacienda,

y dexad de andar vagando por el mundo papando viento, y dando que reir à quantos os conocen, y no conocen. En donde, noramala, tal aveis vos hallado, que huvo, ni ay aora Cavalleros Andantes? Donde ay Gigantes en Eſpaña, ò malandrines en la Mancha, ni Dulcinèas encantadas, ni toda la caterva de las ſimplicidades, que de vos ſe cuentan? Atento eſtuvo Don Quixote à las razones de aquel venerable varon; y viendo que yà callaba, ſin guardar reſpeto à los Duques, con ſemblante ayrado, y alborotado roſtro, ſe puſo en pie, y dixo: Pero eſta reſpueſta Capitulo por sì merece.

CAP. XXXII. *De la reſpueſta que diò Don Quixote à ſu reprehenſor, con otras graves, y graciosos ſucesſos.*

LEvantado, pues, en pie Don Quixote, temblando de los pies à la cabeza, como azogado, con preſurosa, y turbada lengua dixo: El lugar donde eſtoy, y la preſencia ante quien me hallo, y el reſpeto que ſiempre tuve, y tengo al eſtado que vueſtra merced profeſſa, tienen, y atan las manos de mi juſto enojo; y aſsi por lo que he dicho, como por ſaber, que saben todos, que las armas de los Togados ſon las miſmas que las de la muger, que ſon la lengua, entrarè con la mia en igual batalla con vueſtra merced, de quien ſe debia eſperar antes buenos conſejos, que infames vituperios: las reprehenſiones ſantas, y bien intencionadas, otras circunſtancias requieren, y otros puntos piden: A lo menos el averme reprehendido en publico, y tan aſperamente, ha paſſado todos los limites de la bue-

buena reprehenſion, pues las primeras mejor aſsientan ſobre la blandura, que ſobre la aſpereza; y no es bien, que ſin tener conocimiento del pecado que ſe reprehende, llamar al pecador, ſin mas, ni mas, mentecato, y tonto. Si no, digame vueſtra merced, por qual de las mentecaterias, que en mi ha viſto, me condena, y vitupera, y me manda, que me vaya à mi caſa à tener cuenta en el govierno de ella, de mi muger, y de mis hijos, ſin ſaber ſi la tengo, ò los tengo? No ay mas ſino à troche moche entrarſe por las caſas agenas à governar ſus dueños, y aviendoſe criado algunos en la eſtrecheza de algun pupilage, ſin aver viſto mas mundo, que el que puede contenerſe en veinte, ò treinta leguas de diſtrito, meterſe de rondòn à dàr leyes à la Cavalleria, y à juzgar de los Cavalleros Andantes? Por ventura es aſſumpto vano, ò es tiempo mal gaſtado el que ſe gaſta en vagar por el mundo, no buſcando los regalos de èl, ſino las aſperezas, por donde los buenos ſuben al aſsiento de la immortalidad? Si me tuvieran por tonto los Cavalleros, los magnificos, los generoſos, los altamente nacidos, tuvieralo por afrenta inreparable; pero de que me tengan por ſandio los Eſtudiantes, que nunca entraron, ni piſaron las ſendas de la Cavalleria, no ſe me dà un ardite: Cavallero ſoy, y Cavallero he de morir, ſi place al Altiſsimo: unos van por el ancho campo de la ambicion ſobervia; otros por el de la adulacion ſervil, y baxa; otros por el de la hypocresìa engañoſa, y algunos por el de la verdadera Religion; pero yo, inclinado de mi eſtrella, voy por la angoſta ſenda de la Cavalleria Andante, por cuyo exercicio deſprecio la hacienda, pero no la honra: yo he ſatisfecho agravios, enderezado tuertos, caſtigado inſolencias, vencido Gigantes, y atropellado veſtiglos: yo ſoy enamorado, no mas de porque es forzoſo que los Cavalleros Andantes lo ſean; y ſiendolo, no ſoy de los enamorados vicioſos, ſino de los Platonicos continentes: mis intenciones ſiempre las enderezo à buenos fines, que ſon de hacer bien à todos, y mal à ninguno: ſi el que eſto entiende, ſi el que eſto obra, ſi el que de eſto trata merece ſer llamado bobo, diganlo vueſtras grandezas, Duque, y Duqueſa excelentes. Bien, por Dios, dixo Sancho, no diga mas vueſtra merced, ſeñor, y amo mio, en ſu abono, porque no ay mas que decir, ni mas que penſar, ni mas que perſeverar en el mundo: y mas, que negando eſte ſeñor, como ha negado, que no ha avido en el mundo, ni los ay, Cavalleros Andantes, què mucho que no ſepa ninguna de las coſas que ha dicho? Por ventura, dixo el Eccleſiaſtico, ſois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, à quien vueſtro amo tiene prometida una Inſula? Si ſoy, reſpondiò Sancho, y ſoy quien la merece tan bien como otro qualquiera; ſoy quien juntate à los buenos, y ſeràs uno de ellos;

èllos ; y soy yo de aquellos, no con quien naces, sino con quien paces; y de los quien à buen arbol se arrima, buena sombra le cobija : yo me he arrimado à buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañia, y he de ser otro como èl, Dios queriendo ; viva èl, y viva yo, que ni à èl le faltarán Imperios que mandar, ni à mì Insulas que governar. No por cierto, Sancho amigo, dixo à esta sazon el Duque, que yo, en nombre del señor Don Quixote, os mando el govierno de una, que tengo de nones, dè no pequeña calidad. Hincate de rodillas, Sancho, dixo Don Quixote, y besa los pies à su Excelencia por la merced que te ha hecho. Hizolo assi Sancho ; lo qual visto por el Eclesiastico, se levantò de la mesa, mohino ademàs, diciendo : Por el habito que tengo, que estoy por decir, que es tan sandio vuestra Excelencia como estos pecadores; mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras : quedese vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estarè yo en la mia, y me escusarè de reprehender lo que no puedo remediar ; y sin decir mas, ni comer mas, se fue, sin que fuessen parte à detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dixo mucho, impedido de la risa, que su impertinente colera le avia causado. Acabò de reir, y dixo à Don Quixote : Vuestra merced, señor Cavallero de los Leones, ha respondido por si tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer de este, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera; porque assi como no agravian las mugeres, no agravian los Eclesiasticos, como vuestra merced mejor sabe. Assi es, respondiò Don Quixote ; y la causa es, que el que no puede ser agraviado, no puede agraviar à nadie. Las mugeres, los niños, y los Eclesiasticos, como no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados ; porque entre el agravio, y la afrenta ay esta diferencia, como mejor vuestra Excelencia sabe. La afrenta viene dè parte de quien la puede hacer, la hace, y la sustenta ; el agravio puede venir de qualquier parte, sin que afrente. Sea exemplo: Està uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dandole de palos, pone mano à la espada, y hace su deber ; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le dexa salir con su intencion, que es de vengarse : este tal queda agraviado, pero no afrentado ; y lo mismo confirmarà otro exemplo : Està uno buelto de espaldas, llega otro, y dàle de palos, y en dandoselos huye, y no espera, y el otro le sigue, y no le alcanza; este que recibiò los palos, recibiò agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le diò los palos, aunque se los diò à hurta cordel, pusiera mano à su espada, y se estuviera quedo, haciendo rostro à su enemigo, quedàra el apaleado agraviado, y afrentado juntamente ; agraviado,

porque le dieron à traycion; afrentado, porque el que le diò sustentò lo que avia hecho, sin bolver las espaldas; y à pie quedò; y assi, segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mugeres, ni pueden huir, ni tienen para què esperar; y lo mismo los constituidos en la Sacra Religion, porque estos tres generos de gente carecen de armas ofensivas, y defensivas; y assi, aunque naturalmente estèn obligados à defenderse, no lo estàn para ofender à nadie: y aunque poco há dixe, que yo podia estar agraviado, ora digo, que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar; por las quales razones yo no debo sentir, ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho; solo quisiera, que esperàra algun poco, para darle à entender en el error en que està en pensar, y decir, que no ha avido, ni los ay, Cavalleros Andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadìs, ò uno de los infinitos de su linage, yo sè que no le fuera bien à su merced. Esso juro yo bien, dixo Sancho, cuchillada le huvieran dado, que le abrieran de arriba abaxo como una granada, ò como à un melòn muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas: para mi santiguada, que tengo por cierto, que si Reynaldos de Montalvàn huviera oìdo estas razones al hombrecito, tapaboca le huviera dado que no hablàra mas en tres años; no sino tomàrase con ellos; y viera como escapaba de sus manos. Perecia de risa la Duquesa en oyendo hablar à Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso, y por mas loco que à su amo; y muchos huvo en aquel tiempo, que fueron de este mismo parecer. Finalmente, Don Quixote se sossegò, y la comida se acabò; y en levantando los manteles llegaron quatro doncellas, la una con una fuente de plata, la otra con un aguamanil assimismo de plata, la otra con dos blanquissimas, y riquissimas tohallas al hombro, y la quarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabòn Napolitano. Llegò la de la fuente, y con gentil donayre, y desemboltura encajò la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, el qual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y assi tendiò la suya todo quanto pudo, y al mismo punto comenzò à bover el aguamanil, y la doncella del jabòn le manoseò las barbas con mucha priessa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro, y por los ojos del obediente Cavallero, tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque, y la Duquesa, que de

nada

nada de esto eran sabidores, estaban esperando en que avia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, quando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingiò que se le avia acabado el agua, y mandò à la del aguamanil fuesse por ella, que el señor Don Quixote esperaria. Hizolo assi, y quedò Don Quixote con la mas estraña figura, y mas para hacer reir, que se pudiera imaginar. Mirabanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veian con media vara de cuello, mas que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de jabòn, fue gran maravilla, y mucha discrecion poder dissimular la risa; las doncellas de la burla tenian los ojos baxos, sin ossar mirar a sus señores; à ellos les retozaba la colera, y la risa en el cuerpo, y no sabian à que acudir; ò à castigar el atrevimiento de las muchachas, ò darles premio por el gusto que recibian de vèr à Don Quixote de aquella suerte. Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar à Don Quixote, y luego la que traìa las tohallas le limpiò, y le enjugò muy reposadamente; y haciendole todas quatro à la par una grande, y profunda inclinacion, y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque Don Quixote no cayesse en la burla, llamò à la doncella de la fuente, diciendola: Venid, y lavadme a mì, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda, y diligente llegò, y puso la fuente al Duque como à Don Quixote, y dandose priessa, le lavaron, y jabonaron muy bien, y dexandole enjuto, y limpio, haciendo muchas reverencias, se fueron. Despues se supo, que avia jurado el Duque, que si à èl no le lavaran como à Don Quixote, avia de castigar su desemboltura, lo qual avian enmendado discretamente con averle à èl jabonado. Estaba atento Sancho à las ceremonias de aquel lavatorio, y dixo entre sì: Valame Dios, si serà tambien usanza en esta tierra lavar las barbas à los escuderos, como à los Cavalleros? porque en Dios, y en mi anima, que lo he bien menester, y aunque se me las rapassen à navaja lo tendria à mas beneficio. Que decìs entre vos, Sancho? preguntò la Duquesa. Digo, señora, que en las Cortes de los otros Principes siempre he oìdo decir, que en levantando los manteles dàn agua à las manos, pero no legìa à las barbas, y que por esso es bueno vivir mucho, por vèr mucho; aunque tambien dicen, que el que larga vida vive, mucho mal ha de passar, puesto que passar por un lavatorio de estos, antes es gusto, que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dixo la Duquesa, que yo harè que mis doncellas os laven, y aùn os metan en colada, si fuere menester. Con las barbas me contento, respondiò Sancho, por aora à lo menos, que andando el tiempo, Dios dixo lo que serà. Mirad, Maestre Sala, dixo la Duquesa, lo que

el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El Maestre-Sala respondiò, que en todo seria servido el señor Sancho; y con esto se fue a comer, y llevò consigo à Sancho, quedandose à la mesa los Duques, y Don Quixote, hablando en muchas, y diversas cosas, pero todas tocantes al exercicio de las armas, y de la Andante Cavalleria. La Duquesa rogò à Don Quixote, que le delineasse, y describiesse, pues parecia tener felice memoria, la hermosura, y facciones de la señora Dulcinèa del Toboso, que segun lo que la fama pregonaba de su belleza, tenia por entendido, que debia de ser la mas bella criatura de el Orbe, y aùn de toda la Mancha. Suspirò Don Quixote oyendo lo, que la Duquesa le mandaba, y dixo: Si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aqui sobre esta mesa, y en un plato, quitàra el trabajo à mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque V. Exc. la viera en èl toda retratada. Pero para què es ponerme yo aora à delinear, y describir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinèa, siendo carga digna de otros hombros, que de los mios? Empressa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes, y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla, y gravarla en tablas, en marmoles, y en bronces, y la Retorica Ciceroniana, y Demostina, para alabarla. Què quiere decir Demostina, señor Don Quixote? preguntò la Duquesa, que es bocablo que no he oìdo en todos los dias de mi vida. Retorica Demostina, respondiò Don Quixote, es lo mismo que decir: Retorica de Demostenes, como Ciceroniana de Ciceròn, que fueron los dos mayores Retoricos del mundo. Assi es, dixo el Duque, y aveis andado deslumbrada en la tal pregunta; pero con todo esso nos darìa gran gusto el señor Don Quixote si nos la pintasse, que à buen seguro, que aunque sea en rasguño, y bosquejo, que ella salga tal, que la tengan embidia las mas hermosas. Sì hiciera por cierto, respondiò Don Quixote, si no me la huviera borrado de la idèa la desgracia, que poco hà que le sucediò, que es tal, que mas estoy para llorarla, que para describirla; porque avràn de saber vuestras grandezas, que yendo los dias passados à besarla las manos, y à recibir su bendicion, beneplacito, y licencia para esta tercera salida, hallè otra de la que buscaba; hallèla encantada, y convertida de Princesa en Labradora, de hermosa en fea, de Angel en diablo, de olorosa en pestifera, de bien hablada en rustica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas; y finalmente, de Dulcinèa del Toboso en una villana de Sayago. Valame Dios! y dando una gran voz, dixo à este instante el Duque: Quien ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? Quien ha quitado de èl la belleza que le alegraba, el donayre que le entretenia, y la ho-

honestidad que le acreditaba? Quien, respondiò Don Quixote, quien puede ser sino algun maligno encantador de los muchos embidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para obscurecer, y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dàr luz, y levantar los fechos de los malos. Perseguidome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dàr conmigo, y con mis altas Cavallerias en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan, y hieren, donde vèn que mas lo siento, porque quitarle à un Cavallero Andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el Sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y aora lo buelvo à decir, que el Cavallero Andante sin dama, es como el arbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No ay mas que decir, dixo la Duquesa; pero si con todo esso hemos de dàr credito à la Historia, que del señor Don Quixote, de pocos dias à esta parte, ha salido à la luz del mundo, con general aplauso de las gentes, de ella se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuestra merced ha visto à la señora Dulcinèa, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantastica, que vuestra merced la engendrò, y pariò en su entendimiento, y la pintò con todas las gracias, y perfecciones que quiso. En esso ay mucho que decir, respondiò Don Quixote, Dios sabe si ay Dulcinèa, ò no en el mundo, ò si es fantastica, ò no es fantastica: y estas no son de las cosas, cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendrè, ni pariì à mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama, que contenga en sì las partes que puedan hacerla famosa entre todas las del mundo, como son, hermosa sin tacha, grave sin sobervia, amorosa con honestidad, agradecida por cortès, cortès por bien criada; y finalmente, alta por linage, à causa, que sobre la buena sangre resplandece, y campèa la hermosura con mas grados de perfeccion, que en las hermosas humildemente nacidas. Assi es, dixo el Duque; pero hame de dàr licencia el señor Don Quixote, para que diga lo que me fuerza à decir la Historia, que de sus hazañas he leìdo; de donde se infiere, que puesto que se conceda, que ay Dulcinèa en el Toboso, ò fuera de èl, y que sea hermosa en el sumo grado, que vuestra merced nos la pinta, en lo de la alteza de el linage no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajarcas, con las Madasimas, ni con otras de este jaèz, de quien estàn llenas las Historias, que vuestra merced bien sabe. A esso puedo decir, respondiò Don Quixote, que Dulcinèa es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre; y que en mas se ha de estimar, y tener un humilde virtuosa,

que un vicioso levantado: quanto mas, que Dulcinèa tiene un giròn, que la puede llevar à ser Reyna de Corona, y Cetro, que el merecimiento de una muger hermosa, y virtuosa, à hacer mayores milagros se estiende; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sì encerradas mayores venturas. Digo, señor Don Quixote, dixo la Duquesa, que en todo quanto V.md. dice và con pie de plomo, y como suele decirse, con la senda en la mano, y que yo desde aqui adelante creerè, y harè creer à todos los de mi casa, y aùn al Duque mi señor, si fuere menester, que ay Dulcinèa en el Toboso, y que vive oy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora, que un tal Cavallero, como es el señor Don Quixote, la sirva, que es lo mas que puedo, ni sè encarecer; pero no puedo dexar de formar un escrupulo, y tener algun no sè què de ojeriza contra Sancho Panza. El escrupulo es, que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza hallò à la tal señora Dulcinea, quando de parte de vuestra merced le llevò una epistola, ahechando un costal de trigo; y por mas señas dice, que era rubion: cosa que me hace dudar en la alteza de su linage. A lo que respondiò Don Quixote: Señora mia, sabrà la vuestra grandeza, que todas, ò las mas cosas que à mi me suceden, vàn fuera de los terminos ordinarios de las que à los otros Cavalleros Andantes acontecen, ò yà sean encaminadas por el querer inexcrutable de los hados, ò yà vengan encaminadas por la malicia de algun encantador embidioso: y como es cosa yà averiguada, que todos, ò los mas Cavalleros Andantes, y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fue el famoso Roldàn, uno de los doce Pares de Francia, de quien se cuenta, que no podia ser ferido sino por la planta del pie izquierdo, y que esto avia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y assi, quando Bernardo del Carpio le matò en Roncesvalles, viendo que no le podia llegar con fierro, le levantò del suelo entre los brazos, y le ahogò, acordandose entonces de la muerte que diò Hercules à Anteon, aquel ferò Gigante, que decian ser hijo de la tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podria ser que yo tuviesse alguna gracia de estas, no del no poder ser ferido; porque muchas veces la experiencia me ha mostrado, que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que yà me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso à encerrarme, si no fuera à fuerza de encantamentos; pero pues de aquel me librè, quiero creer, que no hà de aver otro alguno que me empezca: y assi, viendo estos encantadores, que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vengansе en las co-

sas

sas que mas quiero, y quieren quitarme la vida, maltratando la de Dulcinea, porquien yo vivo; y assi creo, que quando mi escudero la llevò mi embaxada, se la convirtieron en villana, y ocupada en tan baxo exercicio, como es el de ahechar trigo; pero yà tengo dicho yo, que aquel trigo ni era robion, ni trigo, sino granos de perlas Orientales; y para prueba de esta verdad, quiero decir à vuestras magnitudes, como viniendo poco hà por el Toboso, jamàs pude hallar los Palacios de Dulcinea; y que otro dia aviendola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la mas bella del Orbe, à mì me pareciò una Labradora tosca, y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estàr, segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada, y trastocada, y en ella se han vengado de mì mis enemigos, y por ella vivirè yo en perpetuas lagrimas, hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dixo del cernido, ni del ahecho de Dulcinea, que pues à mì me la mudaron, no es maravilla que à el; se la cambiassen. Dulcinea es principal, y bien nacida, y de los hidalgos linages que ay en el Toboso, que son muchos, antiguos, y muy buenos: à buen seguro, que no la cabe poca parte à la sin par Dulcinea, por quien su Lugar serà famoso, y nombrado en los venideros siglos, como lo fue de Troya por Elena, y Espaùa por la Caba, aunque con mejor titulo, y fama. Por otra parte quiero, que entiendan vuestras Señorìas, que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos, que jamas sirviò à Cavallero Andante; tiene à veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple, ò agudo, causa no pequeño contento: tiene malicias, que le condenan por bellaco; y descuidos, que le confirman por bobo: duda de todo, y creelo todo: quando pienso que serà despeñar de tonto, sale con unas discreciones, que se levantan al Cielo. Finalmente, yo no le trocaria con otro escudero, aunque me diessen de añadidura una Ciudad; y assi estoy en duda, si serà bien embiarle al Govierno, de quien nuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en èl una cierta aptitud para esto de governar, que tratandole tantico el entendimiento, se saldrà con qualquiera Govierno, como el Rey con sus Alcavalas: y mas, que yà por muchas experiencias sabemos, que no es menester, ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser uno Governador, pues ay por ai ciento, que apenas saben leer, y governan como unos girifaltes: el toque està, en que tengan buena intencion, y deseen acertar en todo, que nunca les faltarà quien les aconseje, y encamine en lo que han de hacer, como los Governadores Cavalleros, y no Letra-

dos, que sentencian con Assessor. Aconsejarìale yo, que ni come cohecho, ni pierda derecho, y otras cosillas, que me quedan en el estomago, que sabràn à su tiempo, para utilidad de Sancho, y provecho de la Insula que governare. A este punto llegaban de su coloquio el Duque, y la Duquesa, y Don Quixote, quando oyeron muchas voces, y gran rumor de gente en el Palacio, y à deshora: entrò Sancho en la sala, todo afanado, con un cernadero por babador, y tras èl muchos mozos, ò por mejor decir, picaros de cocina, y otra gente menuda; y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color, y poca limpieza mostraba ser de fregar. Seguiale, y perseguiale el dela artesa, y procuraba con toda solicitud ponersela, y encasarsela debaxo de las barbas, y otro picaro mostraba quererselas lavar. Què es esto, hermanos? preguntò la Duquesa, què es esto? Què quereis à este buen hombre? Còmo? y no considerais, que este es electo Governador? A lo que respondiò el picaro Barbero: No quiere esse señor dexarse lavar la barba, como es usanza, y como se la lavò el Duque mi señor, y el señor su amo. Si quiero, respondiò Sancho con mucha colera; pero querrìa que fuesse con tohallas mas limpias, con legìa mas clara, y con manos no tan sucias, que no ay tanta diferencia de mi à mi amo, que à èl le laven con agua de Angeles, y à mì con legìa de diablos: Las usanzas de las tierras, y de los Palacios de los Principes, tanto son buenas, quanto no dàn pesadumbre; pero la costumbre del labatorio, que aqui se usa, peor es que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare à lavarme, ni à tocarme à un pelo de la cabeza (digo de mi barba) hablando con el debido acatamiento, le darè tal puñada, que le dexe el puño engastado en los cascos; que estas tales ceremonias, y jabonaduras, mas parecen burlas, que agassajos de huespedes. Perecida de risa estaba la Duquesa, viendo la colera, y oyendo las razones de Sancho; pero no diò mucho gusto à Don Quixote verle tan mal adeliñado con la jaspeada tohalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina; y assi, haciendo una profunda reverencia à los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dixo a la canalla: Ola, señores Cavalleros, vuestras mercedes dexen al mancebo, y buelvanse por donde vinieron; ò por otra parte, si se les antojare, que mi escudero es limpio, tanto como otro, y essas artesillas son para èl estrechas, y penantes bucaros; tomen mi consejo, y dexenle, porque ni èl, ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogiòle la razon de la boca Sancho, y prosiguiò diciendo: No sino llegueme à hacer burla del mostrenco, que assi lo sufrirè como aora es de noche. Traygan aqui un peyne, ò lo que quisieren, y almohacenme estas barbas; y si sacaren de ellas cosa

que

que ofenda à la limpieza, que me trasquilen à cruces. A esta sazon, sin dexar la risa, dixo la Duquesa: Sancho Panza tiene razon en todo quanto ha dicho, y la tendrà en todo quanto dixere; èl es limpio, y como èl dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: quanto mas, que vosotros, ministros de la limpieza, aveis andado demasiadamente remissos, y descuidados, y no sè si diga atrevidos, en traer à tal personage, y à tales barbas, en lugar de fuentes, y aguamaniles de oro puro, y de Alemanas tohallas, artesillas, y dornajos de palo, y rodillas de apeadores; pero en fin sois malos, y mal nacidos, y no podeis dexar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los Andantes Cavalleros. Creyeron los apicarados Ministros, y aùn el Maestre-Sala que venia con ellos, que la Duquesa hablaba de veras; y assi quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos, y casi corridos se fueron, y le dexaron: el qual viendose fuera de aquel, à su parecer, sumo peligro, se fue à hincar de rodillas ante la Duquesa, y dixo: De grandes señoras, grandes mercedes se esperan; esta, que la V. md. oy me ha fecho, no puede pagarse con menos, sino es con desear verme armado Cavallero Andante, para emplearme todos los dias de mi vida en servir à tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo; si con alguna de estas cosas puedo servir à vuestra grandeza, menos tardarè yo en obedecer, que vuestra Señoria en mandar. Bien parece, Sancho, respondiò la Duquesa, que aveis aprendido à ser cortès en la escuela de la misma cortesia: bien parece, quiero decir, que os aveis criado a los pechos del señor Don Quixote, que debe de ser la nata de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, ò cirimonias, como vos decis; bien aya tal señor, y tal criado, el uno por norte de la Andante Cavalleria, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad. Levantaos, Sancho amigo, que yo satisfarè vuestras cortesias con hacer, que el Duque mi señor, lo mas presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del Govierno. Con esto cessò la platica, y Don Quixote se fue à reposar la siesta, y la Duquesa pidiò à Sancho, que si no tenia mucha gana de dormir, viniesse à passar la tarde con ella, y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondiò, que aunque era verdad, que tenia por costumbre dormir quatro, ò cinco horas las siestas el Verano, que por servir à su bondad, èl procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente à su mandado; y fuese. El Duque diò nuevas ordenes de que se tratasse à Don Quixote como à Cavallero Andante, sin salir un punto del estilo, como guardan que se trataban los antiguos Cavalleros.

LIBRO SEPTIMO
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XXXIII.

DE LA SABROSA PLATICA, QUE LA DUQUESA, y sus Doncellas passaron con Sancho Panza, digna de que se lea, y de que se note.

Cuenta, pues, la Historia, que Sancho no durmiò aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino, en comiendo à vèr à la Duquesa, la qual; con el gusto que tenia de oirle, le hizo sentar junto à sì en una silla baxa, aunque Sancho, de puro bien criado, no queria sentarse; pero la Duquesa le dixo, que se sentasse como Governador, y hablasse como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Ruy Diaz Campeador. Encogiò Sancho los hombros, obedeciò, y sentòse, y todas las Doncellas, y Duenas de la Duquesa le rodearon, atentas con grandissimo silencio à escuchar lo que diria; pero la Duquesa fue la que hablò primero, diciendo: Agora que estamos solos, y que nos oyen, quisiera yo que el señor Governador me desolviesse ciertas dudas que tengo, nacidas de la Historia, que del gran Don Quixote anda ya impressa; una de las quales dudas es, que pues el buen Sancho nunca viò à Dulcinea, digo à la señora Dulcinea del Toboso, ni la llevò la carta de el señor Don Quixote, porque se quedò en el libro de memoria en Sierra-Morena, còmo se atreviò à fingir la respuesta, y aquello de que la hallò ahechando trigo, siendo todo burla, y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinèa, y todas, que no vienen bien con la calidad, y fidelidad de los buenos escuderos? A essas razones, sin responder con alguna, se levantò Sancho de la silla, y con passos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego, echo hecho, se bolviò a sentar, y dixo: Agora, señora mia, que he visto, que no nos escucha nadie de fuera, fuera de los circunstantes, sin temor, ni sobresalto responderè à lo que se me ha preguntado, y à todo

do aquello que se me preguntare; y lo primero que digo es, que yo no tengo à mi señor Don Quixote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas, que à mi parecer, y aùn de todos aquellos que le escuchàn, son tan discretas, y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanàs no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente, y sin escrupulo à mì se me ha assentado, que es un mentecato, pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo à hacerle creer lo que no lleva pies, ni cabeza; como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de avrà seis, ò ocho dias, que aùn no està en historia; conviene à saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinèa, que le he dado à entender que està encantada, no siendo mas verdad, que por los cerros de Ubeda. Rogòle la Duquesa que le contasse aquel encantamento, ò burla, y Sancho se lo contò todo del mismo modo que avia passado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su platica, dixo la Duquesa: De lo que el buen Sancho me ha contado, me anda brincando un escrupulo en el alma, y un cierto susurro llega à mis oidos, que me dice: Pues Don Quixote de la Mancha es loco, mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo esso le sirve, y le sigue, y vivà acenido à las vanas promessas suyas; sin duda alguna debe de ser èl mas loco, y tonto que su amo; y siendo esto assi, como lo es, mal contado se-

serà, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le dàs Insula que govierne; porque el que no sabe governarse à sì, còmo sabrà governar à otros? Por Dios, señora, dixo Sancho, que esse escrupulo viene con parto derecho; pero digale vuestra merced, que hable claro, como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias hà que avia de aver dexado à mi amo: pero esta fue mi suerte, y esta mi mal andanza; no puedo mas, seguir le tengo, somos de un mismo Lugar, he comido su pan, quierole bien, es agradecido, dìome sus pollinos; y sobre todo, yo soy fiel, y assi es imposible que nos pueda apartar otro sucesso, que el de la pala, y hazadòn: y si vuestra altanerìa no quisiere que se me dè el prometido Govierno, de menos me hizo Dios, y podria ser, que el no darmele redundasse en pro de mi conciencia; que maguer à tonto, se me entiende aquel refràn, de por su mal le nacieron alas à la hormiga; y aùn podria ser, que fuesse mas ahina Sancho escudero al Cielo, que no Sancho Governador. Tan buen pan hacen aqui como en Francia: y de noche todos los gatos son pardos; y assaz desdichada es la persona, que à las dos de la tarde no se ha desayunado, y no ay estomago que sea un palmo mayor que otro, el qual se puede llenar, como suele decirse, de paja, ù de heno: y las avecitas del campo tienen à Dios por su Proveedor, y Despensero; y mas ca-

lien-

lientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de limiste de Segovia; y al dexar este mundo, y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda và el Principe, como el jornalero, y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo del Papa, que el del Sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos, y encogemos, ò nos hacen ajustar, y encoger, mal que nos pese, y a buenas noches: y torno a decir, que si vuestra Señoria no me quisiere dar la Insula por tonto, yo sabrè no darseme nada por discreto; y yo he oido decir, que detràs de la Cruz està el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, harados, y coyundas sacaron al Labrador Bamba para ser Rey de España: y de entre los brocados, passatiempos, y riquezas sacaron à Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trobas de los Romances antiguos no mienten.) Y como que no mienten, dixo à esta sazon Doña Rodriguez la dueña, (que era una de las escuchantes) que un Romance ay, que dice, que metieron al Rey Rodrigo vivo en una tumba, llena de sapos, culebras, y lagartos, y que de alli à dos dias dixo el Rey desde dentro de la tumba, con voz doliente, y baxa: Yà me comen, yà me comen por do mas pecado avia: y segun esto, mucha razon tiene este señor en decir, que quiere ser mas labrador, que Rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña; ni dexò de admirarse en oìr las razones, y refranes de Sancho, à quien dixo: Yà sabe el buen Sancho, que lo que una vez promete un Cavallero procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El Duque mi señor, y marido, aunque no es de los Andantes, no por esso dexa de ser Cavallero, y assi cumplirà la palabra de la prometida Insula, à pesar de la embidia, y de la malicia del mundo. Estè, Sancho, de buen animo, que quando menos lo piense se verà sentado en la silla de su Insula, y en la de su Estado, y empuñarà su Govierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche. Lo que yo le encargo es, que mire como govierna sus vassallos, advirtiendo, que todos son leales, y bien nacidos. Esso de governarlos bien, respondiò Sancho, no ay para que encargarmelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compassion de los pobres, y à quien cuece, y amassa no hurtes hogazas, y para mi santiguada, que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo tùs, tùs, y sè despavilarme à sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sè donde me aprieta el zapato; digolo, porque los buenos tendràn conmigo mano, y concabidad, y los malos ni pie, ni entrada: y pareceme à mì, que en esto de los Governos todo es comenzar, y podria ser, que à quince dias de Governador me comiesse las manos tràs el oficio, y su-

supiesse mas de èl, que de la labor del campo, en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dixo la Duquesa, que nadie naciò enseñado, y de los hombres se hacen los Obispos, que no de las piedras. Pero bolviendo à la platica, que poco hà tratabamos, del encanto de la señora Dulcinèa, tengo por cosa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar à su señor, y darle à entender, que la labradora era Dulcinèa, y que si su señor no la conocia, debia de ser por estàr encantada, toda fue invencion de alguno de los encantadores, que al señor Don Quixote le persiguen, porque real, y verdaderamente yo sè de buena parte, que la villana que diò el brinco sobre la pollina, era, y es Dulcinèa del Toboso, y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado, y no ay poner mas duda en esta verdad, que en las cosas que nunca vimos; y sepa el señor Sancho Panza, que tambien tenemos acà encantadores, que nos quieren bien, y nos dicen lo que passa por el mundo pura, y sencillamente, sin enredos, ni maquinas: y creame, Sancho, que la villana brincadora era, y es Dulcinèa del Toboso, que està encantada como la madre que la pariò, y quando menos nos pensemos la avemos de vèr en su propia figura, y entonces saldrà Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo esso, dixo Sancho Panza, y aora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que viò en la Cueba de Montesinos, donde dice que viò à la señora Dulcinèa del Toboso en el mismo trage, y habito, que yo dixe que la avia visto quando la encantè por solo mi gusto, y todo debiò de ser al revès, como vuestra merced, señora mia, dice, porque de mi ruin ingenio no se puede, ni debe presumir, que fabricasse en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco, que con tan flaca, y magra persuasion como la mia, creyesse una cosa tan fuera de todo termino; pero señora, no por esto serà bien, que vuestra bondad me tenga por malevolo, pues no està obligado un porro como yo à taladrar los pensamientos, y malicias de los pèssimos encantadores; yo fingì aquello por escaparme de las riñas de mi señor Don Quixote, y no con intencion de ofenderle; y si ha salido al revès, Dios està en el Cielo, que juzga los corazones. Assi es la verdad, dixo la Duquesa; pero digame agora Sancho, què es esto que dice de la Cueba de Montesinos, que gustaria saberlo? Entonces Sancho Panza le contò punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo qual la Duquesa, dixo: De este sucesso se puede inferir, que pues el gran Don Quixote dice, que viò alli à la misma Labradora, que Sancho dice que viò à la salida del Toboso, sin duda es Dulcinèa, y que andan por aqui los encantadores muy listos, y demasiadamente curio-

riosos. Esso digo yo, dixo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinèa del Toboso està encantada, su daño serà, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos, y malos; verdad sea, que la que yo vì fue una Labradora, y por Labradora la tuve, y por tal Labradora la juzguè; y si aquella era Dulcinèa, no ha de estàr à mi cuenta, ni ha de correr por mì, ò sobre ella morena. No sino andense à cada triquete conmigo à dime, y direte; Sancho lo dixo, Sancho lo hizo, Sancho tornò, y Sancho bolviò, como si Sancho fuesse algun quien quiera, y no fuesse el mismo Sancho Panza, el que anda yà en libros por esse mundo adelante, segun me dixo Sanson Carrasco, que por lo menos es persona Bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir, sino es quando se les antoja, ò les viene muy à cuento; assi, que no ay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y segun oì decir à mi señor, que mas vale el buen nombre, que las muchas riquezas, encajenme esse Govierno, y veràn maravillas, que quien ha sido buen escudero, serà buen Governador. Todo quanto aqui ha dicho el buen Sancho, dixo la Duquesa, son sentencias Catonianas, ò por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Michaèl Verino, *florentibus occidit annis.* En fin, en fin, hablando à su modo, debaxo de una mala capa suele aver buen bebedor. En verdad, señora, respondiò Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hypocrita; bebo quando tengo gana, quando no la tengo, y quando me lo dan, por no parecer, ò melindroso, ò mal criado, que à un brindis de un amigo, què corazon ha de aver tan de marmol, que no haga la razon? Pero aunque las calzo, no las ensucio; quanto mas, que los escuderos de los Cavalleros Andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por las florestas, selvas, prados, montañas, y riscos, sin hallar una misericordia de vino, si dàn por ella un ojo. Yo lo creo assi, respondiò la Duquesa, y por aora vayase Sancho à reposar, que despues hablarèmos mas largo, y darèmos orden como vaya presto à encajarse, como èl dice, aquel Govierno. De nuevo la besò las manos Sancho à la Duquesa, y la suplicò le hiciesse merced de que se tuviesse buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos. Què rucio es esse? preguntò la Duquesa. Mi asno, respondiò Sancho, que por no nombrarle con este nombre, le suelo llamar el rucio; y a esta señora dueña la roguè, quando entrè en este Castillo, tuviesse cuenta con èl, y azoròse de manera, como si la huviera dicho que era vieja, ò fea, debiendo ser mas propio, y natural de las dueñas pensar jumentos, que autorizar las salas. O, valame, Dios, y quan mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi Lugar!

Se-

Serìa algun villano, dixo Doña Rodriguez la dueña, que si èl fuera hidalgo, y bien nacido, èl las pusiera sobre el cuerno de la Luna. Aora bien, dixo la Duquesa, no aya mas, calle Doña Rodriguez, y sossieguese el señor Panza, y quedese à mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho, le pondrè yo sobre las niñas de mis ojos. En la cavalleriza basta que estè, respondiò Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni èl, ni yo somos dignos de estàr un solo momento; y assi lo consentiria yo como darme de puñaladas, que aunque dice mi señor, que en las cortesìas antes se ha de perder por carta de mas, que de menos; en las jumentiles, y asninas se ha de ir con el compàs en la mano, y con medido termino. Llevele, dixo la Duquesa, Sancho, al Govierno, y allà le podrà regalar como quisiere, y aùn jubilarle del trabajo. No piense vuestra merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dixo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos à los Goviernos, y que llevasse yo el mio no serìa cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa, y el contento; y embiandole a reposar, ella fue à dàr cuenta al Duque de lo que con èl avia passado, y entre los dos dieron traza, y orden de hacer una burla à Don Quixote, que fuesse famosa, y viniesse bien con el estilo Cavalleresco, en el qual le hicieron muchas, tan propias, y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

CAP. XXXIV. *Que cuenta de la noticia que se tuvo, de como se avia de desencantar la sin par Dulcinèa del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas de este Libro.*

GRande era el gusto que recibian el Duque, y la Duquesa de la conversacion de Don Quixote, y de la de Sancho Panza; y confirmandose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas, que llevassen visiumbres, y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que Don Quixote yà les avia contado de la Cueba de Montesinos, para hacerle una que fuesse famosa; pero de lo que mas la Duquesa se admirabà, era, que la simplicidad de Sancho fuesse tanta, que huviesse venido à creer ser verdad infalible, que Dulcinèa del Toboso estuviesse encantada, aviendo sido èl mismo el encantador, y el embustero de aquel negocio: y assi, aviendo dado orden à sus criados de todo lo que avian de hacer, de alli à seis dias le llevaron à caza de monteria, con tanto aparato de monteros, y cazadores, como pudiera llevar un Rey coronado. Dieronle à Don Quixote un vestido de monte, y à Sancho otro verde de finissimo paño; pero Don Quixote no se le quiso poner, diciendo, que otro dia avia de bolver al duro exercicio

cio de las armas, y que no podia llevar consigo guarda-ropas, ni reposterias. Sancho, sì, tomò el que le dieron, con intencion de vendrle en la primera ocasion que pudiesse. Llegado, pues, el esperado dia, armòse Don Quixote, vistiòse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dexar aunque le daban un cavallo, se metiò entre la tropa de los monteros: la Duquesa saliò bizarramente aderezada; y Don Quixote de puro cortès, y comedido, tomò la rienda de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo; y finalmente, llegaron à un bosque, que entre dos altissimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas, y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzò la caza con grande estruendo, grita, y vocerìa, de manera, que unos à otros no podian oirse, assi por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeòse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabìa, que solian venir algunos Javalìes. Apeòse assimismo el Duque, y Don Quixote, y pusieronse à sus lados: Sancho se puso detras de todos, sin apearse del rucio, à quien no ossaba desamparar, porque no le sucediesse algun desmàn; y apenas avian sentado el pie, y puesto en ala con otros muchos criados suyos, quando acosados de los perros, y seguido de los cazadores, vieron que àzia ellos venìa un desmensurado Javalì, crugiendo dientes, y colmillos, y arrojando espuma por la boca; y en viendole, embrazando su escudo, y puesto mano à su espada, se adelantò à recibirle Don Quixote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero à todos se adelantara la Duquesa, si el Duque no se lo estorvàra. Solo Sancho en viendo al valiente animal desamparò al rucio, y diò à correr quanto pudo; y procurando subirse sobre una alta encina, no fue posible, antes, estando yà à la mitad de ella, asido de una rama, pugnando por subir à la cyma, fue tan corto de ventura, y tan desgraciado, que se desgajò la rama, y al venir al suelo, se quedò en el ayre asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viendose assi, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciendole, que si aquel fiero animal alli llegaba, le podia alcanzar, comenzò à dar tantos gritos, y à pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oìan, y no le veìan, creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo Javalì quedò atravessado de las cuchilladas de muchos venablos, que se le pusieron delante; y bolviendo la cabeza Don Quixote à los gritos de Sancho, que yà por ellos le avia conocido, viòle pendiente de la encina, y la cabeza abaxo, y al rucio junto à èl, que no le desamparò en su calamidad. Dice Cide Hamete, que pocas veces viò à Sancho Panza sin vèr al rucio, ni al rucio sin vèr à Sancho: tal era la

la amistad, y buena fee que entre los dos se guardaban. Llegò Don Quixote, y descolgò à Sancho, el qual viendose libre, y en el suelo, mirò lo desgarrado del sayo de monte, y pesòle en el alma, que pensò que tenia en el vestido un Mayorazgo. En esto atravessaron al javali poderoso sobre un acemila, y cubriendole con matas de romero, y con ramas de mirto, lo llevaron, como en señal de victoriosos despojos, à unas grandes tiendas de campaña, que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada, tan sumptuosa, y grande, que se echaba bien de vèr en ella la grandeza, y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas à la Duquesa de su roto vestido, dixo: Si esta caza fuera de liebres, ù de paxarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este estremo: Yo no sè què gusto se recibe de esperar à un animal, que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida. Yo me acuerdo aver oìdo cantar un Romance antiguo, que dice: *De los Ossos sea comido, como Fabila el nombrado.* Esse fue un Rey Godo, dixo Don Quixote, que yendo à caza de montería le comiò un Osso. Esso es lo que yo digo, respondiò Sancho, que no querrìa yo que los Principes, y los Reyes se pusiessen en semejantes peligros, à trueco de un gusto, que parece que no lo avia de ser, pues consiste en matar à animal, que no ha cometido delito alguno. Antes os engañais, Sancho, respondiò el Duque, porque el exercicio de la caza de monte, es el mas conveniente, y necessario para los Reyes, y Principes, que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra; ay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer à su salvo al enemigo; padecense en ella frios grandisimos, y calores intolerables; menoscabase el ocio, y el sueño; corroboranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa; y en resolucion, es exercicio que se puede hacer sin pérjuicio de nadie, y con gusto de muchos: y lo mejor que tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros generos de caza, excepto el de la bolatería, que tambien es solo para Reyes, y grandes Señores. Assi que, ò Sancho, mudad de opinion, y quando seais Governador ocupaos en la caza, y vereis como os vale un pan por ciento. Esso no, respondiò Sancho, el buen Governador la pierna quebràda, y en casa. Bueno seria, que viniessen los negociantes à buscarle fatigados, y èl estuviesse en el monte holgandose, assi en hora mala andaria el Govierno. Mia fee, señor, la caza, y los passatiempos mas han de ser para los holgazanes, que para los Governadores; en lo que yo pienso entretenerme es, en jugar al triunfo embidado las Pasquas, y à los bolos los Domingos, y Fiestas, que essas cazas, ni cazos no dicen con mi condicion, ni hacen con mi conciencia. Plega à Dios, Sancho, que assi sea; porque de el dicho al hecho ay gran

trecho. Aya lo que huviere, replicò Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas, y mas vale al que Dios ayuda, que al que mucho madruga, y tripas llevan pies, que no pies à tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que deba con buena intencion, sin duda governarè mejor que un gerifalte: no sino ponganme el dedo en la boca, y verán si aprieto, ò no. Maldito seas de Dios, y de todos sus Santos, Sancho maldito, dixo Don Quixote, y quando serà el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente, y concertada? Vuestras grandezas dexen à este tonto, señores mios, que les molerà las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traìdos tan à sazon, y tan à tiempo, quanto le dè Dios à èl la salud, ò à mì, si los querrìà escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dixo la Duquesa, puesto que son mas que los del Comendador Griego, no por esso son menos de estimar, por la brevedad de làs sentencias. De mi sè decir, que me dàn mas gusto que otros, aunque sean mejor traìdos, y con mas sazon acomodados. Con estos, y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas presto se les passò el dia, y se les vino la noche, y no tan clara, ni tan serga como la sazon del tiempo pedia, que era en la mitad del Verano; pero un cierto claro obscuro, que traxo consigo, ayudò mucho à la intencion de los Duques. Assi como comenzò à anochecer, un poco mas adelante del crepusculo, à deshora, pareciò que todo el bosque por todas quatro partes se ardìa; y luego se oyeron por aqui, y por alli, por acà, y por aculla infinitas cornetas, y otros instrumentos de guerra, como de muchas Tropas de Cavalleria, que por el bosque passaban. La luz del fuego, el son de los belicos instrumentos casi cegaron, y atronaron los ojos, y los oìdos de los circunstantes, y aùn de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lililies, al uso de Moros quando entran en las Batallas; sonaron Trompetas, y Clarines, retumbaron Tambores, resonaron Pifanos, casi todos à un tiempo, tan continuo, y tan apriessa, que no tuviera sentido el que no quedàra sin èl al son confuso de tantos instrumentos. Pasmòse el Duque, suspendiòse la Duquesa, admiròse Don Quixote, temblò Sancho Panza; y finalmente, aùn hasta los mismos sabedores de la causa se espantaron: con el temor les cogiò el silencio, y un Postillòn, que en trage de demonio les passò por delante, tocando, en vez de corneta, un hueco, y desmesurado cuerno, que un ronco, y espantoso son despedia. Ola, hermano Correo, dixo el Duque, quien sois? adonde vais? y què gente de Guerra es la que por este bosque parece que atraviessa? A lo que respondiò el Correo con voz *horrisona*, y desenfadada: Yo so el diablo, voy à buscar à Don Qui-

xote de la Mancha; la gente que por aqui viene son seis tropas de encantadores, que sobre un Carro Triunfante traen à la sin par Dulcinèa del Toboso; encantada viene con el gallardo Francès Montesinos, à dàr orden à Don Quixote de como ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuerades diablo como decis, y como vuestra figura muestra, yà huvierades conocido al tal Cavallero Don Quixote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios, y en mi conciencia, respondiò el diablo, que no miraba en ello, porque traygo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal à que venìa se me olvidaba. Sin duda, dixo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien, y buen Christiano; porque à no serlo, no juràra en Dios, y en mi conciencia. Aora yo tengo para mì, que aùn en el mismo infierno debe de aver buena gente. Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista à Don Quixote, dixo: A ti el Cavallero de los Leones (que entre las garras de ellos te vea yo) me embia el desgraciado, pero valiente Cavallero Montesinos, mandandome, que de su parte te diga, que te esperes en el mismo lugar que te topare, à causa, que trae consigo à la que llaman Dulcinèa del Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para mas mi venida, no hà de ser mas mi estada; los demonios somo yo queden contigo, y los angeles buenos con estos señores; y en diciendo esto tocò el desaforado cuerno, y bolviò las espaldas, y fuese sin esperar respuesta de ninguno. Renovòse la admiracion en todos, y especialmente en Sancho, y Don Quixote: en Sancho, en vèr, que à despecho de la verdad querìan que estuviesse encantada Dulcinèa: en Don Quixote, por no poder asseguarse, si era verdad, ò no lo que le avia passado en la Cueba de Montesinos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dixo: Piensa vuestra merced esperar? señor Don Quixote. Pues no? respondiò èl, aqui esperarè intrepido, y fuerte, si me viniesse à embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo, y oygo otro cuerno como el passado, assi esperarè yo aqui, como en Flandes, dixo Sancho. En esto se cerrò mas la noche, y comenzaron à discurrir muchas luces por el bosque, bien assi como discurren por el Cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen à nuestra vista estrellas que corren. Oyòse assimismo un espantoso ruìdo, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas, que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrio aspero, y continuado se dice, que huyen los Lobos, y los Ossos, si los ay por donde passan. Añadiòse à toda esta tempestad otra, que las aumentò todas, que fue, que parecia verdaderamente, que a las quatro partes del bosque se estaban dando à un mismo tiempo quatro reencuentros, ò batallas, porque alli

ſonaba el duro eſtruendo de eſpantoſa Artilleria, acullà ſe diſparaban infinitas Eſcopetas; cerca caſi ſonaban las voces de los combatientes: lexos ſe reyteraban los lililies Agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las vocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artilleria, los arcabuces, y ſobre todo el temeroſo ruìdo de los Carros, formaban todos juntos un ſon tan confuſo, y tan horrendo, que fue meneſter, que Don Quixote ſe valieſſe de todo ſu corazon para ſufrirle; pero el de Sancho vino à tierra, y diò con èl deſmayado en las faldas de la Duqueſa, la qual le recibiò en ellas, y à gran prieſſa mandò, que le echaſſen agua en el roſtro. Hizoſe aſsi, y el bolviò en ſu acuerdo à tiempo que yà un Carro de las rechinantes ruedas llegaba à aquel pueſto: tirabanle quatro perezoſos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traìan atada, y encendida una grande hacha de cera, y encima del Carro venìa hecho un aſsiento alto, ſobre el qual venìa ſentado un venerable viejo, con una barba mas blanca que la miſma nieve, y tan luenga, que le paſſaba de la cintura: ſu veſtidura era una ropa larga de negro vocacì, que por venir el Carro lleno de infinitas luces, ſe podia bien diviſar, y diſcernir todo lo que en èl venìa. Guiabanle dos feos demonios, veſtidos del miſmo vocacì, con tan feos roſtros, que Sancho, aviendolos viſto una vez, cerrò los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el Carro à igualar al pueſto, ſe levantò de ſu alto aſsiento el viejo venerable, y pueſto en pie, dando una gran voz, dixo: Yo ſoy el ſabio Lirgandeo; y paſsò el Carro adelante, ſin hablar mas palabra. Tras eſte paſsò otro Carro de la miſma manera, con otro viejo entronizado, el qual haciendo que el Carro ſe detuvieſſe, con voz no menos grave que el otro, dixo: Yo ſoy el diablo Alquife, el grande amigo de Urganda la deſconocida; y paſsò adelante. Luego por el miſmo continente llegò otro Carro; pero el que venìa ſentado en el trono no era viejo como los demàs, ſino hombron robuſto, y de mala catadura, el qual al llegar, levantandoſe en pie como los otros, dixo con voz mas ronca, y mas endiablada: Yo ſoy Arcalaux el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula, y de toda ſu parentela; y paſsò adelante. Poco deſviados de alli hicieron alto eſtos tres Carros, y ceſsò el enfadoſo ruìdo de ſus ruedas, y luego no ſe oyò otro ruìdo, ſino un ſon de una ſuave, y concertada muſica formado, con que Sancho ſe alegrò, y lo tuvo à buena ſeñal; y aſsi dixo à la Duqueſa, de quien un punto, ni un paſſo ſe apartaba: Señora, donde ay muſica, no puede aver coſa mala. Tampoco donde ay luces, y claridad, reſpondiò la Duqueſa. A lo que replicò Sancho: Luz dà el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ſer que nos abraſaſſen; pero la muſica ſiempre es indicio

de

de regocijos, y de fiestas. Ello dirà, dixo Don Quixote, que todo lo escuchaba, y dixo bien, como se muestra en el Capitulo siguiente.

CAP. XXXV. *Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucessos.*

AL compàs de la agradable musica, vieron, que àcia ellos venìa un Carro de los que llaman Triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venìa un disciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano: era el Carro dos veces, y ùn tres, mayor que los passados, y los lados, y encima de èl ocupaban otros doce disciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas; vista, que admiraba, y espantaba juntamente: y en un levantado trono venìa sentada una Ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, si no rica, à lo menos vistosamente vestida: traìa el rostro cubierto con un transparente, y delicado cendàl, de modo, que sin impedirlo sus rizos, por entre ellos se descubria un hermosissimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza, y los años, que al parecer no llegaban à veinte, ni baxaban de diez y siete: junto à ella venìa una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegò el Carro à estàr frente à frente de los Duques, y de Don Qui-

xote, cesò la musica de las chirimìas, y luego la de las harpas, y laùdes, que en el Carro sonaban; y levantandose en pie la figura de la ropa, la apartò à entrambos lados, y quitandose el velo del rostro, descubriò patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada, y fea; de que Don Quixote recibiò pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada, y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida, y con lengua no muy despierta, comenzò à decir de esta manera:

Yo soy Merlìn, aquel que las historias
Dicen, que tuve por mi padre al diablo,
Mentira autorizada de los tiempos,
Principe de la Magica, y Monarca,
Y archivo de la ciencia Zoroastrica,
Emulo à las edades, y à los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los Andantes bravos Cavalleros,
A quien yo tuve, y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los Encantadores,
De los Magos, ò Magicos contino,
Dura la condicion, aspera, y fuerte,
La mia es tierna, blanda, y amorosa,
Y amiga de hacer bien à todas gentes.

En las cabernas lobregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rumbos, y caracteres,
Llegò la voz doliente de la bella,
Y fin par Dulcinèa del Toboso.

Supe su encantamento, y su desgracia,
Y su transformacion de gentil Dama
En rustica Aldeana; condolìme,
Y encerrando mi espiritu en el hueco
De esta espantosa, y fiera notomìa,
Despues de aver rebuelto cien mil Libros
De esta mi ciencia endemoniada, y torpe,
Vengo à dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, à mal tamaño.

O tù, gloria, y honor de quantos visten
Las tunicas de azero, y de diamante,

Luz, y farol, sendero, norte, y guia
De aquellos, que dexando el torpe sueño,
Y las ociosas plumas, se acomodan
A usar el exercicio intolerable
De las sangrientas, y pesadas armas!
A ti digo, ò varon, como se debe,
Por jamàs alabado, à ti valiente
Juntamente, y discreto Don Quixote,
De la Mancha explendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinèa del Toboso,
Es menester que Sancho tu escudero
Se dè tres mil azotes, y trecientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al ayre descubiertas, y de modo,
Que le escuezan, le amarguen, y le enfaden;
Y en esto se resuelven todos quantos
De su desgracia han sido los Autores,
Y à esto es mi venida, mis señores.

Voto à tal, dixo à esta sazon Sancho, no digo tres mil azotes, pero assi me darè yo tres, como tres puñaladas: valate el diablo por modo de desencantar. Yo no sè que tienen que vèr mis posas con los encantos. Par Dios, que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar à la señora Dulcinèa del Toboso, encantada se podrà ir à la sepultura. Tomaros he yo, dixo Don Quixote, dòn villano, harto de ajos, y amarraros he à un arbol, desnudo como vuestra madre os pariò, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os darè, tan bien pegados, que no se os caygan à tres mil y trescientos tirones; y no me repliqueis palabra, que os arrancarè el alma. Oyendo lo qual Merlin, dixo: No ha de ser assi, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que èl quisiere, que no se le pone termino señalado; pero permitesele, que si èl quisiere redimir su vejacion por la mitad de esto vapulamiento, puede dexar que se los dè agena mano, aunque sea algo de pesada. Ni agena, ni propia, ni pesadà, ni por pesar, replicò Sancho, à mi no me ha de tocar alguna mano. Pari yo, por ventura, à la señora Dulcinèa del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo si,

que es parte suya, pues la llama à cada passo mi vida, mi alma, sustento, y arrimo suyo, se puede, y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necessarias para su desencanto; pero azotarme yo, abernuncio. Apenas acabò de decir esto Sancho, quando levantandose en pie la argentada Ninfa, que junto al espiritu de Merlin venia, quitandose el sutil velo del rostro, le descubriò tal, que à todos pareciò mas que demasiadamente hermoso; y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dixo: O mal aventurado escudero, alma de cantaro, corazon de alcornoque, de entrañas guigeñas, y apedernaladas! Si te mandaran, ladron, desuella caras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del genero humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras; si te persuadieran à que mataras à tu muger, y à tus hijos con algun truculento, y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostraras melindroso, y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no ay niño de la Doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, y espanta à todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos, que lo vinieren à saber con el discurso del tiempo. Pon, ò miserable, y endurecido animal, pon, digo, essos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas de estos mios, comparados à rutilantes estrellas, y veraslos llorar hilo à hilo, y madeja à madeja, haciendo surcos, carreras, y sendas por los hermosos campos de mis mexillas. Muevate, locarròn, y mal intencionado monstruo, ver que la edad tan florida mia, que aun se està todavia en el diez de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego à veinte, se consume, y marchita debaxo de la corteza de una rustica Labradora; y si ora no lo parezco, es merced particular, que me ha hecho el señor Merlin, que està presente, solo porque te enternezca mi belleza; que las lagrimas de una afligida hermosura buelven en algodon los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en essas carnazas, bestion indomito, y saca de Aaron esse brio, que à solo comer, y mas comer te inclina; y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz; y si por mi no quieres ablandarte, ni reducirte a algun razonable termino, hazlo por esse pobre Cavallero, que à tu lado tienes: por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravessada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rigida, ò blanda respuesta, ò para salirse por la boca, ò para bolverse al estomago.

Tentòse, oyendo esto, la garganta Don Quixote, y dixo, bolviendose al Duque: Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aqui tengo el alma atra-

atravessada en la garganta, como una nuez de ballesta. Què decìs a esto vos, Sancho? preguntò la Duquesa. Digo, señora, respondiò Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abrenuncio. Abernuncio aveis de decir, Sancho, y no como decìs, dixo el Duque. Dexeme vuestra grandeza, respondiò Sancho, que no estoy aora para mirar en sutilezas, ni en letras mas à menos, porque me tienen tan turbado estos azotes, que me han de dar, ò me tengo de dar, que no sè lo que me digo, ni lo que me hago; pero querria yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinèa del Toboso, adonde aprendiò el modo de rogar, que tiene? viene à pedirme, que me abra las carnes à azotes, y llamame alma de cantaro, y bestion indomito, con una tira mira de malos nombres, que el diablo los sufra. Por ventura son mis carnes de bronce? ò vame a mì algo en que se desencante, ò no? que canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores, y de escarpines (aunque no los gasto) trae delante de si para ablandarme, sino un vituperio, y otro, sabiendo aquel refran, que dicen por aì, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dadivas quebrantan peñas; y a Dios rogando, y con el mazo dando; y que mas vale un toma, que dos te darè. Pues el señor mi amo, que avia de traerme la mano por el cerro, y allanagarme para que yo me hiciesse de lana, y de algodòn cardado, dice, que si me coge, me amarrarà desnudo à un arbol, y me doblarà la parada de los azotes; y avian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden, que se azote un escudero, sino un Governador, como quien dice: bebe con goindas; aprendan, aprendan mucho en hora mala à saber rogar, y à saber pedir, y à tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni estan los hombres siempre de un buen humor; estoy yo aora rebentando de pena por vèr mi sayo verde roto, y vienen à pedirme, que me azote de mi voluntad, estando ella tan agena de ello como de bolverme Cazique. Pues en verdad, amigo Sancho, dixo el Duque, que si no os ablandais mas que una breva madura, que no aveis de empuñar el Govierno. Bueno seria, que yo embiasse à mis Insulanos un Governador cruèl, de entrañas pedernalinas, que no se doblega à las lagrimas de las afligidas doncellas, ni à los ruegos de discretos, imperiosos, y antiguos encantadores, y sabios. En resolucion, Sancho, ò vos aveis de ser azotado, ò os han de azotar, ò no aveis de ser Governador. Señor, respondiò Sancho, no se me darian dos dias de termino para pensar lo que me està mejor? No, en ninguna manera, dixo Merlin, aqui en este instante, y en este lugar ha de quedar assentado lo que ha de ser de este negocio, ò Dulcinèa bolverà à la Cueva de Montesinos, y à su pristino estado de Labradora; ò ya en el sèr que està serà llevada à los Elisèos campos, donde estarà espe-

rando se cumpla el numero de el vapulo. Ea, buen Sancho, dixo la Duquesa, buen animo, y buena correspondencia al pan que aveis comido del señor Don Quixote, à quien todos debemos servir, y agradar por su buena condicion, y por sus altas Cavallerias. Dad el sì, hijo, de esta azotayna, y vayase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis. A estas razones respondiò con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntò: Digame vuestra merced, señor Merlin, quando llegò aqui el diablo correo, y diò à mi amo un recado del señor Montesinos, mandandole de su parte, que le esperasse aqui, porque venìa à dàr orden de que la señora Dulcinèa del Toboso se desencantasse, y hasta aora no hemos visto à Montesinos, ni a sus semejas? A lo qual respondiò Merlin: El diablo, amigo Sancho, es un ignorante, y un grandissimo bellaco; yo le embiè en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se està en su Cueva, entendiendo, ò por mejor decir, esperando su desencanto, que aùn le falta la cola por desollar; si os debe algo, ò teneis alguna cosa que negociar con èl, yo os le traerè, y pondrè donde vos mas quisieredes; y por aora acabar de dar el sì de esta disciplina, y creedme, que os serà de mucho provecho, assi para el alma, como para el cuerpo; para el alma, por la caridad con que la harèis; para el cuerpo, porque yo sè que sois de complexion sanguinea, y no os podrà hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos Medicos ay en el mundo, hasta los encantadores son Medicos, replicò Sancho; pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo, que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condicion, que me los tengo de dàr cada, y quando que yo quisiere, sin que se me ponga tassa en los dias, ni el tiempo; y yo procurarè salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora Dulcinèa del Toboso, pues segun parece, al revès de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado a sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren de mosquco, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me errare en el numero, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan, ò los que me sobran. De los sobrados no ayrà que avisar, respondiò Merlin, porque llegando al cabal numero, luego quedarà de improviso desencantada la señora Dulcinèa, y vendrà à buscar, como agradecida, al buen Sancho, y à darle gracias, y aùn premios por la buena obra. Assi, que no ay de que tener escrupulo de las sobras, ni de las faltas, ni el Cielo permita, que yo engañe à nadie, aunque sea

en

en un pelo de la cabeza. Ea, pues, à la mano de Dios, dixo Sancho, yo consiento en mi mala ventura; digo, que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dixo estas ultimas palabras Sancho, quando bolviò à sonar la musica de las chirimìas, y se bolvieron à disparar infinitos arcabuces, y Don Quixote se colgò del cuello de Sancho, dandole mil besos en la frente, y en las mexillas. La Duquesa, el Duque, y todos los circunstantes dieron muestras de aver recibido grandisimo contento, y el Carro comenzò à caminar, y al passar la hermosa Dulcinèa inclinò la cabeza à los Duques, y hizo una gran reverencia a Sancho; y yà en esto se venìa à mas andar el Alva alegre, y risueña, las florecillas de los campos se descollaban, y erguìan, y los liquidos crystales de los arroyos, murmurando por entre blancas, y pardas guijas, iban à dàr tributo à los rios, que los esperaban: la tierra alegre, el Cielo claro, el ayre limpio, la luz serena, cada uno por sì, y todos juntos, daban manifiestas señales, que el dia que la Aurora venìa pisando las faldas, avìa de ser sereno, y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de aver conseguido su intencion tan discreta, y felizmente, se bolvieron à su Castillo, con presupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no avia veras, que mas gusto les diessen.

CAP. XXXVI. *Donde se cuenta la estrecha, y jamàs imaginada aventura de la Dueña Dolorida, aliàs de la Condesa Trifaldi, con una carta, que Sancho Panza escriviò à su muger Teresa Panza.*

TEnia un Mayordomo el Duque de muy burlesco, y desenfadado ingenio, el qual hizo la figura de Merlìn, y acomodò todo el aparato de la aventura passada, compuso los versos, y hizo que un page hiciesse à Dulcinèa. Finalmente, con intervencion de sus señores, ordenò otra del mas gracioso, y estraño artificio, que puede imaginarse. Preguntò la Duquesa à Sancho otro dia, si avia comenzado la tarèa de la penitencia, que avia de hacer por el desencanto de Dulcinèa? Dixo que sì, y que aquella noche se avia dado cinco azotes. Preguntòle la Duquesa, que con què se los avia dado? Respondiò, que con la mano. Esso, replicò la Duquesa, mas es darse de palmadas, que de azotes; yo tengo para mì, que el sabio Merlìn no estara contento con tanta blandura, menester serà que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos, ò de las de canelones, que se dexen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dàr tan varata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinèa, por tan poco precio. A lo que respondiò Sancho: Dème vuestra Señorìa alguna disciplina, ò ramal conveniente, que yo me darè con el, como no me duela demasia-

siado ; porque hago saber a vuestra merced, que aunque soy rustico, mis carnes tienen mas de algodòn, que de esparto, y no sera bien, que yo me descrie por el provecho ageno. Sea en buena hora, respondio la Duquesa, yo os darè mañana una disciplina, que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dixo Sancho: Sepa vuestra Alteza, señora mia, que yo tengo escrita una Carta a mi muger Teresa Panza, dandola cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me apartè de ella ; aqui la tengo en el seno, que no la falta mas de ponerla el sobre-escrito : querrìa que vuestra discrecion la leyesse, porque me parece que và conforme à lo de Governador (digo al modo que deben de escrivir los Governadores.) Y quien la notò? preguntò la Duquesa. Quien la avia de notar sino yo, pecador de mì? respondiò Sancho. Y escrivisteisla vos? dixo la Duquesa. Ni por pienso, respondiò Sancho, porque yo no sè leer, ni escrivir, puesto que sè firmar. Veamosla, dixo la Duquesa, que à buen seguro, que vos mostreis en ella la calidad, y suficiencia de vuestro ingenio. Sacò Sancho una Carta abierta de el seno, y tomandola la Duquesa, viò, que decia de esta suerte:

CARTA DE SANCHO PANZA à Teresa Panza su muger.

Si buenos azotes me daban, bien cavallero me iba ; si buen Gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderàs tù, Teresa mia, por aora, otra vez lo sabràs: has de saber, Teresa, que tengo determinado, que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar, es andar à gatas. Muger de un Governador eres, mira si te rotrà nadie los zancajos: aì te embio un vestido verde de Cazador, que me diò mi señora la Duquesa, acomodale en modo, que sirva de saya, y cuerpos à nuestra hija. Don Quixote mi amo, segun he oìdo decir en esta tierra, es un loco cuerdo, y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la Cueva de Montesinos, y el sabio Merlin ha echado mano de mì para el desencanto de Dulcinèa del Toboso (que por allà se llama Aldonza Lorenzo) con tres mil y quinientos azotes, menos cinco, que me ha de dàr, quedarà desencantada como la madre que la pariò. No diràs de esto nada à nadie, porque pòn lo tuyo en Concejo, y unos diràn, que es blanco, y otros que es negro. De aqui à pocos dias me partirè al Govierno; adonde voy con grandissimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho, que todos los Governadores nuevos vàn con este mismo deseo: tomarèle el pulso, y avisarètè si has de venir à estàr conmigo, ò no. El rucio està bueno, y se te encomienda mucho; y no le pienso dexar aunque me llevaran a ser Gran Turco. La Duquesa mi señora te besa mil veces las manos, buel-

vela el retorno con dos mil, que no ay cosa que menos cueste, ni valga mas varata, segun dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos, como la de marras; pero no te dè pena, Teresa mia, que en salvo està el que repica, y todo saldrà en la colada de el Govierno, fino que me ha dado gran pena, que me dicen, que si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras èl; y si assi fuesse, no me costaria muy varato, aunque los estropeados, y mancos yà se tienen su Canongìa en la limosna que piden: assi, que por una via, ò por otra, tù has de ser rica, y de buena ventura. Dios te la dè, como puede; y à mì me guarde para servirte. De este Castillo à 20. de Julio de 1614.

Tu marido el Governador
Sancho Panza.

En acabando la Duquesa de leer la Carta, dixo à Sancho: En dos cosas anda un poco descaminado el buen Governador; la una, en decir, ò dàr a entender, que este Govierno se le han dado por los azotes que se ha de dàr, sabiendo èl, que no lo puede negar, que quando el Duque mi señor se le prometiò, no se soñaba aver azotes en el mundo; la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querrìa que oregano fuesse; porque la codicia rompe el saco, y el Governador codicioso hace la justicia desgovernada. Yo no lo digo por tanto, señora, respondiò Sancho; y si à vuestra merced le parece que la tal Carta no và como ha de ir, no ay sino rasgarla, y hacer otra nueva, y podria ser que fuesse peor, si me lo dexan à mi caletre. No, no, replicò la Duquesa, buena està esta, y quiero que el Duque la vea. Con esto se fueron à un Jardìn, donde avian de comer aquel dia: mostrò la Duquesa la Carta de Sancho al Duque, de que recibiò grandissimo contento. Comieron, y despues de aver alzado los manteles, y despues de averse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, à deshora se oyò el son tristissimo de un pisano, y el de un ronco, y destemplado tambòr; todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial, y triste harmonia, especialmente Don Quixote, que no cabìa en su asiento de puro alborotado: de Sancho no ay que decir, sino que el miedo le llevò à su acostumbrado refugio, que era el lado, ò faldas de la Duquesa; porque real, y verdaderamente el son que se escuchaba era tristissimo, y melancolico. Y estando todos assi suspensos, vieron entrar por el Jardìn adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo, y tendido, que les arrastraba por el suelo: estos venìan tocando dos grandes tambores, assimismo cubiertos de negro; à su lado venia el pisano negro, y pizmiento como los demas: seguia à los tres un personage de cuerpo agigantado, amantado, no

que

que vestido con una negrissima loba, cuya falda era assimismo desaforada de grande; por encima de la loba le ceñia, y atravessaba un ancho tahalì, tambien negro, de quien pendia un desmensurado alfange, de guarniciones, y vayna negra. Venia cubierto el rostro con un transparente velo negro, por quien se entreparecia una longuissima barba blanca como la nieve. Movia el passo al son de los tambores con mucha gravedad, y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura, y su acompañamiento, pudiera, y pudo suspender à todos aquellos, que sin conocerle miraron. Llegò, pues, con el espacio, y prosopopeya referida à hincarse de rodillas ante el Duque, que en pie, con los demàs que allì estaban, le atendia; pero el Duque en ninguna manera le consintiò hablar hasta que se levantasse. Hizolo assi el espantajo prodigioso, y puesto en pie, alzò el antifaz del rostro, hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca, y mas poblada barba, que hasta entonces humanos ojos avian visto; y luego desencajò, y arrancò del ancho, y dilatado pecho una voz grave, y sonòra, y poniendo los ojos en el Duque, dixo: Altissimo, y poderoso señor, à mì me llaman Trifaldin, el de la barba blanca: soy escudero de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida; de parte de la qual traygo à vuestra grandeza una embaxada, y es, que la vuestra magnificencia sea servido de darla facultad, y licencia para entrar à decirle su cuita, que es una de las mas nuevas, y mas admirables, que el mas cuitado pensamiento del Orbe puede aver pensado; y primero quiere saber, si està en este vuestro Castillo el valeroso, y jamàs vencido Cavallero Don Quixote de la Manchà, en cuya busca viene, à pie, y sin desayunarse, desde el Reyno de Candaya, hasta este vuestro Estado: cosa que se puede, y debe tener à milagro, ò à fuerza de encantamento: ella queda à la puerta de esta Fortaleza, ò Casa de Campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplacito: dixo, y tosiò luego, y manoseòse la barba de arriba abaxo con entrambas manos, y con mucho sossiego estuvo atendiendo à la respuesta del Duque, que fue: Yà, buen escudero Trifaldin de la blanca barba, hà muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la Condesa Trifaldi, à quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida: bien podeis, estupendo escudero, decirla, que entre, y que aqui està el valiente Cavallero Don Quixote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo, y toda ayuda; y assimismo la podreis decir de mi parte, que si mi favor le fuere necessario, no le ha de faltar, pues yà me tiene obligado à darsele el ser Cavallero, à quien es anexo, y concerniente favorecer à toda suerte de mugeres, en especial à las due-

ñas

ñas viudas menoscabadas, y doloridas, qual lo debe de estàr su Señoria. Oyendo lo qual Trifaldin inclinò la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pisano, y tambores señal que tocassen, al mismo son, y al mismo passo que avia entrado, se bolviò a salir del Jardìn, dexando à todos admirados de su presencia, y compostura. Y bolviendose el Duque à Don Quixote, le dixo: En fin, famoso Cavallero, no pueden las tinieblas de la malicia, ni de la ignorancia encubrir, y obscurecer la luz del valor, y de la virtud: digo esto, porque apenas hà seis dias que la vuestra bondad està en este Castillo, quando ya os vienen à buscar de lueñas, y apartadas tierras, y no en Carrozas, ni en Dromedarios, sino à pie, y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en esse fortissimo brazo el remedio de sus cuitas, y trabajos, merced à vuestras grandes hazañas, que corren, y rodèan todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor Duque, respondiò Don Quixote, que estuviera aqui presente aquel bendito Religioso, que à la mesa el otro dia mostrò tener tan mal talante, y tan mala ojeriza contra los Cavalleros Andantes, para que viera por vista de ojos, si los tales Cavalleros son necessarios en el mundo; tocàra por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos, y desconsolados, en casos grandes, y en desdichas enormes no vàn à buscar su remedio à las casas de los Letrados, ni à las de los Sacristanes de las Aldèas, ni al Cavallero, que nunca ha acertado à salir de los terminos de su Lugar, ni al perezoso Cortesano, que antes busca nuevas para referirlas, y contarlas, que procura hacer obras, y hazañas, para que otros las cuenten, y las escrivan. El remedio de las cuitas, el socorro de las necessidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor, que en los Cavalleros Andantes, y de serlo yo dòy infinitas gracias al Cielo, y doy por muy bien empleado qualquier desmàn, y trabajo, que en este tan honroso exercicio pueda sucederme. Venga esta dueña, y pida lo que quisiere, que yo la librarè su remedio en la fuerza de mi brazo, y en la intrepida resolucion de mi animoso espiritu.

CAP. XXXVII. *Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.*

EN estremo se holgaron el Duque, y la Duquesa de vèr quan bien iba respondiendo à su intencion Don Quixote; y à esta sazon dixo Sancho: No querrìa yo, que esta señora dueña pusiesse algun tropiezo à la promessa de mi Govierno; porque yò he oìdo decir à un Boticario Toledano, que hablaba como un gilguero, que donde interviniessen dueñas no podia suceder cosa buena. Valame Dios, y quan mal estaba con ellas el tal Botica-

ticario! De lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas, è impertinentes, de qualquiera calidad, y condicion que sean, què serán las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa tres faldas, ò tres colas? que en mi tierra faldas, y colas, colas, y faldas, todo es uno. Calla, Sancho, amigo, dixo Don Quixote, que pues esta señora dueña de tan lueñas tierras viene à buscarme, no debe ser de aquellas que el Boticario tenia en su numero; quanto mas, que esta es Condesa, y quando las Condesas sirven de dueñas, será sirviendo à Reynas, y Emperatrices, que en sus casas son señorissimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondiò Doña Rodriguez, que se hallò presente: Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser Condesas, si la fortuna quisiera; pero allà vàn leyes do quieren Reyes; y nadie diga mal de las dueñas, y mas de las antiguas, y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza, y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella à una dueña viuda, y quien à nosotras trasquilò, las tixeras le quedaron en la mano. Con todo esso, replicò Sancho, ay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi Barbero, quanto será mejor no menear el arròz, aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondiò Doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las ante-salas, y nos vèn à cada passo, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrandonos los huessos, y enterrandonos la fama. Pues mandoles yo à los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo, y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro mongil nuestras delicadas, ò no delicadas carnes, como quien cubre, ò tapa un muladar con un tapiz en dia de Procesion. A fee, que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera à entender, no solo à los presentes, sino à todo el mundo, como no ay virtud que no se encierre en una dueña. Yo creo, dixo la Duquesa, que mi buena Doña Rodriguez tiene razon, y muy grande; pero conviene, que aguarde tiempo para bolver por sì, y por las demàs dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal Boticario, y desarraygar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondio: Despues que tengo humos de Governador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me dà por quantas dueñas ay un cabrahigo. Adelante passàran con el coloquio dueñesco, si no oyeran, que el pifano, y los tambores bolvian à sonar, por donde entendieron, que la Dueña Dolorida entraba. Preguntò la Duquesa al Duque, si seria bien ir à recibirla, pues era Condesa, y persona principal? Por lo que tiene de Condesa, respondiò Sancho, antes que el Duque respondiesse, bien es-

toy en que vuestras grandezas salgan à recibirla; pero por lo de dueña soy de parecer, que no se muevan un passo. Quien te mete à tì en esso, Sancho? dixo Don Quixote. Quien, señor? respondiò Sancho: yo me meto, que puedo meterme como escudero, que ha aprendido los terminos de la cortesìa en la escuela de vuestra merced, que es el mas cortès, y bien criado Cavallero, que ay en toda la cortesanìa; y en estas cosas, segun he oìdo decir à vuestra merced, tanto se pierde por carta de mas, como por carta de menos, y al buen entendedor pocas palabras. Assi es como Sancho dice, dixo el Duque, verèmos el talle de la Condesa, y por el tantearèmos la cortesìa que se le debe. En esto entraron los tambores, y el pifano, como la vez primera; y aqui con este breve Capitulo diò fin el Autor, y comenzò el otro, siguiendo la misma aventura, que es una de las mas notables de la Historia.

CAP. XXXVIII. *Donde se cuenta la que diò de su mala andanza la Dueña Dolorida.*

DEtras de los tristes Musicos comenzaron à entrar por el Jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos mongiles anchos, al parecer de anascote butanado, con unas tocas blancas de delgado canequi, tan luengas, que solo el cabete del mongil descubrian. Tras ellas venìa la Condesa Trifaldi, à quien traìa de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finissima, y negra vayeta por frisar, que à venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos: la cola, ò falda, ò como llamarla quisieren, era de tres puntas, las quales se sustentaban en las manos de tres Pages, assimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa, y mathematica figura, con aquellos tres angulos acutos, que las tres puntas formaban; por lo qual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debìa llamar la Condesa Trifaldi, como si dixessemos, la Condesa de las tres faldas; y assi dice Benengeli, que fue verdad, y que de su proprio apellido se llama la Condesa Lobuna, à causa que se criaban en su Condado muchos Lobos; y que si como eran Lobos, fueran Zorras, la llamaran la Condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los Señores la denominacion de sus nombres de la cosa, ò cosas en que mas sus Estados abundan; empero esta Condesa, por favorecer la novedad de su falda, dexò la Lobuna, y tomò la Trifaldi. Venìan las doce dueñas, y la Señora à passo de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Assi como acabò de parecer el dueñesco esquadròn, el Duque, la Duquesa, y Don Quixo-

te se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procession miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la qual la Dolorida se adelantò, sin dexarla de la mano Trifaldin. Viendo lo qual, el Duque, la Duquesa, y Don Quixote se adelantaron obra de doce passos à recibirla. Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta, y ronca, que sutil, y delicada, dixo: Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesia à este su criado, digo à esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertarè à responder à lo que debo, à causa que mi estraña, y jamàs vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sè donde, y debe de ser muy lexos, pues quanto mas le busco, menos le hallo. Sin èl estaria, respondiò el Duque, señora Condesa, el que no descubriesse por vuestra persona vuestro valor, el qual sin mas vèr es merecedor de toda la nata de la cortesia, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias; y levantandola de la mano, la llevò à assentar en una silla junto à la Duquesa, la qual la recibiò asimismo con mucho comedimiento. Don Quixote callaba, y Sancho andaba muerto por vèr el rostro de la Trifaldi, y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fue posible, hasta que ellas de su grado, y voluntad se descubrieron. Sossegados todos, y puestos en silencio, estaban esperando quien le avia de romper; y fue la Dueña Dolorida con estas palabras: Confiada estoy, señor poderoso, hermosissima señora, y discretissimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitissima en vuestros valerosissimos pechos acogimiento, no menos placido, que generoso, y doloroso, porque ella es tal, que es bastante à enternecer los marmoles, y ablandar los diamantes, y à molificar los azeros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga à la plaza de vuestros oìdos (por no decir orejas) quisiera, que me hicieran sabidora si està en este gremio, corro, y compañia el acendradissimo Cavallero Don Quixote de la Manchissima, y su escuderissimo Panza. El Panza, antes que otro respondiesse, dixo: Sancho, aqui està, y el Don Quixotissimo assimismo, y assi podreis, doloros issima dueñissima, decir lo que quisierediss imis, que todos estamos promptos, y aparejadissimos à ser vuestros servidorissimos. En esto se levantò Don Quixote, y encaminando sus razones à la Dolorida Dueña, dixo: Si à vuestras cuitas, angustiada señora, se puede prometer alguna esperanza de remedio por algun valor, ò fuerzas de algun Andante Cavallero, aqui estàn las mias, que aunque flacas, y breves, todas se emplearàn en vuestro servicio. Yo soy Don Quixote de la Mancha, cuyo assumpto es acudir à toda suerte de menesterosos; y siendo esto assi, como lo es, no aveis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preambulos, sino à la llana, y sin rodeos decir vues-

vuestros males, que oìdos os escuchan, que sabràn, sino remediarlos, dolerse de ellos. Oyendo lo qual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarse à los pies de Don Quixote, y aùn se arrojò, y pugnando por abrazarselos, decia: Ante estos pies, y piernas me arrojo, ò Cavallero invicto, por ser los que son basas, y columnas de la Andante Cavalleria: estos pies quiero besar, de cuyos passos pende, y cuelga todo el remedio de mi desgracia. O valeroso Andante, cuyas verdaderas fazañas dexan atràs, y obscurecen las fabulosas de los Amadises, Explandianes, y Belianises! Y dexando à Don Quixote, se bolviò à Sancho Panza, y asiendole de las manos, le dixo: O tù el mas leal escudero, que jamàs sirviò à Cavallero Andante en los presentes, ni en los passados siglos, mas luengo en bondad, que la barba de Trifaldin mi acompañador, que esta presente! bien puedes preciarte, que en servir al gran Don Quixote sirves en cifra à toda la caterva de Cavalleros, que han tratado las armas en el mundo; conjurote, por lo que debes à tu bondad fidelissima, me seas buen intercessor con tu dueño, para que luego favorezca à esta humilissima, y desdichadissima Condesa. A lo que respondiò Sancho: Que sea mi bondad, señora mia, tan larga, y grande como la barba de vuestro escudero, à mì me hace muy poco al caso; barbada, y con vigotes tenga yo mi alma quando de esta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acà poco, ò nada me curo; pero sin essas socaliñas, ni plegarias yo rogarè à mi amo (que sè que me quiere bien, y mas aora, que me hà menester para cierto negocio) que favorezca, y ayude à vuestra merced en todo lo que pudiere: vuestra merced desembaule su cuita, y cuentenosla, y dexe hacer, que todos nos entenderèmos. Rebentaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que avian tomado el pulso à la tal aventura, y alababan entre sì la agudeza, y disimulacion de la Trifaldi, la qual bolviendose à sentar, dixo: De el famoso Reyno de Candaya, que cae entre la Gran Trapobana, y el Mar de el Sùr, dos leguas mas alla de el Cabo Comorin, fue Señora la Reyna Doña Maguncia, viuda de el Rey Archipiela su señor, y marido, de cuyo matrimonio tuvieron, y procrearon à la Infanta Antonomasia, heredera de el Reyno, la qual dicha Infanta Antonomasia se criò, y creciò debaxo de mi tutela, y doctrina, por ser yo la mas antigua, y la mas principal dueña de su madre. Sucediò, pues, que yendo dias, y viniendo dias, la niña Antonomasia llegò à edad de diez y seis años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos aora, que la discrecion era mòcosa: assi era discreta, como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si ya los has

hados embidiosos, y las parcas endurecidas no la han cortado el estambre de la vida; pero no avràn, que no han de permitir los Cielos que se haga tanto mal à la tierra; como seria llevarse en agràz el racimo del mas hermoso vedùño del suelo: de esta hermosura (y no como se debe encarecida de mi torpe lengua) se enamorò un numero infinito de Principes, assi naturales, como Estrangeros, entre los quales assiò levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un Cavallero particular, que en la Corte estaba, confiado en su mocedad, en su bizarrìa, en sus muchas habilidades, gracias, facilidad, y felicidad de ingenio; porque hago saber à vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una Guitarra que la hacia hablar, y mas, que era Poeta, y gran baylarìn, y sabìa hacer una jaula de pajaros, que solamente à hacerlas pudiera ganar la vida quando se viera en estrema necesidad: que todas estas partes, y gracias son bastantes à derribar una montaña, no que una delicada doncella; pero toda su gentileza, y buen donayre, y todas sus gracias, y habilidades fueran poca, ò ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladròn desuella caras no usara del remedio de rendirme à mi primero. Primero quiso el malandrìn, y desalmado vagamondo grangearme la voluntad, y cohecharme el gusto, para que yo, mal Alcayde, le entregasse las llaves de la Fortaleza, que guardaba. En resolucion, èl me adulò el entendimiento, y me rindiò la voluntad con no sè què gages, y brincos que me diò; pero lo que mas me hizo postrar, y dàr conmigo en el suelo, fueron unas coplas que le oìa cantar una noche desde una reja, que caìa à una callejuela donde el estaba, que si mal no me acuerdo, decian:

De la dulce mi enemiga
Nace un mal, que al alma hiere;
Y por mas tormento quiere,
Que se sienta, y no se diga.

Parecìome la troba de perlas, y su voz de almibar, y despues acà, digo desde entonces, viendo el mal en que caì, por estos, y otros semejantes versos, he considerado, que de las buenas, y concertadas Republicas se avian de desterrar los Poetas, como aconsejaba Platòn; à lo menos los lascivos, porque escriven unas coplas, no como las del Marquès de Mantua, que entretienen, y hacen llorar los niños, y à las mugeres, sino unas agudezas, que à modo de blandas espinas nos atraviessan el alma, y como rayos nos hieren en ella, dexando sano el vestido; y otra vez cantò:

Vèn, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me torne à dàr la vida.

Y de este jaez otras coplitas, y

estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden; pues què quando se humillan à componer un genero de verso, que en Candaya se usaba entonces, à quien ellos llamaban seguidillas: alli era el brincar de las almas, el retozo de la risa, el desassosiego de los cuerpos, y finalmente, el azogue de todos los sentidos. Y assi digo, señores mios, que los tales trobadores con justo titulo los debian desterrar à las Islas de los lagartos; pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debia, no me avian de mover sus trasnochados conceptos, ni avia de creer ser verdad aquel decir: Vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, partome, y quedome, con otros imposibles de esta ralèa, de que estàn sus escritos llenos. Pues què quando prometen el Fenix de Arabia, la corona de Aridiana, los cavallos del Sol, del Sùr las perlas, de Tibar el oro, y de Pancaya el balsamo? Aqui es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamàs piensan, ni pueden cumplir; pero donde me divierto? ay de mi desdichada! què locura, ò desatino me lleva à contar las agenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias? Ay de mi! otra vez sin ventura, que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad; no me ablandaron las musicas, sino mi liviandad, mi mucha ignorancia, y mi poco advertimiento, abrieron el camino, y desembarazaron la senda à los passos de Don Clavijo (que este es el nombre del referido Cavallero) y assi, siendo yo la mediana, èl se hallò una, y muchas veces en la estancia de la por mi, y no por èl engañada Antonomasia, debaxo del titulo de verdadero esposo, que aunque pecadora, no consintiera, que sin ser su marido, la llegàra à la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, esso no, el matrimonio ha de ir adelante en qualquiera negocio de estos, que por mi se tratare; solamente huvo un daño en este negocio, que fue el de la desigualdad, por ser Don Clavijo un Cavallero particular, y la Infanta Antonomasia heredera (como yà he dicho) del Reyno. Algunos dias estuvo encubierta, y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareciò que la iba descubriendo à mas andar no sè què hinchazòn del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en burèo à los tres, y saliò de èl, que antes que saliesse à luz el mal recado, Don Clavijo pidiesse ante el Vicario por su muger à Antonomasia, en fee de una cedula, que de ser su esposa la Infanta le avia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hicieronse las diligencias, viò el Vicario la cedula, tomò el tal Vicario la confession à la señora, confessò de plano; mandòla depositar en casa de un Alguacil de Corte muy honrado. A esta sazon

dixo Sancho: Tambien en Candaya ay Alguaciles de Corte, Poetas, y Seguidillas? Por lo que puedo jurar, que imagino que todo el mundo es uno; pero dèse vuestra merced prieſſa, ſeñora Trifaldi, que es tarde, y yà me muero por ſaber el fin de eſta tan larga Hiſtoria. Sì harè, reſpondiò la Condeſa.

CAP. XXXIX. *Donde la Trifaldi proſigue ſu eſtupenda, y memorable Hiſtoria.*

DE qualquiera palabra que Sancho decia, la Duquesa guſtaba tanto, como ſe deſeſperaba Don Quixote; y mandandole que callaſſe, la Dolorida proſiguiò diciendo: En fin, al cabo de muchas demandas, y reſpueſtas, como la Infanta ſe eſtaba ſiempre en ſus trece, ſin ſalir, ni variar de la primera declaracion, el Vicario ſentenciò en favor de Don Clavijo, y ſe la entregò por ſu legitima eſpoſa; de lo que recibiò tanto enojo la Reyna Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomaſia, que dentro de tres dias la enterramos. Debiò de morir ſin duda, dixo Sancho. Claro eſtà, reſpondiò Trifaldin, que en Candaya no ſe encierran las perſonas vivas, ſino las muertas. Yà ſe ha viſto, ſeñor eſcudero, replicò Sancho, enterrar un deſmayado creyendo ſer muerto; y pareciame à mì, que eſtaba la Reyna Maguncia obligada à deſmayarſe antes que à morirſe, que con la vida muchas coſas ſe temedian; y no fue tan grande el diſparate de la Infanta, que obligaſſe à ſentirle tanto. Quándo ſe huviera caſado eſſa ſeñora con algun page ſuyo, ò con otro criado de ſu caſa, como han hecho otras muchas, ſegun he oìdo decir, fuera el daño ſin remedio; pero el averſe caſado con un Cavallero tan Gentil-hombre, y tan entendido, como aqui nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fue necedad, no fue tan grande como ſe pienſa: porque ſegun las reglas de mi ſeñor, que eſtà preſente, y no me dexarà mentir, aſsi como ſe hacen de los hombres Letrados los Obiſpos, ſe pueden hacer de los Cavalleros (y mas ſi ſon Andantes) los Reyes, y los Emperadores. Razon tienes, Sancho, dixo Don Quixote, porque un Cavallero Andante, como tenga dos dedos de ventura, eſtà en potencia propinqua de ſer el mayor Señor del mundo. Pero paſſe adelante la ſeñora Dolorida, que à mì ſe me trasluce, que le falta por contar lo amargo de eſta, haſta aqui dulce, Hiſtoria. Y como sì queda lo amargo, reſpondiò la Condeſa, y tan amargo, que en ſu comparacion ſon dulces las tueras, y ſabroſas las adelfas. Muerta, pues, la Reyna, y no deſmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas la dimos el ultimo vale, quando *quis talia fando temperet à lacrymis*, puesto ſobre un cavallo de madera, pareciò encima de la ſepultura de la Reyna el Gigante Malambruno, primo coſmano de Ma-

Magnicia; que junto con ser cruel, era encantador, el qual con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de Don Clavijo, y por despecho de la demàsia de Antonomasia, los dexò encantados sobre la misma sepultura, à ella convertida en una ximia de bronce, y à èl en un espantoso cocodrilo, de un metal no conocido; y entre los dos està un padròn, asimismo de metal, y en èl escritas en lengua Syriaca unas letras, que aviendose declarado en la Candayesca, y aora en la Castellana, encierra esta sentencia: *No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos antantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo à las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.* Hecho esto, sacò de la vayna un ancho, y desmesurado alfange, y asiendome à mì por los cabellos, hizo finca de querer segarme la gola, y cortarme à cercèn la cabeza. Turbème, pegòseme la voz à la garganta, quedè mohina en todo estremo; pero con todo me esforcè lo mas que pude, y con voz tembladora, y doliente le dixe tantas, y tales cosas, que le hicieron suspender la execucion de tan rigoroso castigo. Finalmente, hizo traer ante sì todas las dueñas de Palacio, que fueron estas que estàn presentes, y despues de aver exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas, y peores trazas, y cargandò à todas la culpa, que yo sola tenia, dixo, que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diessen una muerte civil, y continua; y en aquel mismo momento, y punto que acabò de decir esto, sentimos todas que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas: acudimos luego con las manos à los rostros, y hallamonos de la manera que aora vereis; y luego la Dolorida, y las demàs dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venìan, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, quales rubias, quales negras, quales blancas, y quales albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque, y la Duquesa, pasmados Don Quixote, y Sancho, y atonitos todos los presentes; y la Trifaldi prosiguiò: De esta manera nos castigò aquel follòn, y mal intencionado Malambruno, cubriendo la blandura, y morbidez de nuestros rostros con la aspereza de estas cerdas, que pluguiera al Cielo, que antes con su desmesurado alfange nos huviera derribado las testas, que no que nos asombràra la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre; porque si entramos en cuenta, señores mios, (y esto que voy à decir aora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes, pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aqui han llovido, los tienen sin humor, y secos como grillas, y assi lo dirè sin lagrimas) di-

digo, pues, que adonde podrà ir una dueña con barbas? què padre, ò què madre se dolerà de ella? quien la darà ayuda? Pues aùn quando tiene la tèz lisa, y el rostro martyrizado con mil suertes de menjunges, y mudas, apenas halla quien bien la quiera; què harà quando descubra hecho un bosque su rostro? O dueñas, y compañeras mias! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto, diò muestras de desmayarse.

CAP. XL. *De cosas que atañen, y tocan a esta aventura, y à esta memorable Historia.*

REAL, y verdaderamente todos los que gustan de semejantes Historias como esta, deben de mostrarse agradecidos à Cide Hamete, su Autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las seminimas de ella, sin dexar cosa, por menuda que fuesse, que no la sacasse à luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde à las tacitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; y finalmente, los atomos del mas curioso deseo manifiesta. O Autor celeberrimo! ò Don Quixote dichoso! ò Dulcinèa famosa! ò Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sì vivais siglos infinitos, para gusto, y general passatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la Historia, que assi como Sancho viò desmayada à la Dolorida, dixo: Por la fee de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis passados los Panzas, que jamas he oido, ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Valgate mil Satanases, por no maldecirte, por encantador, y Gigante Malambruno, y no hallaste otro genero de castigo que dàr a estas pecadoras, sino el de barbarlas? Como, y no fuera mejor, y à ellas les estuviera mas à cuento quitarlas la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerlas barbas? Apostarè yo, que no tienen hacienda para pagar à quien las rape. Assi es la verdad, señor, respondiò una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos; y assi hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes, ò parches pegajosos, y aplicandolos a los rostros, y tirando de golpe, quedamos ratas, y lisas, como fondo de mortero de piedra; que puesto que ay en Candaya mugeres que andan de casa en casa à quitar el bello, y à pulir las cejas, y hacer otros menjunges tocantes à mugeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamàs quisimos admitirlas, porque las mas olisean à terceras, aviendo dexado de ser primas; y si por el señor Don Quixote no somos remediadas, con barbas nos lle-

llevarán à la sepultura. Yo me pelaria las mias, dixo Don Quixote, en tierra de Moros, sino remediasse las vuestras. A este punto bolviò de su desmayo la Trifaldi, y dixo: El retintin de essa promessa, valeroso Cavallero, en medio de mi desmayo, llegò à mis oìdos, y ha sido parte para que yo de èl buelva, y cobre todos mis sentidos; y assi de nuevo os suplico, andante inclito, y señor indomable, vuestra graciosa promessa se convierta en obra. Por mì no quedarà, respondiò Don Quixote, ved, señora, què es lò que tengo de hacer, que el animo està muy prompto para serviros. Es el caso, respondiò la Dolorida, que desde aqui al Reyno de Candaya, si se và por tierra, ay cinco mil leguas, dos mas à menos; pero si se và por el ayre, y por la linea recta, ay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber, que Malambruno me dixo, que quando la suerte me deparasse al Cavallero nuestro libertador, que èl le embiaria una cavalgadura harto mejor, y con menos malicias, que las que son de retorno; porque ha de ser aquel mismo cavallo de madera, sobre quien llevò el valeroso Pierres robada à la linda Magalona, el qual cavallo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y buela por el ayre con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal cavallo, segun es tradicion antigua, fue compuesto por aquel sabio Merlin; prestòsele à Pierres, que era su amigo, con el qual hizo grandes viages, y robò, como se ha dicho, a la linda Magalona, llevandola à las ancas por el ayre, dexando embobados à quantos desde la tierra los miraban; y no le prestaba sino à quien èl queria, ò mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres hasta aora no sabèmos que aya subido en èl algunos; de alli le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve de èl en sus viages, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y oy està aqui, y mañana en Francia, y otro dia en el Potosì; y es lo bueno, que el tal cavallo ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los ayres, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, segun camina llano, y reposado: por lo qual la linda Magalona se holgaba mucho de andar cavallera en èl. A esto dixo Sancho: Para andar reposado, y llano, mi rucio, puesto que no anda por los ayres, pero por la tierra yo le curtire con quantos portantes ay en el mundo. Rieronse todos, y la Dolorida prosiguiò: Y este tal cavallo (si es que Malambruno quiere dar fin a nuestra desgracia) antes que sea media hora entrada la noche estara en nuestra presencia, porque èl me significò, que la señal que me daria por donde yo entendiesse, que avia hallado el Cavallero que buscaba, seria embiarme el cavallo donde fuesse con como-

didad, y presteza. Y quantos caben en esse cavallo? preguntò Sancho. La Dolorida respondiò: Dos personas, la una en la silla, y la otra en las ancas; y por la mayor parte estas tales dos personas son Cavallero, y escudero, quando falta alguna robada doncella. Querrìa yo saber, señora Dolorida, dixo Sancho, què nombre tiene esse cavallo? El nombre, respondiò la Dolorida, no es como el cavallo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso', ni como el de el Magno Alexandro, llamado Bucefalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayarte, que fue el de Reynaldos de Montalvàn, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del Sol, ni tampoco se llama Orelia, como el cavallo en que el desdichado Rodrigo, ultimo Rey de los Godos, entrò en la Batalla, donde perdiò la vida, y el Reyno. Yo apostarè, dixo Sancho, que pues no le han dado ninguno de essos famosos nombres de cavallos tan conocidos, que tampoco le avràn dado el de mi amo Rocinante, que en ser proprio excede à todos los que se han nombrado. Assi es, respondiò la barbada Condesa; pero todavia le quadra mucho mejor, porque se llama Clavileño el Aligero, cuyo nombre conviene con el ser del leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina; y assi en quanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante. No me descontenta el nombre, replicò Sancho; pero con què freno, ò con què jaquima se govierna? Yà he dicho, respondiò la Trifaldi, que con la clavija, que bolviendola à una parte, ò à otra el Cavallero que và encima, le hace caminar como quiere, ò yà por los ayres, ò yà rastreando, y casi barriendo la tierra, ò por el medio, que es el que se busca, y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Yà lo querrìa vèr, respondiò Sancho; pero pensar que tengo de subir en èl, ni en la silla, ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es, que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda mas blanda que la misma seda, y querian aora que me truviesse en unas ancas de tabla, sin coxin, ni almohada alguna: pardiez yo no me pienso moler por quitar las barbas à nadie, cada qual se rape como mas le viniere à cuento, que yo no pienso acompañar à mi señor en tan largo viage; quanto mas, que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento de estas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinèa. Sì sois, amigo, respondiò la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no harèmos nada. Aqui del Rey, dixo Sancho; què tienen que vèr los escuderos con las aventuras de sus señores? Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? Cuerpo de mi; aun

aun si dixessen los Historiadores: El tal Cavallero acabò la tal, y tal aventura, pero con ayuda de fulano no su escudero, sin el qual fuera imposible el acabarla; pero porque escrivan à secas, Don Paralipomenon de las tres Estrellas acabò la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se hallò presente à todo, como si no fuera en el mundo. Aora, señores, buelvo à decir, que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedarè aqui en compañia de la Duquesa mi señora, y podria ser, que quando bolviesse hallasse mejorada la causa de la señora Dulcinèa en tercio, y quinto, porque pienso en los ratos ociosos, y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo. Con todo esso, dixo la Duquesa, no aveis de acompañar, si fuere necessario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar por vuestro inutil temor tan poblados los rostros de estas señoras, que cierto seria mal caso. Aqui del Rey otra vez, replicò Sancho, quando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ò por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse à qualquiera trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas à dueñas, mal año, mas que las viesse yo à todas con barbas, desde la mayor, hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dixo la Duquesa, mucho os vais tras la opinion del Boticario Toledano; pues à fee, que no teneis razon, que dueñas ay en mi casa, que pueden ser exemplo de dueñas; que aqui està mi Doña Rodriguez, que no me dexarà decir otra cosa. Mas que la diga vuestra Excelencia, dixo Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas, ò malas, barbadas, ò lampiñas, que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres, como à las otras mugeres; y pues Dios nos echò en el mundo, èl sabe para què, y à su misericordia me atengo, y no à las barbas de nadie. Aora bien, señora Rodriguez, dixo Don Quixote, y señora Trifaldi, y compañia, yo espero en el Cielo, que mirarà con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho harà lo que yo le mandare, ya viniesse Clavileño, y ya me viesse con Malambruno, que yo sè que no avria navaja, que con mas facilidad rapasse à vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno, que Dios sufre à los malos, pero no para siempre. Ay! dixo à esta sazon la Dolorida, con benignos ojos miren à vuestra grandeza, valeroso Cavallero, todas las Estrellas de las Regiones Celestes, infundan en vuestro animo toda prosperidad, y valentia, para ser escudo, y amparo de el vituperoso, y abatido genero dueñesco, abominado de Boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de Pages, que mal aya la bellaca, que en la flor de su edad no se metiò primero à ser Mon-

Monja, que à dueña. Desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos, por linea recta de varon en varon del mismo Hector el Troyano, no dexarán de echarnos un vos, nuestras señoras, si pensassen por ello ser Reynas. O Gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certissimo en tus promessas! embianos ya al fin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura. Dixo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacò las lagrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasò los de Sancho, y propuso en su coraçon de acompañar à su señor hasta las ultimas partes del mundo, si en ello consistiesse quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAP. XLI. *De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura.*

LLegò en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso cavallo Clavileño viniesse, cuya tardanza fatigaba ya à Don Quixote, pareciendole, que pues Malambruno se detenia en embiarle, ò que el no era el Cavallero para quien estaba guardada aquella aventura, ò que Malambruno no ossaba venir con el à singular batalla; pero veis aqui quando à deshora entraron por el jardin quatro salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traian un gran cavallo de madera: pusieronle de pies en el suelo, y uno de los salvages dixo: Suba sobre esta maquina el que tu-

vie-

viere animo para ello. Aqui, dixo Sancho, yo no subo, porque ni tengo animo, ni soy Cavallero; y el salvage prosiguiò diciendo: Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni del otra malicia sera ofendido; y no ay mas que torcer essa clavija, que sobre el cuello trae puesta, que èl los llevarà por los ayres adonde los aliente Malambruno; pero porque la alteza, y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos, hasta que el cavallo relinche, que sera señal de aver dado fin à su viage. Esto dicho, dexando à Clavileño con gentil continente, se bolvieron por donde avian venido. La Dolorida assi como viò al cavallo, casi con lagrimas dixo à Don Quixote: Valeroso Cavallero, las promessas de Malambruno han sido ciertas, el cavallo està en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo de ellas te suplicamos nos rapes, y tundas, pues no està en mas fino en que subas en èl con tu escudero, y dès felice principio à vuestro nuevo viage. Esso haré, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado, y de mejor talante, sin ponerme à tomar coxin, ni calzarme espuelas, por no detenerme; tanta es la gana que tengo de verme con vos, señora, y con todas estas duenas, rasas, y mondas. Esso no harè yo, dixo Sancho, ni de malo, ni de buen talante en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba à las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los ayres. Y que diràn mis Insulanos quando sepan, que su Governador se anda passeando por los vientos? Y otra cosa mas, que aviendo tres mil y tantas leguas de aqui à Candaya, si el cavallo se cansa, ò el Gigante se enoja, tardarèmos en dàr la buelta media docena de años, y yà ni avrà Insula, ni Insulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comunmente, que en la tardanza và el peligro, y que quando te dieren la baquilla, acudas con la foguilla, perdonenme las barbas de estas señoras, que bien se està San Pedro en Roma; quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero, como es verme Governador. A lo que el Duque dixo: Sancho amigo, la Insula que yo os he prometido no es movible, ni fugitiva, raizes tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán, ni mudarán de donde està a tres tirones: y pues vos sabeis que sè yo, que no ay ningun genero de oficio de estos de mayor quantia, que no se grangee con alguna suerte de cohecho, qual mas, qual menos, el que yo quiero llevar por este Govierno, es, que vais con vuestro señor Don Quixote à dar cima, y cabo

cabo à esta memorable aventura, que ora bolvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os trayga, y buelva à pie hecho romero, de meson en meson, y de venta en venta, siempre que bolvieredes hallareis vuestra Insula donde la dexais, y à vuestros Insulanos con el mismo deseo de recibiros por su Governador, que siempre han tenido, y mi voluntad serà la misma: y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que seria hacer notorio agravio al deseo, que de serviros tengo. No mas, señor, dixo Sancho, yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar à cuestas tantas cortesias, suba mi amo, tapenme estos ojos, y encomiendenme à Dios, y avisenme, si quando vamos por essas altanerias podrè encomendarme à nuestro Señor, ò invocar los Angeles, que me favorezcan. A lo que respondiò Trifaldi: Sancho, bien podeis encomendaros à Dios, ò à quien quisieredes, que Malambruno, aunque es encantador, es Christiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad, y con mucho tiento, sin meterse con nadie. Ea, pues, dixo Sancho; Dios me ayude, y la Santisima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los Batanes, dixo Don Quixote, nunca he visto à Sancho con tanto temor como aora: si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el animo; pero llegaos aqui, Sancho, que con licencia de essos señores os quiero hablar à parte dos palabras; y apartando à Sancho entre unos arboles del jardin, y asiendole ambas manos, le dixo: Yà vès, Sancho hermano, el largo viage que nos espera, y que sabe Dios quando bolverèmos de èl, ni la comodidad, y espacio que nos darán los negocios; y assi querria que aora te retirasses en tu aposento, como que vàs à buscar alguna cosa necessaria para el camino, y en un dacadas pajas te diesses à buena cuenta de los tres mil y trescientos azotes, à que estàs obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendràs, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dixo Sancho, que vuestra merced debe de ser menguado; esto es, como aquello que dicen, en priessa me vès, y doncellez me demandas; aora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuestra merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad, que no tiene vuestra merced razon: vamos aora à rapar estas dueñas, que à la buelta yo le prometo à vuestra merced, como quien soy, de darme tanta priessa à salir de mi obligacion, que vuestra merced se contente; y no le digo mas. Y Don Quixote respondiò: Pues con esta promessa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás; porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verìdico. No soy verde, sino moreno, dixo Sancho; pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra

y

y con esto se bolvieron à subir en Clavileño; y al subir dixo Don Quixote: Tapaos, Sancho, y subid, que quien de tan lueñas cierras embia por nosotros, no serà para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar à quien de èl se fia: y puesto que todo sucediesse al revès de lo que imagino, la gloria de aver emprehendido esta hazaña no la podrà obscurecer malicia alguna. Vamos, señor, dixo Sancho, que las barbas, y lagrimas de estas señoras las tengo clavadas en el corazon, y no comerè bocado, que bien me sepa, hasta verlas en su primera lisura. Suba vuestra merced, y tapese primero, que si yo tengo de ir à las ancas, claro està que primero sube el de la silla. Assi es la verdad, replicò Don Quixote; y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidiò à la Dolorida, que le cubriesse muy bien los ojos, y aviendoselos cubierto, se bolviò à descubrir, y dixo: Si mal no me acuerdo, yo he leido en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fue un cavallo de madera, que los Griegos presentaron a la Diosa Palas, el qual iba preñado de Cavalleros armados, que despues fueron la total ruina de Troya; y assi serà bien vèr primero lo que Clavileño trae en su estomago. No ay para què, dixo la Dolorida, que yo le fio, y sè que Malambruno no tiene nada de malicioso, ni de traydor: vuestra merced, señor Don Quixote, suba sin pavòr alguno, y à mi daño si alguno lo sucediere. Pareciòle à Don Quixote, que qualquiera cosa que replicasse acerca de su seguridad, seria poner en detrimento su valentia; y assi, sin mas altercar, subiò sobre Clavileño, y le tentò la clavija, que facilmente se rodeaba, y como no tenia estrivos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz Flamenco, pintada, ò texida en algun Romano triunfo. De mal talante, y poco à poco llegò à subir Sancho, y acomodandose lo mejor que pudo en las ancas, las hallò algo duras, y no nada blandas; y pidiò al Duque, que si fuesse possible le acomodassen de algun coxin, ù de alguna almohada, aunque fuesse del estrado de su señora la Duquesa, ù del lecho de algun page, porque las ancas de aquel cavallo mas parecian de marmol, que de leño. A esto dixo la Trifaldi, que ningun jaèz, ni ningun genero de adorno sufria sobre sì Clavileño, que lo que podia hacer era ponerle à mugeriegas, y que assi no sentiria tanto la dureza. Hizolo assi Sancho; y diciendo: A Dios, se dexò vendar los ojos, y ya despues de vendados, se bolviò à descubrir, y mirando à todos los del jardin tiernamente, y con lagrimas, dixo, que le ayudassen en aquel trance con sendos Pater nostes, y sendas Ave Marias, porque Dios deparasse quien por ellos los dixesse, quando en semejantes trances se viessen. A lo què dixo Don Quixote Ladron, estas puesto en la hor-

horca, por ventura, ò en el ultimo termino de la vida, para usar de semejantes plegarias? No estàs, desalmada, y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupò la linda Magalona, del qual descendiò, no à la sepultura, sino à ser Reyna de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy à tu lado, no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimiò este mismo lugar, que yo aora oprimo? Cubrete, cubrete, animal descorazonado, y no te salga à la boca el temor que tienes, à lo menos en presencia mia. Tapenme, respondiò Sancho, y pues no quieren que me encomiende à Dios, ni que sea encomendado, què mucho que tema no ande por aqui alguna legion de diablos, que den con nosotros en Peralvillos? Cubrieronse, y sintiendo Don Quixote, que estaba como avia de estàr, tentò la clavija, y apenas huvo puesto los dedos en ella, quando todas las dueñas, y quantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo: Dios te guie, valeroso Cavallero, Dios sea contigo, escudero intrepido; yà, yà vais por essos ayres, rompiendolos con mas velocidad que una saeta; yà comenzais à suspender, y admiran à quantos desde la tierra os estàn mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no te caygas, que serà peor tu caìda que la del atrevido mozo, que quisò regir el carro del Sol su padre. Oyò Sancho las voces, y apretandose con su amo, y ciñendole con los brazos, le dixo: Señor, còmo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acà sus voces, y no parece sino que estàn aqui hablando junto à nosotros? No repares en esso, Sancho, que como estas cosas, y estas volaterias van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas veràs, y oiràs lo que quisieres, y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad, que no sè de què te turbas, ni te espantas, que osarè jurar, que en todos los dias de mi vida he subido en cavalgadura de passo mas llano; no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Assi es la verdad, respondiò Sancho, que por este lado me dà un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me estan soplando; y assi era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo ayre. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque, la Duquesa, y su Mayordomo, que no le faltò requisito, que la dexasse de hacer perfecta. Sintiendose, pues, soplar Don Quixote, dixo: Sin duda alguna, Sancho, que yà debemos de llegar à la segunda region del ayre, adonde se engendra el granizo, las nieves, los truenos, los relampagos, y los rayos se engendran en la tercera region; y si es que de esta manera vamos subiendo, presto darèmos en la region del fuego, y no sè yo como templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto, con unas estopas, ligeras de encender

erse, y apagarse, desde lexos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintiò el calor, dixo: Que me maten sino estamos yà en el lugar del fuego, ò bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme, y ver en què parte estamos. No hagas tal, respondiò Don Quixote, y acuerdate del verdadero cuento de el Licenciado Torralva, à quien llevaron los diablos en bolandas por el ayre, cavallero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegò à Roma, y se apeò en Torre de Nona, que es una calle de la Ciudad, y viò todo el fracaso, assalto, y muerte de Borbòn, y por la mañana yà estaba de buelta en Madrid, donde diò cuenta de todo lo que avia visto; el qual assimismo dixo, que quando iba por el ayre le mandò el diablo que abriesse los ojos, y los abriò, y se viò tan cerca, à su parecer, del cuerpo de la Luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osò mirar à la tierra, por no desvanecerse; assi que Sancho, no ay para què descubrirnos, que el que nos lleva à cargo, èl dirà cuenta de nosotros, y quiza vamos tomando puntas, y sabiendo en alto, para dexarnos caer de una sobre el Reyno de Candaya; como hace el sacre, ò neblì sobre la Garza para cogerla, por mas que se remonte; y aunque nos parece, que no hà media hora que nos partimos del Jardìn, creeme, que debemos de aver hecho gran camino. No sè lo que es, respondiò Sancho Panza, solo sè decir, que si la señora Magallanes, ò Magalona se contentò de estas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas platicas de los dos valientes oìan el Duque, y la Duquesa, y los del Jardìn, de que recibian extraordinario contento; y queriendo dar remate à la estraña, y bien fabricada aventura, por la cola del Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estàr el cavallo lleno de cohetes tronadores, bolò por los ayres con estraño ruido, y diò con Don Quixote, y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo yà se avia desaparecido del Jardìn todo el barbado esquadròn de las dueñas, y la Trifaldi, y todo; y los del Jardìn quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quixote, y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando à todas partes, quedaron atonitos de verse en el mismo Jardìn de donde avian partido, y de vèr tendido por tierra tanto numero de gente; y creciò mas su admiracion, quando à un lado del Jardìn vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente de ella, y de dos cordones de seda verde, un pergamino liso, y blanco, en el qual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

El inclito Cavallero Don Quixote de la Mancha fenesciò, y acabò la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañia, con solo intentarla.

Malambruno se dà por contento, y satisfecho à toda su voluntad, y las barbas de las dueñas yà quedan lisas, y mondas, y los Reyes Don Clavijo, y Antonomasia en su prístino estado; y quando se cumpliere el escuderil vapulo, la blanca paloma se verà libre de los pestíferos girifaltes, que la perfiguen, y en brazos de su querido arrullador, que assi està ordenado por el sabio Merlin, protoencantador de los encantadores.

Aviendo, pues, Don Quixote leìdo las letras del pergamino; claro entendiò, que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al Cielo de que con tan poco peligro huviesse acabado tan gran fecho, reduciendo à su passada tèz los rostros de las venerables dueñas, que yà no parecian, se fue adonde el Duque; y la Duquesa aùn no avian buelto en sì; y travando de la mano al Duque, le dixo: Ea, buen señor, buen animo, buen animo, que todo es nada, la aventura es yà acabada, sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito, que en aquel padròn està puesto. El Duque poco à poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fue bolviendo en sì, y por el mismo tenor la Duquesa, y todos los que por el Jardìn estaban caìdos, con tales muestras de maravilla, y espanto, que casi se podian dàr à entender averles acontecido de veras lo que tan bien sabìan fingir de burlas. Leyò el Duque el cartèl con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fue à abrazar à Don Quixote diciendole ser el mas buen Cavallero, que en ningun siglo se huviera visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por vèr què rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda disposicion prometia; pero dixeronle, que assi como Clavileño baxò ardiendo por los ayres, y diò en el suelo, todo el esquadròn de las dueñas, con la Trifaldi, avia desaparecido, y que yà iban rapadas, y sin cañones. Preguntò la Duquesa à Sancho, que còmo le avia ido en aquel largo viage? A lo qual respondiò Sancho: Yo, señora, sentì, que ibamos, segun mi señor me dixo, bolando por la region de el fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo (à quien pedì licencia para descubrirme) no lo consintiò; mas yo, que tengo no sè què briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorva, y impide, bonitamente, y sin que nadie lo viesse, por junto à las narices apartè tanto quanto el pañizuelo, que me tapaba los ojos, y por alli mirè àzia la tierra, y pareciòme, que toda ella no era mayor, que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas, porque se vea quan alto debiamos de ir enconces. A esto dixo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decìs, què à lo que parece vos no visteis la tierra, sino los hombres, que andaban sobre ella; y està claro, que si la tierra os pareciò como un grano de mos-

mos-

mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo avia de cubrir toda la tierra. Assi es verdad, respondiò Sancho; pero con todo esso la descubrì por un ladito, y la vì toda. Mirad, Sancho, dixo la Duquesa, que por un ladito no se vè el todo de lo que se mira. Yo no sè essas miradas, replicò Sancho, solo sè, que serà bien que vuestra Señoria entienda, que pues bolamos por encantamento, por encantamento podia yo vèr toda la tierra, y todos los hombres por do quierà que los mirára; y si esto no se me cree, tampoco creerà vuestra merced, como descubriendome por junto à las cejas, me vì tan junto al Cielo, que no avia de mì a èl palmo, y medio; y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande ademàs, y sucediò, que ibamos por parte donde estàn las siete Cabrillas; y en Dios, y en mi anima, que como yo en mi niñez fuì en mi tierra Cabrerizo, que assi como las vì, me diò una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no lo cumpliera, me parece que reventàra. Vengo, pues, y tomo, y què hago, sin decir nada à nadie, ni à mi señor tampoco, bonita, y pasitamente me apeè de Clavileño, y me entretuve con las Cabrillas, que son como unos alhelìes, y como unas flores, casi tres quartos de hora, y Clavileño no se moviò de un lugar, ni passò adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las Cabras, preguntò el Duque, en què se entretenia el señor Don Quixote? A lo que Don Quixote respondiò: Como todas estas cosas, y estos tales sucessos vàn fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mì sè decir, que ni me descubrì por alto, ni por baxo, ni vì el Cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad, que sentì, que passaba por la region del ayre, y que aùn tocaba à la del fuego; pero que passassemos de alli no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el Cielo de la Luna, y la ultima region del ayre, no podiamos llegar al Cielo, donde estàn las siete Cabrillas, que Sancho dice, sin abrasarnos; y pues no nos asseguramos, ò Sancho miente, ò Sancho sueña. Ni miento, ni sueño, respondiò Sancho; si no, preguntenme las señas de las tales Cabras, y por ellas veràn si digo verdad, ò no. Digalas, pues, Sancho, dixo la Duquesa. Son, respondiò Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de Cabras es essa, dixo el Duque; y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo Cabras de tales colores. Bien claro està esso, dixo Sancho, sì, que diferencia ha de aver de las Cabras del Cielo à las del suelo. Decidme, Sancho, preguntò el Duque, visteis allà entre essas Cabras algun Cabròn? No señor, respondiò Sancho; pero oì decir, que ninguno passaba de los cuernos de la Luna. No quisieron preguntarle mas de su viage, porque les pareciò, que llevaba Sancho hilo de

passearse por todos los Cielos, y dar nuevas de quanto allà passaba, sin averse movido del Jardìn. En resolucion, este fue el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que diò que reìr à los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar a Sancho siglos, si los viviera. Y llegandose Don Quixote à Sancho al oido, le dixo: Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que aveis visto en el Cielo, yo quiero que vos me creais à mì lo que vì en la Cueba de Montesinos; y no os digo mas.

CAP. XLII. *De los consejos que diò D. Quixote à Sancho Panza antes que fuesse à governar la Insula, con otras cosas bien considerables.*

CON el felice, y gracioso sucesso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron passar con las burlas adelante, viendo el acomodado sugeto que tenian para que se tuviessen por veras; y assi, aviendo dado la traza, y ordenes, que sus criados, y sus vassallos avian de guardar con Sancho en el Govierno de la Insula prometida, otro dia, que fue el que sucediò al buelo de Clavileño, dixo el Duque à Sancho, que se adelitasse, y compusiesse, para ir à ser Governador, que ya sus Insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humillò, y le dixo: Despues que baxè del Cielo, y despues que desde su alta cumbre mirè la tierra, y la yì tan pequeña, se templò en parte en mì la gana que tenia tan grande de ser Governador; porque què grandeza es mandar en un grano de mostaza? ò què Dignidad, ò Imperio el governar a media docena de hombres, tamaños como avellanas, que à mi parecer, no avia mas en toda la tierra? Si vuestra Señoria fuesse servido de darme una tantica parte del Cielo, aunque no fuesse mas de media legua, la tomaria de mejor gana, que la mayor Insula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondiò el Duque, yo no puedo dar parte del Cielo à nadie, aunque no sea mayor que una uña, que à solo Dios estan reservadas ellas mercedes, y gracias. Lo que puedo dar os doy, que es una Insula hecha, y derecha, redonda, y bien proporcionada, y sobre manera fertil, y abundosa, donde, si vos os sabeis dar maña, podeis con las riquezas de la tierra grangear las del Cielo. Aora bien, respondiò Sancho, venga essa Insula, que yo pugnarè por ser tal Governador, que a pesar de bellacos me vaya al Cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme à mayores, sino por el deseo que tengo de probar, a què sabe el ser Governador. Si una vez lo probais, Sancho, dixo el Duque, comeros heis las manos tras el Govierno, por ser dulcissima cosa el mandar, y ser obedecido. A buen seguro, que quando vuestro dueño llegue à ser Emperador, que lo sera sin duda (segun van encaminadas sus cosas)

que

que no se lo arranquen como quiera, y que le duela, y le pese en la mitad del alma del tiempo que huviere dexado de serlo. Señor, replicò Sancho Panza, yo imagino, que es bueno mandar, aunque sea un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho Panza, que sabeis de todo, respondiò el Duque; y yo espero, que sereis tal Governador, como vuestro juicio promete, y quedese esto aqui; y advertid, que mañana en esse mismo dia aveis de ir al Govierno de la Insula, y esta tarde os acomodaran de el trage conveniente que aveis de llevar, y de todas las cosas necessarias à vuestra partida. Vistanme, dixo Sancho, como quisieren, que de qualquiera manera que vaya vestido serè Sancho Panza. Assi es verdad, dixo el Duque: pero los trages se han de acomodar con el oficio, ò Dignidad que se professa, que no seria bien que un Jurisperito se vistiesse como Soldado, ni un Soldado como un Sacerdote. Vos, Sancho, ireis vestido parte de Letrado, y parte de Capitan; porque en la Insula que os doy, tanto son menester las Armas, como las Letras, y las Letras, como las Armas. Letras, respondiò Sancho, pocas tengo, porque aùn no sè el A, B, C; pero bastame tener el Christus en la memoria para ser buen Governador. De las Armas manejarè las que me dieren, hasta caer; y Dios delante. Con tan buena memoria, dixo el Duque, no podrà Sancho errar en nada. En esto llegò Don Quixote, y sabiendo lo que passaba, y la celeridad con que Sancho se avia de partir à su Govierno, con licencia del Duque le tomò por la mano, y se fue con èl à su estancia, con intencion de aconsejarle como se avia de aver en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerrò tras sì la puerta, y hizo casi por fuerza, que Sancho se sentasse junto à èl, y con reposada voz le dixo:

Infinitas gracias doy al Cielo, Sancho amigo, de que antes, y primero que yo aya encontrado con alguna buena dicha, te aya salido a tì à recibir, y à encontrar la buena ventura: yo, que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme; y tù, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te vès premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber còmo, ni còmo no, se halla con el cargo, y oficio que otros muchos pretendieron: y aqui encaxa, y entra bien el decir, que ay buena, y mala fortuna en las pretensiones. Tù, que para mì sin duda alguna eres un porro, sin madrugar, ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la Andante Cavalleria, sin mas, ni mas te vès Governador de una Insula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ò Sancho, para que no atribuyas à

tus merecimientos la merced recibida, sino que deis gracias al Cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las daràs à la grandeza que en sì encierra la profession de la Cavalleria Andante. Dispuesto, pues, el corazon à creer lo que te he dicho, està, ò hijo, atento à este tu Catòn, què quiere aconsejarte, y ser norte, y guia, que te encamine, y saque à seguro puerto de este mar procelòso, donde vàs à engolfarte, que los oficios, y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ò hijo, has de temer à Dios, porque en el temerle està la sabiduria; y siendo sabio, no podràs errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte à tì mismo, que es el mas dificil conocimiento que puede imaginarse: de el conocerte saldrà el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendràs à ser feos pies de la rueda de tu locura con la consideracion de aver guardado puercos en tu tierra. Assi es la verdad, respondiò Sancho, pero fue quando muchacho; y despues algo hombrecillo, gansos fueron los que guardè, que no puercos; pero esto pareceme à mì que no hace al caso, que nò todos los que goviernan vienen de casta dè Reyes. Assi es verdad, replicò Don Quixote, por lo qual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que exercitan con una blanda suavidad, que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuracion maliciosa, de que no ay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de decir, que vienes de Labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrà à correrte: y preciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador sobervio. Innumerables son aquellos, que de baxa estirpe nacidos, han subido à la Suma Dignidad Pontificia, è Imperatoria; y de esta verdad te pudiera traer tantos exemplos, que te cansàran.

Mira, Sancho, si tomas por medio à la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no ay para què tener embidia à los que los tienen Principes, y Señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista; y la virtud vale por sì sola, lo que la sangre no vale.

Siendo esto assi, como lo es, que si acaso viniere à verte quando estès en tu Insula alguno de tus parientes, no le deseches, ni afrentes, antes le has de acoger, agassajar, y regalar, que con esto satisfaras al Cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que èl hizo, y corresponderàs à lo que debes a la naturaleza bien concertada.

Si traxeres à tu muger contigo (porque no es bien que los que assistèn à Goviernos de mucho tiempo estèn sin las propias) en-

se-

señala, doctrinala, y desbastala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un Governador discreto, suele perder, y derramar una muger rustica, y tonta.

Si acaso enviudares, (cosa que puede suceder) y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo, y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo, que todo aquello que la muger del Juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el quatro tanto en la muerte las partidas, de que no se huviere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaxe, que suele tener mucha cabida con los ignorantes, que presumen de agudos.

Hallen en ti mas compasion las lagrimas del pobre; pero no mas justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promessas, y dadivas de el rico, como por entre los sollozos, è importunidades del pobre.

Quando pudiere, y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigòr de la ley al delinquente, que no es mejor la fama de el Juez riguroso, que la del compassivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dadiva, sino con el de la misericordia.

Quando te sucediere juzgar algun Pleyto de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la passion propia en la causa agena, que los yerros que en ella hicieres, las mas vèces serán sin remedio; y si le tuvieren, será à costa de tu credito, y aùn de tu hacienda.

Si alguna muger hermosa viniere à pedirte justicia, quita los ojos de sus lagrimas, y tus oìdos de sus gemidos, y considera despacio la substancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado, que cayere debaxo de tu jurisdiccion, considera el hombre miserable sujeto à las condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo quanto fuere de tu parte, sin hacer agravio à la contraria, muestracle piadoso, y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece, y campèa à nuestro vèr el de la misericordia, que el de la justicia.

Si estos preceptos, y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casaràs tus hijos como quisieres, titulos tendrán ellos, y tus nietos, viviràs en paz, y beneplacito de las gentes, y en los ultimos passos de la vida te alcanzará el

el de la muerte en la vejez suave, y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas, y delicadas manos de tus terceros nietezuelos. Esto que hasta aqui te he dicho son documentos, que han de adornar tu alma; escucha aora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAP. XLIII. *De los consejos segundos, que diò Don Quixote à Sancho Panza.*

QUièn oyera el passado razonamiento de Don Quixote, que no le tuviera por persona muy cuerda, y mejor intencionada? Pero como muchas veces en el progresso de esta grande Historia queda dicho, solamente dissparataba en tocandole en la Caballeria, y en los demàs discursos mostraba tener claro, y desenfadado entendimiento, de manera, que à cada passo desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta de estos segundos documentos, que diò à Sancho, mostrò tener gran donayre, y puso su discrecion, y su locura en un levantado punto. Atentissimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos à buen parto de la preñez de su Govierno. Prosiguiò, pues, Don Quixote, y dixo:

En lo que toca à como has de governar tu persona, y casa, Sancho, lo primero que te encargo es, que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dexarlas crecer, como algunos hacen, à quien su ignorancia les ha dado à entender, que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento, y añadidura, que se dexan de cortar, fuesse uña, siendo antes garras de cernicalo lagartigero, puerco, y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, descenido, y floxo, que el vestido descompuesto dà indicios de animo desmazalado, si ya la descompostura, y floxedad no cae debaxo de socarroneria, como se juzgò en la de Julio Cesar.

Toma con discrecion el pulso à lo que pudiere valer tu oficio; y si sufriere, que dès librea à tus criados, dasela honesta, y provechosa, mas que vistosa, y bizarra, y repartela entre tus criados, y los pobres; quiero decir, que si has de vestir seis Pages, viste tres, y otros tres pobres, y assi tendràs Pages para el Cielo, y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no la alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos, ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villaneria: anda despacio, y habla con reposo; pero no de manera, que parezca que te escuchas à ti mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estomago.

Sè templado en el beber, considerando, que el vino demasiado, ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Tem-

Tèn cuenta, Sancho, de no maſcar à dos carrillos, ni de eructar delante de nadie. Eſſo de eructar nó entiendo, dixo Sancho; y Don Quixote le dixo: Eructar, Sancho, quiere decir regoldar; y eſte es uno de los mas ſorpes vocablos que tiene la lengua Caſtellana, aunque es muy ſignificativo; y aſsi la gente curioſa ſe ha acogido al Latin, y al regoldar dice eructar, y à los regueldos eructaciones; y quando algunos no entiendan eſtos terminos, importa poco, que el uſo los irà introduciendo con el tiempo, que con facilidad ſe entiendan; y eſto es enriquecer la lengua, ſobre quien tiene poder el vulgo, y el uſo. En verdad, ſeñor, dixo Sancho, que uno de los conſejos, y aviſos, que pienſo llevar en la memoria, ha de ſer el no regoldar, porque lo ſuelo hacer muy à menudo. Eructar, Sancho, que no regoldar, dixo Don Quixote. Eructar dirè de aqui adelante, reſpondiò Sancho, y à fee que no ſe me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que ſueles; que puesto que los refranes ſon ſentencias breves, muchas veces las traes tan por los cabellos, que mas parecen diſparates, que ſentencias. Eſſo Dios lo puede remediar, reſpondiò Sancho, porque sè mas refranes, que un libro, y vienenſeme tantos juntos en la boca, quando hablo, que riñen por ſalir unos con otros; pero la lengua và arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan à pelo; mas yo tendrè cuenta de aqui adelante de decir los que convengan à la gravedad de mi cargo, que en caſa llena preſto ſe guiſa la cena, y quien deſtaja no baraja, y à buen ſalvo eſtà el que repica, y el dar, y el tener ſeſſo ha meneſter. Eſſo sì, Sancho, dixo Don Quixote, encaxa, enſarta, y enhila refranes, que nadie te và à la mano: caſtigame mi madre, y yo trompogelas; eſtoyte diciendo, que eſcuſes refranes, y en un inſtante has echado aqui una letania de ellos, que aſsi quadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo, que parece mal un refràn traìdo à propoſito; pero cargar, y enſartar refranes à troche moche, hace la platica deſmayada, y baxa.

Quando ſubieres à cavallo no vayas echando el cuerpo ſobre el arzon poſtrero, ni lleves las piernas deſſas, y tiradas, y deſviadas de la barriga de el cavallo; ni tampoco vayas tan floxo, que parezca que vàs ſobre el rucio, que el andar à cavallo, à unos hace Cavalleros, y à otros cavallerizos.

Sea moderado tu ſueño, que el que no madruga con el Sol no goza del dia; y advierte, ò Sancho, que la diligencia es madre de la buenaventura, y la pereza, ſu contraria, jamàs llegò al termino, que pide un buen deſeo.

Eſte ultimo conſejo, que aora

darte quiero (puesto que no sirva para adorno del cuerpo) quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho, que los que hasta aqui te he dado ; y es:

Que jamás te pongas à disputar de linages, à lo menos comparandolos entre sì, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor ; y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo, greguescos, ni por pienso, que no les están bien, ni à los Cavalleros, ni à los Governadores:

Por ora esto se me ha ofrecido que aconsejarte, andará el tiempo, y segun las ocasiones, assi serán mis documentos, como tù tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondiò Sancho, bien veo, que todo quanto vuestra merced me ha dicho son cosas buenas, santas, y provechosas ; pero de que han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea, que aquello de no dexarme crecer las uñas, y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me passará del magin ; pero essotros vadulaques, y corridos, y reboltillos, no se me acuerda, ni acordará mas de ellos, que de las nubes de antaño, y assi será menester que se me den por escrito ; que puesto que no sè leer, ni escrivir, yo se los daré à mi Confessor para que me los encaxe, y recapacite quando fuere menester. Hà pecador de mì, respondiò Don Quixote, y què mal parece en los Governadores el no saber leer, ni escrivir ! porque has de saber, ò Sancho, que no saber un hombre leer, ò ser zurdo, arguye una de dos cosas, ò que fue hijo de padres demasiado de humildes, y baxos, ò él tan travieso, y malo, que no pudo entrar en el buen uso, ni en la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y assi querria, que aprendiesses à firmar, siquiera. Bien sè firmar mi nombre, respondiò Sancho, que quando fuì Prioste en mi Lugar aprendì à hacer unas letras como de marca de fardo, que decian, que decia mi nombre ; quanto mas, que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mì, que para todo ay remedio, sino es para la muerte, y teniendo yo el mando, y el palo haré lo que quisiere ; quanto mas, que el que tiene el padre Alcalde, y siendo yo Governador, que es mas que ser Alcalde, llegas que la dexan ver, no sino popen, y calofienme, que vendrán por lana, y bolverán trasquilados ; y à quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necedades del rico, por sentencias passan en el mundo ; y siendo yo, siendo Governador, y juntamente liberal, como lo pienso ser, no ayra falta que se me parezca. No sino haceos de miel, y paparos han moscas ; tanto vales, quanto tienes, decia una mi agüela ; y del hombre arraygado no

te

te verás vengado. O maldito seas de Dios, Sancho, dixo à esta sazon Don Quixote, sesenta mil satanases te lleven à ti, y à tus refranes, una hora hà que los estás ensartando, y dandome con cada uno tragos de tormento. Yo te asseguro, que estos refranes te han de llevar un dia à la horca: por ellos te han de quitar el Govierno tus Vassallos, ò ha de aver entre ellos Comunidades. Dime, donde los hallas, ignorante? O còmo los aplicas, mentecaro? Que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo, y trabajo como si cabasse. Por Dios, señor nuestro amo, replicò Sancho, que vuestra merced se quexa de bien pocas cosas. A què diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes, y mas refranes; y aora se me ofrecen quatro, que venian aqui pintiparados, ò como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho. Esse Sancho no eres tù, dixo Don Quixote, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar, y mal porfiar; y con todo esso querria saber, què quatro refranes te ocurrian aora a la memoria, que venian aqui à proposito? que yo ando recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. Què mejores, dixo Sancho, que entre dos muelas cordales, nunca pongas tus pulgares? Y à idos de mi casa, y què quereis con mi muger, no ay responder. Y si dà el cantaro en la piedra, ò la piedra en el cantaro, mal para el cantaro: todos los quales vienen à pelo. Que nadie se tome con su Governador, ni con el que le manda, porque saldrà lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, (y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa) y à lo que dixere el Governador no ay que replicar, como al salios de mi casa, y què quereis con mi muger: pues lo de la piedra en el cantaro, un ciego lo verà. Assi que es menester, que el que vè la mota en el ojo agena, vea la viga en el suyo, porque no se diga por èl: Espantòse la muerta de la degollada; y vuestra merced sabe bien, que mas sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la agena. Esso no, Sancho, respondiò Don Quixote, que el necio en su casa, ni en la agena sabe nada, à causa, que sobre el aumento de la necedad no assienta ningun discreto edificio; y dexemos esto aqui, Sancho, que si mal governares, tuya serà la culpa, y mia la verguenza: mas consuelome, que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras, y con la discrecion à mi posible; con esto salgo de mi obligaçion, y de mi promessa: Dios te guie, Sancho, y te govierne en tu Govierno, y a mi me saque del escrupulo que me queda, que has de dar con toda la Insula patas arriba, cosa que pudiera yo escusar con descubrir al Duque quien eres, diciendole, que toda essa gordura, y essa persopilla que tienes, no

es otra cosa, que un costal lleno de refranes, y de malicias. Señor, replicò Sancho, si a vuestra merced le parece que no soy de pro para este Govierno, desde aqui le suelto, que mas quiero un solo negro de la uña de mi alma, que à todo mi cuerpo; y assi me sustentarè Sancho à secas con pan, y cebolla, como Governador con perdices, y capones: y mas, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes, y los menores, los pobres, y los ricos; y si vuestra merced mira en ello, verà, que solo vuestra merced me ha puesto esto de governar, que yo no sè mas de goviernos de Insulas, que un buytre: y si se imagina, que por ser Governador me ha de llevar el diablo, mas me quiero ir Sancho al Cielo, que Governador al Infierno. Por Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que por solas estas ultimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser Governador de mil Insulas: buen natural tienes, sin el qual no ay ciencia que valga; encomiendate à Dios, y procura no errar en la primera intencion; quiero decir, que siempre tengas intento, y firme proposito de acertar en quantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el Cielo los buenos deseos; y vamonos à comer, que creo que yà estos señores nos aguardan.

)(o)(

*** *** ***
*** ***
***

CAP. XLIV. *Como Sancho Panza fue llevado al Govierno, y de la estraña aventura, que en el Castillo sucediò à Don Quixote.*

DIcen, que en el proprio original de esta Historia se lee, que llegando Cide Hamete à escrivir este Capitulo, no le traduxo su Interprete como èl le avia escrito, que fue un modo de quexa que tuvo el Moro de si mismo, por aver tomado entre manos una Historia tan seca, y tan limitada como esta de Don Quixote, por parecerle que siempre avia de hablar de èl, y de Sancho, sin ossar estenderse à otras digressiones, y episodios mas graves, y mas entretenidos; y decia, que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano, y la pluma à escrivir de un solo sugeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su Autor; y que por huir de este inconveniente avia usado en la Primera Parte del artificio de algunas Novelas, como fueron las del Curioso Impertinente, y la del Capitan Cautivo, que estàn como separadas de la Historia, puesto que las demàs que alli se cuentan, son casos sucedidos al mismo Don Quixote, que no podian dexar de escrivirse. Tambien pensò, como èl dice, que muchos, llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quixote, no la darian à las Novelas, y passarian por ellas, ò con priesa, ò con

enfado, sin advertir la gala, y artificio que en sì contienen; el qual se mostrarà bien al descubierto, quando por sì solas, sin arrimarse à las locuras de Don Quixote, ni à las sandeces de Sancho, salieran à luz; y assi en esta Segunda Parte no quiso ingerir Novelas sueltas, ni pegadizas, sino algunos episodios que lo parecießen, nacidos de los mismos sucessos, que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan à declararlos; y pues se contiene, y cierra en los estrechos limites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia, y entendimiento para tratar del Universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le dèn alabanzas, no por lo que escrive, sino por lo que ha dexado de escrivir; y luego prosigue la Historia, diciendo: Que en acabando de comer Don Quixote el dia que diò los consejos à Sancho, aquella tarde se los diò escritos, para que èl buscasse quien se los leyesse; pero apenas se los huvo dado quando se le cayeron, y vinieron à manos del Duque, que los comunicò con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura, y del ingenio de Don Quixote; y assi, llevando adelante sus burlas, aquella tarde embiaron à Sancho, con mucho acompañamiento, al Lugar, que para èl avia de ser Insula. Acaeciò, pues, que el que le llevaba à cargo era un Mayordomo del Duque, muy discreto, y muy gracioso, (que no puede ayer gracia donde no ay discrecion) el qual avia hecho la persona de la Condesa Trifaldi con el donayre que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores, de como se avia de aver con Sancho, saliò con su intento marayllosamente. Digo, pues, que acaeciò, que assi como Sancho viò al tal Mayordomo, se le figurò en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y bolviendose à su señor, le dixo: Señor, ò à mì me ha de llevar el diablo de aqui de donde estoy, en justo, y en creyente, ò vuestra merced me ha de confessar, que el rostro de este Mayordomo del Duque, que aqui està, es el mesmo de la Dolorida. Mirò Don Quixote atentamente al Mayordomo, y aviendole mirado, dixo à Sancho: No ay para què te lleve el diablo, Sancho, ni en justo, ni en creyente, (que no sè lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el de el Mayordomo; pero no por esso el Mayordomo es la Dolorida, que à serlo implicaria contradicion muy grande, y no es tiempo aora de hacer estas averiguaciones, que serìa entrarnos en intrincados laberintos: creeme, amigo, que es menester rogar à nuestro Señor muy de veras, que nos libre à los dos de malos hechiceros, y de malos encantadores. No es burla, señor, replicò Sancho, sino que denantes le oì hablar, y no pareciò sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oìdos. Aora bien, yo callarè, pero no dexarè de andar advertido de aqui adelante, à vèr si descubre otra señal, que confirme,

ò deshaga mi sospecha. Assi lo has de hacer, Sancho, dixo Don Quixote, y daràsme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el Govierno te sucediere. Saliò, en fin, Sancho acompañado de mucha gente, vestido à lo Letrado, y encima un gavàn muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho à la gineta, y detràs de èl, por orden del Duque, iba el rucio con jaeces, y ornamentos jumentiles de seda, y flamantes: bolvia Sancho la cabeza de quando en quando à mirar à su asno, con cuya compañia iba tan contento, que no se trocàra con el Emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques les besò las manos, y tomò la bendicion de su señor, que se la diò con lagrimas, y Sancho la recibiò con pucheritos. Dexa, Lector amable, ir en paz, y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanègas de risa, que te ha de causar el saber como se portò en su cargo, y en tanto atiende à saber lo que le passò à su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de gimia, porque los sucessos de Don Quixote, ò se han de celebrar con admiracion, ò con risa. Cuentase, pues, que apenas se huvo partido Sancho, quando Don Quixote sintiò su soledad; y si le fuera possible revocarle la comission, y quitarle el Govierno, lo hiciera. Conociò la Duquesa su melancolìa, y preguntòle, que de què estaba triste? Que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas, y doncellas avia en su casa, que le servirian muy à satisfaccion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondiò Don Quixote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es ella la causa principal, que me hace parecer que estoy triste: y de los muchos ofrecimientos que vuestra Excelencia me hace, solamente acepto, y escojo el de la voluntad con que se me hacen; y en lo demàs suplico à vuestra Excelencia, que dentro de mi aposento consienta, y permita, que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dixo la Duquesa, señor Don Quixote, que no ha de ser assi, que le han de servir quatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mì, respondiò Don Quixote, no serán ellas como flores, sino como espinas, que me puncen el alma. Assi entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, dexeme, que yo me las aya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos, y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra Alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, antes dormirè vestido, que consentir que nadie me desnude. No mas, no mas, señor Don Quixote, replicò la Duquesa; por mì digo, que darè orden, que ni aùn una mosca entre en su estancia,

no

no que una doncella; no soy yo persona, que por mi fe ha de descabalar la decencia del señor Don Quixote, que segun se me ha traslucido, la que mas campèa entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnudese vuestra merced, y vistase à sus solas, y à su modo, como, y quando quisiere, que no avrà quien lo impida, pues dentro de su aposento hallarà los vasos necessarios al menester de el que duerme à puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue a que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinèa del Toboso, y sea su nombre estendido por toda la redondèz de la tierra, pues mereciò ser amada de tan valiente, y tan honesto Cavallero; y los benignos Cielos infundan en el corazon de Sancho Panza, nuestro Governador, un deseo de acabar presto sus disciplinas, para que buelva à gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo qual dixo Don Quixote: Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de aver ninguna que sea mala, ni mas venturosa: y mas conocida serà en el mundo Dulcinèa, por averla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas, que puedan darla los mas eloquentes de la tierra. Aora bien, señor Don Quixote, replicò la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar, venga vuestra merced, y cenemos, y acostarase temprano, que el viage, que ayer hizo de Candaya, no fue tan corto, que no aya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondiò Don Quixote, porque ossarè jurar à vuestra Excelencia, que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor passo que Clavileño, y no sè yo què le pudo mover à Malambruno para deshacerse de tan ligera, y tan gentil cavalgadura, y abrasarla assi sin mas, ni mas. A esso se puede imaginar, respondiò la Duquesa, que arrepentido del mal que avia hecho à la Trifaldi, y compañia, y à otras personas, y de las maldades, que, como hechicero, y encantador, debia de aver cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio; y como à principal, y que mas le traia desassossegado, vagando de tierra en tierra, abrasò à Clavileño, que con sus abrasadas cenizas, y con el trofeo del cartèl, queda eterno el valor del gran Don Quixote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias diò Don Quixote à la Duquesa; y en cenando Don Quixote se retirò en su aposento solo, sin consentir que nadie entrasse con el à servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviessen, ò forzassen à perder el honesto decoro, que a su señora Dulcinèa guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor, y espejo de los Andantes Cavalleros. Cerrò tras si la puerta, y, à la luz de dos velas de cera se desnudò, y al descalzarse, (ò desgracia, indigna de tal persona!) se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa, que desacreditassen la limpieza de su

DO-

policia, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedò hecha zelosìa; afligiòse en estremo el buen señor, y diera èl por tener alli un adarme de seda verde una onza de plata; digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aqui exclamò Benengeli, y escriviendo dixo: O pobreza, pobreza! No sè yo con què razon se moviò aquel gran Poeta Cordovès à llamarte dadiva santa desagradecida; yo, aunque Moro, bien sè, por la comunicacion que he tenido con Christianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, Fè, obediencia, y pobreza; pero con todo esso digo, que ha de tener mucho de Dios el que se viniere à contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza, de quien dice uno de sus mayores Santos: Tened todas las cosas como sino las tuviessedes, y à esto llaman pobreza de espiritu; pero tù, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) por que quieres estrellarte con los hidalgos, y bien nacidos, mas que con la otra gente? Por què los obligas à dàr pantalla à los zapatos, y à que los botones de sus sopillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidrio? Por què sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde? (Y en esto se echarà de vèr, que es antiguo el uso del almidòn, y de los cuellos abiertos) y prosiguiò: Miserable del bien nacido, que và dando pistos à su honra, comiendo mal, y à puerta cerrada, haciendo hypocrita al palillo de dientes, con que sale à la calle despues de no aver comido cosa que le obligue à limpiarselos! Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa, que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estomago! Todo esto se le renovò à Don Quixote en la soltura de sus puntos; pero consolòse con vèr, que Sancho le avia dexado unas botas de camino, que pensò ponerse otro dia. Finalmente, èl se recostò pensativo, y pesaroso, assi de la falta que Sancho le hacia, como de la inreparable desgracia de sus medias, à quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria, que un hidalgo puede dàr en el discurso de su prolixa estrecheza. Matò las velas, hacia calor, y no podia dormir; levantòse del lecho, y abriò un poco la ventana de una reja, que dàba sobre un hermoso Jardin; y al abrirla sintiò, y oyò, que andaba, y hablaba gente en el Jardìn: pusose à escuchar atentamente, levantaron la voz los de abaxo, tanto, que pudo oìr estas razones:

No me porfies (ò Emerencia!) que cante, pues sabes, que desde el punto que este foraltero entrò en este Castillo, y mis ojos le miraron, yo no sè cantar, sino llorar: quanto mas, que el sueño de mi señora tiene mas de ligero, que de pesado, y no querrìa que nos hallasse aqui por los tesoros del mundo: y puesto

to caso que durmiesse, y no despertasse, en vano seria mi canto, si duerme, y no despierta para oirle este nuevo Enèas, que ha llegado à mis regiones para dexarme escarnecida. No dès en esso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la Duquesa, y quantos ay en esta casa duermen, fino es el señor de tu corazon, y el desperrador de tu alma, porque aora sentì que abrìa la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estàr despierto: canta, lastimada mia, en tono baxo, y suave, al son de tu harpa, y quando la Duquesa nos sienta, le echarèmos la culpa al calor que hace. No esta en esso el punto, ò Emerencia, respondiò la Altisidora, sino en que no querrìa que en mi canto descubriesse mi corazon, y fuesse juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza, y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale verguenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto oyò tocar una harpa suavissimamente: oyendo lo qual Don Quixote quedò pasmado, porque en aquel instante se le vinieron à la memoria las infinitas aventuras, semejantes à aquellas de ventanas, rejas, y jardines, musicas, requiebros, y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de Caballerias avia leìdo: luego imaginò, que alguna doncella de la Duquesa estaba de èl enamorada, y que la honestidad la forzaba à tener secreta su voluntad; temiò no le rindiesse, y propuso en su pensamiento el no dexarse vencer; y encomendandose de todo buen animo, y buen talante à su señora Dulcinèa del Toboso, determinò de escuchar la musica; y para dàr à entender que alli estaba, diò un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que no deseaban otra cosa sino que D. Quixote las oyesse. Recorrida, pues, y afinada la harpa, Altisidora diò principio à este Romance:

O tù, que estàs en tu lecho
entre sabanas de Olanda,
durmiendo à pierna tendida
de la noche à la mañana;
Cavallero el mas valiente,
que ha producido la Mancha,
mas honesto, y mas bendito,
que el oro fino de Arabia:
Oyè à una triste doncella,
bien crecida, y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tù buscas tus aventuras,
y agenas desdichas hallas,
dàs las feridas, y niegas
el remedio de sanarlas.
Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia,
ò en las Montañas de Jaca?
Si fieras te dieron leche?
Si à dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas,
y el horror de las montañas?
Muy bien puede Dulcinèa,
doncella rolliza, y sana,
preciarse de què ha vencido
à una tigre, y fiera brava.
Por esto serà famosa,
desde Henares à Jarama,

desde el Tajo à Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocàrame yo por ella,
y diera encima una saya
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.
O quien se viera en tus brazos,
ò si no junto à tu cama,
rascandote la cabeza,
y matandote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada,
los pies quisiera traerte,
que à una humilde esto le basta.
O què de cosas te diera,
què de escarpines de plata,
què de calzas de damasco,
què de herreruelos de Olanda!
Què de finissimas perlas,
cada qual como una agalla,
que à no tener compañeras,
las solas fueran llamadas.
No mires de tu Tarpeya
este incendio, que me abrasa,
Neròn Manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.
Niña soy, doncella tierna,
mi edad de quince no passa,
catorce tengo, y tres meses,
te juro en Dios, y en mi alma.
No soy renca, ni soy coja,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lyrios,
que en pie por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,
son mis dientes de topacios
mi belleza al Cielo ensalza.
Mi voz yà vès, si me escuchas,
que à la que es mas dulce iguala,
y soy de disposicion
algo menos que mediana.
Estas, y otras gracias mias
son despojos de tu aljaba,
de esta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

Aqui diò fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzò el assombro del requerido Don Quixote, el qual dando un gran suspiro, dixo entre sì:

Que tengo de ser tan desdichado Amante, que no ha de aver doncella que me mire, que de mi no se enamore? Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dexar à solas gozar de la incomparable firmeza mia? Què la quereis, Reynas? A què la perseguis, Emperatrizes? Para què la acosais, doncellas de a catorce à quince años? Dexad, dexad à la miserable, que triunfe, se goce, y ufane con la suerte que amor quiso darla en rendirla mi corazon, y entregarla mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de massa, y de alfeñique, y para todas las demàs soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acibar: para mi sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda, y la bien nacida, y las demàs las feas, las necias, las livianas, y las de peor linage; para ser yo suyo, y no de otra alguna me arrojò la naturaleza al mundo: llore, ò cante Altisidora, desesperese Madama, por quien me aporrearon en el Castillo del Moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido, ò

assa-

assalo, limpio, bien criado, y honesto, a pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra: y con esto cerrò de golpe la ventana, y despechado, y pesaroso, como si le huviera acontecido alguna gran desgracia, se acolbò en su lecho, donde le dexarèmos por ahora, porque nos esta llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio à su famoso Govierno.

CAP. XLV. *De como el gran Sancho Panza tomò la posseſsion de su Insula, y del modo que comenzò à governar.*

O Perpetuo descubridor de los Antipodas, hacha del mundo, ojo del Cielo, menèo dulce de las cantimploras! Timbrio aqui, Febo alli, tirador acà, Medico acullà, padre de la Poesìa, Inventor de la Musica, tu, que siempre sales, y (aunque lo parece) nunca te pones. A ti digo, ò Sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre; à ti digo, que me favorezcas, y alumbres la obscuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del Govierno del gran Sancho Panza, que sin ti yo me siento tibio, desamazalado, y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegò Sancho à un Lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia: dieronle à entender, que se llamaba la Insula Barataria, ò ya porque el Lugar se llamaba Baratario, ò ya por el barato con que se le avia dado el Govierno. Al llegar à las puertas de la Villa, que era cercada, salìò el Regimiento del Pueblo à recibirle, tocaron las

campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegria, y con mucha pompa le llevaron à la Iglesia Mayor à dàr gracias à Dios; y luego con algunas ridiculas ceremonias le entregaron las llaves del Pueblo, y le admitieron por perpetuo Governador de la Insula Barataria. El trage, las barbas, la gordura, y pequeñèz del nuevo Governador, tenia admirada à toda la gente, que el busilis del cuento no sabìa, y aun à todos los que lo sabìan, que eran muchos. Finalmente, en sacandole de la Iglesia, le llevaron à la silla de el Juzgado, y le sentaron en ella; y el Mayordomo del Duque le dixo: Es costumbre antigua en esta Insula, señor Governador, que el que viene à tomar possession de esta famosa Insula, està obligado à responder à una pregunta, que se le hiciere, que sea algo intrincada, y dificultosa, de cuya respuesta el Pueblo toma, y toca el pulso del ingenio de su nuevo Governador; y assi, ò se alegra, ò se entristece con su venida. En tanto que el Mayordomo decia esto à Sancho, estaba èl mirando unas grandes, y muchas letras, que en la pared frontera de su silla estaban escritas; y como èl no sabia leer, preguntò, què eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban? Fuele respondido: Señor, alli està escrito, y notado el dia en que V. S. tomò possession de esta Insula; y dice el epitafio: *Oy dia à tantos de tal mes, y de tal año, tomò la possession de esta Insula el señor Don Sancho Panza, que muchos años la goze.* Y à quien llaman Don Sancho Panza? preguntò Sancho. A V. S. respondiò el Mayordomo, que en esta Insula no ha entrado otro Panza, sino el que està sentado en essa silla. Pues advertid, hermano, dixo Sancho, que yo no tengo Don ni en todo mi linage le ha avido. Sancho Panza me llaman à secas, y Sancho se llamò mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de dones, ni donas; y yo imagino, que en esta Insula debe de aver mas dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrà ser que si el Govierno me dura quatro dias, yo escardarè estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Passe adelante con su pregunta el señor Mayordomo, que yo responderè lo mejor que supiere, ora se entristezca, ò no se entristezca el Pueblo. A este instante entraron en el Juzgado dos hombres, el uno vestido de Labrador, y el otro de Sastre, porque traìa unas tixeras en la mano; y el Sastre dixo: Señor Governador, yo, y este hombre Labrador venimos ante vuestra merced, en razon que este buen hombre llegò à mi tienda ayer, que yo, con perdon de los presentes, soy Sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniendome un pedazo de paño en las manos, me preguntò: Señor, avria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo, tanteando el paño, le

res

respondì, que sì: èl debiòse de imaginar à lo que yo imagino, è imaginè bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte de el paño, fundandose en su malicia, y en la mala opinion de los Sastres: y replicòme, que mirasse si avria para dos: adivinèle el pensamiento, y dixe, que sì; y el Cavallero en su dañada, y primera intencion fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo sies, hasta que llegamos à cinco caperuzas, y aora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague, ò buelva su paño. Es todo esto assi, hermano? preguntò Sancho. Si señor, respondiò el hombre; pero hagale vuestra merced, que muestre las cinco caperuzas, que me ha hecho. De buena gana, respondiò el Sastre; y sacando en continente la mano debaxo de el herreruelo, mostrò en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dixo: He aqui las cinco caperuzas, que este buen hombre me pide, y en Dios, y en mi conciencia, que no me ha quedado nada de el paño; y yo darè la obra à vista de Veedores de el oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas, y de el nuevo pleyto. Sancho se puso à considerar un poco, y dixo: Pareceme, que en este pleyto no ha de aver largas dilaciones, sino juzgar luego à juicio de buen varon; y assi yo doy por sentencia, que el Sastre pierda las hechuras, y el Labrador el paño, y las caperuzas se lleven à los presos de la carcel; y no aya mas. Si la sentencia que se referirà despues de la bolsa del ganadero moviò à admiracion à los circunstantes, estales provocò à risa; pero en fin se hizo lo que mandò el Governador, ante el qual se presentaron dos hombres ancianos, el uno traìa una cañaheja por baculo; y el sin baculo dixo: Señor, à este buen hombre le prestè dias ha diez escudos de oro, en oro, por hacerle placer, y buena obra, con condicion, que me los bolviesse quando se los pidiesse: passaronse muchos dias sin pedirselos, por no ponerle en mayor necessidad de bolvermelos, que la que èl tenia quando yo se los prestè; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una, y muchas vezes; y no solamente no me los buelve, pero me los niega, y dice, que nunca tales diez escudos le prestè: y que si se los prestè, que yà me los ha buelto: yo no tengo testigos, ni del prestamo, ni de la buelta, porque no me los ha buelto: querria que vuestra merced le tomasse juramento, y si jurare que me los ha buelto, yo se los perdono para aqui, y para delante de Dios. Què decis vos à esto, buen viejo del baculo? dixo Sancho. A lo que dixo el viejo: Yo, señor, confiesso que me los prestò, y baxe vuestra merced essa vara; y pues èl lo dexa en mi juramento, yo jurarè como se los he buelto, y pagado: real, y verda-

deramente. Baxò el Governador la vara, y en tanto el viejo de el baculo diò el baculo al otro viejo, que se le tuviesse en tanto que juraba, como si le embarazara mucho; y luego puso la mano en la Cruz de la vara, diciendo, que era verdad que se le avian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que èl se los avia buelto de su mano à la suya; y que por no caer en ello se los bolvia à pedir por momentos. Viendo lo qual el gran Governador, preguntò al acreedor, què respondia à lo que decia su contrario? Y dixo, que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien, y buen Christiano, y que à èl se le debia de aver olvidado el como, y quando se los avia buelto; y que desde alli en adelante jamàs le pediria nada. Tornò à tomar su baculo el deudor, y baxando la cabeza, se saliò de el Juzgado. Visto lo qual por Sancho, y que sin mas, ni mas se iba, y viendo tambien la paciencia de el demandante, inclinò la cabeza sobre el pecho, y poniendose el indice de la mano derecha sobre las cejas, y las narizes, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzò la cabeza, y mandò que llamassen al viejo del baculo, que yà se avia ido. Traxeronsele, y en viendole Sancho, le dixo: Dadme, buen hombre, esse baculo, que le he menester. De muy buena ganà, respondiò el viejo, hele aqui, señor, y pusosele en la mano: tomòle Sancho, y dandosele al otro viejo, le dixo: Andad con Dios, que ya vais pagado. Yo, señor? respondiò el viejo; pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Sì, dixo el Governador, ò si no, yo soy el mayor porro de el mundo, y aora se verà si tengo ingenio, y caletre para governar todo un Reyno; y mandò, que alli delante de todos se rompiesse, y abriesse la caña. Hizose assi, y en el corazon de ella hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron à su Governador por un nuevo Salomon. Preguntaron, de donde avia colegido, que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos? Y respondiò, que de averle visto dàr el viejo que juraba à su contrario aquel baculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los avia dado real, y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornò à pedir el baculo, le vino à la imaginacion, que dentro de èl estaba la paga de lo que pedian; de donde se podia colegir, que los que governan, aunque sean unos zotes, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y mas, que èl avia oìdo contar otro caso como aquel al Cura de su Lugar, y que èl tenia tan gran memoria, que à no olvidarsele, todo aquello que querria acordarse, no huviera tal memoria en toda la Insula. Finalmente, el un viejo corrido, y el otro pagado, se fueron, y los presentes quedaron admirados; y el que escrivia las palabras, hechos,

chos, y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse, si le tendria, ò pondria por tonto, ò por discreto. Luego, acabado este pleyto, entrò en el Juzgado una muger, asida fuertemente de un hombre, vestido de ganadero rico, la qual venìa dando grandes voces, diciendo: Justicia, señor Governador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la irè à buscar al Cielo. Señor Governador de mi anima, este mal hombre me ha cogido en la mitad de esse campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado; y (desdichada de mì) me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años, hà, defendiendolo de Moros, y Christianos, de Naturales, y Estrangeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservandome entera, como la salamanquesa en el fuego, ò como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegasse ora con sus manos limpias à manosearme. Aun esso està por averiguar, si tiene limpias, ò no las manos este galan, dixo Sancho; y bolviendose al hombre, le dixo, que què decia, y respondia à la querella de aquella muger? El hombre todo turbado, respondiò: Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia de este Lugar de vender, con perdon sea dicho, quatro puercos, que me llevaron de alcavalas, y socaliñas poco menos de lo que ellos valian: bolviame à mi Aldea, topè en el camino à esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca, y todo lo cuece, hizo que yo gallemos juntos; pagòla lo suficiente, y ella mal contenta asiò de mì, y no me ha dexado hasta traerme à este puesto: dice que la forcè, y miente, para el juramento que hago, ò pienso hacer; y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entonces el Governador le preguntò, si traia consigo algun dinero en plata? El dixo, que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero; mandò que la sacasse, y se la entregasse assi como estaba à la querellante; èl lo hizo temblando. Tomòla la muger, y haciendo mil zalemas à todos, y rogando à Dios por la vida, y salud del señor Governador, que assi miraba por las huerfanas menesterosas, y doncellas, y con esto se saliò del Juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos; aunque primero mirò si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas saliò, quando Sancho dixo al ganadero, que ya se le saltaban las lagrimas, y los ojos, y el corazon se iba tras su bolsa. Buen hombre, id tras aquella muger, y quitarle la bolsa, aunque no quiera, y bolved aqui con ella; y no lo dixo à tonto, ni à sordo, porque luego partiò como un rayo, y fue à lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleyto; y de allì à poco bolvieron el hombre, y la muger, mas asidos, y aferrados,

ondiò la amiga, porque Altisora es la doncella mas sana de a esta casa, y yo nunca la he ido un ay en quanto ha que la ozco, que mal ayan quantos alleros Andantes ay en el mun- si es que todos son desagrade- s: vayase vuestra merced, se- Don Quixote, que no bolve- n si esta pobre niña, en tanto vuestra merced aqui estuvie- A lo que respondiò Don Qui- : Haga vuestra merced, seño- que se me ponga un Laud esta he en mi aposento, que yo con- rè, lo mejor que pudiere, à lastimada doncella, que en los icipios amorosos, los desenga- presto suelen ser remedios ca- ados; y con esto se fue, por- no fuesse notado de los que alli iessen: no se huvo bien aparta- quando bolviendo en si la dof- ada Altisidora, dixo à su com- era: Menester serà, que se le ga el Laud, que sin duda Don xote quiere darnos musica, y erà mala, siendo suya. Fueron o à dar cuenta à la Duquesa o que passaba, y del Laud que ia Don Quixote; y ella alegre e modo, concertò con el Du- , y con sus doncellas de hacer- na burla, que fuesse mas risue- que dañosa, y con mucho con- o esperaban la noche, que se tan apriessa, como se avia do el dia, el qual passaron los ues en sabrosas platicas con Quixote, y la Duquesa aquel real, y verdaderamente, des- ò à un page suyo (que avia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea) à Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que avia dexado, para que se le embiasse, encargandole le traxesse buena relacion de todo lo que con ella passasse. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, hallò Don Quixote una vihuela en su aposento, templòla, abriò la reja, y sintiò que andaba gente en el jardin; y aviendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinandola lo mejor que supo, escupiò, y remondòse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantò el siguiente Romance, que el mesmo aquel dia avia compuesto:

Suelen lás fuerzas de amor
Sacar de quicio à las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.

Suele el coser, y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas,
Que aspiran à ser casadas,
La honestidad es la dote,
Y voz de sus alabanzas.

Los Andantes Cavalleros,
Y los que en la Corte andan,
Requiebranse con las libres,
Con las honestas se casan.

Ayamores de Levante,
Que entre hueſpedes ſe tratan,
Que llegan preſto al Poniente,
Porque en el partir ſe acaban.

El amor recien venido,
Que oy llegò, y ſe và mañana,
Las imagenes no dexa
Bien impreſſas en el alma.

Pintura ſobre pintura,
Ni ſe muestra, ni ſeñala,
Y do ay primera belleza,
La ſegunda no hace baza.

Dulcinèa del Toboſo,
Del alma en la tabla raſa,
Tengo pintada de modo,
Que es impoſsible borrarla.

La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y à sì miſmo los levanta.

Aqui llegaba Don Quixote de ſu canto, à quien eſtaban eſcuchando el Duque, y la Duqueſa, Altiſidora, y caſi toda la gente del Caſtillo, quando de improviſo deſde encima de un corredor, que ſobre la reja de Don Quixote à plomo caìa, deſcolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros aſidos, y luego tras ellos derramaron un gran ſaco de gatos, que aſsimiſmo traìan cencerros menores atados à las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros, y el mayar de los gatos, que aunque los Duques avian ſido inventores de la burla, todavia les ſobreſaltò; y temeroſo Don Quixote, quedò paſmado, y quiſo la ſuerte, que dos, ò tres gatos ſe entraron por la reja de ſu eſtancia, y dando de una parte à otra, parecia, que una legion de diablos andaba en ella: apagaron las velas, que en el apoſento ardian, y andaban buſcando por do eſcaparſe. El deſcolgar, y ſubir de el cordel de los grandes cencerros no ceſſaba: la mayor parte de la gente del Caſtillo, que no ſabìa la verdad del caſo, eſtaba ſuſpenſa, y admirada. Levantòſe Don Quixote en pie, y poniendo mano à la eſpada, comenzò à tirar eſtocadas por la reja, y à decir à grandes voces: Afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo ſoy Don Quixote de la Mancha, contra quien no valen, ni tienen fuerza vueſtras malas intenciones: y bolviendoſe à los gatos, que andaban por el apoſento, les tirò muchas cuchilladas; ellos acudieron à la reja, y por alli ſe ſalieron, aunque uno, viendoſe tan acoſado de las cuchilladas de Don Quixote, le ſaltò al roſtro, le aſiò de las narices con las uñas, y los dientes, por cuyo dolor Don Quixote comenzò à dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo qual el Duque, y la Duqueſa, y conſiderando lo que podia ſer, con mucha preſteza acudieron à ſu eſtancia, y abriendo con llave maeſtra, vieron al pobre Cavallero pugnando con todas ſus fuerzas por arrancar el gato de ſu roſtro.

En-

En raron con luces, y vieron la desigual pelea; acudiò el Duque à despartirla, y Don Quixote dixo à voces: No me le quite nadie, dexenme mano à mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le darè à entender de mì à èl quien es Don Quixote de la Mancha. Pero el gato, no curandose de estas amenazas, gruñia, y apretaba; más en fin, el Duque se le desarraygò, y le echò por la reja. Quedò Don Quixote acrivado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado, porque no le avian dexado fenecer la batalla, que tan travada tenia con aquel malandrin encantador. Hicieron traer azeyte de Aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquissimas manos le puso unas vendas por todo lo herido; y al ponerselas, con voz baxa le dixo: Todas estas mal andanzas te suceden, empedernido Cavallero, por el pecado de tu dureza, y pertinacia, y plegue à Dios, que se le olvide à Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tu la goces, ni llegues à talamo con ella; a lo menos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondiò Don Quixote otra palabra sino fue dar un profundo sulpiro, y luego se tendiò en su lecho, agradeciendo à los Duques la merced, no porque èl tenia temor de aquella canalla gatesca, encantadora, y cencerruna, sino porque avia conocido la buena intencion con que la avian venido à socorrer. Los Duques le dexaron sossegar; y se fueron pesarosos del mal sucesso de la burla, que no creyeron que tan pesada, y tan costosa le saliera à Don Quixote aquella aventura, que le costò cinco dias de encerramiento, y de cama, donde le sucediò otra aventura mas gustosa que la passada, la qual no quiere su Historiador contar aora, por acudir à Sancho Panza, que andaba muy solicito, y muy gracioso en su Govierno.

CAP. XLVII. *Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su Govierno.*

CUenta la Historia, que desde el Juzgado llevaron à Sancho Panza à un sumptuoso Palacio, à donde en una gran sala estaba puesta una real, y limpissima mesa; y assi como Sancho entrò en la sala, sonaron chirimias, y salieron quatro pages à darle aguamanos, que Sancho recibiò con mucha gravedad; cessò la musica, sentose Sancho à la cabecera de la mesa, porque no avia mas de aquel assiento, y no otro servicio en toda ella. Pusose à su lado en pie un personage, que despues mostrò ser Medico, con una varilla de vallena en la mano; levantaron una riquissima, y blanca tohalla, con que estaban cubiertas las frutas, y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno, que parecia estudiante, echò la bendicion, y un page puso un babador randado à Sancho, otro, que hacia el oficio

de

de Maestresala, llegò un plato de fruta delante; pero apenas huvo comido un bocado, quando el de la varilla, tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandissima celeridad; pero el Maestresala llegò otro de otro manjar, iba à probarle Sancho; pero antes que llegasse à èl, ni le gustasse, ya la varilla avia tocado en èl, y un page alzadole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo qual por Sancho, quedò suspenso, y mirando à todos, preguntò, si se avia de comer aquella comida como juego de Maessecorral? A lo que respondiò el de la vara: No se ha de comer, señor Governador, sino como es uso, y costumbre en las otras Insulas, donde ay Governadores. Yo, señor, soy Medico, y estoy assalariado en ella Insula para serlo de los Governadores de ella, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche, y de dia, y tanteando la complexion del Governador para acertar à curarle quando cayere enfermo; y lo principal que hago es assistir à sus comidas, y cenas, y dexarle comer de lo que me parece que le conviene, y à quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño, y ser nocivo al estomago; y assi, mandè quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente humeda; y el plato de el otro manjar tambien le mandè quitar, por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed, y el que mucho bebe, mata, y consume el humedo radical, donde consiste la vida. De essa manera aquel plato de perdices, que estàn alli assadas, y à mi parecer bien sazonadas, no me haran algun daño. A lo que el Medico respondiò: Essas no comerà el señor Governador en tanto que yo tuviera vida. Pues por què? dixo Sancho. Y el Medico respondiò: Porque nuestro Maestro Hypocrates, norte, y luz de la Medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdix autem pessima.* Quiere decir, toda hartazga es mala, pero la de las perdices malissima. Si esso es assi, dixo Sancho, vea el señor Doctor, de quantos manjares ay en esta mesa, qual me harà mas provecho, y qual menos daño, y dexeme comer de èl, sin que me le apalee; porque por vida del Governador, y assi Dios me le dexe gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor Doctor, y èl mas me diga, antes serà quitarme la vida, que aumentarmela. Vuestra merced tiene razon, señor Governador, respondiò el Medico, y assi es mi parecer, que vuestra merced no coma de aquellos conejos guisados, que alli estan, porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, si no fuera assada, y en adobo, aun se pudiera probar; pero no ay para què. Y Sancho dixo: Aquel platonazo, que està mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas, que en las tales ollas podridas ay, no podrè dexar de topar con alguna, que me sea de gus-

gusto, y de provecho. *Absit*, dixo el Medico, vaya lexos de nosotros tan mal pensamiento; no ay cosa en el mundo de peor mantenimiento, que una olla podrida; allà las ollas podridas para los Canonigos, ò para los Retores de Colegios, ò para las bodas labradorescas, y dexennos libres las mesas de los Governadores, donde ha de assistir todo primor, y toda atildadura; y la razon es, porque siempre, y à do quiera, y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples, que las compuestas; porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sì, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas; mas lo que yo sè que ha de comer el señor Governador aora, para conservar su salud, y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones, y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo, que le assienten el estomago, y le ayuden à la digestion. Oyendo esto Sancho, se arrimò sobre el espaldar de la silla, y mirò de hito en hito al tal Medico, y con voz grave le preguntò, còmo se llamaba, y adonde avia estudiado? A lo que èl respondiò: Yo, señor Governador, me llamo el Doctor Pedro Recio de Aguero, y soy natural de un Lugar llamado Tirteafuera, que està entre Caraquèl, y Almodovar de el Campo, à la mano derecha, y tengo el grado de Doctor por la Universidad de Osuna. A lo que respondiò Sancho, todo encendido en colera: Pues señor Doctor Pedro Recio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, Lugar que està à la mano derecha como vamos de Caràquèl à Almodovar del Campo; graduado en Osuna, quitese me luego de delante, si nò voto al Sol, que tome un garrote, y que à garrotazos, comenzando por èl, no me ha de quedar Medico en toda la Insula, à lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que à los Medicos sabios, prudentes, y discretos los pondrè sobre mi cabeza, y los honrarè como à personas divinas; y buelvo à decir, que se me vaya Pedro Recio de aqui, si no tomarè esta silla donde estoy sentado, y se la estrellarè en la cabeza, y pidanmelo en residencia, que yo me descargarè con decir, que hice servicio à Dios en matar à un mal Medico, verdugo de la Republica, y denme de comer, ò si no tomense su Govierno, que oficio que no dà de comer à su dueño, no vale dos habas. Alborotòse el Doctor viendo tan colerico al Governador, y quiso hacer Tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonò una corneta de posta en la calle; y assomandose el Maestresala à la ventana, bolviò diciendo: Correo viene del Duque mi señor, algun Despacho debe de traer de importancia. Entrò el Correo sudando, y assustado; y sacando un pliego de el seno, le puso en las manos de el Governador, y Sancho le puso en las de el Mayordomo, à quien mandò leyesse el sobrescrito, que decia assi: *A Don Sancho Panza, Governador de la Ins-*

Insula Barataria, en su propria mano, ò en las de su Secretario. Oyendo lo qual Sancho, dixo: Quien es aqui mi Secretario? Y uno de los que presentes estaban, respondiò: Yo, señor, porque sè leer, y escrivir, y soy Vizcaino. Con essa añadidura, dixo Sancho, bien podeis ser Secretario del mismo Emperador; abrid esse pliego, y mirad lo que dice. Hizolo assi el recien nacido Secretario; y aviendo leido lo que decia, dixo, que era negocio para tratarle à solas. Mandò Sancho despejar la sala, y que no quedassen en ella sino el Mayordomo, y el Maestresala; y los demàs, y el Medico se fueron, y luego el Secretario leyò la carta, que assi decia:

A mi noticia ha llegado, señor Don Sancho Panza, que unos enemigos mios, y de essa Insula, la han de dar un assalto furioso no sè què noche; conviene velar, y estàr alerta, porque no le tomen descuydado. Sè tambien, por espias verdaderas, que han entrado en esse Lugar quatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quien llega à hablaros, y no comais de cosa que os presentaren: yo tendrè cuidado de socorreros, si os viereds en trabajo, y en todo harèis como se espera de vuestro entendimiento. De este Lugar à 16. de Agosto, à las quatro de la mañana. Vuestro amigo. El Duque.

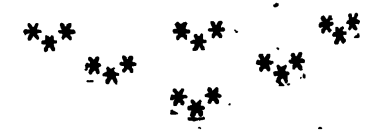
Quedò atonito Sancho, y mostraron quedarlo assimismo los circunstantes; y bolviendose al Mayordomo, le dixo: Lo que aora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al Doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser èl, y de muerte adminicula, y pessima, como es la de hambre. Tambien dixo el Maestresala: Me parece à mi, que vuestra merced no coma de todo lo que està en esta mesa, porque lo han presentado unas Monjas, y como suele decirse, detràs de la Cruz està el diablo. No lo niego, respondiò Sancho, y por aora denme un pedazo de pan, y obra de quatro libras de ubas, que en ellas no podrà venir veneno, porque en efecto no puedo passar sin comer; y si es que hemos de estàr promptos para estas batallas, que nos amenazan, menester serà estàr bien mantenidos, porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas. Y vos, Secretario, responded al Duque mi señor, y decidle, que se cumplirà lo que manda, como lo manda, sin faltar punto; y darèis de mi parte un besamanos à mi señora la Duquesa, y que la suplico no se la olvide de embiar con un proprio mi carta, y mi lio à mi muger Teresa Panza, que en ello recibirè mucha merced, y tendrè cuidado de escrivirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podeis encaxar un besamanos à mi señor D. Quixote de la Mancha, porque vea, que soy pan agradecido; y vos, como buen Secretario, y como buen Vizcaino, podeis añadir todo lo que quisieredes, y mas viniere

à cuento; y alcenſe eſtos manteles, y denme à mi de comer, que yo me avendrè con quantas eſpias, y matadores, y encantadores vinieren ſobre mi, y ſobre mi Inſula. En eſto entrò un page, y dixo: Aqui eſtà un Labrador negociante, que quiere hablar à vueſtra Señoria en un negocio, ſegun èl dice, de mucha importancia. Eſtraño caſo es eſte, dixo Sancho, de eſtos negociantes: es poſsible que ſean tan necios, que no echen de ver, que ſemejantes horas como eſtas no ſon en las que han de venir à negociar? Por ventura los que governamos, los que ſomos Jueces, no ſomos hombres de carne, y de hueſſo, y que es menester que nos dexen deſcanſar el tiempo que la neceſsidad pide, ſino que quieren que ſeamos hechos de piedra marmol? Por Dios, y en mi conciencia, que ſi me dura el Govierno (que no durarà, ſegun ſe me trasluce) que yo ponga en pretina à mas de un negociante. Aora decid à eſſe buen hombre, que entre; pero adviertaſe primero no ſea alguno de los eſpias, ò matador mio. No, ſeñor, reſpondiò el page, porque parece una alma de cantaro, y yo sè poco, ò èl es tan bueno como el buen pan: no ay què temer, dixo el Mayordomo, que aqui eſtamos todos. Seria poſsible, dixo Sancho, Maeſtreſala, que aora, que no eſta aqui el Doctor Pedro Recio, que comieſſe yo alguna coſa de peſo, y de ſubſtancia, aunque fueſſe un pedazo de pan, y cebolla? Eſta noche à la cena ſe ſatisfarà la falta de la comida, y quedarà vueſtra Señoria ſatisfecho. Y pagado, dixo el Maeſtreſala. Dios lo haga, reſpondiò Sancho; y en eſto entrò el Labrador, que era de muy buena preſencia, y de mil leguas ſe le echaba de ver que era bueno, y de buena alma. Lo primero que dixo fue: Quien es aqui el ſeñor Governador? Quien ha de ſer, reſpondiò el Secretario, ſino el que eſta ſentado en la ſilla? Humillome, pues, à ſu preſencia, dixo el Labrador, y poniendoſe de rodillas, le pidiò la mano para beſarſela: negòſela Sancho, y mandò que ſe levantaſſe, y dixeſſe lo que quiſieſſe. Hizolo aſsi el Labrador, y luego dixo: Yo, ſeñor, ſoy Labrador, natural de Miguèl Turra, un Lugar, que eſtà dos leguas de Ciudad-Real. Otro Tirteafuera tenemos? dixo Sancho; decid, hermano, que lo que yo sè decir, es, que sè muy bien à Miguèl Turra, y que no eſta muy lexos de mi Pueblo. Es, pues, el caſo, ſeñor, proſiguiò el Labrador, que yo, por la miſericordia de Dios, ſoy caſado, en paz, y en haz de la Santa Igleſia Catholica Romana; tengo dos hijos eſtudiantes, que el menor eſtudia para Bachiller, y el mayor para Licenciado: ſoy viudo, porque ſe muriò mi muger, ò por mejor decir, me la matò un mal Medico, que la purgò eſtando preñada; y ſi Dios fuera ſervido que ſaliera à luz el parto, y fuera hijo, yo le puſiera à eſtudiar para Doctor, porque no tuviera embidia à ſus hermanos el Bachiller, y el Licenciado. De modo, dixo San-

Sancho, que si vuestra muger no se huviera muerto, ò la huvieran muerto, vos no fuerades aora viudo? No señor, en ninguna manera, respondiò el Labrador. Medrados estamos, replicò Sancho, adelante, hermano, que es hora de dormir, mas que de negociar. Digo, pues, dixo el Labrador, que este mi hijo, que ha de ser Bachillèr, se enamorò en el mismo Pueblo de una doncella, llamada Clara Perlerina, hija de Andrès Perlerino, Labrador riquissimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo, ni otra alcurnia, sino porque todos los de este linage son perlaticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque si và à decir verdad, la doncella es como una perla Oriental: mirada por el lado derecho, parece una flor del campo; por el izquierdo, no tanto, porque la falta aquel ojo, que se la saltò de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos, y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos, sino sepulturas, donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que vàn huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por estremo, porque tiene la boca grande, y à no faltarle diez, ò doce dientes, y muelas, pudiera passar, y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles, y delicados, que si se usaran aspar labios, pudieran hacer de ellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul, y verde, y averenegenado. Y perdoneme el señor Governador, si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin, al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quisieredes, dixo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura; y si huviera comido, no huviera mejor postre para mì, que vuestro retrato. Esso tengo yo por servir, respondiò el Labrador; pero tiempo vendrà en que seamos, si aora no somos: y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza, y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, à causa de que ella està goviada, y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo esso se echa bien de vèr, que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo; y yà ella huviera dado la mano de esposa à mi Bachillèr, sino que no la puede estender, que està anudada; y con todo, en las uñas largas; y acanaladas se muestra su bondad, y buena hechura. Està bien, dixo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la aveis pintado de los pies à la cabeza; que es lo que quereis aora, y venid al punto sin rodèos, callejuelas, retazos, ni añadiduras? Quertia, señor respondiò el Labrador, que vuestra merced me hiciesse merced de darme una carta de favor

para

para mi consuegro, suplicandole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza; porque para decir a verdad, señor Governador, mi hijo es endemoniado, y no ay dia, que tres, ò quatro veces no le atormenten los malignos espiritus; y de aver caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos, y manantiales, pero tiene una condicion de un Angel, y si no es que se aporrea, y se dà de puñadas èl mesmo à sì mismo, fuera un bendito. Quereis otra cosa, buen hombre? replicò Sancho. Otra cosa querria, dixo el Labrador, sino que no me atrevo a decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de podrir en el pecho, pegue, ò no pegue. Digo, señor, que querria, que vuestra merced me diesse trescientos, ò seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi Bachiller, digo para ayuda de poner su casa; porque en fin han de vivir por sì, sin estàr sujetos à las impertinencias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa, dixo Sancho, y no la dexeis de decir por empacho, ni por verguenza. No por cierto, respondiò el Labrador; y apenas dixo esto, quando levantandose en pie el Governador, asiò de la silla en que estaba sentado, y dixo: Voto a tal, don patàn, rustico, y mal mirado, que si no os apartais, y escondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa, y abra la cabeza: hi de puta, bellaco, pintor del mismo demonio, y à estas horas te vienes à pedirme seiscientos ducados, y donde los tengo yo, hediondo, y por què te los avia de dar, aunque los tuviera, socarron, y mentecato? Y què se me da à mi de Miguèl Turra, ni de todo el linage de los Perlerines? Va de mi, digo, si no por vida del Duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tu no debes de ser de Miguèl Turra, sino algun socarron, que para tentarme te ha embiado aqui el infierno. Dime, desalmado, aun no ha dia y medio que tengo el Govierno, y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizole señas el Maestresala al Labrador, que saliesse de la sala, el qual lo hizo cabizbaxo, y al parecer temeroso de que el Governador no executasse su colera, que el bellaco supo hacer muy bien su oficio. Pero dexèmos con su colera à Sancho, y andese la paz en el coro, y bolvamos à Don Quixote, que le dexamos vendado el rostro, y curado de las gatescas heridas, de las quales no sanò en ocho dias; en uno de los quales le sucediò lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad, y brevedad, que suele contar las cosas de esta Historia, por minimas que sean.



CAP. XLVIII. *De lo que ſucedió à Don Quixote con Doña Rodriguez, la Dueña de la Duqueſa, con otros acontecimientos dignos de eſcritura, y de memoria eterna.*

ADemàs eſtaba mohino, y melancolico el mal ferido Don Quixote, vendado el roſtro, y ſeñalado, no por la mano de Dios, ſino por las uñas de un gato: deſdichas anexas à la Andante Cavalleria. Seis dias eſtuvo ſin ſalir en publico; en una noche de las quales, eſtando deſpierto, y deſvelado, penſando en ſus deſgracias, y en el perſeguimiento de Altiſidora, ſintiò, que con una llave abrian la puerta de ſu apoſento, y luego imaginò, que la enamorada doncella venia para ſobreſaltar ſu honeſtidad, y ponerle en condicion de faltar à la fee, que guardar debia à ſu ſeñora Dulcinea del Toboſo; no (dixo creyendo à ſu imaginacion, y eſto con voz que pudiera ſer oìda) no ha de ſer parte la mayor hermoſura de la tierra, para que yo dexe de adorar la que tengo gravada, y eſtampada en la mitad de mi corazon, y en lo mas eſcondido de mis entrañas, ora eſtès, ſeñora mia, transformada en cebolluda Labradora, ora en Ninfa del dorado Tajo, texiendo telas, de oro, y ſirgo compueſtas, ora te tenga Merlin, ò Monteſinos donde ellos quiſieren, que adonde quiera eres mia, y à do quiera he ſido yo, y he de ſer tu yo. El acabar aſtas razones, y el abrir de la puerta fue todo uno. Puſoſe en pie ſobre la cama, embuelto de arriba abaxo en una colcha de raſo amarillo, una galocha en la cabeza, y el roſtro, y los vigotes vendados; el roſtro, por los arañños; los vigotes, porque no ſe

le desmayassen, y cayessen, en el qual trage parecia la mas extraordinaria fantasma, que se pudiera pensar. Clavò los ojos en la puerta, y quando esperaba vèr entrar por ella à la rendida, y lastimada Altisidora, viò entrar à una reverendissima dueña con unas tocas blancas, repulgadas, y luengas, tanto, que la cubrian, y enmantaban desde los pies à la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traìa una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra porque no le diesse la luz en los ojos, à quien cubrian unos muy grandes anteojos: venìa pisando quedito, y movia los pies blandamente. Mirò la Don Quixote desde su atalaya, y quando viò su adeliño, y notò su silencio, pensò que alguna bruja, ò maga venìa en aquel trage à hacer en èl alguna mala fechoria; y comenzò à santiguarse con mucha priessa. Fuese llegando la vision, y quando llegò à la mitad del aposento, alzò los ojos, y viò la priessa con que se estaba haciendo cruces Don Quixote; y si èl quedò medroso en vèr tal figura, ella quedò espantada en ver la suya; porque assi como le viò tan alto, tan amarillo con la colcha, y con las vendas, que le desfiguràban, diò una gran voz, diciendo: Jesus, què es lo que veo? y con el sobresalto se le cayò la vela de las manos: y viendose à obscuras, bolviò las espaldas para irse, y con el miedo tropezò en sus faldas, y diò consigo una gran caìda. Don Quixote temeroso comenzò à decir: Conjurote, fantasma, ò lo que eres, que me digas quien eres, y que me digas, què es lo que de mi quieres? Si eres alma en pena, dimelo, que yo harè por ti todo quanto mis fuerzas alcanzàren, porque soy Catholico Christiano, y amigo de hacer bien à todo el mundo, que para esso tomè la Orden de la Cavalleria Andante que professo (cuyo exercicio aun hasta hacer bien à las Animas del Purgatorio se estiende.) La brumada dueña, que oyò conjuratse, por su temor coligiò el de Don Quixote; y con voz afligida, y baxa le respondiò: Señor Don Quixote (si es que acaso vuestra merced es Don Quixote) yo no soy fantasma, ni vision, ni Anima del Purgatorio, como vuestra merced debe de aver pensado, sino Doña Rodriguez, la Dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuestra merced suele remediar, à vuestra merced vengo. Digame, señora Doña Rodriguez, dixo Don Quixote, por ventura viene vuestra merced à hacer alguna tercerìa? porque la hago saber, que no soy de provecho para nadie: merced à la sin par belleza de mi señora Dulcinèa del Toboso. Digo, en fin, señora Doña Rodriguez, que como vuestra merced save, y dexe à una parte todo recado amoroso, puede bolver à encender su vela, y buelva, y departirèmos de todo lo que mas mandare, y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo inci-

tativo melindre. Yo recado de nadie? Señor mio, reſpondiò la dueña, mal conoce vueſtra merced, sì, que aùn no eſtoy en edad tan prolongada, que me acoja à ſemejantes niñerìas, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes, y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han uſurpado unos catarros, que en eſta tierra de Aragon ſon tan ordinarios; pero eſpereme vueſtra merced un poco, ſaldrè à encendèr mi vela, y bolverè en un inſtante a contarle mis cuìtas, como à remediador de todas las del mundo; y ſin eſperàr reſpueſta ſe ſaliò del apoſento, donde quedò Don Quixote ſoſſegado, y penſativo eſperandole; pero luego le ſobrevinieron mil penſamientos acerca de aquella nueva aventura, y pareciale ſer mal hecho, y peor penſado, ponerſe en peligro de rompèr à ſu ſeñora la fee prometida; y deciaſe à sì miſmo: Quien ſabe ſi el diablo, que es ſutil, y mañoſo, querrà engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con Emperatrices, Reynas, Duqueſas, Marqueſas, ni Condeſas? que yo he oìdo decir muchas veces, y à muchos diſcretos, que ſi èl puede, antes os la darà roma, que aguileña. Y quien ſabe, ſi eſta ſoledad, eſta ocaſion, y eſte ſilencio deſpertarà mis deſeos, que duermen, y haràn, que al cabo de mis años venga à caer donde nunca he tropezado? Y en caſos ſemejantes, mejor es huir, que eſperar la batalla; pero yo no debo de eſtàr en mi juicio, pues tales diſparates digo, y pienſo, que no es poſsible que una dueña tòquiblanca, larga, y antojùna pueda movèr, ni levantàr penſamiento laſcivo en el mas deſalmado pecho de el mundo. Por ventura ay dueña en la tierra, que tenga buenas carnes? Por ventùra ay dueña en el Orbe, que dexe de ſer impertinente, runcìda, y melindroſa? Afuera, pues, caterva dueñeſca, inutil para ningun humano regalo. O quan bien hacìa aquella ſeñora, de quien ſe dice, que tenìa dos dueñas de bulto con ſus anteojos, y almohadillas al cabo de ſu eſtrado, como que eſtàban labrando, y tanto le ſervian para la autoridad de la ſala aquellas eſtatuas, como las dueñas verdaderas! Y diciendo eſto ſe arrojò de el lecho, con intencion de cerrar la puerta, y no dexar entrar à la ſeñora Rodriguez; mas quando la llegò à cerràr ya la ſeñora Rodriguez bolvia, encendida una vela de cera blanca, y quando ella viò à Don Quixote de mas cerca embuelto en la colcha, con las vendas, galocha, ò beçoquin, temiò de nuevo, y retirandoſe atràs como dos paſſos, dixo: Eſtàmos ſeguras, ſeñor Cavallero? porque no tengo à muy honeſta ſeñal averſe vueſtra merced levantado de ſu lecho. Eſſo miſmo es bien que yo pregunte, ſeñora, reſpondiò Don Quixote; y aſsi pregunto, ſi eſtarè yo ſeguro de ſer acometido, y forzado? De quien, ò à quien pedìs, ſeñor Cavallero, eſſa ſegu-

ridad? respondiò la dueña. A vos, y de vos la pido, replicò Don Quixote, porque ni soy de marmol, ni vos de bronce, ni aora son las diez de el dia, sino media noche, y aun un poco mas, segun imagino, y en una estancia mas cerrada, y secreta, que lo debiò de ser la cueba donde el traydor, y atrevido Eneas gozò à la hermosa, y piadosa Dido; pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor, que la de mi continencia, y recato, y la que ofrecen essas reverendissimas tocas; y diciendo esto, besò su derecha mano, y le asiò de la suya, que ella le diò con las mismas ceremonias. Aqui hace Cide Hamete un parentesis, y dice, que por Mahoma, que diera por ver ir à los dos assi asidos, y trabados desde la puerta al lecho, la mejor almalafa de dos que tenia. Entròse, en fin, Don Quixote en su lecho, y quedòse Doña Rodriguez sentada en una silla, algo desviada de la cama, no quitandose los anteojos, ni la vela. Don Quixote se acorrucò, y se cubriò todo, no dexando mas del rostro descubierto; y aviendose los dos sossegado, el primero que rompiò el silencio fue D. Quixote, diciendo: Puede vuestra merced aora, mi señora Doña Rodriguez, descoserse, y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon, y lastimadas entrañas, que serà de mi escuchada con castos oìdos, y socorrida con piadosas obras. Assi lo creo yo, respondiò la dueña, que de la gentil, y agradable presencia de vuestra merced no se podia esperar fino tan Christiana respuesta. Es, pues, el caso, señor Don Quixote, que aunque vuestra merced me vè sentada en esta silla, y en la mitad del Reyno de Aragon, y en habito de dueña aniquilada, y affendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage, que atraviessan por èl muchos de los mejores de aquella Provincia; pero mi corta suerte, y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber como, ni como no, me traxeron à la Corte de Madrid, donde por bien de paz, y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron à servir de doncella de labor à una principal señora; y quiero hacerle sabidor à vuestra merced, que en hacer vaynillas, y labor blanca, ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dexaron sirviendo, y se bolvieron à su tierra, y de alli à pocos años se debieron de ir al Cielo, porque eran ademàs buenos, y Catholicos Christianos. Quedè huerfana, y atenida al miserable salario, y à las angustiadas mercedes, que à las tales criadas se suelen dàr en Palacio; y en este tiempo, sin que diesse yo ocasion à ello, se enamorò de mì un escudero de casa, hombre ya en dias, barbado, y aperssonado, y sobre todo, hidalgo como el Rey, porque era Montañès. No tratamos tan secretamente nues-

tros

tros amores, que no viniessen à noticia de mi señora, la qual por escusar dimes, y diretes, nos casò en paz, y en haz de la Santa Madre Iglesia Catholica Romana, de cuyo matrimonio naciò una hija, para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yò muriesse del parto, que lo tuve derecho, y en sazon, sino porque desde alli à poco muriò mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que à tener aora lugar para contarle, yo sè que vuestra merced se admirara; y en esto comenzò à llorar tiernamente, y dixo: Perdoneme vuestra merced, señor Don Quixote, que no và mas en mi mano; porque todas las veces que me acuerdo de mi mal-logrado, se me arrassan los ojos de lagrimas. Valgame Dios, y con que autoridad llevaba à mi señora à las ancas de una poderosa mula negra, como el mismo azabache, que entonces no se usaban coches, ni sillas, como aora dicen que se usan; y las señoras iban à las ancas de sus escuderos: esto à lo menos no puedo dexar de contarlo, porque se note la crianza, y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia à salir por ella un Alcalde de Corte con dos Alguaciles delante; y assi como mi buen escudero le viò, bolviò las riendas à la mula, dando señal de bolver à acompañarle; mi señora, que iba à las ancas, con voz baxa le decia: Què haceis, desventurado, no veis que voy aqui? El Alcalde, de comedido, detuvo las riendas al cavallo, y dixole: Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar à mi señora Doña Casilda, que assi era el nombre de mi ama. Todavia porfiaba mi marido con la gorra en la mano à querer ir acompañando al Alcalde. Viendo lo qual mi señora, llena de colera, sacò un alfiler gordo, ò creo que un punzòn del estuche, y clavòlele por los lomos, de manera, que mi marido diò una gran voz, y torciò el cuerpo de suerte, que diò con su señora en el suelo. Acudieron dos Lacayos suyos a levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde, y los Alguaciles. Alborotòse la Puerta de Guadalaxara (digo la gente vaidia que en ella estaba) vinose à pie mi ama, y mi marido acudio en casa de un Barbero, diciendo, que llevaba passadas de parte a parte las entrañas. Divulgòse la cortesia de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto, y porque èl era algun tanto corto de vista, mi señora Doña Casilda le despidiò, de cuyo pesar, sin duda alguna, tengo para mi, que se le causò el mal de la muerte. Quedè yo viuda, y desamparada, con hija a cuestas, que iba creciendo en hermosura, como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviesse fama de gran labrandera, mi señora la Duquesa, que estaba recien casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo a este Reyno de Aragon, y à mi hija, ni mas, ni me-

nos, adonde yendo dias, y viniendo dias, creciò mi hija, y con ella todo el donayre de el mundo: canta como una calandria, danza como el penſamiento, bayla como una perdida, lee, y eſcrive como un Maeſtro de eſcuela, y cuenta como un avariento: de ſu limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener agora, ſi mal no me acuerdo, diez y ſeis años, cinco meſes, y tres dias, uno mas à menos. En reſolucion, de eſta mi muchacha ſe enamorò un hijo de un Labrador riquiſsimo, que eſta en una Aldèa del Duque mi ſeñor, no muy lexos de aqui. En efecto, no sè como, ni como no, ellos ſe juntaron, y debaxo de la palabra de ſer ſu eſpoſo, burlò à mi hija, y no le la quiere cumplir; y aunque el Duque mi ſeñor lo ſabe, porque yo me he quexado à èl, no una, ſino muchas veces, y pedi-ole mande, que el tal Labrador ſe caſe con mi hija, hace orejas de Mercader, y apenas quiere oirme; y es la cauſa, que como el padre del burlador es tan rico, y le preſta dineros, y le ſale por fiador de ſus trampas por momentos, no le quiere deſcontentar, ni dar peſadumbres en ningun modo. Querria, pues, ſeñor mio, que vueſtra merced tomaſſe à cargo eſt deshacer eſte agravio, ò ya por ruegos, ò ya por armas; pues ſegun todo el mundo dice, vueſtra merced nació en èl para deshacerlos, y para enderezar los tuertos, y amparar los miſerables: y pongaſele à vueſtra merced por delante la huerfandad de mi hija, ſu gentileza, ſu mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios, y en mi conciencia, que de quantas doncellas tiene mi ſeñora, que no ay ninguna que llegue à la ſuela de ſu zapato, y que una que llaman Altiſidora, que es la que tienen por mas deſembuelta, y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que ſepa vueſtra merced, ſeñor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque eſta Altiſidora tiene mas de preſumpcion, que de hermoſura, y mas de deſembuelta, que de recogida: ademàs, que no eſta muy ſana, que tiene un cierto aliento canſado, que no ay ſufrir el eſtàr junto a ella un momento; y aun mi ſeñora la Duqueſa (quiero callar, que ſe ſuele decir, que las paredes tienen oìdos.) Què tiene mi ſeñora la Duqueſa, por vida mia, ſeñora Doña Rodriguez? preguntò Don Quixote. Con eſſe conjuro, reſpondiò la Dueña, no puedo dexar de reſponder à lo que me pregunta, con toda verdad. Ve vueſtra merced, ſeñor Don Quixote, la hermoſura de mi ſeñora la Duqueſa, aquella tèz de roſtro, que no parece ſino de una eſpada acicalada, y terſa, aquellas dos mexillas de leche, y de carmin, que en la una tiene el Sol, y en la otra la Luna, y aquella gallardìa con que va pitando, y aun deſpreciando el ſuelo, que no parece ſino que va derramando ſalud donde paſſa? Pues ſepa vueſtra merced, que lo

puede agradecer primero à Dios, y luego à dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los Medicos, que està llena. Santa Maria, dixo Don Quixote, y es posible, que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dixeran Frayles Descalzos; pero pues la señora Doña Rodriguez lo dice, debe de ser assi; pero tales fuentes, y en tales lugares, no deben de manar humor, sino ambar liquido. Verdaderamente, que aora acabo de creer, que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apenas acabò Don Quixote de decir estas razones, quando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayò à Doña Rodriguez la vela de la mano, y quedò la estancia como boca de lobo, como suele decirse; y luego sintiò la pobre dueña, que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dexaban gañir, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra, le alzaba las faldas, y con una, al parecer, chinela le comenzò a dar tantos azotes, que era una compassion; y aunque Don Quixote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia què podia ser aquello, y estabase quedo, y callando, y aùn temiendo no viniesse por èl la tanda, y tunda azotesca: y no fuè vano su temor, porque en dexando molida à la dueña (los callados verdugos, la qual no ossaba quexarse) acudieron à Don Quixote, y desembolviendole de la sabana, y de la colcha, le pellizcaron tan à menudo, y tan recìamente, que no pudo dexar de defenderse a puñadas; y todo esto en silencio admirable. Durò la batalla casi media hora, salieronse las fantasmas, recogiò Doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia, se saliò por la puerta afuera sin decir palabra à Don Quixote, el qual doloroso, y pellizcado, confuso, y pensativo, se quedò solo, donde le dexarèmos deseoso de saber quien avia sido el pervertso encantador que tal le avia puesto; pero ello se dira à su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la Historia lo pide.

CAP. XLIX. *De lo que le sucediò à Sanchò Panza rondando su Insula.*

DExamos al gran Governador enojado, y mohino con el Labrador pintor, y socarron, el qual, industriado del Mayordomo, y el Mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho; pero èl se las tenia tiessas à todos, maguer a tanto bronco, y rollizo, y dixo a los que con èl estaban, y al Doctor Pedro Recio, que como se acabò el secreto de la carta del Duque, avia buelto à entrar en la sala: Aora verdaderamente, que entiendo que los Jueces, y Governadores deben de ser, ò han de ser de bronce para no sentir las

importunidades de los negociantes, que à todas horas, y à todos tiempos quieren que los escuchen, y despachen, atendiendo solo à su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del Juez no los escucha, y despacha, ò porque no puede, ò porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego les maldicen, y murmuran, y les roen los huessos, y aun deslindan los linages. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazon, y coyuntura para negociar; no vengas a la hora del comer, ni à la de el dormir, que los Jueces son de carne, y hueso, y han de dar à la naturaleza lo que naturalmente les pide, sino es yo, que no le doy de comer à la mia, merced al señor Doctor Pedro Recio de Tirteafuera, que està delante, que quiere que muera de hambre, y afirma, que esta muerte es vida, que assi se la dè Dios à èl, y à todos los de su ralèa, digo à los de los malos Medicos, que la de los buenos, palmas, y lauros merecen. Todos los que conocian à Sancho Panza se admiraban oyendole hablar tan elegantemente, y no sabian à què atribuirlo, sino à que los oficios, y cargos graves, ò adoban, ò entorpecen los entendimientos. Finalmente, el Doctor Pedro Recio Aguero de Tirteafuera prometiò de darle de cenar aquella noche, aunque excedieſſe de todos los Aforismos de Hypocrates. Con esto quedò contento el Governador, y esperaba con grande ansia llegasse la noche, y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo, sin moverse de un lugar, todavia se llegò por el tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicòn de baca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en dias: entregòse en todo con mas gusto, que si le huvieran dado francolines de Milàn, faysanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moròn, ò gansos de Lavajos; y entre la cena, bolviendose al Doctor, le dixo: Mirad, señor Doctor, de aqui adelante no os cureis de darme à comer cosas regaladas, ni manjares exquisitos, porque serà sacar à mi estomago de sus quicios, el qual està acostumbrado à cabra, à baca, à tocino, à cecina, à nabos, y à cebollas; y si acaso le dàn otros manjares de Palacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco: lo que el Maestresala puede hacer, es, traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular, y encerrar todo lo que èl quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré, y se lo pagarè algun dia; y no se burle nadie conmigo, porque, ò somos, ò no somos: vivamos todos, y comamos en buena paz, y compañia, pues quando Dios amanece, para todos amanece: yo governarè esta Insula sin perdonar derecho, ni llevar cohecho, y todo el mundo trayga el ojo alerta, y mire por el vigote; porque les ha-

hago saber, que el diablo està en Cantillàna, y que si me dàn ocasion, han de vèr maravillas: no sino hacèos de miel, y comeros han moscas. Por cierto, señor Governador, dixo el Maestresala, que vuestra merced tiene mucha razon en quanto ha dicho, y que yo ofrezco, en nombre de todos los Insulanos de esta Insula, que han de servir à vuestra merced con toda puntualidad, amor, y benevolencia; porque el suave modo de governàr, que en estos principios vuestra merced ha dado, no les dà lugar de hacer, ni de pensar cosa, que en desservicio de vuestra merced redunde. Yo lo creo, respondiò Sancho, y serìan ellos unos necios si otra cosa hiciessen, ò pensassen; y buelvo à decir, que se tenga cuenta con mi sustento, y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa, y hace mas al caso; y, en siendo hora, vamos à rondàr, que es mi intencion limpiar esta Insula de todo genero de immundicia, y de gente vagamunda, holgazana, y mal entretenida; porque quiero que sepais, amigos, que la gente valdìa, y perezosa es en la Republica lo mismo que los zanganos en las colmenas, que se comen la miel, que las trabajadoras abejas hacen: pienso favorecer à los Labradores, guardàr sus preeminencias à los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo, tener respeto à la Religion, y à la honra de los Religiosos. Què os parece de esto, amigos? Digo algo, ò quiebrome la cabeza? Dice tanto vuestra merced, señor Governador, dixo el Mayordomo, que estoy admirado de vèr, que un hombre tan sin letras, como vuestra merced, què à lo que creo no tiene ninguna, diga tales, y tantas cosas llenas de sentencias, y de avisos, tan fuera de todo aquello, que del ingenio de vuestra merced esperaban los que nos embiaron, y los que aquì venimos: cada dia se vèn cosas nuevas en el mundo, las burlas se buelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegò la noche, y cenò el Governador, con licencia del señor Doctor Recio. Aderezaronse de ronda, saliò con el Mayordomo, Secretario, y Maestresala, (y el Coronista, que tenìa cuidado de ponèr en memoria sus hechos) y Alguaciles, y Escribanos, tantos, que podian formar un mediano esquadròn. Iba Sancho en medio con su vara, que no avìa mas que vèr; y pocas calles andadas del Lugàr, sintièron ruìdo de cuchilladas: acudieron alla, y hallàron, que eran solos dos hombres los que reñian; los quales viendo venir la Justicia se estuvieron quedos, y el uno de ellos dixo: Aquì de Dios, y del Rey, còmo, y que se ha de sufrir, que roben en poblado en este Pueblo, y que salgan à sulcar en la mitad de las calles? Sossegaos, hombre de bien, dixo Sancho, y contadme, què es la causa de esta pendencia, que yo soy el Governador. El otro contrario dixo: Señor Governador, yo la dirè con toda brevedad: Vuestra merced

ſabrà, que eſte gentil hombre acaba de ganar aora en eſta caſa de juego, que eſtà aqui frontero, mas de mil reales, y ſabe Dios còmo, y hallandome yo preſente, juzguè mas de una fuerte dudoſa en ſu favor, contra todo aquello, que me dictaba la conciencia; alzòſe con la ganancia, y quando eſperaba, que me avia de dar algun eſcudo por lo menos de varato, como es uſo, y coſtumbre darle à los hombres principales como yò, que eſtamos aſsiſtentes para bien, y mal paſſar, y para apoyar ſinrazones, y evitar pendencias, èl embolsò ſu dinero, y ſe ſaliò de la caſa; yò vine deſpechado tras èl, y con buenas, y corteſes palabras le he pedido, que me dieſſe ſiquiera ocho reales, pues ſabe que yo ſoy hombre honrado, y que no tengo oficio, ni beneficio, porque mis padres no me le enſeñaron, ni me le dexaron; y el focarròn, que no es mas ladron que Caco, ni mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de quatro reales, porque vea vueſtra merced, ſeñor Governador, què poca verguenza, y què poca conciencia; pero à feè, que ſi vueſtra merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que avia de ſaber con quantas entraba la romana. Què decìs vos à eſto? preguntò Sancho. Y el otro reſpondiò, que era verdad quanto ſu contrario decia, y no avia querido darle mas de quatro reales, porque ſe los daba muchas veces; y los que eſperan varato han de ſer comedidos, y tomar con roſtro alegre lo que les dieren, ſin ponerſe en cuentas con los ganancioſos, ſi ya no ſupieſſen de cierto, que ſon fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que para ſeñal de que era hombre de bien, y no ladron, como decia, ninguna avia mayor, que el no averle querido dar nada, que ſiempre los fulleros ſon tributarios de los mirònes, que los conocen. Aſsi es, dixo el Mayordomo, vea vueſtra merced, ſeñor Governador, què es lo que ſe ha de hacer de eſtos hombres? Lo que ſe ha de hacer es eſto, reſpondiò Sancho: Vos, ganancioſo, bueno, ò malo, ò diferente, dad luego à eſte vueſtro acuchillador cien reales, y mas aveis de deſembolſar treinta para los pobres de la carcel; y vos, que no teneis oficio, ni beneficio, y andais de nones en eſta Inſula, tomad luego eſſos cien reales, y mañana en todo el dia ſalid de eſta Inſula deſterrado por diez años, ſo pena, ſi lo quebrantaredes, lo cumplais en la otra vida, colgandoos yò de una picota, ò à lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le aſſentarè la mano. Deſembolsò el uno, recibiò el otro, eſte ſaliò de la Inſula, y aquel ſe fue à ſu caſa, y el Governador quedò diciendo: Aora yo podrè poco, ò quitare eſtas calas de juego, que à mi fe me trasluce què ſon muy perjudiciales. Eſta a lo menos, dixo un Eſcrivano, no la podrà vueſtra merced quitar, porque la tiene un gran perſonage, y mas es, ſin comparacion, lo que èl pierde al

año, que lo que saca de los naypes; contra otros gariteros de menor quantia podra vuestra merced mostrar su poder, que son los que mas daño hacen, y mas insolencias encubren, que en las casas de los Cavalleros principales, y de los Señores no se atreven los famosos fulleros à usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha buelto en exercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales, que no en la de algun oficial, donde cogen à un desdichado de media noche abaxo, y le desuellan vivo. Aora, Escrivano, dixo Sancho, yo sè que ay mucho que decir en esso; y en esto llegò un corchete, que traia asido à un mozo, y dixo: Señor Governador, este mancebo venia azia nosotros, y assi como columbrò la Justicia, bolviò las espaldas, y comenzò à correr como un gamo; señal que debe de ser algun delinquente; yo parti tras èl, y si no fuera porque tropezò, y cayò, no le alcanzara jamas. Por què huias, hombre? preguntò Sancho. A lo que el mozo respondiò: Señor, por escusar de responder à las muchas preguntas, que las Justicias hacen. Què Oficio tienes? Texedor. Y què texes? Hierros de lanzas, con licencia buena de vuestra merced. Gracioso me sois, de chocarrero os picais, està bien. Y adonde ibades aora? Señor, à tomar el ayre. Y adonde se toma el ayre en esta Insula? Adonde sopla. Bueno, respondeis muy a proposito, discreto sois, mancebo; pero haced cuenta, que yo soy el ayre, y que os sopla en popa, y os encamina à la carcel. Atadle, pla, y llevadle, que yo harè, que duerma allì sin ayre esta noche. Par Dios, dixo el mozo, assi me hara vuestra merced dormir en la carcel, como hacerme Rey. Pues por què no te harè dormir en la carcel? respondiò Sancho; no tengo yo poder para prenderte, y soltarte cada, y quando que quisiere? Por mas poder, que vuestra merced tenga, dixo el mozo, no serà bastante para hacerme dormir en la carcel. Como que no? replicò Sancho, llevadle luego, donde verà por sus ojos el desengaño, aunque mas el Alcayde quiera usar con èl de su interessal libertad, que yo le pondrè pena de dos mil ducados, si te dexa salir un passo de la carcel. Todo esso es cosa de risa, respondiò el mozo; el caso es, que no me haran dormir en la carcel quantos oy viven. Dime, demonio, dixo Sancho, tienes algun Angel que te saque, y que te quite los grillos, que te pienso mandar echar? Aora, señor Governador, respondiò el mozo con muy buen donayre, estemos à razòn, y vengamos al punto. Presupponga vuestra merced, que me manda llevar à la carcel, y que en ella me echan grillos, y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al Alcayde graves penas, si me dexa salir, y que èl lo cumple como se le manda; con todo esto si yo no quiero dormir, y estarme dispierto toda la noche sin pegar pestaña, serà vuestra merced bastante con todo su poder para hacer-

me dormir, si yo no quiero? No por cierto, dixo el Secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dixo Sancho, que no dexàreis de dormir por otra cosa, que por vuestra voluntad, y no por contravenir à la mia? No señor, dixo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dixo Sancho, idos à dormir à vuestra casa, y Dios os dè buen sueño, que yò no quiero quitarosle; pero aconsejoos, que de aqui adelante no os burleis con la Justicia, porque topareis con alguna, que os dè con la burla en los cascos. Fuese el mozo, y el Governador prosiguiò con su ronda: y de allì à poco vinieron dos Corchetes, que traìan à un hombre asido, y dixeron: Señor Governador, este, que parece hombre, no lo es, sino muger; y no sea, que viene vestida en habito de hombre. Llegaronle à los ojos dos, ò tres linternas, à cuyas luces descubrieron un rostro de una muger, al parecer de diez y seis, ò pocos mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro, y seda verde, hermosa como mil perlas: miraronla de arriba abaxo, y vieron, que venìa con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco, y rapacejos de oro, y aljofar: los greguescos eran verdes, de tela de oro, y una falta en barca, ò ropilla de lo mismo suelta; debaxo de la qual traìa un jubòn de tela finissima de oro, y blanco, y los zapatos eran blancos, y de hombre; no traìa espada ceñida, sino una riquissima daga, y en los dedos muchos, y muy buenos anillos: Finalmente, la moza parecia bien à todos, y ninguno la conociò de quantos la vieron; y los naturales de el Lugar dixeron, que no podian pensar quien fuesse; y los consabidores de las burlas, què se avian de hacer à Sancho, fueron los que mas se admiraron, porque aquel sucesso, y hallazgo no venia ordenado por ellos; y assi estaban dudosos, esperando en què pararia el caso. Sancho quedò pasmado de la hermosura de la moza, y preguntòla quien era, adonde iba, y què ocasion la avia movido para vestirse en aquel habito? Ella, puestos los ojos en tierra, con honestissima verguenza respondiò: No puedo, señor, decir tan en publico lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladrona, ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, à quien la fuerza de unos zelos ha hecho romper el decoro, que à la honestidad se debe. Oyendo esto el Mayordomo, dixo a Sancho: Haga, señor Governador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandòlo assi el Governador, apartaronse todos, sino fueron el Mayordomo, Maestresala, y el Secretario. Viendose, pues, solos, la doncella prosiguiò, diciendo: Yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, Arrendador de las Lanas de este Lugar, el qual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Esto no lleva

camino, dixo el Mayordomo, señor, porque yo conozco muy bien à Pedro Perez, y sè que no tiene hijo ningono varon, ni hembra, y mas, que decìs que es vuestro padre, y luego añadìs, que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Ya yo avia dado en ello, dixo Sancho. Aora, señores, yo estoy turbada, y no sè lo que me digo, respondiò la doncella; pero la verdad es, que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuessas mercedes deben de conocer. Ann esso lleva camino, respondiò el Mayordomo, que yo conozco à Diego de la Llana, y sè que es un hidalgo principal, y rico, y que tiene un hijo, y una hija; y que despues que enviudò, no ha avido nadie en todo este Lugar que pueda decir, que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada, que no dà lugar al Sol que la vea; y con todo esto la fama dice, que es en estremo hermosa. Assi es la verdad, respondiò la doncella, y essa hija soy yo: si la fama miente, ò no, en mi hermosura ya os avreis, señores, desengañado, pues me aveis visto, y en esto comenzò à llorar tiernamente. Viendo lo qual el Secretario, se llegò al oìdo del Maestresala, y le dixo muy passo: Sin dùda alguna, que à esta pobre doncella le debe de aver sucedido algo de importancia, pues en tal trage, y à tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No ay dudar en ello, respondiò el Maestresala, y mas que essa sospecha la confirman sus lagrimas. Sancho la consolò con las mejores razones que èl supo, y la pidiò, que sin temor alguno les dixesse lo que la avia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas veras, y por todas las vias posibles. Es el caso, señores, respondiò ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años hà, que son los mismos que à mi madre come la tierra: en casa dicen Missa en un rico Oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto el Sol del Cielo de dia, y la Luna, y las Estrellas de noche, ni sè què son calles, Plazas, ni Templo, ni aun hombres, fuera de mi padre, y de un hermano mio, y de Pedro Perez el Arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa, se me antojò decir, que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento, y este negarme el salir de casa, siquiera à la Iglesia, ha muchos dias, y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo vèr el mundo, ò à lo menos el Pueblo donde nacì, pareciendome, que en este deseo no iba contra el buen decoro, que las doncellas principales deben guardar à sì mismas: quando oìa decir, que corrian Toros, y jugaban Cañas, y se representaban Comedias, preguntaba à mi hermano, que es un año menor que yo, que me dixesse, què cosas eran aquellas, y otras muchas, que yo no he visto; el me lo declaraba por los mejores modos que sabìa; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de

mi perdicion, digo, que yo roguè, y pedì à mi hermano, que nunca tal pidiera, ni tal rogàra, y tornò à renovar el llanto. El Mayordomo la dixo: Profiga V. merced, señora, y acabe de decirnos lo que la ha sucedido, que nos tienen a todos suspensos sus palabras, y sus lagrimas. Pocas me quedan por decir, respondiò la doncella, aunque muchas lagrimas sì que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos, que los semejantes. Aviase sentado en el alma del Maestresala la belleza de la doncella, y llegò otra vez su linterna para verla de nuevo, y pareciòle, que no eran lagrimas las que lloraba, sino aljofar, ò rocìo de los prados, y aun la subìa de punto, y las llegaba à perlas Orientales, y estaba deseando, que su desgracia no fuesse tanta como daban a entender los indicios de su llanto, y de sus suspiros. Desesperabase el Governador de la tardanza que tenìa la moza en dilatar su historia, y dixola, que acabasse de no tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andàr del Pueblo. Ella, entre interrotos sollozos, y mal formados suspiros, dixo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo roguè à mi hermano, que me vistiesse en habito de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacasse una noche à vèr todo el Pueblo, quando nuestro padre durmiesse; èl importunado de mis ruegos, condescendiò con mi deseo, y poniendome este vestido, y èl vistiendose otro mio, que le esta como nacido, porque èl no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosisima; esta noche debe de aver una hora, poco mas, ò menos, nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo, y desvaratado discurso, hemos rodeado todo el Pueblo; y quando queriamos bolver à casa, vimos venir un gran tropèl de gente, y mi hermano me dixo: Hermana, esta debe de ser la Ronda, aligera los pies, y pòn alas en ellos, y vente tras mì corriendo, porque no nos conozcan, que nos sera mal contado; y diciendo esto, bolviò las espaldas, y comenzò, no digo à correr, sino à volàr; yo à menos de seis passos caì con el sobresalto, y entonces llegò el Ministro de la Justicia, que me traxo ante vuestras mercedes, adonde por mala, y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto, señora, dixo Sancho, no os ha sucedido otro desman alguno, ni zelos, como vos al principio de vuestro cuento dixisteis? no os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron zelos, sino solo el deseo de vèr mundo, que no se estendia à mas, que à vèr las calles de este Lugar; y acabò de confirmàr ser verdad lo que la doncella decia, llegar los Corchetes con su hermano preso, à quien alcanzò uno de ellos quando se huyò de su hermana; no traia sino un faldellin rico, y una mantellina de damasco azul, con passamanos de oro fino; la cabeza sin to-

oca, ni con otra cosa adornada, ue con sus mismos cabellos, que an sortijas de oro, segun eran ubios, y enrizados. Apartaronse on el Governador, Mayordomo, Maestresala, y fin que lo oyesse hermana, le preguntaron, cò- o venìa en aquel trage? Y èl, con o menos verguenza, y empacho, ontò lo mesmo que su hermana via contado, de que recibiò gran usto el enamorado Maestresala; ero el Governador les dixo: Por ierto, señores, que esta ha sido na gran rapacerìa, y para con- ir esta necedad, y atrevimiento o eran menester tantas largas, ni antas lagrimas, y suspiros, que on decir, somos fulano, y fula- a, que nos salimos à espaciar de asa de nuestros padres con esta nvencion, solo por curiosidad, in otro designio alguno, se aca- ara el cuento, y no gemidicos, lloramicos, y darle. Assi es la erdad, respondiò la doncella; pe- o sepan vuestras mercedes, que turbacion que he tenido ha si- o tanta, que no me ha dexado uardar el termino que debìa. No e ha perdido nada, respondiò ancho, vamos, y dexarèmos á uestras mercedes en casa de su pa- re, quizà no los avrà echado me- os; y de aqui adelante nò se nuestren tan niños, ni tan deseo- os de vèr mundo, que la donce- la honrada la pierna quebrada, y n casa; y la muger, y la gallina, por andar se pierden ahìna; y la ue es deseosa de vèr, tambien iene deseo de ser vista: no digo mas. El mancebo agradecìa al Go- vernador la merced, que querìa hacerles de bolverlos à su casa; y assi se encaminaron àzia ella, que no estaba muy lexos de allì. Lle- garon, pues, y tirando el herma- no una china à una rexa, al mo- mento baxò una criada, que los estaba esperando, y le abriò la puerta, y ellos se entraron, de- xando à todos admirados, assi de su gentileza, y hermosura, como del deseo que tenian de vèr mun- do de noche, y sin salir del Lugar; pero todo lo atribuyeron à su po- ca edad. Quedò el Maestresala tras- passado su corazon, y propuso de luego otro dia pedirsela por mu- ger à su padre, teniendo por cier- to, que no se la negarìa, por ser èl criado del Duque; y aun à San- cho le vinieron deseos, y barrun- tos de casar al mozo con Sanchi- ca su hija, y determinò de ponerlo en platica a su tiempo, dando- se à entender, que à una hija de un Governador ningun marido se le podìa negar. Con esto se acabò la Ronda de aquella noche, y de alli à dos dias el Govierno, con que se destroncaron, y borraron todos sus designios, como se verà adelante.

***
*** *** ***
*** ***
***

CAP.

CAP. L. *Donde se declara quien fueron los encantadores, y verdugos que azotaron à la dueña, y pellizcaron, y arañaron à Don Quixote, con el sucesso que tuvo el page que llevò la carta à Teresa Panza, muger de Sancho Panza.*

DIce Cide Hamete, puntualissimo escudriñador de los atomos de esta verdadera Historia, que al tiempo que Doña Rodriguez saliò de su aposento para ir à la estancia de Don Quixote, otra dueña, que con ella dormìa, lo sintiò, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender, y oler, se fue tras ella, con tanto silencio, que la buena Doña Rodriguez no lo echò de vèr; y assi como la dueña la viò entrar en la estancia de Don Quixote, porque no faltasse en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fue à poner en pico à su señora la Duquesa, de como Doña Rodriguez quedaba en el aposento de D. Quixote: la Duquesa se lo dixo al Duque, y le pidiò licencia para que ella, y Altisidora viniessen à vèr lo que aquella dueña querìa con Don Quixote; el Duque se la diò: y las dos con gran tiento, y sossiego, passo ante passo llegaron à ponerse junto à la puerta de el aposento, y tan cerca, que oìan todo lo que dentro hablaban; y quando oyò la Duquesa, que Rodriguez avia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora: y assi llenas de colera, y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acrivillaron à Don Quixote, y vapularon à la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura, y presumpcion de las mugeres, despierta en ellas en gran manera la ira, y encrudece el deseo de vengarse. Contò la Duquesa al Duque lo que le avia passado, de lo que se holgò mucho; y la Duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse, y recibir passatiempo con Don Quixote, despachò al page que avia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su Gobierno) a Teresa Panza su muger, con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados. Dice pues la Historia, que el page era muy discreto, y agudo: y con deseo de servir à sus señores, partiò de muy buena gana al Lugar de Sancho; y antes de entrar en èl viò en un arroyo estàr lavando cantidad de mugeres, à quien preguntò, si le sabrian decir, si en aquel Lugar vivia una muger, llamada Teresa Panza, muger de un cierto Sancho Panza, escudero de un Cavallero, llamado Don Quixote de la Mancha? A cuya pregunta se levantò en pie una mozuela, que estaba lavando, y dixo: Essa Teresa Panza es mi madre, y esse tal

tal Sancho mi señor padre, y el tal Cavallero nuestro amo. Pues venid, doncella, dixo el page; y mostradme à vuestra madre, porque la traygo una carta, y un presente de el tal vuestro padre. Esso harè yo de muy buena gana, señor mio, respondiò la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco mas à menos; y dexando la ropa que labàba à otra compañera, sin tocarse, ni calzarse, que estaba en piernas, y desgreñada, saltò delante de la cavalgadura del page, y dixo: Venga vuestra merced, que à la entrada del Pueblo està nuestra casa, y mi madre en ella, con harta pena por no aver sabido muchos dias ha de mi señor padre. Pues yo se las lleyo tan buenas, dixo el page, que tiene que dar bien gracias à Dios por ellas. Finalmente, saltando, corriendo, y brincando llegò al Pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa, dixo a voces desde la puerta: Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aqui un señor, que trae cartas, y otras cosas de mi buen padre; a cuyas voces saliò Teresa Panza su madre, hilando un poco de estopa, con una saya parda: parecia, segun era de corta, que se la avian cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuelo asimismo pardo, y una camisa de pechos; no era muy vieja, aunque mostraba passar de los quarenta, pero fuerte, tiesa, nerbuda, y avellanada, la qual viendo à su hija, y al page à cavallo, la dixo: Què es esto, niña, què señor es este? Es un servidor de mi señora Doña Teresa Panza, respondiò el page, y diciendo, y haciendo se arrojò del cavallo, y se fue con mucha humildad à poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: Deme vuestra merced sus manos, mi señora Doña Teresa, bien assi como muger legitima, y particular del señor Don Sancho Panza, Governador proprio de la Insula Barataria. Ay, señor mio! quitese me de aì, no haga esso, respondiò Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre Labradora, hija de un estripa terrones, y muger de un escudero Andante, y no de Governador alguno. Vuestra merced, respondiò el page, es muger dignissima de un Governador archidignissimo; y para prueba de esta verdad, reciba vuestra merced esta carta, y este presente, y sacò al instante de la faldriquera una sarta de corales, con estremos de oro, y se la echò al cuello, y dixo: Esta carta es del señor Governador; y otra que traygo, y estos corales, son de mi señora la Duquesa, que à vuestra merced me embia. Quedò passmada Teresa, y su hija ni mas, ni menos, y la muchacha dixo: Que me maten si no anda por aqui nuestro señor amo D. Quixote, que debe de aver dado à padre el Govierno, què tantas veces le avia prometido. Assi es la verdad, respondiò el page, que por respeto del señor Don Quixote es aora el señor Sancho Governador de la Insula Barataria, como se verà por esta carta. Leamela V.md señor gentil-hombre, dixo

xo Tereſa, porque aunque yo sè hilar, no sè leer migaja; ni yo tampoco, añadiò Sanchica; pero eſperenme aqui, que yo irè à llamar quien la lea, ora ſea el Cura meſmo, ò el Bachiller Sanſon Carraſco, que vendràn de muy buena gana por ſaber nuevas de mi padre. No ay para que ſe llame à nadie, dixo el page, que yo no sè hilar, pero sè leer, y la leerè; y aſsi ſe la leyò toda, que por quedar ya referida no ſe pone aqui; y luego ſacò otra de la Duqueſa, que decia de eſta manera.

Amiga Tereſa, las buenas partes de la bondad, y de el ingenio de vueſtro marido Sancho, me movieron, y obligaron à pedir à mi marido el Duque le dieſſe un Govierno de una Inſula de muchas que tiene; tengo noticia, que govierna como un Girifalte, de lo que yo eſtoy muy contenta, y el Duque mi ſeñor por el conſiguiente; por lo que doy muchas gracias al Cielo de no averme engañado en averle eſcogido para el tal Govierno, porque quiero que ſepa la ſeñora Tereſa, que con dificultad ſe halla un buen Governador en el mundo, y tal me haga à mi Dios, como Sancho govierna; aì la embio, querida mia, una ſarta de corales, con eſtremos de oro, yo me holgàra que fuera de perlas Orientales; pero quien te dà el huevo no te quervia ver muerta: tiempo vendrà en que nos conozcamos, y nos comuniquemos, y Dios ſabe lo que ſerà. Encomiendeme à Sanchica ſu hija, y digala de mi parte, que ſe apareje, que la tengo de caſar al-tamente, quando menos lo penſe, Dicenme, que en eſſe Lugar ay bellotas gordas, embieme haſta dos docenas, que las eſtimarè en mucho, por ſer de ſu mano, y eſcrivame luego, avisandome de ſu ſalud, y de ſu bien eſtar, y ſi huviere meneſter alguna coſa; no tiene que hacer mas que boquear, que ſu boca ſerà medida; y Dios me la guarde. De eſte Lugar, ſu amiga que bien la quiere,

La Duqueſa.

Ay! dixo Tereſa en oyendo la carta, y què buena, què llana, y què humilde ſeñora! Con eſtas tales ſeñoras me entierren a mi, y no las Hidalgas, que en eſte Pueblo ſe uſan, que pienſan, que por ſer Hidalgas no las ha de tocar el viento, y vàn à la Igleſia con tanta fantasìa como ſi fueſſen las miſmas Reynas, què no parece ſino que tienen à deshonra el mirar à una Labradora; y veis aqui donde eſta buena ſeñora, con ſer Duqueſa, me llama amiga, y me trata como ſi fuera ſu igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que ay en la Mancha; y en lo que toca à las bellotas, ſeñor mio, yo la embiarè à ſu Señoria un celemin, que por gordas las pueden venir à vèr à la mira, y à la maravilla; y por aora, Sanchica, atiende à que ſe regale eſte ſeñor, pon en orden eſte cavallo, y ſaca de la cavalleriza huevos, y corta tocino adunia, y demosle de comer como à un Principe, que las buenas

nas nuevas que nos ha traìdo, y la buena cara que èl tiene, lo merece todo, y en tanto faldrè yo à dar à mis vecinàs las nuevas de nueſtro contento, al Padre Cura, y à Maeſſe Nicolàs el Barbero, que tan amigós ſon, y han ſido de tu padre. Sì harè, madre, reſpondiò Sanchica, pero mire, que me ha de dar la mitad de eſſa ſarta, que no tengo yo por tan boba à mi ſeñora la Duqueſa, que ſe la avia de embiar à ella toda. Todo es para ti, hija, reſpondiò Tereſa, pero dexamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien ſe alegrarán, dixo el page, quando vean el lio que viene en eſte portamanteo, que es un veſtido de paño finiſsimo, que el Governador ſolo un dia llevò à ça za, el qual todo le embia para la ſeñora Sanchica. Que me viva èl mil años, reſpondiò Sancha, y el que lo trae, ni mas, ni menos, y aun dos mil, ſi fuere neceſsidad. Salièſe en eſto Tereſa fuera de caſa con las cartas, y con la ſarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como ſi fuera en un pandero; y encontrandoſe acaſo con el Cura, y Sanſon Carraſco, comenzò à baylar, y decir: A fee, que aora, que no ay pariente pobre, Goviernito tenemos, no ſino tomeſe conmigo la mas pintada Hidalga, que yo la pondrè como nueva. Què es eſto, Tereſa Panza? què locuras ſon eſtas, y què papeles ſon eſſos? No es otra locura, ſino que eſtas ſon Cartas de Duqueſas, y de Governadores, y eſtos que traygo al cuello ſon corales finos; las Ave Marias, y los Padres nueſtros ſon de oro de martillo, y yo ſoy Governadora. De Dios en ayuſo no os entendemos, Tereſa, ni ſabemos lo que os decìs. Aì lo pòdràn vèr ellos, reſpondiò Tereſa, y diòles las cartas. Leyòlas el Cura de modo, que las oyò Sanſon Carraſco; y Sanſon, y el Cura ſe miraron el uno al otro, como admirados de lo que avia leìdo. Y preguntò el Bachillèr, quien avia traìdo aquellas cartas? Reſpondiò Tereſa, que ſe vinieſſen con ella à ſu caſa, y verìan al menſagero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traìa otro preſente, que valìa mas de tanto. Quitòla el Cura los corales del cuello, y miròlos, y remiròlos, y certificandoſe que eran finos, tornò à admirarſe de nuevo, y dixo: Por el habito que tengo, que no sè què me diga, ni què me pienſe de eſtas cartas, y de eſtos preſentes; por una parte veo, y toco la fineza de eſtos corales, y por otra leo, que una Duqueſa embia à pedir dos docenas de bellotas. Aderecenme eſſas medidas, dixo entonces Carraſco: Aora bien, vamos à vèr al portador de eſte pliego, que de èl nos informarèmos de las dificultades que ſe nos ofrecen. Hizieronlo aſſi, y bolviòſe Tereſa con ellos: hallaron al page crivando un poco de cebada para ſu cavalgadura, y à Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar

de comer al page, cuya presencia, y buen adorno contentò mucho à los dos, y despues de averle saludado cortesmente, y èl à ellos, le preguntò Sanson, les dixesse nuevas, assi de Don Quixote, como de Sancho Panza, que puesto que avian leìdo las cartas de Sancho, y de la señora Duquesa, todavia estaban confusos, y no acababan de atinar, què seria aquello del Govierno de Sancho, y mas de una Insula, siendo todas, ò las mas que ay en el Mar Mediterraneo de su Magestad. A lo que el page respondiò: De que el señor Sancho Panza sea Governador, no ay que dudar en ello; de que sea Insula, ò no la que govierna, en esso no me entrometo; pero basta que sea un Lugar de mas de mil vecinos; y en quanto à lo de las bellotas, digo, que mi señora la Duquesa es tan llana, y tan humilde, que no digo el embiar à pedir bellotas à una Labradora, pero que la acontecia embiar à pedir un peyne prestado à una vecina suya; porque quiero que sepan Vs.mds. que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas, y levantadas como las señoras Castellanas, que con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad de esta platica saliò Sanchica con una halda de huevos, y preguntò al page: Digame, señor, mi señor padre trae por ventura calzas atacadas despues que es Governador? No he mirado en ello, respondiò el page, pero se deben de traer. Ay Dios mio, replicò Sanchica, y que serà de ver à mi padre con pedorreras: no es bueno sino que desde que nacì tengo deseo de ver à mi padre con calzas atacadas? Como con essas cosas le verà vuestra merced, si vive, respondiò el page; par Dios, terminos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el Govierno. Bien echaron de ver el Cura, y el Bachiller, que el page hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales, y el vestido de caza, que Sancho embiaba, lo deshacia todo, que ya Teresa les avia mostrado el vestido, y no dexaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas quando Teresa dixo: Señor Cura, eche carta por aì, si ay alguien que vaya à Madrid, ò à Toledo, para que compre un berdugado redondo, hecho, y derecho, y sea al uso, y de los mejores que huviere, que en verdad, en verdad, que tengo de hontar el Govierno de mi marido en quanto yo pudiere; y aun, que si me enojo, me tengo de ir à essa Corte, y echar un coche como todas, que la que tiene marido Governador muy bien le puede traer, y sustentar. Y como, madre, dixo Sanchica, pluguiesse à Dios, que fuesse antes oy, que mañana, aunque dixessen los que me viessen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: mirad la tal por qual, hija de aquel harto de ajos, y como va sentada, y tendida en el coche, como si fuera una Papesa; pero pisen ellos los lodos, y andeme yo en mi coche, levantados los pies del suelo, y mal año, y mal mes para quan-

quantos murmuradores ay en el mundo; y andeme yo caliente, y riase la gente. Digo bien, madre mia? Y còmo que dices bien, hija, respondiò Teresa, y todas estas venturas, y ann mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y veràs tu, hija, còmo no para hasta hacerme Condesa, que todo es comenzar à ser venturosa; y como yo he oìdo decir muchas veces à tu buen padre, (que assi como lo es tuyo, lo es de refranes) quando te dieren la baquilla, corre con tu soguilla; quando te dieren un Govierno, cogele; quando te dieren un Condado, agarrale; y quando te hicieren tus tus con alguna dadiva buena, embasala: no sino dormìos, y no respondais à las venturas, y buenas dichas, que estàn llamando à la puerta de vuestra casa. Y què se me dà à mi, añadiò Sanchica, que diga el que quisiere, quando me vea entonada, y fantasiosa: Viòse el perro en bragas de cerro, y lo demàs. Oyendo lo qual el Cura, dixo: Yo no puedo creer, sino que todos los del linage de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo; ninguno de ellos he visto, que no los derrame à todas horas, y en todas las platicas que tienen. Assi es la verdad, dixo el page, que el señor Governador Sancho à cada passo los dice; y aunque muchos no vienen à proposito, todavia dan gusto, y mi señora la Duquesa, y el Duque los celebran mucho. Que todavia se afirma vuestra merced, señor mio, dixo el Bachillèr, ser verdad esto del Govierno de Sancho, y de que ay Duquesa en el mundo, que la embie presente, y la escriva? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leìdo las cartas, no lo creemos, y pensamos, que esta es una de las cosas de Don Quixote nuestro compatriota, que todas piensa que son hechas por encantamento; y assi estoy por decir, que quiero tocar, y palpar à vuestra merced, por vèr si es embaxador fantastico, ò hombre de carne, y hueso. Señores, no sè mas de mi, respondiò el page, sino que soy embaxador verdadero, y que el señor Sancho Panza, es Governador efectivo: y que mis señores Duque, y Duquesa pueden dar, y han dado el tal Govierno; y que he oìdo decir, que en èl se porta valentisimamente el tal Sancho Panza: si en esto ay encantamento, ò no, vuestras mercedes lo disputen allà entre ellos, que yo no sè otra cosa para el juramento que hago, que es: Por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo, y los quiero mucho. Bien podra ello ser assi, replicò el Bachiller, pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondiò el page, la verdad es la que he dicho, y esta, que ha de andàr siempre sobre la mentira, còmo el azeyte sobre el agua; y si no, *operibus credite, & non verbis*: Vengase alguno de vuestras mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oìdos. Essa ida a mi toca, dixo Sanchica,

lleveme vuestra merced, señor, à las ancas de su rocin, que yo irè de muy buena gana à vèr à mi señor padre. Las hijas de los Governadores respondiò el page, no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas, y litèras, y de gran numero de sirvientes. Par Dios, respondiò Sanchica, tanbien me vaya sobre una pollina, como sobre un coche; hallado la aveis la melindrosa. Calla, muchacha, dixo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor està en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento, quando Sancho, Sancha, y quando Governador, señora; y no sè si digo algo. Mas dice la señorá Teresa de lo que piensa, dixo el page, y denme de comer, y despachenme luego, porque pienso bolverme esta tarde. A lo que dixo el Cura: Vuestra merced se vendrà à hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad, que alhajas para servir à tan buen huesped. Rehusòlo el page; pero en efecto lo huvo de conceder por su mejora, y el Cura le llevò consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por Don Quixote, y sus hazañas. El Bachillèr se ofreciò de escrivir las cartas à Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el Bachillèr se metiesse en sus cosas, que le tenia por algo burlòn, y assi diò un bollo, y dos huevos à un Monacillo, que sabìa escrivir, el qual la escriviò dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de un mismo caletre, que no son las peores, que en esta grande Historia se ponen, como se verà adelante.

CAP. LI. *Del progresso del Govierno de Sancho Panza, con otros sucessos tales, como buenos.*

AManeciò el dia, que se siguiò à la noche de la ronda del Governador, la qual el Maestresala passò sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio, y belleza de la disfrazada doncella; y el Mayordomo ocupò lo que de ella faltaba en escrivir à sus señores lo que Sancho haeia, y decia, tan admirado de sus hechos, como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras, y sus acciones con assomos discretos, y tontos. Levantòse en fin el señor Governador, y por orden del Doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva, y quatro tragos de agua fria: cosa, que la trocara Sancho con un pedazo de pan, y un racimo de ubas; pero viendo, que aquello era mas fuerza, que voluntad, passò por ello con harto dolor de su alma, y fatiga de su estomago, haciendole creer Pedro Recio, que los manjares pocos, y delicados avivan el ingenio, que era lo que mas convenia à las personas constituìdas en mandos, y en oficios grayes, donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofisteria padecia hambre Sancho;

cho; y tal, que en su secreto maldecia al Govierno, y aun a quien se le avia dado: pero con su hambre, y su conserva, se puso à juzgar aquel dia; y lo primero que se le ofreciò fue una pregunta, que un forastero le hizo, estando presentes à todo el Mayordomo, y los demàs acolitos, que fue: Señor, un caudaloso rio dividia à dos terminos de un mismo Señorìo (y estè vuestra merced atento, porque el caso es de importancia, y algo dificultoso) digo, pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo de ella una horca, y una como casa de Audiencia, en la qual de ordinario avia quatro Jueces, que juzgaban la ley que puso el dueño del rio, y de la puente, y del Señorìo, que era en esta forma: Si alguno passare por esta puente de una parte à otra, ha de jurar primero, adonde, y à que và; y si jurare verdad, dexenle passar; y si dixere mentira, muera por ello ahorcado en la horca, que alli se muestra, sin remision alguna. Sabida esta ley, y la rigorosa condicion de ella, passaban muchos; y luego en lo que juraban, se echaba de vèr, que decian verdad, y los Jueces los dexaban passar libremente. Sucediò, pues, que tomando juramento à un hombre, jurò, y dixo, que para el juramento que hacia, que iba a morir en aquella horca que alli estaba, y no à otra cosa. Repararon los Jueces en el juramento, y dixeron: Si à este hombre le dexamos passar libremete, mintiò en su juramento, y conforme à la ley debe morir; y si le ahorcamos, èl jurò, que iba à morir en aquella horca; y aviendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pidese à vuestra merced, señor Governador, què harán los Jueces del tal hombre, que aun hasta aora estàn dudosos, y suspensos; y aviendo tenido noticia del agudo, y elevado entendimiento de vuestra merced, me embiaron à mi à que suplicasse à vuestra merced de su parte, diesse su parecer en tan intrincado, y dudoso caso. A lo que respondiò Sancho: Por cierto que essos señores Juezes, que à mi os embian, lo pudieran aver escusado, porque yo soy un hombre, que tengo mas de mostrenco, que de agudo; pero con todo esso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo lo entienda, quizà podria ser, que diesse en el hito. Bolviò otra, y otra vez el preguntante à referir lo que primero avia dicho. Sancho dixo: A mi parecer, esse negocio en dos paletas lo declarare yo; y es assi: El tal hombre jura, que và à morir en la horca, y si muere en ella jurò verdad; y por la ley puesta merece ser libre, y que passe la puente; y si no le ahorcan, jurò mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen. Assi es, como el señor Governador dice, dixo el mensagero; y quanto à la entereza, y entendimiento del caso, no ay mas que pedir, ni que dudar. Digo yo, pues, aora, replicò Sancho, que de este hombre, aquella parte que jurò verdad, la

dexen passar, y la que dixo de mentira, la ahorquen; y de esta manera se cumplirà al pie de la letra la condicion del passage. Pues señor Governador, replicò el preguntador, sera necessario, que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa, y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir: y assi no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide; y es de necessidad expressa, que se cumpla con ella. Venid aca, señor buen hombre, respondiò Sancho, este passagero que decis, ò yo soy un porro, ò el tiene la misma razon para morir, que para vivir, y passar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto assi, como lo es, soy de parecer, que digais à essos señores, que à mi os embiaron, que pues estan en un fil las razones de condenarlo, ò absolverle, que le dexen passar libremente, pues siempre es alabado mas el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos, que me diò mi amo Don Quixote la noche antes que viniesse a ser Governador de esta Insula, que fue: que quando la justicia estuviesse en duda, me descantasse, y acogiesse à la misericordia: y ha querido Dios, que aora se me acordasse, por venir en este caso como de molde. Assi es, respondiò el Mayordomo; y tengo para mi, que el mismo Licurgo, que diò leyes à los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia, que la que el gran Panza ha dado; y acabese con esto la Audiencia de esta mañana, y yo darè orden como el señor Governador coma muy à su gusto. Esso pido, y barras derechas, dixo Sancho; denme de comer, y llueva casos, y dudas sobre mi, que yo las despavilarè en el ayre. Cumpliò su palabra el Mayordomo, pareciendole ser cargo de conciencia matar de hambre à tan discreto Governador; y mas que pensaba concluir con èl aquella misma noche, haciendole la burla ultima, que traìa en comission de hacerle. Sucediò, pues, que aviendo comido aquel dia contra las Reglas, y Aforismos de el Doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entrò un correo con una carta de Don Quixote para el Governador: mandò Sancho al Secretario, que la leyesse para sì; y que si no viniesse en ella alguna cosa digna de secreto, la leyesse en voz alta. Hizolo assi el Secretario, y repassandola primero, dixo: Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor Don Quixote escrive à vuestra merced, merece estar estampado, y escrito con letras de oro; y dice assi.

Carta de Don Quixote de la Mancha a Sancho Panza, Governador de la Insula Barataria.

QUando esperaba oìr nuevas de tus descuidos, è impertinencias, Sancho amigo, las oì de tus discreciones, de que dì por ello gracias particulares al Cielo, el qual del estiercol sabe levantar los hombres, y de los tontos hacer discretos. Dicenme que governas como si fuesses hombre, y que eres hombre, como si fuesses bestia, segun es la humildad con que te tratas; y quiero que advirtas, Sancho, que muchas veces conviene, y es necessario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazon, porque el buen adorno de la persona, que està puesta en graves cargos, ha de ser conforme a lo que ellos piden, y no à la medida de lo que su humilde condicion le inclina. Vistete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traygas dixes, ni galas, ni que siendo Juez te vistas como Soldado, sinò que te adornes con el habito que tu oficio requiere, con tal, que sea limpio, y bien compuesto. Para ganar la voluntad del Pueblo que governas, entre otras, has de hacer dos cosas; la una, ser bien criado con todos, aunque esto yà otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no ay cosa que mas fatigue el corazon de los pobres, que la hambre, y la careftìa.

No hagas muchas prematicas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden, y cumplan; que las prematicas, que no se guardan, lo mismo es, que si no lo fuessen; antes dan a entender, que el Principe que tuvo discrecion, y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardassen; y las leyes que atemorizan, y no se executan, vienen à ser como la Viga, Rey de las Ranas, que al principio las espantò, y con el tiempo la menospreciaron, y se subieron sobre ella. Sè padre de las virtudes, y padraftro de los vicios. No seas siempre rigoroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos estremos, que en esto està el punto de la discrecion. Visita las Carceles, las Carnecerias, y las Plazas, que la presencia de el Governador en lugares tales, es de mucha importancia. Consuela à los presos, que esperan la brevedad de su despacho; es coco à los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo à las placeras, por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo qual yo no lo creo) codicioso, mugeriego, ni glotòn, porque en sabiendo el Pueblo, y los que te tratan tu inclinacion determinada, por allì te darán baterìa, hasta derribarte en el profundo de la perdicion.

Mi-

Mira, y remira, passa, y repassa los consejos, y documentos, que te dì por escrito antes que de aqui partiesses à tu Govierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos, y dificultades, que à cada passo à los Governadores se les ofrecen. Escrive à tus señores, y muestrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la sobervia, y uno de los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agradecida à los que bien le han hecho, dà indicio, que tambien lo serà à Dios, que tantos bienes le hizo, y de continuo le hace. La señora Duquesa despachò un propio con tu vestido, y otro presente à tu muger Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta.

Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento, que me sucediò, no muy à cuento de mis narices; pero no fue nada, que si ay encantadores que me maltraten, tambien los ay que me defiendan. Avisame, si el Mayordomo que està contigo tuvo que vèr en las acciones de la Trifaldi, còmo tu sospechaste: y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; quanto mas, que yo pienso dexar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nacì para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia de estos señores; pero aunque se me dà mucho, no se me dà nada, pues en fin, en fin tengo de cumplir antes con mi profession, que con su gusto, conforme à lo que suele decirse: Amicus Plato, sed magis amica veritas. Digote este Latin, porque me doy à entender, que despues que eres Governador lo avràs aprendido. Y à Dios, el qual te guarde de que ninguno te tenga lastima.

Tu amigo
Don Quixote de la Mancha.

Oyò Sancho la carta con mucha atencion, y fue celebrada, y tenida por discreta de los que la oyeron; y luego Sancho se levantò de la mesa, y llamando al Secretario, se encerrò con èl en su estancia, y sin dilatarlo mas, quiso responder luego à su señor Don Quixote, y dixo al Secretario, que sin añadir, ni quitar cosa alguna, fuesse escriviendo lo que èl le dixesse, y assi lo hizo; y la carta de la respuesta fuè del tenor siguiente.

Carta de Sancho Panza à Don Quixote de la Mancha.

LA ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortar la uñas, y assi las traygo tan creçidas, qual Dios lo remedie. Digo esto, señor mio de mi alma, porque vuestra merced no se espante, si hasta aora no he dado viso de mi bien, ò mal estar en este Govierno, en el qual tengo mas hambre, que quando andabamos los dos por las selvas, y por los despoblados.

Es-

Eſcriviòme el Duque mi ſe-
ior el otro dia, dandome aviſo,
ue avian entrado en eſta Inſula
ertas eſpìas para matarme, y haſ-
a aora yò no he deſcubierto otra,
ue un cierto Doctor, que eſtà en
ſte Lugar aſſalariado para matar
i quantos Governadores aquì vi-
ieſſen: llamaſe el Doctor Pedro
Recio, y es natural de Tirteafuera,
orque vea vueſtra merced, què
ombre para no temer, que he de
orir à ſus manos. Eſte tal Doc-
or dice èl miſmo de sì miſmo,
ue èl no cura las enfermedades
quando las ay, ſino que las previe-
ne para que no vengan, y las me-
dicinas que uſa ſon dieta, y mas
dieta, baſta poner la perſona en los
bueſſos mondos, como ſi no fueſſe
mayor mal la flaqueza, que la ca-
lentura. Finalmente, èl me và ma-
tando de hambre, y yo me voy
muriendo de deſpecho, pues quan-
do pensè venir à eſte Govierno à
comer caliente, y à beber frio, y
à recrear el cuerpo entre ſabanas
de olanda, ſobre colchones de plu-
ma, he venido à hacer peniten-
cia, como ſi fuera Ermitaño; y
como no la hago de mi voluntad,
pienſo que al cabo, al cabo, me ha
de llevar el diablo.

Haſta aora no he tocado de-
recho, ni llevado cohecho, y no
puedo penſar en què và eſto, por-
que aqui me han dicho, que los
Governadores, que à eſta Inſula
ſuelen venir, antes de entrar en
ella, ò les han dado, ò les han preſ-
tado los del Pueblo muchos dine-
ros, y que eſta es ordinaria uſan-
za en los demàs, que vàn à Gevier-
nos, no ſolamente en eſte.

Anoche, andando de ronda,
topè una muy hermoſa doncella
en trage de varon, y un hermano
ſuyo en habito de muger: de la mo-
za ſe enamorò mi Maeſtreſala, y
la eſcogiò en ſu imaginacion para
ſu muger, ſegun èl ha dicho; yo
eſcogì el mozo para mi yerno: oy
los dos pondrèmos en platica nueſ-
tros penſamientos con el padre de
entrambos, que es un tal Diego
de la Llana, Hidalgo, y Chriſtia-
no viejo quanto ſe quiere.

Yo viſito las plazas, como
vueſtra merced me lo aconſeja; y
ayer hallè una tendera, que vendia
avellanas nuevas, y averiguèla, que
avia mezclado con una hanega de
avellanas nuevas, otra de viejas,
vanas, y podridas: apliquèlas to-
das para los niños de la doctrina,
que las ſabrian bien diſtinguir; y
ſentencièla, que por quince dias
no entraſſe en la plaza: hanme di-
cho, que lo hice valeroſamente; lo
que sè decìr à V.md. es, que es fa-
ma en eſte Pueblo, que no ay gen-
te mas mala, que las placeras, por-
que todas ſon deſvergonzadas, deſ-
almadas, y atrevidas; y yò aſsi lo
creo, por las que he viſto en otros
Pueblos.

De que mi ſeñora la Duqueſa
aya eſcrito à mi muger Tereſa Pan-
za, y embiadola el preſente, que
V.md. dice, eſtoy muy ſatisfecho,
y procurarè de moſtrarme agrade-
cido à ſu tiempo; beſela V.md. las
manos de mi parte, diciendo, que
digo yo, que no lo ha echado en

ſa-

saco roto, como lo verà por la obra. No querria que vuestra merced tuviesse travacuentas de disgustas con essos mis señores, porque si vuestra merced se enoja con ellos, claro està, que ha de redundar en mi daño, y no serà bien, que pues se me dà à mi por consejo, que sea agradecido, que vuestra merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

Aquello del gateado no entiendo, porque imagino que debe de ser alguna de las malas fechorias, que con vuestra merced suelen usar los malos encantadores; yo lo sabrè quando nos veamos. Quisiera embiarle à vuestra merced alguna cosa; pero no sè què embie, sino es algunos cañutos de geringas, que para con vegigas los hacen en esta Insula muy curiosos; aunque si me dura el oficio, yo buscarè que embiar de baldas, ù de mangas. Si me escriviere mi muger Teresa Panza, pague vuestra merced el porte, y embieme la carta, que tengo grandissimo deseo de saber de el estado de mi casa, de mi muger, y de mis hijos. Y con esto Dios libre à vuest. tra merced de mal intencionados encantadores; y à mi me saque con bien, y en paz de este Govierno, que lo dudo, porque le pienso dexar con la vida, segun me trata el Doctor Pedro Recio.

Criado de V.md.
Sancho Panza el Governador.

Cerrò la Carta el Secretario, y despachò luego al Correo, y juntamente los burladores de Sancho dieron orden entre sì como despacharle de el Govierno; y aquella tarde la passò Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen govierno de la que èl imaginaba ser Insula, y ordenò, que no huviesse regatones de los bastimentos en la Republica; y que no pudiessen meter en ella vino de las partes que quisiessen, con aditamento, que declarassen el Lugar de donde era, para ponerle el precio, segun su estimacion, bondad, y fama; y el que lo aguasse, ò le mudasse el nombre, perdiesse la vida por ello. Moderò el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia. Puso tassa en los salarios de los criados, que caminaban a rienda suelta por el camino de el interesse. Puso gravissimas penas à los que cantassen cantares lascivos, y descompuestos, ni de noche, ni de dia. Ordenò, que ningun ciego cantasse milagro en coplas, si no traxesse testimonio autentico de ser verdadero, por parecerle, que los mas que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo, y creò un Alguacil de pobres, no para que los persiguiesse, sino para que los examinasse si lo eran: porque à la sombra de la manquedad fingida, y de la llaga falsa, andan los bravos ladrones, y la salud borracha. En resolucion, èl ordenò cosas tan bue-

nas,

mas, que hasta oy se guardan en aquel Lugar, y se nombran: *Las Constituciones del gran Gouernador Sancho Panza.*

CAP. LII. *Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida, ò Angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.*

CUenta Cide Hamete, que estando Don Quixote yà sano de sus aruños, le pareciò, que la vida que en aquel castillo tenia, era contra toda la Orden de Cavalleria que professaba; y assi determinò de pedir licencia à los Duques para partirse à Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnès, que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia à la mesa con los Duques, y comenzando à poner en obra su intencion, y pedir la licencia, veis aqui à deshora entrar por la puerta de la gran sala dòs mugeres (como despues pareciò) cubiertas de luto de los pies à la cabeza, y la una de ellas, llegandose à Don Quixote, se le echò à los pies, tendida de largo à largo, la boca cosida con los pies de Don Quixote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos, y tan dolorosos, que puso en confusion à todos los que la oian, y miraban; y aunque los Duques pensaron, que seria alguna burla que sus criados querian hacer à Don Quixote, todavia viendo con el ahinco que la muger suspiraba, gemia, y lloraba, los tuvo dudosos, y suspensos, hasta que Don Quixote compassivo la levantò del suelo, y hizo que se descubriesse, y quitasse el manto de sobre la faz llorosa: ella lo hizo assi, y mostrò ser (lo que jamàs se pudiera pensar, porque descubriò el rostro de Doña Rodriguez) la dueña de la casa, y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del Labrador rico: Admiraronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques, que ninguno, que puesto la tenian por boba, y de buena pasta, no por tanto, que viniesse à hacer locuras. Finalmente, Doña Rodriguez, bolviendose à los señores Duques, les dixo: Vuestras Excelencias sean servidos de darme licencia, que yo departa un poco con este Cavallero, porque assi conviene para salir con bien de el negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dixo, que el se la daba, y que departiesse con el señor Don Quixote quanto le viniesse en deseo. Ella, enderezando la voz, y el rostro à Don Quixote, dixo: Dias ha, valeroso Cavallero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon, y alevosìa que un mal Labrador tiene fecha à mi muy querida, y amada hija, que es esta desdichada, que aqui està presente, y vos me avedes prometido de bolver por ella, enderezandola el tuerto que la tienen fecho, y aora ha llegado à mi noticia, que os quereis partir de este Castillo en busca de las buenas venturas, que Dios os deparare; y assi querria, que antes que os escurriesse des por

esos

essos caminos, desafiassedes à este rustico indomito, y le hiciessedes que se casasse con mi hija, en cumplimiento de la palabra que la diò de ser su esposo, antes, y primero que yogasse con ella; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya à vuestra merced en puridad tengo declarada. Y con esto, nuestro Señor dè à vuestra merced mucha salud, y à nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondiò Don Quixote con mucha gravedad, y prosopopeya: Buena Dueña, templad vuestras lagrimas, ò por mejor decir, enjugadlas, y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo à mi cargo el remedio de vuestra hija, à la qual la huviera estado mejor no aver sido tan facil en creer promessas de enamorados, las quales por la mayor parte son ligeras de prometer, y muy pesadas de cumplir; y assi, con licencia de el Duque mi señor, yo me partirè luego en busca de esse desalmado mancebo, y le hallarè, le desafiarè, y le matarè cada, y quando que se escusare de cumplir la prometida palabra: que el principal assumpto de mi profession, es perdonar à los humildes, y castigar à los sobervios: quiero decir, acorrer à los miserables, y destruir à los rigorosos. No es menester, respondiò el Duque, que vuestra merced se ponga en trabajo de buscar el rustico, de quien esta buena dueña se quexa; ni es menester tampoco, que vuestra merced me pida à mi licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y como à mi cargo de hacerle saber este desafio, y que acete, y venga à responder por si à este mi castillo, donde à entrambos darè campo seguro, guardando todas las condiciones, que en tales actos suelen, y deben guardarse, guardando igualmente su justicia à cada uno, como estàn obligados à guardarla todos aquellos Principes que dan campo franco à los que se combaten en los terminos de sus Señorios. Pues con esse seguro, y con buena licencia de vuestra grandeza, replicò Don Quixote, desde aqui digo, que por esta vez renuncio mi hidalguia, y me allano, y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con èl, habilitandole para poder combatir conmigo; y assi, aunque ausente, le desafio, y reto en razon de que hizo mal en defraudar à esta pobre, que fue doncella, y ya por su culpa no lo es; y que la ha de cumplir la palabra que la diò de ser su legitimo esposo, ò morir en la demanda. Y luego, descalzandose un guante, le arrojò en mitad de la sala, y el Duque le alzò, diciendo, que como ya avia dicho, èl aceptaba el tal desafio en nombre de su vassallo, y señalaba el plazo de alli à seis dias; y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas acostumbradas de los Cavalleros, lanza, y escudo, y arnès tranzado, con todas las demàs piezas, sin engaño, supercheria, ò superstticion alguna, examinadas, y vistas por los Jueces del campo; pero ante todas co-

cosas, es menester que esta buena dueña, y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor Don Quixote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará à debida execucion el tal desafio. Yo si pongo, respondiò la dueña. Y yo tambien, añadiò la hija, toda llorosa, toda vergonoesa, y de mal talante. Tomado, pues, este apuntamiento, y aviendo imaginado el Duque lo que avia de hacer en el caso, las enlutadas se fueron; y ordenò à la Duquesa, que de alli adelante no las tratasse como à sus criadas, sino como à señoras aventureras, que venian à pedir justicia à su casa; y assi las dieron quarto à parte, y las sirvieron como à forasteras, no sin espanto de las demàs criadas, que no sabian en què avia de parar la sandèz, y desemboltura de Doña Rodriguèz, y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta, y dar buen fin à la còmida, veis aqui donde entrò por la sala el page que llevò las cartas, y presentes à Teresa Panza, muger del Governador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deseosos de saber lo que le avia sucedido en su viage; y preguntandoselo, respondiò el page, que no lo podia decir tan en publico, ni con breves palabras, que sus Excelencias fuessen servidos de dexarlo para à solas, y que entretanto se entretuviessen con aquellas cartas, y sacando dos cartas, las puso en manos de la Duquesa; la una decia en el sobrescrito: *Carta para mi señora la Duquesa tal, de no sè donde*; y la otra: *A mi marido Sancho Panza, Governador de la Insula Barataria, que Dios prospere mas años que à mi.* No se le cocia el pan, como suele decirse, à la Duquesa hasta leer su carta, y abriendola, y leido para si, y viendo que la podia leer en voz alta, para que el Duque, y los circunstantes la oyessen, leyò de esta manera:

Carta de Teresa Panza à la Duquesa.

MUcho contento me diò, señora mia, la carta que vuestra grandeza me escriviò, que en verdad, que la tenia bien deseada: la sarta de corales es muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le và en zaga. De que V. Señoria aya hecho Governador à Sancho mi consorte, ha recibido mucho guste todo el Lugar, puesto que no ay quien lo crea, principalmente el Cura, y Maesse Nicolàs el Barbero, y Sanson Carrasco el Bachillèr; pero à mi no se me da nada, que como ello sea assi, como lo es, diga cada uno lo que quisiere; aunque si và à decir verdad, à no venir los corales, y el vestido, tampoco yo la creyera; porque en este Pueblo todos tienen à mi marido por un porro; y que sacado de governar un hato de cabras, no pueden imaginar para què govierno pueda ser bueno. Dios lo haga, y lo encamine como và que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi alma,

estoy

estoy determinada, con licencia de vuestra merced, de meter este buen dia en mi casa, yendome à la Corte à tenderme en un coche; para quebrar los ojos à mil embidiosos, que ya tengo. Y assi suplico à V. Excelencia, mande à mi marido, me embie algun dinerillo, y que sea algo, porque en la Corte son los gastos grandes, que el pan vale à real, y la carne la libra à treinta maravedis, que es un juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me estan bullendo los pies por ponerme en camino, que me dicen mis amigas, y mis vecinas, que si yo, y mi hija andamos orondas, y pompofas en la Corte, vendrà à ser conocido mi marido por mi, mas que yo por èl, siendo forzoso que pregunten muchos: Quien son estas señoras de este coche? y un criado mio responda: La muger, y la hija de Sancho Panza, Governador de la Insula Barataria, y de esta manera serà conocido Sancho, y yo serè estimada, y à Roma por todo. Pesame, quanto pesarme puede, que este año no se han cogido bellotas en este Pueblo; con todo esso embio à V. Alteza hasta medio celemin, que una à una las fuè yo à coger, y à essa coger al monte, y no las hallè unas mayores; yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

No se le olvide à vuestra pompofidad de escrivirme; que yo tendrè cuidado de la respuesta, avisando de mi salud, y de todo lo que huviere que avisar de este Lugar, donde quedo rogando à Nuestro Señor guarde à vuestra grandeza, y à mi no me olvide. Sancha mi hija, y mi hijo besan à vuestra merced las manos.

La que tiene mas deseo de verà V. S. que de escrivirla.

Su criada.

Teresa Panza.

Grande fue el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques; y la Duquesa pidiò parecer a Don Quixote, si seria bien abrir la carta, que venia para el Governador, que imaginaba debia de ser bonissima. Don Quixote dixo, que èl la abriria por darles gusto, y assi lo hizo, y viò, que decia de esta manera:

Carta de Teresa Panza à Sancho Panza su marido.

TU carta recibì, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo, y juro, como Catholica Christiana, que no faltaron dos dedos para bolverme loca de contento. Mira, hermano, quando llegue à oir que eras Governador, me pensè allì caer muerta de puro gozo, que ya sabes tu, que dicen, que assi mata la alegria subita, como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contento. El vestido que me embiaste tenia delante, y dos corales que me embiò mi señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador de ellas allì pre-

preſente, y con todo eſſo creìa, y penſaba, que era todo ſueño lo que veìa, y lo que tocaba; porque quien podia penſar, que un Paſtòr de Cabras avia de venir à ſer Governador de Inſulas? Yà ſabes tù, amigo, que decia mi madre, que era menester vivir mucho para vèr mucho: digolo, porque pienſo vèr mas, ſi vivo mas, porque no pienſo parar haſta verte Arrendador, ò Alcavalero, que ſon oficios, que aunque lleva el diablo à quien mal los uſa, en fin, en fin, ſiempre tienen, y manejan dineros. Mi ſeñora la Duqueſa te dirà el deſeo que tengo de ir à la Corte: mirate en ello, y aviſame de tu guſto, que yo procurarè honrarte en ella andando en coche.

El Cura, el Barbero, el Bachiller, y aùn el Sacriſtàn, no pueden creer que eres Governador, y dicen, que todo es embeleco, ò coſas de encantamento, como ſon todas las de Don Quixote tu amo; y dice Sanſòn, que ha de ir a buſcarte, y à ſacarte el Govierno de la cabeza, y à Don Quixote la locura de los caſcos: yo no hago ſino reirme, y mirar mi ſarta, y dàrtraza del veſtido, que tengo de hacer del tuyo à nueſtra hija. Unas bellotas embiè à mi ſeñora la Duqueſa, yo quiſiera que fueran de oro. Embiame tù alguna ſarta de perlas, ſi ſe uſan en eſſa Inſula. Las nuevas de eſte Lugar ſon, que la Berrueca casò à ſu hija con un Pintòr de mala mano, que llegò à eſte Pueblo à pintar lo que ſalieſſe: mandòle el Concejo pintar las Armas de ſu Mageſtad ſobre las puertas de Ayuntamiento, pidiò dos ducados, dieronſelos adelantados; trabajò ocho dias, al cabo de los quales no pintò nada, y dixo, que no acertaba à pintar tantas baratijas; bolviò el dinero, y con todo eſſo ſe casò à titulo de buen Oficial: verdad es, que yà ha dexado el pincèl, y tomado el hazada, y và al campo como gentil hombre. El hijo de Pedro Lobo ſe ha ordenado de Grados, y Corona, con intencion de hacerſe Clerigo. Supolo Minguilla la nieta de Mingo Silvato, y hale pueſto demanda de que la tiene dada palabra de caſamiento; malas lenguas quieren decir, que ha eſtado en cinta de èl, pero èl lo niega à pies juntillas. Ogaño no ay azeytunas, ni ſe halla una gota de vinagre en todo eſte Pueblo. Por aqui paſsò una Compañia de Soldados, llevaronſe de camino tres mozas de eſte Pueblo; no te quiero decir quien ſon, quizà bolveràn, y no faltarà quien las tome por mugeres, con ſus tachas buenas, ò malas. Sanchica hace puntas de randas, gana cada dia ocho maravedis horros, que los và echando en una alcancia para ayuda de ſu ajuar; pero aora, que es hija de un Governador, tu le daràs la dote, ſin que ella lo trabaje. La Fuente de la Plaza ſe ſecò. Un rayo cayò en la picota, y allì me las dèn todas. Eſpero reſpueſta de eſta, y la reſolucion de mi ida à la Corte. Y con eſto Dios te me guarde mas

años que à mì, ò tantos, porque no querria dexarte sin mì en este mundo.

Tu muger

Teresa Panza.

Las cartas fueron solemnizadas, reìdas, estimadas, y admiradas; y para acabar de echar el sello, llegò el Correo, el que traìa la que Sancho embiaba à Don Quixote, que assimismo se leyò publicamente, la qual puso en duda la sandèz del Governador. Retiròse la Duquesa para [redacted] del Page lo que le avia su[redacted]o en e[redacted] Lugar de Sancho, el qu[redacted]se lo contò muy por extenso, sin dexar ci[redacted] cunstancia que no refiriesse: diò[redacted] las bellotas, y mas un queso, q[redacted] Teresa le diò por ser muy buen[redacted] que se aventajaba à los de Tro[redacted]chon. Recibiòle la Duquesa co[redacted] grandissimo gusto, con el qual [redacted] dexarèmos, por contar el fin q[redacted] tuvo el Govierno del gran Sanch[redacted] Panza, flor, y espejo de todos los Insulanos Governadores.

LIBRO

LIBRO OCTAVO
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO LIII.

EL FATIGADO FIN, Y REMATE, QUE TUVO EL GOVIERNO de Sancho Panza.

PEnsar que en esta vida las cosas de ella han de estàr siempre en un estado, es pensar en lo escusado; antes parece que ella anda toda en redonda. La Primavera sigue al Verano; el Verano al Estìo; el Estìo al Otoño; el Otoño al Invierno; y el Invierno à la Primavera: y assi torna à andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre à su fin ligera, mas que el tiempo, sin esperar renovarse sino es en la otra, que no tiene terminos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, Philosopho Mahometico; porque esto de entender la ligereza, è instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna, que se espera, muchos, sin lumbre de Fè,

sino con la luz natural, lo han entendido; pero aqui nuestro Autor lo dice por la presteza con que se acabò, se consumiò, se deshizo, se fue como en sombra, y humo el Govierno de Sancho; el qual estando la septima noche de los dias de su Govierno en su cama, no harto de pan, ni de vino, sino de juzgar, y dar pareceres, y de hacer Estatutos, y Pragmaticas, quando el sueño, a despecho, y pesar de la hambre, le comenzaba à cerrar los parpados, oyò tan gran ruido de campanas, y de voces, que no parecia sino que toda la Insula se hundia. Sentòse en la cama, y estuvo atento, y escuchando, por vèr si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, sino que añadiendose al ruido de voces, y de Campanas el de infinitas Trompetas, y Atambores, quedò mas confuso, y lleno de temor, y espanto; y levantandose en pie, se puso unas chinelas, por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar, ni cosa que se pareciesse, saliò à la puerta de su aposento, à tiempo que viò venir por los corredores mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con espadas desembaynadas, gritando à grandes voces: Arma, arma, señor Governador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la Insula, y somos perdidos, si vuestra industria, y valor no nos socorre. Con este ruido, furia, y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atonito, y embelesado de lo que oìa, y veìa; y quando llegaron à èl, uno le dixo: Armese luego V. S. si no quiere perderse, y que toda esta Insula se pierda. Què me tengo de armar, respondiò Sancho, ni què sè yo de armas, ni de socorros? Estas cosas mejor serà dexarlas para mi amo Don Quixote, que en dos paletas las despacharà, y pondrà en cobro que yo, pecador fui à Dios, no se me entiende nada de estas priesas. Ha señor Governador, dixo otro, què relente es esse! armese vuestra merced, que aqui le traemos armas ofensivas, y defensivas, y salga à essa plaza, y sea nuestra guia, y nuestro Capitan, pues à derecho le toca el serlo, siendo nuestro Governador. Armenme norabuena, replicò Sancho, y al momento le traxeron dos paveses que venian proveìdos de ellos, y pusieron encima de la camisa, sin dexarle tomar otro vestido, un pavès delante, y otro detràs, y por unas concabidades, que traìan hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo, que quedò empazado, y entablado, derecho como un uso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse un solo passo. Pusieronle en las manos una lanza, en la qual se arrimò para poderse tener en pie. Quando assi le tuvieron, le dixeron, que caminasse, y los guiasse, y animasse à todos, que siendo èl su norte, su linterna, y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. Como tengo de caminar, desventurado yo, respondiò Sancho, que no puedo jugar las choque-

ueznelas de las rodillas, porque ne lo impiden estas tablas, que an cosidas tengo con mis carnes? o que han de hacer es llevarme en rraaos, y ponerme atravessado, ò n pien en algun postigo, que yo le guardarè, ò con ella lanza, ò con mi cuerpo. Ande, señor Governador, dixo otro, que mas es el miedo, que las tablas que le impiden el passo. Acabe, y menerse, que es tarde, y los enemigos crecen, las voces se aumentan, y el peligro carga; por cuyas persuasiones, y vituperios probò el pobre Governador à moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensò que se avia hecho pedazos, y quedò como galapago, encerrado, y cubierto con sus conchas, ò como medio tocino, metido entre dos artesas, ò bien assi como barca, que dà al través en la arena; y no por verle caìdo aquella gente burladora le tuvieron compassion alguna, antes apagando las antorchas, tornaron à reforzar las voces, y à reiterar el arma, con tan gran priessa, passando por encima del pobre Sancho, dandole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si èl no se recogiera, y encogiera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo passara muy mal el pobre Governador, el qual en aquella estrecheza recogido, sudaba, y trasudaba, y de todo corazon se encomendaba à Dios, que de aquel peligro le sacasse; unos tropezaban en èl, otros caian, y al huyo, que se puso encima un buen espacio, y desde alli, como desde atalaya, governaba los Exercitos, y à grandes voces decia: Aqui de los nuestros, que por esta parte cargan los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se atranquen, vengan alcancias, pez, y resina en calderas de azeyte ardiendo, trinchense las calles con colchones; en fin, èl nombraba con todo ahinco todas las varatijas, è instrumentos, y pertrechos de guerra con que suele defenderse el assalto de una Ciudad. Y el molido Sancho, que lo escuchaba, y sufria todo, decia entre sì: O si mi Señor fuesse servido, que se acabasse yà de perder esta Insula, y me viesse yo, ò muerto, ò fuera de esta grande angustia! Oyò el Cielo su peticion, y quando menos lo esperaba oyò voces, que decian: Victoria, victoria, los enemigos van de vencida: ea, señor Governador, levantese vuestra merced, y venga à gozar del vencimiento, y à repartir los despojos, que se han tomado à los enemigos por el valor de esse invencible brazo. Levantenme, dixo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudaronle à levantar, y puesto en pie, dixo: El enemigo, que yo huviere vencido, quiero, que me le claven en la frente; yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir, y suplicar à algun amigo, si es que le tengo, que me dè un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiaronle, traxeronle el vino, desliaronle los paveses, sen-

tòle sobre su lecho, y desmayòse del temor del sobresalto, y de el trabajo; yà les pesaba a los de la burla de averselà hecho tan pesada; pero el aver buelto en sì Sancho, los templò la pena que les avia dado su desmayo. Preguntò, què hora era? respondieronle, que yà amanecia. Callò, y sin decir otra cosa, comenzò à vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en què avia de parar la priessa con que se vestìa. Vistiòse en fin, y poco à poco, porque estaba molido, y no podia ir mucho à mucho, se fuè à la cavalleriza, siguiendole todos los que alli se hallaban; y llegandose al rucio, le abrazò, y le diò un beso de paz en la frente; y no sin lagrimas en los ojos, le dixo: Venid vos acà, compañero mio, amigo mio, y conllevador de mis trabajos, y miserias, quando yo me avenìa con vos, y no tenia otros pensamientos, que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sostentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias, y mis años; pero despues que os dexè, y me subì sobre las torres de la ambicion, y de la sobervia, se me han entrado por el alma àdentro mil miserias, mil trabajos, y quatro mil desassosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba assimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dixesse. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena, y pesar subiò sobre èl, y encàminando sus palabras, y razones al Mayordomo, al Secretario, al Maestresala, y à Pedro Recio el Doctor, y à otros muchos, que alli presentes estaban, dixo: Abrid camino, señores mios, y dexadme bolver à mi antigua libertad; dexadme que vaya a buscar la vida passada, para que me resucite de esta muerte presente; yo no nacì para ser Governador, ni para defender Insulas, ni Ciudades de los enemigos, que quisieren acometerlas; mejor se me entiende à mì arar, cabar, podar, y sarmentar las viñas, que de dar leyes, ni defender Provincias, ni Reynos; bien se està San Pedro en Roma; quiero decir, que bien se esta cada uno usando el oficio para que fue nacido: mejor me està à mi una hoz en la mano, que un Cetro de Governador; mas quiero hartarme de gazpachos, que estàr sujeto à la miseria de un Medico impertinente, que me mate de hambre, y mas quiero recostarme à la sombra de una encina en el Verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el Invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujecion de el Govierno entre sabanas de olanda, y vestirme de martas cebollinas; vuessas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor, que desnudo nacì, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano; quiero decir, que sin blanca entrè en este Govierno, y sin ella salgo, bien al revès de como suelen salir los Governadores de otras Insulas; y apartense, dexenme ir, que me voy à vizmar, que creo que tengo bru-

ma-

magadas todas las costillas: merced à los enemigos, que esta noche se han passeado sobre mì. No ha de ser assi, señor Governador, dixo el Doctor Recio, que yo le darè à vuestra merced una bebida contra caìdas, y molimientos, que luego lè buelva en su pristina entereza, y vigor; y en lo de la comida, yo prometo à vuestra merced de enmendarme, dexandole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondiò Sancho, assi dexarè de irme, como bolverme Turco. No son essas burlas para dos veces. Por Dios que assi me quede en este, ni admita otro Govierno, aunque me le diessen entre dos platos, como volar al Cielo sin alas. Yo soy del linage de los Panzas, que todos son testarudos; y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, à pesar de todo el mundo. Quedense en esta cavalleriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el ayre, para que me comiessen vencejos, y otros pajaros, y bolvamonos à andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordovan, no le faltaràn alpargatas de oìcas de cuerda; cada oveja con su pareja; y nadie tienda mas la pierna, de quanto fuere larga la sabana: y dexenme passar, que se me hace tarde. A lo que el Mayordomo dixo: Señor Governador, de muy buena gana dexarèmos ir à vuestra merced, puesto que nos pesarà mucho de perderle, que su ingenio, y su christiano proceder obligan à desearle; pero yà se sabe, que todo Governador està obligado, antes que se ausente de la parte donde ha governado, à dàr primero residencia: dèla vuestra merced de los diez dias que ha que tiene el Govierno, y vayase à la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondiò Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi señor; yo voy à verme con èl, y à èl se la darè de molde: quanto mas, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dàr à entender, que he governado como un Angel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dixo el Doctor Recio, y que soy de parecer, que le dexemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dexaron ir, ofreciendole primero compañia, y todo aquello que quisiere para el regalo de su persona, y para la comodidad de su viage. Sancho dixo, que no querìa mas de un poco de cebada para el rucio, medio queso, y medio pan para èl, que pues el camino era tan corto, no avia menester mayor, ni mejor reposterìa. Abrazaronle todos, y èl llorando abrazò a todos, y los dexò admirados, assi de sus razones, como de su determinacion tan resuelta, y tan discreta.

*** *** ***
*** ***
***

CAP. LIV. *Que trata de las cosas tocantes à esta Historia, y no otra alguna.*

RESolvieronse el Duque, y la Duquesa, de que el desafio que Don Quixote hizo à su vassallo por la causa yà referida, passasse adelante, y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde avia ido huyendo, por no tener por suegra à Doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar à un lacayo Gascon, que se llamaba Tosilos, industriandole primero muy bien de lo que avia de hacer. Dealli à dos dias dixo el Duque à Don Quixote, como desde alli à quatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como Cavallero, y sustentaria cõmo la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que èl la huviesse dado palabra de casamiento. Don Quixote recibiò mucho gusto con las tales nuevas, y se prometiò assimismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo à gran ventura averse le ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiessen vèr hasta donde se estendia el valor de su brazo; y assi con alborozo, y contento esperaba los quatro dias, que se le iban haciendo à la quenta de su deseo quatrocientos siglos. Dexemosles passar nosotros (como dexamos passar otras cosas) y vamos à acompañar à Sancho, que entre alegre, y triste venia caminando sobre el rucio à buscar à su amo, cuya compañia le agradaba mas, que ser Governador de todas las Insulas de el mundo. Sucedió, pues, que no aviendose alongado mucho de la Insula del su Governo (que èl nunca se puso à averiguar si era Insula, Ciudad, Villa, ò Lugar la que governaba) viò que por el camino por donde èl iba venian seis peregrinos con sus bordones, de estos Estrangeros, que piden la limosna cantando, los quales en llegando a èl se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron à cantar en su lengua, lo que Sancho no pudo entender, sino una palabra, que claramente pronunciaba limosna, por donde entendiò, que era limosna lo que en su canto pedian; y como èl (segun dice Cide Hamete) era caritativo ademas, sacò de sus alforjas medio pan, y medio queso, de que venia proveido, y diòselo, diciendoles por señas, que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dixeron: Guelte, guelte. No entiendo, respondiò Sancho, que es lo que me pedis, buena gente? Entonces uno de ellos sacò una bolsa del seno, y mostròsela à Sancho, por donde entendiò, que le pedian dineros; y èl poniendose el dedo pulgar en la garganta, y estendiendo la mano arriba, les diò à entender, que no tenia ostugo de moneda, y picando al rucio, rompiò por ellos; y al passar, aviendole estado mirando uno de ellos

ellos con mucha atencion, arremetiò à èl, y echandole los brazos por la cintura, en voz alta, y muy Castellana, dixo, Valgame Dios! Què es lo que veo? es posible, que tengo en mis brazos à mi caro amigo, al mi buen Sancho Panza? Si tengo sin duda; porque yo mi duermo, ni estoy ora borracho. Admiròse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrasar del Estrangero peregrino; y despues de averle estado mirando, sin hablar palabra, y con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension, el peregrino le dixo: Cierto, y es posible Sancho Panza hermano, que no conoces à tu vecino Ricote el Morisco, Tendero de su Lugar? Entonces Sancho le mirò con mas atencion, y comenzò à reconocerle; y finalmente, le vino à conocer de todo punto, y sin apearse del jumento, le echò los brazos al cuello, y le dixo: Quien diablos se avia de conocer, Ricote, en este trage de molarracho, que trais? Dime, quien se ha hecho Franchote, y como tienes atrevimiento de bolver à España, donde si te cogen, y conocen, tendras harta mala ventura? Si tu no me descubres, Sancho, respondiò el peregrino, seguro estoy, que en este trage no avra nadie, que me conozca, y apartemonos del camino à aquella alameda, que alli aparece, donde quieren comer, y reposar mis compañeros, y alli comeras con ellos, que son muy apacible gente; yo tendrè lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me partì de nuestro Lugar, por obedecer el vando de su Magestad, que con tanto rigor à los desdichados de mi Nacion amenazaba, segun oìste. Hizolo assi Sancho, y hablando Ricote à los demàs peregrinos, se apartaron à la alameda, que se aparecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitaronse las mugetas, ò esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos, y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que yà era hombre entrado en años. Todos traìan alforjas, y todas, segun pareciò, venian bien proveidas, à lo menos de cosas incitativas, y que llaman à la sed de dos leguas. Tendieronse en el suelo, y haciendo manteles de las yervas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huessos mondos de jamon, que si no dexaban mascar, no defendian ser chupados. Pusieron assimismo un manjar negro, que dicen, que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre; no faltaron azeytunas, aunque secas, y sin adovo alguno, pero sabrosas, y entretenidas: pero lo que mas campeò en el campo de aquel banquete, fueron seis botas de vino, que cada uno sacò la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se avia transformado de Morisco en Aleman, ò en Tudesco, sacò la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron à comer con grandissimo gusto, y muy de es-

espacio, saboreandose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa; y luego al punto todos à una levantaron los brazos, y las botas en el ayre, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el Cielo, que no parecia sino que ponian en èl la punteria; y de esta manera, meneando las cabezas à un lado, y à otro (señales que acreditaban el gusto que recibian) se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estomagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia, antes por cumplir con el refran, que el muy bien sabia, de quando à Roma fueres, haz como vieres, pidiò a Ricote la bota, y tomò su punteria como los demas, y no con menos gusto que ellos: quatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas; pero la quinta no fue posible, porque ya estaban mas enjutas, y secas que un esparto: cosa, que puso mustia la alegria, que hasta alli avian mostrado. De quando en quando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decia: Español, y Tudesqui, tuto uno, bon compaño. Y Sancho respondia: Bon compaño, jura Di, y disparaba con una risa, que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le avia sucedido en su Govierno; porque sobre el rato, y tiempo quando se come, y bebe, poca jurisdiccion suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabarseles el vino fue principio de un sueño, que diò à todos, quedandose dormidos sobre las mismas mesas, y manteles; solo Ricote, y Sancho quedaron dierto, porque avian comido mas, y bebido menos; y apartando Ricote à Sancho, se sentaron al pie de una haya, dexando à los peregrinos sepultados en dulce sueño; y Ricote, sin tropezar nada en su lengua Morisca, en la pura Castellana le dixo las siguientes razones:

Bien sabes, ò Sancho Panza, vezino, y amigo mio, como el pregon, y vando, que su Magestad mandò publicar contra los de mi Nacion, puso terror, y espanto en todos nosotros: à lo menos en mi le puso, de suerte, que me parece, que antes del tiempo que se nos concedia para que hiciessemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena executado en mi persona, y en la de mis hijos. Ordenè, pues, à mi parecer, como prudente (bien assi como el que sabe, que para el rato tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse) ordenè, digo, de salir yo solo sin familia de mi Pueblo, y ir à buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priessa con que los demas salieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se avian de poner en execucion a su determinado tiempo; y forzabame à creer esta verdad, saber yo los ruines, y disparatados intentos, que los nues-

nuestros tenian, y tales, que me parece, que fue inspiracion Divina lo que movió á su Magestad á poner en efecto tan gallarda resolucion; no porque todos fuessemos culpados, que algunos avia Christianos firmes, y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda, y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la mas terrible, que se nos podia dar: do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berberia, y en todas las partes de Africa, donde esperabamos ser recibidos, acogidos, y regalados, alli es donde mas nos ofenden, y maltratan: no hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido, y es el deseo tan grande, que casi todos tenemos de bolver á España, que los mas de aquellos, (y son muchos) que saben la lengua como yo, se buelven á ella, y dexan allá sus mugeres, y sus hijos, desamparados: tanto es el amor que la tienen; y ahora conozco, y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como dixe, de nuestro Pueblo, entré en Francia, y aunque alli nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo, passé á Italia, y llegué á Alemania, y alli me pareció que podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas, cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia. Dexé tomada casa en un Pueblo junto á Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos de ellos cada año á visitar los Santuarios de ella, que los tienen por sus Indias, y por certissima grangeria, y conocida ganancia; andanla casi toda, y no ay Pueblo ninguno de donde no salgan comidos, y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dinero, y al cabo de su viage salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del Reyno, y los passan á sus tierras, á pesar de las guardas de los Puestos, y Puertos donde se registran. Aora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dexé enterrado, que por estar fuera del Pueblo lo podré hacer sin peligro, y escrivir, ó passar desde Valencia á mi hija, y á vuestra muger, que sé que está en Argel, y dar traza como traerlas á algun Puerto de Francia, y desde alli llevarlas á Alemania, donde esperarémos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolucion, Sancho, yo sé cierto, que la Ricota mi hija, y Francisca mi muger, son Catholicas Christianas; y aun-

aunque yo no lo soy tanto, todavia tengo mas de Christiano, que de Moro: y ruego siempre à Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dè à conocer còmo le tengo de servir; y lo que me tiene admirado es, no saber por què se fue mi muger, y mi hija antes à Berberia, que à Francia, adonde podia vivir como Christiana. A lo que respondiò Sancho: Mira, Ricote, esso no debiò de estàr en su mano, porque las llevò Juan Tiopeyo el hermano de tu muger, y como debe de ser fino Moro, fuese à lo mas bien parado; y sète decir otra cosa, que creo que vàs en valde à buscar lo que dexaste enterrado, porque tuvimos nuevas, que avian quitado à tu cuñado, y tu muger muchas perlas, y mucho dinero en oro, que llevaban por registrar. Bien puede ser esso, respondiò Ricote; pero yo sè, Sancho, que no tocaron en mi entierro, porque yo no les descubrì donde estaba, temeroso de algun desman; y assi, si tu, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme à sacarlo, y à encubrirlo, yo te darè doscientos escudos, con que podràs remediar tus necesidades, que ya sabes que sè yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondiò Sancho, pero no soy nada codicioso, que à serlo, un oficio dexè de entre las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y assi esso, como por parecerme traycion à mi Rey en dar favor à sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes doscientos escudos, me dieras aqui de contado quatrocientos. Y què oficio es el que has dexado, Sancho? preguntò Ricote. He dexado de ser Governador de una Insola, respondiò Sancho, y, ea, que à buena fee que no hallen otra como ella à tres tirones. Y donde està essa Insula? preguntò Ricote. Adonde? respondiò Sancho, dos leguas de aqui, y se llama la Insula Barataria. Calla, Sancho, dixo Ricote, que las Insulas estan allà dentro de la mar, que no ay Insulas en la tierra firme. Como no? replicò Sancho; digote, Ricote amigo, que esta mañana me partì de ella, y ayer estuve en ella governando à mi placer, como un Sagitario; pero con todo esso la he dexado, por parecerme oficio peligroso el de los Governadores. Y què has ganado en el Govierno? preguntò Ricote. He ganado, respondiò Sancho, el aver conocido, que no soy bueno para governar si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales Governos, son à costa de perder el descanso, y el sueño, y aun el sustento; porque en las Insulas deben de comer poco los Governadores, especialmente si tienen Medicos que miren por su salud. Yo no te entiendo, Sancho, dixo Ricote; pero parecemo, que todo lo que dices es disparate, que quien te avia de dar à ti Insulas que governasses, faltaban hombres en el mundo mas habiles para Governadores, que tu eres? Calla, Sancho, y buelve en ti, y mira

mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, à ayudarme à sacar el tesoro que dexè escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te darè con que vivas, como te he prometido. Ya te he dicho, Ricote, replicò Sancho, que no quiero, contentate, que por mì no seràs descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y dexame seguir el mio, que yo sè que lo bien ganado se pierde; y lo malo, ello, y su dueño. No quiero porfiar, Sancho, dixo Ricote; pero dime, hallastete en nuestro Lugar, quando se partiò de èl mi muger, mi hija, y mi cuñado? Si halle, respondiò Sancho, y te sè decir, que saliò tu hija tan hermosa, que salieron à verla quantos avia en el Pueblo, y todos decian, que era la mas bella criatura de el mundo: Iba llorando, y abrazaba à todas sus amigas, y conocidas, y à quantos llegaban à verla, y à todos pedia la encomendassen à Dios, y à nuestra Señora su Madre: y esto con tanto sentimiento, que à mì me hizo llorar, (que no suelo ser muy lloron) y à fee, que muchos tuvieron deseo de esconderla, y salir à quitarsela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandato del Rey los detuvo: principalmente se mostrò mas apassionado Don Pedro Gregorio, aquel mancebo Mayorazgo rico que tu conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partiò, nunca mas èl ha parecido en nuestro Lugar, y todos pensamos, que iba tràs ella para robarla, pero hasta ora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, (dixo Ricote) de que esse Cavallero adamaba à mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me diò pesadumbre el saber que la queria bien; que yà àvràs oìdo decir, Sancho, que las Moriscas, pocas, ò ninguna vez se mezclaron por amores con Christianos viejos; y mi hija, que à lo que yo creo, atendia à ser mas Christiana, que enamorada, no se curaria de las solicitudes de esse señor Mayorazgo. Dios lo haga, replicò Sancho, que à entrambos les estarìa mal; y dexame partir de aqui, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde està mi señor Don Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que yà mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino: y luego se abrazaron los dos, y Sancho subiò en su rucio, y Ricote se arrimò à su bordòn, y se apartaron.

CAP. LV. *De cosas sucedidas à Sancho en el camino, y otras, que no ay mas que vèr.*

EL averse detenido Sancho con Ricote, no le diò lugar à que aquel dia llegasse al Castillo del Duque, puesto que llegò media legua de èl, donde le tomò la noche algo obscura, y cerrada; pero como era Verano no le diò mucha pesadumbre, y assi se apartò del camino

con

con intencion de esperar la mañana, y quiso su corta, y desventurada suerte, que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron èl, y el rucio en una honda sima obscurissima, que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendò à Dios de todo corazon; pensando que no avia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fue assi, porque à poco mas de tres estados diò fondo el rucio, y èl se hallò encima de èl, sin aver recibido lesion, ni daño alguno. Tentòse todo el cuerpo, y recogiò el aliento, por vèr si estaba sano, ò agujereado por alguna parte; y viendose bueno, entero, y catholico de salud, no se hartaba de dàr gracias à Dios nuestro Señor de la merced que le avia hecho, porque sin duda pensò, que estaba hecho mil pedazos; tentò assimismo con las manos por las paredes de la sima, por vèr si serìa posible salir de ella sin ayuda de nadie; pero todas las hallò rasas, y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojò mucho, especialmente quando oyò, que el rucio se quexaba tierna, y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que à la verdad no estaba muy bien parado. Ay, dixo entonces Sancho Panza, y quan no pensados sucessos suelen suceder à cada passo à los que viven en este miserable mundo! Quien dixera, que el que ayer se viò entronizado Governador de una Insula, mandando à sus sirvientes, y à sus vassallos, oy se avia de vèr sepultado en una sima, sin aver persona alguna que le remedie, ni criado, ni vassallo que acuda à su socorro! Aqui avrèmos de perecer de hambre yo, y mi jumento, si yà no nos morimos antes, èl de molido, y quebrantado, y yo de pesaroso; à lo menos no serè yo tan venturoso como lo fue mi señor Don Quixote de la Mancha, quando descendiò, y baxò à la cueva de aquel encantado Montesinos, donde hallò quien le regalasse mejor que en su casa, que no parece fino que se fue à mesa puesta, y à cama hecha: alli viò èl visiones hermosas, y apacibles; y yo verè aqui, à lo que creo, sapos, y culebras; desdichado de mì, y en què han parado mis locuras, y fantasìas! De aqui sacaràn mis huessos (quando el Cielo sea servido que me descubran) mondos, blancos, y raìdos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizà se echarà de vèr quien somos, à lo menos de los que tuvieron noticia, que nunca Sancho Panza se apartò de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Ay, otra vez digo, miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte que muriessemos en nuestra patria, y entre los nuestros, donde yà que no hallàra remedio nuestra desgracia, no faltàra quièn de nosotros se doliera, y en la ora ultima de nuestro passamiento nos cerràra los ojos!

O compañero, y amigo mio, què mal pago te he dado de tus buenos servicios! perdoname, y pide à la fortuna, en el mejor modo

que

que supieres, que nos saque de este miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurèl en la cabeza, que no parezcas sino un laureado Poeta, y de darte los piensos doblados. De esta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba, sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto, y angustia en que aquel pobre se hallaba. Finalmente, aviendo passado toda aquella noche en miserables quexas, y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad, y resplandor viò Sancho, que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzò à lamentarse de nuevo, y à dàr voces, por vèr si alguno le oìa; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no avia persona, que pudiesse escucharle, y entonces se acabò de dàr por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodò de modo, que le puso en pie, que apenas se podia tener; y sacando de las alforjas (que tambien avian corrido la misma fortuna de la caìda) un pedazo de pan, lo diò à su jumento, que no le supo mal, y dixole Sancho, como si lo entendiera: *Todos los duelos con pan son buenos.* En esto descubriò à un lado de la sima un agujero, capàz de saber por èl una persona, si se agoviaba, y encogia; acudiò à èl Sancho Panza, y agazapandose se entrò por èl, y viò, que por dentro era espacioso, y largo, y pudole vèr, porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo del Sol, que lo descubria todo; viò tambien, que se dilataba, y alargaba por otra concabidad espaciosa; viendo lo qual, bolviò à salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzò à desmoronar la tierra del agujero, de modo, que en poco espacio hizo lugar, donde con facilidad pudiesse entrar el asno; como lo hizo; y cogiendole de el cabestro comenzò à caminar por aquella gruta adelante, por vèr si hallaba alguna salida por otra parte; à veces iba à obscuras, y à veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo. Valame Dios todo Poderoso! decia entre sì; esta que para mì es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quixote: èl sì que tuviera estas profundidades, y mazmorras por jardines floridos, y por Palacios de Galiana; y esperàra salir de esta obscuridad; y estrecheza à algun florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo, y menoscabado de animo, à cada passo pienso, que debaxo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que esta, que acabe de tragarme: bien vengàis mal, si vienes solo. De esta manera, y con estos pensamientos le pareciò, que avria caminado poco mas de media legua, al cabo de la qual descubriò una confusa claridad, que parecìò ser yà de dia, y què por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel (para èl) camino de la otra vida. Aqui le

le dexa Cide Hamete Benengeli, y buelve à tratar de Don Quixote, que alborozado, y contento esperaba el plazo de la batalla, que avia de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, à quien pensaba enderezar el tuerto, y desaguisado, que malamente le tenian fecho. Sucedió, pues, que saliendose una mañana à imponerse, y ensayarse en lo que avia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon, ò arremetida à Rocinante, llegò à poner los pies tan junto à una cueba, que à no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo, y no cayò; y llegandose algo mas cerca, sin apearse mirò aquella hondura, y estandola mirando oyò grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percibir, y entender, que el que las daba decia: Hà de arriba; ay algun Christiano que me escuche? ò algun Cavallero caritativo, que se duela de un pecador enterrado en vida? de un desdichado desgovernado Governador? Pareciòle à Don Quixote, que oìa la voz de Sancho Panza, de que quedò suspenso, y assombrado; y levantando la voz todo lo que pudo, dixo: Quien està allà abaxo? quien se quexa? Quien puede estàr aqui, ò quien se ha de quexar, respondieron, sino el assendereado de Sancho Panza, Governador, por sus pecados, y por su mala andanza, de la Insula Barataria, escudero que fue del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha? Oyendo lo qual Don Quixote se le doblò la admiracion, y se le acrecentò el pasmo, viniendosele al pensamiento, que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba alli penando su alma; y llevado de esta imaginacion, dixo: Conjurote por todo aquello que puedo conjurarte, como Catholico Christiano, que me digas quien eres, y si eres alma en pena, dime què quieres que haga por tì, que pues es mi profession favorecer, y acorrer à los necesitados de este mundo, tambien lo serè para acorrer, y ayudar à los menesterosos del otro mundo, que no puden ayudarse por sì propios. De essa manera, respondieron, vuestra merced, que me habla, debe de ser mi señor Don Quixote de la Mancha, y aun en el organo de la voz no es otro sin duda. Don Quixote soy, replicò Don Quixote, el que professò socorrer, y ayudar en sus necesidades à los vivos, y à los muertos. Por esso, dime, quien eres, que me tienes atonito? porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te ayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estès en el Purgatorio, sufragios tiene nuestra Santa Madre la Iglesia Catholica Romana, bastantes à sacarte de las penas en que estàs, y yo, que lo solicitarè con ella por mi parte con quanto mi hacienda alcanzare; por esso acaba de declararte, y dime quien eres. Voto à tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuestra merced quisiere, juro, señor

Don

Don Quixote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida, sino que viendo dexado mi Govierno por cosas, y causas, que es menester mas espacio para decirlas, anoche caì en esta sima, donde cayò el rucio conmigo, que no me dexarà mentir, pues por mas señas està aquì conmigo; y ay mas, que no parece sino que el jumento entendiò lo que Sancho dixo, porque al momento comenzò à rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. Famoso testigo, dixo Don Quixote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oygo, Sancho mio, esperame irè al Castillo del Duque, que està aqui cerca, y traerè quien te saque de esta sima, donde tus pecados te deben de aver puesto. Vaya vuestra merced, dixo Sancho, y buelva presto por un solo Dios, que yà no lo puedo llevar el estàr aqui sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dexòle Don Quixote, y fue al Castillo à contar a los Duques el sucesso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron, que debia de aver caìdo por la correspondencia de aquella Gruta, que de tiempos inmemorables estaba alli hecha; pero no podian pensar còmo avia dexado el Govierno, sin tener dellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas, y garomas, y à costa de mucha gente, y de mucho trabajo, sacaron el rucio, y à Sancho Panza de aquellas tinieblas à la luz del Sol. Viòle un Estudiante, y dixo: De esta manera avian de salir de sus Goviernos todos los malos Governadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca, à lo que yo creo. Oyòlo Sancho, y dixo: Ocho dias, ò diez hà, hermano mormurador, que entrè à governar la Insula que me dieron, en los quales no me vì harto de pan siquiera una hora: en ellos me han perseguido Medicos, y enemigos me han brumado los huessos, ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos; y siendo esto assi, como lo es, no merecia yo, à mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor, y lo que le està bien à cada uno, y quien el tiempo, tal el tiento, y nadie diga de esta agua no beberè, que adonde se piensa que ay tocinos, no ay estacas, y Dios me entiende, y basta, y no digo mas, aunque pudiera. No te enojes, Sancho, dixo Don Quixote, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que serà nunca acabar; vèn tù con segura conciencia, y digan lo que dixeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el Governador sale rico de su Govierno, dicen de èl, que ha sido un ladron; y si sale pobre, que ha sido un para poco, y mentecato. A buen seguro, respondiò Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto,

tonto, que por ladron. En estas platicas llegaron rodeados de muchachos, y de otra mucha gente al Castillo, adonde en unos corredores estaban ya el Duque, y la Duquesa esperando à Don Quixote, y à Sancho, el qual no quiso subir à vèr al Duque, sin que primero no huviesse acomodado al rucio en la cavalleriza; porque decia, que avia passado muy mala noche en la Posada, y luego subiò à vèr à sus señores, ante los quales puesto de rodillas, dixo: Yo, señores, porque lo quiso assi vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio, fuì à governar vuestra Insula Barataria, en la qual entrè desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: si he governado bien, ò mal, testigos he tenido delante, que diràn lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleytos, y siempre muerto de hambre, por averlo querido assi el Doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, Medico Insulano, y Governadoresco. Acometieronnos enemigos de noche, y aviendonos puesto en grande aprieto, dicen los de la Insula, que salieron libres, y con victoria por el valor de mi brazo, que tal salud les dè Dios, como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo, y las obligaciones el governar, y he hallado por mi cuenta, que no las podràn llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljava; y assi, antes que diesse conmigo al través el Govierno, he querido yo dar con el Govierno al través, y ayer de mañana dexè la Insula como la hallè, con las mismas calles, casas, y tejados que tenia quando entrè en ella. No he pedido prestado à nadie, ni metidome en grangerìas; y aunque pensaba hacer algunas Ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso, que no se havian de guardar, que es lo mesmo hacerlas, que no hacerlas. Salì, como digo, de la Insula, sin otro acompañamiento que el de mi rucio; caì en una sima, vineme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del Sol vì la salida; pero no tan facil, que à no depararme el Cielo à mi señor Don Quixote, alli me quedàra hasta la fin del mundo. Assi que, mis señores Duque, y Duquesa, aqui està vuestro Governador Sancho Panza, que ha grangeado en solos diez dias, que ha tenido el Governo, el conocer que no se le ha de dar nada por ser Governador, no que de una Insula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando à vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen, salta tù, y damela tù, doy un salto del Governo, y me passo al servicio de mi señor Don Quixote, que en fin en èl, aunque como el pan con sobresalto, harto me hallo à lo menos; y para mì, como yo estè harto, esso me hace, que sea de zanahorias, ò de perdices. Con esto diò fin à su larga platica Sancho, temiendo siempre Don Quixote, que avia de decir en ella millares de disparates, y quando le

viò

viò acabar con tan pocos, diò en su corazon gracias al Cielo; y el Duque abrazò à Sancho, y le dixo, que le pesaba en el alma de que huviesse dexado tan presto el Govierno; pero que èl baria de suerte, que le diesse en su Estado otro oficio de menos carga, y de mas provecho. Abrazòle la Duquesa asimismo, y mandò, que le regalassen, porque daba señales de venir mal molido, y peor parado.

CAP. LVI. *De la descomunal, y nunca vista batalla, que passò entre Don Quixote de la Mancha, y el Lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la Dueña Rodriguez.*

NO quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha à Sancho Panza del Govierno que le dieron, y mas, que aquel mismo dia vino su Mayordomo, y les contò punto por punto casi todas las palabras, y acciones, que Sancho avia dicho, y hecho en aquellos dias; y finalmente, les encareciò el assalto de la Insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues de esto cuenta la Historia, que se llegò el dia de la batalla aplazada; y aviendo el Duque una, y muchas veces advertido à su Lacayo Tosilos còmo se avia de avenir con Don Quixote para vencerle, sin matarle, ni herirle, ordenò, que se quitassen los hierros à las lanzas, diciendo à Don Quixote, que no permitia la Chrilliandad, de que èl se preciaba, que aquella batalla fuesse con tanto riesgo, y peligro de las vidas, y que se contentasse con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el Decreto del Santo Concilio, que prohibe los tales desafios, y no quisiesse llevar por todo rigòr aquel trance tan fuerte. D. Quixote dixo, que su Excelencia dispusiesse las cosas de aquel negocio como mas fuesse servido, que èl le obedeceria en todo. Llegado, pues, el temeroso dia, y aviendo mandado el Duque, que delante de la Plaza del Castillo se hiciesse un espacioso cadahalso, donde estuviessen los Juezes del campo, y las Dueñas, madre, y hija demandantes: avia acudido de todos los Lugares, y Aldeas circunvecinas infinita gente à vèr la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal avian visto, ni oido decir en aquella tierra los que vivian, ni los que avian muerto: el primero que entrò en el campo, y estacada fue el Maestro de las ceremonias, que tanteò el campo, y le passeò todo, porque en èl no huviesse algun engaño, ni cosa encubierta, donde se tropezasse, y cayesse. Luego entraron las Dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aùn hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quixote en la estacada. De alli à poco, acompañado de muchas trompetas, assomò por una parte de la Plaza, sobre un poderoso cavallo, hundiendola toda, el

grande Lacayo Tofilos, calada la viſera, y todo encambronado con unas fuertes, y lucientes armas; el cavallo moſtraba ſer friſòn, ancho, y de color tordillo: de cada mano, y pie le pendia una arroba de lana. Venìa el valeroſo combatiente bien informado del Duque ſu ſeñor, de còmo ſe avia de portar con el valeroſo Don Quixote de la Mancha; advertido, que en ninguna manera le mataſſe, ſino que procuraſſe huìr el primer encuentro, por eſcuſar el peligro de ſu muerte, que eſtaba cierto, ſi de lleno en lleno le encontraſſe. Paſſeò la Plaza, y llegando donde las Dueñas eſtaban, ſe puſo algun tanto à mirar à la que por eſpoſo le pedia; llamò el Maeſſe de Campo à Don Quixote, que yà ſe avia preſentado en la Plaza, y junto con Tofilos hablò à las Dueñas, preguntandolas, ſi conſentian, que bolvieſſe por ſu derecho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixeron, que sì, y que todo lo que en aquel caſo hicieſſe, lo daban por bien hecho, por firme, y por valedero. Ya en eſte tiempo eſtaban el Duque, y la Duqueſa pueſtos en una Galeria, que caìa ſobre la eſtacada, toda la qual eſtaba coronada de infinita gente, que eſperaba ver el rigoroſo trance, nunca viſto. Fue condicion de los combatientes, que ſi Don Quixote vencìa, ſu contrario ſe avia de caſar con la hija de Doña Rodriguez; y ſi èl fueſſe vencido, quedaba libre ſu contendedor de la palabra que ſe le pedia, ſin dar otra ſatisfaccion alguna. Partiòles el Maeſtro de las ceremonias el Sol, y puſo à los dos cada uno en el puеſto donde avian de eſtàr. Sonaron los atambores, llenò el ayre el ſon de las trompetas, temblaba debaxo de los pies la tierra, eſtaban ſuſpenſos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y eſperando otros el buen, ò mal ſuceſſo de aquel caſo. Finalmente, Don Quixote, encomendandoſe de todo ſu corazon à Dios nueſtro Señor, y à la ſeñora Dulcinea del Toboſo, eſtàba aguardando, que ſe le dieſſe ſeñal preciſa de la arremetida; empero nueſtro Lacayo tenia diferentes penſamientos: no penſaba èl ſino en lo que ahora dirè. Parece ſer, que quando eſtuvo mirando à ſu enemiga, le pareciò la mas hermoſa muger, que avia viſto en toda ſu vida; y el Niño ciegezuelo, à quien ſuelen llamar de ordinario Amor por eſſas calles, no quiſo perder la ocaſion, que ſe le ofreciò de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la liſta de ſus trofeos; y aſsi, llegandoſe à el bonicamente, ſin que nadie le viеſſe, le embaràò al pobre Lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, que le paſsò el corazon de parte à parte: y pudolo hacer bien al ſeguro, porque el Amor es invisible; y entra, y ſale por do quiere, ſin que nadie le pida cuenta de ſus hechos. Digo, pues, que quando dieron la ſeñal de la arremetida eſtaba nueſtro Lacayo tranſportado, penſando en la hermoſura de la que yà avia hecho ſeñora de ſu li-

bre-

bertad; y assi no atendiò al son de la trompeta, como lo hizo D. Quixote, que apenas la huvo oìdo, quando arremetiò, y à todo el correr, que permitia Rocinante, partiò contra su enemigo, y viendole partir su buen escudero Sancho, dixo à grandes voces: Dios te guie, nata, y flor de los Andantes Cavalleros: Dios te dè la victoria, pues llevas razon de tu parte. Y aunque Tosilos viò venir contra sì à Don Quixote, no se moviò un passo de su puesto, antes con grandes voces llamò al Maesse de Campo, el qual venido à vèr lo que queria, le dixo: Señor, esta batalla no se hace porque yo me case, ò no me case con aquella señora? Assi es, le fue respondido. Pues yo, dixo el Lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondriala en gran cargo si passasse adelante en esta batalla: y assi digo, que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedò admirado el Maesse de Campo de las razones de Tosilos; y como era uno de los sabideres de la maquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detuvose Don Quixote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion por què no se passaba adelante en la batalla; pero el Maesse de Campo le fue a declarar lo que Tosilos decia; de lo que quedò suspenso, y colerico en estremo. En tanto, que esto passaba, Tosilos se llegò adonde Doña Rodriguez estaba, y dixo à grandes voces: Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleytos, ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz, y sin peligro de la muerte. Oyò esto el valeroso Don Quixote, y dixo: Pues esto assi es, yo quedo libre, y suelto de mi promessa; casense en horabuena, y pues Dios Nuestro Señor se la diò, San Pedro se la bendiga. El Duque avia baxado à la Plaza de el Castillo; y llegandose à Tosilos, le dixo: Es verdad, Cavallero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Sì señor, respondiò Tosilos. El hace muy bien, dixo à esta sazon Sancho Panza, porque lo que has de dàr al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la zelada, y rogaba, que aprieSSa le ayudassen, porque le iban faltando los espiritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitaronsela aprieSSa, y quedò descubierto, y patente su rostro del Lacayo. Viendo lo qual Doña Rodriguez, y su hija, dando grandes voces, dixeron: Este es engaño, engaño es este; à Tosilos el Lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo. Justicia de Dios, y del Rey, de tanta malicia, por no decir bellaqueria. No vos acuiteis, señoras, dixo D. Quixote, que ni esta es malicia, ni es bellaqueria; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos.

encantadores que me persiguen, los quales, embidiosos de que yo alcanzasse la gloria de este vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este, que decis que es Lacayo del Duque; tomad mi consejo, y à pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con èl, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque que esto oyò, estuvo por romper en risa toda su colera, y dixo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quixote, que estoy por creer, que este mi Lacayo no lo es; pero usemos de este ardid, y maña: dilatemos el casamiento quince dias, si quieren, y tengamos encerrado à este personage, que nos tiene dudosos, en los quales podria ser que bolviesse à su pristina figura, que no ha de durar tanto el rencor que los encantadores tienen al señor Don Quixote, y mas viendoles tan poco en usar estos embolecos, y transformaciones. O señor! dixo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso, y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan à mi amo: un Cavallero que venciò los dias passados, llamado el de los Espejos, le bolvieron en la figura del Bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro Pueblo, y grande amigo nuestro, y à mi señora Dulcinea del Toboso la han buelto en una rustica Labradora; y assi imagino, que este Lacayo ha de morir, y vivir Lacayo todos los dias de su vida. A lo que dixo la hija de Rodriguez: Sease quien fuere esto que me pide por esposa (que yo se lo agradezco) que mas quiero ser muger legitima de un Lacayo, que no amiga, y burlada de un Cavallero, puesto que el que à mi me burlò no lo es. En resolucion, todos estos cuentos, y sucessos pararon en que Tosilos se recogiesse, hasta vèr en què paraba su transformacion. Aclamaron todos la victoria por Don Quixote, y los mas quedaron tristes, y melancolicos de vèr, que no se avian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien assi como los muchachos quedan tristes quando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado, ò la parte, ò la Justicia. Fuese la gente, bolviendose el Duque, y Don Quixote al Castillo, entraron à Tosilos, quedaron Doña Rodriguez, y su hija contentissimas de vèr, que por una via, ò por otra aquel caso avia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

CAP. LVII. *De como Don Quixote se despidiò del Duque, y de lo que le sucediò con la discreta, y desembuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.*

YA le pareciò à Don Quixote, que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel Castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dexarse estar encerrado, y perezoso entre los infinitos regalos, y deleytes, que como à Cavallero

llero Andante aquellos señores le hacian; y pareciale, que avia de dàr cuenta estrecha al Cielo de aquella ociosidad, y encerramiento; y assi pidiò un dia licencia à los Duques para partirse: dieronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dexasse. Diò la Duquesa las cartas de su muger à Sancho Panza, el qual llorò con ellas, y dixo: Quien pensàra; que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi Govierno, avian de parar en bolverme yo aora à las arrastradas aventuras de mi amo Don Quixote de la Mancha? Con todo esto me contento de vèr, que mi Teresa correspondiò à ser quien es, enviando las bellotas à la Duquesa, que à no averselas embiado, quedando yo pesaroso; se mostrara ella desagradecida: lo que me consuela es, que à esta dadiva no se la puede dàr nombre de cohecho, porque ya tenia yo el Govierno quando ella las embiò: y esta puesto en razon, que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerias, se muestren agradecidos. En efecto, yo entrè desnudo en el Govierno, y salgo desnudo de èl; y assi podrè decir con segura conciencia, que no es poco: Desnudo nacì, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano. Esto passaba entre sì Sancho el dia de la partida; y saliendo Don Quixote, aviendose despedido la noche antes de los Duques, una mañana se presentò armado en la Plaza del Castillo: mirabanle de los corredores toda la gente del Castillo; y assimismo los Duques salieron à verle, Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta, y repuesto, contentissimo; porque el Mayordomo del Duque, el que fue la Trifaldi, le avia dado un bolsillo con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino; y esto aùn no lo sabìa Don Quixote. Estando, como queda dicho, mirandole todos, à deshora, entre las otras Dueñas, y Doncellas de la Duquesa, que le miraban, alzò la voz la desembuelta, y discreta Altisidora, y en son lastimèro dixo:

Escucha, mal Cavallero,
Detèn un poco las riendas,
No fatigues las hijadas
De tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla,
Que està muy lexos de oveja.
Tù has burlado, monstruo horrendo,
La mas hermosa doncella,
Que Diana viò en sus montes,
Que Venus mirò en sus selvas.
Cruèl Viréno, fugitivo Eneas,
Barrabàs te acompañe, allà te avengas.

Tù llevas (llevar impìo!)
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada, tierna.
Llevaste tres tocadores,
Y unas ligas de unas piernas,

Que al marmol puro se igualan
En lisas, blancas, y tersas.
Llevaste dos mil suspiros,
Que à ser de fuego, pudieran
Abrasar à dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas huviera.
Cruèl Vireno, fugitivo Enèas,
Barrabàs te acompañe, allà te avengas.

De esse Sancho tu escudero
Las entrañas sean tan tercas,
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinèa.
De la culpa que tù tienes
Lleve la triste la pena,
Que justos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras
En desventuras se buelvan,
En sueño tus passatiempos,
En olvido tus firmezas.
Cruèl Vireno, fugitivo Enèas,
Barrabàs te acompañe, allà te avengas.

Seas tenido por falso
Desde Sevilla à Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Londres à Inglaterra.
Si jugares al reynado,
Los cientos, ò la primera,
Los Reyes huyan de tì,
Ases, ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quedente los raygones,
Si te sacares las muelas.

Cruèl Vireno, fugitivo Enèas,
Barrabàs te acompañe, allà te avengas.

En tanto que, de la suerte que se ha dicho, se quexaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quixote; y sin responderla palabra, bolviendo el rostro à Sancho, le dixo: Por el siglo de tus passados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad: dime, llevas, por ventura, los tres tocadores, y las ligas; que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondiò: Los tres tocadores sì llevo, pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedò la Duquesa admirada de la desembolturа de Altisidora, què aunque la tenia por atrevida, graciosa, y desembuelta, no en grado, que se atreviera à semejantes desembolturas; y como no estaba advertida de esta burla, creciò mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donayre, y dixo: No me parece bien, señor Cavallero, que aviendo recibido en este mi Castillo el buen acogimiento que en èl se os ha hecho, os ayais atrevido à llevaros tres tocadores, por lo menos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y mueстras, que no corresponden à vuestra fama: bolvedla las ligas, si no, yo os desafio à mortal batalla, sin tener temor, que malandrines encantadores me buelvan, ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi Lacayo, el que entrò con vos en batalla. No quiera Dios, respondiò Don Quixote, que yo desembayne mi espada contra vuestra ilustrissima persona, de quien cantas mer-

mercedes he recibido: los tocadores bolverè, porque dice Sancho, que los tiene: las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni èl tampoco; y si vuestra doncella quisiera mirar sus escondrijos, à buen seguro que las halle: yo, señor Duque, jamàs he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me dexe de su mano. Esta doncella habla (como ella dice) como enamorada, de lo que yo no la tengo culpa; y assi no tengo de què pedirla perdon, ni à ella, ni à vuestra Excelencia, à quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dè de nuevo licencia para seguir mi camino. Deosle Dios tan bueno, dixo la Duquesa, señor Don Quixote, que siempre oygamos buenas nuevas de vuestras fechuras, y andad con Dios, que mientras mas os detreneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y à la mia yo la castigarè de modo, que de aqui adelante no se defmanda con la vista, ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches (ò valeroso Don Quixote) dixo entonces Altisidora, y es, que le pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios, y en mi anima, que las tengo puestas, y he caìdo en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba. No lo dixe yo? dixo Sancho, bonico soy yo para encubrir hurtos; pues à quererlos hacer, de paleta me avia venido la ocasion en mi Govierno. Baxò la cabeza Don Quixote, y hizo reverencia à los Duques, y à todos los circunstantes, y bolviendo las riendas à Rocinante, siguiendole Sancho sobre el rucio, se saliò del Castillo, enderezando su camino à Zaragoza.

CAP. LVIII. *De como menudearon sobre Don Quixote aventuras tantas, que no se daban vagar unas à otras.*

QUando Don Quixote se viò en la campaña rasa, libre, y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareciò que estaba en su centro, y que los espiritus se le renovaban para proseguir de nuevo el assumpto de sus Cavallerias; y bolviendose à Sancho, le dixo: La libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones, que à los hombres dieron los Cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre; por la libertad, assi como por la honra, se puede, y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir à los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, y la abundancia que en este Castillo que dexamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banqueres sazonados, y de aquellas bebidas de nieve, me parecia à mì, que estaba metido entre las estrecheras de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran mios; que las obliga-

cio-

ones de las recompensas de los beneficios, y mercedes recibidas, son ...aduras, que no dexan campear ... animo libre. Venturoso aquel à quien el Cielo diò un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo à otro, que al mismo Cielo. Con todo esso, dixo Sancho, que vuestra merced me ha dicho, no es bien què se queden sin agradecimiento de nuestra parte, doscientos escudos de oro, que en una bolsilla me diò el Mayordomo del Duque, que como pictima, y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar Castillos donde nos regalen, que tal vez toparèmos con algunas Ventas donde nos apalten. En estos, y otros razonamientos iban los Andantes Cavallero, y escudero, quando vieron, aviendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerva de un pradillo verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres, vestidos de labradores; junto à sì tenian unas como sabanas blancas, con que cubrian alguna cosa que debaxo estaba; estaban empinadas, y tendidas; y de trecho à trecho puestas. Llegò Don Quixote à los que comian, y saludandoles primero cortesmente, les preguntò, què era lo que aquellos lienzos cubrian? Uno de ellos le respondiò: Señor, debaxo de estos lienzos estàn unas Imagenes de relieve, y entabladura, que han de servir en un Retablo, que hacemos en nuestra Aldea, llevamoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondiò Don Quixote, holgaria de verlas, pues Imagenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y como que lo son, dixo otro, si no, digalo lo que cuestan, que en verdad que no ay ninguna, que no estè en mas de cinquenta ducados; y porque vea vuestra merced esta verdad, espere vuestra merced, y verla hà por vista de ojos; y levantandose, dexò de comer, y fue à quitar la cubierta de la primera Imagen, que mostrò ser la de San Jorge, puesto à cavallo, con una serpiente enroscada à los pies, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse: toda la Imagen parecia una asqua de oro, como suele decirse. Viendola Don Quixote, dixo: Este Cavallero fue uno de los mejores Andantes, que tuvo la Milicia Divina: llamòse Don San Jorge, y fue ademàs defendedor de doncellas. Veamos esta otra; descubriòla el hombre, y pareciò ser la de San Martin, puesto à cavallo, que partia la capa con el Pobre; y apenas la huvo visto Don Quixote, quando dixo: Este Cavallero tambien fue de los aventureros Christianos, y creo, que fue mas liberal, que valiente, como lo puedes echar de vèr, Sancho, en que està partiendo la capa con el Pobre, y le dà la mitad; y sin duda debia de ser entonces Invierno, que si no, èl se la diera toda, segun era de caritativo. No debiò de ser esso, dixo Sancho,

sino

sino que se debiò de atener al refran, que dice: Que para dar, y tener, sesso es menester. Riòse Don Quixote, y pidiò, que quitassen otro lienzo, debaxo del qual se descubriò la Imagen del Patron de las Españas, à cavallo, la espada ensangrentada, atropellando Moros, y pisando cabezas; y en viendola, dixo Don Quixote: Este sì que es Cavallero, y de las Esquadras de Christo; este se llama Don San Diego mata Moros, uno de los mas valientes Santos, y Cavalleros, que tuvo el mundo, y tiene agora el Cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareciò que encubria la caìda de San Pablo de el cavallo abaxo, con todas las circunstancias, que en el retablo de su conversion suelen pintarse, quando le viò tan al vivo, que dixeran, que Christo le hablaba, y Pablo respondia. Este, dixo Don Quixote, fue el mayor enemigo, que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo; y el mayor defensor suyo; que tendrà jamàs Cavallero Andante por la vida, y santo à pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la Viña del Señor, Doctor de las Gentes, à quien sirvieron de Escuelas los Cielos, y de Cathedratico, y Maestro, que le enseñasse, el mismo Jesu Christo. Nó avia mas Imagenes, y assi mandò Don Quixote, que las bolviessen a cubrir, y dixo à los que las llevaban: Por buen aguero he tenido, hermanos, aver visto lo que he visto, porque estos Santos, y Cavalleros professaron lo que yo professo, que es el exercicio de las armas, sino que la diferencia que ay entre mi, y ellos, es que ellos fueron Santos, y pelearon à lo Divino, y yo soy pecador, y peleo à lo humano. Estos conquistaron el Cielo à fuerza de brazos, (porque el Cielo padece fuerza) y yo hasta aora no sè lo que conquisto à fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliesse de los que padece, mejorandose mi ventura, y abonandoseme el juicio, podria ser, que encaminasse mis passos por mejor camino del que llevo. Dios lo oyga, y el pecado sea sordo, dixo Sancho à esta sazon. Admiraronse los hombres, assi de la figura, como de las razones de Don Quixote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus Imagenes, y despidiendose de Don Quixote, siguieron su viage. Quedò Sancho de nuevo, como si jamas huviera conocido à su señor, admirado de lo que sabia, pareciendole, que no debia de aver historia en el mundo, ni sucesso, que no lo tuviesse cifrado en la uña, y clavado en la memoria, y dixole: En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido oy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves, y dulces, que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: de ella avemos salido sin palos, ni sobresalto alguno, ni hemos echado mano à las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuer-

cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dexado ver con mis proprios ojos. Tu dices bien, Sancho, dixo Don Quixote; pero has de advertir, que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte; y esto que el vulgo suele llamar comunmente agueros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos, y juzgar por buenos acontecimientos. Levantase uno de estos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuentrase con un Frayle de la Orden del Bienaventurado San Francisco, y como si huviera encontrado con un grifo, buelve las espaldas, y buelvese à su casa. Derramasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derramasele à èl la melancolia por el corazon, como si estuviesse obligada la naturaleza à dar señales de las venideras desgracias, con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto, y Christiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el Cielo. Llega Cipion à Africa, tropieza en saltando en tierra, tienenlo por mal aguero sus Soldados, pero èl abrazandose con el suelo, dixo: No te me podràs huir, Africa, porque te tengo asida, y entre mis brazos. Assi que, Sancho, el aver encontrado con estas Imagenes, ha sido para mì felicissimo acontecimiento. Yo assi lo creo, respondiò Sancho, y querrìa, que vuestra merced me dixesse, què es la causa porque dicen los Españoles, quando quieren dàr alguna batalla, invocando aquel San Diego mata Moros, Santiago, y cierra España? Està por ventura España abierta, y de modo, que es menester cerrarla? ò què ceremonia es esta? Simplicissimo eres, Sancho, respondiò Don Quixote, y mira, que este gran Cavallero de la Cruz bermeja hasselo dado Dios à España por Patron, y amparo suyo, especialmente en los rigorosos trances, que con los Moros los Españoles han tenido, y assi le invocan, y llaman, como à defensor suyo en todas las batallas que acometen; y muchas veces le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo, y matando los Agarenos esquadrones, y de esta verdad te pudiera traer muchos exemplos, que en las verdaderas Historias Españolas se cuentan. Mudò Sancho platica, y dixo à su amo: Maravillado estoy, señor de la desemboltura de Altisidora la doncella de la Duquesa, bravamente la debe de tener herida, y traspassada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz cieguezuelo, que con estàr lagañoso, ò por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta, y traspassa de parte à parte con sus flechas. He oìdo decir tambien, que en la verguenza, y recato de las doncellas se despuntan, y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dixo Don Qui-

xo.

xote, que el Amor, ni mira respetos, ni guarda terminos de razon en sus discursos; y tiene la misma condicion que la muerte, que assi acomete los altos Alcazares de los Reyes, como las humildes chozas de los Pastores; y quando toma entera posseſsion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor, y la verguenza; y assi, sin ella declarò Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho, antes confusion, que lastima. Crueldad nocoria! dixo Sancho: desagradecimiento inaudito! yo de mi sè decir, que me rindiera, y avassallàra la mas minima razon amorosa suya: hi de puta, y què corazon de marmol, què entrañas de bronce, y què alma de argamassa; pero no puedo pensar, què es lo que viò esta doncella en vuestra merced, que assi la rindiesse, y avassallasse, què gala, què brio, què donayre, què rostro: que cada cosa por sì de estas, ò todas juntas, la enamoraron? que en verdad, en verdad, que muchas veces me pàro à mirar à vuestra merced desde la punta del pie hasta el ultimo cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar, que para enamorar; y aviendo yo tambien oìdo decir, que la hermosura es la primera, y principal parte, que enamora, no teniendo vuestra merced ninguna, no sè yo de què se enamora la pobre. Advierte, Sancho, respondiò Don Quixote, que ay dos maneras de hermosura, una del alma, y otra del cuerpo; la del alma campea, y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad, y en la buena crianza; y todas estas partes caben, y pueden estàr en un hombre feo; y quando se pone la mira en esta hermosura, y no en la de el cuerpo, suelen hacer al amor con imperu, y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso; pero tambien conozco, que no soy disforme, y bastale à un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma, que se he dicho. En estas razones, y platicas se iban entrando por una selva, que fuera del camino estaba; y à deshora, sin pensar en ello, se hallò Don Quixote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos arbolos à otros estaban tendidas; y sin poder imaginar què pudiesse ser aquello, dixo à Sancho: Pareceme, Sancho, que esto de estas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras, que pueda imaginar; que me maten si los Encantadores, que me persiguen, no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino, como en venganza de la riguridad, que con Altisidora he tenido; pues mandoles yo, que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durissimos diamantes, ò mas fuertes, que aquella con que el Dios de los Herreros enredò à Venus, y à Marte, assi las rompiera como si fueran de juncos marinos, ù de hilachas de algodon; y queriendo passar adelante, y romperlo todo, al improviso se le ofre-

ofrecieron delante, saliendo de entre unos arboles, dos hermosissimas Pastoras, à lo menos vestidas como Pastoras, sino que los pellicos, y sayas eran de fino brocado: digo, que las sayas eran riquissimos faldellines de rabi de oro: traìan los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo Sol, los quales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel, y de roxo amaranto texidas: la edad, al parecer, ni baxaba de los quince, ni passaba de los diez y ocho: vista fue esta, que admirò à Sancho, suspendiò à Don Quixote, y hizo parar al Sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio à todos quatro: en fin, quien primero hablò fue una de las dos Zagalas, que dixo à Don Quixote: Detened, señor Cavallero, el passo, y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro passatiempo, aì estàn tendidas: y porque se que nos aveis de preguntar, para què se han puesto, y quien somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una Aldea, que està hasta dos leguas de aqui, donde ay mucha gente principal, y muchos hidalgos, y ricos, entre muchos amigos, y parientes se concertò en que con sus hijos, mugeres, y hijas, vecinos, amigos, y parientes, nos viniessemos a holgar à este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva, y pastoril Arcadia, vistiendonos las doncellas de Zagalas, y los mancebos de Pastores: traemos estudiadas dos Eglogas, una del famoso Poeta Garcilaso, y otra del Excelentissimo Camoes, en su misma lengoa Portuguesa, las quales hasta aora no hemos representado: ayer fue el primero dia que aqui llegamos; tenèmos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de Campaña; en el margen de un abundoso arroyo, que todos estos prados fertiliza, tendimos la noche passada estas redes entre estos arboles, para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruìdo vinieren à dar en ellas: si gustais, señor, de ser nuestro huesped, sereis agassajado liberal, y cortesmente, porque por aora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre, ni la melancolìa; callò, y no dixo mas. A lo que respondiò Don Quixote: Por cierto, hermossissima señora, que no debiò de quedar mas suspenso, ni admirado Anteon, quando viò al improviso bañarse en las aguas à Diana, como yo he quedado atonito en vèr vuestra belleza; alabo el assumpto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco, y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas, me lo podeis mandar; porque no es otra la profession mia, sino de mostrarme agradecido, y bienhechor con todo genero de gente, en especial con la principal, que vuestras personas representa; y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redon-

dez

dèz de la tierra, buscára yo nuevos mundos por do passar sin romperlas. Y porque deis algun credito à esta mi exageracion, ved que os lo promete por lo menos Don Quixote de la Mancha, si es que ha llegado à vuestros oìdos este nombre. Ay amiga de mi alma, dixo entonces la otra Zagala, y què ventura tan grande nos ha sucedido! Vès este señor, que tenemos delante? pues hagote saber, que es el mas valiente, el mas enamorado, y el mas comedido de todo el mundo; sino es que nos mienta, y nos engañe una Historia, que de sus hazañas anda impressa, y yo he leìdo; yo apostarè, que este buen hombre que viene configo, es un tal Sancho Panza su escudero, à cuyas gracias no ay ningunas que se le igualen. Assi es la verdad, dixo Sancho, que yo soy esse gracioso, y esse escudero, que vuestra merced dice: y este señor es mi amo, el mismo D. Quixote de la Mancha, historiado, y referido. Ay! dixo la otra, suplìquemosle, amiga, que se quede, que nuestros padres, y nuestros hermanos gustaràn infinito de ello, que tambien he oìdo yo decir de su valor, y de sus gracias lo mismo que tu me has dicho; y sobre todo, dicen de èl, que es el mas firme, y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinèa del Toboso, à quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dixo Don Quixote, si yà no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canseis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dexan reposar en ningun cabo. Llegò en esto adonde los quatro estaban, un hermano de una de las dos Pastoras, vestido assimismo de Pastor, con las riquezas, y galas, que à las de las Zagalas correspondia; contaronle ellas, que el que con ellas estaba era el valeroso Don Quixote de la Mancha, y el otro, su escudero Sancho, de quien tenia èl ya noticia, por aver leìdo su Historia. Ofrecièsele el gallardo Pastor, pidièle, que se viniesse con èl à sus tiendas: huvolo de conceder Don Quixote, y assi lo hizo. Llegò en esto el ojeo, llenaronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caìan en el peligro de que iban huyendo: juntaronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de Pastores, y Pastoras vestidas; y en un instante quedaron enteradas de quienes eran Don Quixote, y su escudero; de que no poco contento recibieron, porque ya tenian de èl noticia por su Historia. Acudieron à las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes, y limpias; honraron à Don Quixote dandole el primer lugar en ellas; mirabanle todos, y admirabanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzò Don Quixote la voz, y dixo: Entre los pecados mayores que los hombres cometen (aunque algunos dicen que es la sobervia) yo digo que es el desagradecimiento, atenien-

niendome à lo que suele decirse, que de los desagradecidos está lleno el infierno: este pecado, en quante me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas; y quando estos no bastan, las publico, porque quien dice, y publica las buenas obras, que recibe, tambien las recompensára si pudiera; porque por la mayor parte, los que reciben son inferiores à los que dàn; y assi es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dadivas del hombre à las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrecheza, y cortedad, en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido à la merced que aqui se me ha hecho, no pudiendo corresponder à la misma medida, conteniendome en los estrechos limites de mi poderio, ofrezco lo que puedo, y lo que tengo de mi cosecha; y assi digo, que sustentaré dos dias naturales en mitad de este camino real, que và à Zaragoza, que estas señoras Zagalas contrahechas, que aqui están, son las mas hermosas doncellas, y mas corteses, que ay en el mundo, exceptuada solo la sin par Dulcinea del Toboso, unica señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de quantos, y quantas me escuchan. Oyendo lo qual Sancho, que con grande atencion le avia estado escuchando, dando una gran voz, dixo: Es posible que aya en el mundo personas, que se atrevan à decir, y à jurar, que este mi señor es loco? digan vuestras mercedes, señores Pastores, ay Cura de Aldea, por discreto, y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho, ni ay Cavallero Andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aqui ha ofrecido? Bolviòse Don Quixote à Sancho, y encendido el rostro, y colerico, le dixo: Es posible, ò Sancho, que aya en todo el Orbe alguna persona que diga, que no eres tonto, aforrado de lo mismo, con no sè que ribetes de malicioso, y de bellaco? Quien te mete à ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto, ò majadero? Calla, y no me repliques, si no, ensilla, si està desensillado Rocinante, y vamos à poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que và de mi parte, puedes dar por vencidos à todos quantos quisieren contradecirla: y con gran furia, y muestras de enojo se levantò de la silla, dexando admirados à los circunstantes, haciendoles dudar, si le podian tener por loco, ò por cuerdo. Finalmente, aviendole persuadido, que no se pusiesse en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su animo valeroso, pues bastaban las que en la Historia de sus hechos se referian, con todo eso saliò Don Quixote con

su

ſu intencion, y puesto ſobre Rocinante, embrazando ſu eſcudo, y tomando ſu lanza, ſe puſo en la mitad de un Real camino, que no lexos del verde prado eſtaba: ſiguiòle Sancho ſobre ſu rucio con toda la gente del paſtoral rebaño, deſeoſos de vèr en què paraba ſu arrogante, y nunca viſto ofrecimiento. Puesto, pues, Don Quixote en mitad del camino (como he dicho) hiriò el ayre con ſemejantes palabras: O voſotros, paſſageros, y viandantes, Cavalleros, eſcuderos, gente de à pie, y de à cavallo, que por eſte camino paſſais, ò aveis de paſſar en eſtos dias ſiguientes, ſabed, que Don Quixote de la Mancha, Cavallero Andante, eſtà aqui puesto para defender, que à todas las hermoſuras, y cortesìas del mundo exceden las que ſe encierran en las ninfas, habitadoras de eſtos prados, y boſques, dexando à un lado à la ſeñora de mi alma Dulcinèa de el Toboſo! por eſſo, el que fuere de parecer contrario, acuda, que aqui le eſpero. Dos veces repitiò eſtas miſmas razones, y dos veces no fueron oìdas de ningun Aventurero; pero la ſuerte, que ſus coſas iba encaminando de mejor en mejor, ordenò, que de alli à poco ſe deſcubrieſſe por el camino muchedumbre de hombres de à cavallo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropèl, y à gran prieſſa: no los huvieron bien viſto los que con Don Quixote eſtaban, quando bolviendo las eſpaldas, ſe apartaron bien lexos del caminò, porque conocieron, que ſi eſperaban, les podia ſuceder algun peligro: ſolo Don Quixote con intrepido corazon ſe eſtuvo quedo, y Sancho Panza ſe eſcudò con las ancas de Rocinante. Llegò el tropèl de los lanceros, y uno de ellos, que venìa mas delante, à grandes voces comenzò à decir à Don Quixote: Apartate, hombre del diablo, de el camino, que te harán pedazos eſtos toros. Ea, canalla, reſpondiò Don Quixote, para mì no ay toros que valgan, aunque ſean de los mas bravos que cria Xarama en ſus riberas: confeſſad, malandrines, aſsi à carga cerrada, que es verdad lo que yo aqui he publicado, ſi no, conmigo ſois en batalla. No tuvo lugar de reſponder el Baquero, ni Don Quixote le tuvo de deſviarſe, aunque quiſiera; y aſsi el tropèl de los toros bravos, y el de los manſos cabeſtros, con la multitud de los Baqueros, y otras gentes, que à encerrar los llevaban à un Lugar, donde otro dia avian de correrſe, paſſaron ſobre Don Quixote, y ſobre Sancho, Rocinante, y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echandoles à rodàr por el ſuelo. Quedò molido Sancho, eſpantado Don Quixote, aporreado el rucio, y no muy catholico Rocinante; pero en fin ſe levantaron todos, y Don Quixote à gran prieſſa, tropezando aqui, y cayendo alli, comenzò à correr tras la bacada, diciendo à voces: Deteneos, y eſperad, canalla malandrina, que un ſolo Cavallero os eſpera, el qual no tiene con-

condicion, ni es de parecer de los que dicen, que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata; pero no por esso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron mas caso de sus amenazas, que de las nubes de antaño. Detuvole el cansancio à Don Quixote, y mas enojado, que vengado, se sentò en el camino, esperando à que Sancho, Rocinante, y el Rucio llegassen: Llegaron, bolvieron à subir amo, y mozo, y sin bolver à despedirse de la Arcadia fingida, ò contrahecha, y con mas verguenza, que gusto, siguieron su camino.

CAP. LIX. *Donde se cuenta el extraordinario sucesso, que se puede tener por aventura, que le sucediò à Don Quixote.*

AL polvo, y al cansancio que Don Quixote, y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorriò una fuente clara, y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la qual, dexando libres, sin jachima, y freno al Rucio, y à Rocinante, los dos assendereados amo, y mozo se sentaron; acudiò Sancho à la reposteria de sus alforjas, y de ellas sacò de lo que èl solia llamar condumio: enjugòse la boca, lavòse D. Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron alientò los espiritus desalentados: no comia Don Quixote de puro pesaroso, ni Sancho ossaba tocar à los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba à que su señor hiciesse la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan à la boca, abriò la suya, y atropellando por todo genero de crianza, comenzò à embaular en el estomago el pan, y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dixo Don Quixote, sustenta la vida, que mas que à mi te importa, y dexame morir à mi à manos de mis pensamientos, y à fuerza de mis desgracias: yo, Sancho, nacì para vivir muriendo, y tu para morir comiendo; Y porque veas que te digo verdad en esto, consideraime impresso en Historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de Principes, y solicitado de doncellas: al cabo, al cabo, quando esperaba palmas, triunfos, y coronas, grangeadas, y merecidas por mis valerosas hazañas, me heviste esta mañana pisado, acoceado, y molido de los pies de animales inmundos, y soeces; esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entumece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera, que pienso dexarme morir de hambre: muerte la mas cruel de las muertes. De essa manera, dixo Sancho (sin dexar de mascar aprieta) no aprobarà V. md. aquel refran que dicen, muera Marta, y muera harta; yo à lo menos no pienso matarme à mi mismo, antes pienso hacer como el Zapatero, que tira el cuero con los dientes, hasta que le hace llegar donde èl quiere; yo tirarè mi vida comiendo, hasta que lle-

llegue al fin, que le tiene determinado el Cielo; y sepa, señor, que no ay mayor locura, que la que toca en querer desesperarse; coma vuestra merced, y creame, y despues de comido echese à dormir un poco sobre los colchones verdes de estas yervas, y verà como quando despierte se hallà algo mas aliviado. Hizolo assi D. Quixote, pareciendole, que las razones de Sancho mas eran de Filosofo, que de mentecato; y dixole: Si tu (ò Sancho!) quisiesses hacer por mi lo que yo aora te dirè, serian mis alibios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tu te desviasses un poco lexos de aqui, y con las riendas de Rocinante, echando al ayre tus carnes, te dijesses trescientos, ò quatrocientos azotes à buena cuenta de los tres mil y tantos, que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lastima, no pequeña, que aquella pobre señora este encantada por tu descuido, y negligencia. Ay mucho que decir en esso, dixo Sancho, durmamos por aora entrambos, y despues Dios dixò lo que serà. Sepa vuestra merced, que esto de azotarse un hombre à sangre fria, es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado, y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que quando menos se cate me verà hecho una criva de azotes, y hasta la muerte todo es vida; quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciendoselo Don Quixote, comiò algo, y Sancho mucho, y echaronse à dormir entrambos, dexando à su alvedrìo, y sin orden alguna, pacer de abundosa yerva, de que aquel prado estaba lleno; à los dos continuos compañeros, y amigos, Rocinante, y el Rucio. Despertaron algo tarde, bolvièron à subir, y à seguir su camino, dandose priessa para llegar à una Venta, que al parecer, una legua de alli se descubria: digo que era Venta, porque Don Quixote la llamò assi, fuera del uso que tenia de llamar à todas las Ventas Castillos. Llegaron, pues, à ella: preguntaron al huesped, si avia posada? Fueles respondido, que si, con toda la comodidad, y regalo, que se pudierà hallar en Zaragoza. Apearonse, y recogiò Sancho su reposterìa en un aposento, de quien el huesped le diò la llave. Llevò las bestias à la cavallerìza, echòles sus piensos, salió à vèr lo que Don Quixote (que estaba sentado sobre un poyo) le mandaba, dando particulares gracias al Cielo de que à su amo no le huviesse parecido Castillo aquella Venta. Llegòse la hora del cenar, recogieronse à su estancia, preguntò Sancho al huesped, que què tenia para darles de cenar? A lo que el huesped respondio, que su boca serìa medida, y assi que pidiesse lo que quisiesse, que de las pajaritas de el ayre, de las aves de la tierra, y de los pescados del mar estaba proveida aquella Venta. No

es

es menester tanto, respondiò Sancho, que con un par de pollos que nos assen, tendrèmos lo suficiente, porque mi señor es delicado, y come poco, y yo no soy traganton en demasìa. Respondiòle el huesped, que no tenia pollos, porque los milanos los tenian assolados. Pues mande el señor huesped, dixo Sancho, assar una polla, que sea tierna. Polla, mi padre, respondiò el huesped, en verdad que embiè ayer à la Ciudad á vender mas de cinquenta; pero fuera de pollas, pida vuestra merced lo que quisiere. De essa manera, dixo Sancho, no faltarà ternera, ò cabrito. En casa, por aora, respondiò el huesped, no lo ay, porque se ha acabado, pero la semana que viene lo avrà de sobra. Medrados estamos con esso, respondiò Sancho; yo pondrè que se vienen à resumir todas estas faltas en las sobras, que debe de aver de tocino, y huevos. Por Dios, respondiò el huesped, que es gentil relente el que mi huesped tiene; pues hele dicho, que ni tengo pollas, ni gallinas, y quiere que tenga huevos? discurra, si quisiere, por otras delicadezas, y dexese de pedir gallinas. Resolvamonos, cuerpo de mì, dixo Sancho, y digame finalmente lo que tiene, y dexese de discurrimientos, señor huesped. Dixo el Ventero: Lo que real, y verdaderamente tengo, son dos uñas de baca, que parecen manos de ternera, ù dos manos de ternera, que parecen uñas de baca: estàn cocidas con sus garbanzos, cebollas, y tocino, y la hora de aora estàn diciendo, comeme, comeme. Por mias las marco desde aquì, dixo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagarè mejor que otro, porque para mì ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no le me darìa nada que fuessen manos, como fuessen uñas. Nadie las tocarà, dixo el Ventero, porque otros huespedes que tengo, de puro principales traen consigo Cocinero, Despensero, y Reposteria. Si por principales và, dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que èl trae no permite Despensas, ni Botillerìas: aì nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas, ù de nisperos. Esta fue la platica que Sancho tuvo con el Ventero, sin querer Sancho passar adelante en responderle, que yà le avia preguntado, què oficio, ò què exercicio era el de su amo? Llegòse, pues, la hora de cenar, recogiòse à su estancia Don Quixote, traxo el huesped la ollà assi como estaba, y sentòse à cenar muy de proposito. Parece ser, que en otro aposento, que junto al de Don Quixote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyò decir Don Quixote: Por vida de vuestra merced, señor Don Geronymo, què en tanto que traen la cena leamos otro Capitulo de la Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha. Apenas oyò su nombre Don Quixote, quando se puso en pie, y con oido alerto escuchò lo que de èl tratàban, y oyò, que el tal Don Ge-

ronymo referido, respondiò: Para què quiere vuestra merced, señor Don Juan, que leamos essos disparates, si el que huviere leido la Primera Parte de la Historia de Don Quixote de la Mancha, no es possible, que pueda tener gusto en leer esta Segunda? Con todo esso, dixo el Don Juan, será bien leerla, pues no ay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena. Lo que mas en mi en este mas desplace es, que pinta à Don Quixote yà desenamorado de Dulcinèa del Toboso. Oyendo lo qual Don Quixote, lleno de ira, y de despecho, alzò la voz, y dixo: Quien quiera que diga, que Don Quixote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar à Dulcinèa del Toboso, yo le harè entender con armas iguales, que yerra muy lexos de la verdad, porque essa sin par Dulcinèa del Toboso, ni puede ser olvidada, ni en D. Quixote puede caber olvido; su blasòn es la firmeza, y su profession el guardarla con suavidad, y sin hacerse fuerza alguna. Quien es el que nos responde? respondieron del otro aposento. Quien ha de ser, respondiò Sancho, sino el mismo Don Quixote de la Mancha, que dirà bueno quanto ha dicho, y aùn quanto dixere, que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas huvo dicho esto Sancho, quando entraron por la puerta de su aposento dos Cavalleros, que tales no parecian, y uno de ellos, echando los brazos al cuello de Don Quixote, le dixo: Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quixote de la Mancha, norte, y lucero de la Andante Cavalleria, à despecho, y pesar de el que ha querido usurpar vuestro nombre, y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el Autor de este Libro, que aqui os entrego; y poniendole un Libro en las manos, que traìa su compañero, le tomò Don Quixote, y sin responder palabra comenzò a hojearle, y de alli à un poco se le bolviò diciendo: En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este Autor, dignas de reprehension. La primera es, algunas palabras que he leìdo en el Prologo. La otra, que el lenguage es Aragonès, porque tal vez escrive sin Articulos. Y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es, que yerra, y se desvìa de la verdad en lo mas principal de la Historia; porque aqui dice, que la muger de Sancho Panza mi escudero se llama Mari-Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrà temer, que yerre en todas las demàs de la Historia. A esto dixo Sancho: Donosa cosa de Historiador! Por cierto bien debe de estàr en el cuento de nuestros sucessos, pues llama à Teresa Panza mi muger Mari Gutierrez; torne à tomar el Libro, señor, y mire si ando yo por aì, y si me ha mudado el nombre. Por lo que he oido hablar, amigo, dixo Don Geronymo, sin duda debeis de ser Sancho.

Panza, el escudero del señor Don Quixote? Si soy, respondiò Sancho, y me precio de ello. Pues à fee, dixo el Cavallero, que no os trata este Autor con la limpieza, que en vuestra persona se muestra: os pinta comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro de el Sancho, que en la Primera Parte de la Historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dixo Sancho, dexàrame en mi rincòn, sin acordarse de mì, porque quien las sabe las tañe, y bien se està San Pedro en Roma. Los dos Cavalleros pidieron à Don Quixote se passasse à su estancia à cenar con ellos, que bien sabìan, que en aquella Venta no avia cosas pertenecientes para su persona. Don Quixote, que siempre fue comedido, condescendiò con su demanda, y cenò con ellos; quedòse Sancho con la olla con mero mixto imperio: sentòse en cabecera de mesa, y con èl el Ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos, y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntò Don Juan à Don Quixote, què nuevas tenia de la señora Dulcinèa del Toboso, si se avia casado, si estaba parida, ò preñada, ò si estando en su entereza se acordaba (guardando su honestidad, y buen decoro) de los amorosos pensamientos de el señor Don Quixote? A lo que respondiò: Dulcinèa se està entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca; las correspondencias en su sequedad antigua; su hermosura en la de una soèz Labradora transformada; y luego les fue contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinèa, y lo que le avia sucedido en la Cueba de Montesinos, con la orden que el sàbio Merlin le avia dado para desencantarla, que fue la de los azotes de Sancho. Sumo fue el contento que los dos Cavalleros recibieron de oìr contar à Don Quixote los estraños sucessos de su Historia; y assi quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba; aqui le tenian por discreto, y allì se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse què grado le darian entre la discrecion, y la locura. Acabò de cenar Sancho, y dexando hecho equis al Ventero, se passò à la estancia de su amo; y en entrando dixo: Que me maten, señores, si el Autor de este Libro que vuestras mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos; yo querria, que yà que me llama comilòn, como vuestras mercedes dicen, no me llamasse tambien borracho. Sì llama, dixo D. Geronymo, pero no me acuerdo en què manera, aunque sè, que son mal sonantes las razones, y ademas mentirosas, segun yo hecho de ver en la fisonomìa del buen Sancho, que està presente. Creanme vuestras mercedes, dixo Sancho, que el Sancho, y el Don Quixote de essa Historia, deben de ser otros, que los que andan en aquella, que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros; mi amo valiente, discreto, y enamorado; y yo simple, gracioso, y no co-

medor, ni borracho. Yo assi lo creo, dixo Don Juan; y si fuera possible, se avia de mandar, que ninguno fuera ossado à tratar de las cosas del gran Don Quixote, sino fuesse Cide Hamete su primer Autor: bien assi como mandò Alexandro, que ninguno fuesse ossado à retratarle, sino Apeles. Retrateme el que quisiere, dixo Don Quixote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo Don Juan, se le puede hacer al señor Don Quixote, de quien èl no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que à mi parecer es fuerte, y grande. En estas, y otras platicas se passò gran parte de la noche; y aunque Don Juan quisiera, que Don Quixote leyera mas del libro, por vèr lo que discantaba, no lo pudieron acabar con èl, diciendo, que èl lo daba por leido, y lo confirmaba por todo necio; y que no queria, si acaso llegasse à la noticia de su Autor, que le avia tenido en sus manos, se alegrasse con pensar que le avia leìdo, pues de las cosas obscenas, y torpes, los pensamientos se han de apartar, quanto mas los ojos. Preguntaronle, què donde llevaba determinado su viage? Respondiò, que à Zaragoza à hallarse en las Justas del Arnès, que en aquella Ciudad suelen hacerse todos los años. Dixole Don Juan, que aquella nueva Historia contaba, como Don Quixote, sea quien se quisiere, se avia hallado en ella en una Sortija: falta de invencion, pobre de letras, pobrissima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondiò Don Quixote, no pondrè los pies en Zaragoza; y assi sacarè à la plaza del mundo la mentira de esse Historiador moderno, y echarán de vèr las gentes, como yo no soy el Don Quixote que èl dice. Harà muy bien, dixo Don Geronymo; y otras Justas ay en Barcelona, donde podrà el señor Don Quixote mostrar su valor. Assi lo pienso hacer, dixo Don Quixote; y vuestras mercedes me dèn licencia (pues yà es hora) para irme al lecho, y me tengan, y pongan en el numero de sus mayores amigos, y servidores. Y à mì tambien, dixo Sancho, quizà serè bueno para algo. Con esto se dispidieron, y Don Quixote, y Sancho se retiraron à su aposento, dexando à Don Juan, y à Don Geronymo admirados de vèr la mezcla que avia hecho de su discrecion, y de su locura; y verdaderamente creyeron, que estos eran los verdaderos Don Quixote, y Sancho, y no los que describia su Autor Aragonès. Madrugò Don Quixote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidiò de sus huespedes: pagò Sancho al Ventero magnificamente, y aconsejòle, que alabasse menos la provision de su Venta, ò la tuviesse mas proveìda.

*** *** ***

CAP. LX. *De lo que sucediò à Don Quixote yendo à Barcelona.*

ERA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que Don Quixote saliò de la Venta, informandose primero qual era el mas derecho camino para ir à Barcelona, sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso à aquel nuevo Historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucediò, pues, que en mas de seis dias no le sucediò cosa digna de ponerse en escritura; al cabo de los quales, yendo fuera de camino, le tomò la noche entre unas espesas encinas, ò alcornoques (que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete, que en otras cosas suele.) Apearonse de sus bestias amo, y mozo, y acomodandose à los troncos de los arboles, Sancho, que avia merendado aquel dia, se dexò entrar de rondòn por las puertas del sueño; pero Don Quixote, à quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, antes iba, y venia con el pensamiento por mil generos de lugares; yà le parecia hallarse en la Cueba de Montesinos; yà vèr brincar, y subir sobre su pollina à la convertida en Labradora Dulcinèa; yà, que le sonaban en los oìdos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones, y diligencias, que se avian de hacer, y tener en el desencanto de Dulcinèa: desesperabase de vèr la floxedad, y caridad poca de Sancho su escudero, pues à lo que creìa, solo cinco azotes se avia dado: numero desigual, y pequeño para los infinitos que le faltaban; y de esto recibiò tanta pesadumbre, y enojo, que hizo este discurso: Si nudo Gordiano cor-

cortò el Magno Alexandro, diciendo: Tanto monta cortar, como desatar, y no por esso dexò de ser universal Señor de toda la Asia, ni mas, ni menos podria suceder aora en el desencanto de Dulcinèa, si yo azotasse à Sancho à pesar suyo: que si la condicion de este remedio està en que Sancho reciba los tres mil, y tantos azotes, què se me dà à mì que se los dè èl, ò que se los dè otro, pues la substancia està en que èl los reciba, lleguen por do llegaren: con esta imaginacion se llegò à Sancho, aviendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodandolas en modo que pudiesse azotarle con ellas, comenzòle à quitar las cintas (que es opinion, que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los greguescos) pero apenas huvo llegado, quando Sancho despertò en todo su acuerdo, y dixo: Què es esto? quien me toca, y desencinta? Yo soy, respondiò Don Quixote, que vengo à suplir tus faltas, y à remediar mis trabajos; vengote à azotar, Sancho, y à descargar en parte la deuda à que te obligaste. Dulcinèa perece, tù vives en descuido, yo muero deseando, y assi desatacate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad, por lo menos, dos mil azotes. Esso no, dixo Sancho, vuestra merced se estè quedo; si no, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos; los azotes à que yo me obligue, han de ser voluntarios, y no por fuerza, y aora no tengo gana de azotarme, basta que doy à vuestra merced mi palabra de vapularme, y mosquearme quando en voluntad me viniere. No sy dexarlo à tu cortesìa, Sancho, dixo Don Quixote, porque eres duro de corazon, y aunque villano, blando de carnes; y assi procuraba, y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo qual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo à su amo, se abrazò con èl à brazo partido, y echandole una zancadilla, diò con èl en el suelo boca arriba: pusole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las suyas de modo, que ni le dexaba rodear, ni alentar. Don Quixote le decia: Còmo, traydor, con tu amo, y señor natural te desmandas? Con quien te dà su pan, te atreves? Ni quito Rey, ni pongo Rey, respondiò Sancho, sino ayudome à mì, que soy mi señor: vuestra merced me prometa, que se estarà quedo, y no tratarà de azotarme por aora, què yo le dexarè libre, y desembarazado; donde no, aqui morirás, traydor enemigo de Doña Sancha. Prometiòselo Don Quixote, y jurò por vida de sus pensamientos, no tocarle en el pelo de la ropa, y que dexaria à su voluntad, y alvedrìo el azotarse quando quisiesse. Levantòse Sancho, y desviòse de aquel lugar un buen espacio, y yendo à arrimarse à otro arbol, sintiò que le tocaban en la cabeza; y alzando las manos, topò con dos pies de persona con capatos, y calzas: temblò de mie-

do:

do; acudiò à otro arbol, y sucediòle lo mismo: diò voces llamando à Don Quixote, que le favoreciesse. Hizolo assi Don Quixote, y preguntandole, què le avia sucedido, y de què tenia miedo? Le respondiò Sancho, que todos aquellos arboles estaban llenos de pies, y de piernas humanas. Tentòlos Don Quixote, y cayò luego en la cuenta de lo que podia ser; y dixole à Sancho: No tienes de què tener miedo, porque estos pies, y piernas que tientas, y no vès, sin duda son de algunos foragidos, y vandoleros, que en estos arboles estàn ahorcados, que por aqui los suele ahorcar la Justicia, quando los coge, de veinte en veinte, y de treinta en treinta, por donde me doy à entender, que debo de estàr cerca de Barcelona: y assi era la verdad, como èl lo avia imaginado. Al parecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos arboles, que eran cuerpos de vandoleros. Yà en esto amanecia; y si los muertos los avian espantado, no menos los atribularon mas de quarenta Vandoleros vivos, que de improviso los rodearon, diciendoles en lengua Cathalana, que estuviessen quedos, y se detuviessen hasta que llegasse su Capitan. Hàllòse Don Quixote à pie, su cavallo sin freno, su lanza arrimada à un arbol, y finalmente sin defensa alguna; y assi tuvo por bien de cruzar las manos, è inclinar la cabeza, guardandose para mejor sazon, y coyuntura. Acudieron los Vandoleros à espulgar al rucio, y à no dexarle ninguna cosa de quantas en las alforjas, y la maleta traia; y avinole bien à Sancho, que en una ventiera, que tenia ceñida, venian los escudos de Duque, y los que avian sacado de su tierra: y con todo esso aquella buena gente le escardàra, y le mirára hasta lo que entre el cuero, y la carne tuviera escondido, si no llegára en aquella sazon su Capitan, el qual mostrò ser hasta de edad de treinta y quatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave, y color morena: venìa en un poderoso cavallo, vestida la acerada cota, y con quatro pistoletes, (que en aquella tierra se llaman pedreñales) à los dos lados; vìò que sus escuderos (que assi llaman à los que andan en aquel exercicio) iban à despojar à Sancho Panza: mandòles, que no lo hiciessen, y fue luego obedecido; y assi se escapò la ventiera. Admiròle vèr lanza arrimada al arbol, escudo en el suelo, y à Don Quixote armado, y pensativo, con la mas triste, y melancolica figura, que pudiera formar la misma tristeza. Llegòse à èl, diciendole: No esteis tan triste, buen hombre, porque no aveis caìdo en las manos de algun cruèl Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compassivas, que de rigorosas. No es mi tristeza, respondiò Don Quixote, aver caìdo en tu poder, ò valeroso Roque, cuya fama no ay limites en la tierra, que la encierren, sino por aver sido tal mi

mi descuido, que me ayan cogido tus Soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la Orden de la Andante Cavalleria, que professo, à vivir continuo alerta, siendo à todas horas centinela de mì mismo; porque te hago saber (ò gran Roque) que si me hallàran sobre mi cavallo con mi lanza, y con mi escudo, no les fuera muy facil rendirme, porque yo soy Don Quixote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el Orbe. Luego Roque Guiñart conociò, que la enfermedad de Don Quixote tocaba mas en locura, que en valentìa; y aunque algunas veces le avia oìdo nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir à que semejante humor reynasse en corazon de hombre, y holgòse en estremo de averle encontrado, para tocar de cerca lo que de lexos de èl avia oìdo; y assi le dixo: Valeroso Cavallero, no os despecheis, ni tengais à siniestra fortuna esta en que os hallais, que podia ser, que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezasse, que el Cielo por estraños, y nunca vistos rodèos (de los hombres no imaginados) suele levantar los caìdos, y enriquecer los pobres. Yà le iba à dàr las gracias Don Quixote, quando sintieron à sus espaldas un ruido como de tropèl de cavallos; y no era sino uno solo, sobre el qual venìa à toda furia un mancebo, al parecer hasta de veinte años, vestido de damasco verde, con passamanos de oro, greguescos, y saltambarca, con sombrero terciado à la valona, botas enceradas, y justas, espuelas, daga, y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos, y dos pistolas à los lados; al ruido bolviò Roque la cabeza, y viò esta hermosa figura, la qual en llegando à èl, dixo: En tu busca venìa, ò valeroso Roque, para hallar en tì, si no remedio, à lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sè, que no me has conocido, quiero decirte quien soy: Yo soy Claudia Geronyma, hija de Simòn Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que assimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario vando, y yà sabes, que este Torrellas tiene un hijo, que Don Vicente Torrellas se llama, ò à lo menos se llamaba no hà dos horas. Este, pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te dirè en breves palabras la que me ha causado. Viòme, requebròme, escuchèle, enamorème à hurto de mi padre, porque no ay muger, por retirada que estè, y recatada que sea, à quien no le sobre tiempo para poner en execucion, y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, èl me prometiò de ser mi esposo, y yo le dì la palabra de ser suya, sin que en obras passassemos adelante. Supe ayer, que olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana àba à desposarse: nueva, que me turbò el sentido, y acabò la paciencia; y por no estàr mi padre en el Lugar, le tuve yo de poner-

me

me en el trage que vès; y apresurando el passo à esse cavallo, alcancè à Don Vicente obra de una legua de aqui, y sin ponerme à dàr quexas, ni à oìr disculpas, le dispare esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y à lo que creo le debì de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriendole puertas por donde, embuelta en su sangre, saliesse mi honra; alli lo dexo entre sus criados, que no ossaron, ni pudieron ponerse en su defensa; vengo à buscarte para que me passes à Francia, donde tengo parientes con quien viva; y assimismo à rogarte defiendas à mi padre, porque los muchos de Don Vicente no se atrevan à tomar en èl desaforada venganza. Roque, admirado de la gallardìa, bizarrìa, buen talle, y sucesso de la hermosa Claudia, la dixo: Vèn, señora, y vamos à vèr si es muerto tu enemigo, que despues verèmos lo que mas te importare. Don Quixote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia avia dicho, y lo que Roque Guiñart respondiò, dixo: No tiene nadie para què tomar trabajo en defender à esta señora, que lo tomo yò à mi cargo; denme mi cavallo, y mis armas, y esperenme aqui, que yo irè à buscar à esse Cavallero, y muerto, ò vivo le harè cumplir la palabra prometida à tanta belleza. Nadie dude esto, dixò Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no hà muchos dias, que hizo casar à otro, que tambien negaba à otra doncella la palabra; y fuera fuera porque los encantadores, que le persiguen, le mudaron su verdadera figura en la de un Lacayo, esta fuera la hora, que yà la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas à pensar en el sucesso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo, y mozo, no las entendiò, y mandando, à sus escuderos, que bolviessen à Sancho todo quanto le avian quitado del rucio, mandandoles assimismo, que se retirassen à la parte donde aquella noche avian estado alojados, luego se partiò con Claudia à toda priessa à buscar à el herido, ò muerto Don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontrò Claudia, y no hallaron en èl sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recueso arriba alguna gente, y dieronse à entender (como era la verdad) que debìa de ser Don Vicente, à quien sus criados, ò muerto, ò vivo llevaban, ò para curarle, ò para enterrarle; dieronse priessa à alcanzarlos, que como iban despacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron à Don Vicente en los brazos de sus criados, à quien con cansada, y debilitada voz rogaba, que le dexassen alli morir, porque el dolor de las heridas no consentia, que mas adelante passasse. Arrojaronse de los cavallos Claudia, y Roque; llegaronse à èl, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbò en vèr

la

la de Don Vicente; y assi, entre enternecida, y rigurosa se llegò à èl, y asiendole de las manos, le dixo: Si tù me dieras estas conforme à nuestro concierto, nunca tù te vieras en este passo. Abriò los casi cerrados ojos el herido Cavallero, y conociendo à Claudia, la dixo: Bien veo, hermosa, y engañada señora, que tù has sido la que me has muerto: pena no merecida, ni debida à mis deseos, con los quales, ni con mis obras no quise, ni supe ofenderte. Luego no es verdad, dixo Claudia, que ibas esta mañana à desposarte con Leonora, la hija del rico Balbastro? No por cierto, respondiò Don Vicente, mi mala fortuna te debiò de llevar essas nuevas, para que zelosa me quitasses la vida, la qual, pues la dexo en tus manos, y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa; y para asegurarte de esta verdad, aprieta la mano, y recibeme por esposo, si quisieres, que no tengo otra mayor satisfaccion que darte de el agravio, que piensas que de mì has recibido. Apretòle la mano Claudia, y apretòsele à ella el corazon, de manera, que sobre la sangre, y pecho de Don Vicente se quedò desmayada, y à èl le tomò un mortal parasismo. Confuso estaba Roque; y no sabìa què hacerse; acudieron los criados à buscar agua, que echarles en los rostros, y traxeronla, con que se los bañaron. Bolviò de su desmayo Claudia, pero no de su parasismo Don Vicente, porque se le acabò la vida. Visto lo qual de Claudia, aviendose enterado, que yà su dulce esposo no vivia, rompiò los ayres con suspiros, hiriò los Cielos con quexas, maltratò sus cabellos, entregandolos al viento: afeò su rostro con sus proprias manos, con todas las muestras de dolor, y sentimiento, que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. O cruèl, è inconsiderada muger, (decia) con què facilidad te moviste à poner en execucion tan mal pensamiento! O fuerza rabiosa de los zelos, à què desesperado fin conducìs à quien os dà acogida en su pecho! O esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia, te ha llevado de el talamo à la sepultura! Tales, y tan tristes eran las quexas de Claudia, que sacaron las lagrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados à verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayabase à cada passo Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza, y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guiñart ordenò à los criados de Don Vicente, que llevassen su cuerpo al Lugar de su padre, que estaba alli cerca, para que le diessen sepultura. Claudia dixo à Roque, que querìa irse à un Monasterio, donde era Abadesa una tia suya, en el qual pensàba acabar la vida, de otro mejor Esposo, y mas eterno acompañada. Alabòle Roque su buen proposito, ofreciòsele de acompañarla hasta donde qui-

quisiesse, y de defender à su padre de los parientes, y de todo el mundo, si ofenderle quisiesse. No quiso su compañia Claudia en ninguna manera; y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidiò de èl llorando. Los criados de Don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se bolviò à los suyos. Y este fin tuvieron los amores de Claudia Geronyma; pero què mucho, si texieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles, y rigorosas de los zelos! Hallò Roque Guiñart à sus escuderos en la parte donde les avia ordenado, y à Don Quixote entre ellos sobre Rocinante, haciendoles una platica, en que les persuadia dexassen aquel modo de vivir tan peligroso, assi para el alma, como para el cuerpo; pero como los mas eran Gascones, gente rustica, y desvaratada, no les entraba bien la platica de D. Quixote. Llegado que fue Roque, preguntò à Sancho Panza, si le avian buelto, y restituìdo las alhajas, y preseas que los suyos del rucio le avian quitado. Sancho respondiò, que si, sino que le faltaban tres tocadores que valian tres Ciudades. Què es lo que dices, hombre, dixo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales? Assi es, dixo D. Quixote; pero estimalos mi escudero en lo que ha dicho, por avermelos dado quien me los diò. Mandòselos bolver al punto Roque Guiñart; y mandando poner los suyos en ala, mandò traer alli delante de todos los vestidos, joyas, dineros, y todo aquello que desde la ultima reparticion avian robado; y haciendo brevemente el tanteo, bolviendo lo no repartible, y reduciendolo à dineros, lo repartiò por toda su compañia, con tanta legalidad, y prudencia, que no passò un punto, ni defraudò nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos, y pagados, dixo Roque à Don Quixote: Si no se guardasse esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. A lo que dixo Sancho: Segun lo que aqui he visto, es tan buena la justicia, que es necessaria que se use aun entre los mismos ladrones. Oyòlo un escudero, y arbolando el moche de un arcabuz, con el qual sin duda le abriera la cabeza à Sancho, si Roque Guiñart nó le diera voces, que se detuviesse. Pasmòse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviesse. Llegò en esto uno, ò algunos de aquellos escuderos, que estaban puestos por centinelas por los caminos, para vèr la gente que por ellos venìa, y dar aviso à su Mayor de lo que passaba; y este dixo: Señor, no lexos de aqui, por el camino que và à Barcelona, viene un gran tropel de gente. A lo que respondiò Roque: Has echado de vèr si son de los que nos buscan, ù de los que nosotros buscamos? No sino de los que nosotros buscamos, respondiò el escudero. Pues salid todos, replicò Roque, y traedmelos aqui luego,

sin

sin que se os escape ninguno. Hicieronlo assi; y quedando solos Don Quixote, Sancho, y Roque, aguardaron à ver lo que los escuderos traìan; y en este entretanto dixo Roque a Don Quixote: Nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quixote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos successos, y todos peligrosos: y no me maravillo que assi le parezca, porque realmente le confiesso, que no ay modo de vivir mas inquieto, ni mas sobresaltado, que el nuestro; à mi me han puesto en èl no sè què deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sossegados corazones: yo de mi natural soy compassivo, y bien intencionado; pero (como tengo dicho) el querer vengarme de un agravio, que se me hizo; assi dà con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado, à despecho, y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama à otro, y un pecado à otro pecado, hanse eslabonado las venganzas, de manera, que no solo las mias, pero las agenas tomo à mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir de èl à puerto seguro. Admirado quedò Don Quixote de oìr hablar à Roque tan buenas, y concertadas razones; porque èl se pensaba, que entre los de oficios semejantes de robar, matar, y saltear, no podia aver alguno, que tuviesse buen discurso. Y respondiòle; Señor Roque, el principio de la salud està en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el Medico le ordena; vuestra merced està enfermo, conoce su dolencia, y el Cielo, ò Dios (por mejor decir) que es nuestro Medico, le aplicarà medicinas, que le sanen, las quales suelen sanar poco à poco, y no de repente, y por milagro; y mas, que los pecadores discretos estan mas cerca de enmendarse, que los simples; y pues vuestra merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no ay sino tener buen animo, y esperar mejoria de la enfermedad de su conciencia: y si vuestra merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, vengase conmigo, que yo le enseñarè à ser Cavallero Andante, donde se passan tantos trabajos, y desventuras, que tomandolas por penitencia, en dos paletas le pondran en el Cielo. Rièse Roque del consejo de Don Quixote, à quien (mudando platica) contò el traxico successo de Claudia Geronyma, de que le pesò en estremo à Sancho, que no le avia parecido mal la belleza, desemboltura, y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos Cavalleros a cavallo, y dos peregrinos à pie, y un coche de mugeres, con hasta seis criados, que à pie, y à cavallo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas, que los Cavalleros traìan. Cogieronlos los escuderos en medio, guardando, vencidos, y vencedo-

res, gran silencio, esperando à que el gran Roque Guiñart hablasse; el qual preguntò à los Cavalleros, què quien eran, y donde iban, y què dinero llevaban? Uno de ellos le respondiò: Señor, nosotros somos dos Capitanes de Infanteria Española: tenèmos nuestras Compañias en Napoles, y vamos à embarcarnos en quatro Galeras, que dicen estàn en Barcelona, con orden de passar à Sicilia: llevamos hasta doscientos, ò trèscientos escudos, con que à nuestro parecer, vamos ricos, y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los Soldados no permite mayores tesoros. Preguntò Roque à los Peregrinos lo mismo que a los Capitanes. Fuele respondido, que iban à embarcarse para passar à Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales: quiso saber tambien, quien iba en el coche, y adonde, y el dinero que llevaban. Y uno de los de à cavallo dixo: Mi señora Doña Guiomàr de Quiñones, muger del Regente de la Vicarìa de Napoles, con una hija pequeña, una doncella, y una dueña, son las que vàn en el coche; acompañamosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dixo Roque Guiñart, que yà tenemos aqui novecientos escudos, y sesenta reales: mis Soldados deben de ser hasta sesenta, miresse à como le cabe à cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo: Viva Roque Guiñart muchos años, à pesar de los ladres, que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los Capitanes, entristeciòse la señora Regenta, y no se holgaron nada los Peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes. Tuvolos assi un rato suspenso Roque; pero no quiso que passasse adelante su tristeza, que yà se podia conocer à tiro de arcabùz; y bolviendose à los Capitanes, dixo: Vuestras mercedes, señores Capitanes, por cortesìa sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta Esquadra que me acompaña: porque el Abad de lo que canta yanta, y luego puedense ir su camino libre, y desembarazadamente, con un salvo conduto, que yo les darè, para que si toparen otras de algunas Esquadràs mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar à Soldado, ni à muger alguna, especialmente à las que son principales. Infinitas, y bien dichas fueron las razones con què los Capitanes agradecieron à Roque su cortesìa, y liberalidad, que por tal la tuvieron en dexarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomàr de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies, y las manos del gran Roque; pero èl no lo consintiò en ninguna manera; antes le pidiò perdon del agravio, que le avia forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandò la Regenta à un criado suyo diesse luego los ochen-

ochenta escudos, que le avian repartido; y ya los Capitanes avian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos à dar toda su miseria, pero Roque dixo, que se estuviessen quedos; y bolviendose à los suyos, les dixo: De estos escudos dos tocan à cada uno, y sobran veinte, los diez se den à estos peregrinos, y los otros diez à este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura; y trayendole aderezo de escrivir, de que siempre andaba provcido, Roque les diò por escrito un salvo conducto para los mayorales de sus esquadras; y despidiendose de ellos, los dexò ir libres, y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion, y estraño proceder, teniendole mas por un Alexandro Magno, que por ladron conocido. Uno de los escuderos dixo en su lengua Gascona, y Catalana: Este nuestro Capitan, mas es para Frade, que para Vandolero. Si de aqui adelante quisiere mostrarse liberal, sealo con su hacienda, y no con la nuestra. No lo dixo tan passo el desventurado, que dexasse de oirlo Roque, el qual, echando mano à la espada, le abriò la cabeza casi en dos partes; diciendole: De esta manera castigo yo à los deslenguados, y atrevidos. Pasmaronse todos, y ninguno le osò decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartòse Roque à una parte, y escrivìò una carta à un su amigo à Barcelona, dandole avisò como estaba consigo el famoso Don Quixote de la Mancha, aquel Cavallero Andante, de quien tantas cosas se decian; y que le hacìa saber, que era el mas gracioso, y el mas entendido hombre de el mundo; y que de allì à quatro dias, que era el de San Juan Bautista, se le pondrìa en mitad de la playa de la Ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su cavallo, y à su escudero Sancho sobre un asno; y que diesse noticia de esto à sus amigos los Niarros, para que con el se solazassen, que èl quisiera, que carecieran de este gusto los Cadellos sus contrarios; pero que esto era imposible, a causa que las locuras, y discreciones de Don Quixote, y los donayres de su escudero Sancho Panza, no podian dexar de dar gusto general à todo el mundo. Despachò estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el trage de Vandolero en el de un Labrador, entrò en Barcelona, y la diò à quien iba.

CAP. LXI. *De lo que sucedió à Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras, que tienen mas de lo verdadero, que de lo discreto.*

TRES dias, y tres noches estuvo Don Quixote con Roque, y si estuviera trecientos años no le faltára que mirar, y admirar en el modo de su vida; aqui amanecian, acullà comian; unas veces huian sin saber dé quien, y otras esperaban sin saber à quien. Dormian en pie, interrumpiendo el sueño, mudandose de un lugar à otro. Todo era poner espias, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque passaba las noches apartado de los suyos, en partes, y lugares donde ellos no pudiessen saber donde estaba; porque los muchos Vandos, que el Visorrey de Barcelona avia echado sobre su vida, le traian inquieto, y temeroso, y no se ossaba fiar de ninguno, temiendo, que los mismos suyos, ò le avian de matar, ò entregar à la Justicia: vida, pos cierto, miserable, y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos, y sendas encubiertas partieron Roque, Don Quixote, y Sancho, con otros seis escuderos à Barcelona. Llegaron à su playa vispera de San Juan en la noche, y abrazando Roque à Don Quixote, y à Sancho, à quien dió los dichos escudos prometidos, que hasta entonces no se los avia dado, los dexò, con mil ofrecimientos, que de la una à la otra parte se hicieron. Bolviòse Roque, y quedòse Don Quixote esperando el dia assi à cavallo como estaba; y no tardò mucho quando comenzò à descubrirse por los balcones de el Oriente la faz de la blanca Aurora, alegrando las yervas, y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido al son de muchas chirimias, y atabalillos, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta, de corredores, que al parecer de la Ciudad salian. Diò lugar la Aurora al Sol, que un rostro mayor, que el de una rodela por el mas baxo Orizonte, poco à poco se iba levantando. Tendieron Don Quixote, y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces de ellos no visto; parecióles espaciosissimo, y largo, harto mas que las Lagunas de Ruidera, que en la Mancha avian visto. Vieron las Galeras, que estaban en la playa, las quales abatiendo las Tiendas, se descubrieron llenas de flamulas, y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban, y barrian el agua: dentro sonaban Clarines, Trompetas, y Chirimias, que cerca, y lexos llenaban el ayre de suaves, y alegres acentos: comenzaron à moverse, y à hacer modo de escaramuza por las sossegadas aguas, correspondiendoles assi al mismo modo infinitos Cavalleros, que de la Ciudad sobre hermosos cavallos, y con vistosas

sas librèas saliam. Los Soldados de las Galeras disparaban infinita Artillerìa, à quien respondian los que estaban en las Murallas, y Fuertes de la Ciudad. La Artillerìa gruessa, con espantoso estruendo rompìa los vientos, à quien respondian los Cañones de cruxìa de las Galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el ayre claro, solo tal vez turbio del humo de la Artillerìa, parece que iba infundiendo, y engendrando gusto subito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho Panza, còmo pudiessen tener tantos pies aquellos bultos, que por el mar se movìan. En esto llegaron corriendo con grita, lililies, y algazara los de las librèas, adonde Don Quixote de la Mancha suspenso y atonito estaba; y uno de ellos, que era el avisado de Roque, dixo en alta voz à Don Quixote: Bien sea venido à nuestra Ciudad el espejo, el faròl, la estrella, y el norte de toda la Cavalleria Andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quixote de la Mancha; no el falso, no el ficticio, no el apocrifo, que en falsas Historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal, y el fiel, que nos descriviò Cide Hamete Benengeli, flor de los Historiadores. No respondiò Don Quixote palabra, ni los Cavalleros esperaron à que la respondiesse, sino bolviendose, y rebolviendose con los demàs, que los seguìan, comenzaron à hacer un rebuelto caracòl al rededor de Don Quixote, el qual bolviendose à Sancho, dixo: Estos bien nos han conocido; yo apostarè, que han leido nuestra Historia, y aùn la de el Aragonès, recien impressa. Bolviò otra vez el Cavallero, que hablò à Don Quixote, y dixole: Vuestra merced, señor Don Quixote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guiñart. A lo que Don Quixote respondiò: Si cortesìas engendran cortesìas, la vuestra, señor Cavallero, es hija, ò parienta muy cercana de las de el gran Roque; llevadme do quisieredes, que yo no tendrè otra voluntad, que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondiò el Cavallero; y encerrandole todos en medio, al son de las chirimìas, y de los atabales se encaminaron con èl à la Ciudad; al entrar de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos de ellos traviessos, y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron, y encaxaron sendos manojos de aliagas; sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto, de manera, que dando mil corcobos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quixote, corrido, y afrentado, acudiò à quitar el plumage de la cola

de su macelote, y Sancho el de su rucio. Quisieron, los que giaban à Don Quixote, castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian: bolvieron à subir Don Quixote, y Sancho con el mismo aplauso, y musica: llegaron à la casa de su guia, que era grande, y principal: en fin, como de Cavallero rico; donde le dexarèmos por aora, porque assi lo quiere Cide Hamete.

CAP. LXII. *De la aventura de la cabeza encantada; con otras niñerias, que no pueden dexar de contarse.*

DON Antonio Moreno se llamaba el huesped de Don Quixote, Cavallero rico, y discreto, y amigo de holgarse à lo honesto, y afable; el qual viendo en su casa à Don Quixote, andaba buscando modos como, sin su perjuicio, sacasse à plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni ay passatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fue, hacer desarmar à Don Quixote, y sacarle à vistas con aquel su estrecho, y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito, y pintado) à un balcon, que salìa à una calle de las mas principales de la Ciudad, à vista de las gentes, y de los muchachos, que como à mona le miraban. Corrieron de nuevo delante de èl los de las libreas, como si para èl solo (no para alegrar aquel festivo dia) se las huvieran puesto; y Sancho estaba contentissimo, por parecerle, que se avia hecho

hallado, sin saber como, ni como no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro Castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con Don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos, y tratando à Don Quixote como à Cavallero Andante; de lo qual, hueco, y pomposo, no cabia en sì de contento. Los donayres de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de la casa, y todos quantos le oìan. Estando à la mesa, dixo Don Antonio à Sancho: Acà tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco, y de albondiguillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro dia. No señor, no es assi, respondiò Sancho, engañado le han à vuestra merced, porque tengo mas de limpio, que de goloso; y mi señor Don Quixote, que està delante, sabe bien, que con un puño de bellotas, ù de nuezes nos solemos passar entrambos ocho dias; verdad es, que si tal vez me sucede, que me dèn la baquilla, corro con la soguilla; quiero decir, que como lo que me dàn, y uso de los tiempos como los hallo: y quien quiera que huviere dicho, que yo soy comedor aventajado, y no limpio, tengase por dicho, que no acierta, y de otra manera dixera esto, si no mirara à las barbas honrradas, que estàn à la mesa. Por cierto, dixo Don Quixote, que la parsimonia, y limpieza, con que Sancho come, se puede escrivir, y gravar en laminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es, que quando èl tiene hambre, parece algo tragon, porque come apriessa, y masca à dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto: y en el tiempo que fue Governador aprendiò à comer à lo melindroso, tanto, que comìa con tenedor las ubas, y aun los granos de la granada. Como, dixo Don Antonio, Governador ha sido Sancho? Sì, respondiò Sancho, y de una Insula llamada la Barataria, diez dias la governè à pedir de boca; en ellos perdì el sossiego, y aprendì à despreciar todos los Goviernos del mundo: salì huyendo de ella, caì en una Cueva, donde me tuve por muerto, de la qual salì vivo por milagro. Contò Don Quixote por menudo todo el sucesso del Govierno de Sancho, con que diò gran gusto à los oyentes. Levantados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano à Don Quixote, se entrò con èl en un apartado aposento, en el qual no avia otra cosa de adorno, que una mesa, al parecer, de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenìa, sobre la qual estaba puesta, al modo de las cabezas de los Emperadores Romanos, de los pechos arriba, una, que semejaba ser de bronce. Passeòse Don Antonio con D. Quixote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa; despues de lo qual, dixo: Aora, señor Don Quixote, que estoy

enterado, que no nos oye, ni escucha alguno, y està cerrada la puerta, quiero contar à vuestra merced una de las mas raras aventuras, ò por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condicion, que lo que à vuestra merced dixere, lo ha de depositar en los ultimos retretes del secreto. Assi lo juro, y respondiò Don Quixote, y aun le echarè una losa encima para mas seguridad; porque quiero que sepa vuestra merced, señor Don Antonio (que ya sabìa su nombre) que està hablando con quien, aunque tiene oìdos para oir, no tiene lengua para hablar; assi que con seguridad puede vuestra merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta, que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fee de essa promessa, respondiò Don Antonio, quiero poner à vuestra merced en admiracion con lo que viere, y oyere, y darme à mi algun alivio de la pena, que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba Don Quixote, esperando en què avian de parar tantas prevenciones. En esto, tomandole la mano Don Antonio, se la passeò por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe, sobre que se sostenìa; y luego dixo: Esta cabeza, señor Don Quixote, ha sido hecha, y fabricada por uno de los mayores encantadores, y hechiceros, que ha tenido el mundo, que creo era Polaco de nacion, y discipulo del famoso Escotillo, de quien tantas marabillas se cuentan; el qual estuvo aqui en mi casa, y por precio de mil escudos que le dì, labrò esta cabeza, que tiene propiedad, y virtud de responder à quantas cosas al oìdo le preguntaren: guardò rumbos, pintò caracteres, observò astros, mirò puntos, y finalmente, la sacò con la perfeccion que veremos mañana, porque los Viernes està muda, y oy que lo es nos ha de hacer esperar hasta mañana: en este tiempo podrà vuestra merced prevenirse de lo que querrà preguntar, que por experiencia sè que dice verdad en quanto responde. Admirado quedò Don Quixote de la virtud, y propriedad de la cabeza, y estuvo por no creer à Don Antonio; pero por vèr quan poco tiempo avia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa, sino que le agradecìa el averle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerrò la puerta Don Antonio con llave, y fueronse à la sala, donde los demas Cavalleros estaban. En este tiempo les avia contado Sancho muchas de las aventuras, y sucessos, que à su amo avian acontecido. Aquella tarde sacaron à passear à Don Quixote, no armado, sino de ruà, vestido un valandràn de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo: ordenaron con sus criados, que entretuviessen à Sancho, de modo, que no le dexassen salir de casa: iba Don Quixote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de

passo llano, y muy bien adereçado; pusieronle el valandran, y en las espaldas, sin que él lo viesse, le cosieron un pergamino, donde le escrivieron con letras grandes: *Este es Don Quixote de la Mancha.* En comenzando el passeo, llevaba el rotulo los ojos de quantos venìan à verle; y como leìan *este es Don Quixote de la Mancha*, admirabase Don Quixote de vèr, que quantos le miraban, le nombraban, y conocìan; y bolviendose à Don Antonio, que iba à su lado, le dixo: Grande es la prerrogativa, que encierra en sì la Andante Cavalleria, pues hace conocido, y famoso al que la professa por todos los terminos de la tierra; si no, mire vuestra merced, señor Don Antonio, que hasta los muchachos de esta Ciudad, sin nunca averme visto, me conoçen. Assi es, señor Don Quixote, respondiò Don Antonio, que assi como el fuego no puede estar escondido, y encerrado, la virtud no puede dexar de ser conocida, y la que se alcanza por la profession de las armas, resplandece, y campea sobre todas las otras. Acaeciò, pues, que yendo Don Quixote con el aplauso que se ha dicho, un Castellano, que leyò el rotulo de las espaldas, alzò la voz, diciendo: Valgate el diablo por Don Quixote de la Mancha: còmo, que hasta aqui has llegado sin averte muerto los infinitos palos que tienes acuestas? Tù eres loco, y si lo fueras a solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propriedad de bolver locos, y mentecatos à quantos te tratan, y comunican; sino, mirenlo por essos señores, que te acompañan. Buelvete, mentecato, à tu casa, y mira por tu hacienda, por tu muger, y tus hijos, y dexate de estas vaciedades, que te carcomen el sesso, y te desnatan el entendimiento. Hermano, dixo Don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos à quien no os los pide. El señor Don Quixote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare; y andad en hora mala, y no os metais, donde no os llaman. Par diez, vuestra merced tiene razon, respondiò el Castellano, que aconsejar à este buen hombre, es dar coces contra el aguijon; pero con todo esso me dà gran lastima, que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desague por la canal de su Andante Cavalleria: y la en hora mala, que vuestra merced dixo, sea para mi, y para todos mis descendientes, si de oy mas, aunque viviesse mas años que Matusalèn, diere consejo à nadie, aunque me lo pida. Apartòse el consejero, y siguiò adelante el passeo; pero fue tanta la priessa que los muchachos, y toda la gente tenìa leyendo el rotulo, que se le huvo de quitar Don Antonio, como que le quitaba otra cosa. Llegò la noche, bolvieronse à casa, huvo sarao de Damas, porque la muger

de Don Antonio, que era una señora principal, alegre, hermosa, y discreta; combidò à otras sus amigas à que viniessen à honrar à su huesped, y à gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenòse esplendidamente, y comenzòse el sarao casi à las diez de la noche. Entre las Damas avia dos de gusto picaro, y burlonas; y con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dar lugar, que las burlas alegrassen sin enfado. Estas dieron tanta priessa en sacar à danzar à Don Quixote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el anima. Era lastosa de ver la figura de Don Quixote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desayrado, y sobre todo, no nada ligero: requebrabanle como à hurto las Damiselas; y èl tambien como à hurto las desdeñaba; pero viendose apretar de requiebros, alzò la voz, y dixò: *Fugite partes adversæ.* Dexadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos: allà os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es Reyna de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente, que ningunos otros, que los suyos me avassallen, y rindan; y diciendo esto, se sentò en mitad de la sala en el suelo, molido, y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo Don Antonio que le llevassen en peso à su lecho, y el primero que asiò de èl fue Sancho, diciendo: Nora en tal, señor nuestro amo, lo aveis baylado; pensais, que todos los valientes son danzadores, y todos los Andantes Cavalleros baylarines? Digo, que si lo pensais, que estais engañado: hombre ay, que se atreverà à matar à un Gigante, antes que hacer una cabriola: si huvierades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapatèo como un Girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas, y otras razones dièo que reìr Sancho à los del sarao, y dièo con su amo en la cama, arropandole para que sudasse la frialdad de su bayle. Otro dia le pareciò à Don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con Don Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos señoras que avian molido à Don Quixote en el bayle, que aquella noche se avian quedado con la muger de Don Antonio, se encerrò en la estancia donde estaba la cabeza: contòles la propiedad que tenia, encargòles el secreto, y dixoles, que aquel era el primero dia adonde se avia de probar la virtud de la tal cabeza encantada, y si no eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el busilis del encanto; y aùn si Don Antonio no se lo huviera descubierto primero à sus amigos, tambien ellos creyeran en la admiracion en que los demàs creyeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza, y tal orden estaba fabricada. El primero que se llegò al oido de la cabeza fue el mismo Don Antonio, y dixole en voz sumissa, pero no tanto, que de todos no fue entendida: Dime, cabeza, por la vi-

virtud que en tì se encierra, què pensamientos tengo yo aora? Y la cabeza le respondiò, sin mover los labios, con voz clara, y distinta, de modo, que fue de todos entendida, esta razon: Yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo qual todos quedaron atonitos, y mas viendo, que en todo el aposento, ni al rededor de la mesa no avia persona humana que responder pudiesse. Quantos estamos aqui? tornò à preguntar Don Antonio; y fuele respondido por el propio tenor passado: Estais tù, y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas de ella, y un Cavallero famoso, llamado Don Quixote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre: aqui sì que fue el admirarse de nuevo; aqui sì que fue el herizarse los cabellos à todos de puro espanto; y apartandose Don Antonio de la cabeza, dixo: Esto me basta para darme à entender, que no fuì engañado del que te me vendiò, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y preguntela lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas, y amigas de saber, la primera que se llegò fue una de las dos amigas de la muger de Don Antonio; y lo que la pregontò fue: Dime, cabeza, què harè yo para ser muy hermosa? Y fuela respondido: Sè muy honesta. No te pregunto mas, dixo la preguntante. Llegò luego la compañera, y dixo: Queria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien, o no? Y respondieronla: Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartòse la casada, diciendo: Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta; porque en efecto las obras que se hacen, declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegò uno de los dos amigos de Don Antonio, y pregontòle: Quien soy yo? Y fuele respondido: Tù lo sabes. No te pregunto esso, respondiò el Cavallero, sino que me digas, si me conoces tù? Sì conozco, respondiò, que eres Don Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender (ò cabeza!) que lo sabes todo. Y apartandose, llegò el otro amigo, y pregontòle: Dime, cabeza, què deseos tiene mi hijo el Mayorazgo? Yà yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo esso te sè decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Esso es, dixo el Cavallero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegòse la muger de Don Antonio, y dixo: Yo no sè, cabeza, què preguntarte, solo querria saber de tì, si gozarè muchos años de buen marido? Y respondieronla: Sì gozaràs, porque su salud, y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la qual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegòse luego Don Quixote, y dixo: Dime tù el que respondes: Fue verdad, ò fue sueño lo que yo cuento que me passò en la Cueva de Montesinos? serán

ciertos los azotes de Sancho mi escudero? Tendrà efecto el desencanto de Dulcinea? A lo de la Cueva, respondieron, ay mucho que decir; de todo tiene: los azotes de Sancho iran despacio, el desencanto de Dulcinèa llegarà à debida execucion. No quiero saber mas, dixo Don Quixote, que como yo vea a Dulcinèa desencantada, harè cuenta que vienen de golpe todas las venturas, que acertarè à desear. El ultimo preguntante fue Sancho, y lo que preguntò fue: Por ventura, cabeza, tendrè otro Govierno: saldrè de la estrecheza de escudero: bolverè à vèr mi muger, y mis hijos? A lo que le respondieron: Governaràs en tu casa; y si buelves à ella, veràs à tu muger, y à tus hijos; y dexando de servir, dexaràs de ser escudero. Bueno par Dios, dixo Sancho, esto yo me lo dixera, no dixera mas el Profeta Perogrullo. Bestia, dixo Don Quixote, què quieres que te respondan? No basta, que las respuestas que esta cabeza ha dado, correspondan à lo que se le pregunta? Sì basta, respondiò Sancho, pero quisiera yo, que se declarara mas, y me dixera mas. Con esto se acabaron las preguntas, y respuestas; pero no se acabò la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caso sabìan. El qual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo, que algun hechicero, y extraordinario mysterio en la tal cabeza se encerraba; y assi dice, que Don Antonio Moreno, à imitacion de otra cabeza que viò en Madrid, fabricada por un Estampero, hizo esta en su casa, para entretenerse, y suspender à los ignorantes; y la fabrica era de esta suerte: La tabla de la mesa era de palo, pintada, y barnizada como jaspe; y el pie sobre que se sostenìa era de lo mismo, con quatro garras de Aguila, que de èl salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla, y figura de Emperador Romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas, ni menos la tabla de la mesa, en que se encaxaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecìa: el pie de la tabla era assimismo hueco, que respondia à la garganta, y pechos de la cabeza; y todo esto venìa à responder a otro aposento, que debaxo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta, y pechos de la medalla, y figura referida, se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podìa ser visto. En el aposento de abaxo, correspondiente al de arriba, se ponia el que avia de responder, pegada la boca con el mismo cañon de modo, que à modo de cerbatana iba la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba, en palabras articulares, y claras; y de esta manera no era posible conocer el embuste. Vn sobrino de Don Antonio, estudiante agudo, y discreto, fue el respondiente: el qual estando avisado de su señor tio, de

los

los que avian de entrar con èl en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fue facil responder con presteza, y puntualidad à la primera pregunta; à las demàs respondiò por conjeturas, y como discreto, discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez, ò doce dias durò esta marabillosa maquina; pero que divulgandose por la Ciudad, que Don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que à quantos la preguntaban respondìa, temiendo no llegasse à los oìdos de las despiertas Centinelas de nuestra Fè, aviendo declarado el caso à los señores Inquisidores, le mandaron, que la deshiciesse, y no passasse mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizasse; pero en la opinion de Don Quixote, y de Sancho Panza, la cabeza quedò por encantada, y por respondona, mas à satisfaccion de Don Quixote, que de Sancho. Los Cavalleros de la Ciudad, por complacer à Don Antonio, y por agasajar à Don Quixote, y dar lugar à que descubriesse sus sandeces, ordenaron de correr Sortija de alli à seis dias, que no tuvo efecto, por la ocasion que se dirà adelante. Diòle gana à Don Quixote de passear la Ciudad à la llana, y à pie, temiendo, que si iba à cavallo le avian de perseguir los muchachos; y assi èl, y Sancho, con otros dos criados, que Don Antonio le diò, salieron à passearse. Sucediò, pues, que yendo por una calle alzò los ojos Don Quixote, y viò escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: *Aqui se imprimen libros*, de lo que se contentò mucho, porque hasta entonces no avia visto Imprenta alguna, y deseaba saber como fuesse. Entrò dentro con todo su acompañamiento, y viò tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella; y finalmente, toda aquella maquina, que en las Imprentas grandes se muestra. Llegabase D. Quixote à un caxon, y preguntaba, què era aquello que alli se hacìa? Dabanle cuenta los oficiales, admirabase, y passaba adelante. Llegò entre otros à uno, y preguntòle, què era lo que hacìa? El oficial le respondiò: Señor, este Cavallero que aqui està (y enseñòle à un hombre de muy buen talle, y parecer, y de alguna gravedad) ha traducido un Libro de Toscano en nuestra lengua Castellana, y estoyle yo componiendo para darle à la estampa. Què titulo tiene el Libro? preguntò Don Quixote. A lo que el Autor respondiò: Señor, el Libro en Toscano se llama, L' Bagatele. Y què responde L' Bagatele en nuestro Castellano? preguntò Don Quixote. L' Bagatele, dixo el Autor, es como si en Castellano dixessemos los juguetes; y aunque este Libro es en el nombre humilde, contiene, y encierra en sì cosas muy buenas, y substanciales. Yo, dixo Don Quixote, sè algun tanto del Toscano, y me precio de cantar algunas Estancias del Ariosto; pero digame vuestra merced señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de

vuestra merced, sino por curiosidad no mas) ha hallado en su escritura alguna vez nombrar piñata? Sì, muchas veces, respondiò el Autor. Y còmo le traduce vuestra merced en Castellano? preguntò Don Quixote. Como le avia de traducir, replicò el Autor, sino diciendo holla. Cuerpo de tal, dixo Don Quixote, y què adelante està vuestra merced en el Toscano Idioma: yo apostarè una buena puesta, que adonde diga en el Toscano piache, dice vuestra merced en el Castellano place; y adonde diga piu, dice mas, y el su, declara con arriba, y el giu, con abaxo. Sì declàro, por cierto, dixo el Autor, porque essas son sus proprias correspondencias. Ossarè yo jurar, dixo Don Quixote, que no es vuestra merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos; què de habilidades ay perdidas por ai, què de ingenios arrinconados, què de virtudes menospreciadas; pero con todo esto me parece, que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las Reynas de las lenguas, Griega, y Latina, es como quien mira los tapices Flamencos por el revès, que aunque se vèn las figuras, son llenas de hilos, que las obscurecen, y no se vèn con la lisura, y tèz de la haz; y el traducir de lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir, que no sea loable este exercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podrìa ocupar el hombre, y que menos provecho le traxessen. Fuera de esta cuenta vàn los dos famosos Traductores; el uno, el Doctor Christoval de Figueroa en su *Pastor Fido*; y el otro Don Juan de Xauregui, *en su Aminta*, donde felizmente ponen en duda, qual es la traduccion, ò qual el original. Pero digame vuestra merced, este Libro imprimese por su cuenta, ò tiene yà vendido el Privilegio à algun Librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondiò el Autor, y pienso ganar mil ducados, por lo menos con esta primera impression, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar à seis reales cada uno en daca las pajas. Bien està vuestra merced en la cuenta, respondiò Don Quixote: bien parece que no sabe las entradas, y salidas de los Impressores, y las correspondiencias que ay de unos à otros; yo le prometo, que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de Libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el Libro es un poco avieso, y no nada picante. Pues què, dixo el Autor, quiere vuestra merced, que se lo dè à un Librero, que me dè por el Privilegio tres maravedis, y aùn piensa, que me hace merced en darmelos? Yo no imprimo mis Libros para alcanzar fama en el mundo, que yà en èl soy conocido por mis Obras: provecho quiero, que sin èl no vale un quatrin la buena fama. Dios le dè à vuestra merced buena manderecha,

reſpondiò. Don Quixote, y paſsò adelante à otro caxon, donde viò, que eſtaban corrigiendo un pliego de un Libro, que ſe intitulaba: *Luz del Alma*; y en viendole dixo: Eſtos tales Libros, aunque ay muchos de eſte genero, ſon los que ſe deben imprimir, porque ſon muchos los pecadores que ſe uſan, y ſon menester infinitas luces para tantos deſalumbrados. Paſsò adelante, y viò, que aſsimiſmo eſtaban corrigiendo otro libro, y preguntando ſu titulo, le reſpondieron, que ſe llamaba la *Segunda Parte del Ingenioſo Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, compueſta por un tal vecino de Tordeſillas. Yà yo tengo noticia de eſte Libro, dixo Don Quixote, y en verdad, y en mi conciencia, que pensè que yà eſtaba quemado, y hecho polvos por impertinente; pero ſu San-Martin ſe le llegarà como à cada puerco, que las Hiſtorias fingidas tanto tienen de buenas, y deleitables, quanto ſe llegan à la verdad, ò la ſemejanza de ella; y las verdaderas tanto ſon mejores, quanto ſon mas verdaderas; y diciendo eſto, con mueſtras de algun deſpecho ſe ſaliò de la Imprenta, y aquel miſmo dia ordenò Don Antonio de llevarle à ver las Galeras, que en la playa eſtaban, de que Sancho ſe regocijò mucho, à cauſa, que en ſu vida las avìa viſto. Aviſò Don Antonio al Quatralvo de las Galeras, como aquella tarde avia de llevar à verlas à ſu hueſped el famoſo Don Quixote de la Mancha, de quien yà el Quatralvo, y todos los vecinos de la Ciudad tenian noticia; y lo que le ſucediò en ellas ſe dirà en el ſiguiente capitulo.

CAP. LXIII. *De lo mal que le avino à Sancho Panza con la viſita de las Galeras; y la nueva aventura de la hermoſa Moriſca.*

GRandes eran los diſcurſos, que Don Quixote hacia ſobre la reſpueſta de la encantada cabeza, ſin que ninguno de ellos dieſſe en el embuſte, y todos paraban con la promeſſa, que èl tuvo por cierto, de el deſencanto de Dulcinea; alli iba, y venìa, y ſe alegraba entre sì miſmo, creyendo, que avia de vèr preſto ſu cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ſer Governador, como queda dicho, todavia deſeaba bolver à mandar, y à ſer obedecido: que eſta mala aventura trae conſigo el mando, aunque ſea de burlas. En reſolucion, aquella tarde Don Antonio Moreno, ſu hueſped, y ſus dos amigos, con Don Quixote, y Sancho, fueron à las Galeras. El Quatralvo, que eſtaba aviſado de ſu buena venida, por vèr à los dos famoſos Don Quixote, y Sancho, apenas llegaron à la Marina, quando todas las Galeras abatieron tienda, y ſonaron las chirimias, arrojaron luego el eſquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesì, y en poniendo, que puſo los pies en èl Don Quixote, diſparò la Capitana el cañon de crugìa, y hicieron las otras.

Galeras hicieron lo mismo; y al subir Don Quixote por la escala derecha, toda la Chusma le saludò, como es usanza quando una persona principal entra en la Galera, diciendo: Hu, hu, hu, tres veces; diòle la mano el General, que con este nombre le llamarèmos, que era un principal Cavallero Valenciano; abrazò à Don Quixote, diciendole: Este dia señalarè yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores, que pienso llevar en mi vida, aviendo visto al señor Don Quixote de la Mancha, tiempo, y señal que nos muestra, que en èl se encierra, y cifra todo el valor de la Andante Cavalleria. Con otras no menos corteses razones le respondiò Don Quixote, alegre sobre manera de verse tratar tan à lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentaronse por los bandines; passòse el Comitre en cruxìa, y diò señal con el pito, que la Chusma hiciesse fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho que viò tanta gente en cueros, quedò pasmado, y mas quando viò hacer tienda con tanta priessa, que à èl le pareciò que todos los diablos andaban alli trabajando; pero esto todo fueron tortas, y pan pintado para lo que aora dirè. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol, junto al espaldar de la mano derecha, el qual yà avisado de lo que avia de hacer, asiò de Sancho, y levantandole en los brazos, toda la Chusma puesta en pie, y alerta, comenzando de la derecha vanda, le fue dando, y bolteando sobre los brazos de la Chusma, de banco en banco, con tanta priessa, que el pobre Sancho perdiò la vista de los ojos, y sin duda pensò, que los mismos demonios le llevaban; y no pararon con èl hasta bolverle por la siniestra vanda à ponerle en la popa. Quedò el pobre molido, jadeando, y trasudando, sin poder imaginar, què fuesse lo que sucedido le avia. Don Quixote, que viò el buelo sin alas de Sancho, preguntò al General, que si eran ceremonias aquellas, que se usaban con los primeros que entraban en las Galeras; porque si acaso lo fuessen, èl, que no tenia intencion de professar en ellas, no querìa hacer semejantes exercicios; y que votaba à Dios, que si alguno llegaba à asirle para boltearle, que le avia de sacar el alma à puntillazos; y diciendo esto, se levantò en pie, y empuñò la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandisimo ruido dexaron caer la entena de alto abaxo. Pensò Sancho, que el Cielo se desencajaba de sus quicios, y venìa à dàr sobre su cabeza; y agoviandola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo D. Quixote, que tambien se estremeciò, y encogiò de hombros, y perdiò la color del rostro. La Chusma hizo la entena con la misma prissa, y ruido, que la avian amaynado; y todo esto callando, como si no tuviessan voz, ni aliento: hizo señal el Comitre, que zarpassen el ferro; y saltando en mitad de la cruxìa, con el corvacho, re-

rebenque comenzò à moſquear las eſpaldas de la chuſma, y alargarſe poco à poco à la mar. Quando Sancho viò à una moverſe tantos pies colorados, que tales pensò èl que eran los remos, dixo entre sì: Eſtas sì que ſon verdaderamente coſas encantadas, y no las que mi amo dice. Què han hecho eſtos deſdichados, que anſi los azotan? y còmo eſte hombre ſolo, que anda por aqui ſilvando, tiene atrevimiento para azotar à tanta gente? Aora yo digo, eſte es el infierno, ò por lo menos el Purgatorio. Don Quixote que viò la atencion con que Sancho miraba lo que paſſaba, le dixo: Ha, Sancho amigo, y con què brevedad, y quan à poca coſta os podiades vos, ſi quiſieſſedes, deſnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre eſtos dos ſeñores, y acabar el deſencanto de Dulcinèa, pues con là miſeria, y penas de tantos, no ſintiérades vos mucho la vueſtra; y mas, que podria ſer, que el ſabio Merlin tomaſſe en cuenta cada azote de eſtos, por ſer dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os aviades de dàr. Preguntar querrìa el General, què azotes eran aquellos, ò què deſencanto de Dulcinèa? quando dixo el Marinero: Señal hace Monjui de que ay Baxèl de remos en la Coſta, por la vanda del Poniente. Eſto oìdo, ſaltò el General en la cruxìa, y dixo: Ea, hijos, no ſe nos vaya; algun Vergantin de Coſarios de Argèl debe de ſer eſte, que la atalaya nos ſeñala. Llegaronſe luego las otras tres Galeras à la Capitana à ſaber lo que ſe les ordenaba. Mandò el General, que las dos ſalieſſen à la mar, y èl con la otra iria tierra à tierra, porque aſsi el Baxèl no ſe les eſcaparìa. Apretò la chuſma los remos, impeliendo las Galeras con tanta furìa, que parecia, que bolaban. Las que ſalieron à la mar, à obra de dos millas deſcubrieron un Baxèl, que con la viſta le marcaron por de haſta catorce, ò quince vancos, y aſsi era la verdad; el qual Baxèl, quando deſcubriò las Galeras, ſe puſo en caza, con intencion, y eſperanza de eſcaparſe por ſu ligereza; pero avinole mal, porque la Galera Capitana era de los mas ligeros Baxeles, que en la mar navegaban, y aſsi le fue entrando, que claramente los de el Vergantin conocieron, que no podian eſcaparſe; y aſsi el Arraez quiſiera que dexaran los remos, y ſe entregaran, por no irritar à enojo al Capitan, que nueſtras Geleras regìa; pero la ſuerte, que de otra manera lo guiaba, ordenò, que ya que la Capitana llegaba tan cerca, que podian los del Baxèl oìr las voces, que deſde ella les decian, que ſe rindieſſen, dos Toraquis, que es como decir dos Turcos borrachos, que en el Vergantin venian con otros doce; diſpararon dos eſcopetas, con que dieron muerte à dos Soldados, què ſobre nueſtras arrumbadas venian. Viendo lo qual jurò el General de no dexar con vida à todos quantos en el Baxèl tomaſſe; y llegando à embeſtir con toda furia, ſe le eſca-

po por debaxo de la palamenta, passò la Galera adelante un buen trecho, los del Baxel se vieron perdidos, hicieron vela, en tanto que la Galera bolvia, y de nuevo à vela, y remo se pusieron en caza; pero no les aprovechò su diligencia, tanto cnmo les dañò su atrevimiento: porque alcanzandoles la Capitana à poco mas de media milla, les echò la palamenta encima, y los cogiò vivos à todos. Llegaron en esto las otras dos Galeras, y todas quatro con la presa bolvieron à la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de vèr lo que traian. Diò fondo el General cerca de tierra, y conociò que estaba en la marina el Virrey de la Ciudad; mandò echar el esquife para traerle, y mandò amaynar la entena para ahorcar luego al Arraez, y à los demàs Turcos, que en el Baxel avia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos, y los mas escogidos Turcos. Preguntò el General, quien era el Arraez del Bergantin? y fuele respondido por uno de los cautivos en lengua Castellana: (que despues pareciò ser renegado Español) este mancebo, señor, que aquì vès, es nuestro Arraez, y matòle uno de los mas bellos, y gallardos mozos, que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad, al parecer, no llegava à veinte años. Preguntòle el General: Dime, mal aconsejado perro, quien te moviò à matarme mis Soldados; pues veias ser imposible el escaparte? este respeto se guarda à las Capitanas? No sabes tu, que no es valentia la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer à los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el Arraez, pero no pudo el General por entonces oir la respuesta, por acudir à recibir al Virrey, que ya entraba en la Galera, con el qual entraron algunos de sus criados, y algunas personas de el Pueblo. Buena ha estado la caza, señor General, dixo el Virrey. Y tan buena; respondiò el General, qual la verà V. Excelencia agora colgada de esta entena. Como assi? replicò el Virrey. Porque me han muerto, respondiò el General, contra toda ley, contra toda razon, y usanza de guerra, dos Soldados de los mejores, que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar à quantos he cautivado, principalmente à este mozo, que es el Arraez del Bergantin, y enseñole al que ya tenia atadas las manos; y echado el cordel à la garganta, esperando la muerte. Mirole el Virrey, y viendole tan hermoso, tan gallardo, y tan humilde, dandole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de escusar su muerte; y assi le preguntò: Dime Arraez, eres Turco de nacion, ò Moro, ò Renegado? A lo que el mozo respondiò en lengua assimismo Castellana: Ni soy Turco de nacion, ni Moro, ni Renegado. Pues que eres? replicò el Virrey. Muger Christiana, respondiò el mancebo. Muger Christiana, y en tal trage,

y

y en tales passos, mas es cosa para admirarla, que para creerla. Suspended, dixo el mozo, ò señores, la execucion de mi muerte, que no se perderà mucho en que se dilate vuestra venganza, en tanto que yo os cuente mi vida. Quien fuera el de corazon tan duro, que con estas razones no se ablandara, ò à lo menos hasta oìr las que el triste, y lastimado mancebo decir queria? El General le dixo, que dixesse lo que quisiesse; pero que no esperasse alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia, el mozo comenzò a decir de esta manera: De aquella Nacion mas desdichada, que prudente, sobre quien ha llouido estos dias un mar de desgracias, nacì yo, de Moriscos padres engendrada en la corriente de su desventura: fuì yo por dos tios mios llevada à Berberìa, sin que me aprovechasse decir, que era Christiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas, ni aparentes, sino de las verdaderas, y Catholicas: no me valiò con los que tenian cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira, y por invencion para quedarme en la tierra donde avia nacido; y assi por fuerza, mas que por grado, me traxeron consigo: vive una madre Christiana, y un padre discreto, y Christiano, ni mas, ni menos: mamè la Fè Catholica con la leche, crieme con buenas costumbres: ni en la lengua, ni en las jamàs, à mi parecer, dì señales de ser Morisca. Al par, y al passo de estas virtudes (que yo creo que lo son) creciò mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato, y mi encerramiento fue mucho, no debiò de ser tanto, que no tuviesse lugar de verme un mancebo Cavallero, llamado Don Gaspar Gregorio, hijo Mayorazgo de un Cavallero, que junto à nuestro Lugar otro suyo tiene: como me viò, como nos hablamos, como se viò perdido por mì, y como yo no muy ganada por èl, seria largo de contar, y mas en tiempo, que estoy temiendo, que entre la lengua, y la garganta se ha de atravesar el rigoroso cordèl, que me amenaza; y assi solo dirè, como en nuestro destierro quiso acompañarme Don Gregorio: mezclòse con los Moriscos, que de otros Lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos tios mios, que consigo me traìan, porque mi padre prudente, y prevenido, assi como oyò el primer Vando de nuestro destierro, se saliò del Lugar, y se fue à buscar alguno en los Reynos estraños, que nos acogiesse; dexò encerradas, y enterradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas, y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados, y doblones de oro: mandòme, que no tocasse al tesoro que dexaba en ninguna manera, si acaso antes que èl bolviesse nos desterraban. Hicelo assi, y con mis tios (como tengo dicho) y otros parientes, y allegados, passamos à Berberìa, y el Lugar donde hici-

mos asiento fue en Argèl, como si le hicieramos en el mismo Infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la diò de mis riquezas, que en parte fue ventura mia. Llamòme ante sì, preguntòme de què parte de España era, y què dinero, y què joyas traìa? Dixele el Lugar, y que las joyas, y dineros quedaban en èl enterrados, pero que con facilidad se podian cobrar, si yo misma bolviesse por ellos. Todo esto le dixe temerosa de que no le cegasse mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas platicas, le llegaron à decir, como venìa conmigo uno de los mas gallardos, y hermosos mancebos, que se podia imaginar: luego entendì, que lo decian por Don Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atràs las mayores, que encarecer se pueden. Turbeme considerando el peligro, que Don Gregorio corrìa; porque entre aquellos Barbaros Turcos en mas se tiene, y estima un muchacho, ò mancebo hermoso, que una muger, por bellissima que sea. Mandò luego el Rey, que se le traxessen alli delante para verle; y preguntòme si era verdad lo que de aquel mozo le decian: entonces yo, casi como prevenida del Cielo le dixe, que sì era; pero que le hacia saber, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicaba me la dexasse ir a vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostrasse su belleza, y con menos empacho pareciesse ante su presencia. Dixome, que fuesse en buen hora, y que otro dia hablariamos en el modo que se podia tener para que yo bolviesse à España à sacar el escondido tesoro. Hablè con Don Gaspar, contèle el peligro que corria el mostrar ser hombre, vestìle de Mora, y aquella misma tarde le traxe à la presencia del Rey, el qual en viendole, quedò admirado, y hizo designio de guardarla, para hacer presente de ella al Gran Señor; y por huìr del peligro, que en el Serrallo de sus mugeres podia tener, y temer de sì mismo, la mandò poner en casa de unas principales Moras, que la guardassen, y la sirviessen, adonde le llevaron luego: lo que los dos sentimos (que no puedo negar el que le quiero) se dexe à la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren. Diò luego traza el Rey de que yo bolviesse à España en este Bergantin, y que me acompañassen dos Turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros Soldados: vino conmigo tambien este Renegado Español (señalando al que avia hablado primero) del qual sè yo bien, que es Christiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España, que de bolverse à Berberia: la demàs Chusma del Bergantin son Moros, y Turcos, que no sirven de mas, que vogar al remo: los dos Turcos codiciosos, è insolentes, sin guardar el orden que traìamos, de que à mì, y à este Renegado en la primer parte de España, en habito de Christianos (de que venimos proveìdos) nos echassen en tierra, pri-

primero quisieron barrer esta Costa, y hacer alguna presa, si pudiessen; temiendo, que si primero nos echaban en tierra, por algun accidente que à los dos nos sucediesse, podriamos descubrir, que quedaba el Bergantin en la Mar; y si acaso huviesse Galeras por esta Costa, los tomassen: anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia de estas quatro Galeras, fuimos descubiertos, y nos ha sucedido lo que aveis visto. En resolucion, Don Gregorio queda en habito de muger entre mugeres, con manifiesto peligro de perderse; y yo me veo atadas las manos esperando, ò por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Este, señor, es el fin de mi lamentable historia, tan verdadera, como desdichada: lo que os ruego es, que me dexeis morir como Christiana, pues (como ya he dicho) en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caìdo; y luego callò, preñados los ojos de tiernas lagrimas, à quien acompañaron muchas de los que presentes estaban. El Virrey, tierno, y compassivo, sin hablarla palabra se llegò à ella, y la quitò con sus manos el cordèl, que las hermosas de la Mora ligaba. En tanto, pues, que la Morisca Christiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano Peregrino, que entrò en la Galera quando entrò el Virrey, y apenas diò fin à su platica la Morisca, quando èl se arrojò à sus pies, y abrazado de ellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos, y suspiros, la dixo: O Ana Felix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que bolvia à buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma! A cuyas palabras abriò los ojos Sancho, y alzò la cabeza (que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su passeo) y mirando al Peregrino, conociò ser el mismo Ricote, que topò el dia que saliò de su Govierno, y confirmòse, que aquella era su hija, la qual ya desatada abrazò a su padre, mezclando sus lagrimas con las suyas, el qual dixo al General, y Virrey: Esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucessos, que en su nombre. Ana Felix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa, tanto por su hermosura, como por mi riqueza; yo salì de mi patria à buscar en Reynos estraños quien nos alvergasse, y recogiesse; y aviendole hallado en Alemania, bolvì en este habito de Peregrino, en compañia de otros Alemanes, à buscar mi hija, y à desenterrar muchas riquezas, que dexè escondidas: no hallè à mi hija, hallè el tesoro que conmigo traygo; y agora, por el estraño rodèo que aveis visto, he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es à mi querida hija; si nuestra poca culpa, y sus lagrimas, y las mias, por la integridad de vuestra justicia, pueden abrir puertas à la misericordia, usadla con nosotros, que jamàs tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Enton-

ces dixo Sancho, bien conozco à Ricote, y sè que es verdad lo que dice, en quanto à ser Ana Felix su hija; que en essotras zarandajas de ir, y venir, tener buena, ò mala intencion, no me entrometo. Admirados del estraño caso todos los presentes, el General dixo, una por una, vuestras lagrimas no me dexaràn cumplir mi juramento, vivid hermosa Ana Felix los años de la vida, que os tiene determinado el Cielo; y lleven la pena de su culpa los insolentes, y atrevidos que la cometieron; y mandò luego ahorcar de la entena à los Turcos, què à sus dos Soldados avian muerto; pero el Virrey le pidiò encarecidamente no los ahorcasse, pues mas locura, que valentìa, avia sido la suya. Hizo el General lo que el Virrey le pedia, porque no se executan bien las venganzas à sangre helada. Procuraron luego dàr traza de sacar à Don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreciò Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas, y en joyas tenia: dieronse muchos medios, pero ninguno fue tal como el que diò el Renegado Español, que se ha dicho, el qual se ofreciò de bolver à Argèl en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros Christianos, porque èl sabia donde, como, y quando podia, y debia desembarcar, y assimismo no ignoraba la casa donde Don Gaspàr quedaba. Dudaron el General, y el Virrey el fiarse del Renegado, ni confiar de los Christianos, que avian de vogar el remo. Fiòle Ana Felix, y Ricote su padre dixo, que salìa à dar el rescate de los Christianos, si acaso se perdiessen. Firmados, pues, en este parecer, se desembarcò el Virrey, y Don Antonio Moreno se llevò consigo à la Morisca, y à su padre, encargandole el Virrey, que los regalasse, y acariciasse todo quanto le fuesse posible, que de su parte le ofrecia todo lo que en su casa huviesse para su regalo: tanta fue la benevolencia, y caridad, que la hermosura de Ana Felix infundiò en su pecho.

CAP. LXIV. *De la aventura que mas pesadumbre dió à Don Quixote de quantas hasta entonces le avian sucedido.*

LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la Historia, que recibiò grandissimo contento de vèr à Ana Felix en su casa; recibiòla con mucho agrado, assi enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno, y en lo otro era estremada la Morisca: y toda la gente de la Ciudad, como à campana tañida, venian à verla. Dixo Don Quixote à Don Antonio, que el parecer que avian tomado en la liberalidad de Don Gregorio, no èra bueno, porque tenia mas de peligroso, que de conveniente; y que serìa mejor que le pusiessen à èl en Berberìa con sus armas, y cavallo, que èl le sacarìa, à pesar de toda la Morisma, como avia hecho Don Gayferos à su esposa Melisendra. Adviertа vuestra merced, dixo Sancho, oyendo esto, que el señor Don Gayferos sacò à su esposa de tierra-firme, y la llevò à Francia por tierra-firme; pero aqui, si acasò sacamos à Don Gregorio, no tenèmos por donde traerle à España, pues està la mar enmedio. Para todo ay remedio, sino es para la muerte, respondiò Don Quixote, pues llegando el Barco à la Marina, nos podrèmos embarcar en èl, aunque todo el mundo lo impidà. Muy bien lo pinta, y facilita vuestra merced, dixo Sancho; pero del dicho al hecho ay gran trecho; y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien, y de muy buenas entrañas. Don Antonio dixo, que si el Renegado no saliesse bien del caso, se tomarìa el expediente de que el gran Don Quixote

paſſaſſe à Berberia. De alli à dos dias partiò el Renegado en un ligero Barco de ſeis remos por vanda, armado de valentiſsima Chuſma; y de alli à otros dos ſe partieron las Galeras à Levante, aviendo pedido el General al Viſorrey fueſſe ſervido de aviſarle de lo que ſucedieſſe en la libertad de Don Gregorio, y en el caſo de Ana Felix: quedò el Viſorrey de hacerlo aſsi como ſe lo pedia. Y una mañana ſaliendo Don Quixote à paſſearſe por la playa, armado de todas ſus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran ſus arreos, y ſu deſcanſo el pelear, y no ſe hallaba ſin ellas un punto, viò venir àzia èl un Cavallero, armado aſsimiſmo de punta en blanco, que en el eſcudo traìa pintada una Luna reſplandeciente; el qual, llegandoſe à trecho que podia ſer oìdo, en altas voces, encaminando ſus razones à Don Quixote, dixo: Inſigne Cavallero, y jamàs, como ſe debe, alabado Don Quixote de la Mancha, yo ſoy el Cavallero de la blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizà te le avràn traìdo à la memoria: vengo à contender contigo, y à probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer, y confeſſar, que mi Dama, ſea quien fuere, es, ſin comparacion, mas hermoſa, que tu Dulcinèa de el Toboſo; la qual verdad, ſi tù la confieſſas de llano en llano, eſcuſaràs tu muerte, y el trabajo, que yo he de tomar en dartela; y ſi tù pelear es, y yo te venciere, no quiero otra ſatisfaccion, ſino que dexando las armas, y abſteniendote de buſcar aventuras, te recojas, y retires à tu Lugar por tiempo de un año, donde has de vivir ſin echar mano à la eſpada, en paz tranquìla, y en provechoſo ſoſsiego, porque aſsi conviene al aumento de tu hacienda, y à la ſalvacion de tu alma; y ſi tù me vencieres, quedarà à tu diſcrecion mi cabeza, y ſeràn tuyos los deſpojos de mis armas, y cavallo, y paſſarà à la tuya la fama de mis hazañas: mira lo que te eſtà mejor, y reſpondeme luego, porque oy todo el dia tengo de termino para deſpachar eſte negocio. Don Quixote quedò ſuſpenſo, y atonito, aſsi de la arrogancia del Cavallero de la blanca Luna, como de la cauſa por què le defafiaba; y con repoſo, y ademàn ſevero le reſpondiò: Cavallero de la blanca Luna, cuyas hazañas haſta aora no han llegado à mi noticia, yo oſſarè jurar, que jamàs aveis viſto à la iluſtre Dulcinèa, que ſi viſto la huvierades, yo sè que procurarades no poneros en eſſa demanda, porque ſu viſta os deſengañàra de que no ha avido, ni puede aver belleza, que con la ſuya comparar ſe pueda; y aſsi, no diciendoos que mentis, ſino que no acertais en lo propueſto, con las condiciones que aveis referido, acepto vueſtro defafio, y luego, porque no ſe paſſe el dia, que tracis determinado; y ſolo excepto de las condiciones la de que ſe paſſe à mì la fama de vueſtras hazañas, porque no sè quales, ni què tales ſean; con las mias me contento,

ſa-

tales quales ellas son; tomad, pues, la parte del campo que quisieredes, que yo haré lo mismo, y à quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Avian descubierto de la Ciudad al Cavallero de la blanca Luna, y dichosele al Visorrey, que estaba hablando con Don Quixote de la Mancha. El Visorrey, creyendo seria alguna nueva aventura, fabricada por Don Antonio Moreno, ò por otro algun Cavallero de la Ciudad, salió luego à la playa con Don Antonio, y con otros muchos Cavalleros, que le acompañaban, à tiempo, y quando que D. Quixote bolvia las riendas à Rocinante para tomar de el campo lo necessario. Viendo, pues, el Visorrey, que daban los dos señales de bolverse à encontrar, se puso enmedio, preguntandoles, què era la causa que les movia à hacer tan de improviso batalla? El Cavallero de la blanca Luna respondiò, que era precedencia de hermosura; y en breves razones le dixo las mismas, que avia dicho à D. Quixote, con la aceptacion de las condiciones del desafio ofrechas por entrambas partes. Llegòse el Visorrey al D. Antonio, y preguntòle passo si sabia quien era el tal Cavallero de la blanca Luna, ò si era alguna burla, que querian hacer à El Quixote? D. Antonio le respondiò, que ni sabia quien era, ni si era de burlas, ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tuvo perplexo al Visorrey, sin si les dexaria, ò no passar adelante en la batalla; pero no pudiendose persuadir, que fuesse sino burla, se apartò diciendo: Señores Cavalleros, si aqui no ay otro remedio sino confessar, ò morir, y el señor Don Quixote està en sus trece, y vuestra merced el de la blanca Luna en sus catorce, à la mano de Dios, y dense. Agradeciò el de la blanca Luna, con corteses, y discretas razones, al Visorrey la licencia que se les daba, y Don Quixote hizo lo mismo; el qual, encomendandose al Cielo de todo corazon, y à su Dulcinea (como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian) tornò a tomar otro pocò mas del campo, porque viò, que su contrario hacia lo mismo; y sin tocar trompeta, ni otro instrumento belico, que les diesse señal de arremeter, bolvieron entrambos à un mismo punto las riendas à sus cavallos; y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegò à Don Quixote à dos tercios andados de la carrera, y alli le encontrò con tan poderosa fuerza, sin tocarlo con la lanza, que la levantò, al parecer, de proposito, que diò con Rocinante, y con Don Quixote por el suelo una peligrosa caida; fue luego sobre èl, y poniendole la lanza sobre la visera, le dixo: Vencido sois, Cavallero, y aun muerto, si no confessais las condiciones de nuestro desafio. Don Quixote, molido, y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada, y enferma, dixo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado Cavallero de la tierra, y

no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, Cavallero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. Esso no harè yo por cierto, dixo el de la blanca Luna; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quixote se retire à su Lugar un año, ò hasta el tiempo que por mi le fuere mandado; como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorrey, y Don Antonio, con otros muchos que alli estaban; y oyeron assimismo, que Don Quixote respondiò, que como no le pidiesse cosa, que fuesse en perjuicio de Dulcinea, todo lo demàs cumpliria, como Cavallero, puntual, y verdadero. Hecha esta confesion, bolviò las riendas el de la blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al Visorrey, à medio galope se entrò en la Ciudad. Mandò el Visorrey à Don Antonio, que fuesse tras èl, y que en todas maneras supiesse quien era. Levantaron à Don Quixote, descubrieronle el rostro, y hallaronle sin color, y trasudando. Rocinante, de puro mal parado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia què decirse, ni què hacerse; pareciale, que todo aquel sucesso passaba en sueños, y que toda aquella maquina era cosa de encantamento; veis à su señor rendido, y obligado à no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas obscurecida, las esperanzas de sus nuevas promessas deshechas, como se deshace el humo con el viento; temia si quedaria, ò no contrahecho Rocinante, ò deslocado su amo: que no fuera poca ventura, si deslocado quedàra. Finalmente, con una silla de manos, que mandò traer el Visorrey, le llevaron à la Ciudad; y el Visorrey se bolviò tambien à ella, con deseo de saber quien fuesse el Cavallero de la blanca Luna, que de tan mal talante avia dexado à Don Quixote.

CAP. LXV. *Donde se dà noticia, quien era el Cavallero de la blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y otros sucessos.*

SIguiò Don Antonio Moreno al Cavallero de la blanca Luna, y siguieronle tambien, y aùn persiguieronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un Meson dentro de la Ciudad. Entrò en èl Don Antonio con deseo de conocerle; saliò un escudero à recibirle, y à desarmarle: se encerrò en una sala baxa, y con èl Don Antonio, que no se le caia el pan hasta saber quien fuesse. Viendo, pues, el de la blanca Luna, que aquel Cavallero no le dexaba, le dixo: Bien sè, señor, à lo que venis, que es à saber quien soy, y porque no ay para què negarselo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo dirè, sin faltar un punto à la ver-

verdad de el caso: Sabed, señor, que à mi me llaman el Bachillèr Sanson Carrasco, soy del mismo Lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura, y sandèz mueve à que le tengamos lastima quantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo; y creyendo, que està su salud en su reposo, y en que estè en su tierra, y en su casa, dì traza para hacerle estàr en ella; y assi, avrà tres meses, que le salì al camino como Cavallero Andante, llamandome el Cavallero de los Espejos, con intencion de pelear con èl, y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelèa, que el vencido quedasse à discrecion de el vencedor; y lo que yo pensaba pedirle (porque yà le juzgaba por vencido) era, que se bolviesse à su Lugar, y que no saliesse de èl en todo un año, en el qual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenò de otra manera, porque èl me venciò à mì, y me derribò del cavallo, y assi no tuvo efecto mi pensamiento; èl prosiguiò su camino, y yo me bolvì vencido, corrido, y molido de la caìda, que fue ademàs peligrosa; pero no por esto se me quitò el deseo de bolver à buscarle, y à vencerle, como oy se ha visto. Y como èl es tan puntual en guardar las Ordenes de la Andante Cavalleria, sin duda alguna guardarà la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que passa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna; suplicoos no me descubrais, ni le digais à Don Quixote quien soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y buelva à cobrar su juicio un hombre, que le tiene bonissimo, como le dexen las sandeces de la Cavalleria. O señor, dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio, que aveis hecho à todo el mundo en querer bolver à cuerdo al mas gracioso loco, que ay en èl! No veis, señor, que no podrà llegar el provecho, que cause la cordura de Don Quixote, à lo que llega el gusto, que dà con sus desvarios? Pero yo imagino, que toda la industria del señor Bachillèr no ha de ser parte para bolver cuerdo à un hombre tan rematadamente loco; y si no fuesse contra caridad, dirìa, que nunca sane Don Quixote, porque con salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que qualquiera de ellas puede bolver à alegrar à la misma melancolìa: con todo esto callarè, y no le dirè nada, por vèr si salgo verdadero en sospechar, que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco; el qual respondiò, que yà una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba felìz sucesso; y haviendose ofrecido Don Antonio de hacer lo que mas le mandasse, se despidiò de èl: y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el cavallo con que entrò en la batalla, se saliò de la Ciudad aquel mismo dia, y se bolviò à su pa-

tria, sin sucederle cosa, que obligue à contarla en esta verdadera historia. Contò Don Antonio al Visorrey todo lo que Carrasco le avia contado, de lo que el Visorrey no recibiò mucho gusto, porque en el reconocimiento de Don Quixote se perdia el que podian tener todos aquellos, que de sus locuras tuviessen noticia. Seis dias estuvo Don Quixote en el lecho, marrido, triste, pensativo, y mal acondicionado, yendo, y viniendo con la imaginacion en el desdichado sucesso de su vencimiento. Consolabale Sancho, y entre otras razones le dixo: Señor mio, alce vuestra merced la cabeza, y alegrese, si puede, y dè gracias al Cielo, que ya que le derribò en la tierra, no saliò con alguna costilla quebrada; y pues sabe, que donde las dàn las toman, y que no siempre ay tocinos donde ay estacas, dè una higa al Medico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad; bolvamonos à nuestra casa, y dexemonos de andar buscando aventuras por tierras, y Lugares, que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aqui el mas perdidoso, aunque es vuestra merced el mas mal parado. Yo que dexè con el Govierno los deseos de ser mas Governador, no dexè la gana de ser Conde, que jamàs tendrà efecto, si vuestra merced dexa de ser Rey, dexando el exercicio de su Cavalleria; y assi vienen à bolverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues vès, que mi reclusion y retirada no ha de passar de un año, que luego bolverè à mis honrados exercicios, y no me ha de faltar Reyno que gane, y algun Condado que darte. Dios lo oyga, dixo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir, que mas vale buena esperanza, que ruin possession. En esto estaban quando entrò Don Antonio, diciendo, con muestras de grandissimo contento: Albricias, señor Don Quixote, que Don Gregorio, y el Renegado, que fue por èl, està en la playa: què digo en la playa? ya està en casa del Visorrey, y sera aqui al momento. Alegròse algun tanto Don Quixote, y dixo: En verdad, que estoy por decir, que me holgara, que huviera sucedido todo al rebès, porque me obligara à passar en Berberia, donde, con la fuerza de mi brazo, diera libertad, no solo à Don Gregorio, sino à quantos Christianos cautivos ay en Berberia; pero què digo, miserable, no soy yo el vencido? no soy yo el derribado? no soy yo el que no puedo tomar armas en un año? Pues què prometo? de què me alabo, si antes me conviene usar de la rueca, que de la espada? Dexese de esso, señor, dixo Sancho, viva la gallina, aunque con su pepita, que oy por tì, y mañana por mi; y en estas cosas de encuentros, y porrazos, no ay tomarlas tiento alguno; pues el que oy cae, puede levantarse mañana, sino es que se quiera estar en la cama; quiero decir, que se dexe desmayar, sin cobrar nue-

nuevos brios para nuevas pendencias: y levanteſe vueſtra merced aora para recibir à Don Gregorio, que me parece, que anda la gente alborotada, y ya debe de eſtàr en caſa; y aſsi era la verdad, porque aviendo ya dado cuenta à Don Gregorio, y el Renegado al Viſorrey, y de ſu ida, y buelta, deſeoſo Don Gregorio de vèr à Ana Felix, vino con el Renegado à caſa de Don Antonio; y aunque Don Gregorio, quando le ſacaron de Argèl, fue con habitos de muger, en el Barco los trocò por los de un Cautivo, que ſaliò conſigo; pero en qualquiera que viniera, moſtràra ſer perſona para ſer codiciada, ſervida, y eſtimada, porque era hermoſo ſobre manera; y la edad, al pareçer, de diez y ſiete, ò diez y ocho años. Ricote, y ſu hija ſalieron a recibirle, el padre con lagrimas, y la hija con honeſtidad. No ſe abrazaron unos à otros, porque donde ay mucho amor, no ſuele aver demaſiada deſemboltura. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio, y Ana Felix admiraron en particular à todos juntos los que preſentes eſtaban. El ſilencio fue allí el que hablò por los dos amantes; y los ojos fueron las lenguas, que deſcubrieron ſus alegres, y honeſtos penſamientos. Contò el Renegado la induſtria, y medio que tuvo para ſacar à Don Gregorio; contò Don Gregorio los peligros, y aprietos en que ſe avia viſto con las mugeres con quien avia quedado, no con largo razonamiento, ſino con breves palabras, donde moſtrò, que ſu diſcrecion ſe adelantaba à ſus años. Finalmente, Ricote pagò, y ſatiſfizo liberalmente, aſsi al Renegado, como à los que avian bogado al remo. Reincorporòſe, y reduxoſe el Renegado con la Igleſia, y de miembro podrido bolviò limpio, y ſano con la penitencia, y el arrepentimiento. De alli à dos dias tratò el Viſorrey con Don Antonio, què modo tendrian para que Ana Felix, y ſu padre quedaſſen en Eſpaña, pareciendoles no ſer de inconveniente alguno, que quedaſſen en ella hija tan Chriſtiana, y padre, al parecer, tan bien intencionado. Don Antonio ſe ofreciò venir à la Corte à negociarlo, donde avia de venir forzoſamente à otros negocios, dando à entender, que en ella, por medio de el favor, y de las dadivas, muchas coſas dificultoſas ſe acaban. No, dixo Ricote, que ſe hallò preſente à eſta platica, ay que eſperar en favores, ni en dadivas; porque con el gran Don Bernardino de Velaſco, Conde de Salazar, à quien diò ſu Mageſtad cargo de nueſtra expulſion, no valen ruegos, ni promeſſas, no dadivas, no laſtimas; porque aunque es verdad, que èl mezcla la miſericordia con la juſticia, como èl vè, que todo el cuerpo de nueſtra Nacion eſtà contaminado, y podrido, uſa con èl antes de cauterio, que abraſa, que de unguento, que molifica; y aſsi, con prudencia, con ſagacidad, con diligencia, y con medios, que pone, ha llevado ſobre

sus fuertes ombros, à debida execucion, el peso de esta gran maquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes, y fraudes ayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede, ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, que con el tiempo venga despues à brotar, y à echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia: heroyca resolucion del gran Philipo Tercero, è inaudita prudencia en averla encargado al tal Don Bernardino de Velasco. Vna por una, yo harè, puesto allà, las diligencias posibles, y haga el Cielo lo que mas fuere servido, dixo Don Antonio: Don Gregorio se irà conmigo à consolar la pena, que sus padres deben tener por su ausencia. Ana Felix se quedarà con mi muger en mi casa, ò en un Monasterio; y yo sè, que el señor Visorrey gustarà se quede en la suya el buen Ricote, hasta vèr como yo negocio. El Visorrey consintiò en todo lo propuesto; pero Don Gregorio, sabiendo lo que passàba, dixo: Que en ninguna manera podia, ni queria dexar à Doña Ana Felix; pero teniendo intencion de vèr à sus padres, y de dar traza de bolver por ella, vino en el decretado concierto. Quedòse Ana Felix con la muger de Don Antonio, y Ricote en casa del Visorrey. Llegòse el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quixote, y Sancho, que fue de alli à otros dos, que la caìda no le concediò, que mas presto se pusiesse en camino. Huvo lagrimas, huvo suspiros, desmayos, y sollozos al despedirse Don Gregorio de Ana Felix: ofreciòle Ricote à Don Gregorio mil escudos, si los queria; pero èl no tomò ninguno, sino solos cinco, que le prestò Don Antonio, prometiendo la paga de ellos en la Corte. Con esto se partieron los dos, y Don Quixote, y Sancho despues, como se ha dicho: Don Quixote desarmado, y de camino; Sancho à pie, por ir el rucio cargado con las armas.

CAP. LXVI. *De lo que verà el que lo leyere, ò lo oirà el que lo estuviere leer.*

AL salir de Barcelona bolviò Don Quixote à mirar el sitio donde avia caìdo, y dixo: Aqui fue Troya: aqui mi desdicha, y no mi cobardia se llevò mis alcanzadas glorias: aqui usò la fortuna conmigo de sus bueltas, y rebueltas: aqui se obscurecieron mis hazañas: aqui, finalmente, cayò mi ventura, para jamàs levantarse. Oyendo lo qual Sancho, dixo: Tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegria en las prosperidades; y esto lo juzgo por mi mismo, que si quando era Governador estaba alegre, aora que soy escudero de à pie, no estoy triste; porque he oìdo decir, que esta que llaman por aì fortuna, es una mu-

ger

ger borracha, antojadiza, y sobre todo ciega, y assi no vè lo que hace, ni sabe à quien derriba, ni à quien ensalza. Muy Philosopho estàs, Sancho, respondiò Don Quixote, muy à lo discreto hablas, no sè quien te lo enseña; lo que te sè decir es, que no ay fortuna en el mundo, ni las cosas que en èl suceden, buenas, ò malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los Cielos; y de aqui viene lo que suele decirse, que cada uno es artifice de su ventura; yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necessaria; y assi me han salido al gallarin mis presumpciones, pues debiera pensar, que al poderoso grandor del cavallo del de la blanca Luna, no podia resistir la flaqueza de Rocinante; atrevìme, en fin, hice lo que pude, derribaronme, y aunque perdì la honra, no perdì, ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra; quando era Cavallero Andante, atrevido, y valiente, con mis obras, y con mis manos acreditaba mis hechos; agora quando soy escudero pedestre, acreditarè mis palabras cumpliendo la que dì de mis promessas. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos à tener en nuestra tierra el año de noviciado, con cuyo encerramiento cobrarèmos virtud nueva para bolver al nunca de mì olvidado exercicio de las armas. Señor, respondiò Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar à pie, que me mueva, è incite à hacer grandes jornadas. Dexèmos estas armas colgadas de algun arbol, en lugar de un ahorcado; y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, harèmos las jornadas como vuestra merced las pidiere, y midiere; que pensar que tèngo de caminar à pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo escusado. Bien has dicho, Sancho, respondiò Don Quixote, cuelguense mis armas por trofeos, y al pie de ellas, ò al rededor de ellas gravarèmos en los arboles lo que en el trofeo de las armas de Roldàn estaba escrito;

Nadie las mueva,
Que estàr no pueda
Con Roldàn à prueba.

Todo esso me parece de perlas, respondiò Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos avia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dexarle colgado. Pues ni èl, ni las armas, replicò Don Quixote, quiero que se ahorquen; porque no se diga, que à buen servicio, mal galardòn. Muy bien dice vuestra merced, respondiò Sancho; porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar à la albarda: y pues de este suceso vuestra merced tiene la culpa, castiguese à sì mismo, y no rebienten sus iras por las yà rotas, y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo, que caminen mas de lo justo. En estas razones, y praticas se les passò todo aquel dia, y

aùn otros quatro, sin sucederles cosa que estorvasse su camino: y al quinto dia, à la entrada de un Lugar, hallaron à la puerta de un Mesòn mucha gente, que por ser Fiesta se estaba alli solazando. Quando llegaba à ellos Don Quixote, un Labrador alzò la voz, diciendo: Alguno de estos dos señores, que aqui vienen, que no conocen las partes, dirà lo que se ha de hacer en nuestra apuesta. Sì dirè, por cierto, respondiò D. Quixote, con toda rectitud, si es que alcanzo à entenderla. Es, pues, el caso, dixo el Labrador, señor bueno, que un vecino de este Lugar, tan gordo, que pesa once arrobas, desafiò à correr à otro su vecino, que no pesa mas que cinco; fue la condicion, que avian de correr una carrera de cien passos con pesos iguales; y aviendole preguntado al desafiador, còmo se avia de igualar el peso? dixo, que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiesse seis de hierro à cuestas, y assi se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Esso no, dixo à esta sazon Sancho, antes que Don Quixote respondiesse, y à mi, que hà pocos dias que salì de ser Governador, y Juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleyto. Responde en buen hora, dixo Don Quixote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas à un gato, segun traygo alborotado, y trastornado el juicio. Con esta licencia, dixo Sancho à los Labradores, que estaban muchos al rededor de èl, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que este las escoja tales, que le impidan, ni estorven el salir vencedor; y assi es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula, y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aqui, ù de alli de su cuerpo, como mejor le pareciere, y estuviere; y de esta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualarà, y ajustarà con las cinco de su contrario, y assi podràn correr igualmente. Voto à tal, dixo un Labrador, que escuchò la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un Canonigo; pero à buen seguro, que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, quanto mas seis arrobas. Lo mejor es, que no corran, respondiò otro, porque el flaco no se mueva con el peso, ni el gordo se descarne, y echèsele la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores à la Taberna de lo caro, y sobre mi la capa quando llueva. Yo, señores, respondiò Don Quixote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos, y sucessos tristes me hacen parecer descortès, y caminar mas que de passo; y assi, dando de espuelas à Rocinante, passò adelante, dexandoles admirados

de aver visto, y notado, assi su estraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron à Sancho: y otro de los Labradores dixo: Si el criado es tan discreto, qual debe de ser el amo? Yo apostarè, que si vàn à estudiar à Salamanca, que à un tris han de venir à ser Alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar, y mas estudiar, y tener favor, y ventura, y quando menos se piensa el hombre se halla con una Vara en la mano, ò con una Mytra en la cabeza. Aquella noche la passaron amo, y mozo en mitad del campo, al cielo raso, y descubierto; y otro dia, siguiendo su camino, vieron, que àzia ellos venìa un hombre de à pie, con unas alforjas al cuello, y una azcona, ò chuzo en la mano: propio talle de Correo de à pie; el qual como llegò junto a Don Quixote, adelantò èl passo, y medio corriendo llegò à èl, y abrazandole por el muslo derecho, que no alcanzaba à mas, le dixo, con muestras de mucha alegria: O mi señor Don Quixote de la Mancha, y què gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque, quando sepa, que vuestra merced buelve à su Castillo, que todavia se està en èl con mi señora la Duquesa. No os conozco, amigo, respondiò Don Quixote, ni sè quien sois, si vos no me lo decis. Yo, señor Don Quixote, respondiò el Correo, soy Tosilos, el Lacayo del Duque mi señor, què no quise pelear con vuestra merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. Valame Dios, dixo Don Quixote, es posible, que sois vos el que los encantadores, mis enemigos, transformaron en esse Lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicò el Cartero, que no huvo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna; tan Lacayo Tosilos entrè en la estacada, como Tosilos Lacayo salì de ella: yo pensè casarme sin pelear, por averme parecido bien la moza; pero sucedìome al revès mi pensamiento, pues assi como vuestra merced se partiò de nuestro Castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos, por aver contravenido à las ordenanzas, que me tenia dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es yà Monja, y Doña Rodriguez se ha buelto a Castilla, y yo voy aora à Barcelona à llevar un Pliego de Cartas al Virrey, que le embia mi amo. Si vuestra merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aqui llevo una calabaza llena de lo caro, con no sè quantas tajitas de queso de tronchon, que servirán de llamativo, y desperrador de la sed, si acaso està durmiendo. Quiero el combite, dixo Sancho, y eche el resto de la cortesìa, y escancie el buen Tosilos à despecho, y pesar de quantos encantadores ay en las Indias. En fin, dixo Don Quixote, tu eres, Sancho, el mayor glotòn del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades, que esse Correo es encantado, y este To-

silos contrahecho; quedate con èl, y hartate, que yo me irè adelante poco à poco, esperandote à que vengas. Rioſe el Lacayo, desembaynò su calabaza, desalforjò sus rajas, y sacando un panecillo, èl, y Sancho se sentaron sobre la yerva verde, y en buena paz, y compaña despavilaron, y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el Pliego de las Cartas, solo porque olìa à queso. Dixo Tosilos à Sancho: Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. Còmo debe, respondiò Sancho, no debe nada à nadie, que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura; bien lo veo yo, y bien se lo digo à èl, pero què aprovecha, y mas agora, que và rematado, porque và vencido de el Cavallero de la blanca Luna. Rogòle Tosilos le contasse lo que le avia sucedido; pero Sancho le respondiò, que era descortesìa dexar, que su amo le esperasse, que otro dia, si se encontrassen, avria lugar para ello; y levantandose despues de aver sacudido el sayo, y las migajas de las barbas, antecogiò al rucio, y diciendo, à Dios, dexò à Tosilos, y alcanzò a su amo, que à la sombra de un arbol le estaba esperando.

CAP. LXVII. *De la resolucion que tomò Don Quixote de hacerse Pastor, y seguir la vida del campo, en tanto que se passaba el año de su promessa, con otros sucessos, en verdad gustosos, y buenos.*

SI muchos pensamientos fatigaban à Don Quixote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caìdo. A la sombra del arbol estaba (como se ha dicho) y alli como moscas à la miel le acudian, y picaban pensamientos, unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros à la vida que avia de hacer en forzosa retirada. Llegò Sancho, y alabòle la liberal condicion del Lacayo Tosilos. Es posible, le dixo Don Quixote, que todavia pienses, ò Sancho, que aquel sea verdedero Lacayo? Parece que se te ha ido de la mente aver visto à Dulcinea convertida, y transformada en Labradora, y al Cavallero de los Espejos en el Bachillèr Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen; pero dime agora, preguntaste à esse Tosilos, què dicen que ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ò si ha dexado ya en manos de el olvido los enamorados pensamientos, que en mi presencia la fatigaban? No eran, respondiò Sancho, los que yo tenia tales, que me diessen lugar à preguntar boberìas. Cuerpo de mì, señor, està vuestra merced agora en terminos de inquirir pensamientos agenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dixo Don Quixote,

mucha diferiencia ay de las obras que se hacen por amor, à las que se hacen por agradecimiento; bien puede ser, que un Cavallero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigòr, que sea desagradecido: quisome bien, al parecer, Altisidora, diòme los tres tocadores, que sabes, llorò en mi partida, maldixome, vituperòme, quexòse à despecho en la verguenza publicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones; yo no tuve esperanzas que darla, ni tesoros que ofrecerla, porque las mias las tengo entregadas a Dulcinèa; y los tesoros de los Cavalleros Andantes son como los de los duendes, aparentes, y falsos, y solo puedo darla estos acuerdos, que de ella tengo, sin perjuicio; pero de los que tengo de Dulcinèa, à quien tù agravias con la remission que tienes en azotarte, y en castigar essas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondiò Sancho, si và à decir la verdad, yo no me puedo persuadir, que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dixessemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas; à lo menos yo ossarè jurar, que en quantas Historias vuestra merced ha leido, que tratan de la Andante Cavalleria, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por sì, ò por no, yo me los darè quando tenga gana, y el tiempo me dè comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondiò D. Quixote, y los Cielos te dèn gracia para que caygas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar à mi señora, que lo es tuya, pues tù eres mio. En estas platicas iban siguiendo su camino, quando llegaron al mismo sitio, y lugar donde fueron atropellados de los toros; reconociendole Don Quixote, dixo à Sancho: Este es el prado donde topamos à las bizarras Pastoras, y gallardos Pastores, que en èl querian renòvar, è imitar à la pastoral Arcadia: pensamiento tan nuevo, como discreto, à cuya imitacion, si es que à tì te parece bien, querrìa, ò Sancho, que nos convirtiessemos en Pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido; yo comprarè algunas ovejas, y todas las demàs cosas, que al pastoral exercicio son necessarias, y llamandome yo el Pastor Quixotiz, y tù el Pastor Pancino, nos andarèmos por los montes, por las selvas, y por los prados, cantando aqui, endechando alli, bebiendo de los liquidos crystales de las fuentes, ò yà de los limpios arroyuelos, ò de los caudalosos rios; darannos con abundantissima mano de su dulcissimo fruto las encinas, assiento los troncos de los durissimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los estendidos prados, aliento el ayre claro, y puro, luz la Luna, y las Estrellas, y à pesar de la obscuridad

dancia se mostraba en los Castillos, y Casas, assi de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de Don Antonio Moreno; pero considerabа no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y assi passò aquella durmiendo, y su amo velando.

CAP. LXVIII. *De la cerdosa aventura, que le acontecièa Don Quixote.*

ERA la noche algo obscura, puesto que la Luna estaba en el Cielo: pero no en parte que pudiesse ser vista, que tal vez la señora Diana se và à passear à los Antipodas, y dexa los montes negros, y los valles obscuros. Cumpliò Don Quixote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo: bien al revès de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche, hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion, y pocos cuidados; los de Don Quixote le desvelaron de manera, que despertò à Sancho, y le dixo: Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion; yo imagino, que eres hecho de marmol, ù duro bronce, en quien no cabe movimiento, ni sentimiento alguno: yo vèlo quando tù duermes, yo lloro quando tù cantas, yo me desmayo de ayuno quando tù estas perezoso, y desalentado de puro harto: de buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera; mira la serenidad de esta noche, la soledad en que estamos, que nos com-

combida à entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño; levantate por tu vida, y desviate algun trecho de aqui, y con buen animo, y denuedo agradecido date trescientos, ò quatrocientos azotes à buena cuenta de los del desencanto de Dulcinèa; y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo à los brazos, como la otra vez, porque sè que los tienes pesados: despues que te ayas dado, passarèmos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tu, tu firmeza, dando desde aora principio al exercicio pastoral, que hemos de tener en nuestra Aldèa. Señor, respondiò Sancho, no soy yo Religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante, y me discipline, ni menos me parece, que del estremo del dolor de los azotes se pueda passar al de la musica; vuestra merced me dexe dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me harà hacer juramento de no tocarme jamàs al pelo del sayo, no que al de mis carnes. O alma endurecida! ò escudero sin piedad! ò pan mal empleado, mercedes mal consideradas las que te he hecho, y pienso hacer! Por mi te has visto Governador, y por mi te vès con esperanzas propinquas de ser Conde, ò tener otro titulo equivalente, y no tardarà el cumplimiento de ellas mas de quanto tarde en passar este año, que yo *post tenebras spero lucem*. No entiendo esso, replicò Sancho; solo entiendo, que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien aya el que inventò el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor; y finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran; bàlanza, y peso que iguala al pastor con el Rey, y al simple con el discreto: solo una cosa tiene mala el sueño, segun he oìdo decir, y es, que se parece à la muerte, pues de un dormido à un muerto ay muy poca diferencia. Nunca te he oìdo hablar, Sancho, dixo D. Quixote, tan elegantemente como agora, por donde vengo à conocer ser verdad el refran, que tu algunas veces sueles decir: No con quien naces, sino con quien paces. Ha, pesia tal, replicò Sancho, señor nuestro amo, no soy yo aora el que ensarta refranes, que tambien à vuestra merced se le caen de la boca de dos en dos, mejor que à mi, sino que debe de aver entre los mios, y los suyos esta diferencia; que los de vuestra merced vendràn à tiempo, y los mios à deshora; pero en efecto todos son refranes. En esto estaban quando sintieron un sordo estruendo, y un aspero ruìdo, que por todos aquellos valles se estendia: levantòse en pie Don Quixote, y puso mano à la espada, y Sancho se agazapò debaxo de el rucio, poniendose à los lados el lio de las armas, y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quixote: de punto en punto iba creciendo el ruido, y llegandose cerca à los dos

temerosos (à lo menos el uno) que el otro yà se sabe su valentìa. Es, pues, el caso, que llevaban unos hombres à vender à una Feria mas de seiscientos puercos, con los quales caminaban à aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban, el gruñir, y el bufar, que ensordecieron los oìdos de D. Quixote, y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia: llegò de tropèl la estendida, y gruñidora pyara, y sin tener respeto à la autoridad de Don Quixote, ni à la de Sancho, passaron por encima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho, y derribando, no solo à Don Quixote, sino llevando por añadidura à Rocinante; el tropèl, el gruñir, y la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusion, y por el suelo à la albarda, à las armas, al rucio, à Rocinante, à Sancho, y à Don Quixote: levantòse Sancho como mejor pudo, y pidiò à su amo la espada, diciendole, que querìa matar media docena de aquellos señores, y descomedidos puercos, que yà avia conocido, que lo eran. Don Quixote le dixo: dexalos estàr, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado; y justo castigo de el Cielo es, que un Cavallero Andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos. Tambien debe de ser castigo del Cielo, respondiò Sancho, que à los escuderos de los Cavalleros vencidos los punceu moscas, los coman piojos, y les embista la hambre; si los escuderos fueramos hijos de los Cavalleros à quien servimos, ò parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzàra la pena de sus culpas, hasta la quarta generacion; pero què tienen que vèr los Panzas con los Quixotes? Aora bien, tornemonos à acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerà Dios, y medrarèmos. Duerme tù, Sancho, respondiò Don Quixote, que naciste para dormir, que yo que nacì para velar, en el tiempo que falta de aqui al dia darè rienda à mis pensamientos, y los desfogarè en un Madrigalete, que, sin que tù lo sepas, anoche compuse en la memoria. A mì me parece, respondiò Sancho, que los pensamientos, que dàn lugar à hacer coplas, no deben de ser muchos; V.md. coplee quanto quisiere, que yo dormirè quanto pudiere; y luego tomando en el suelo todo quanto quiso, se acurrucò, y durmiò à sueño suelto, sin que fianzas, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorvasse. Don Quixote, arrimado à un tronco de una haya, ù de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el arbol que era) al son de sus mismos suspiros cantò de esta suerte:

Amor, quando yo pienso
En el mal, que me dàs terrible, y fuerte,
Voy corriendo à la muerte,
Pensando assi acabar mi mal inmenso;

Mas

Mas en llegando al passo,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegria siento,
Que la vida se esfuerza, y no le passo:
Assi el vivir me mata,
Que la muerte me torna à dar la vida:
O condicion no oìda,
La que conmigo muerte, y vida trata!

Cada verso de estos acompañaba con muchos suspiros, y no pocas lagrimas, bien como aquel cuyo corazon tenian traspassado con el dolor del vencimiento, y con la ausencia de Dulcinèa. Llegòse en esto el dia, dio el Sol con sus rayos en los ojos à Sancho, despertò, y esperezòse, sacudiendose, y estirandose los perezosos miembros: mirò el destrozo que avian hecho los puercos en su reposteria, y maldixo la pyara, y aùn mas adelante. Finalmente, bolvieron los dos à su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron, que àzia ellos venìan hasta diez hombres de à cavallo, y quatro, ò cinco de à pie: sobresaltòse el corazon de Don Quixote, y azoròse el de Sancho, porque la gente, que se les llegaba, traìa lanzas, y adargas, y venìa muy à punto de guerra. Bolviòse Don Quixote à Sancho, y dixole: Si yo pudiera, Sancho, exercitar mis armas, y mi promessa no me huviera atado los brazos; esta maquina, que sobre nosotros viene, la tuviera yo por tortas, y pan pintado, pero podria ser fuesse otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de à cavallo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon à Don Quixote, y se las pusieron à las espaldas, y pechos, amenazandole de muerte: uno de los de à pie, puesto un dedo en la boca, en señal de que callasse, asiò del freno de Rocinante, y le sacò del camino; y los demàs de a pie, antecogiendo à Sancho, y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los passos del que llevaba à Don Quixote, el qual dos, ò tres veces quiso preguntar adonde le llevaban, ò què querian? Pero apenas comenzaba à mover los labios, quando se los iban à cerrar con los hierros de las lanzas; y à Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, quando uno de los de à pie con un aguijòn le punzaba, y al rucio ni mas, ni menos, como si hablar quisiera. Cerrò la noche, apresuraron el passo, creciò en los dos presos el miedo, y mas quando oyeron, que de quando en quando les decian: Caminad, Trogloditas, callad, Barbaros, pagad, Antropofagos, no os quexeis, Scytas, ni abrais los ojos, Polifemos matadores, Leones carniceros, y otros semejantes à estos, con que atormentaban los oìdos de los mi-

ſerables amo, y mozo. Sancho iba diciendo entre sì: Noſotros Tortolitas? noſotros Barbaros, ni eſtropajos? noſotros perritas, à quien dicen cita, cita? No me contentan nada eſtos nombres; à mal viento và eſta parva, todo el mal nos viene junto, como al perro los palos, y ojalà paraſſe en ellos lo que amenaza eſta aventura tan deſventurada. Iba Don Quixote embeleſado, ſin poder atinar con quantos diſcurſos hacia, què ſerian aquellos nombres llenos de vituperios, que les ponian, de los quales ſacaba en limpio, no eſperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en eſto una hora caſi de la noche à un Caſtillo, que bien conociò. Don Quixote, que era el del Duque, donde avia poco que avian eſtado. Valgame Dios! dixo aſsi como conociò la eſtancia, y què ſerà eſto? sì, que en eſta caſa todo es corteſia, y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien ſe buelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del Caſtillo, y vieronle aderezado, y puesto de manera, que les acrecentò la admiracion, y les doblò el miedo, como ſe verà en el ſiguiente capitulo.

CAP. LXIX. *Del mas raro, y mas nuevo ſuceſſo, que en todo el diſcurſo de eſta grande Hiſtoria avinò a Don Quixote.*

APearonſe los de à cavallo, y junto con los de à pie, tomando en peſo, y arrebatadamente a Sancho, y a Don Quixote, los entraron en el Palacio, al rededor del qual ardian caſi cien hachas puestas en ſus blandones; y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo, que à peſar de la noche (que ſe moſtraba algo obſcura) no ſe echaba de vèr la falta del dìa. En medio del patio ſe levantaba un tumulo como dos varas del ſuelo, cubierto todo con un grandiſsimo Dosèl de terciopelo negro, al rededor del qual, por ſus gradas, ardian velas de cera blanca ſobre mas de cien candeleros de plata; encima del qual tumulo ſe moſtraba un cuerpo muerto de una tan hermoſa doncella, que hacia parecer con ſu hermoſura hermoſa à la miſma muerte: tenia la cabeza ſobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diverſas, y odoriferas flores texida, las manos cruzadas ſobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla, y vencedora palma: à un lado del patio eſtaba puesto un teatro, y en dos ſillas ſentados dos perſonages, que por tener coronas en las cabezas, y cetros en las manos, daban ſeñales de ſer algunos Reyes, ya verdaderos, ò ya fingidos: al lado de eſte teatro, adonde ſe ſubia por algunas gradas, eſtaban otras dos ſillas, ſobre las quales, los que traxeron los preſos, ſentaron à Don Quixote, y à Sancho, todo eſto callando, y dandoles à entender con ſeñales à los dos, que aſsimiſmo callaſſen; pero ſin que ſe lo ſeñalaran callaran ellos, porque la admiracion de lo

que

que estaban mirando los tenia atadas las lenguas: subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personages, que luego fueron conocidos de Don Quixote ser el Duque, y la Duquesa sus huespedes, los quales se sentaron en dos riquissimas sillas junto à los dos, que parecian Reyes. Quien no se avia de admirar con esto, añadiendose à ello aver conocido Don Quixote, que el cuerpo muerto, que estaba sobre el tumulo, era de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque, y la Duquesa en el teatro, se levantaron Don Quixote, y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabezas: saliò en esto de través un ministro, y llegandose à Sancho, le echò una ropa de bocaci negra en cima, toda pintada con llamas de fuego, y quitandole la caperuza, le puso en la cabeza una coroza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y dixole al oido, que no descosiesse los labios, porque le echarian una mordaza, ò le quitarian la vida. Mirabase Sancho de arriba abaxo, veiase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites: quitòse la coroza, viòla pintada de diablos, bolviòsela à poner, diciendo entre sì: Aun bien, que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirabale tambien Don Quixote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dexò de reirse de ver la figura de Sancho: comenzò en esto à salir, al parecer, debaxo de el tumulo un son sumisso, y agradable de flautas; que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, assimismo se mostraba blando, y amoroso. Luego hizo de sì improvisa muestra, junto à la almohada del, al parecer cadaver, un hermoso mancebo vestido à lo Romano, que al son de una harpa, que èl mismo tocaba, cantò con suavissima, y clara voz estas dos Estancias.

En tanto que en sì buelve Altisidora,
Muerta por la crueldad de Don Quixote,
Y en tanto que en la Corte encantadora
Se vistieren las damas de picote,
Y en tanto que à sus dueñas mi señora
Vistiere de vayeta, y de anascote,
Cantarè su belleza, y su desgracia
Con mejor plectro, que el cantor de Tracia.
Y aun no sè la figura, que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta, y fria en la boca
Pienso mover la voz à ti debida,

Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el estigio lago conducida,
Celebrandote irà, y aquel sonido
Harà parar las aguas del olvido.

No mas, dixo à esta sazon uno de los dos que parecian Reyes; no mas, cantor divino, que seria proceder en infinito representarnos aora la muerte, y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena, que para bolverla à la perdida luz ha de passar Sancho Panza, que està presente; y assi, ò tù, Radamanto, que conmigo juzgas en las cabernas lobregas de Leteo, pues sabes todo aquello, que en los inescrutables hados està determinado, acerca de bolver en si esta doncella, dilo, y declaralo luego, porque no se nos dilate el bien, que en su nueva buelta esperamos. Apenas huvo dicho esto Minos, Juez, y compañero de Radamanto, quando en levantandose en pie Radamanto, dixo: Ea, Ministros de esta casa, altos, y baxos, grandes, y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y quatro mamonas, y doce pellizcos, y seis alfilerazos, brazos, y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo qual Sancho Panza, rompiò el silencio, y dixo: Voto à tal, assi me dexe yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como bolverme Moro. Cuerpo de mi, què tiene que vèr manosearme el rostro, con la resurreccion de esta doncella? Regostòse la vieja à los bledos: encantan à Dulcinèa, y azotanme para que se desencante? Merecese Altisidora de males, que Dios quiso darla, y hanla de resucitar hacerme à mi veinte y quatro mamonas, y acribarme el cuerpo à alfilerazos, y acardenalarme los brazos con pellizcos? Essas burlas à un cuñado, que yo soy perro viejo, y no ay conmigo tus tus. Moriràs, dixo en alta voz Radamanto; ablandate, Tygre, humillate, Nembrot sobervio, y sufre, y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades de este negocio; mamonado has de ser; acribillado te has de vèr, pellizcado has de gemir. Ea, digo, Ministros, cumplid mi mandamiento, si no, por la fee de hombre de bien, que aveis de vèr para lo que naciste is. Parecieron en esto, que por el patio venian hasta seis dueñas en procession, unas tras otras, las quatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas (como aora se usa.) No las huvo visto Sancho, quando bramando como un toro, dixo: Bien podrè yo dexarme manosear de todo el mundo; pero consentir, que me toquen dueñas, esso no: gateenme el rostro, como hicieron à mi amo en este mismo Castillo: traspassenme el cuerpo con puntas de dagas bu-

buidas: atenaceenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevarè en paciencia, ò servirè à estos señores; pero que me toquen dueñas no lo consentirè, si me llevasse el diablo. Rompiò tambien el silencio Don Quixote, diciendo à Sancho: Ten paciencia, hijo, y da gusto à estos señores, y muchas gracias al Cielo, por aver puesto tal virtud en tu persona, que con el martyrio de ella desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, quando èl mas blando, y mas persuadido, poniendose bien en la silla, diò rostro, y barba à la primera, la qual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesia, menos muda, señora dueña (dixo Sancho) que por Dios, que traeis las manos oliendo à vinagrillo. Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que èl no pudo sufrir fue el punzamiento de los alfileres, y assi se levantò de la silla, al parecer mohino; y asiendo de una hacha encendida, que junto à èl estaba, diò tras las dueñas, y tras todos, sus verdugos, diciendo: Afuera, ministros infernales; que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios, meritos. En esto Altisidora, que debia de estàr cansada, por aver estado tanto tiempo supina, se bolviò de un lado; visto lo qual por los circunstantes, casi todos à una voz dixeron: Viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandò Radamanto à Sancho, que depusiesse la ira, pues ya se avia alcanzado el intento, que se procuraba. Assi como Don Quixote viò rebullir à Altisidora, se fue à poner de rodillas delante de Sancho, diciendole: Aora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te dès algunos de los azotes, que estàs obligado à dar por el desencanto de Dulcinèa. Aora digo, que es el tiempo donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien, que de ti se espera. A lo que respondiò Sancho: Esto me parece Argado sobre Argado, y no miel sobre ojuelas; bueno serìa, que tras pellizcos, mamonas, y alfilerazos, viniessen aora los azotes; no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra, y atarmela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que à mi no pesarìa mucho, si es que para curar los males agenos tengo yo de ser la baca de la boda. Dexenme, si no por Dios que lo arroje, y lo eche todo à trece, aunque no se venda. Ya en esto se avia sentado en el tumulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimias, à quien acompañaron las flautas, y las voces de todos, que aclamaban: Viva Altisidora, Altisidora viva. Levantaronse los Duques, y los Reyes Minos, y Radamanto, y todos juntos con Don Quixote, y Sancho fueron à recibir à Altisidora, y à baxarla de el tumulo; la qual haciendo de la desmayada, se inclinò a los Duques, y à los Reyes; y mirando de

tra-

través à Don Quixote, le dixo: Dios te lo perdone, desamorado Cavallero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, à mi parecer, mas de mil años; y a tì, ò el mas compassivo escudero, que contiene el Orbe, te agradezco la vida, que posseo; dispon desde oy mas, amigo Sancho, de seis camisas mias, que te mando, para que hagas otras seis para tì; y si no son todas sabas, à lo menos son todas limpias. Besòle por ello las manos Sancho, con la coroza en la mano, y las rodillas en el suelo. Mandò el Duque, que se la quitassen, y le bolviessen su caperuza, y le pusiessen el sayo, y le quitassen la ropa de las llamas. Suplicò Sancho al Duque, que le dexasse la ropa, y mytra, que las queria llevar à su tierra por señal, y memoria de aquel nunca visto sucesso. La Duquesa respondiò, que sì dexarian, que yà sabìa èl quan grande amiga suya era. Mandò el Duque despejar el patio, y que todos se recogiessen à sus estancias, y que à Don Quixote, y à Sancho los llevassen à las que ellos yà sabìan.

CAP. LXX. *Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para la claridad de esta Historia.*

DUrmiò Sancho aquella noche en una cartiola en el mismo aposento de Don Quixote: cosa, que èl quisiera escusarla, si pudiera, porque bien sabìa, que su amo no le avia de dexar dormir à preguntas, y à respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martyrios passados los tenia presentes, y no le dexaban libre la lengua; y vinierale mas à cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Saliòle su temor tan verdadero, y su sospecha tan cierta, que apenas huvo entrado su señor en el lecho, quando dixo: Què te parece, Sancho, del sucesso de esta noche? Grande, y poderosa es la fuerza del desdèn desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta à Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bèlico, ni con venenos mortiferos, sino con la consideracion del rigor, y el desdèn, con què yo siempre la he tratado. Murierase ella en hora buena quando quisiera, y como quisiera, respondiò Sancho, y dexarame à mì en casa, pues ni yo la enamorè, ni la desdeñè en mi vida; yo no sè, ni puedo pensar como sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza, que discreta, tenga que vèr (como otra vez he dicho) con los martyrios de Sancho Panza. Aora sì, que vengo à conocer clara, y distintamente, que ay encantadores, y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sè librar; con todo esso, suplico à vuestra merced me dexe dormir, y no me pregunte mas, si no quiere que me arroje por una ventana abaxo. Duèrme, Sancho, amigo, respondiò Don Quixote, si es que te dan la-

lugar los alfilerazos, y pellizcos recibidos, y las mamonas hechas. Ningun dolor, respondiò Sancho, llegò à la afrenta de las mamonas, no por otra cosa, que por avermelas hecho dueñas, que confundidas sean; y torno à suplicar à vuestra merced, me dexe dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea assi, dixo Don Quixote, Dios te acompañe. Durmieronse los dos, y en este tiempo quiso escrivir, y dar cuenta Cide Hamete, Autor de esta grande Historia, què les moviò à los Duques à levantar el edificio de la maquina referida; y dice, que no aviendosele olvidado al Bachillèr. Sanson Carrasco, quando el Cavallero de los Espejos fue vencido, y derribado por Don Quixote, cuyo vencimiento, y caida borrò, y deshizo todos sus designios, quiso bolver à probar la mano, esperando mejor sucesso, que el passado: y assi, informandose del page, que llevò la carta, y presente a Tereta Panza, muger de Sancho, adonde Don Quixote quedaba, buscò nuevas armas, y cavallo, y puso en el escudo la blanca Luna, llevandolo todo sobre un macho, à quien guiaba un Labrador, y no Tomè Cecial, su antiguo escudero, porque no fuesse conocido de Sancho, ni de Don Quixote. Llegò, pues, al Castillo del Duque, que le informò el camino, y derrota, que Don Quixote llevaba, con intento de hallarse en las Justas de Zaragoza; dixole assimismo las burlas que le avia hecho, con la traza del desencanto de Dulcinèa, que avia de ser à costa de las posaderas de Sancho; en fin, diòle cuenta de la burla que Sancho avia hecho à su amo, dandole à entender, que Dulcinèa estaba encantada, y transformada en Labradora, y como la Duquesa su muger avia dado à entender à Sancho, que èl era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinèa; de que no poco se riò, y admirò el Bachillèr, considerando la agudeza, y simplicidad de Sancho, como del estremo de la locura de Don Quixote. Pidiòle el Duque, que si le hallasse, y le vencieste, ò no, se bolviesse por alli à darle cuenta del sucesso. Hizolo assi el Bachillèr; partiose en su busca, no le hallò en Zaragoza, passò adelante, y sucediòle lo que queda referido. Bolviòse por el Castillo del Duque, y contòselo todo con las condiciones de la batalla, y que yà D. Quixote bolvia à cumplir, como buen Cavallero Andante, la palabra de retirarse un año en su Aldea; en el qual tiempo podia ser, dixo el Bachillèr, que sanasse de su locura, que esta era la intencion que le avia movido à hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lastima, que un hidalgo tan bien entendido como Don Quixote, fuesse loco. Con esto se despidiò del Duque, y se bolviò à su Lugar, esperando en èl à Don Quixote, que tras èl venia. De aqui tomò ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho, y de Don Quixote: y hasien-

ciendo tomar los caminos cerca, y lexos del Caſtillo, por todas las partes que imaginò, que podriá bolver Don Quixote, con muchos criados ſuyos de a pie, y de à cavallo, para que por fuerza, ù de grado le traxeſſen al Caſtillo, ſi le hallaſſen. Hallaronle, dieron aviſo al Duque, el qual yà prevenido de todo lo que avia de hacer, aſsi como tuvo noticia de ſu llegada, mandò encender las hachas, y las luminarias del patio, y poner à Altiſidora ſobre el tùmulo, con todos los aparatos, que ſe han contado, tan al vivo, y tan bien hechos, que de la verdad a ellos avia poca diferencia. Y dice mas Cide Hamete, que tiene para sì, ſer tan locos los burladores, como los burlados; y que no eſtaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarſe de dos tontos; los quales el uno durmiendo à ſueño ſuelto, y el otro velando à penſamientos deſatados, les tomò el dia, y la gana de levantarſe: que las ocioſas plumas, ni vencido, ni vencedor jamàs dieron guſto à Don Quixote. Altiſidora (en la opinion de Don Quixote buelta de muerte à vida) ſiguiendo el hùmor de ſus ſeñores, coronada con la miſma guirnalda, que en el tùmulo tenia, y veſtida una tunicela de tafetan blanco, ſembrada de flores de oro, y ſueltos los cabellos por las eſpaldas, arrimada à un baculo de negro, y finiſsimo evano, entrò en el apoſentò de Don Quixote, con cuya preſencia turbado, y confuſo ſe encogiò, y cubriò caſi todo con las ſabanas, y colchas de la cama, muda la lengua, ſin que acertaſſe à hacerle cortesìa ninguna. Sentòſe Altiſidora en una ſilla junto a ſu cabecera; y deſpues de aver dado un gran ſuſpiro, con voz tierna, y debilitada, le dixo: Quando las mugeres principales, y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia à la lengua, que rompa por todo inconveniente, dando noticia en publico de los ſecretos, que ſu corazon encierra, en eſtrecho termino ſe hallan: yo, ſeñor Don Quixote de la Mancha, ſoy una de eſtas, apretada, vencida, y enamorada; pero con todo eſto ſufrida, y honeſta, tanto, que por ſerlo tanto, rebentò mi alma por mi ſilencio, y perdì la vida; dos dias hà que la conſideracion del rigòr con que me has tratado (ò mas duro que marmol à mis quexas, empedernido Cavallero!) he eſtado muerta, ò à lo menos juzgada por tal de los que me han viſto; y ſi no fuera porque el amor, condoliendoſe de mì, depoſitò mi remedio en los martyrios de eſte buen eſcudero, allà me quedàra en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dixo Sancho, depoſitarlos en los de mi aſno, que yo ſe lo agradeciera; pero digame, ſeñora, aſsi el Cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo, què es lo que viò en el otro mundo? què ay en el Infierno? porque quien muere deſeſperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La

verdad, que os diga, respondiò Alsisidora, yo no debi de morir del todo, pues no entrè en el Infierno, que si allà entràra, una por una no pudiera salir de èl aunque quisiera; la verdad es, que llegue à la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos à la pelota, todos en calzas, y en jubon, con balonas guarnecidas con puntas de randas Flamencas, y con unas buelras de lo mismo, que les servian de puños, con quatro dedos de brazo de fuera, porque pareciessen las manos mas largas, en las quales tenian unas palas de fuego; y lo que mas me admirò fue, que les servian en lugar de pelotas, Libros, al parecer llenos de viento, y de borra: cosa maravillosa, y nueva, pero esto no me admirò tanto, como el ver, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los ganancioso, y entristecerse los que pierden, allì en aquel juego todos gruñian, todos regañaban, y todos se maldecian. Esso no es maravilla, respondiò Sancho, porque los diablos, jueguen, ò no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen, ò no ganen. Assi debe de ser, respondiò Alsisidora; mas ay otra cosa que tambien me admira (quiero decir, me admirò entonces) y fue, que al primer bolco, no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y assi menudeaban Libros nuevos, y vistosos, que era una maravilla. A uno de ellos, nuevo flamante, y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas, y esparcieron las hojas con gran furor por el ayre. Dixo un diablo à otro: Mirad, què Libro es esse. Y el diablo le respondiò: Esta es la segunda Parte de la Historia de Don Quixote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer Autor, sino por un Aragonès, que èl dice ser natural de Tordesillas. Quitadmele de ai, respondiò el otro diablo, y metedle en los abismos del Infierno, no le vean mas mis ojos; Tan malo es? respondiò el otro. Tan malo, replicò el primero, que si de proposito yo mismo me pusiera à hacerle peor, no acertara. Prosiguieron su juego, peloteando otros Libros; y yo por aver oido nombrar à Don Quixote, à quien tanto adamo, y quiero, procurè que se me quedasse en la memoria esta vision. Vision debiò de ser sin duda, dixo Don Quixote, porque no ay otro yò en el mundo, y yà essa Historia anda por acà de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan de el pie: yo no me he alterado en oìr, que anda como cuerpo fantastico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien essa Historia trata; si ella fuere buena, fiel, y verdadera, tendrà siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto à la sepultura no serà muy largo el camino. Iba Alsisidora à proseguir en quexarse de Don Quixote, quando la dixo Don Quixote: Muchas veces os he dicho, señora, que à mi me pesa de que ayais colocado en mi pensa-

mientos, pues de los mios antes pueden ser agradecidos, que remediados; yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados (si los huviera) me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar, que en mi alma tiene, es pensar lo imposible: suficiente desengaño es este para que os retireis en los limites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar à lo imposible. Oyendo lo qual Altisidora, mostrando enojarse, y alterarse, le dixo: Vive el señor Don Vacallao, alma de almirez, cuesco de datil, mas terco, y duro, que villano rogado, quando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto à vos, que os tengo de sacar los ojos; pensais por ventura, don vencido, y don molido à palos, que yo me he muerto por vos? todo lo que aveis visto en esta noche ha sido fingido, que no soy yo muger, que por semejantes camellos avia de dexar, que me dolieste un negro de la uña, quanto mas morirme. Esso creo yo muy bien, dixo Sancho, que esto del morirse los enamorados, es cosa de risa; bien lo pueden ellos decir, pero hacer, crealo Judas. Estando en estas platicas entrò el musico, cantor, y Poeta, que avia cantado las dos yà referidas estancias, el qual haciendo una gran reverencia à D. Quixote, dixo: Vuestra merced, señor Cavallero, me cuente, y tenga en el numero de sus mayores servidores, porque ha muchos dias, que le soy muy aficionado, assi por su fama, como por sus hazañas. Don Quixote le respondiò: Vuestra merced me diga quien es, porque mi cortesia responda à sus merecimientos. El mozo respondiò, que el musico, y panegyrico de la noche antes. Por cierto, replicò Don Quixote, vuestra merced tiene estremada voz; pero lo que cantò no me parece que fuè muy à proposito, porque què tienen que vèr las estancias de Garcilaso con la muerte de esta señora? No se maraville vuestra merced de esso, respondiò el musico, que yà entre los intonsos Poetas de nuestra edad se usa, que cada uno escriva como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga, ò no venga à pelo de su intento; y yà no ay necessidad que canten, ò escriban, que no se atribuya à licencia poetica. Responder quisiera D. Quixote, pero estorvarondo el Duque, y la Duquesa, que entraron à verle, entre los quales passaron una larga, y dulce platica, en la qual dixo Sancho tantos donayres, y tantas malicias, que dexaron de nuevo admirados à los Duques, assi con su simplicidad, como con su agudeza. Don Quixote les suplicò le diessen licencia para partirse aquel mismo dia, pues à los vencidos Cavalleros como èl, mas le convenia habitar una zahurda, que no Reales Palacios. Dieronsela de muy buena gana, y la Duquesa le preguntò, si quedaba en su gracia Altisidora. El respondiò: Señora mia, sepa V. Señoria, que todo el mal de esta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta, y continua; ella me

he

ha dicho aquí, que se usan tandas en el Infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las dexe de la mano, que ocupada en menear los palillos, no se menearán en su imaginacion la imagen, ò imagenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo. Y el mio, añadiò Sancho, pues no he visto en toda mi vida randera, que por amor se aya muerto, que las doncellas ocupadas, mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores; por mi lo digo, pues mientras estoy cabando no me acuerdo de mi òslo, digo de mi Teresa Panza, à quien quiero mas, que à las pestañas de mis ojos. Vos decis muy bien, Sancho, dixo la Duquesa, y yo harè, que mi Altisidora se ocupe de aqui adelante en hacer alguna labòr blanca, que la sabe hacer por estremo. No ay para què, señora, respondiò Altisidora, usar de esse remedio, pues la consideracion de las crueldades, que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria, sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aqui, por no vèr delante de mis ojos, yà no su triste figura, sino su fea, y abominable catadura. Esso me parece, dixo el Duque, à lo que suele decirse: porque aquel que dice injurias, cerca està de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lagrimas con un pañuelo; y haciendo reverencia à sus señores, se saliò del aposento. Mandote yo, dixo Sancho, pobre doncella, mandote, digo, mala ventura, pues las has avido con un alma de esparto, y con un corazon de encina: à fee, que si las huvieras conmigo, que otro Gallo te cantàra. Acabòse la platica, vistiòse Don Quixote, comiò con los Duques, y partiòse aquella tarde.

CAP. LXXI. *De lo que ſucedió à Don Quixote con ſu eſcudero Sancho yendo à ſu Aldèa.*

IBA el vencido, y aſſendereado Don Quixote penſativo además por una parte, y muy alegre por otra: cauſaba ſu triſteza el vencimiento; y la alegria, el conſiderar en la virtud de Sancho, como lo avia moſtrado en la reſurreccion de Altiſidora, aunque con algun eſcrupulo ſe perſuadia à que la enamorada doncella fueſſe muerta de veras. No iba Sancho nada alegre, porque le entriſtecìa vèr, que Altiſidora no le avia cumplido la palabra de darle las camiſas; y yendo, y viniendo en eſſo, dixo à ſu amo: En verdad, ſeñor, que ſoy el mas deſgraciado Medico, que ſe debe de hallar en el mundo, en el qual ay Phiſicos, que con matar al enfermo que curan, quieren ſer pagados de ſu trabajo, que no es otro ſino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace èl, ſino el Boticario, y catalo cantuſado; y à mì, que la ſalud agena me cueſta gotas de ſangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos, y azotes, no me dàn un ardite; pues yo les voto à tal, que ſi me traen à las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias: que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer, que me aya dado el Cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bobilis bobilis. Tù tienes razon, Sancho amigo, reſpondiò Don Quixote, y halo hecho muy mal Altiſidora en no averte dado las prometidas camiſas; y pueſto que tu virtud es gratis data, que no te ha coſtado

estudio alguno, mas que estudio es recibir martyrios en tu persona? de mi te sè decir, que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinèa, ya te la huviera dado tal como buena; pero no sè si vendrà bien con la cura la paga, y no querria, que impidiesse el premio à la medicina: con todo esso me parece, que no se perderà nada en probarlo; mira, Sancho, el que quieres, y azotate luego, y pagate de contado, y de tu propia mano, pues tienes dineros mios: à cuyos ofrecimientos abriò Sancho los ojos, y las orejas de un palmo, y diò consentimiento en su corazon à azotarse de buena gana; y dixo à su amo: Aora bien, señor, yo quiero disponerme à dàr gusto à vuestra merced en lo que desea, con provecho mio, que el amor de mis hijos, y de mi muger me hace, que me muestre interessado: digame vuestra merced quanto me darà por cada azote que me diere? Si yo te huviera de pagar, Sancho, respondiò Don Quixote, conforme lo que merece la grandeza, y caridad de este remedio, el tesoro de Venecia, y las minas del Potosì fueran poco para pagarte: toma tù el tiento à lo que llevas mio, y pon el precio à cada azote. Ellos, respondiò Sancho, son tres mil trescientos y tantos; de estos me he dado hasta cinco, quedan los demàs; entren entre los tantos estos cinco, y vengamos à los tres mil y trescientos, que à quartillo cada uno (que no llevare menos

montan tres mil y trescientos quartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cinquenta reales; y los trescientos hacen ciento y cinquenta medios reales, que vienen à hacer setenta y cinco reales, que juntandose à los setecientos y cinquenta, son por todos ocho cientos y veinte y cinco reales. Estos desalcarè yo de los que tengo de vuestra merced, y entrarè en mi casa rico, y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas; y no digo mas. O Sancho bendito! O Sancho amable! respondiò Don Quixote, y quan obligados hemos de quedar Dulcinèa, y yo à servirte todos los dias que el Cielo nos diere de vida, si ella buelve al ser perdido, (que no es posible sino que buelva) su desdicha avràsido dicha; y mi vencimiento felicissimo triunfo! y mira, Sancho, quando quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. Quando? replicò Sancho, esta noche sin falta procure vuestra merced, que la tengamos en el campo al Cielo abierto, que yo me abrirè mis carnes. Llegò la noche esperada de Don Quixote con la mayor ansia del mundo, pareciendole, que las ruedas del Carro de Apolo se avian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo acostumbrado; bien assi como acontece à los enamorados, que jamàs ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos amenos ar-

camino estaban, donde dexando vacìas la silla, y albarda de Rocinante, y el rucio, se tendieron sobre la verde yerva, y cenaron del repuesto de Sancho; el qual haciendo del cabestro, y de la jaquima del rucio un poderoso, y flexible azote, se retirò hasta veinte passos de su amo entre unas hayas. Don Quixote, que le viò ir con denuedo, y con brio, le dixo: Mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar, que unos azotes aguarden à otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad de ella te falte el aliento; quiero decir, que no te dès tan recio, que te falte la vida antes de llegar al numero deseado; y porque no pierdas por carta de mas, ni de menos, yo estarè desde aqui contando por este mi Rosario los azotes que te dieres: favorezcate el Cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondiò Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme, me duela, que en esto debe de consistir la substancia de este milagro. Desnudòse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzò à darse, y comenzò Don Quixote à contar los azotes. Hasta seis, ò ocho se avria dado Sancho, quando le pareciò ser pesada la burla, y muy varato el precio de ella; y deteniendose un poco, dixo à su amo, que se llamaba engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado a medio real, no à quartillo. Respondiò Sancho, amigo, no desmayes, le dixo Don Quixote, que yo doblo la parada del precio. De esse modo, dixo Sancho, à la mano de Dios, y llueva azotes; pero el socarròn dexò de darselos en las espaldas, y daba en los arboles, con unos suspiros de quando en quando, que parecia que con cada uno de ellos se le arrancaba el alma. Tierna la de Don Quixote, temeroso de que no se le acabasse la vida, y no configuiesse su deseo por la imprudencia de Sancho, le dixo: Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy aspera esta medicina, y serà bien dar tiempo al tiempo, que no se ganò Zamora en una hora: mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; basten por ora, que el asno (hablando à lo grossero) sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respondiò Sancho, no se ha de dexir por mì, à dineros pagados brazos quebrados; apartese vuestra merced otro poco, y dexeme dar otros mil azotes siquiera, que a dos levadas de estas aurèmos cumplido con esta partida, y aùn nos sobrara ropa. Pues tù te hallas con tan buena disposicion, dixo Don Quixote, el Cielo te ayude, y pegate, que yo me aparto. Bolviò Sancho a su tarea, cortando de nuevo, y que yà avia quitado las cortezas a muchos arboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dixo: Aqui

son. Acudiò Don Quixote luego al son de la lastimada voz, y del golpe del rigoroso azote, y asiendo del torcido cabestro, que le servia de corvacho à Sancho, le dixo: No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tù la vida, que ha de servir para sustentar à tu muger, y à tus hijos: espere Dulcinèa mejor còyuntura, que yo me contendrè en los limites de la esperanza propinqua, y esperarè que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio à gusto de todos. Pues vuestra merced, señor mio, lo quiere assi, respondiò Sancho, sea en buen hora, y echeme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querrìa resfriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hizolo assi Don Quixote, y quedandose en pelota, abrigò à Sancho, el qual se durmiò hasta que le despertò el Sol, y luego bolvieron à proseguir su camino, à quien dieron fin por entonces en un Lugar, que tres leguas de alli estaba: apearonse en un Meson, que por tal le reconociò Don Quixote, y no por Castillo de cabahonda, torres, rastrillos, y puente levadiza, que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como agora se dirà: alojaronle en una sala baxa, à quien servian de guadamaciles unas sargas viejas pintadas, como se usan en las Aldeas: en una de ellas estaba pintado de malissima mano el robo de Elena, quando el huesped atrevido se la llevò à Menelao; y en otra estaba la Historia de Dido, y Enèas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sabana al fugitivo huesped, que por el mar sobre una Fragata, ò Bergantin se iba huyendo. Notò en las dos Historias, que Elena no iba de muy mala gana, porque se reìa à socapa, y à lo socarròn; pero la hermosa Dido mostraba verter lagrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo qual Don Quixote, dixo: Estas dos señoras fueron desdichadas por no aver nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no aver nacido en la suya: encontràra à aquestos señores, si fuera abrasada Troya, ni Cartago destruìda; pues con solo que yo matàra à Paris, se escusàran tantas desgracias. Yo apostarè, dixo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de aver Bodegòn, Venta, ni Meson, ò Tienda de Barbero, donde no ande pintada la Historia de nuestras hazañas; pero querrìa yo, que la pintassen manos de otro mejor Pintòr, que el que ha pintado à estas. Tienes razon, Sancho, dixo Don Quixote, porque este Pintòr es como Orbaneja, un Pintòr que estaba en Ubeda, que quando le preguntaban, què pintaba? Respondia, lo que saliese; y si por ventura pintaba un Gallo, escrivia debaxo: *Este es Gallo*, porque no pensassen, que era Zorra. De esta manera me parece à mì, Sancho, que debe de ser el Pintòr, ò Escritòr, que todo es uno, que sacò à luz la Historia de este

nuevo D. Quixote, que ha salido, que pintò, ò escriviò lo que saliere, ò avrà sido como un Poeta, que andaba los años passados en la Corte, llamado Mauleon, el qual respondia de repente à quanto le preguntaban; y preguntandole uno, què queria decir *Deum de Deo*? Respondiò: Dè donde diere. Pero dexando esto à parte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debaxo de techado, ò al cielo abierto? Pardiez, señor, respondiò Sancho, que para lo que yo pienso darme, lo mismo se me dà en casa, que en el campo; pero con todo esso querria, que fuesse entre arboles, que parece que me acompañan, y me ayudan à llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser assi, Sancho amigo, respondiò Don Quixote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra Aldea, que à lo mas tarde llegarèmos allà despuss de mañana. Sancho respondiò, que hiciesse su gusto; pero que èl quisiera concluir con brevedad aquel negocio à sangre caliente, y quando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estàr muchas veces el peligro; y à Dios rogando, y con el mazo dando; y que mas valìa un toma, que dos te darè; y el paxaro en la mano, que buitre bolando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dixo Don Quixote, que parece que te buelves al *sicut erat*; habla à lo llano, à lo liso, y no à lo intrincado, como muchas veces te he dicho, y veràs como te vale un pan por ciento. No sè que mala ventura es esta mia, respondiò Sancho, que no sè decir razon sin refràn, ni refràn, que no parezca razon; pero yo me enmendarè, si pudiere; y con esto cessò por entonces su platica.

CAP. LXXII. *De como Don Quixote, y Sancho llegaron à su Aldea.*

TOdo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel Lugar, y Meson Don Quixote, y Sancho; el uno, para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina; y el otro, para vèr el fin de ella, en el qual consistia el de su deseo. Llegò en esto al Meson un caminante à cavallo, con tres, ò quatro criados; uno de los quales dixo al que señor de ellos parecia: Aqui puede vuestra merced, señor Don Alvaro Tarfe, passar oy la siesta: la posada parece limpia, y fresca. Oyendo esto Don Quixote, le dixo à Sancho: Mira, Sancho, quando yo ojeè aquel libro de la Segunda Parte de mi Historia, me parece, que de passo topè alli este nombre de Don Alvaro Tarfe. Bien podrà ser, respondiò Sancho; dexemosle apeàr, que despues se lo preguntaremos. El Cavallero se apeò, y frontero del apossento de Don Quixote, la huespeda le diò una sala baxa, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenia las estancia de Don Quixote. Pusose el recien venido Cavallero a lo de Verano; y saliendose al portal del Meson, que era espacioso, y fresco,

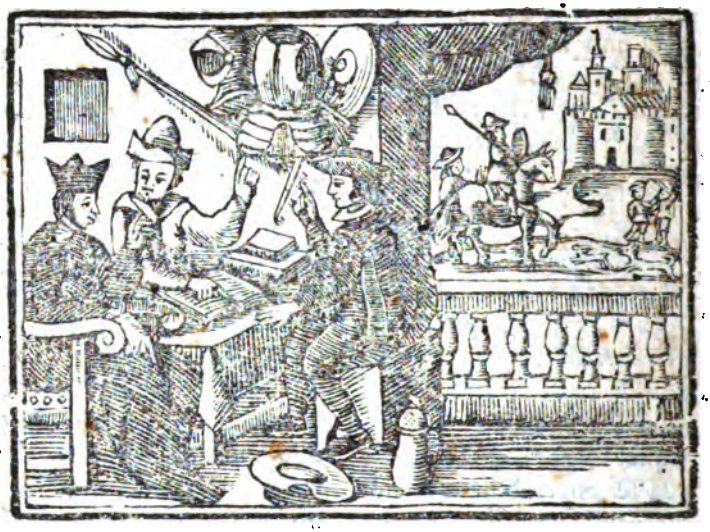
por el qual se passeaba Don Quixote, le preguntò: Adonde bueno camina vuestra merced, señor gentil-hombre? Y Don Quixote le respondiò: A una Aldèa, que està aqui cerca, de donde soy natural. Y vuestra merced donde camina? Yo, señor, respondiò el Cavallero, voy à Granada, que es mi Patria. Y buena Patria, replicò Don Quixote; pero digame vuestra merced por cortesia su nombre, porque me parece, que me ha de importar saberlo, mas de lo que buenamente podrè decir. Mi nombre es Don Alvaro Tarfe, respondiò el huesped. A lo que replicò Don Quixote: Sin duda alguna pienso, que vuestra merced debe de ser aquel Don Alvaro Tarfe, que anda impresso en la Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha, recien impressa, y dada à la luz del mundo por un Autor moderno. El mismo soy, replicò el Cavallero; y el tal Don Quixote, sugeto principal de la tal Historia, fue grandissimo amigo mio, y yo fuì el que le sacò de su tierra, ò à lo menos le movì à que viniesse à unas Justas à Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad, en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quitè de que le palmeasse el verdugo las espaldas, por ser demasiadamente atrevido. Y digame vuestra merced, señor Don Alvaro, parezco, yo en algo à esse tal Don Quixote, que vuestra merced dice? No por cierto, respondiò el huesped, en ninguna manera. Y esse Don Quixote, dixo el nuestro, traìa consigo algun escudero llamado Sancho Panza? Si traìa, respondiò Don Alvaro; y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oì decir gracia que la tuviesse. Esso creo yo muy bien, dixo à esta sazon Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y esse Sancho, que vuestra merced dice, señor gentil-hombre, debe de ser algun grandissimo bellaco, frion, y ladron juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas; y si no, haga vuestra merced la experiencia, y andese tras de mi por lo menos un año, y verà, que se me caen à cada passo, y tales, y tantas, que sin saber yò las mas veces lo que me digo, hago reir à quantos me escuchan: y el verdadero Don Quixote de la Mancha, el famoso, el valiente, el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutòr de pupilos, y huerfanos, el amparo de las viudas, el matadòr de las doncellas, el que tiene por unica señora à la sin par Dulcinèa del Toboso, es este señor, que està presente, que es mi amo: todo qualquier otro Don Quixote, y qualquier otro Sancho Panza, es burlerìa, y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondiò Don Alvaro; porque mas gracias aveis dicho vos, amigo, en quatro razones que aveis hablado, que el otro Sancho Panza en quantas yo le he oìdo hablar, que fueron muchas: mas tenia de comilòn, que de bien hablado, y mas de tonto, que de gracioso; y

tengo por sin duda, que los encantadores, que perfiguen à Don Quixote el bueno, han querido perseguirme à mì con Don Quixote el malo; pero no sè qué me diga, que ossarè yo jurar, que le dexo metido en la casa del Nuncio de Toledo, para que le curen, y aora remanece aqui otro Don Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo, dixo Don Quixote, no sè si soy bueno; pero sè decir, que no soy el malo: para prueba de lo qual quiero que sepa vuestra merced, mi señor Don Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza, antes por averme dicho, que esse Don Quixote fantastico se avia hallado en las Justas de ella Ciudad, no quise yo entrar en ella, por hazer à las barbas de el mundo su mentira; y assi me passè de claro à Barcelona, archivo de la cortesia, alvergue de los Estrangeros, Hospital de los pobres, Patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio, y en belleza unica; y aunque los sucessos, que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por averla visto. Finalmente, señor D. Alvaro Tarfe, yo soy Don Quixote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no esse desventurado, que ha querido usurpar mi nombre, y honrarse con mis pensamientos: à vuestra merced suplico, por lo que debe à ser Cavallero, sea servido de hacer una declaracion ante el Alcalde de este Lugar, de que vuestra merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta aora, y de que yo no soy el D. Quixote impresso en la Segunda Parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel, que vuestra merced conociò. Esso harè yo de muy buena gana, respondiò Don Alvaro, puesto que cause admiracion vèr dos Don Quixotes, y dos Sanchos à un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones; y buelvo à decir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha passado por mi lo que ha passado. Sin duda, dixo Sancho, que vuestra mèrced debe de estàr encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso; y pluguiera al Cielo, que estuviera su desencanto de vuestra merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interès alguno. No entiendo esso de azotes, dixo Don Alvaro; y Sancho le respondiò, que era largo de contar; pero que èl se lo contaria, si acaso iban un mismo camino. Llegòse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quixote, y Don Alvaro; entrò acaso el Alcalde del Pueblo en el Meson con el Escrivano, ante el qual Alcalde pidiò Don Quixote por una peticion, de que à su derecho convenia, de que Don Alvaro Tarfe, aquel Cavallero que alli estaba presente, declarasse ante su merced, como no conocia à Don Quixote de la Mancha, que assimismo estaba alli presente, y que no era aquel que andaba impresso en una

Historia intitulada : *Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el Alcalde proveyò juridicamente, la declaracion se hizo con todas las fuerzas, que en tales casos debian hacerse ; con lo que quedaron Don Quixote, y Sancho muy alegres, como si les importàra mucho semejante declaracion, y no mostràra claro la diferencia de los dos Don Quixotes, y la de los dos Sanchos, sus obras, y sus palabras : muchas de cortesias, y ofrecimientos passaron entre Don Alvaro, y Don Quixote, en las quales mostrò el gran Manchego su discrecion, de modo, que desengañò à Don Alvaro Tarfe del error en que estaba, el qual se diò à entender, que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios D. Quixotes. Llegò la tarde, partieronse de aquel Lugar, y à obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba à la Aldea de Don Quixote, y el otro, el que avia de llevar Don Alvaro. En este poco espacio le contò Don Quixote la desgracia de su vencimiento, el encanto, y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion a Don Alvaro, el qual abrazando à Don Quixote, y à Sancho, siguiò su camino, y Don Quixote el suyo ; que aquella noche la passò entre otros arboles, por dar lugar à Sancho de cumplir su penitencia, que la cumpliò del mismo modo que la passada noche à costa de las cortezas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardò tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdiò el engañado Don Quixote un solo golpe de la cuenta, y hallò, que con los de la noche passada eran tres mil y veinte y nueve. Parece, que avia madrugado el Sol à ver el sacrificio, con cuya luz bolvieron à proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de Don Alvaro, y de quan bien acordado avia sido tomar su declaracion ante la Justicia, y tan autenticamente. Aquel dia, y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fue, que en ella acabò Sancho su tarea, de que quedò Don Quixote contento sobre modo, y esperaba el dia, por ver si en el camino topaba ya desencantada à Dulcinea su señora ; y siguiendo su camino, no topaba muger ninguna, que no iba à reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible, no poder mentir las promessas de Merlin. Con estos pensamientos, y deseos subieron una cuesta arriba, desde la qual descubrieron su Aldea, la qual vista de Sancho, se hincò de rodillas, y dixo : Abre los ojos, deseada Patria, y mira que buelve à ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado ; abre los brazos, y recibe tambien à tu hijo Don Quixote, que si viene vencido de los brazos agenos, viene vencedor de sì mismo, que segun el me ha

dicho, es el mayor vencimiento que deſearſe puede; dineros llevo, porque ſi buenos azotes me daban, bien cavallero me iba. Dexate de eſſas ſondeces (dixo Don Quixote) y vamos con pie derecho a entrar en nueſtro Lugar, donde darèmos vado à nueſtras imaginaciones, y la traza, que en la paſtoral vida penſamos exercitar. Con eſto baxaron de la cueſta, y ſe fueron à ſu Pueblo.

CAP. LXXIII. *De los agueros que tuvo Don Quixote al entrar en ſu Aldèa, con otros ſuceſſos, que adornan, y acreditan eſta grande Hiſtoria.*



A La entrada del qual, ſegun dice Cide Hamete, viò Don Quixote, que en las heras del Lugar eſtaban riñendo dos muchachos; y el uno dixo al otro: No te canſes, Periquillo, que no le has de vèr en todos los dias de tu vida. Oyòlo Don Quixote, y dixo à Sancho: No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho? no la has de vèr en todos los dias de tu vida. Pues bien, què importa, reſpondiò Sancho, que aya dicho eſſo el muchacho? Què? reſpondiò Don Quixote, no vès tù, que aplicando aquella palabra à mi intencion, quiere ſignificar, que no tengo de vèr mas à Dulcinea? Queriale reſponder Sancho, quando ſe lo eſtorvò vèr, que por aquella campaña venìa huyendo una liebre, ſeguida de muchos galgos, y cazadores: la qual temeroſa ſe vino à acoger, y à agazapar debaxo de los pies del rucio: cogiòla Sancho à mano ſalva, y preſentòſela à Don Quixote, el qual eſtaba diciendo: *Malum ſignum, malum ſignum*: liebre huye, galgos la ſiguen, Dulcinèa no parece. Eſtraño es vueſtra

merced, dixo Sancho: presupongamos, que esta liebre es Dulcinèa del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores, que la transformaron en la Labradora; ella huye, y yo la cojo, y la pongo en poder de vuestra merced, que la tiene en sus brazos, y la regala, què mala señal es esta, ni què mal agueró se puede tomar de aqui? Los dos muchachos de la pendencia se llegaron à vèr la liebre; y al uno de ellos preguntò Sancho, que por què reñian? Y fuele respondido, por el que le avia dicho, no la verás mas en toda tu vida, que èl avia tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la qual no pensaba bolverseía en toda su vida. Sacò Sancho quatro quartos de la faltriquera, y diòselos al muchacho por la jaula, y pusosela en las manos a Don Quixote, diciendo: E aqui, señor, rompidos, y desvaratados estòs agueros, que no tienen què vèr mas con nuestros sucessos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño: y si no me acuerdo mal, he oìdo decir al Cura de nuestro Pueblo, que no es de personas Christianas, ni discretas, mirar en estas niñerìas; y aùn vuestra merced me lo dixo los dias passados, dandome à entender, que eran tontos todos aquellos Christianos, que miraban en agueros; y no es menester hacer hincapie en esto, sino passemos adelante, y entremos en nuestra Aldèa. Llegaron los Cazadores, pidieron su liebre, y diòsela Don Quixote: passaron adelante, y à la entrada del Pueblo toparon en un pradillo rezando al Cura, y al Bachillèr Carrasco; y es de saber, que Sancho avia echado sobre el rucio, y sobre el lìo de las armas, para que sirviesse de repostero, la tunica de bocaci, pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el Castillo del Duque la noche que bolviò en sì Altisidora; acomodòle tambien la coroza en la cabeza, que fue la mas nueva transformacion, y adorno con que se viò jamàs jumento en el mundo: fueron luego conocidos los dos del Cura, y el Bachillèr, que se vinieron à ellos con los brazos abiertos. Apeòse Don Quixote, y abrazòles estrechamente; y los muchachos, que son linces no escusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron à verle, y decian unos à otros: Venid, muchachos, y vereis el asno de Sancho mas galan que Mingo, y la bestia de Don Quixote mas flaca oy, que el primer dia. Finalmente, rodeados de muchachos, y acompañados del Cura, y del Bachillèr, entraron en el Pueblo, y se fueron à casa de Don Quixote, y hallaron a la puerta de ella al ama, y a la sobrina, a quien ya avian llegado las nuevas de su venida; ni mas, ni menos se las avian dado à Teresa Panza, muger de Sancho, la qual desgreñada, y medio desnuda, trayendo de la mano à Sanchica su hija, acudiò a vèr à su marido; y viendole no tan bien deliñado, como ella se pensaba que avia de estàr un Governador, le dixo: Còmo venis assi, marido mio,

mio, que me parece, que venis à pie, y despeado, y mas traeis semejanza de desgovernado, que de Governador? Calla, Teresa, respondiò Sancho, que muchas veces, donde ay estacas, no ay tocinos; y vamonos à nuestra casa, que allà oiras maravillas; dineros traygo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marido, dixo Teresa, y sean ganados por aqui, ò por alli, que como quiera que los ayais ganado, no avreis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazò Sanchica à su padre, y preguntòle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de Mayo; y asiendole de un lado del cinto, y su muger de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron à su casa, dexando à Don Quixote en la suya en poder de su sobrina, y de su ama, y en compañia del Cura, y del Bachillèr. Don Quixote, sin guardar terminos, ni horas, en aquel mismo punto se apartò à solas con el Bachillèr, y el Cura, y en breves razones les contò su vencimiento, y la obligacion en que avia quedado de no salir de su Aldèa en un año, la qual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspassarla en un atamo, bien assi como Cavallero Andante, obligado por la puntualidad, y orden de la Andante Cavalleria; y que tenia pensado de hacerse aquel año Pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde à rienda suelta podia dar vado à sus amorosos pensamientos, exercitandose en el pastoral, y virtuoso exercicio; y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiessen ser sus compañeros, que èl compraria ovejas, y ganado suficiente, que les diesse nombre de Pastores: y que les hàcia saber, que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres, que les vendrian como de molde. Dixole el Cura, que los dixesse. Respondiò Don Quixote, que èl se havia de llamar el Pastor Quixotìz, y el Bachillèr, el Pastor Carrascon, y el Cura, el Pastor Curiambro, y Sancho Panza, el Pastor Pancino. Pasmaronse todos de vèr la nueva locura de Don Quixote; pero porque no se les fuesse otra vez del Pueblo à sus Cavallerias, esperando, que en aquel año podria ser curado, concedieron con su nueva intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciendosele por compañeros en su exercicio; y mas, dixo Sanson Carrasco, que como yà todo el mundo sabe, yo soy celeberrimo Poeta, y à cada passo compondrè versos pastoriles, ò cortesanos, ò como mas me viniere à cuento, para que nos entretengamos por essos andurriales, donde ayemos de andar: y lo que mas es menester, señores mios, es, que cada uno escoja el nombre de la Pastora, que piensa celebrar en sus versos, y que no dexemos arbol, por duro que sea, donde no la rotule, y grave su nombre, como es uso, y costumbre

de los enamorados Pastores. Esso está de molde, respondiò Don Quixote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de Pastora fingida, pues está aì la fin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donayres; y finalmente, sugeto sobre quien puede assentar bien toda alabanza, por hyperbole que sea. Assi es verdad, dixo el Cura; pero nosotros buscarèmos por aì Pastoras mañeruelas, que si no nos quadraren, nos esquinen. A lo que añadiò Sanson Carrasco: Y quando faltare, darèmosles los nombres de las estampadas, è impressas, de quien está lleno el mundo, Filidas, Amarilis, Diànas, Elcridas, Galateas, y Belisardas, que pues las venden en las Plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama (ò por mejor decir mi Pastora) por ventura se llamare Ana, la celebrarè debaxo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamarè yo Francenia; y si Lucia, Lucinda, que todo se sale allà; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradia, podrà celebrar à su muger Teresa Panza con nombre de Teresaina. Riòse Don Quixote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabò infinito su honesta, y honrada resolucion, y se ofreciò de nuevo hacerle compañia todo el tiempo que le vacasse de atender à sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron de èl, y de sus amos, y acabaron, y acabaron de salir de la selva, y se fueron, se entraron entramas con Don Quixote, y la sobrina le dixo: Què es esto, señor tio? aora que pensabamos nosotras, que vuestra merced bolvia à reducirse en su casa, y passar en ella una vida quieta, y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haciendose Pastorcillo, tù que vienes Pastorcico, tù que vàs? pues en verdad, que está yà duro el alcacèr para zampoñas. A lo que añadiò el ama: Y podrà vuestra merced passar en el campo las fiestas del Verano, los serenos de el Invierno, y el ahullido de los lobos? no por cierto, que este es exercicio, y oficio de hombres robustos, curtidos, y criados para tal ministerio, casi desde las fajas, y mantillas; aùn mal por mal, mejor es ser Cavallero Andante, que Pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se lo doy sobre estàr harta de pan, y vino; sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estese en su casa, atienda à su hacienda, confiesse à menudo, favorezca à los pobres, y sobre mi anima si mal le fuere. Callad, hijas, las respondiò Don Quixote, que yo se bien lo que me cumple; llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto, que aora sea Cavallero Andante, ò Pastor por andar, no dexarè siempre de acudir à lò que huviereds menes-

y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama, y sobrina, le llevaron à la cama, donde le dieron de comer, y regalaron lo posible.

CAP. LXXIV. *De como Don Quixote cayò malo, y del Testamento que hizo, y su muerte.*

COMO las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios, hasta llegar à su ultimo fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quixote no tuviesse privilegio del Cielo para detener el curso de la suya, llegò su fin, y acabamiento, quando èl menos lo pensaba, porque yò ya fuesse de la melancolia, que le causaba el verse vencido, ò ya por la disposicion del Cielo, que assi lo ordenaba, se le arraygò una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los quales fue visitado muchas veces del Cura, Bachiller, y Barbero sus amigos, sin quitarsele de la cabecera Sancho su buen escudero. Estos (creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad, y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte) por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciendole el Bachiller, que se animasse, y levantasse, para comenzar su pastoral exercicio, para el qual tenia yà compuesta una Egloga, que mal año para quantas Sanazaro avia compuesto, y que yà tenia comprados de su proprio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butròn, que se los avia vendido un Ganadero del Quintanar; pero no por esso dexaba Don Quixote sus

tristezas: llamaron sus amigos al Medico, tomòle el pulso, y no le contentò mucho, y dixo, que por si, ò por no, atendiesse à la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyòlo Don Quixote con animo sossegado; pero no lo oyeron assi su ama, su sobrina, y su escudero; los quales comenzaron à llorar tan tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del Medico, que melancolias, y desabrimientos le acababan. Rogò Don Quixote, que le dexassen solo, porque queria dormir un poco. Hicieronlo assi, y durmiò de un tirón (como dicen) mas de seis horas, tanto, que pensaron el ama, y la sobrina, que se avia de quedar en el sueño. Despertò al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dixo: Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho: en fin, sus misericordias no tienen limite, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina a las razones del tio, y parecieron mas concertadas, que èl solia decirlas, a lo menos en aquella enfermedad; y preguntòle, què es lo que vuestra merced dice, señor? tenemos algo de nuevo? què misericordias son estas, ò què pecados de los hombres? Las misericordias, respondiò Don Quixote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, à quien, como dixe, no las impiden mis pecados; yo tengo juicio ya libre, y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre èl me pusieron mi amarga, y continua leyenda de los detestables libros de las Cavallerias: ya conozco sus disparates, y embeleco, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me dexa tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros, que sean luz del alma: yo me siento, sobrina, à punto de muerte, querria hacerla de tal modo, què diesse à entender, que no avia sido mi vida tan mala, que dexasse renombre de loco, que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte: llamame, amiga, à mis buenos amigos, al Cura, al Bachiller Sanson Carrasco, y à Maesse Nicolàs el Barbero, que quiero confessarme, y hacer mi Testamento; pero de este trabajo se escusò la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los viò Don Quixote, quando dixo: Dadme albricias, buenos señores, de que yo ya no soy Don Quixote de la Mancha, sino Alonso Quixano, à quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula, y de toda la infinita caterva de su linage; ya me son odiosas todas las Historias profanas de la Andante Cavalleria; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron averlas leido; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino. Quando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda, que alguna nueva locura le avia tomado. Y Sanson le dixo:

nemos nueva, que està desencantada la señora Dulcinèa, sale vuestra merced con esso? y aora que estamos tan apique de ser Pastores, para passar cantando la vida como unos Principes, quiere vuestra merced hacerse Hermitaño à Calle por su vida, buelva en sì, y dexese de cuentos. Los de hasta aqui, replicò Don Quixote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de bolver mi muerte, con ayuda del Cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo à toda priessa, dexense burlas à parte, y tràyganme un Confessor, que me confiesse, y un Escrivano que haga mi Testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma; y assi suplico, que en tanto que el señor Cura me confiessa, vayan por el Escrivano. Miraronse unos à otros, admirados de las razones de Don Quixote, y aunque en duda, le quisieron creer, y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fue el aver buelto con tanta facilidad de loco à cuerdo; porque à las yà dichas razones añadiò otras muchas tan bien dichas, tan Christianas, y con tanto concierto, que del todo les vino à quitar la duda, y à creer, que estaba cuerdo: hizo salir à la gente el Cura, y quedòse solo con èl, y confessòle. El Bachillèr fue por el Escrivano, y de alli à poco bolviò con èl, y con Sancho Panza; el qual Sancho (que yà sabìa por nuevas del Bachillèr en què estado estaba su señor) como discreto escudero, que avia ya mudado la opinion de Caballero andante en la de cuerdo, estaba, y no muy mal consolado, viendo que su señor no moria, sino que se dexaba de locuras, y à la sobrina (lloros as) comenzò à hacer pucheros, y à derramar lagrimas. Acabòse la confessio, y salìo el Cura diciendo: Verdaderamente se muere, y verdaderamente està cuerdo Alonso Quixano el Bueno, bien podemos entrar para que haga su Testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujòn à los ojos preñados de ama, sobrina, y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lagrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho, porque verdaderamente (como alguna vez se ha dicho) en tanto que Don Quixote fue Alonso Quixano el Bueno à secas, y en tanto que fue Don Quixote de la Mancha, fue siempre de apacible condicion, y de agradable trato; y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos quantos le conocian. Entrò el Escrivano con los demàs, y despues de aver hecho la cabeza del Testamento, y ordenado su alma Don Quixote, con todas aquellas circunstancias Christianas que se requieren, llegando à las mandas, dixo: Item es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Panza (à quien en mi locura hice mi escudero) tiene, que porque ha avido entre èl, y mi ciertas quentas, y dares, y comares, quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pida quenta alguna, sino que si sobrare alguno, despues de averse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que serà bien poco, y buen provecho le haga: y

si como estando yo loco fuì parte para darle el Govierno de la Insula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un Reyno, se le diera, porque la sencillez de su condicion, y fidelidad de su trato lo merece; y bolviendose à Sancho, le dixo: Perdoname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciendote caer en el error en que yo he caido, de que huvo, y ay Cavalleros Andantes en el mundo. Ay! respondiò Sancho llorando, no se muera vuestra merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura, que puede hacer un hombre en esta vida, es dexarse morir sin mas, ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben, que las de la melancolìa: mire no sea perezoso, sino levantese de essa cama, y vamonos al campo, vestidos de Pastores (como tenemos concertado) quizàs tras de alguna mata hallarèmos à la señora Dulcinèa desencantada, que no aya mas que vèr. Si es que se muere de pesar de verse vencido, echeme à mi la culpa, diciendo, que por aver yo cinchado mal à Rocinante, le derribaron: quanto mas, que V.md. avra visto en sus libros de Cavallerias ser cosa ordinaria derribarse unos Cavalleros à otros, y el que es vencido oy, ser vencedor mañana. Assi es, dixo Sanson; y el buen Sancho Panza està muy en la verdad de estos casos. Señores, dixo D. Quixote, vamonos poco à poco, pues ya en los nidos de antaño, no ay pajaros ogaño; yo fuì loco, y yà soy cuerdo: fuì Don Quixote de la Mancha, y soy aora (como he dicho) Alonso Quixano el Bueno; pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento, y mi verdad, bolverme à la estimacion que de mì se tenia, y prosiga adelante el señor Escrivano. Item mando toda mi hacienda, à puerta cerrada, à Antonia Quixana mi sobrina, que està presente, aviendo sacado primero de lo mas bien parado de ella lo que fuere menester para cumplir las mandas que dexo hechas; y la primera satisfaccion que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo, del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dexo por mis Albacèas al señor Cura, y al señor Bachillèr Sanson Carrasco, que estàn presentes. Item es mi voluntad, que si Antonia Quixana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se aya hecho informacion, que no sabe què cosa sean libros de Cavallerias: y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo esso mi sobrina quisiesse casarse con èl, y se casare, pierda todo lo que la he mandado, lo qual puedan mis Albacèas distribuìr en obras pias à su voluntad. Item suplìco à los dichos mis Albacèas, que si la buena suerte les traxere à conocer al Autor, que dicen que compuso una Historia, que anda por ai, con el titulo de la *Segunda Parte de las Hazañas de Don Quixote de la Mancha*, de mi parte le pidan, quan encarecidamente ser pueda, perdone la ócа-

sion, que, sin yo pensarlo, le dì, de aver escrito tantos, y tan grandes disparates como en ella escrive, porque parto de esta vida con escrupulo de averle dado motivo para escrivirlos. Cerrò con esto el Testamento, y tomandole un desmayo, se tendiò de largo à largo en la cama. Alborotaronse todos, y acudieron à su remedio, y en tres dias que viviò despues de este donde hizo el Testamento, se desmayaba muy à menudo: andaba la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho, que esto del heredar algo, borra, ò templa en el heredero la memoria de la pena, que es razon que dexe el muerto. En fin llegò el ultimo de Don Quixote, despues de recibidos todos los Sacramentos, y despues de aver abominado con muchas, y eficaces razones de los libros de Cavallerias, hallòse el Escrivano presente, y dixo: Que nunca avia leido en ningun libro de Cavallerias, que algun Cavallero Andante huviesse muerto en su lecho tan sossegadamente, y tan Christiano como Don Quixote. El qual entre compassiones, y lagrimas de los que alli se hallaron, diò su espiritu (quiero decir, que se muriò.) Viendo lo qual el Cura, pidiò al Escrivano le diesse por Testimonio, como Alonso Quixano el Bueno, llamado comunmente Don Quixote de la Mancha, avia passado de esta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal Testimonio pedia, para quitar la ocasion de que algun otro Autor, que Cide Hamete Benengeli le resucitasse falsamente, è hicieste inacabables Historias de sus hazañas. Este fin tuvo el ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo Lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dexar, que todas las Villas, y Lugares de la Mancha contendiessen entre sì, por ahijarsele, y tenersele por suyo, como contèndieron las siete Ciudades de Grecia por Homero. Dexanse de poner aqui los llantos de Sancho, sobrina, y ama de Don Quixote, y los nuevos Epitafios de su sepultura; aunque Sanson Carrasco le puso este:

Yace aqui el Hidalgo fuerte,
Que à tanto estremo llegò
De valiente, que se advierte,
Que la muerte no triunfò
De su vida con su muerte.
Tuvo à todo el mundo en poco,
Fue el espantajo, y el coco
Del mundo, en tal coyuntura,
Que acreditò su ventura
Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentissimo Cide Hamete dixo à su pluma: Aqui quedaràs colgada de esta espetera, y de este hilo de alhambre, ni sè si bien cortada, ò mal tajada, Peñola mia, adonde viviràs luengos siglos, si presumptuosos; y malandrines Historiadores no te descuelgan para profanarte; pero antes que à tì lleguen, les puedes advertir, y decirlos, en el mejor modo que pudieres: Tate, tate, folloncicos, de ninguno sea tocada, porque esta

esta empressa, buen Rey, para mi estaba guardada.

Para mi sola nació D. Quixote, y yo para èl; èl supo obrar, y yo escrivir; solo los dos somos para en uno, à despecho, y pesar del Escritor fingido, y Tordesillesco, que se atreviò, ò se ha de atrever a escrivir con pluma de Abestrùz, grossera, y mal deliñada, las hazañas de mi valeroso Cavallero, porque no es carga de sus hombros, ni assumpto de su resfriado ingenio; à quien advertiràs (si llegas à conocerle) que dexe reposar en la sepultura à los cansados, y yà podridos huessos de D. Quixote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, à Castilla la Vieja, haciendole salir de la fuessa, donde real, y verdaderamente yace tendido de largo à largo, imposibilitado de hacer tercera jornada, y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos Andantes Cavalleros, bastan las dos, que èl hizo, tan à gusto, y beneplacito de las gentes, à cuya noticia llegaron, assi en estos, como en los estraños Reynos; y con esto cumpliràs con tu christiana profesion, aconsejando bien à quien mal te quiere, y yo quedarè satisfecho, y ufano de aver sido el primero, que gozò el fruto de sus Escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas, y disparatadas Historias de los libros de Cavallerias, que por las de mi verdadero Don Quixote vàn yà tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna.

VALE.

FIN.

TABLA DE LOS CAPITULOS de esta Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha.

LIBRO QUINTO.

DEL INGENIOSO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAP. 1. De lo que el Cura, y el Barbero passaron con Don Quixote cerca de su enfermedad, pag. 1.

Cap. 2. De la notable pendencia, que Sancho Panza tuvo con la sobrina, y ama de Don Quixote, con otros sucessos graciosos, pag. 10.

Cap. 3 Del ridiculo razonamiento que passò entre Don Quixote, Sancho Panza, y el Bachillèr Sanson Carrasco, pag. 13.

Cap. 4. Donde Sancho Panza satisface al Bachillèr Sanson Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucessos, dignos de saberse, pag. 19.

Cap. 5. De la discreta, y graciosa platica, que passò entre Sancho Panza, y su muger Teresa Panza, y otros sucessos, dignos de felice recordacion, pag. 23.

Cap. 6. De lo que passò a D. Quixote con su sobrina, y con su ama; y es uno de los importantes Capitulos de toda la Historia, pag. 28.

Cap. 7. De lo que passò à Don Quixote con su escudero, con otros sucessos famosissimos, pag. 32.

Cap. 8. Donde se cuenta lo que sucediò à Don Quixote, quando à ver à su señora Dulcinèa del Toboso, pag. 37.

Cap. 9. Donde se cuenta lo que en èl se verà, pag. 43.

Cap. 10. Donde se cuenta la industria, que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinèa; y de otros sucessos tan ridiculos, como verdaderos, pag. 45.

Cap. 11. De la estraña aventura, que le sucediò al valeroso Don Quixote con el Carro, ò Carreta de las Cortes de la Muerte, pag. 52.

Cap. 12. de la estraña aventura, que le sucediò al valeroso Don Quixote con el bravo Cavallero de los Espejos, pag. 58.

Cap. 13. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque, con el discreto, nuevo, y suave coloquio, que passò entre los dos escuderos, pag. 63.

Cap. 14. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque, pag. 68.

Cap. 15. Donde se cuenta, y dà noticia de quien era el Cavallero de los Espejos, y su escudero, pag. 76.

Cap. 16. De lo que le sucediò à D. Quixote con un discreto Cavallero de la Mancha, pag. 77.

puntō, y eſtremō adonde llegō, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote, con la felicemente acabada aventura de los Leones, pag. 85.

LIBRO SEXTO.

CAP. 18. De lo que ſucedió à Don Quixote en el Caſtillo, ò Caſa del Cavallero del verde gavàn, con otras coſas extravagantes, pag. 93.

Cap. 19. Donde ſe cuenta la aventura del Paſtor enamorado, con otros en verdad graciosos ſucceſſos, pag. 99.

Cap. 20. Donde ſe cuentan las Bodas de Camacho el Rico, con el ſucceſſo de Baſilio el Pobre, p. 105.

Cap. 21. Donde ſe proſiguen las Bodas de Camacho, con otros graciosos ſucceſſos, pag. 112.

Cap. 22. Donde ſe cuenta la grande aventura de la Cueva de Montefinos, que eſtà en el corazon de la Mancha, à quien diò felice cima el valeroſo Don Quixote, pag. 117.

Cap. 23. De las admirables coſas, que el eſtremado Don Quixote contò que avia viſto en la profunda Cueva de Montefinos, cuya impoſsibilidad, y grandeza hace, que ſe tenga eſta aventura por apocrifa, pag. 123.

Cap. 24. Donde ſe cuentan mil zarandajas, tan importantes, como neceſſarias al verdadero entendimiento de eſta grande Hiſtoria, pag. 131.

Cap. 25. Donde ſe apunta la aven- de graciosa

del Titerero, cōn las memorables adivinanzas del Mono adivino, pag. 136.

Cap. 26. Donde ſe proſigue la graciosa aventura del Titerero, con otras coſas en verdad harto buenas, pag. 143.

Cap. 27. Donde ſe dà cuenta quienes eran Maeſſe Pedro, y ſu Mono, con el mal ſucceſſo que Don Quixote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabò como èl quiſiera, y como lo tenia penſado, pag. 149.

Cap. 28. De coſas que dice Benengeli, que las ſabrà quien las leyere, ſi las lee con atencion, p. 155.

Cap. 29. De la famoſa aventura del Barco encantado, pag. 158.

Cap. 30. De lo que le avino a Don Quixote con una bella Cazadora, pag. 163.

Cap. 31. De muchas, y grandes coſas, pag. 167.

Cap. 32. De la reſpueſta que diò Don Quixote à ſu reprehenſor, con otros graves, y graciosos ſucceſſos, pag. 173.

LIBRO SEPTIMO.

CAP. 33. De la ſabroſa platica, que la Duqueſa, y ſus Doncellas paſſaron con Sancho Panza, digna de que ſe lea, y de que ſe note, pag. 184.

Cap. 34. De la noticia que ſe tuvo de como ſe avia de deſencantar la ſin par Dulcinèa del Toboſo, que es una de las aventuras mas famoſas de eſte Libro, pag. 189.

Cap. 35. Donde ſe proſigue la noticia que tuvo Don Quixote del

desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucessos, p. 195.
Cap. 36. Donde se cuenta la estraña, y jamàs imaginada aventura de la Dueña Dolorida, aliàs de la Condesa Trifaldi, con una Carta que Sancho Panza escriviò à su muger Teresa Panza, pag. 201.
Cap. 37. Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida, pag. 205.
Cap. 38. Donde se cuenta la que diò de su mala andanza la Dueña Dolorida, pag. 207.
Cap. 39. Donde la Trifaldi prosigue su estupenda, y memorable Historia, pag. 212.
Cap. 40. De cosas que atañen, y tocan à esta aventura, y à esta memorable Historia, pag. 214.
Cap. 41. De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura, pag. 218.
Cap. 42. De los consejos que diò Don Quixote à Sancho Panza antes que fuesse à governar la Insula, con otras cosas considerables, pag. 226.
Cap. 43. De los consejos segundos que diò Don Quixote à Sancho Panza, pag. 230.
Cap. 44. Como Sancho Panza fue llevado al Govierno; y de la estraña aventura, que en el Castillo sucediò à Don Quixote, pag. 234.
Cap. 45. De como el gran Sancho Panza tomò possession de su Insula, y del modo que comenzò à governar, pag. 241.
Cap. 46. Del temeroso espanto cen-
los amores de la enamorada Alsidora, pag. 247.
Cap. 47. Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en el Govierno, pag. 250.
Cap. 48. De lo que sucediò à Don Quixote con Doña Rodriguez la Dueña, dolorida, con otros ocontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna, p. 257.
Cap. 49. De lo que sucedio à Sancho Panza, rondando su Insula, pag. 263.
Cap. 50. Donde se declara quien fueron los encantadores, y verdugos, que azotaron à la Dueña, pellizcaron, y arañaron à Don Quixote, con el sucesso que tuvo el Page, que llevò la Carta à Teresa Panza, muger de Sancho Panza, pag. 272.
Cap. 51. Del progresso del Govierno de Sancho Panza, con otros sucessos tales, como buenos, p. 278.
Cap. 52. Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ò Angustiada, por otro nombre Doña Rodriguez, pag. 285.

LIBRO OCTAVO.

CAP. 53. Del fatigado fin, y remate, que tuvo el Govierno de Sancho Panza, pag. 291.
Cap. 54. De cosas, tocantes à esta Historia, y no à otra alguna, pag. 296.
Cap. 55. De cosas sucedidas à Sancho en el camino, y otras, que no ay mas que ver, pag. 301.
Cap. 56. De la descomunal, y nunca vista batalla, que passò entre Don

cayo Toſilos; en la defenſa de la hija de la Dueña Doña Rodriguez, pag. 307.
Cap. 57. De como Don Quixote ſe deſpidiò del Duque, y de lo que ſucediò con la diſcreta, y deſembuelta Altiſidora, Doncella de la Duquesa, pag. 310.
Cap. 58. De como menudearon ſobre Don Quixote aventuras, tantas, que no ſe daban vagar unas à otras, pag. 313.
Cap. 59. Donde ſe cuenta del extraordinario ſucesſo, que ſe puede tener por aventura, que le ſucediò à Don Quixote, pag. 322.
Cap. 60. De lo que le ſucediò à Don Quixote yendo à Barcelona, pagin. 328.
Cap. 61. De lo que le ſucediò à Don Quixote en la entrada de Barcelona; con otras, que no tienen mas de lo verdadero, que de lo diſcreto, pag. 338.
Cap. 62. De la aventura de la Cabeza encantada, con otras niñerias, que no pueden dexar de contarſe, pag. 340.
Cap. 63. De lo mal que le avino à Sancho Panza con la viſita de las Galeras; y la nueva aventura de la hermoſa Moriſca, pag. 349.
Cap. 64. De la aventura, que mas peſadumbre diò à D. Quixote de quantas haſta entonces le avian ſucedido, pag. 357.
Cap. 65. Donde ſe da noticia quien era el de la Blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros ſucesſos, pag. 360.
Cap. 66. De lo que verà el que lo leyere, ò lo oirà el que lo eſcuchàre leer, pag. 364.
Cap. 67. De la reſolucion que tomò Don Quixote de hacerſe Paſtor, y ſeguir la vida del campo, en tanto que ſe paſſaba el año de ſu promeſſa, con otros ſucesſos; en verdad guſtoſos, y buenos, pagin. 368.
Cap. 68. De la cerdoſa aventura, que le acontecio à Don Quixote, pag. 372.
Cap. 69. Del mas raro, y mas nuevo ſucesſo, que en todo el diſcurſo de eſta grande Hiſtoria avino à Don Quixote, pag. 376.
Cap. 70. Que ſigue al de ſeſenta y nueve, y trata de coſas no eſcuſadas, para claridad de eſta Hiſtoria, pag. 380.
Cap. 71. De lo que à Don Quixote le ſucediò con ſu eſcudero Sancho yendo à ſu Aldea, pag. 386.
Cap. 72. De como D. Quixote, y Sancho llegaron à ſu Aldea, pag. 390.
Cap. 73. De los agueros que tuvo Don Quixote al entrar en ſu Aldea, con otros ſucesſos, que adornan, y acreditan eſta grande Hiſtoria, pag. 394.
Cap. 74. De como Don Quixote cayò malo, del Teſtamento que hizo, y ſu muerte, pag. 398.

LAUS DEO.

EN

EN LA LIBRERIA DE JUAN DE SAN MARTIN
se hallaràn los Libros siguientes.

ESCRITORES DEL REYNO DE VALENCIA, Chronologicamente ordenados desde el año 1238. de la Christiana Conquista de la misma Ciudad, hasta el de 1748, y principios de 49, por Vicente Ximeno Presbitero, Doctor en Sagrada Theologia, y Beneficiado en la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia; su Patria. 2. Tomos en folio.

LUZ DE VERDADES CATHOLICAS, y explicacion de la Doctrina Christiana, que siguiendo la costumbre de la Casa Professa de la Compañia de Jesus de Mexico, todos los Jueves del año ha explicado en su Iglesia el P. Juan Martinez de la Parra, Professo de la misma Compañia. Contiene tres Tratados. I. La explicacion de la Doctrina Christiana. II. Los Mandamientos del Decalogo. III. Los Santos Sacramentos en comun. Añadidos cinco Sermones, que en los Viernes de la Quaresma del año de 1691. predicò el mismo Autor. 1. Tomo en folio.

CIRUGIA COMPLETA del Doctor Carlos Musitano, Medico, Cirujano, y Confessor del Papa Inocencio XI. dividida en quatro Tomos en 4. que contienen los Tratados siguientes. I. De *TUMORES* en general, y particular, con una breve noticia de la *Generacion*. II. De toda especie de *HERIDAS*, con la *Anatomia completa* repartida en cada Capitulo para su mas facil comprehension; añadido un methodo de curar las heridas de bala. III. De *ULCERAS*, y afectos que de ellas resultan, desde la cabeza à los pies; con un Tratado de las enfermedades de los Niños. IV. De *LUES VENEREA*, ò *MORBO GALICO*, añadido un Tratado de còmo se deben dar las Declaraciones à la Justicia, con una noticia del modo de embalsamar los cadaveres. Traducida de Latin al Castellano por el Bachiller D. Martin Joseph Yzuriaga y Ezpeleta.

ENSAYO SOBRE LA ELECTRICIDAD DE LOS CUERPOS. Escrito en Francès por Monsr. el Abate Nollet, de la Academia Real de las Ciencias de Pàris. Traducido en Castellano por D. Joseph Vazquez y Morales. Añadida la *HISTORIA DE LA ELECTRICIDAD*. 1. Tomo en 4.

FISICA MODERNA racional, y experimental. Su Autor el Doctor Andres Piquèr, Medico Titular de la Ciudad de Valencia. 1. Tomo en 4.

LOGICA MODERNA, ò Arte de hallar la verdad, y perficionar la razon, del mismo Autor. 1. Tomo en 4.

NOTICIAS DEL PARNASO sobre los Escritos del Doct. Luis Nicolau, Medico del Hospital General de la Ciudad de Valencia, comunicadas por D. Mathias de Llanos, Cirujano Latino, al Doct. Andrès Piquèr. Papel en 4

POESIAS LYRICAS, JOCO-SERIAS de D. Francisco, y D. Joseph Benegasi, y Luxàn, Padre, è Hijo. 2. Tomos en 4.